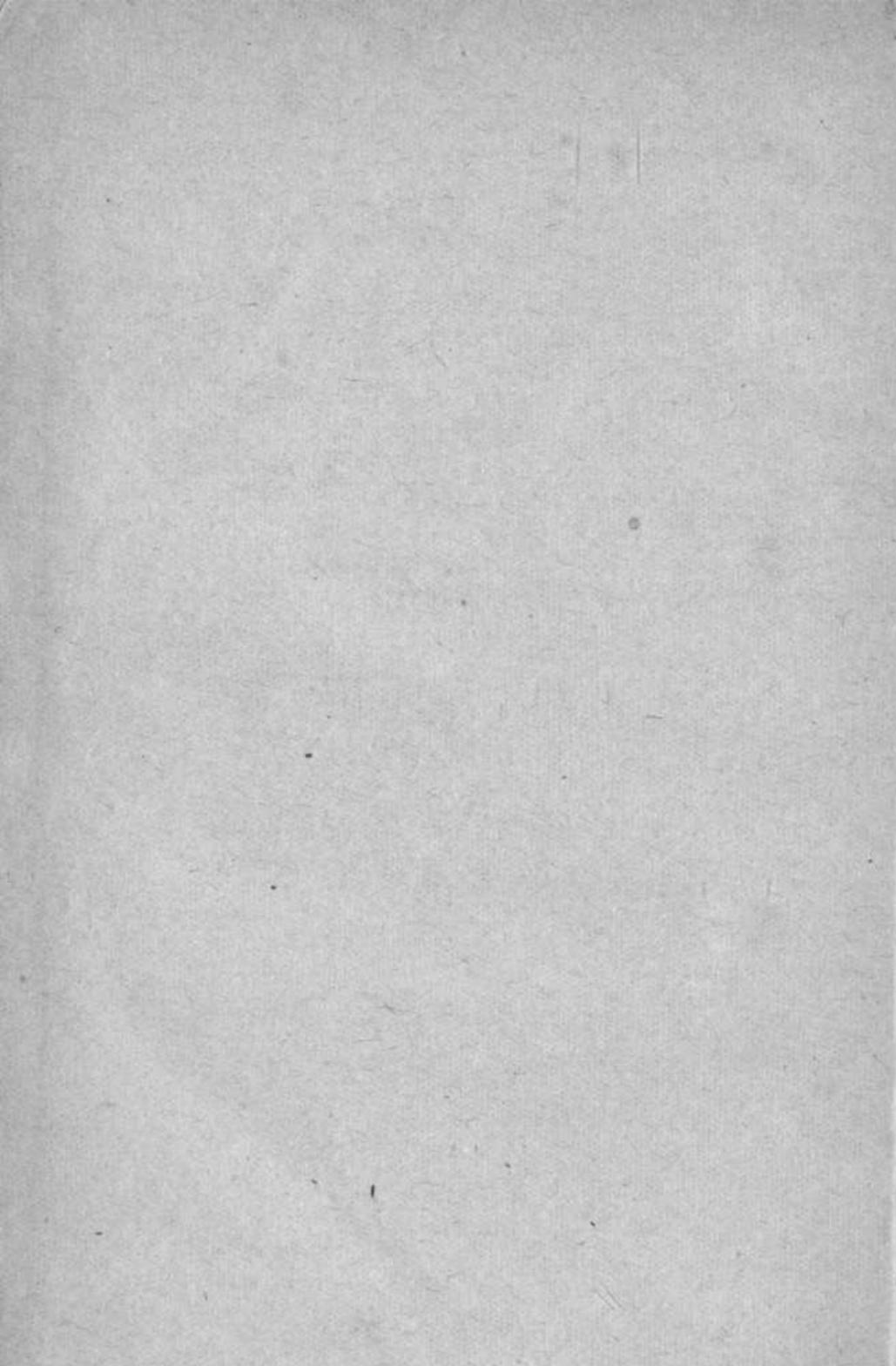


LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TORONTO
JOSÉ DE JESÚS



VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

TERESA DE JESÚS.

VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE JESUS





Sanchis.

Valencia.

STA TERESA DE JESUS

VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

TERESA DE JESÚS,

MADRE Y FUNDADORA DE LA NUEVA REFORMACION

de la Orden de los Descalzos y Descalzas

DE

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

por

FR. DIEGO DE YEPES,

*Religioso de la Orden de San Gerónimo, Obispo de Tarazona,
confesor del Rey de España D. Felipe II
y de la Santa Madre.*



VALENCIA.—1876.

Imprenta de JUAN GUIX, Cavanilles, 3,
junto á la Universidad.

VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE NUESTRO PADRE

JUSTO DE JESUS

CRISTO REY DEL MUNDO

Y SEÑOR DE LOS CIELOS

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

DE NUESTRO PADRE

DE NUESTRO PADRE



IMPRESA DE NUESTRO PADRE

DE NUESTRO PADRE

DE NUESTRO PADRE

PRÓLOGO

DE LA PRESENTE EDICION.

Entre las producciones del entendimiento humano, merecen y merecerán siempre un lugar muy distinguido las que se ocupan de ensalzar la gloria del Criador de todo cuanto existe, porque nada puede haber que merezca ocupar la atención del hombre, como lo que se refiere al Padre Celestial. Y si nada hay en el mundo físico que sea obra del acaso, como quieren algunos materialistas tan ignorantes como depravados, mucho menos podremos atribuir á un ciego fatalismo los triunfos de la virtud sobre el vicio, de la ignorancia sobre el error, de la santidad y perfeccion moral sobre las tendencias de una carne enferma, y de un espíritu pobre, dispuesto á complacerse á sí mismo, antes que á su Dios y Señor.

Achaque antiguo es el desviar el recto juicio de los

que buscan la amistad de Dios con preferencia á las cosas terrenas, con hipótesis gratuitas, aprendidas en la escuela de la corrupcion y de los vicios, ó en el secreto reproche que produce en nuestra alma el ejemplo de virtud y santidad que nos presentan esos héroes robustecidos con el fuego del amor de Dios, adquirido despues de largas privaciones, de repetidas luchas, de incesantes pruebas, de constantes súplicas, de sérias meditaciones, y de un profundo convencimiento de sus imperfecciones, de sus miserias, de sus necias aspiraciones cuando la gracia divina no las dirige á la vida inmortal, donde alcanza el hombre su complemento y perfeccion.

¿Qué adelantan los incrédulos al poner trabas á la bondad, á la misericordia y á la paternal solicitud de un Dios tres veces Santo? ¿Quién es el hombre para medir al Omnipotente? ¡Oh soberbia humana! Tú has traído al mundo la corrupcion y el mal; tú has levantado un sólio frente al trono del Altísimo; tú conduces al desdichado mortal á la cima de tu encumbrado sólio para lanzarle bruscamente al cieno de la perversidad y del crimen. Tienes dominio en todos los tiempos y en todos los siglos, pero eres pisada por los discípulos fieles y constantes de Cristo.

Sí, los discípulos de Cristo viven ignorados del mundo, pero sus nombres están grabados en la celestial Jerusalem, y cuando concluya el mundo permanecerá el recuerdo de sus virtudes en la memoria de todos los justos, de todos los ángeles, y sobre todo en la paternal complacencia del Padre Celestial.

Este lenguaje parecerá una fábula para el hombre mundano, mas para el hombre espiritual que cifra su gloria y su ventura en los placeres eternos de la gloria, será un bálsamo que dulcificará sus penas, y una santa alegría que le hará dulces y apacibles todos los trabajos de la presente vida.

¡Ah! ¡quién pudiera explicar de un modo comprensible los inmensos tesoros que se ocultan á los ojos del hombre en el seno amoroso del Padre Celestial! ¡quién pudiera delinear los favores que reciben las almas virtuosas cuando tienen la dicha de arribar á aquella mansion donde todos aman y siempre siguen amando, todos cantan la gloria del Criador y todos desean cantarla, todos gozan y nunca sienten fastidio, todos comprenden y siempre ven cosas ininteligibles en la presente vida! ¿Ha pensado alguna vez en esto el incrédulo? ¡Infeliz! ¿cómo ha de pensar en cosas tan sublimes y elevadas el que solo aspira á la felicidad de la bestia, ó cuando mas á satisfacer las exigencias de su amor propio? ¡Dios mio! ¡cuán ciego está el que os ve en el mundo y no vislumbra la luz que se oculta detrás de la corteza terrestre!

Si el ciego no puede discernir los colores, si el sordo no puede percibir los sonidos, si el muerto no puede juzgar de las cosas terrenas, ¿cómo el hombre muerto para la vida inmortal de los justos, podrá juzgar de tan sublime asunto?

Pero hay tambien ciegos y sordos; los ciegos son los que tienen puesta su vista en lo temporal y terreno, y los sordos los que no quieren oír los dulces acentos de la divina gracia que les llama constantemente para la vida de la inmortalidad. Estos componen la gran mayoría de los cristianos, para los cuales las luchas del espíritu son desconocidas, los progresos en la virtud ignorados, las gracias y consolaciones que Dios manda á las almas que imitan y siguen á Cristo una cosa nueva, desconocida y hasta increíble.

En otros tiempos hubo muchas almas privilegiadas que conocían el lenguaje de la divinidad, mas hoy apenas hay quien lo perciba, porque aquellas almas virtuosas no existen, y el Señor no derrama los consuelos y favores que en otros tiempos se presentaban á la

vista de todos los hombres como los sazonados frutos de la tierra. No hay que dudarlo, los dones y frutos del Espíritu Santo se hacen perceptibles en las vidas de los amigos predilectos de Cristo, que revestidos de la santa humildad de su divino Maestro, se labraron una corona de gloria, una santa elevacion producida por el germen y único principio de la vida inmortal que es el amor divino. Y si la vida del cuerpo tiene sus manifestaciones esternas, la vida sobrenatural producida por el amor divino, tiene un género de manifestaciones que inútilmente la buscará en sí mismo el que vive para sí y no vive preferentemente para el Autor de la vida inmortal. El que no sienta dentro de su alma la llama del amor divino, no juzgará acertadamente de los prodigiosos fenómenos ocurridos en la vida del que se dedica á contemplar las dulzuras de ese fuego misterioso, que arde sin extinguirse, quema sin herir, renueva sin destruir y dilata su accion hasta las mansiones donde tienen su asiento aquellos espíritus sublimes que entonan el himno misterioso que no ha oido el mortal, ni puede comprender en su pequenez, en su miseria y en las necias ideas que embargan su atencion y arrebatan su alma.

Parece una temeridad hablar de este modo en unos tiempos de tanta irreligion, de tanta soberbia y de tan necia como pérfida hipocresia; pero nadie sin abrazar un escepticismo absoluto, podrá negar lo que la historia nos conserva con los caracteres mas lúcidos de verdad y autenticidad que exija el mas severo y descontentadizo crítico. No obedece el lenguaje sobrenatural y de la gracia á las necias preocupaciones del hombre, sino al fiel y desinteresado criterio de una dulce y santa contemplacion muy distinta de la contemplacion terrena. Podrá juzgar el hombre sobre las cosas terrenas, pero no podrá medir los tesoros de caridad que se ocultan en las almas amadas de Dios y saturadas con

la santidad de Cristo, única fuente de vida inmortal y perfecta.

¿Quién no admira las heroicas virtudes de esos amigos de Cristo que vivieron en el retiro, para ser puestos á la faz del mundo como modelos de caridad cristiana? ¿quién no sentirá dentro de su alma una santa emulacion y una secreta censura por su tibieza, su imperfeccion, su falta de caridad, su negacion á los sorprendentes efectos de la gracia y su continuo desvio de lo eterno é inmutable? ¡Ah! esas flores fragantes de la divina gracia embalsaman la atmósfera corrompida del mundo, y destruyen la accion pestilente producida por los vicios y pecados que inficionan la tierra y forman esas malignas tempestades que descargan sobre los hombres desvanecidos los rayos de la justicia eterna.

Así como en el mundo físico existen los remedios al lado del mal y junto al veneno encontramos el antídoto, en la atmósfera moral no hay otro antídoto que la fuerza y vigor producidos por la gracia en los fieles discípulos de Cristo que traslada los espíritus extraviados al refugio cierto y seguro de la caridad cristiana. Desgraciado el día en que desaparezcan esos fieles y constantes amigos de nuestro Dios; porque entregado el mundo á los consuelos humanos, brillará sobre las nubes la espada vengadora del Hijo de Dios, y el brillo de su esplendor y de su gloria postrará heridos de muerte á los colonos ingratos que negaron á su Dios el tributo de la gratitud, del respeto, de la santa contemplacion, sin que puedan presentarse las almas puras y sinceras que mantenian las buenas relaciones de amistad y de amor entre lo criado y lo increado, lo visible y lo invisible, lo temporal y lo eterno.

Dios en su alta misericordia nos dejó en otros tiempos modelos perfectos de piedad cristiana; pero solo en esta pátria de virtud y de hidalguía podia presen-

tarse el tipo de la vida espiritual del alma perfecta en una mujer singular, cuyas virtudes admirará el siglo, cuyos escritos encenderán el fuego del amor en los que aspiren al servicio de Dios, y en cuya vida podrán estudiarse todas las fases por que puede pasar un alma que aspira á la perfeccion.

No necesita Dios de instrumentos fuertes para hacer brillar su gloria y su grandeza; no, Dios abate la soberbia del hombre y se complace en la humildad, sinceridad, rectitud y sencillez del alma, y por eso ha confundido á los sábios, á los ricos, á los poderosos, á los atletas y á los presumidos y altaneros maestros con una débil mujer, que ha puesto de manifiesto cuán posible es imitar las virtudes de Cristo, de la Virgen y de los Santos, ya en la calma del hogar doméstico, en la vida y trato con las gentes, en las estrechas paredes de un cláustro, en la salud y en la enfermedad, en la juventud y en la vejez, en la próspera y adversa fortuna.

Esta mujer singular es Teresa de Jesus, gloria de nuestra patria, ornamento de Castilla, consuelo de la cristiandad, y azucena siempre fresca de la Iglesia católica.

Bien quisiera describir á grandes rasgos aquellas contiendas secretas que sostuvo por espacio de muchos años con el espíritu infernal, y con las tendencias de su propio espíritu que la guiaba á la vana felicidad de la gloria humana, porque en ellas se manifiesta que no hay espíritu flaco ni enfermo cuando siente el soplo regenerador de ese auxilio sobrenatural que cambia por completo la faz, antes deforme, del Adam corrompido, para trasformarle en la cándida paloma que con dulce arrullo llama á su amado para depositar en él su esperanza y su consuelo.

Teresa de Jesus sufrió con humildad y resignacion muchas y diversas pruebas, y vió siempre contrariado

su recto y justo criterio; mas venció á todos su adversarios con la renuncia de sus mas caros afectos y el castigo de sus inocentes y saludables consuelos, para así hacer que solo brillara el favor divino, manifestado en aquellas gracias, dones y celestiales complacencias que sienten las almas que, aunque peregrinas en la tierra, son ya ciudadanas de la Jerusalem celestial.

No era Santa Teresa una mujer vulgar; tenia un alma abrasada por el amor divino, y por esta causa nos asombran sus combates y sus triunfos, sus privaciones y consuelos, sus trabajos y recompensas, y escitan los hechos de una débil mujer la admiracion de los hombres mas fuertes, de las personas mas piadosas, de los religiosos mas austeros y de los mártires mas atormentados. Porque no hay cosa mas difícil que resistir por muchos años luchas terribles y tenaces en el interior de la propia conciencia, solo por el deseo de practicar el bien, de servir á Dios, y de ser útil á sus prógimos. Esos sufrimientos quedan reservados para las almas que arden en el afecto del amor divino, pues las almas vulgares saben precaverse de ellos con una anticipacion tan segura como deplorable.

Mas ¿cómo un hombre necio, ciego y sin práctica de vida espiritual, podrá hablar de asuntos que solo comprenden los que sin reserva sirven á Dios? Confieso mi ignorancia é impotencia; pero, aun á pesar mio, aunque vea en estos renglones la reprobacion de mi vida, debo hablar el lenguaje de la verdad, como cumple á todo hombre que desea el bien, aunque no lo practique.

Pero ¿quién podrá explicar los combates secretos de las almas grandes que han sufrido y mueren sin referir mas que algunos hechos culminantes de los sufrimientos que amargaron sus almas? Solo Dios, que conoce sin error los quilates de la virtud sólida, y no el mi-

serable mortal que los desconoce, porque no puede verlos ni medirlos.

En Santa Teresa podemos vislumbrarlos en los favores y recompensas que con mano pródiga derramaba en su alma el Redentor del mundo. Aquellos continuos éxtasis, arrobamientos, visiones y apariciones, ¿qué eran sino la abundante cosecha que producía la divina gracia, y que por lo sorprendentes y multiplicados prueban la predilección con que la miraba su divino Esposo?

Para los que vivimos de las ilusiones de los sentidos y de los encantos que en nuestra alma causan los atractivos del mundo material, por los que vemos las cosas posibles y existentes por el velo de la realidad física, es cosa harto dura y penosa fijarnos en los encantos y maravillas producidos por un mundo desconocido y por un estado superior á lo visible; pero no lo es indudablemente para el fiel discípulo de Cristo, que mira todo lo terreno como el nido de una golondrina que crece en él para partir á regiones desconocidas para ella, pero conocidas de su inclinación é instinto.

No todos son llamados por las mismas sendas, y los que llenos de imperfecciones apenas respiramos mas que soberbia y afectos terrenos, guardémonos de creer que somos tan perfectos como esas almas puras que, educadas en la escuela del amor divino, vieron anticipadamente los prodigios de la bienaventuranza que aguarda á los justos, cuando rotas las paredes de lo temporal y terreno, vuelen á la mansion de felicidad y ventura á recibir el premio de sus trabajos, trocando las ilusiones presentes por la gloria, la alegría y la satisfacción que recibirán sin tasa del Autor de todo cuanto existe.

Si nos sorprenden las visiones y apariciones que experimentó la santa, nos causarán aun mas admiración

aquellas hablas secretas y continuas con el mismo Dios. Este milagro es aun mas sorprendente porque nos manifiesta que el mismo Dios se constituyó en maestro y director de su alma. ¿Cómo no ha de sorprendernos un prodigio desconocido en nuestros dias y pocas veces visto en los tiempos antiguos? Cuando han desaparecido los profetas y taumaturgos, cuando la corrupcion y el mal hacen indigno al hombre de favores tan sorprendentes, ¿creemos que no se han recibido esas santas y piadosas comunicaciones, que establecian un mútuo concierto entre el cielo y la tierra, en épocas en que Dios era el objeto predilecto del hombre? No, y mil veces no. Dios tiene sus complacencias en el alma santa, y permite que conozca su voz como el hijo conoce la voz de su padre temporal y terreno.

Si alguno lo duda, es bien seguro que jamás ha dado un paso por el camino de la perfeccion, ni ha vislumbrado esa luz secreta que parte del seno del amor increado y derrama una intensa claridad en aquellos afortunados espíritus que tuvieron la dicha de seguir con paso recto por el misterioso camino que, cercado en su entrada de espinas y de venerable oscuridad, ofrece á los pocos pasos frondosos y deliciosos jardines iluminados por el sol brillante del amor divino.

¡Dios mio! ¿aquellas hablas secretas que teníais con tantos amigos predilectos, existen? Vos lo sabeis. Pero si algun mortal afortunado oye vuestra voz en su alma, lo calla, y en el retiro de su aposento llora al ver que no puede tratar con nadie de asuntos tan grandes y magestuosos sin escitar la risa ó el desprecio: Señor, vuestra voz no la conocen los hombres de la presente época, y por eso juzgarán á vuestra amada Teresa como una ilusa ó una visionaria.

No me atrevo á profetizar; mas sí me será lícito

decir que siempre se ha oído, ó la voz amorosa de Dios, ó el lenguaje mudo y elocuente de la justicia que postra al hombre en tierra, y le hace confesar, aunque tarde, que es preferible el amoroso silbido del pastor de las almas, al trueno estrepitoso del castigo mandado para volver al hombre al tranquilo y reposado asiento de la caridad y del amor.

No es la vida de Santa Teresa un tejido de fábulas ó ilusiones; tiene todos los caracteres de verdad que la crítica desea y está escrita por testigos oculares, dignos de respeto por sus virtudes y por su ciencia.

Entre ellos merece el primer lugar el R. P. Diego de Yepes, gloria de la religion Gerónima y digno obispo de Tarazona. Este hombre docto y prudente fué testigo de los hechos milagrosos ocurridos en la vida de Teresa de Jesús, fué su director, y confiesa que el trato con la Santa reformó su alma y la hizo amar, con preferencia á todo lo terreno, la vida inmortal de la gloria.

La lucidez de los conceptos que contiene la obra del P. Yepes, la pureza de su estilo y lo castizo de sus palabras, han sido la causa de que todos los hombres doctos la hayan considerado como una perla literaria, á la vez que como un tratado completo de la ciencia sublime y espinosa denominada Mística.

No hay situacion ó paso de la vida espiritual que, bien sea de intento, ya indirectamente, no se toque por el P. Yepes en la vida de Santa Teresa. De aquí esa afición con que la buscan, tanto las personas espirituales como las que aman nuestras glorias nacionales.

Muchos son los que se han ocupado en escribir la vida de Santa Teresa, pero aunque su mérito sea grande, bien puede asegurarse que no igualará al que encierra la vida escrita por el P. Yepes, pues prescindiendo de otras muchas consideraciones, tiene el mérito singular de ser escrita por un testigo ocular, docto,

prudente, virtuoso é incapaz de caer en el loco y temerario empeño de presentar lo humano como sobrenatural y divino.

Obra tan apreciable bien merece reimprimirse, especialmente cuando las antiguas ediciones se han agotado hasta tal punto, que es muy difícil hallar un ejemplar en buenas condiciones. Estas son las causas que han movido al editor á reimprimir la obra del P. Yepes. Para distribuir las materias en los dos tomos de que ha de constar la obra, ha procurado colocar al fin del tomo segundo los prólogos que se hallaban distribuidos en la antigua edición al principio del primero y segundo volúmen, pues además de ser demasiado estensos, pueden considerarse como un resumen de la vida de la Santa.

Valencia 1.º de Junio de 1876.

JUAN JUSEU Y CASTANERA.



PROLOGO DEL AUTOR.

A NUESTRO SANTÍSIMO Y BEATÍSIMO PADRE,
Y SEÑOR NUESTRO,

PAULO PAPA QUINTO,
FRAY DIEGO DE YEPES,
OBISPO DE TARAZONA,

Lo que en nuestros tiempos habemos oído y visto (y por hablar con las mismas palabras del Apóstol San Juan), tocado y palpado con nuestras manos de la vida y Santidad de la Bienaventurada Madre Teresa de Jesus, es lo que yo escribo en este libro, y lo que confiado de la benignidad y clemencia de Vuestra Santidad, pongo debajo de su sombra y amparo. Fuera atrevimiento en mí cualquiera de estas dos cosas, si no me hallara así para la una, como para la otra igualmente obligado. Yo conocí y traté por espacio de mas de catorce años á la Bienaventurada Madre Teresa de Jesus, cosa que he estimado por singular merced de Dios y medio muy eficaz de mi salvacion, porque siempre que de ella me acuerdo ó veo las paredes de los Monasterios y Orden que fundó, se renueva en mí el deseo de servir á Dios y mejorar mis costumbres. Fió ella de mí su alma, eligiéndome por confesor suyo, y así en confesion, como fuera de ella, pensando aprovechar la mia, me comunicaba las grandes riquezas y tesoros que el Señor en la suya habia depositado. Hizome mientras vivió en la tierra grandes favores, y confieso que son mucho mayores (si por mi culpa no los pierdo) los que he recibido ahora que reina en el Cielo. Yo quedé desde que la conocí tan satisfecho de su virtud, tan prendado de su humildad y prudencia, que desde entonces me hice pregonero de sus virtudes, esclavo de sus Monasterios, y me hallo obligado, como quien tocó con las manos tan excelentes dones, y como testigo de vista de su corazon, á dar no-

ticia á Vuestra Santidad de tan increíble perfeccion y santidad, que sin duda es honra y gloria de estos tiempos, y flor que hermosea la esterilidad de esta edad postrera de la Iglesia; pues para hacer esto, no solo me fuerza la comun deuda y devocion que comunmente á los Santos se debe, sino la obligacion particularísima que tengo á esta Santa, si ya no quisiera ser ingrato á tanta merced como siempre me hizo.

Pero cuando no hubiese de por medio otra razon mas que dar noticia á Vuestra Santidad y á toda la Iglesia de las grandezas que Dios ha obrado en esta Santa Virgen, ó para imitarlas, ó para estimarlas en lo que son, bastara por motivo y premio de mis trabajos, que si es honrosa cosa (como el Angel dijo á Tobías) sacar á plaza las obras de Dios, no podrá dejar de ser digna de reprehension y castigo el callarlas. Miedo fué puesto en razon el que tuvieron de ser castigados aquellos leprosos de Samaria, cuando viendo su ciudad libre del cerco del enemigo, ocupados ellos en gozar á solas de sus despojos, encubrian con su indiscreto silencio nuevas para el rey de tanta alegría, hasta que volviendo sobre sí, dijeron: *Non recte facimus: hæc enim dies boni nuntii est. Si enim tacuerimus, sceleris arguemur: venite, eamus, et nuntiemus in aula regis;* (4. Reg. 7.) y justísima seria en mí, Santísimo Padre, cualquiera pena y castigo, si habiendo sido testigo de vista de los grandes favores y mercedes que Dios ha hecho en estos tiempos á su Iglesia en darle un dechado de tan rara santidad, como fué esta dichosa Virgen, habiendo yo gozado parte de estos favores, los pasase en silencio, sin dar cuenta de ellos á Vuestra Santidad, que es el verdadero Príncipe, Padre y Pastor de ella, y cuando no hubiera otra razon, sino ser Vuestra Santidad quien es y tratar este libro de lo que trata, me obligaba á ponerlo debajo de su proteccion y amparo. Porque un Pontífice Santísimo, Paulo en el nombre, y en la imitacion y celo de la fé muy semejante, grande honrador de los Santos, Columna firme de la Iglesia, por justo é interés propio tendrá cualquiera ocasion de favorecer las cosas de una Santa, grande hija de la Iglesia, celadora de la Fé, Madre y Fundadora de una Religion, y en virtudes y milagros un prodigio de santidad rarísimo. Una mujer fuerte es negocio raro, como el Sábio dice, y difícil de hallar cuando la buscan los hombres, pero Cristo la buscó, halló y formó tan á medida de

su corazon y estilo, que con razon se puede llamar cosa rara, por haberlo sido esta Virgen en todas sus cosas. Negocio raro es, Smo. Padre (y por ventura hasta este tiempo no visto ni experimentado en la Iglesia), que una mujer, pobre de riquezas y humanos favores (aunque en bienes del cielo rica), con increíbles trabajos, fundase una religion, así de hombres como de mujeres é instituto y perfeccion de vida aventajadísima, y que la ordenase toda á la propagacion de la Fé y estirpacion de las heregías que este quiso fuese su llamamiento y vocacion, á donde si comparamos la grandeza de esta planta y hermosura, y la santidad de sus hijos é hijas, en los cuales resplandece como en espejo la imágen de su Madre, con el pequeño grano donde nació, y con el breve tiempo en que ha venido á tanto crecimiento, no habrá quien no vea en su estremada pequeñez, admirable y no pensada virtud. Y no es menor maravilla que una mujer, á quien si la comun condicion de su estado escluye de ser enseñadora de otros, la particular gracia y aliento del Cielo hiciese Maestra de muchos, moviendo el Espíritu Santo su pluma (como piadosamente creemos y se experimenta por los efectos), para que sin estudio humano (porque todo su saber era divino) escribiese libros llenos de celestial doctrina. Y lo que igualmente admira con tanta propiedad y dulzura de estilo y con palabras tan vivas que ninguno las lee, que si es espiritual, no halle grande provecho, y si no, lo desee serlo y se anime para esto, porque facilita grandemente el camino de la perfeccion cristiana, poniendo delante la piedad grande de Dios, con los hombres que le buscan y el trato dulce que con ellos tiene. Fué esta Santa Virgen singularmente regalada con favores del Cielo, porque no hubo género de visiones, revelaciones y hablas de Dios, y todo lo demás que dice un trato amoroso y tierno de un esposo con una esposa de que ella no gozase; pero sin comparacion, fué mayor el exceso de los trabajos y dificultades, que con pecho mas que de varon, venció por Cristo, que es el de la dulzura y consolaciones que tuvo con Cristo. Y por no hacer de esta carta historia, des- envolviendo este tesoro antes de tiempo, dejaré de referir aquí, así las gracias naturales, como los sobrenaturales dones de la sabiduría, de profecía, de discrecion de espíritu, de gracia de hacer milagros con que Dios la dotó, y con que despues de muerta la ha honrado, para que todas estas gracias

fuesen unas como voces, y pregoneros de la crecida santidad y fuego de amor encendidísimo que en su pecho ardia, contentándome con haber fijado en los postes de este libro estas como señales y prendas de lo que dentro se halla, y de haber comenzado á escoger parte de esta imágen que en él presento de sus virtudes, para que si alguno me culpare de haber puesto en lugar tan alto mis pensamientos, disculpe mi atrevimiento, considerando que cosas tan grandes y raras solo pueden decir con la persona mas grande y rara que hay en el mundo, que es V. Santidad.

La mayor parte y mas principal de esta vida y milagros que escribo, es tomada de su misma fuente y original, que es la que yo ví y esperimenté en esta Vírgen; lo demás es sacado de informaciones graves y dignas de toda fé. Quisiera que mi estilo igualara con el sugeto; tal cuales, lo dedico y consagro á V. Santidad, y pongo debajo de sus Beatísimos piés, suplicando lo reciba y ampare, para que, rico con su bendicion, la gloria de Dios y fruto de las almas, que es lo que por él pretendo, vaya creciendo; y con llevar en la frente escrito el nombre de V. Santidad, le hagan la honra que por el autor no merece. Y, principalmente, para que en esta última edad y vejez de la Iglesia, entre los muchos trabajos y plagas que cada dia se ofrecen, leyendo V. Santidad las escelencias de esta Santa, halle algun consuelo, haciendo con sus virtudes contrapeso á tantos males, con sus ganancias de tales, y tantos hijos, á tantas pérdidas, y desobediencias de otros rebeldes; con sus milagros á tanta infidelidad; con su doctrina á tantos errados ingenios y estragadas costumbres; y, finalmente, para que entre los malos ratos que dan los hijos perdidos, tenga V. Santidad algun alivio con las virtudes y hazañas de esta hija, sea el entretenimiento y descanso de V. Santidad, á quien Ntro. Señor guarde por muchos siglos, para mayor bien y aumento de su Iglesia. De Tarazona al 1.º de Agosto del año de 1606.



LIBRO PRIMERO.

**Del nacimiento, crianza, y de todo el demas
discurso de la vida de la bienaventurada
Madre Teresa de Jesús.**

CAPITULO PRIMERO.

**De los altos y admirables fines que Dios tuvo en dar-
nos en nuestros tiempos una tan grande Santa, como
fué la bienaventurada Madre Teresa
de Jesus.**

Glorioso es Dios en su majestad, y maravilloso en sus santos; y aunque en ellos se muestra su bondad y grandeza, no es para todos igual su amor y misericordia. Que como en las casas de los reyes suele haber unos criados mas favorecidos, y en las de los padres unos hijos mas regalados que otros, así en la de Dios, en esta edad y siglo postrero, fué con grandísima particularidad en gracias y dones aventajada á muchos la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, cuya vida, virtudes y milagros yo determino escribir mediante el divino favor, juntamente con los dichosos principios que dió á la nueva reformation de los Religiosos Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Cármen. Materia ciertamente admirable por las cosas tan altas y divinas que nos ofrece; y no menos provechosa, por estar llena de vivos ejemplos y notable doctrina para los que desean seguir el camino de la santidad y virtud, en la cual me pareció necesario tomar de atrás la corriente y tejer esta historia desde sus primeros principios, descubriendo primero los fines que, á nuestro corto entender, se puede conjeturar que Dios tuvo en formar en nuestros tiempos una Santa tan grande, que con ser de carne y sangre, de tal manera vivió en ella el espíritu divino, que no se pueden mirar ni

contar sus cosas, sino como verdaderamente celestiales, angélicas y divinas. Y como no puede dejar de causar admiracion ver en tiempos tan miserables, y en los siglos mas infelices de la Iglesia (donde las tinieblas, así de la heregía como de otros pecados, parece que querian oscurecer su claridad), nacer un nuevo y resplandeciente Sol; así no puede aquietarse la condicion humana hasta averiguar (en cuanto á su flaqueza é ignorancia se le permite) qué fines tuvo Dios en dar á su Iglesia en nuestra era esta tan preciosa joya y tesoro. Que como un hombre prudente y sábio no hace obras grandes sin grande consejo, y sin que tenga respecto á otros intentos grandes; así Dios, que es la misma discrecion y prudencia, en tanta grandeza como en esta Santa mostró, no pudo carecer de grandes y levantados fines. Y aunque algunos lo serán tanto que no se dejen tocar de nuestra pequeñez y bajeza, pero otros (ordenándolo así su divina providencia) se descubren mas de cerca para nuestro provecho y su gloria.

Uno fué principalísimo para que reformase su Religion, que es la de Nuestra Señora del Monte Carmelo; Religion de las primeras que en la Iglesia florecieron, y tan antigua, que reconoce por principios á los sagrados Profetas Elías y Eliseo; que como esta era la primera, puso Dios en ella los ojos; y desde su primera edad la ha ido gobernando con particular amor y providencia; y siempre, al tiempo de la mayor necesidad ó de mayor caida, la proveyó de mayor remedio, criando en ella varones tan señalados y santos, que con la fuerza de su ejemplo y doctrina, la levantaban y restituian á sus principios, como brevemente se verá por este discurso colegido de autores graves y doctos.

Nació esta Religion en el Monte Carmelo. Tuvo por padres (como habemos dicho) á los santos Profetas Elías y Eliseo, y por madre á la siempre Virgen Nuestra Señora. Comenzó su carrera novecientos y veinte y tres años antes del nacimiento de Cristo nuestro Redentor, continuándose esta Religion por los hijos de los Profetas; y (cuanto en aquella edad y tiempo se permitia) con gran menosprecio de las cosas de la tierra y deseo de las divinas y celestiales. Con tan larga carrera iba ya cansada, como lo estaba tambien la ley en que vivia. Proveyó el Señor entonces de otros Elías, que fué el glorioso Bautista,

sucesor suyo, no solo en el espíritu, sino en la profesion. Reformó lo que en la Religion del Profeta Elías estaba caído, y fué la segunda fuente que la Iglesia tuvo, de donde manó el instituto de los Monjes. Con tan buen Maestro y Príncipe, con la proteccion y amparo de la Sacratísima Vírgen (que como graves historias cuentan) trató familiarmente con los ermitaños del Monte Carmelo, que no distaba legua y media de Nazareth; y ellos la reconocian por Madre y Patrona, y en honra suya edificaron en el año de 83 de la Encarnacion de su Hijo un oratorio (como Juan, Patriarca Jerosolimitano, refiere *lib. de institut. Monach. cap. 36*), y con la nueva luz de la predicacion Evangélica, caminó esta Religion entonces casi al mismo paso de la primitiva Iglesia por desiertos, y cuevas, y otros lugares los mas remotos y escondidos que en los montes habia, huyendo las persecuciones que en el principio de la Iglesia se levantaron.

Con la diligencia de los Tiranos, y el deseo que los Monjes tenian de martirio, pasados trescientos años, casi no se veia rastro de Religion ni de Monjes. Levanta Dios en este tiempo al grande Antonio en Egipto, que siendo instruido de algunos pocos Monjes que habian quedado, salió gran Maestro en esta arte, y restauró él por su medio la disciplina monástica, dándole el mejor punto que jamás tuvo. De aquí se derivaron por diferentes caminos varias Religiones. Fué discípulo de Antonio, Hilarion, el cual reformó y renovó en Palestina este modo de vida, y volvió la Orden de Elías con gran aumento de perfeccion de vida á la tierra donde habia nacido. Renovóse el Carmelo, y dentro de breve tiempo comenzaron á vivir los Religiosos de él en forma de mas Religion, guardando la Regla que poco despues de Hilarion dió á Caprasio, Prior de los Ermitaños de este monte, Juan, Patriarca Jerosolimitano, que antes habia sido Monje de la misma Orden. Fueron estos los dichosos tiempos de la Iglesia y de la Religion, cuando estaban poblados los desiertos de Egipto y Palestina de tantos Monjes como el Cielo de estrellas. Duró cerca de trescientos años esta felicidad y gloria en la Orden del Profeta Elías, hasta que la crueldad de Ahamar y de otros ferocísimos Tiranos, dieron fin á tantas vidas de Santos y principio á su gloria.

Quedaron en este tiempo pocos Monjes en el Oriente, y

esos repartidos por muchas partes; permanecieron algunos en el Monte Carmelo hasta el año de mil ciento, que Aymerico, Patriarca Antioqueno, les favoreció y ayudó, juntándolos en modo de vida mas comun que hasta allí habian tenido. Pero no bastó esto para reformar la Religion que estaba tan derribada y caída; y así ordenó el Señor que el bienaventurado San Alberto, Patriarca Jerosolimitano, que antes habia sido Ermitaño del Monte Carmelo, viendo la necesidad de sus hermanos, les dió una regla tal como se podia esperar de su espíritu y prudencia, y cual convenia para levantar un edificio que casi todo estaba por el suelo. No fué suya, sino de Dios, esta regla, pues con ella, de tal manera se levantó la Religion, que ya parecia otra. Con este tan perfecto y provechoso instituto vivieron los Carmelitas, desde el año de mil ciento setenta y uno (que fué cuando de mano de este Patriarca la recibieron) por algunos años con gran observancia y espíritu.

Pero como no hay cosa tan fija que el tiempo no la mude, ni tan perfecta que nuestra miseria no la estrague, ni tan provechosa que por nuestra mala disposicion, ó flaqueza, ó por otras causas, no nos pueda hacer daño; con el tiempo pareció conveniente á la Religion (despues de estar mitigada en algo la Regla de Alberto, por Inocencio IV) añadirle otra segunda mitigacion de cosas mas graves ó importantes en tiempo del Papa Eugenio IV, que fué en el año del Señor de mil cuatrocientos treinta y uno. Desde aquí fué dando muchas bajas la Orden, tanto, que parecia ya que aquellas primeras fuentes, Elfas y Eliseo, aquellos grandes Padres Bautista y Antonio, de donde habian manado tan caudalosos rios, se habian enturbiado, ó por mejor decir, agotado, y con ellas los abundantes frutos de rigor y observancia que la Religion solia producir. Pero el Señor, que habia proveido en las demás caidas de la Religion de quien la reformase, como habemos contado, no tuvo menos providencia en este tiempo, queriendo mostrar mas su grandeza en que la Religion, cuando mas vieja y cansada estaba, diese (como otra Sara) mas copioso fruto que nunca, y pareciese una hija tal cual la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, á quien bendijo el Señor, y en ella á muchas gentes. Y en esto mostró mas su sabiduría, que siendo mujer, la escogiese para reformar á muchos varones, y

dar principio á lo que muchos, por aventajados que fuesen, aun no se atrevieran á pensar; que como adelante descubrirá esta historia, fué esta empresa tan gloriosa, que sola ella bastara para hombros de un San Hilarion, San Francisco ó Santo Domingo; pues verdaderamente, en materia de Religion, es mucho mas levantar la que está caida, que plantarla de nuevo. Y no es de menos gloria de Dios lo uno que lo otro; pues como Dios tenia determinado poner en los hombros de esta Santa tan grande peso, habiendo de ser Reformadora y Fundadora, fué muy conforme al órden de sus divinos consejos darle un alma de varon, robusta, fuerte, santa y adornada de preciosas joyas de virtudes.

No fué solo esto para lo que Dios crió esta alma tan rica de tesoros del Cielo, porque la ordenó á cosas mas comunes y universales de su Iglesia; que fué para que le ayudase, no solo con su vida (que fué dechado vivo de la perfeccion Evangélica y ejemplo suyo y de sus Monasterios), sino tambien la tomó por instrumento para hacer guerra á los herejes, no con la espada y lanza, sino con armas mas poderosas y fuertes, que son las de la oracion; porque, como adelante diremos, con el gran celo que en su pecho ardia de la gloria de Dios, con el gran sentimiento que habia en su alma de las ofensas que los herejes le hacian, con la mucha lástima que tenia á las almas de estos perdidos y miserables, con particular acuerdo del Espíritu Santo instituyó sus Monasterios para que ya que con las armas no pudiesen herir al enemigo, siquiera con los clamores y voces le pusiesen miedo y ahuyentasen de la grey de la Iglesia. Fué tambien esto traza de Dios, que casi al mismo tiempo que aquel malvado Lutero comenzó á maquinarse sus mentiras y engaños, y á confeccionar la ponzoña con que despues dió la muerte á muchos, en esa misma ocasion andaba el Señor formando esta Santa para que fuese como triaca de esta ponzoña; y lo que aquel apartaba de Dios por una parte, esta por otra recogiese y allegase; y así sirviese á la Iglesia, no solo haciendo oracion por los miembros cortados de ella, sino tambien procurando dar vida á los que estaban secos ó muertos.

Y no es de menor consideracion el haber Dios descubierto en esta edad un tan grande espectáculo de santidad, en el cual se muestran cosas tan prodigiosas y raras, y no solo de

admirables virtudes y obras maravillosas, sino de estraordinarias revelaciones, visiones, arrobamientos, hablas y trato con Dios; para que cuando el mundo por su poca fé, ó por los muchos engaños que cada dia experimentaba de alguna gente engañosa y fingida, miraba desde lejos las revelaciones, visiones, arrobamientos y otros dones y virtudes de los Santos, pareciéndole que todo aquello habia cesado, vea delante de sus ojos, que no es menos poderosa ahora que entonces la mano del Señor; y que si la hipocresía se ha cubierto con la capa de la virtud, procurando fingirse cual ella, no por eso se ha de dar menos crédito á lo que es virtud y obra de Dios, aunque venga debajo de la flaqueza de una mujer. Gran desventura ha sido la de estos tiempos; grandes los embustes y tramás que el demonio y la hipocresía han inventado, dañando no solo á los autores de estos engaños, sino tambien desacreditando á la virtud; porque es tal la condicion del vulgo y gente ignorante, que sin discrecion alguna hace reglas de casos particulares para sentir mal de la virtud. Y para ver la verdad no se aprovecha de los muchos ejemplos que hay en la Iglesia; antes toma ocasion de una caida para oscurecerla, si pudiese. Y verdaderamente mas fruto saca el demonio de este comun sentimiento y concepto que las caidas causan en los ignorantes, que de los mismos que en ellas fueron engañadores, ó engañados; porque por aquí la virtud queda sin valedores, y apenas hay quien en público la mire, ó vuelva por ella; y así se arrinconan, y dá franca la entrada á mil engañosas opiniones y vicios.

De esta manera estaba en España el trato de oracion, y mucho mas todo lo que sabia á visiones, ó revelaciones, y así cuando salieron las de esta santa Virgen pasaron por el mismo juicio que las demás que habian sido engañadoras. Pero descubriendo Dios la verdad, volvió por su honra, y acreditó sus obras y regalos que él hace á sus amigos; que si bien es cordura no dar crédito fácilmente á cualquier espíritu (sabiendo que la discrecion y prudencia pide que preceda el exámen de cosas tan graves, segun las reglas que los Santos y la Escritura enseñan), no deja de ser ignorancia, ó pertinacia y locura, condenar (como dicen) á bulto lo que no se entiende, y pensar, que porque puede ser ilusion ó engaño, lo es; pues pudiendo no serlo, habia de hacer contrapeso, para que el varon espiritual

y prudente pesase con el peso de la razon lo uno y lo otro, y discerniese cuándo el espíritu es de Dios, y cuándo no. Pues para enfrenar juicios indiscretos y para acreditar la virtud en esta parte, para hacer cautos á los que tratan almas semejantes, con la esperiencia, doctrina y avisos de esta Santa, y para con ellos tambien desengañar á los que por este camino van engañados: entre otros muchos fines que tuvo Dios en darnos á esta Santa, fué uno este que acabamos de decir; porque si bien se mira su vida, y con atencion se leyere su doctrina, apenas habrá quien no apruebe lo que por ella pasó, y palpe como con las manos las grandes misericordias que el Señor la hizo, y saque luz de su admirable doctrina para saber gobernar almas en semejantes sucesos, y entender los ardides del demonio, que cuanto mas ocultos, son mas peligrosos, y saber apreciar lo que es mas subido en este camino espiritual, que es el trato de mortificacion y virtudes, que es lo que ella mas procura enseñar y persuadir, huyendo cuanto es de nuestra parte con humildad, visiones, revelaciones y otras mercedes extraordinarias del Señor.

CAPITULO II.

Del nacimiento, crianza y buen natural de la bienaventurada vírgen Teresa de Jesus.

Reinando en Castilla doña Juana, madre del Emperador don Carlos, y gobernando por ella su padre el Rey Católico D. Fernando; siendo Pontífice Romano Leon X, y Emperador Maximiliano, abuelo del Emperador D. Carlos, año de mil quinientos y quince, nació en Avila, ciudad antigua de Castilla, la bienaventurada vírgen Teresa de Jesus de padres nobles y virtuosos. Y aunque importa poco saber el origen de los padres que los siervos de Dios tuvieron en la tierra; pero por no faltar en esto á la verdad y partes de la historia, habré de contar los de esta Santa. Fué, pues, nacida en Avila, y por entrambas partes de noble linaje: su padre se llamó Alonso de Cepeda, y su madre (que fué segunda mujer suya) doña Beatriz de Ahumada. Fueron sus padres juntamente con ser honrados, temerosos de Dios, porque tal habia de ser árbol que habia de producir tales frutos. Entre otros hijos varones y dos hijas de este se-

gundo matrimonio, tuvieron por su buena dicha á esta Santa, que les nació (como hemos dicho) en el año de mil quinientos y quince á veinte y ocho de Marzo, día de San Bertoldo, Santo de la Orden de Nuestra Señora del Cármen. Pusiéronla por nombre Teresa, guiados (á lo que se puede entender) por Dios, que sabia los milagros y maravillas que en ella y por ella habia de hacer. Porque Teresa es lo mismo que Tarasia, nombre antiguo de mujeres y griego, que quiere decir milagrosa. Y ciertamente tal nombre cuadraba bien á la que habia de ser un prodigio de naturaleza, una estrella milagrosa de la gracia, y un espectáculo de santidad y perfeccion al mundo; que no lo es pequeño, que una mujer flaca haya emprendido hazañas mas que de varones; y á la que tocaba por ser mujer ser ignorante y ruda, haya sido Maestra y Doctora de la Filosofía mas alta y mas escondidos secretos de la contemplacion.

Como nacia la bienaventurada Madre Teresa de Jesus para atraer muchos á la virtud y ser ejemplo y dechado de muchos, tomó Dios de atrás la corriente, y para levantar edificio tan alto, fabricóle desde las primeras piedras, y así le dió un natural hábil y conveniente para este propósito, generoso y no soberbio, amoroso y no pegajoso, apacible, agradecido y agradable á todos, lleno de una discrecion tan admirable, que cuando se descubrió con la edad, atraia y cautivaba cuantos corazones trataba. De suerte, que afirman por cierto todos los que la conocieron y trataron muchos días, que nadie la conversaba, que no se aficionase y perdiese por ella; y que niña y doncella, seglar y Monja, reformada y antes que se reformase, fué con cuantos la veian como la piedra iman con el hierro. Porque el aseo y buen parecer de su persona, y discrecion de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condicion, la hermo세aban de manera, que el profano y el Santo, el discreto y el reformado, los demás y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debia á sí misma, quedaban como presos cautivos de su trato. Pues en estos naturales como en tierra fértil y sazónada, prendió luego con firmes y hondas raices la gracia que recibió en el Bautismo; de manera, que en los primeros años de su niñez dió claras muestras de lo que despues pareció en ella, y dió en su tiempo el fruto de lo que al principio Dios habia plantado en su alma. Inclinábase desde sus

primeros años á cosas mayores, no siendo sus ejercicios niñerías, como ni menos lo eran sus pensamientos. Siendo de seis ó siete años, gustaba de contar y hablar de las vidas y virtudes de los Santos; apetecía soledad y silencio, y en la manera que aquellos años sufrían, despreciando lo temporal aspiraba á lo eterno; y lo que es de maravillar, antes aun de comenzar á gozar de la vida, deseaba ya padecer muerte por Cristo. Encendíase su corazón leyendo los martirios de los Santos, y pareciéndole que eran mucho menores sus trabajos que el premio de que gozaban, deseaba ella morir así por ganar lo que ellos habian alcanzado. Y con este ardor y deseo, con mas esfuerzo y generosidad que su edad pedia, comenzó á tratar luego con un su hermano, que se llamaba Rodrigo de Cepeda, que era casi de sus mismos años, cómo pondrian por obra tan dichosos deseos. Y acordando entre sí de tomar alguna cosilla para comer, se salieron de casa de su padre determinados los dos de ir á tierra de moros, donde les cortasen las cabezas por Jesucristo. Y saliendo por una puerta de la ciudad de Avila, que llaman de Adaja (que es el nombre del rio que pasa por ella), tomaron el camino por la puente adelante, hasta que un tío suyo les topó y volvió á su casa, con harto gozo de su madre, que los hacia buscar por todas partes con mucha tristeza y miedo no les hubiese sucedido alguna desgracia. Riñóles la madre de la ausencia que habian hecho, y el hermano se escusaba diciendo que la niña le habia incitado y hecho tomar aquel camino.

Viendo, pues, que no podian hallar los medios para volar luego al Cielo, los que apenas habian abierto los ojos, ni puesto los piés en el suelo; con el fuego que en su corazón ardía, trazaban otras mil invenciones, que aunque en lo de afuera no pasaban de obras de niños, los deseos eran de varones. Y así ordenaban, que los dos fuesen ermitaños, y en la huerta que habia en su casa (como su edad les permitia) edificaban sus ermitas, no como los otros niños por via de juego ó entretenimiento, sino para recogerse á la soledad en ellas: comenzando en esto á dar muestra como el Señor la escogió por medio (como despues sucedió) para renovar las antiguas ermitas de los ermitaños del Carmelo, que tantos años habian estado caídas por el suelo. En estos y otros sabrosos ejercicios, se entretuvo desde la edad de siete años hasta los doce, como ella

dulcemente cuenta en su libro, por estas palabras: «Como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los bienes que leía haber en el Cielo. Juntabame con este mi hermano á tratar qué medio habria para esto; concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. Y paréceme, que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algun medio; sino que el tener padres, nos parecia el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando eso, y gustábamos de decir muchas veces: para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez, imprimido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir á donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que habia en casa, procuramos cómo podíamos hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caian; y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo.»

En esta edad tambien le comenzó nuestro Señor á comunicar parte del espíritu y don de oracion, que despues tuvo; porque muchos ratos en soledad se ocupaba en ella. Y como entonces no tenia maestro alguno que la guiase, aprovechábase de una imágen que en su casa habia, donde estaba pintado Cristo nuestro Redentor y la Samaritana, diciendo aquellas palabras: *Domine da mihi hanc aquam*. Estas la movieron tanto, que sus contínuos deseos eran por beber de esta agua viva, y repetia muchas veces aquellas palabras: *Domine da mihi hanc aquam*. Y como nació con ella esta sed, así le duró por toda la vida.

Estos que habemos contado, fueron sus ejercicios siendo niña; estos sus deseos, y debieron de ser bien de veras, pues todos los vió despues cumplidos, porque aunque no fué mártir de sangre y cuchillo, fué de espíritu, y los trabajos labraron en ella la corona que en otros labra la espada. Fué despues no solo monja, sino ermitaña, pues verdaderamente los Monasterios que ella fundó y del modo que en ellos vivió, mas fué de ermitaños que de Monjas, y así dejaba todos sus Monasterios poblados de Ermitas. Y entre los Monasterios de los Religiosos,

vemos hay casas de yermo, con aquella perfeccion, espíritu y penitencia, que vivieron antiguamente los Padres de Egipto y Palestina.

El agua viva de la contemplacion, que ella con tantas ansias y sed pedia, le dió el Señor con tanta abundancia, que muchas veces la embriagaba y sacaba de sí, y la levantaba sobre la tierra como adelante contaremos mas largamente.

Por estos pasos caminó todo este tiempo de su niñez, y así llegó á los doce años de su edad, y entonces se murió su madre, que era muy virtuosa y cristiana señora, quedando con solo su padre en su casa, acompañada de una hermana mayor y de otros hermanos; y en vez de ella, tomó por madre á nuestra Señora, como ella cuenta, haciendo tambien memoria de otros ejercicios que en aquella edad tenia. «Hacia (dice) limosna como podia, y podia poco: procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacia serlo.» Y mas abajo dice: «Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años poco menos; como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida fuíme á una imágen de nuestra Señora, y supliquéla que fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado así.»

Hizo á tan buen tiempo y con tanta verdad esta oracion, que desde entonces, esta piadosísima Señora la tomó por tan su hija, que quiso que por su medio fuese su Religion reformada y reducida á sus primeros originales, siendo instrumento la dichosa y bienaventurada Teresa de Jesus para que el nombre de esta gloriosísima Señora fuese mas estendido y conocido en el mundo, y se edificasen en él muchos Monasterios, así de Religiosos, como de Religiosas, en los cuales muchos varones y mujeres, renunciando el mundo, procuran servir á Dios con pureza de vida, y honrar á su madre con la imitacion de sus virtudes, como en esta historia iremos contando.

CAPITULO III.

Cómo se fueron perdiendo estas virtudes y buenos principios, y cómo el Señor sacó á esta Santa virgen de los peligros en que andaba.

Creciendo en la edad, crecia tambien la bienaventurada Madre Teresa de Jesus en las virtudes y gracias naturales, descubriendo mas cada dia su natural gracioso, amoroso y prudente, lo cual la hacia señalada y amable entre todas; llevando tras de sí con amor y admiracion los ojos de quien la miraba. Mas como no haya virtud que no tenga algun vicio que le parezca, ni cosa tan acertada que no pueda ser de inconveniente por alguna parte ó respecto, y como los grandes bienes de ordinario estén ocasionados á grandes males, comenzó el demonio á tener envidia y pesar de tan buenos principios, y de tantos dones naturales y sobrenaturales que en ella conocia. Y sospechando el daño que á él le podria venir si adelante pasaban, y cuán aparejada era esta Santa para hacerle guerra, determinó de comenzarla él primero, induciéndola á usar mal de ellos. Porque si bien las gracias y buen natural ayudado de la razon, es gran parte para todo lo que es virtud y provecho de quien las tiene, por el contrario, cuando falta esta guia y carece el alma de este freno, y cuando con las nubes de las pasiones se oscurece la lumbre de la razon, suele ser instrumento para mayores daños. Así como el caballo ciego, quanto con mas ligereza corre, tanto es mayor su peligro; y quanto la tierra es mejor, si no es cultivada, arroja con mas fuerza las malas yerbas; pasó lo mismo á esta Santa, la cual, como en esta edad tuviese ya mas vigor en la razon, viéndose querida de muchos, comenzó ella tambien á querer, y como era discreta y apacible, arrojóse á no gustar de estar escondida, y comenzó á abrir los ojos al mundo y tomar sabor de lo que en él se estima por algo, y apreciarse del aderezo y galas de mozas, y de la curiosidad en ello con alguna demasía y esceso.

En lo cual le ayudó mucho, ó por mejor decir, le dañó la leccion de algunos libros profanos á que le inclinó su natural ingenio. De que dice en su vida, y de otras vanidades suyas estas palabras: «Yo comencé á quedarme en costumbre de

leer libros de caballerías, y aquella pequeña falta que en ella ví (*Vida cap. 2*) (porque va tratando de su madre, de la cual tomó el leer estos libros), me comenzó á enfriar los deseos, y fué causa que comenzase á faltar en lo demás. Y parecíame que no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas y á desear parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabellos, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intencion, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí.»

Con estos principios, comenzó poco á poco á resfriarse en aquellos primeros fervores, y á oscurecerse aquella centella de la gracia recién nacida, y casi mudarse el corazón que antes estaba abrasado en Dios, en la vanidad que amaba. Tanto es el daño que causa la lección de vanos libros, que aunque el leerlos de suyo no sea pecado, suele ser, empero, principio y origen de muchos. De aquí nació el deseo del afeite y vana curiosidad de ver y ser vista, y comenzó á desmoronarse poco á poco el edificio, dando á esto principio cosas que á su parecer eran pequeñas y no claramente pecado; porque el espíritu de Dios, y la familiaridad y amistad suya, aunque no se pierde si no es con culpas mortales, estrágase y entíbiase grandemente con muchas veniales, y cuando un alma á los principios no las ataja con los remedios y medicinas que Cristo enseña fácilmente, y casi sin sentir se halla metida en peligro de otras mayores.

Así acaeció en aquellos primeros años á nuestra Santa, porque de la lección de los libros y de la vanidad que de ellos había concebido, brotó la demasia y desconcierto de las galas y aderezos curiosos; y de aquí fué desbarrando á gustar de la buena conversacion y trato de algunos deudos suyos, holgando de sustentales pláticas y oír sucesos de sus aficiones: de donde se fué ensayando su alma á lo que oía y trataba, y comenzó á amar y procurar lo mismo que la destruía; y lo que mas en esta parte le dañó, fué la compañía y conversacion de una doncella, deuda suya no muy asentada. A esta se aficionó demasiadamente; con ella eran sus pláticas y pasatiempos, y esta daba parte á la que aun no había comenzado á abrir los

ojos al mundo, de sus conversaciones y vanidades. Con este vaso procuró el demonio darle á beber el veneno de la afición á cosas del mundo, que aunque parece sabrosa, suele á muchos causar la muerte. Fué así, que de tal manera mudó esta conversacion su alma, que de tal natural y espíritu tan bueno, apenas dejó señal; porque la amiga (ó por mejor decir, enemiga), imprimia, como en blanda cera, sus condiciones y gustos.

De esto se queja bien y lamenta la Santa Vírgen en su libro, y como escarmentada en cabeza propia, desea que se entienda el gran daño que hace la amistad y compañía, cuando no es buena; que si un mal libro (que es un compañero muerto) suele causar tanto estrago en una persona, ¿cuánto mas se puede temer un amigo desconcertado y vano? Porque con la amistad se asemejan las costumbres, y antes se pegan los siniestros y aviesos, que las virtudes y ejemplos de los amigos; y mas cuando el alma está tierna, y es el natural blando y apacible, cual era el de nuestra Santa: y así desde que comenzó á tratar con esta doncella, que era algo distraida, se le imprimieron algunos rastros de su condicion y de su estilo.

Pero el Señor, que la tenía escogida para engrandecer su gloria, y que la habia labrado con tan perfectas labores desde sus primeros años, para ser fundamento de tan grande edificio, no permitió que el enemigo (ya que se habia comenzado á enseñorear de su alma, que casi le faltaba poco para ser suya) se apoderase del todo de ella; antes le sacó luego la presa de las manos; porque en estos entretenimientos y vanidades, no perseveró mas de tres meses, como abajo diremos. Y en todo este tiempo se puede tener por cierto, que no la dejó el Señor de su mano para que cayese del todo en pecado mortal; porque en medio de estos pasatiempos y conversaciones, le puso dos guardas, que no le daban lugar á que se arrojase ó perdiese. La una y mas principal, fué un natural aborrecimiento que siempre tuvo á toda deshonestidad y torpeza. La segunda, un temor grande de perder su honra. Con estas dos riendas la tuvo aquel benignísimo Padre de misericordia, para que no cayese. Lo uno y lo otro confiesa la Santa ser así, por estas palabras: (*Vida c. 2.*) «El temor de la honra tuvo fuerza: para no la perder, ni me parece por ninguna cosa del mundo en

esto me podia mudar, ni habia amor de persona de él que á esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecia está la honra del mundo. En querer esta vanamente, tenia extremo.» Y mas abajo, en el mismo capítulo, dice: «Nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion. Mas, puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro. De los cuales me libró Dios de manera, que se parece bien procuraba contra mi voluntad, que del todo no me perdiese.» Con las cuales palabras muestra claramente cuán lejos estaba de culpa grave.

CAPITULO IV.

Del camino por donde el Señor sacó á su sierva de estos peligros, y vino á ser Monja de nuestra Señora del Cármen.

Duraron estas conversaciones, que tanto le habian entibiado y mudado el espíritu, solo tres meses, siendo ya la Santa de edad de 14 años. Mas como nunca se asienta lo que no ha de durar, y lo que dice con la hechura del alma y buen natural, aunque en ello nos ensayemos, se cae: fué así, que esta alma que tenia Dios sellada para sí, en cuyo secreto seno tenia el espíritu del Cielo, que hacia las partes de Dios, en breve tiempo venció aquella pequeña niebla, que de la nueva vista del mundo y de sus cosas nacia. Y como le acaece al sol cuando amanece, que por ser entonces pequeño el calor de sus rayos, no pueden gastar ni deshacer las nieblas de la mañana, hasta que despues, subiendo en el Cielo, y enviándolos de allí con mayor fuerza, hiriendo en la niebla, la vence, así en esta Santa, al amanecer de la luz, cuando la razon estaba tierna y no experimentada, no pudo deshacer las nieblas de la apariencia de las cosas del mundo, que se le pusieron delante, hasta que creciendo mas, y soplando el viento del Espíritu Santo, las deshizo y rompió todas, como ahora diremos.

Habia ya mas de dos años que su madre era muerta, cuando ella andaba mas metida en estos pasatiempos. Lo cual,

como lo entendiase su padre, como era tan recatado, comenzó á descontentarse de las conversaciones y trato que en su hija veia; y aunque la amaba muy tiernamente, y la apartaba con mucha pena de sí, propuso su gusto al bien y provecho de ella. Encerróla en un Monasterio de aquella ciudad, muy recogido, que se llama nuestra Señora de Gracia, de Monjas de la Orden del glorioso P. S. Agustin; Religiosas mucho, así en la opinion, como en la verdad. Criábanse en aquel Monasterio otras doncellas seglares y nobles; y como una de ellas entró tambien allí la Santa Madre, guiándola Dios maravillosamente, que saca siempre de los males bienes, y trae los suyos á sí por desusados y no conocidos caminos. Así hizo en este caso, porque el entibiarse en los buenos deseos, y el decir de ellos (que parece que era camino para apartarla mas de Dios) fué por orden suya el atajo, para llegarse á él con mas brevedad; porque en casa de su padre, con el amor de él, con la familiaridad de los seglares parientes, y con el trato de las amigas, nunca concibiera el deseo grande de Religion que tuvo en este Monasterio que he dicho; porque aquí, aunque los primeros dias sintió sinsabor y disgusto (porque el hábito de vanidad y deseos de vistas, atavíos y galas, de que se habia comenzado á vestir, no decia bien con aquella secreta y religiosa vida), pero como esto era postizo, y aun no bien tramado, cayóse presto, y quedó desde entonces libre y desnuda de él su buena compostura y natural. Erále muy conforme y muy hecho á su gusto todo lo que en aquella casa veia; y así, en breve tiempo, comenzó á gustar mucho de ella. Aquí fué el primer golpe con que el Señor la despertó y tornó á sí. Y porque todo su daño le habia venido por malas compañías, quiso que por una buena, de una gran sierva de Dios, que en aquel Monasterio entre otras habia, le viniese todo su bien. Era esta una Religiosa, á cuyo cargo estaban las doncellas seglares. Por este medio el espíritu de Dios, que en su corazon se escondia, aprovechándose de la oracion, comenzó á desnudarle y abrirle los ojos, y á resucitar en ella aquellos buenos y primeros deseos. Iba de dia en dia, con las palabras santas de esta Religiosa, el buen espíritu echando raices en su alma, y el que antes estaba como caido y rendido, ya se levantaba y reinaba en su corazon, y hacia rostro y guerra á lo que el sentido y la vida seglar pedia, y la hacia concebir en sí deseos de abrazar el estado de

vida religiosa que en las otras veía. Con esta determinacion, sentia dentro de sí una reñida y sangrienta pelea; porque el espíritu le pedia ser Monja, y la llamaba y estimulaba á renunciar todas las cosas del mundo, poniendo delante los muchos lazos y peligros de ellas; y el sentido le contradecia y apartaba de esto. Decíale, que en la vida de los casados serviria muy bien á Dios, y representábale muchas comodidades en él, y así peleaban en su pecho, como en estacada, estos guerreros. Pero con los buenos ejemplos que delante tenia, y con la gran fuerza del espíritu, prevalecian mas los buenos deseos; y así trató muy de veras consigo misma de mudar la vida y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto mas cierto y mas seguro que hasta allí, y destejer la tela que habia tejido la vanidad y engaños del mundo. Comenzó á aficionarse al estado de Religiosa, y á parecerle bien sus ejercicios; y la que antes, cuando estaba metida en sus vanidades, aborrecia ser Monja, ya comenzaba á poner sus pensamientos en los bienes eternos, y á tomar nuevas devociones y ejercicios santos, con los cuales se iba mejorando, y agradando de aquel estado.

Estuvo en este Monasterio año y medio, con gran gusto suyo y con general contentamiento de todas, porque era de condicion muy amable. Al cabo de este tiempo enfermó gravemente, y así fué forzoso salir de él á curarse. Llevóla su padre primero á su casa, y estando ya con mejoría, á una Aldea á donde vivia su hermana mayor, Doña María de Cepeda, y la amaba muy tiernamente. Y pasando por un pueblo que se llama Hortigosa, donde vivia un hermano de su padre, que se decia Pedro Sanchez de Cepeda (hombre viudo, muy cristiano y virtuoso, y por esta causa vivia retirado, que parece le tenia el Señor puesto en el paso por su medio, encenderla mas en sus buenos deseos, y traer á la perfeccion lo que él labraba en ella y el demonio impedia), detúvose allí con él algunos dias, en que con sus palabras, que ordinariamente eran de Dios, y las de los libros santos que le hacia leer, iba asentando en su alma un desprecio de la vanidad de este siglo y á determinarse á ser Religiosa, venciendo muchas contradicciones que el sentido y demonio le hacian.

En esto estuvo consigo misma, como en batalla, tres meses, que aun no habia bastado la primera que en el Monasterio de

Gracia habia tenido, para quedar con entera resolucion de ser Monja; hasta que en este tiempo, despues de muchas razones que consigo hacia, leyó en las Epístolas de San Gerónimo, y le ayudaron de suerte, que tomó la postrera resolucion de serlo. Tratólo con su padre, y hallando en él mas contradiccion de lo que ella quisiera, buscó terceros que le persuadiesen lo mismo; mas el amor que la tenia, no le consintió apartarla de sí. Pero ella, que tenia ya esperiencia de cuán poco debia fiar de sí, y luz de lo que era el mundo, y cuán presto se acaban sus gustos, y cuán engañosos son los bienes que promete; como para todo lo que emprendia tenia gran ánimo, resolvióse en seguir el consejo de San Gerónimo, y caminar á Cristo; y si menester fuese, hollar al padre si lo impedia; que este poder tiene el espíritu que Dios enciende en las almas, que así como no sufre dilacion ni tardanza, menos repara en estorbos ni dificultades; por todo rompe, todo lo huella, y le es todo fácil; porque es espíritu de caridad y de amor. Pues con esta resolucion aguardó coyuntura, y venida sin dar cuenta á nadie, mas que á Antonio de Ahumada, su hermano; guiada y acompañada de él, y llevada de Dios, se fué al Monasterio de la Encarnacion de Avila, y tomó el hábito en él.

Es este Monasterio de la Orden de nuestra Señora del Cármen, y de los principales de aquella ciudad, por su antigüedad y por el número de Religiosas que tiene. Y á lo que se puede entender, es un Monasterio á quien nuestro Señor ama con un amor particular y grande, pues entre todos lo quiso honrar y enriquecer con una joya tan preciosa y rica. Inclínose mas la Santa á este Monasterio que á otro, porque tenia en él una grande amiga suya que se llamaba Juana Suarez, á la cual aprovechó harto en esta amistad, como adelante diremos. Cuanto fué de su parte de la bienaventurada Madre, nació esta eleccion no mas que de un amor natural que tenia á estas Religiosas; mas de parte de Dios, fué con maravilloso consejo y traza, ordenado al bien, aumento y reformation de esta santa Religion, la cual determinaba hacer por medio de esta su sierva.

No tenia cumplidos veinte años, cuando tomó el hábito, año de 1533, y fué este dichoso dia el segundo de Noviembre, que la Iglesia tiene dedicado para rogar por las ánimas

de los difuntos, y no careció de misterio que fuese este día, como significando Dios el bien de infinitas que nacería de aqueste hecho.

Salió de casa de su padre con gran contradicción de su alma, y con un sentimiento tan extraño, que le parecía que era poco menos que arrancársele del cuerpo; porque sentía que cada hueso se le apartaba de por sí; que como no había mucho amor, ni espíritu de Dios que quitase el amor de padre y parientes, era todo esto haciéndose una fuerza tan grande, que si el Señor no la ayudara, no bastaran sus consideraciones para ir adelante. Aquí le dió ánimo contra sí, hasta que puso por obra sus deseos. Con toda esta contradicción de su carne, llegó al Monasterio, con semblante tan sosegado y grave, que nadie pudo entender el trabajo que le costaba. Y con gran determinación suya y gusto de las demás Religiosas, que en ella veían muestras en parte de lo que adelante había de ser, recibió el hábito de nuestra Señora del Cármen, con el aprovechamiento suyo y de tantas almas, como adelante diremos.

CAPITULO V.

Cómo la Santa Virgen Teresa de Jesus comenzó con grande espíritu los ejercicios de la Religion, y habiendo enfermado, salió fuera del Monasterio á curarse.

El Señor, que no está esperando sino nuestra determinación (mediante su divina gracia) para cosas de su servicio, y mas cuando son dificultosas para mostrar de su parte en nosotros su bondad y misericordia, en tomando el hábito la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, luego la dió á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle; porque á la hora le dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás le faltó en su vida. Mudó la sequedad que antes tenía en su alma, en grandísima ternura; allanó los montes de dificultades que antes se le ponían delante, y púsosele de deleite y gusto en todas las cosas de Religion; y en ver que estaba ya libre de las vanidades pasadas, no cabía dentro de sí de contento y placer. Fué tan grande el favor que á estos

principios sintió de Dios, por haberse ella determinado á vencer la contradicción que tenia con el estado de Monja, que jamás lo pudo olvidar en toda su vida; antes, con la esperiencia de lo que aquí la habia ayudado el Señor, quedó con gran ánimo para emprender de allí adelante cosas de su servicio, por grandes y dificultosas que fuesen. Tratando ella de esta dificultad que al principio sintió, y cómo la facilitó despues nuestro Señor, dice estas palabras en el libro de su vida, que son harto dignas de consideracion: «Cuando de esto me acuerdo (cap. 4.), no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo esperiencia en muchas, que si me ayudó al principio á determinarme á hacerlo (que siendo solo por Dios, hasta comenzarlo quiere, para que mas merezcamos, que el alma sienta aquel espanto; y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y mas sabroso se le hace despues) en esta vida lo paga Su Magestad por unas vias, que solo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por esperiencia como he dicho en muchas cosas harto graves. Y así jamás aconsejaria (si fuera persona que hubiera de dar parecer), que cuando una buena inspiracion acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra, que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo: sea bendito para siempre.»

Pasó el año del noviciado algo falta de salud, pero amada de todas; porque además de la gracia natural que tenia, que era para todas de condicion apacible, éranle tambien como naturales muchas de las virtudes, que servian para conservar la paz en comun, que suele ser para vivir en los Monasterios, con consuelo de mucha importancia. No murmuraba de nadie, ni consentia que delante de ella se murmurase; de todo sentia bien. Era humilde, y por la misma razon, libre de traer competencias, discreta en su habla, y conversable para con sus compañeras; y como guardaba cuanto era en sí, la honra de todas, así todas la apreciaban y honraban á ella.

En los ejercicios de Religion y humildad, no se descuidaba; porque luego como la que se veia en el puerto, comenzó á mirar desde lo alto todos los peligros pasados. Consideraba los habia tenido en el mundo, y las misericordias que el Señor le habia hecho en sacarla de él, y deshacíase en lágrimas, agrade-

ciendo lo uno y doliéndose de lo otro. Todo este año empleó en llorar amargamente sus pecados y hacer penitencia de ellos, afligiendo su cuerpo mas que su complexion pedía, con algunas penitencias y asperezas. Fueron tan continuos sus gemidos, que alcanzó del Señor entonces don de lágrimas, el cual le duró por toda su vida. Ejercitábase tambien en obras esteriore de humildad. Y como para llorar sus pecados y tratar con Dios, tenia necesidad de soledad, y se recogia muy de ordinario á ella, comenzaron las demás á notarla, ó de singular, ó descontenta. Y aunque parece que ella (como la que estaba tan en los principios) lo sentia, por verse murmurar en esto, y culpar en otras cosas que no tenia culpa; pero al fin callaba y sufría, y la suavidad que hallaba en la soledad, y el contento del estado que tenia, vencian estas penas.

Ocupábase en los oficios mas humildes y bajos; porque aun los que en semejantes Monasterios no se usan, ella los procuraba, como en su vida confiesa, por estas palabras: «Dábanme deleite todas las cosas de la Religion, y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solia ocupar en mi regalo y gala; y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podia entender por dónde venia.» Y la que barria sin obligacion, es bien cierto que en otros ejercicios de oracion, coro, humildad y penitencia, no seria descuidada. Así pasó con alguna falta de salud el año del noviciado, ocupada en estas y otras devociones, y venido su tiempo profesó, y ofreció con los votos de la Religion su corazon á Dios, que, como pareció despues, le fué gratisima ofrenda. Pero aun en este tiempo, no habia cesado el enemigo de hacerle guerra; que con haber visto el gran fervor y contento que habia tenido en el noviciado, y el gusto que sentia con todo lo que era Religion; la aficion á los santos y devotos ejercicios, esto que habia de ser parte para desmayarla, la incitó mas, y provocó á nueva batalla, porque veia que con la profesion quedaba hecha esposa del Rey celestial, y con eso le parecia se cerraba la puerta á sus designios é intentos. Que así como mientras la doncella está en casa de su padre por casar (si es tal), tiene muchos que la pretendan y solicitan, y en desposándose con alguno, cesan los cuidados de los otros; así parece que andaban Dios y el demonio, solicitando el alma de esta bienaventurada. Y como era la pieza

tal, eran de la una y de la otra parte muchas las ofertas y requestas de amor. Pues viendo ya el demonio que se determinaba á escoger por esposo á Jesucristo, comenzó entonces á hacer mayores diligencias, y echar el resto de su poderío, para impedir este desposorio; pero aprovechóle poco, porque la Santa tenia ya prendas de su esposo, y ella se las habia dado de su parte, y habia comenzado á gustar la suavidad de su conversacion y trato. Y así hizo su profesion, y por ella se desposó con Cristo, con gran determinacion y contento, y fué siempre creciendo en él por todo el espacio de su vida, al mismo paso que en las demás mercedes y favores que el Señor la hacia.

Con tan buenos principios y alegres victorias como habia tenido del enemigo, y de su misma carne, en la entrada de la Religion, y profesion de ella, procedia la Santa en su estado, creciendo cada dia mas en virtud y en amor de aquel Señor, que con tan poderosa mano la habia sacado de la vanidad, y tinieblas de este mundo. Poco despues de profesada, faltóle mas la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó para que la mudanza de la vida y de los manjares, la aspereza y penitencia con que trataba su cuerpo (que era muy grande) no le hiciese mucho daño. Comenzáronle á dar y á crecer unos desmayos, y un grande mal de corazon, y ótras muchas enfermedades, tan pesadas y graves, que del todo la privaban del sentido. Era la diligencia que traia su padre, igual al amor grande que la tenia; y este le hacia buscar con cuidado el remedio para su mal. Y no bastando los médicos de Avila para curarla, la sacó del Monasterio (porque en él no se profesaba clausura) en compañía de aquella Monja amiga suya, que se llamaba Juana Suarez. Procuró llevarla á un lugar que se llama Becedas, donde habia una mujer que curaba muchas enfermedades, y se esperaba que haria lo mismo en la suya. Estuvo esta vez un año fuera del Monasterio: salió de él al principio del invierno, y habiéndose de comenzar la cura á la entrada del verano, por todo este tiempo se detuvo en un lugar que estaba en el camino, llamado Castellanos de la Cañada, en casa de Doña María de Cepeda su hermana, que la anaba mucho.

Cuando iba á curarse, pasó por un lugar donde estaba un tío suyo, que (como arriba dijimos) era el que antes que to-

mase el hábito, la habia tenido en su casa, y ensayado en los buenos deseos de Monja. Este la tuvo tambien ahora en ella; que no parece sino que le tenia Dios puesto en medio del camino, como en espera, para cazarla por su medio para sí. Dióle un libro, llamado tercera parte del Abecedario de Osuna, que enseña un modo de oracion que llaman de recogimiento y quietud. Holgóse mucho con este libro, y habiendo leído el camino de oracion que allí se enseña, determinóse de seguirlo con todas sus fuerzas, y disponerse para alcanzarlo.

Habíale ya dado el Señor dón de lágrimas, y preparado con ellas el camino de la via purgativa, que es el primero y mas necesario para los que comienzan: (porque hasta llorar los pecados, y hacer penitencia de ellos, en vano trabaja el que trata de oracion) y con las demás ayudas con que comenzó, que fueron soledad y frecuencia de los Sacramentos (porque para hacer mucha penitencia, no daban lugar sus muchas enfermedades) caminó por los pasos y reglas que el libro enseñaba, y tomándole en todo por maestro, comenzó á procurar lo mas que podia traer á Jesucristo nuestro bien y Señor presente dentro de su alma, y á fijarle de tal suerte en su corazon, que siempre le presentaba en cualquier paso de su pasion dentro de sí. Y entrándose con él, olvidada de todas las demás cosas, le hablaba, y miraba amorosa y tiernamente; que esto es lo que la mística Teología llama oracion de recogimiento.

Fueron los principios de su oracion, mirar la vida de Cristo, sus virtudes, y el amor que nos tuvo, porque para discurrir y obrar con entendimiento, no se acomodaba tanto; y así se aprovechaba de ordinario de los buenos libros, que es gran ayuda, y una de las mas importantes de cuantas los Santos escriben, para tener oracion y conservarse en ella. Así tomó Dios este libro por instrumento de sus misericordias, y con su doctrina y otras ayudas que el Señor le daba, se dispuso de suerte, que desde entonces comenzó Su Magestad á hacerle tantas mercedes en estos tiempos, que en nueve meses que estuvo en aquella soledad, le habia dado oracion de quietud (*vida cap. 4*); y algunas veces llegaba á lo mas alto y perfecto de la contemplacion, que es la union, ó trasformacion del alma en su Dios, aunque no con tanta plenitud y perfeccion como despues la tuvo.

Con estas mercedes se determinó mas de veras á poner el

mundo debajo de los pies, y hacer de él el caso que merece. Tenia gran lástima á los que le seguian, aunque fuese en cosas lícitas; y no era mucho desestimase la bajeza y poquedad de él, la que comenzaba ya á descubrir la grandeza de Dios. Aquí fue donde se renovó su espíritu, y se juntó con un encendido y abrasado amor con su Esposo. Y aunque eran tantos los regalos y misericordias de Dios, y tan alta la oracion con que regalaba á su esposa, no era esto tan de continuo, que muchos ratos no la privase de tanta suavidad y regalo, y la visitase hartas veces, con grandes sequedades y ausencias suyas; que como le habia quitado el poder discurrir con el entendimiento, y no era entonces tan ordinaria aquella presencia de Dios, como despues la tuvo, acaéciales verse seca y sin jugo. Para esto le servian los libros, porque en leyendo en ellos, despertaba luego su alma, y se recogia en oracion; y en faltando el libro, era luego desbaratado de la imaginacion, y varios pensamientos que le daban guerra. Estuvo en esta aldea ocupada en estos ejercicios nueve meses, como habemos dicho, padeciendo sus continuas enfermedades y desmayos, en el mismo ser que antes.

CAPITULO VI.

Cómo con la cura crecieron las enfermedades de la Santa Virgen, y por su medio sacó Dios á un Sacerdote de pecado. Y cómo habiendo vuelto á su Monasterio tuvo una vision maravillosa de todo lo que despues habia de pasar por ella.

Venida la primavera, que era el tiempo que se estaba aguardando para su cura, lleváronla á Becedas su padre y hermana y aquella Monja su amiga, que habia salido juntamente con ella del Monasterio. Estuvo en aquel lugar tres meses, con grandísimos trabajos, porque la cura fue muy récia, y mas larga de lo que pedia su complexion; de suerte, que al cabo de este tiempo estaba mucho mas enferma de lo que habia venido; porque la virtud natural le iba faltando, y estaba ya casi del todo estragada; el apetito del comer tan postrado, que no podia pasar cosa si no era bebida; la calentura era ardiente y continua; las purgas tan ordinarias, que casi en un mes le

habian dado cada dia la suya. Con estos males estaba ya tan acabada, que se comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que de dia ni de noche ningun alivio podia tener. Con ser tan rócios estos dolores, se juntaba el ser continuos, sin intervalo alguno; y tan esparcidos por todo el cuerpo, que sin dejar miembro, ni parte de él, le apretaban en un sér, desde los piés hasta la cabeza. Y como todos los nervios se le encogian, parecia imposible que un sugeto tan flaco pudiese sufrir tantos y tan estremados dolores. Allegábase á esto el estar ya ética, que aunque no era lo que mas dolia, no era lo que enflaquecia menos. Todos estos males, aunque eran en el cuerpo principalmente, pero afligian y agravaban tambien el alma, con una muy profunda y pesada tristeza.

Esta fué la ganancia de la cura; pero aunque no la hubo de esto, fueron grandes las que Dios sacó de estas enfermedades. Es cosa maravillosa considerar los bienes que Dios sacó de estos males, porque lo primero fué particular providencia suya, que con estos quiso poner freno á su edad, y además de esto fueron causa de que comenzase á tener trato interior con Dios, pues como habemos dicho, un tio suyo la puso en que tuviese oracion, y le dió libros que le fuesen guia y enseñasen el camino de ella; tambien fueron causa de que por este medio se ganase el alma de un Clérigo que residia en aquel lugar donde ella se curaba, que la tenia muy perdida y estragada con el trato y conversacion de una mujer de aquel mismo lugar. Y era cosa tan pública, que tenia perdida la honra y la fama, y (lo que peor es) le tenia hechizado esta mujer. Este se aficionó en extremo á la Santa Virgen, porque como era tan niña, y él veia en ella tantas virtudes y trato con Dios, le causaba juntamente amor y confusion. Con la voluntad que le tenia le declaró su perdicion, y dolfase tanto la Santa de ver aquel Sacerdote tan ciego y perdido, que tomó su negocio tan á pechos, que hasta verlo concluido no descansó. Comenzó luego á rogar á nuestro Señor con grande instancia por su alma, y á tratarle de Dios, y agravarle el estado en que estaba, y dióse tan buena maña, que le vino á sacar la prenda ó idolillo donde estaban los hechizos, el cual la Santa echó en un rio, y luego comenzó el Sacerdote (como quien despierta de un gran sueño) á volver sobre sí, y á acordarse de todo lo que habia hecho en

aquellos años; espantábase de sí, y doliéndose de su perdicion, comenzó á aborrecer la mujer, y con gran determinacion la dejó del todo; no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle hecho esta merced, por medio de esta gloriosa Santa. Murió á cabo de un año, y fué este medio de su salvacion, como la misma madre cuenta en su libro. (Cap. 5.) Este fué el primer fruto que en toda su vida ofreció esta Virgen á Dios, porque fué la primera persona que por su medio se salvó.

Hubo otra ganancia en estas enfermedades, que fué ejercitar el Señor en paciencia á su sierva. Que segun fué récia la cura, los accidentes que de ella quedaron terribles, prolijos los remedios, y la convalecencia larga; fué cosa señalada lo que padeció, y la igualdad de ánimo con que lo padecía. Que como los que bien edifican á la proporcion del edificio que levantan, ahondan siempre y hacen fuerte el cimiento, así Dios, porque levantaba en ésta alma santa un soberano edificio, los cimientos, que son de paciencia y humildad, quiso que fuesen grandísimos. Y así lo hizo como vamos diciendo, porque en medio de estos dolores, todas sus pláticas eran con Dios, y traia muy de ordinario estas palabras de Job en el pensamiento; decíalas muchas veces: «Pues los bienes recibimos de mano del Señor, ¿por qué no sufiremos los males?» Con esto, y con la presencia de su esposo, se animaba y esforzaba á sufrir todas sus enfermedades, que, como habemos dicho, fueron muchas y graves; y en medio de tantos dolores (en los cuales el alma mas entera y fuerte, suele estar partida y llena del dolor de cada miembro, porque el cuerpo que se corrompe, agrava y tiraniza el alma), estaba la bienaventurada despedazada con dolores en el cuerpo y el alma toda junta, serena y fija en el Cielo. Pedia descanso el cuerpo tan fatigado, y deseaba algun intervalo en tan agudos tormentos; pero el espíritu no se cansaba ni desfallecia con ellos. Y donde muchos suelen perder la virtud y oracion (si alguna tienen), que es en las enfermedades, allí se aficionó y perfeccionó mas la suya.

Tres meses estuvo en la Aldea, y en ellos le aprovechó muy poco la cura, si no es para los fines que habemos dicho: antes con los remedios se le aumentaron sus enfermedades, pues al fin de tantas medicinas, la que se habia ido á curar con desmayos, paró en consumida y tullida, y en otras graves enfer-

medades que hemos contado, y así volvió á Avila á casa de su padre muy mas enferma que habia salido. No cesó su padre de juntar médicos, ni menos de apretarla mas Dios con la enfermedad. Ellos la desahuciaron; pero importaba poco, que no era llegado el término que Dios le tenia señalado; no se habian comenzado aun á obrar las maravillas para que la tenia escogida.

Estando en lo mas récio de la enfermedad, el dia de nuestra Señora de Agosto, en la noche (que hasta entonces desde Abril habia sido mayor el tormento), dióle un gran parasismo, y tan largo, que estuvo cuatro dias sin sentido y como muerta. Diéronle el Sacramento de la Uncion, decíanla el Credo, y estaba la sepultura abierta en su Monasterio de la Encarnacion, y las Monjas, esperando el cuerpo para enterrarle, y aun hechas las honras en un Monasterio de Religiosos de la Orden, fuera de Avila. Esta estaba al parecer tan muerta, que la hubieran enterrado si su padre no lo estorbara muchas veces porque conocia mucho de pulso, y no podia creer que estuviese muerta. Y cuando le decian la enterrase, respondia: esta hija no es para enterrar. Al cabo de estos cuatro dias, volvió en su sentido, y hallóse con la cera en los ojos, y los de su padre y hermanos llenos de lágrimas, que la lloraban ya como muerta. Y comenzó á decir, que para qué la habian llamado, que estaba en el Cielo, y que su Padre y otra Monja de la Encarnacion, amiga suya, llamada Juana Suarez, se habian de salvar por su medio, y vió tambien los Monasterios que habia de fundar, y lo que habia de hacer en la Orden, y cuántas almas se habian de salvar por ella, y que habia de morir Santa, y en su sepulcro se habia de poner un paño de brocado.

Y aunque es verdad que siempre que de esto se hablaba despues, decia la Madre que eran disparates y frenesí, y habia gran vergüenza de haber dicho en público lo que habia visto; pero los efectos que despues se siguieron, mostraron bien, que esta vision no fué sueño, ni antojo, sino merced de Dios y revelacion suya. Y así lo sentia tambien la santa; aunque por disimular, solia decir; que habian sido disparates. Pero su confesor, que era el doctísimo Padre Fr. Domingo Bañez, de la Orden del glorioso Santo Domingo, y Catedrático de Prima de Salamanca, predicando en el Colegio de Carmelitas descalzos de ella el año de 1587, dijo, que cuando estuvo apretada con

aquel parasismo, habia visto el infierno; y sé yo de cierto, vió las demás cosas, y basta para confirmacion de esta estraña vision, el suceso de ellas, el que dá cierto testimonio de la verdad, como adelante veremos. Lo que la Santa hizo en volviendo en sí, fué confesarse lo mejor que pudo, y comulgar con harta devocion y lágrimas.

Quedó de estos cuatro dias de parasismo de manera, que, como ella cuenta, «solo el Señor podia saber los incompportables tormentos que padecia. La lengua echa pedazos de mordida, la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun agua no podia pasar. Toda parecia estaba descoyuntada y con grandísimo desatino de cabeza. Toda encogida y hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos dias, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviera muerta; de suerte, que solo un solo dedo de la mano derecha podia menear. Pues llegar á mí, no habia cómo, porque toda estaba tan lastimada, que no lo podia sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban; esto fué hasta la Pascua florida.» De suerte, que desde Agosto hasta la Pascua, dice, sufrió estas enfermedades y dolores, en el punto y fuerza que habemos contado. Mitigáronse aquellos dolores tan agudos y tan continuos, y luego dió gran priesa la volviesen á su Monasterio. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; pero, como decia ella, «el cuerpo, peor que muerto (*Vida cap. 6.*), y el extremo de flaqueza, tal, que no se puede decir; y el estar tullida, aunque iba mejorando, por espacio de tres años.» De esta manera estuvo estos tres años en su Monasterio sin poderse mandar, hecha un ejemplo de humildad y paciencia. Dice ella de sí, que pasó todos estos trabajos con gran conformidad y alegría, y que todo se le hacia nada y estaba muy conforme con la voluntad de Dios, que á no venir de mano de su Majestad, parecia imposible sufrir tanto mal con tanto contento; y si algunas veces deseaba salud, era para estar á solas en oracion con Dios; porque en la enfermeria no habia aparejo para esto, y así era su continua ánsia por soledad, en la cual habia comenzado á gustar de Dios; porque como su Majestad la tenia ordenada para bienes tan grandes, luego que comenzó á retirarse con él y mirarse dentro de sí, y hablarle en su corazon á solas, le comenzó él á hacer regalos tan gran-

des, que no se podia de ellos olvidar; y sin duda es así, que el alma, que hablando secretamente con Dios ha sabido y gustado de su blandura y dulzor, vive siempre que no le habla y conversa, como violentada y peregrina en la tierra. Así la santa madre, que habia comenzado á gustar de los amorosos abrazos de Dios, sentia en medio de sus dolores y entorpecimiento de miembros, no los dolores, sino el estorbo de la enfermería, y el desasosiego y publicidad que en ella habia, porque la impedian el secreto y sosiego que es muy necesario para recoger el espíritu. Mas como en esto no buscaba á sí, sino á Dios, tambien le resignaba su voluntad y gusto, y se contentaba con que Dios hiciese en ella el suyo por cualquier manera que Su Majestad fuese servido.

En el tiempo de estas enfermedades, gustaba mucho de hablar de cosas de Dios, mas que de otra cualquier conversacion; y los ratos que sus dolores le daban lugar, ocupaba en leer buenos libros. Andaba con gran temor de ofender á nuestro Señor, y si alguna vez le ofendia,, aunque fuese livianamente, iba con tanta confusion á la oracion, que apenas osaba ponerse delante de nuestro Señor; porque temia el gravísimo peso que hacia á su alma, y el gran tormento que le daba, acordándose de los regalos que de él recibia en la oracion, y viendo cuán mal pagaba lo mucho que le debia, no lo podia sufrir. Tanto que de las mismas lágrimas que por sus culpas entonces derramaba, en cuanto eran nuevo beneficio de parte de Dios, le era acrecentamiento de pena, considerando su ingratitud y pecado. Ya era en este tiempo la Santa de edad de veinte y tres años, y tenia cinco de Religion, y con tanto fruto y trabajos como habemos visto.

CAPITULO VII.

Cómo el Señor sanó á la Santa Madre Teresa de Jesus por la intercesion del glorioso San José, y cómo volvió á entibiarse su alma en los ejercicios de Oracion; y se le apareció nuestro Señor atado á la columna, procurando apartarla de una vana conversacion.

Aunque todos los caminos de Dios son seguros, pero no son unos mismos por los que lleva y encamina á sus santos.

Lo ordinario suelen ser los principios de grandes llantos, grandes rigores y penitencias; y por aquí sabemos ha caminado el mayor número de los que ahora reinan en el Cielo. Porque el castigar el cuerpo es necesario para sujetarlo al espíritu, para satisfacer por los pecados, para conservar y acrecentar la gracia, y para alcanzar de Dios lo que pedimos: y es cierto, que el que por esta puerta no entra, no va por el camino real, por donde los Santos han caminado, que es el mal tratamiento y ódio de su propia carne; pero otras veces el Señor toma la mano, y como mas experimentado y entendido maestro, labra con mejores labores las piedras que ha de asentar en el edificio de su Iglesia, y en la ciudad celestial de Jerusalem; estas suelen ser dolores y enfermedades corporales, que cuando son graves, y los dolores agudos, y se reciben de parte del enfermo con resignacion y paciencia, es la mayor penalidad que hay, y un grande remedio para grangear un alma, y aventajarla en perfeccion y merecimiento. Que al fin, como en la penitencia hay algo de nuestra voluntad y accion, parece que se entromete no sé qué deleite y gusto. Acá todo es padecer, no lo que queremos, sino lo que nos envian; y como Dios sabe bien nuestros gustos, hiere en las coyunturas donde mas duele.

De aquí se verá cuánta fué la penitencia de nuestra Santa á los principios de su conversion, sufriendo tan graves, tan continuas y tan pesadas enfermedades, tan récios y agudos dolores, que con razon podemos decir haber sido mayor que la de otros muchos Santos; pues por mucha que ella hiciera teniendo salud, nollegara á la que Dios le dió con las enfermedades, las cuales tuvo mas de cuatro años, con el rigor que ya hemos dicho. Pues como se vió tan tullida y en tan poca edad, considerando cuál la habian parado los médicos de la tierra, determinó acudir á los del Cielo para que la sanasen, porque aunque pasaba sus enfermedades con mucha alegría, deseaba la salud, pensando serviria mucho mas á Dios con ella. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que como Padre piadosísimo desea nuestro bien mas que nosotros, y sabe mejor lo que nos conviene. Comenzó la Santa á hacer devociones de Misa y otras oraciones, y tomó por abogado y señor al glorioso Patriarca San José, encomendóse mucho á él; y este fué un eficaz medio para que sanase de

esta enfermedad, lo cual ella cuenta en su libro por estas palabras, que aunque sea un poco largo, las pondré aquí, por alcanzarme á mí alguna parte de la devocion de este glorioso Santo, y desear que todos lo sean de él. (*Vida. cap. 6.*) «Tomé por abogado y señor á San José, y encomendéme mucho á él. Ví claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra, y perdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que Dios me ha hecho por medio de este bienaventurado Santo, y de los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma. Que á otros Santos parece les dió Dios gracia para socorrer en una necesidad, este glorioso Santo, tengo por esperiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenia nombre de Padre, siendo ayo le podia mandar), así en el Cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, á quien yo decia se encomendasen á él tambien por esperiencia, y hay muchas que le son devotas. De nuevo he experimentado esta verdad: querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran esperiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud. Solo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por esperiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devocion.» Y mas abajo dice: «Así, pues, él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced.»

Dice que usó mal de esta merced, porque aunque luego que sanó, volvió á estos ejercicios de Oracion, y á los regalos de Dios que antes tenia, en que pasó algunos dias y años; pero el demonio, que aun no tenia perdidas las esperanzas de cogerla en sus redes, hízola volver atrás, como ahora diremos. Erále á él muy odiosa la virtud de esta Santa, porque se le traslucía que Dios le iba en ella armando un mortal enemigo; y afrentábase de que con una mujer quisiese Dios destruirle y despo-seerle de muchas almas que él tenia por suyas. Y así de nuevo

se esforzó á hacerle guerra, y procu raba, que pues era mujer, lo fuese tambien en las obras; ya enredándola en aficiones y conversaciones sin órden; ya aprovechándose de su natural para esto, que era propio para tratar y traer á sí todos cuantos hablaba. Ciertamente espanta en este caso ver y considerar la solicitud que ambos traian, Dios y el dèmonio: Dios, por hacerla suya y el demonio por apartarla de Dios. Llamábala Dios con inspiraciones contínuas, sin nunca cansarse: rodeábala por todas partes, y como un castillo torreado y cercado, tentaba la entrada por diferentes maneras. Tenia siempre puesta la mano en el aldaba de la puerta del corazon, rogándole blanda y amorosamente que le abriese, y repitiendo muchas veces aquellas palabras del Espiritu Santo: (*Cant. 5.*) «Abreme, hermana mia, esposa mia, paloma mia.»

Esta misma solicitud y cuidado traia tambien el demonio por ganarla para sí; y así metíala en ocasiones por horas, pero sacábala de ellas Dios por momentos. Traia las personas que cuadraban mas en su natural y gusto, y venia Dios, y en medio de la conversacion descubriasele como esposo agraviado y sentido de que á otros volviese su rostro. Saboreábale las pláticas y sus entretenimientos el demonio; y vuelta de allí á la Oracion, doblábale Dios el regalo y favores, y dábale á entender, que aquello de que se cebaba en la red, era falso, y que su dulzor era verdadero dulzor; que si gustaba de trato apacible, discreto y suave, era el suyo mucho mas discreto y suavísimo. Y como los que en competencia de otros tienen alguna aficion, se esfuerzan con mayores demostraciones de amor y con extraordinarios servicios á apartar de los otros é inclinar hácia sí las voluntades de aquellas personas que aman, así parecia que Dios se esmeraba en descubrirsele mas, cuando el mundo y el demonio la cebaban y enredaban mas. ¡Oh soberano y dulcísimo amador de las almas, que así mostrais vuestro amor á la bajeza de las criaturas, como si de ahí dependiera vuestra gloria!

Guerreaban, pues, en el pecho de esta bienaventurada Virgen estas dos aficiones, y los autores de ellas hacian sus diligencias, cada uno para apoyar y encender mas la suya. Andaban el oratorio y la red, edificando uno lo que destruia otro, y á las veces la red vencía y secaba los buenos frutos que la oracion producía. Resultaba de esta guerra una agonía y con-

goja en su corazon, con que traia su ánima inquieta y perpleja; que aunque estaba resuelta en ser toda de Dios (porque esta determinacion jamás la habia dejado), no sabia desasirse del mundo. Dábanle gran contento las cosas de Dios, y tenfanla atadas las de la tierra, y á veces se persuadia poderse dar manos con ambos, de que le sucedia casi de ordinario, como ella dice, no gozar bien de ninguno. Porque en el entretenimiento del locutorio, poníale acíbar la memoria del secreto y dulce trato que tenia con Dios; y ni mas ni menos cuando con Dios se retiraba y comenzaba á hablarle, asian de ella las aficiones y pensamientos que habia cogido en la red. En esta lucha continúa, con su industria y maña la rindió el enemigo, no á que cometiese cosa que claramente fuese ofensa grave de Dios, sino cuando mas, á que gustase de algunas conversaciones, y se entregase á aficiones, no feas ni torpes, sino naturales; pero con exceso y demasia, que bastan, aunque no lleguen á culpa mortal, á secar y destruir todo lo que era aquella familiaridad y trato que antes tenia con Dios, cuyo espíritu es tan delicado, que con cosas menores se ofende y se retira, dejando la conversacion y trato que antes tenia con el alma; porque á la medida que es Dios bueno y magnífico con las almas, con quien se regala, á ese paso es recatado y celoso, y por un mirar de ojos y una aficiopcilla, aunque no sea pecado grave, se agravia y desvía; porque siendo él quien es y todo lo que puede ser, es bien que solo él baste al alma y ocupe el corazon, y le sea todo en todas las cosas, sin que ella reserve ningun vacío para las criaturas.

Fué el principio de su daño, el ser en este extremo agradecida y amorosa, que aunque el agradecimiento es bueno, tiene su medio como las demás virtudes; y cuando sale de este límite, sale tambien de los de la razon. Por esta parte que conoció el enemigo que ella estaba mas flaca y lisiada, le acometió (como tambien lo hacen los que toman algun castillo), y representándole aficiones que otras personas la tenian, de tal manera la atizó, que la obligó á pagar en la misma moneda; y de tal manera la enredó en conversaciones, que (como ella dice) comenzó de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasion en ocasion, á meterse en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada su alma en muchas vanidades, que ya le iba faltando el gusto y regalo en las

cosas de virtud, y así trató de dejar la oracion, que fué como quitar las armas con que se habia de defender y ofender á su enemigo. El cual, disimulando su engaño, no solo le quitó de hecho la oracion, sino tambien poniéndola en su corazon una engañosa confusion para tratar y ponerse delante de Dios, la quiso persuadir que era soberbia y desacato que la que con amistad y conversacion de los hombres, andaba tan vana y distraida, y la que merecia estar en infierno por sus pecados, quisiese tener tanto trato y familiaridad con Dios: que no se comparecia tener oracion, y andar tan llena de imperfecciones y faltas. Decíala que no era razon que como hipócrita y fingida engañase á la gente, teniendo, por una parte, entretenimientos de gusto, y por otra, dando muestras de espiritual y devota; que dejase la oracion, y que no siendo pecado mortal la conversacion que tenia, bien podia pasar adelante con ella, y ser buena Monja, guardando sus votos y la Ley de Dios, pues otras que eran tenidas por buenas y mas santas que ella, lo eran sin tener oracion ni carecer de sus conversaciones; y así, que le seria mejor andar como las muchas, pues en ser ruin, era de las peores, y rezar lo que estaba obligada vocalmente, dando de mano á la oracion mental.

No la dañaba menos en esta parte la poca ayuda que tenia en sus confesores, los cuales, por ignorancia, no la reprendian ni apartaban de aquellos tratos; y no careciendo estos de culpa venial, y siendo ocasion de que en ella cesase el trato familiar de Dios, los aprobaban por lícitos; y aunque lo fueran, estando su alma tan aprovechada y cargada de prendas del Cielo, la debian desembarazar de lo que, aunque fuese bueno, impedíala gozar de tan buen tesoro. Debajo de aquella falsa humildad, y desayudada de quien le debia dar luz, determinó de absterse de la oracion y trato que con Dios tenia; y por no parecer atrevida con él, comenzó á poner en olvido á quien tanto debia, y á huir del Médico y medicina, porque se sentia con llagas; y hubiérale sido gran mal, si Dios, que la amaba, no la avisara con tiempo, como adelante diremos.

Despues que dejó la oracion, soltó mas la rienda á lo que su gusto y apetito la pedia; pero estando ella en medio de estos pasatiempos, entre otros avisos y mercedes que nuestro Señor la hizo, fué uno muy de estimar, el cual pondré aquí por sus mismas palabras, que como son de Santa, harán mas impre-

sion al que las leyere que las mias: (*Vida cap. 7.*) «Estando (dice) con una persona bien al principio de conocerla, quiso el Señor darme á entender que no me convenian aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante, con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello no le agradaba. Víle con los ojos del alma, mas claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que há esto mas de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quisiera ver mas á con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, si no era con los ojos del cuerpo y el demonio que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me habia antojado, y que podia ser el demonio, y otras cosas de esta suerte. Puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; mas como no era á mi gusto, yo me hacia á mí misma desmentir, y yo, como no lo osé tratar con nadie, y tornó despues á haber grande importunacion, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdia honra, antes que la ganaba, torné á la misma conversacion.»

Tuvo esta vision en la portería de su Monasterio, estando con aquella persona que ella cuenta, y entonces se le mostró nuestro Señor atado á la columna muy llagado, y particularmente en un brazo junto al codo, desgarrado un pedazo de carne. Despues le hizo pintar la Santa Madre en una Ermita del Monasterio que fundó de San José de Avila; yo le he visto, y está tan al vivo, que estremece con gran pavor y devocion á quien le mira; y el mismo pintor que le hizo, ayudado de la relacion de la Santa Madre, aunque ha procurado despues sacar algunos, ningun otro se ha pintado que le parezca. Ya que por ser esta vision imaginaria se dió por no entendida, quiso el Señor, con instrumentos visibles, procurar moverla y apartarla de aquella conversacion; y así, estando otra vez con la misma persona, vieron ambos venir hácia sí uno como sapo muy grande, y con mucha mas ligereza y grandeza de la que ellos suelen tener, y de la parte que vino, no habia de donde pudiese haber salido semejante sabandija, y el tiempo, que era en medio del dia, no era el que ellos toman para andar. Pero ahora fuese verdaderamente sapo, ahora fuese otra cosa,

por cuyo medio Dios la quisiese espantar y atemorizar, causó en ella notable operacion, y entendió que no era sin misterio aquel aviso de Dios, y nunca jamás se olvidó de esta vision.

CAPITULO VIII.

Cómo el Señor tuvo de su poderosa mano á la Santa Madre en todo este tiempo, para que no cayese en culpa mortal.

Aunque es bien juzgar siempre en la mejor parte y sentido, los hechos de los Santos, que claramente no fueron pecados; pero no tengo por acertado que los que escriben sus vidas quieran encubrir los pecados y flaquezas, en que, como hombres, en algun tiempo cayeron; porque á veces no solo en la inocencia y gracia conservada de Dios, sino tambien en la flaqueza permitida, se muestra la bondad y grandeza suya. Es Dios en todo maravilloso, que pudiendo conservar en un mismo espíritu á los que quiere hacer Santos, y pudiendo hacer que conserven siempre limpia la inocencia primera, los deja desdeñarse de ella, permitiendo que el demonio los prenda, y que entre sus dones se muestren nuestras flaquezas, para que no parezca la santidad en nosotros cosa nacida y necesaria, y para que siendo la gloria toda de él, les venga á los suyos parte de ella, y para que el demonio, despues de haber probado sus fuerzas, sea vencido de las nuestras flacas favorecidas de Dios; con que quede Dios glorioso, y él confuso, viéndose al fin rendido de la flaqueza, que él tantas veces rindió. Por este camino llevó á David, á San Pablo, á la gloriosa Magdalena, á Santa María Egipcíaca, á San Martiniano y á otros muchos Santos, permitiéndoles á tiempo caer para levantarlos despues con mayor provecho suyo y nuestro, que con semejantes ejemplos concebimos ánimo y esperanza para no desconfiar de Dios, cuando nosotros caemos.

No fuera nuevo á Dios, si habiendo caído esta Santa la levantara, ni desharia la grandeza de su santidad si alguna vez se hubiese visto sin ella; pero como todas sus faltas se reducen á algunas conversaciones de vanidad que tuvo con algunos hombres, y ella misma confiesa (como arriba dijimos) que

siempre aborreció la deshonestidad y torpeza, es cierto, que aun de pensamiento no la admitió; pues con tanto ódio en la voluntad, no se compadecía gusto y deleite, aunque fuese en el pensamiento, y siendo esta bienaventurada tan gran pregonera de sus faltas, que ninguna perdona ni olvida, siendo tan humilde, que aun lo que no es, gustara que se entendiera de ella, si en ella hubiera habido pecado mortal conocido, es cierto no lo callara. Así parece que cuando cuenta su vida y llega á sus faltas, anda como quien desea arrojarle á decir que tuvo en estas conversaciones algun peligro de pecado mortal; pero la verdad no le dá lugar á este deseo de culparse determinadamente; y así, aunque algunas veces dé algunas muestras y asomos de esto, nunca se determina á juzgar este peligro por evidente y claro.

Y si alguna culpa hubo (que pudo ser) no debió de ser de mas que ponerse á peligro de hacer algun pecado en la conversacion y trato que tenia con aquellas personas, que por ser ellos de poca virtud, y ella de su natural muy amorosa, les pudiera dar ocasion á que cayesen ó seguirsele á ella, y esto es lo que tantas veces repite y llora en su libro, no cansándose tras cada renglon de confesar sus pecados y acriminarlos por graves, como si hubiera sido la mayor pecadora del mundo; pero que el peligro de estas ocasiones fuese culpa grave estaba ella bien ignorante, y tambien por serlo sus confesores le decian lo mismo. La verdad es, que todas sus faltas y culpas no fueron mas que alguna liviandad en las conversaciones y pláticas, como escribimos arriba, del tiempo que fué seglar; y ahora, siendo Monja, la tuvo tambien la poderosa mano del Señor para que no le ofendiese gravemente, ni se viese jamás en desgracia ni enemistad suya, como fácilmente se entenderá de lo que ahora diré.

Duró este engaño que el demonio urdió, procurando que la Santa Madre desistiese del ejercicio santo de la Oracion, no mas de un año, y aun en este tiempo, en medio de estas ocasiones (como ella cuenta), se apartaba muchas veces á la soledad, á rezar y leer, y hablar con Dios, y á otros ejercicios de humildad y caridad; y aunque tenia algunas imperfecciones y faltas, tenia tambien y conservaba en su alma grandes virtudes, porque tenia señaladísima humildad y confusion de sí misma, singular claridad con los prójimos, y celo grande de

que otras se aprovecharasen, y con no tener ella oracion, persuadia á las demás la tuviesen, y ella, con la esperiencia que tenia, las ensayaba en este santo ejercicio. Era á Dios agradecidísima, y gustaba mucho oir cosas de mas perfeccion. Frequentaba los Sacramentos; no murmuraba de nadie, ni permitia que en su presencia otro lo hiciese. Tenia gran temor de Dios, que la enfrenaba para que temiese cualquiera culpa mortal, como al infierno; y así, en todo este tiempo, la tuvo el Señor de su mano, para que no cayese en ninguna, y aunque ella muchas veces contando su vida, se lamenta de sí misma, encareciendo sus culpas y agravando sus pecados, es esa propia condicion de los justos y de los que aman á Dios tiernamente; que de la sombra del aire y del sueño, se recatan y hacen de los mosquitos elefantes, buscando siempre ocasion de mayor humildad y confusion suya; así como los que no aman pasan muy á la ligera por grandes culpas, y cuando vienen á sentir algunas, son tan graves, que merecen el infierno, y adonde á los Santos espanta la sombra de un pecado venial, no les hace peso á los perdidos cien mil mortales; y cuanto mas en los buenos son mayores las misericordias que Dios les hace, tanto, y con mucha razon, son los sentimientos de haberle dado disgusto, aun en cosas pocas, y esto basta para humillarlos y sumirlos en el profundo abismo de su nada. Santa Catalina de Sena, de una vanidad que tuvo en componerse siendo niña, tuvo que llorar toda la vida, y de aquella Santa matrona Paula (*in Epitaphio Paulæ.*) escribe mi P. S. Gerónimo, que así lloraba las culpas ligeras, como si fueran gravísimos delitos; así tambien lo hacia nuestra Santa, ponderando mas lo que ella pensaba de sí, que no lo que realmente habia sido.

Y porque los que leyeren su vida podrian sospechar que debió de hacer esta Santa Virgen algunos pecados contra la castidad y pureza virginal, segun ella los encarece; pero es cierto que jamás se arrojó á pecado conocidamente mortal, ni se arrojara por cuantas cosas el mundo tiene, como lo sé yo muy bien. Y para que esto se haya de creer así, hay muchos fundamentos; porque la Santa Madre nunca dió en pecados de que otras mujeres suelen ser lisiadas, como enemistades, rencillas, murmuraciones, envidias y otras cosas semejantes, como ella escribe en el capítulo treinta y dos de su vida: (*Vida*

cap. 32.) «Cuande yo considero que aunque era tan malísima, traia algun cuidado de servir á Dios, y no hacer algunas cosas que veo que como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia que el Señor me daba, no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece queria mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, traia temor de Dios lo mas continuo.»

Este temor de Dios la enfrenó para huir cualquiera cosa que entendiese era culpa mortal. Porque (como arriba habemos dicho) todo era no escusar algunos peligros, que segun el temor que Dios le habia dado, y la esperiencia del aborrecimiento natural de las cosas torpes y deshonestas, para ella no lo eran, aunque lo podian ser para las personas con quien trataba. Y como esto veian sus Confesores, la aseguraban que no habia culpa mortal en el trato y familiaridad que ella tenia, como se verá de lo que la Santa escribe. En el libro de su vida dice así: «Informada de quien me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decian que no iba contra Dios.» Y en el capítulo quinto, tratando del daño que la hicieron Confesores poco letrados, dice: (*Vida c. 5.*) «Buen letrado nunca me engañó: estos otros tampoco me querian engañar, sino no sabian mas. Yo pensaba que sí, y que no era obligada mas de creerlos; como era cosa ancha lo que me decian y de mas libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros.» Donde se colige claro la ignorancia que ella tenia por falta de ciencia en sus Confesores, y añade: «Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de muchos.» Y en el capítulo octavo dice: (*Vida cap. 8.*) «Quisiera yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traia mi alma; porque bien entendia yo que lo estaba y no acababa de entender en qué, ni podia yo creer del todo que lo que los Confesores no me agradaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentia en mi alma. Dijome uno, yendo yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplacion, no me eran inconvenientes semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que ya con el favor de Dios yo me iba apartando mas de los peligros grandes; mas no me quitaba del todo de la ocasion.»

Y un poco mas abajo, «lástima tengo ahora de lo mucho que pasé, y el poco socorro que de ninguna parte tenia, sino de Dios, y la mucha salida que me daban para mis pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos.»

De esto se entenderá claramente, que todos sus pecados fueron estos peligros de conversaciones que tenia, de las cuales estaba ella por entonces tan lejos de entender que llegasen á pecado mortal, que aseguraba á otras que hacian lo mismo, como ella escribe: (*Vida cap. 7.*) «Y tambien por si el Señor ordenare y fuere servido en algun tiempo, lea esto alguna Monja, escarmiente en mí; y les pido por amor del Señor huyan de semejantes recreaciones. Y plegue á Su Magestad se desengañen algunas por mí, de cuantas he engañado, diciéndoles que no era malo, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenia, que de propósito no las queria yo engañar.» Y aun mas claramente habla en el mismo capítulo, por estas palabras, tratando como fué á curar á su padre: «Y fuí á curar estando yo mas enferma en el alma que él en el cuerpo; en muchas vanidades, aunque no de manera que á cuanto entendia estuviese en pecado mortal en todo este tiempo mas perdido que digo, porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera.» De dende claramente se colige, que jamás la Santa hizo culpa que ella entendiese que era mortal, aun en el tiempo que estaba mas derramada y perdida, como ella lo confiesa en estas últimas palabras que ahora referimos, y en todas las demás que habemos dicho, muestra claramente haber sido ignorancia, pues tantas veces repite que si ella entendiera que era pecado mortal, por ningun caso lo hiciera.

Y para que con mayor claridad se entienda, que en estas conversaciones y amistades no hubo jamás pecado mortal, de flaqueza de carne, ni consentimiento en él, pondré las palabras, sacadas de una relacion que hace de su vida el P. Presentado Fr. Pedro Ibañez (que fue el que mas la trató á sus principios), el cual, hablando de esta materia, dice así: «Con algunas compañías de niñas, que no alcanzaban mas sino esta vanidad tan usada entre los mayores y menores, no crecieron sus deseos, hasta que de diez y nueve años fue Dios servido, se metiese Religiosa en la Encarnacion; donde despues de muchos bue-

nos deseos y estorbos que tuvo, así por no darse tanto á la oracion, como por no tener por malas algunas conversaciones que la estorbaban á tratar, y gozar mucho de Dios. Al fin, mirando mejor lo que le convenia, avisada con enfermedades y consejos de un fraile Dominicó, que la confesó, entendió cuán gran embarazo era no solo para su aprovechamiento espiritual, sino tambien para su salvacion, tener mucha amistad y familiaridad con personas que no trataban de veras de Dios.» Hasta aquí son palabras del P. Presentado Fr. Pedro Ibañez. De suerte, que aquel Padre Dominicó (como adelante diremos) la desengañó, é hizo volviere á la oracion y comulgase de quince á quince dias, aunque no dejó las ocasiones, ni el Confeser la obligó á dejarlas, con ser las comuniones tan frecuentes y él tan docto. Por donde se echa de ver, que no eran de peligro claro de pecado mortal.

Lo que mas hace en confirmacion de esto, es haberle hecho nuestro Señor á la Santa Virgen tan señalada merced (como adelante diremos mas largamente) en haberle dado un dón de castidad tan grande, que, como referimos en el Prólogo, solia decir el P. Rodrigo Alvarez de la Compañía de Jesus, que por razon de esta gracia y misericordia particular de Dios, estaba libre y casi incapaz de estos sentimientos y miserias de nuestra carne. Y así, cuando á la Santa Madre le comunicaban sus Monjas alguna tentacion tocante á esta materia, solia decir que no las entendia, y en particular tratando con ella una de sus hijas, Priora de uno de los mas graves Monasterios de su Orden, cierta cosa que tocaba á una tentacion contra la pureza, respondió: «No entiendo eso, porque me ha hecho el Señor merced, que en cosas de esas en toda mi vida haya tenido que confesar.»

Y aunque ella dice muchas veces que tenia merecido el infierno, es modo de decir y encarecer de los Santos, pues tambien dice en el capítulo siete de su vida, estas palabras: (*Vida cap. 7*) «Esto he dicho, para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenia el infierno por tan grande ingratitud;» y es cierto que esta ingratitud no parece haber sido pecado mortal; pero quien tanto amaba á Dios, juzgábase por ella digna del infierno; y lo mismo debe de ser tambien cuando habla de sus pecados. Y no deshace lo

que habemos dicho, lo que la Santa dice en su vida, que le mostraron en el infierno el lugar que le estaba aparejado, porque en esta vision le mostraron el lugar, no que entonces hubiese merecido, sino el que viniera á merecer por el camino que llevaba, si el Señor no la sacara de él. Y así parece que fué profecía de amenaza como doctamente escribe, tratando de este mismo intento, el P. Dr. Francisco de Rivera, en el libro que escribió de la vida y milagros de esta Santa Virgen.

CAPITULO IX.

Vuelve la Santa Madre á la oracion, y por espacio de veinte años persevera en ella con grande sequedad; y despues de todo este tiempo, es visitada del Señor con nueva luz, y dá de mano á todo, y comienza nueva vida.

Como el Señor, que siempre tenia puestos los ojos en esta Santa, y en la manera de proceder con ella, se echaba de ver que la gobernaba y guardaba para sí; al cabo de un año que habia dejado la oracion, ordenó que por medio de la enfermedad y muerte de su padre, le viniese su salud y remedio; porque como despues de este caimiento y tibieza, cayese su padre en la cama con una enfermedad grave, de que murió, fuéle ella á curar (que se permitia en su Monasterio salir, como queda dicho), pasó gran trabajo en su cura y enfermedad, y con estarlo ella harto, asistió á su servicio y regalo.

Murió su padre, y hallándose ella presente, compungida, parte del dolor que le hacia, parte de la devocion y santidad que veía en él, determinó de confesarse con un Religioso muy docto, de la Orden del glorioso Santo Domingo, que se llamaba el Mro. Fr. Vicente Varron, Lector de Teología, y presentado en su Orden, muy bueno y temeroso de Dios, y que habia sido Confesor de su padre; confesóse luego con él, dióle cuenta del tiempo que habia dejado la oracion, y las razones que la habian movido; conoció luego el Confesor ser traza y ardid del demonio; persuadióla, volvióse á ella, mostrándole que si tanta confusion y vergüenza tenia ahora de ponerse delante de Dios, cuánta mas tendria el dia del juicio; que antes eso bas-

taria para que el Señor la perdonase; y que para remediar las faltas é imperfecciones, y sacar del infierno á los que con sus pecados están metidos en él, es eficacísimo remedio la oracion; que no era soberbia, aunque fuese mas pecadora, llegarse á Dios, sino antes el apartarse de él; y que en esto no mirase á las mas de su Monasterio, pues el camino del Cielo es estrecho, por donde pocos caminan; y así que procurase buenamente dar de mano á las ocasiones, y cuando esto no pudiese, ó se viese cada dia en otras muchas faltas, no por eso dejase el estudio de la oracion, que es la botica donde nos armamos contra nuestros adversarios, y, finalmente, el tesoro donde el alma se enriquece de virtudes, dones y gracias.

Obedeció la Santa, reconociendo su engaño, y volvió á su ejercicio de oracion, y nunca mas de allí adelante hasta el fin de su vida la dejó, ni aun era ya en su mano, porque el Señor la tenia de la suya, para que no la dejase, y la iba disponiendo para recibir mayores mercedes. Tendria en este tiempo veinticuatro ó veinticinco años, y desde esta edad á los cuarenta y tres comenzó á darse mucho á la oracion, y en ella gastaba muchos y grandes ratos, ocupando su consideracion en lo mucho que (á su parecer) habia ofendido á Dios; en que hay infierno y gloria; en lo que debia á Cristo nuestro Redentor y los dolores y trabajos que pasó por ella; de suerte, que pasaban pocos dias que no tuviese grandes ratos de oracion; y aunque juntamente con esto sentia en sí algunas de las aficiones é imperfecciones pasadas, que la traian asida en cierta manera, y como cautiva (y esto le hacia andar con grande congoja de no poderse librar de una vez, cortando de un golpe todos estos lazos), pero si le acaecia caer, no desmayaba; antes fiando en Dios volvía de nuevo á la oracion, á donde el Señor le hacia muchas mercedes, y juntamente la castigaba con el mas riguroso azote que podia haber para su natural condicion; que como era tan agradecida, ninguna cosa sentia mas que recibir mercedes la que se imaginaba tan digna de castigos; como se puede colegir de lo que ella dice, dando cuenta de lo que en este tiempo le pasaba en la oracion, de esta manera: (*Vida cap. 7.*) «Miraba Dios, no mis grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenia de servirle, y la pena de no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra. ¡Oh Señor de mi alma!

¡cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo mas os ofendia, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad, tomábades, Rey mio, el mas delicado y penoso castigo, por medio, que para mí podia ser, como quien bien entendia lo que me habia de ser mas penoso. Con regalos grandes, castigábades mis delitos; y no creo digo desatino, aunque seria bien que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan mas penoso para mi condicion recibir mercedes cuando habia caido en graves culpas, que recibir castigos, que una de ellas, me parece cierto, me deshacia, y confundia mas, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero, veia lo merecia, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, segun ellos eran muchos; mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algun conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condicion virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo, de ver lo que sentia, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar á caer, aunque mis determinaciones, y deseos entonces, por aquel rato digo, estaban firmes.

Perseveró casi veinte años en una continúa guerra, defendiéndose de estos pensamientos y conversaciones; y la que en breve tiempo recibió con ellas tanto daño, tuvo necesidad de tantos años para remediarse; porque la herida en el alma dáse presto y cúrase tarde, y el deleite pasa luego, pero no el castigo; y el mal es de condicion, que las raíces que en poco tiempo echa, no se arrancan en mucho. Y lo que no se puede dejar de ponderar es, que con no pasar estos entretenimientos de culpas leves y veniales, es Dios tan celoso, que por ser habituales, hasta que estuvo con mil trabajos y penas purificada y limpia, no se le descubrió ni trató como á esposa; quiso primero que probase lo que cuestan los gustos que se toman en las criaturas, para que por aquí entendiese la gran pureza que habia de tener, para tratar con él, y así ordenó Su Magestad que por todo este tiempo anduviese esta bienaventurada Santa metida en una penosísima batalla y riña consigo; porque los

entretenimientos pasados y algunos presentes, la desasosegaban, de suerte que no la dejaban cumplir del todo sus deseos, que era desasirse de todo y entregarse á Dios. Duró esta contienda y lucha cerca de veinte años, y en ella pasó grandes trabajos y sequedades; porque aunque con el grande ánimo y determinacion que el Señor le habia dado, tenia de ordinario grandes ratos de oracion; pero por una parte era increíble la fuerza que el demonio le hacia, para que no fuese á ella, y la gran tristeza que la daba en entrando en el oratorio, y hartas veces, como la Santa escribe, no hubiera penitencia ni martirio, por grave y penoso que fuese, que no le acometiera de mejor gana, que recogerse á tener oracion. Y otras veces eran tantas las sequedades, la tristeza y trabajo que sentia, que el cuerpo, oprimido con tanta carga, deseaba algunos dias que pasase el reloj y diese la hora para acabar con la oracion, y así se hacia gran fuerza y esforzaba en estos y otros ratos á estar consigo y con Dios, porque sabia bien que habia de ser esto la fuente de su remedio. Suplicaba al Señor que la ayudase; buscaba remedio, hacia diligencias, y como la Santa dice: (*Vida cap. 8.*) «Deseaba vivir, que bien entendia que no vivia, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no habia quien me diese vida, y no la podia yo tomar; y quien me la podia dar, tenia razon de no socorrerme, pues tantas veces me habia tornado á sí, y yo dejádole.»

Estas sequedades que padeció en la oracion, no fueron tanta pena y castigo de sus culpas (aunque tambien servian de eso), cuanto una medicina saludable de ellas, y una como purga espiritual y divina de sus pasiones y apetitos. Pues para que estas sequedades le entrasen en provecho, la disponia el Señor, luego que entraba en la oracion con un gran sentimiento y lágrimas de sus faltas, y cesaba luego aquella influencia del Cielo, y se seguia tras de esta la sequedad y guerra de la imaginacion, el esconderse Dios y retirarse con que en ella formaba un fundamento grande de paciencia, de humildad, resignacion, de una pobreza grande de espíritu y desasimiento de gustos, en el cual asentaron despues como nacidas las demás piedras del edificio, y hallaron cimiento firme las mercedes y regalos que despues el Señor le hizo.

De esta manera pasaba este tiempo con estas continuas ansias y deseos de Dios, pero entonces no eran solos estos tra-

bajos (aunque eran los mayores) los que la Santa padecía; porque aunque sanó de aquella grave enfermedad que la tenía impedidos los miembros y tullida en la cama, quedó con muchos y trabajosos achaques, que para quien no tuviera su ánimo, fueran grandes enfermedades. Tuvo todo este tiempo todos los días por las mañanas unos grandes vómitos, y casi nunca estuvo sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón, y otros que de muchas maneras padecía. En medio de estas enfermedades, nunca perdió los ejercicios santos de la oración, aunque le costaba tanto trabajo y pena como habemos dicho; y lo que mas es, seguía siempre el coro, y se esforzaba á la observancia comun, sin faltar de esto un solo punto. Por este camino tenía cada día la Santa mas luz de Dios; creía en humildad, en amor de soledad y recogimiento, en deseo de las cosas de Dios, en deleite en sus pláticas y en afición de todo lo bueno; aunque juntamente con el trigo y buena semilla, crecía alguna mala yerba de imperfecciones y faltas.

Después de tan largos trabajos, cansada ya la Santa de una tan prolija pelea, y conocida la poquedad de sus fuerzas, y desconfiada de ellas y de toda su industria, queriendo ya el Señor poner fin á sus desconsuelos, á cabo de estos veinte años, acaeció (como ella cuenta), que entrando un día en el oratorio, vió una imágen que allí estaba pintada de un Cristo muy herido y llagado, y tan devota, que representaba bien lo que padeció por nosotros (*Vida cap. 9.*); en mirándola, con la gran compasión que la causó, se turbó toda, y fué luego tocada y herida interiormente con un rayo de luz y de amor tan fuerte, que con solo considerar cuán mal habia agradecido aquellas llagas, le parecía que con un extraño dolor se le partía el corazón, y como si súbitamente fuera herida con alguna saeta, se arrojó luego junto á la imágen de Cristo, y ardiendo toda en su amor, hecha un río de lágrimas, rasgó del todo en su presencia su pecho, con clamores, suspiros y lágrimas sin cuento; suplicaba al Señor que de una vez le diese fortaleza, para nunca mas ofenderle, y esto tan de veras y con tanta confianza, que muchas veces repetía: «Señor mio y Dios mio, no me levantaré de aquí hasta que me hagais esta merced.» No fué sin fruto su humilde y fervorosa oración, porque, como otra Magdalena postrada á los pies de Cristo, alcanzó de este pia-

dosísimo Señor lo que con tantas veras le pedia y rogaba; que esto tiene la oracion humilde, confiada y fervorosa, que nunca vuelve las manos vacías, y á veces alcanza mas un rato de estos, que muchos de los ordinarios y comunes.

Salió de aquí otra, renovada y fortalecida en el espíritu, y á esta merced añadió el Señor luego otra, que poco despues (ordenándolo Su Magestad, que estaba muy deseoso de darse sin medida á su sierva, y no á tragos, como hasta allí) vinieron á sus manos las Confesiones del glorioso P. San Agustin; comenzó á leer en aquel libro, y juntamente á mudarse el corazón, porque veia allí, como en un espejo, representada la batalla que pasaba en su alma; cuando llegó á leer su conversion y la voz con que le llamó en el huerto, no parecia sino que aquella misma voz le habia dado el Señor á ella, porque sintió en su alma tal movimiento, como si la hubiera traspasado con una saeta; y con una grande afliccion y fatiga, toda deshecha en lágrimas, repetia muchas veces aquellas palabras de San Agustin: «Señor, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo, Señor? ¿mañana? ¿mañana? ¿por qué no ahora? ¿por qué no se acabará hoy el fin de mi torpeza?» El Señor, que no estaba sordo á las voces y gemidos de su sierva, fué servido de compadecerse de su desconsuelo y trabajo, y oir sus importunos ruegos; porque desde entonces parece que quedaron en su alma impresos nuevos fervores y deseos, fortalecidas las virtudes, y con grande aborrecimiento y disgusto de todo lo que fuese ofensa de Dios. Comenzó á crecer la aficion de estar mas tiempo con él, á quitarse de los ojos las ocasiones, y á ser sin comparacion mayores que nunca los regalos; no porque ella los pidiese, que siempre se hallaba indigna de que el Señor la visitase con tanto amor y dulzura.

Fuéronle de mas provecho estos dos ratos (en que, como otro Jacob, se puso á brazo partido con Dios, y con fervorosos suspiros y lágrimas sin medida, pidió la sacase de aquella guerra en que estaba metida) que muchas horas y años que habia gastado en oraciones y ejercicios devotos, que á la verdad, cuando Dios ofrece la ocasion al alma y la mueve para que con fervor le pida, alcanza mas mercedes en un punto, que sin estas ayudas en muchos años. Estos son los tiempos donde los Santos se enriquecen, y donde con la oracion alcanzan en un momento lo que muchos años han deseado. Así le

acaeció al glorioso San Agustín en el huerto; á San Benito entre las espinas; á San Francisco en el principio de su conversion; el cual, como perseverase con gran afliccion y lágrimas en la oracion, pidiendo el cumplimiento de la voluntad divina, aparecióle Cristo nuestro Redentor, y desde aquella hora quedó impresa en su corazon una gran ternura y compasion de los dolores de Cristo, y fueron estampadas en su alma sus virtudes. Sábense aprovechar los Santos de estas ocasiones, y no perder el ayuda que el Señor les ofrece, que pues él la dá para pedir, es buena señal que quiere concedernos lo que pedimos. No se descuidó la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, ni dió lugar para que fuese en balde aquella gran mocion que sintió de nuestro Señor, para pedir la mudanza de su vida, pues alcanzó que de allí adelante fuese tan diferente como se verá por esta historia.

Despues de estos dos toques de tan gran compuncion y lágrimas, viendo cómo el Señor habia estendido la mano de su misericordia para con ella, y que comenzaba ya á conocer la multitud de sus grandezas y de sus propias miserias, desahacíase toda en lágrimas y agradecimiento. Aquí era el no osar alzar los ojos; aquí el levantarlos para ver lo que á Dios debia; aquí se volvía á la Reina del Cielo la Virgen María, que era la que desde niña habia tomado por Madre; aquí llamaba al glorioso Padre suyo San José, y se volvía é invocaba á los Santos que cayeron despues de su llamamiento, para que la ayudasen; aquí era el parecerle que todo le venia ancho, que no merecia la tierra que pisaba; aquí el desco de que todas las criaturas se volviesen contra ella y tomasen venganza de las injurias y ofensas que ella habia hecho al Criador y hacedor de todas. No sabia qué hacer contra sí, hasta que viendo que no habia castigo que igualase á sus culpas, se ponía y echaba en los brazos de Dios, para que así su misericordia como su justicia hiciesen aquello que mas convenia á su gloria, como ella no le dejase de amar. Con esta profundísima humildad se fué ayudando y disponiendo para mayores mercedes. Todavía quedaban algunos Jebuseos é imperfecciones, aunque menores, que como nacian de flaqueza y la ayudaban tanto á humillarse, eran ocasion de que mas creciesen estas virtudes y las mercedes que el Señor le hacia.

Con estos dos golpes que el Señor habia dado á la Santa,

hallábase ya otra y casi del todo mudada, como ella cuenta por estas palabras: «Es otro libro nuevo (dice) de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mia; la que he vivido desde que comencé este camino, es que vivía Dios conmigo, digo en mí, á lo que me parecia, porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras; pues comenzando á quitar ocasiones y á darme á la oracion, comenzó el Señor á hacerme las mercedes como quien deseaba (á lo que pareció) que yo las quisiese recibir.

Ya parecia que vivía en otro mundo, y que Dios la habia metido en otro hemisferio, donde hay cielo nuevo y tierra nueva, y otra suerte de vida y otro modo de entender y conocer las cosas. Y como los que navegan el mar, cuanto mas se engolfan en él, tanto mas lejos miran la tierra; metida la Santa en aquella nueva region de luz, comenzaba ya á mirar las cosas de acá como sombras de muerte y sueño de gente que vela, como vanidad que se acaba, y en fin, como ellas son. Y de allí adelante, como vecina de la celestial Jerusalem, comenzó á ser peregrina en esta tierra de confusion y de lágrimas, no pegando el corazon á ninguna, como quien le tenia ya fijo en Dios; comenzó luego á crecer en ella el sentimiento grande de las culpas y descuidos pasados, y á su medida la penitencia de ellas.

CAPITULO X.

Cómo el Señor comunicó á esta Santa Virgen una oracion altísima, que le fué ocasion de padecer grandes trabajos, y el medio por donde el Señor la puso en tan alta oracion.

Para que mejor se entienda por qué pasos fué subiendo esta Santa Virgen, para hacerse capaz de tantas mercedes, será necesario hacer memoria de algo de lo que ya habemos dicho. La oracion en que de ordinario se ejercitaba, era ponerse delante de Cristo, representándole junto á sí, dentro de su alma. A veces discurria lo que este Señor habia padecido por ella, y el amor con que habia padecido le hacia derramar muchas lágrimas; de aquí le nacia gran compasion y sentimiento de

los trabajos de Cristo. Duró el discurrir y meditar poco tiempo, y así se acostumbró á otro modo de oracion mas alto y provechoso; procuraba traer presente dentro de su alma á Cristo, y acostumbrábase á enamorarse mucho de su sagrada humanidad; á ratos hablaba con él, pedíale remedio para sus necesidades, y quejábase de sus trabajos; á ratos miraba con una simple vista el amor que el Señor nos tuvo, y movíase de aquí á compasion, y á gran ternura de amor, de que le nacia mucha compuncion y lágrimas; otras veces callaba con el entendimiento, y solo se contentaba con mirarle, y advertir que él la miraba, y tenia por premio de sus trabajos que el Señor la dejase estar allí en su presencia; trataba familiarmente con este Señor, no con oraciones ni palabras compuestas, sino con las que su amor y necesidad formaban. Crecia en su alma un fuego y continuo deseo de Dios, con el cual arrojaba muchas saetas de amor á su Esposo; y si á ratos callaba el entendimiento y discurso, su deseo era su oracion. Por este camino llevó el Señor á su sierva, y es sin duda, que es una escelente manera de aprovechar; porque quien trabajare de traer consigo la preciosa compañía de Jesucristo nuestro Redentor, y de veras cobrare amor á este Señor, á quien tanto debemos, y procurare hacerse familiar á Su Magestad, será cierto su aprovechamiento, así en la oracion como en las virtudes, y este modo de oracion le duró por espacio de veinte años.

En todo este tiempo nunca la Santa dejó de tener una gran determinacion y ánimo de perseverar en este ejercicio y trato con Dios, aunque en la mayor parte de él experimentaba y veia al ojo el gran tormento que las sequedades y ausencia de Dios le causaban, que ya estaba determinada á no hacer caso de ternuras ni devociones, ni menos aflojó, aunque el demonio le ponía delante los muchos peligros y dificultades que habia de pasar. Despues de aquellas dos mercedes particulares que le hizo el Señor, como perseverase en traer siempre delante de los ojos del alma tan buena compañía, acaecióle (y algunas veces leyendo) venirle á deshora un grande sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podia dudar que estaba dentro de sí, ó ella tan engolfada en él, que toda parecia estar fuera de sí. Era esta presencia de Dios una oracion sobrenatural y divina, en la cual la Santa, con gran quietud de las potencias inferiores, sentia en lo interior de su espíritu

una grande paz y un gozo muy regalado, causado de las influencias divinas que Dios enviaba sobre su alma. Llámase esta oracion de quietud por la gran paz y sosiego que el alma goza en aquel tiempo.

Pero no paraba aquí, sino que algunos ratos crecia tanto este deleite y sentimiento de Dios, que le suspendia muchas veces en la oracion las potencias y ocupaba con su fuerza toda el alma, sin dejarla libre para hacer otra cosa; y con una manera de desmayo quedaba muda y sin sentido para todo lo que no era aquel gozo y abrazo de Dios, porque así como en el desmayo se recoge el vigor del alma dentro de sí, de tal suerte que ni la lengua, ni los ojos, ni piés, ni manos hacen su oficio; así este gozo al punto que se derrama en el alma, por ser tan grande su abundancia, la lleva toda tras sí, y la enagena de los sentidos. Este gozo increíble nace de un íntimo abrazo con que Dios se junta al alma, y ella con el deleite y gusto de la posesion de tan grandes bienes, sale como fuera de sí, y pierde los estribos de los sentidos, y queda toda engolfada y anegada en Dios.

Esta es la que llaman oracion de union, que es oracion altísima, y que trae consigo grandes riquezas para el alma, la cual comenzaba ya á sentir y experimentar esta Santa Virgen; y aunque le dió mucha alegría y satisfaccion al principio, mas luego le comenzó á ser ocasion de cuidado y temor; porque entendia que era sobrenatural lo que en esto sentia, y así conocia que era alguna virtud superior la que lo obraba: por lo cual, movida de su humildad, que le representaba sus faltas, y conociéndose por indigna de que Dios la tratase como á los mas familiares amigos, comenzó á temer si era alguna ilusion del demonio; y como en sus tiempos habian acontecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que el demonio les habia hecho, viendo por otra parte que era tan grande el deleite y suavidad que sentia, sin procurarlo ella, y muchas veces sin poderlo escusar, recelábase mucho; puesto que por otra parte sentia en sí grandísima seguridad de que era Dios, considerando los frutos de virtudes y mudanza de vida que en ella causaba, y en ninguna manera podia dudar de esto, principalmente cuando estaba en la oracion, y cuando consideraba qué de estas suspensiones y mercedes del Señor, quedaba su alma mejorada y con mas fortaleza; porque la mas

cierta y verdadera regla que hay para conocer los espíritus, son los deijos y efectos que causan; pero en distrayéndose un poco, tornaba á temer y pensar si queria el demonio hacerla entender que era buena aquella quietud para quitarla la oracion mental, y que no pudiese pensar en la pasion de Cristo; que como no entendia era esto por mejoría, le parecia era la mayor pérdida que su alma podia tener.

Estos fueron los primeros temores y receles que la Santa tuvo de su oracion, y fué orden de Dios que temiese; porque de estos temores sacó él muchos bienes, por haber sido causa este miedo de mas cuidado en su vida, y en la pureza de su alma y conciencia; y sobre tantas mercedes y beneficios como fueron los que en muchos años le hizo el Señor, quiso poner una pensión tan grande, como era la perplegidad y duda, si eran suyos ó del demonio estos dones; y lo que suele causar en las suspensiones, arrobamientos y visiones, daño, que es, ó el deseo de tenerlos ó el holgarse vanamente con ellos; quiso Dios que no lo hubiese en estos, sino antes mucho temor de recibirlos y mucho cuidado de examinarlos; y lo que le daba mayor pena y trabajo, era la duda en si eran suyos ó del demonio.

Por este camino parece que labraba Dios á la Santa con dos manos: una con las mercedes que le hacia y frutos que de ella nacia en su alma: otra con la pena y tormento que le causaban los temores que acompañaban estas mercedes. Pretendia tambien nuestro Dios (que en todas las cosas es maravilloso) por aquí dar noticia á los hombres del tesoro, que para provecho público, en aquella alma habia encerrado. ¡Oh maravillosas trazas y artificios de Dios! que por medio de estos temores y humildades de esta santa Virgen, la fuerza á sacar á plaza sus dones y á buscar hombres doctos y espirituales que examinen, conozcan y perfeccionen este tesoro, y así se determinó á tratar con gente letrada y santa que le diesen luz de lo que en su alma pasaba.

Algunas veces vencía la humildad al miedo, y no se atrevía (aunque á su parecer lo pedia su necesidad) ni se hallaba digna de hablar á personas espirituales, porque le parecia cosa récia ser la que ella pensaba, y tratar y confesarse con semejantes personas. Tambien la detenía entender que la habian de quitar cosas á que todavía su corazon estava asido, y no le

parecia poderlas dejar tan presto; y como el demonio sabe que está todo el bien del alma en tratar con amigos de Dios, la impedia tambien por su parte, haciéndole creer seria mejor enmendar primero las faltillas que tenia que tratar con gente perfecta y espiritual. Persuadióse fácilmente á esto, como la que con su grande humildad se avergonzaba tanto de parecer delante de siervos de Dios. Y así se determinó procurar con gran cuidado la pureza de su conciencia y apartarse de cualquier ocasión, aunque fuese de pecados livianos, haciendo entre sí esta consideracion: (*Vida cap. 25*) «Si es espíritu de Dios, consigo trae la ganancia y provecho, y así no hay que temer; si es demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podrá hacer, antes él quedará con pérdida.»

Aprovechábanle poco estas razones, porque al cabo de algunos dias vió que no tenia fuerzas por sí sola para salir sin ayuda con tanta perfeccion; y como creciesen mas los dones del Señor en su alma, creció tambien el temor y deseo de gobernarse por otro; determinó de enviar á llamar un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Francisco de Salcedo, conocido suyo, hombre (aunque casado) de vida muy ejemplar y virtuosa, y por medio de él comunicó su espíritu y temores con el Maestro Daza, que era un clérigo que en aquel lugar entonces florecia en opinion de virtud y santidad; y habiéndole dado parte de su oracion y de su alma, por estar este Sacerdote ocupado, no se atrevió á encargarse de confesarla, y pensó remediar su alma quitándole todas las imperfecciones que ella decia de una vez. Con lo cual, si el Señor no tuviera tan particular cuidado de ella, le hubiera hecho mas daño que provecho; porque bastaba lo que le decia y la perfeccion tan alta á que de una vez le queria obligar, que pudiera ser parte para perder la esperanza y dejar el camino comenzado. No advirtió este siervo de Dios que la perfeccion (como las demás artes) no se alcanza en un dia, y que los hábitos malos de que estamos vestidos, las malas inclinaciones y pasiones mal domadas no se desarraigan fácilmente, pues ni los Apóstoles ni otros grandes Santos lo fueron de repente.

Vió la Santa con la discrecion y luz que nuestro Señor le habia dado, que no eran aquellos los medios por donde se

habia de gobernar su alma; porque echaba bien de ver, que aunque las mercedes eran subidas y grandes, pero que no corrian al mismo paso sus virtudes y mortificacion, y que así era necesario llevarla poco á poco, y no querer de un golpe desarraigat las imperfecciones y faltas de toda la vida. Dábale pena por otra parte el no saber declarar las mercedes de Dios, como ella para sí la sentia; porque muchos años tuvo tanta torpeza en esto, que no sabia dar á entender cosa de las que interiormente la pasaban. Leyendo un libro que se llama Subida del monte Sion, halló el mismo camino por donde Dios la llevaba; porque allí leyó qué cosa era oracion de union del alma con Dios, y vió todas las señales que leia en el libro impresas en su alma. Dió el libro á este caballero, y con él una relacion de su vida y pecados, lo mejor que pudo y supo, y pidióle que lo comunicase despacio con el Maestro Daza, para que ambos la dijesen lo que habia de hacer.

Quedó esperando la respuesta: con harto temor y fatiga trataron los dos este negocio entre sí, juntando los gustos que en la oracion recibia con las imperfecciones y faltas que ella, segun su parecer, publicaba de sí; no se persuadian á que era Dios quien le hacia estas mercedes, pareciéndoles imposible, entre tantas imperfecciones, tanta dulzura y regalo; y á la verdad, no cayeron en la cuenta de la condicion é ingénio de Dios, que, como es Médico, visita alegremente á su enfermo; y como su trato es causa de mejoría y de vida, mejora á los suyos, entrándose por sus puertas, y haciéndoles particulares mercedes antes de merecerlas. No consideraban que en tierras fértiles y bien labradas, cuando las lluvias del Cielo las riegan á sus tiempos, suelen con el trigo y buena semilla, á veces nacer y crecer la mala y desaprovechada yerba, así como entre espinas las flores; y que no impedian tantas influencias y regalos del Cielo, que sobre aquella alma santa venian las imperfecciones y faltas ligeras y nacidas de flaqueza y contra la voluntad del hortelano. En fin, se resolvieron á todo su parecer de entrambos en que era demonio, y así se lo dijeron.

Fuéle esta respuesta causa de un gran temor y pena, como se podrá creer lo seria á una doncella que en vez del Rey, con quien esperaba desposarse, hallase un esclavo de baja condicion

y suerte. No sabia con esto qué hacerse: todo era llorar, sin saber á dónde volverse. Crecia con estas nuevas mas el temor en ella, y la perplegidad de lo que convenia; porque su indignidad, cuanto era mayor á su parecer, le causaba mas miedo. La luz de Dios, al tiempo que gozaba de ella, le aseguraba y daba gran confianza. No osaba fiarse de sí, y si pedia consejo, no se lo sabian dar, porque no la entendian. Pensaba si dejaria la oracion: parecíala que era dejar su remedio y vida el dejar de proseguir delante en ella, y con aquella sospecha no estaba ya en su mano, porque la presencia que Dios le hacia en volviéndose á él, la suspendia y traia á sí mismo con grandísima fuerza. Padecia de esta suerte la Santa, peleando en ella, por una parte la humildad, el temor y crédito que daba á sus padres espirituales, y por la otra, la luz de Dios y su fuerza, y el provecho y bien de su alma. Porque no solo sabia que le iba la vida de ella en no dejar la oracion, mas experimentaba, que con la que tenia, se aprovechaba cada dia mas, y crecia; pues estando en medio de estas aflicciones, como un dia leyese en un libro, que es Dios fiel, y que nunca á los que le aman consentirá ser engañados del demonio, consolóse mucho pareciéndole que ella tenia puesta en solo él su esperanza, y que le deseaba amar y contentar de veras. Tomó por medio buscar otros nuevos maestros; porque, verdaderamente, á esto se ordenaba el permitir Dios que algunos no acertasen en su cura, para que por aquel camino buscase Maestros de espíritu mas experimentados en aquel arte; por cuyo medio fuese mas conocida su virtud, y se mejorase mas y perfeccionase su vida.

CAPITULO XI.

Trata la Santa Madre Teresa de Jesus con los padres de la Compañía; ellos conocen y aprueban su espíritu. Háblala nuestro Señor Jesu-Cristo, muda su vida y comienza de nuevo á hacer grande penitencia.

Despues de tantos años de enfermedades tan agudas y graves como habemos contado que la bienaventurada Virgen Teresa de Jesus padeció, y casi de veinte años de sequedades,

ausencias de Dios y otras tentaciones y trabajos interiores, de mil maneras, ¿quién no dijera que habian ya de ser los gozos y mercedes cumplidas? Quién no esperara el puerto despues de tanta tormenta, y un estado de tranquilidad y bonanza por remate de tantos trabajos? No fuera mucho que esperara esto, quien sabe poco de la condicion y trazas de Dios, que suele en esta vida pagar trabajos menores con mayores, y á los pequeños suceder los grandes; y cuanto el alma está dispuesta, tanto mas carga la mano, pareciéndole que en ninguna cosa puede ser mas liberal ni bueno para sus amigos, que en darles trabajos en premio de servicios. Así lo hizo con nuestra Santa, porque como veia en ella aquel amor tan encendido, aquellos deseos tan fuertes, aquella determinacion tan grande y el ánimo casi invencible para padecer, llenábale Dios estos vacíos con mil maneras de trabajos: y no sé cuál daba para cuál: si los trabajos para disponerla para mayores mercedes, ó las mercedes para mayores trabajos.

Grandes eran de los que la Santa vírgen se veia en este tiempo rodeada con aquella perplegidad y duda de si era Dios ó demonio el que con ella trataba tan amigablemente; pues como acordase de buscar nuevos maestros y pilotos que gobernasen su alma, supo como en aquel tiempo habian fundado en aquel lugar los padres de la Compañía de Jesus, y habia mucha fama de su religiosa vida y del provecho que hacian en las almas, y que era gente que tenia trato y ejercicio de oracion. Persuadióla aquel caballero que habemos dicho, los llamase y se comunicase con alguno de ellos, dándole noticia entera de su vida y conciencia: que aunque este caballero tenia para sí ser demonio, no por eso la desamparaba ni dejaba de visitar; antes movido á piedad, imaginando que algun espíritu malo trabajaba por engañarla con envidia de su bondad y virtud, se desvelaba él por ayudarla, no solo por sí, sino por otros. El que habia dado el consejo, puso tambien los medios, y negoció con un Padre de la Compañía, que la confesase y tratase.

Determinóse la Santa de hacer una confesion general con él, y así comenzó á poner por escrito todo el discurso de su vida sin dejar nada que decir, ni de sus males ni de sus bienes. Y á su parecer, despues de escrito este papel, y hecha y sumada la cuenta de los años de vida que hasta allí habia gastado,

halló tantas faltas, que la dieron grandísima afliccion y fatiga; pues como tratase con este Padre sin esconderle cosa alguna de toda su vida y alma, fué el Señor servido, que como sábio médico, luego que le tomó el pulso, conoció que era buen espíritu el que andaba y vivia en ella, y profetizó lo que fué despues, diciendo que la escogia Dios para por su medio ganar las almas de muchos; y así, lo primero que hizo fué asegurarla, y como experimentado maestro, despues la fué gobernando por los pasos mas ciertos y que mas le convenian, porque como habia comenzado el camino sin guia, andaba muy en los fines, no habiendo experimentado algunos principios. Enseñóla á mortificarse dejando muchas cosas que le podian ser de gusto y entretenimiento y á quitar de sí todo lo demasiado y superfluo, y aun lo lícito no necesario, y á ejercitarse en cosas de aspereza y penitencia, quanto sus enfermedades le diesen lugar. Aconsejóla que resistiese quanto fuese posible aquella suspension y encogimiento de espíritu que sentia en su alma, forzando el entendimiento á que hiciese pié en alguna consideracion provechosa, y señaladamente en la humanidad de Cristo nuestro Señor, la cual aconsejó que tuviese delante, para que la meditase y amase, que es la puerta cierta y el camino único y derecho por donde trae Dios á sí las almas: y es cierto, que el que por esta puerta no entra, y no camina por esta estrecha senda de la vida de Jesucristo tomándole por espejo y dechado de la suya, que al cabo de la jornada, pensando que ha caminado, se hallará en los principios. Aquí habia puesto la Santa vírgen sus pies, desde que comenzó el trato y ejercicio de la oracion; pero como ya Dios le habia dado alas, levantábase en la contemplacion de lo corporal á lo espiritual, y de lo terreno á lo celestial, de lo humano á lo divino, sin estar mas en su mano; porque la del Altísimo era la que le daba estas alas y levantaba en alto. Obedeció la Santa alegremente, quanto fué de su parte, á lo que su confesor mandaba; pero en resistir al movimiento y vuelo que en su espíritu causaba Dios, como no estaba en su mano el procurarlo, tampoco estaba el resistirlo.

Dejó esta confesion su alma con notable mejoría, y dentro de dos meses, como ella se iba disponiendo, y obrando lo que el confesor le habia dicho, crecieron mas las mercedes de Dios y sus virtudes, lo cual ella cuenta mas en particular por estas

palabras: (*Vida cap. 24.*) «Quedó mi alma de esta confesion tan blanda, que me parecia no hubiera cosa á que no me dispusiera, y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecia hacia poco caso de todo, y esto me movia mas, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad y no premio, si yo no me lo pusiese por amor. Estuve ansí casi dos meses haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior víase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decian personas que me conocian, pareciéndoles extremos, y aun en la mesma casa, y de lo que antes hacia, razon tenia que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito y profesion que hacia, quedaba corta.» Y mas abajo dice: «El Señor, quanto mas yo resistia, traia mas cuidado de hacerme mercedes, y á señalarse mucho mas que solia en estos dos meses, para que yo mejor entendiese que no era mas en mi mano. Comencé á tomar de nuevo amor á la Sacratísima Humanidad, comenzóse á asentar la oracion como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme á mas penitencia de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varon Santo que me confesó, que algunas cosas no me podrian dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacia penitencia, me la queria dar Su Magestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones, no muy sabrosas para mí. Todo lo hacia, porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracias para que me lo mandase de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera que si alguna cosa supérflua traia, no podia recogerme hasta que me lo quitaba.»

A cabo de estos dos meses que la Santa habia andado con tanto cuidado, acaeció venir á Avila el Padre Francisco de Borja, General que era de la Compañía, el cual, habiendo sido Duque de Gandía, y dejando su estado, y poniendo debajo de los pies lo demás que el mundo aprecia y estima, se habia entrado en la Compañía de Jesus. Era hombre de grandes partes y espíritu. Procuró su Confesor, como era de la misma Orden, que el P. Francisco la viese y tratase; y despues que la hubo visto y comunicado, le dijo que era espíritu de Dios, y

que le parecia no era bien resistirle mas. Echó luego de ver este varon tan escelente esta era obra grande de Dios, y así la consoló mucho y esforzó, aconsejándola comenzase siempre su oracion, meditando en algun paso de la Pasion de Cristo; mas que si el Señor la suspendiese, se dejase llevar de él, sin hacer mas resistencia. Como bien experimentado, dióle medicina y consejo, y quedó su alma de nuestra Santa con mucha satisfaccion y contento de tan alegres nuevas, procurando siempre de allí adelante alargar cada dia mas el paso en el bien, y apartarse de aquello que lo estorbaba.

Crecian los fervores, y con ellos el ódio grande de sí misma, y deseo de hacer grandes penitencias, y crucificar y castigar su carne sin duelo, que esta es la condicion y propiedad del amor de Dios, que luego hace guerra á fuego y á sangre al amor del propio cuerpo, y no descansa hasta verse vengado de este capital enemigo. Así se experimentó en esta Santa vírgen, porque despues que el Señor comenzó tan de veras á perfeccionar su alma, y encender en ella aquellos vivos y encendidos deseos de su amor, resultó luego una grande luz de lo mucho que á Dios debia, y del propio conocimiento de sus pecados, y tras de ella una gran sed de padecer y derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ella. Pues como no se le cumpliesen estos deseos, determinó de encruelecerse y volverse contra sí misma, haciéndose verdugo de su cuerpo, declarándose por enemiga suya, y pregonando guerra contra él, martirizándolo y afligiéndolo en cuanto le fuese posible, y porqué las enfermedades grandes y achaques continuos que padecia, parece la tenian atada para hacer tanta penitencia como ella quisiera varonilmente, y con particular luz del Cielo, se resolvió á no hacer caso de ellas y hacer penitencia, como ella escribe en su vida, por estas palabras: (*Cap. 13.*) «Cuando el demonio ve un poco de temor, no quiere él mas, para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta el tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear, que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné á no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada, y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiase este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decia yo:

Poco va en que me muera; sí, el descanso; no he ya menester descanso, sino cruz.»

Con esta determinacion puso los ojos en Dios, y las manos tan fuertemente en el castigo de su cuerpo, que mostraba bien el aborrecimiento que le tenia; porque luego se vistió de un silicio de hoja de lata, hecho y agujereado á modo de rallo, con que afligia y atormentaba la carne, dejándola toda llagada. Tomaba disciplinas muy ordinarias y muy rigurosas, unas veces con hortigas, otras (y esto era lo mas comun) con unas llaves, hasta venírsele á hacer llagas, de las cuales manaba y corria mucha materia; pero la medicina con que las curaba, era renovarlas con nuevos golpes y azotes, tomando por cura la causa de la herida; y como la que estaba encarnizada en sí misma y cebada con el gusto del que hacia á Dios con este sacrificio de su cuerpo, buscaba mil modos como darle mas afliccion y tormento; y así una vez juntó muchas zarzas, y desnudando su cuerpo, comenzó á entrar y revolverse entre ellas, como si fuera en alguna regalada cama, azordándose de la que Cristo habia tenido en la cruz. Haciéndosele con esta consideracion las espinas rosas; porque cuando á los siervos de Dios les fatiga el hambre, y les dá pena el manjar desabrido, y les muerde la vestidura áspera, y les quebranta la cama dura, y les aflige cualquiera otra manera de penitencia y aspereza, por muy grave que sea, todo se les hace dulce y sabroso, viendo lo que voluntariamente Jesucristo su Señor, su Padre y su Rey padeció por su amor. Tales pensamientos y tales consideraciones eran unos como estímulos y despertadores que en la Santa vírgen despertaban unos deseos tan grandes de penitencia, que quisiera despedazar su cuerpo, si Dios le diera licencia para ello; y hallaba tan grande gusto en esto, que decia que tomaba aquellos rigores de penitencia, para descansar de la gran fuerza que interiormente le hacia el amor de Dios. Esta era la penitencia exterior; pero la interior, que era la contricion y dolor grande de haber ofendido á Dios, era, sin comparacion, mucho mayor, como declaran bien sus contiúas lágrimas y suspiros, las cuales fueron en tanto esceso, que la pusieron á peligro de perder la vista.

Mas no era tanta la priesa que ella tenia en disponerse, cuanta era la diligencia de Dios, no solo en ayudarla y regalarla secretamente, mas tambien en mostrarle descubierta-

mente cuánto la amaba, que parece no sufría ya este celestial Esposo tantos deseos y clamores de su esposa, sin decubrírsele y hablarle á la clara; pero esperaba que ella acabase de vaciarse de todas las cosas de la tierra, que por ligeras que sean impiden y ocupan el lugar en el alma, donde es la morada de Dios: y así fué, que pocos dias despues que habló con el P. Francisco de Borja, se fué de Avila su confesor primero, que era el que la habia enderezado y asegurado al principio, y hubo de tomar otro de la misma Religion, que no fué menos prudente y sábio que el pasado.

Este comenzó á gobernar su alma con gran suavidad y blandura, púsola en mayor perfeccion, diciéndole, que para contentar del todo á Dios, niaguna cosa habia de dejar de hacer. Trató de quitarla algunas amistades que tenia, que, aunque buenas, pero habia alguna demasía en amar. Esto sentia ella mucho, porque como sabia no era ofensa ninguna de Dios, le parecia gran ingratitud dejar á quien la queria, cosa en que ella tanto remaba contra su natural inclinacion: él le dijo lo encomendase mucho al Señor por algunos dias, y estando una vez en oracion suplicándole le ayudase á contentarle en todo, vínole un arrobamiento grande que la sacó de sí: y estando en esta enagenacion de los sentidos, díjole Su Majestad estas palabras: «Ya no quiero que tengas conversacion con hombres, sino con Angeles. Fué esta la primera vez que tuvo arrobamiento, y que nuestro Señor la comenzó á hablar tiernamente en su alma. Este es un lenguaje secreto de que Dios usa con los que tiene por suyos, y unas palabras que aunque de ordinario no se perciben con los oidos, mas percíbense en el espíritu tan formadas, distintas y claras, que no puede dudar de ellas ni olvidarlas en muchos dias el que las oye, de que hay muchas diferencias, que declara altamente nuestra Santa en los libros de su vida. (*Vida cap. 7.*)

Hablóle, pues, Dios esta primera vez, y fué bien suya la palabra; porque como su decir es hacer, así le borró con ella del alma todas las afecciones del mundo, que con solo esto halló luego en sí lo que deseaba ver hecho, y lo que procurando hacer, hallaba casi imposible. Estos efectos causó en su alma aquella palabra tan poderosa, como la Santa confiesa en su libro, diciendo así: (*Vida cap. 24.*) «Ello se ha cumplido bien,

que nunca mas yo he podido sentar en amistad, ni tener consolacion, ni amor particular, sino á personas que entiendo la tienen á Dios, y le procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos, ni amigos, si no entiendo esto, ó es persona que trata de oracion, esme cruz penosa tratar con nadie: esto es así á todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel dia yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien habia querido en aquel momento (que no me parece fué mas) dejar otra á su sierva. Así que no fué menester mandármelo mas, que como me veía el confesor tan asida en esto, no habia osado determinadamente decir que lo hiciese. Debía aguardar á que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque ya yo mesma lo habia procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me parecia no era inconveniente, lo dejaba, y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra.»

CAPITULO XII.

Cómo fueron creciendo estas hablas y mercedes de Dios, y de los grandes temores y trabajos que pasó en este tiempo la Santa virgen.

Despues de esta primera habla que la Santa Madre tuvo de Dios; como si su alma fuera criada de nuevo, por la palabra de aquel que con ella cria y renueva las cosas, comenzó á vivir nueva vida, y á estar en el mundo cuanto al trato é inclinaciones, como si en él no estuviera, y á tener como agenas y estrañas de sí todas las cosas que no eran Dios ó no se encaminaban á él. No parece sino que con esta palabra le dijeron lo que á la Esposa (*Can. 2.*): «Levántate y apresúrate, amigamia, paloma mia, hermosa mia, que ya pasó el invierno.» Con las cuales palabras el Esposo la llama, y convida á tratar consigo en la soledad de los campos. De la misma manera con aquella habla la apresuró Dios, y la sacó y desasíó de todo aquesto visible, y en medio del mundo la puso consigo solo, convirtiéndole en desierto y soledad lo interior de su alma, y haciéndole allí Su Majestad una compañía dulcísima.

De allí adelante desde áquel dia, de ordinario la visitaba el Señor con semejantes hablas, unas veces regalándola, y otras avisándola de lo que á su servicio y voluntad cumplia, con un trato tan amoroso, que pudiera espantar, si el suceso de él nos declarara lo que allí Dios pretendia para la salud suya y de otras almas; pero como siempre andan como hermanadas la cruz y las mercedes de Dios, y siempre junta con sus favores algun trabajo (porque nuestro natural lo pide así, que se desvanece de presto), estas hablas y regalos la pusieron en nuevo y grandísimo aprieto; porque como ella no callase nada á su confesor, y él comenzase á dudar y temer, tratólo con otras personas, y mandóle que ella lo hiciese tambien de su parte. Habiendo dado cuenta, por medio de aquel caballero, á cinco ó seis personas de lo que en ella pasaba, confiriendo entre sí unos con otros el caso, y tratando de su remedio, todos sintieron mal de él, y se determinaron que era demonio y no Dios el que así le hablaba. Esto mismo sentia tambien su confesor, y así la encargaron todos no comulgase á menudo y que procurase distraerse de suerte que no tuviese soledad.

Los motivos, entre otros, que tuvieron para sentir mal de su espíritu, fueron ver tanto crecimiento y tan de repente, como si Dios tuviese mas regla en sus mercedes que su voluntad, ó como si la Santa no hubiera pasado veinte años de grandes sequedades y trabajos; pero lo que principalmente les hacia fuerza, era que en aquella ciudad habia una persona, tenida por grande sierva de Dios, que llamaban Mari Diaz, y esta no tenia hablas ni arrobamientos. Como si para Dios no hubiera mas que un camino, ó el de la Santa fuera tan nuevo, que no hubiesen caminado por él infinitos Santos. En fin, con estas razones se engañaron; y permitia el Señor que se engañasen, para ejercitar y perfeccionar mas la creencia y humildad de su sierva; porque sintiendo ella que era el demonio (aunque la luz que ella sentia, y el provecho que veia al ojo en su alma, la aseguraban), la autoridad y los dichos de santos siervos de Dios, y la desestima tan grande que tenia de sí, le hacian creer este mismo; y la opinion de ellos, por ser tan reconocida y humilde, se le pegaba tambien á ella, y así comenzó á temerse á sí misma, y á procurar no estar sola, temiendo era algun demonio.

En este tiempo fué cuando el Señor quiso comenzar de veras á probar á su sierva con muchos trabajos interiores y exteriores, los cuales se ordenaban para purificar mas su alma, y para que mas íntimamente se juntase con él. Contaremos aquí algunos de los muchos que padeció, que no es nuevo que las almas que gozan de veras de cosas del cielo, vivan con muchos trabajos en la tierra. Comenzando de los menores, fué una gran grito de las personas con quien trataba, y aun de las que no trataba, sino que en su vida parece no se habian de acordar de ella, diciendo se hacia Santa, y que eran aquellos extremos para engañar al mundo y para hacer á los otros ruines siendo mejores cristianos que ella sin esas ceremonias y novedades. Tales son los nombres que el mundo pone á lo que es cristiandad y perfeccion, llamando ceremonias á las obligaciones propias del estado, y estando él lleno de ellas, abomina y reprueba con este nombre todo lo que es virtud y santidad. Con el mismo engaño juzga por novedades lo que suele ser tan viejo y tan antiguo en las religiones, que no se puede tener en pié.

Con estos dichos andaba ya la Santa en la opinion de muchos de fuera como afrentada y notada; porque comunicándose de unas personas á otras como cosa nueva el secreto, se comenzó de mano en mano á estender y publicar entre muchos. Unos la avisaban con miedo, otros huyen de ella, y otros que le habian lástima, sospechaban mal de su vida pasada, y venfales al pensamiento seria por dicha castigo de algunos grande pecados secretos.

Finalmente, con la imaginacion de que tenia demonio, se les figuraba que ella misma lo era. Los que tenia por amigos se apartaban ya de ella, y estos eran los que le daban mayor bocado; que era lo que ella, como tan fiel y agradecida, sentia mas. Decíanla que iba su alma perdida y notablemente engañada: que eran embustes é invenciones del demonio, y habia de venir á ser como aquella ó la otra persona que se perdió, y fué ocasion de que cayese la virtud, y que traia engañados los confesores. Con estas y otras mil maneras de mofas y dichos, la affligian y atormentaban.

No le faltaban en este tiempo grandes enfermedades, que no era de los menores trabajos exteriores; porque la apretaban á veces algunos dolores tan récios y agudos, que le descompo-

nian lo interior y exterior, y ponian de tal manera el alma que no sabia qué hacer de sí: y entonces le parecia tomara de mejor gana cualquiera martirio que de presto pasase, que estos dolores tan continuos y fuertes. Aunque no fué solo este el tiempo que estas enfermedades y dolores apretaron á la Santa, porque la duraron por toda la vida, como ella misma confiesa de sí (aunque callando su nombre), en las moradas, por estas palabras: «Yo sé de una persona, que desde que comenzó nuestro Señor á hacerle estas mercedes, que há cuarenta años no puede decir con verdad ha estado un dia sin tener dolores y otras maneras de padecer con enfermedades, sin otros grandes trabajos.» Estos eran los que esteriormente en estos tiempos padecia, y eran los menores, porque los interiores eran los que para ella merecian este nombre de trabajos. El primero era el gran tormento que le daba encontrarse con algunos confesores tan tímidos y poco experimentados, que ninguna cosa tienen por segura, todo lo temen y en todo ponen duda, y como ven cosas extraordinarias, se espantan y atemorizan con demasía, en especial cuando en ella veian ó sentian alguna imperfeccion; luego era el condenarla á demonio ó melancolía, como si hubiesen de ser Angeles á los que Dios hace estas mercedes; y como la Santa andaba con el mismo temor cuando iba al confesor, para que, como piedra de toque, examinase y discerniese su espíritu, no podia dejar de recibir tormento y turbacion grandísima.

Son trabajos estos casi incomportables para almas que desean ir por un camino llano y seguro, y contentar en todo á Dios; principalmente, que tras estos sucedian en su alma unas sequedades, que parece que jamás se habia acordado de Dios, ni se habia de acordar que habia Dios para ella. Sobre todo esto, cuando venia el parecerle que no sabia informar al confesor, que le debia de traer engañado, aquí era el padecer de veras; que aunque le habia descubierto hasta los primeros movimientos, sin esconderle ninguno, le aprovechaba poco; porque permitia el Señor que estuviese su entendimiento tan oscuro, que no estaba por entonces dispuesto para entender la verdad.

En estas tinieblas tambien se escondia el demonio, y añadia á sus penas otras mayores, representándole mil desatinos, como que estaba apartada y reprobada de Dios, y esto con una

apretura interior é intolerable, que con ninguna cosa se puede mejor comparar que con lo que padecen los condenados en el infierno. Ningun consuelo hallaba en esta tempestad tan grande; porque la gracia estaba tan escondida, que ni aun una centella muy pequeña de ella no veia, ni aun le parecia la habia tenido jamás; porque los bienes que hasta aquí habia hecho y las mercedes que del Señor habia recibido, todo le parecia sueño y antojo; solamente veia la multitud de sus pecados y faltas, para acrecentar mas su muerte. Ponia Dios á ratos su alma en tan gran desamparo, que ni del cielo le venian sino desfavores y lanzas, como si Dios le tuviera vueltas las espaldas, ó ella fuera alguna enemiga suya; y de la tierra, no era mas ofrecerle deleites ó consuelos, que si á los condenados del infierno se los pusiesen delante, que mas les servian de tormento que alivio; porque la pena, como venia de arriba, no se podia quitar con los remedios que estaban abajo en la tierra. Que como cuando Dios consuela á un alma, ninguna criatura es poderosa para desconsolarla (como se veia en la alegría y contento de que gozaban los Mártires en medio de las mayores persecuciones), así cuando Dios desconsuela, todo el mundo no basta para dar contento. Si se queria aprovechar de rezar, era para su consuelo como si no rezase, ni aun entendia lo que rezaba, ni ella misma á sí, y esto era aun en las oraciones vocales, que para la mental no era tiempo, porque no tenia las potencias dispuestas para esto: antes le causaba mayor daño la soledad, que era otro tormento de por sí; por otra parte, no sufría ni podia estar con nadie, ni menos que la hablasen; y así, aunque se esforzaba mucho, andaba con una desgana y desabrimiento, que se echaba fácilmente de ver la pena que la aquejaba. Solia tomar por remedio, no para que se quitase, que ya veia que para esto no habia ninguno, sino para que se pudiese mejor sufrir, entender en obras de caridad exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que no desampara á los que en él confían.

Estos trabajos y agonías le duraron dos años, aunque no siempre en un ser ni de una misma manera. Es ordinario este camino de sequedad y tinieblas en los grandes Santos, y es el mas trabajoso y terrible que hay para los que tratan con Dios; que como se les esconde dentro de su alma, y está metido como en una nube y tiniebla oscura, y por otra parte, les quita el

discurso del entendimiento, y el gusto y el deleite de la voluntad, paréceles que quedan en un desierto y soledad grandísima y á oscuras sin Dios, como sea verdad, que entonces está mas presente, aunque mas escondido, labrando desde estas tinieblas donde está metido al alma, y purgándola de las imperfecciones para hacerla digna de sí. El bienaventurado San Francisco estuvo así dos años (como su historia cuenta), y á veces se sentia tan fatigado y disgustado, que no permitia que Fraile ninguno le hablase; y es cierto que la mayor cruz que los Santos sienten, es esta soledad, tinieblas y desamparo de Dios; que pues al mismo Cristo nuestro Redentor le hizo tanta impresion, que no quejándose de su cruz, clavos, dolores ni llagas de que estaba lleno desde los piés á la cabeza, se queja al Padre Eterno de este desamparo, no es mucho que los Santos lo sientan, y con él se aflijan, turben y quejen.

Y aunque su confesor de la Santa entendia tambien era demonio, nunca la desamparó, sino antes la animaba, diciendo que aunque fuese demonio, no ofendiendo ella á Dios, no le podia hacer daño. Que tomase por remedio el dejar las suspensiones y oraciones que tenia, y pidiese á Dios la llevase por otro camino.

CAPITULO XIII.

En medio de estos trabajos habla nuestro Señor á la Santa Madre, y la asegura y quieta. Muéstrasele Cristo nuestro Redentor con visiones continuas y admirables, y de las muchas aflicciones que por esta causa padeció.

¿Quién sacará de las manos de Dios las almas que él ama? ¿O quién torcerá los caminos que él endereza? Obedecia la Santa fielmente, y por no perder á Dios huia cuanto podia las ocasiones de sus hablas, y vencia á su mismo juicio y sentido, por seguir con humildad lo que el confesor la decia, y con eso mismo se hacia mas hermosa en los ojos de Dios, y le traia mas á sí; y enamorado y vencido de su humildad y obediencia, mientras mas ella huia, mas la buscaba, y si escusaba el oratorio por no hallarse con él, él venia á hablar con ella en los

claustrós y lugares comunes; si no se recogía por no sentir sus palabras en medio de la conversacion súbitamente, la arrebatába hácia sí, y hablaba dulcísimamente.

Con esto, y con lo que los confesores la decían, andaba como espantada y turbada, hasta que nuestro Señor la aseguró, como ella misma cuenta por estas palabras, en que se echa de ver el trabajo que la bienaventurada pasó, y la gran confianza que en nuestro Señor tenía. «A mí (dice) ningún consuelo me bastaba cuando pensaba que tantas veces me había de hablar el demonio; porque cuando no tomaba horas de soledad para oracion, en conversacion me hacia el Señor recoger, y sin poderlo yo escusar, me decía lo que él era servido, aunque me pesaba lo había de oír.

Pues estándome sola sin tener una persona con quien poder descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulacion y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada sin saber qué hacer de mí (en esta afliccion me ví algunas, y aun muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo), estuve así cuatro ó cinco horas, que consuelo del Cielo ni de la tierra no le había para mí; sino que me dejó el Señor padecer temiendo mil peligros.»

«Oh Señor mio, como sois vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando quereis podeis, nunca dejais de querer si os quieren. Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan; vos, Señor de todas ellas, nunca faltais.» Y mas abajo vuelve á decir: «Fáltame todo, Señor mio, mas si vos no me desamparais, no os faltaré yo á vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios; no me falteis vos, Señor, que yo tengo esperiencia de la ganancia con que sacais á quien en solo vos confía.

Pues estando en esta tan grande fatiga (aun entonces no había comenzado á tener ninguna vision), solas estas palabras bastaron para quitármela y quietarme del todo. No hayas miedo, hija, que yo soy; no te desampararé, no temas. Parece-me á mí, según estaba, que eran menester para persuadirme á que me sosegase muchas horas, y que no bastara nadie, héme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con áni-

mo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto ví mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios.»

Además de la mucha seguridad que causó en su alma aquella habla del Señor que tanto la aseguraba, fué una gran merced la que entonces Dios la hizo en darla aquella libertad y ánimo contra los demonios; porque andar un alma que de veras sirve á Dios, temerosa de algo, sino de ofenderle, es grandísimo inconveniente, porque es hacerle agravio al Señor tan grande y poderoso, á quien sirve, temer á otro que á él.

De ahí adelante, desasida ya con estas mercedes de Dios, de todas las cosas de la tierra, y dejada toda al gobierno suyo, y fortalecida con estos favores, iba por el camino de la vida espiritual, con la prosperidad y ligereza que suele una nao con viento en popa y bonanza, que todo cuanto hay la ayuda á correr, y el Señor iba cada dia acrecentando las mercedes, hablandola de muchas maneras; unas veces le representaba sus faltas, con tan claro conocimiento, que le parecia se veia su alma en el juicio de Dios; otras le avisaba de algunos peligros suyos y de otras personas, y otras le revelaba cosas por venir muchos años antes que sucediesen, como en su lugar se dirá; y finalmente, otras le enseñaba verdades altísimas, con que iba siempre medrando y mejorando su alma.

Pero no mucho despues de tan gran prosperidad le vinieron nuevos miedos, con nuevas y mayores mercedes; porque estando un dia del glorioso San Pedro en oracion, vió cabe sí (ó por mejor decir), sintió á Nuestro Señor Jesucristo, y veia que Su Magestad era el que la hablaba, no porque le viese con los ojos corporales, ni menos con vision imaginaria, sino porque el mismo Señor le daba á entender que estaba allí, pero sin mostrársele, y esto era tan cierto, que no la dejaba ninguna duda de ello; sentia claramente estar á su lado derecho, y que era testigo de todo lo que hacia, y ninguna vez que no estaba muy divertida, podia dudar que estaba junto á sí, y como no era vision imaginaria, no lo sabia dar á entender, porque esto es un negocio muy intelectual, y pasa muy en lo interior del alma, donde el demonio no puede entrar; y por esa misma razon (como los Santos afirman) son mas ciertas y de menos sospecha y engaño estas visiones que otras, y hácense con

mucha luz espiritual, con la cual recoge Dios á lo interior al alma, y le infunde una noticia mas clara que el Sol, de lo que quiere representar, sin medio de figuras ni de sentidos.

Fué esta la primera vision que ella entendiese que era de Dios, porque aunque al principio (como arriba dijimos) vió á Cristo á la columna, no la tuvo por vision suya, ignorante de que pudiesen pasar semejantes cosas. Ahora tambien con esta novedad, se vió toda turbada, y le causó al principio grande temor; no hacia sino llorar, aunque en diciéndole el Señor una sola palabra, quedaba quieta con regalo y sin temor alguno. Díjolo luego á su Confesor, á quien hizo este caso no menos novedad que á la Santa, y queriendo examinarlo, la preguntó, que en qué forma veia á Cristo, y ella dijo que no le veia; y diciéndole que cómo sabia que era Cristo si no le veia; respondió la Madre que no podia dejar de entender que estaba cabe sí, porque le veia y sentia con mas claridad que si le viera con los ojos corporales; pues como otra vez le preguntase el Confesor, ¿quién dijo era Jesucristo? «El me lo dijo (respondió la Santa) muchas veces, mas antes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era él.» Que así como en el Cielo ven ahora las almas de los bienaventurados á Cristo, sin que para esto tengan necesidad de los ojos del cuerpo ó de la imaginacion, así pasa en su manera en estas espirituales visiones, que Dios representa al alma, dándole tan cierta noticia de sí, como si le viese con los ojos del cuerpo.

Pasó algunos dias, y casi cerca de un año, con esta vision muy contenta, porque una compañía tan buena y tan ordinaria no podia dejar de causarle mucho provecho. Estaba todo el dia en oracion, y vivia de suerte, que en todo procuraba contentar al Señor que traia presente y por testigo de su vida. Poco despues vino Su Magestad á mostrársele mas al descubierto, y aunque no fué por los ojos del cuerpo, fué por vision imaginaria, que es un modo de ver en que Cristo se representa tan al vivo en la imaginacion, que por ella se percibe y ve tan claramente como con los ojos corporales; pero porque nuestro natural es flaco é incapaz de que por junto se nos muestre tan gran tesoro, y se le comuniquen tantos bienes y deleite de una vez, fuéle mostrando el Señor poco á poco, y así á pocos dias que le hacia sombra, y rodeaba con su presencia intelectual, estan-

do en oracion le mostró solas las manos, con tan grande hermosura, que no se puede encarecer, y desde allí á otros pocos se le descubrió aquel divino rostro, que del todo la dejó aborta y elevada, y no paró este divino Esposo, hasta que un dia de San Pablo se le representó toda su humanidad sacratísima, con aquella hermosura y magestad que habia resucitado.

Causó en su alma esta merced increíble deleite y grandísimo aprovechamiento, aunque al principio parece que ver cosa tan hermosa y sobrenatural la turbaba, y sacaba de sí, porque aquella Magestad tan grande, y el poder juntamente de Dios se le representó al alma tan vivo, que con razon juzgaba cuán terrible seria el dia del juicio ver la Magestad de este Rey con rigor y con la espada en la mano contra los malos, pues el verle glorioso ponía en el alma tanto temor y reverencia, que esto es propio de las visiones de Dios, que al principio y á la primera vista causan en el alma una cierta manera de horror y espanto, que se estremece el cuerpo y turba el alma, pero los dejos son de gusto y suavidad, como lo esperimentó Daniel Profeta (*Dani. 4.*) y otros Santos; al contrario de las del demonio, que entra con suavidad y acaba con sequedad, turbacion y disgusto, como enseñaba aquel grande P. Antonio á sus Monjes. (*D. Athanas. in vita Antonii.*)

Dejóle esta vision verdadera humildad, confusion y arrepentimiento de sus pecados, que aun con ver que Dios le mostraba amor, no sabia á dónde meterse; quedó tambien tan impresa aquella Magestad y hermosura en su alma, que nunca la pudo olvidar, sino era cuando el Señor queria que padeciese una sequedad y soledad muy grande, de que adelante diremos.

Entre otros efectos que esta vision de Cristo dejó en su alma, fué uno muy grande que ella cuenta por estas palabras: (*Vida cap. 37.*) «De ver á Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy dia, porque para esto basta sola una vez, quanto mas tantas como el Señor me hace esta merced; quedé con un provecho grandísimo y fué este; tenia una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era esta; que como comenzaba á entender que una persona me tenia voluntad, y si me caia en gracia me aficionaba

tanto, que me ataba en gran manera la memoria á pensar en él, aunque no era con intencion de ofender á Dios, mas holgábame de verle y pensar en él, y en las cosas buenas que le veía; era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida.

Después que ví la gran hermosura del Señor, no vía á nadie que en su comparacion me pareciera bien, ni me ocupase; que con poner los ojos de la consideracion en la imágen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparacion de las escelencias y gracias que en este Señor vía; ni hay saber ni manera de regalo que yo estime en nada, en comparacion del que es oír una sola palabra dicha de aquella divina boca, cuanto mas tantas; y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte que con un poquito de tornarme á acordar de este Señor no quede libre.» Y mas abajo dice: «Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndolo, como con quien tenia conversacion tan continua; vía, que aunque era Dios, que era hombre; que no se espanta de las flaquezas de los hombres; que entiende nuestra miserable compostura, sujeta á muchas caídas por el primer pecado que él había venido á reparar; puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas, ha de haber horas de hablar, y señaladas personas que les hablen, etc.» Dejó tambien esta vision su alma otra, siempre embebida en Dios, y parecíale que de nuevo se le comunicaba en muy alto grado un vivo y muy encendido amor suyo.

No fué una vez sola la que el Señor le hizo esta merced, sinó muchas, aunque no siempre con la misma claridad, magestad y resplandor, como la Santa declara en su vida. (*Vida cap. 28.*) «Unas veces (dice) era tan en confuso, que me parecía imágen, no como los dibujos de acá, que por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos, es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no mas ni menos que la tiene una persona viva á su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan natural, que en fin se vé que es cosa muerta; mas dejemos esto, que aquí viene y

muy al pié de la letra; no digo bien que es comparacion que nunca son tan cabales, sino verdad que hay la diferencia que de lo vivo á lo pintado, no mas ni menos; porque si es imágen, es imágen viva; no hombre muerto, sino Cristo vivo, y dá á entender que es hombre y Dios, no como estaba en el Sepulcro, sino como salió de él despues de resucitado, y viene á veces con tan gran magestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es él mesmo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la Fé; representase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, se vé consumir en Cristo.»

Tras estas mercedes y regalos, como tras de las demás, se siguieron las mismas perplejidades y trabajos; porque el Confesor al principio pensó que era demonio, y así temió álgun mal suceso; otro con quien se confesaba la Santa en su ausencia, temió mas, y se resolvió en ser demonio ó imaginacion suya, y á ella tambien se le pegaban estos temores, porque aquella seguridad y prendas que de ordinario Dios la daba, era servido de quitárselas algunas veces, para que mas padeciese y se humillase su sierva.

Mas dióse el Señor tanta prisa á hacerle estas mercedes y favores y á declarar esta verdad, que presto se le quitó la duda de si era antojo. (*Vida cap. 28.*) (Porque como ella cuenta.) «Si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque escede á todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor; no es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso que dá deleite grandísimo á la vista y no la cansa, ni la claridad que se vé para ver esta hermosura tan divina, es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada por la claridad del Sol que vemos, en comparacion de aquella claridad y luz que se representa á la vista, que no se querrian abrir los ojos; es como ver una agua muy clara que corre sobre-cristal y reverbera en ella el Sol, á una muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra; no porque se representa Sol, ni la luz es como la del Sol, parece en fin luz natural, y esta otra cosa artificial; es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nada; en fin, es de suerte, que por gran entendimiento que una persona tuviese, en todos los dias de su vida podria

imaginar cómo es; y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos si fuera menester abrirlos, mas no hace mas estar abiertos que cerrados cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se vé; no hay divertimento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello.

Estas y otras razones decia á sus Confesores la Santa, para darles á entender no éra imaginacion suya; como eran que la hermosura y blancura de su mano era sobre toda nuestra imaginacion; el suceder estas visiones sin acordarse de ellas ni haberlas jamás pensado, y ver en un punto representarse cosas que en gran tiempo no pudieran concertarse en la imaginacion, y así le parecia imposible que en ella lo fuese, dejado que no haria las grandes operaciones que en ella causaba; y decia que habia la diferencia cuando es de nuestra imaginacion á cuando es de Dios, que vá de un hombre que es arrebatado en un instante de un profundo sueño, á otro que quisiese hacerse que dormia y estuviese despierto, por no le haber venido el sueño, que él, como lo desea, si tiene necesidad y flaqueza en la cabeza, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y á las veces parece algo; mas si no es sueño de veras, no le sustenta, ni dá fuerza á la cabeza, antes acontece quedar mas desvanecida; así es, en parte acá, que cuando es la vision formada por la imaginacion, queda el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y disgustada; mas cuando es de Dios, no se puede encarecer la riqueza que queda en el alma, y aun el cuerpo queda con mas salud y confortado. Demás de estas razones, traia tambien la Santa otras comparaciones; pero tambien le aprovechaba poco para que sus Confesores le diesen crédito; pero ella, como ya estaba tan asegurada de Dios y tan enriquecida con sus dones, no bastara todo el mundo á hacerle entender que no era Dios; y así lo decia, certificaba y daba razones claras, que si los Confesores no se cegaran, permitiéndolo así el Señor, fácilmente se pudieran persuadir, porque además de las dichas (como ella cuenta en su libro) (*Vida cap. 7.*), les dijo un dia lo siguiente: «Si los que me dicen esto me dijeran que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho que no era ella, sino que se me antojaba que ellos lo sabian, que sin duda yo lo creyera mas que lo que habia visto: mas si esta

persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenia ninguna, y me via rica siendo pobre, que no podria creerlo aunque yo quisiese; y que estas joyas las podria yo mostrar, porque todos los que me conocian via[n] claro estar otra mi alma, y ansí lo decia mi Confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad lo podrian todos ver; porque como antes era tan ruin, decia yo, que no podia creer que si el demonio hacia esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios y poner virtudes y fortaleza, porque via claro quedar con estas cosas en una vez otra.»

Estas razones decia tambien su Confesor en defensa de la bienaventurada vírgen, que ya parece la iba creyendo, y él solo volvía por ella, y aunque él era muy discreto, letrado y santo, era tan humilde, que no se fiaba de sí; esto tambien redundaba en mayor daño y trabajo de la Santa, y él tambien los padeció grandes, y tuvo necesidad de aprovecharse de la virtud que tenia para sufrir los dichos y murmuaciones de otros; porque unos le decian que se guardase de ella, no le engañase á él tambien el demonio creyendo algo de lo que decia. Traíanle ejemplos de otras personas que habian padecido ellas grandes ilusiones, y daños los que las confesaban. Era tambien atormentada la Santa por otro camino, porque algunos siervos de Dios que la trataban y no se aseguraban del camino que llevaba, como ella hablaba con descuido algunas cosas, que ellos tomaban en diferente sentido que ella las decia, y ellos le preguntaban otras, y ella respondia con llaneza y simplicidad, ya les parecia que los queria enseñar, que se tenia por sábia, y que era poca humildad, y así, no teniendo esto por buena señal, lo condenaban todo; y lo que mas sentia la Santa, era contradicciones de personas que claramente veia eran siervos de Dios.

Por este camino padeció tanto, que á no favorecerla mucho el Señor, fueran bastantes estas cosas (como ella dice) para quitarle el juicio. (*Vida cap. 28.*) «Algunas veces (dice) me via en términos que no sabia qué hacer, sino alzar los ojos al Señor: porque contradiccion de buenos á una mujercilla ruin y flaca como yo, y temerosa, no parece nada ansí dicho,

y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es este de los mayores. Plegue al Señor que yo haya servido á Su Majestad algo en esto, que de que le servian los que me condenaban y argüian, bien cierta estoy.»

Antes que la Santa comenzase á padecer tan récios encuentros, para que estuviese mas prevenida para ellos, se los dió el Señor á entender por una vision maravillosa que tuvo luego que Cristo se le comenzó á mostrar y descubrir á la clara, la cual me pareció poner aquí como la Santa lo refiere en su vida; (*Vida cap. 39.*) «Vime, estando en oracion en un gran campo á solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras que me tenian rodeada, todas me parece tenian armas en las manos para ofenderme; unas lanzas, otras espadas, otras dagas, otras estoques muy largos. En fin, yo no podia salir por ninguna parte sin que me pusiese á peligro de muerte, y sola sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta afliccion, que no sabia qué me hacer, alcé los ojos al Cielo, y ví á Cristo (no en el Cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendia la mano hácia mí, y desde allí me favorecia de manera que ya no temia toda la otra gente, ni ellos, aunque querian, me podian hacer daño.

Parece sin fruto esta vision, y háme hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y poco despues me ví casi en aquella beteria, y conocí ser aquella vision un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma; dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro que cuando no se cata se vé enredada, á lo menos procuran todas estas cosas enredar mas amigos, parientes, á lo que mas me espanta, personas muy buenas. De todo me ví despues tan apretada, pensando ellos que hacian bien, que yo no sabia cómo me defender, ni qué hacer. ¡Oh! válame Dios, si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve, aun despues de lo que atrás queda dicho, cómo seria harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecucion, me parece, de las que he pasado. Digo que me ví á veces de todas partes tan apretada, que solo hallaba remedio en alzar los ojos al Cielo y llamar á Dios. Acordábame bien de lo que habia visto en esta vision. Hízome harto provecho para no confiar mucho de na-

die, porque no le hay que sea estable sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes, me enviaba el Señor (como me lo mostró) una persona de su parte que me diese la mano, como me lo habia mostrado en esta vision.»

Estos trabajos duraron casi en este punto tres años, en que nuestro Señor la visitaba de ordinario con estas visiones y presencia suya. Quiso el demonio con su astucia y maña contrahacer estas visiones, y así se le presentó tres ó cuatro veces, tomando la misma Imágen y forma de Cristo; y aunque tomaba la forma de carne, mas no podía llegar aquel resplandor y gloria de sí que daba el mismo Dios, y como el alma de la Santa estaba acostumbrada á aquella luz y Majestad que en Cristo veia, echó fácilmente de ver la que el demonio contrahacia. Que si como la persona de buen gusto acostumbrada á un manjar de mucha dulzura y sustento, si le quisiesen poner otro en la boca que le pareciese en lo exterior, pero muy diferente el gusto por ser muy desabrido y malo, fácilmente lo conoceria y lanzaria luego de sí; así le acaecia á la Santa, que al punto conoció la diferencia del espíritu malo, y luego su alma lo echaba y lanzaba de sí, porque sentia grande alboroto, desabrimiento y disgusto, y una inquietud, que esta sola bastara por testigo de que no era Dios.

CAPITULO XIV.

Por obedecer á sus confesores la bienaventurada virgen Teresa de Jesus, resistia con extraordinario modo á estas mercedes de Dios, y cómo el Señor le hizo otras de nuevo, y en particular le apareció un Serafin que con un dardo le sacaba el corazon.

Dos años y medio continuó el Señor en mostrársele muy de ordinario por medio de estas visiones é imágenes, y casi siempre se le representaba resucitado, y de la misma manera le veia de ordinario en la Hostia, y algunas veces que estaba la Santa virgen en alguna tribulacion ó trabajo para consolarla, le mostraba el Señor sus llagas; otras se le representaba llevando la cruz á cuestas, ó en el huerto, y algunas veces (aunque pocas) coronado de espinas, mas siempre la carne

glorificada. Quedaba tan impresa en su memoria esta divina Imágen, que hizo que Juan de la Peña, Racionero de Salamanca, que era diestro en el pintar y amigo suyo, le pintase un Cristo conforme á la figura que la Santa habia visto, y estaba ella delante, y le decia lo que habia de hacer, y salió la Imágen tal, que aunque la industria de todos los pintores no basta igualar ni con gran parte la hermosura de lo que en semejantes visiones se ve, nunca creo yo hizo él cosa que á esta se llegase.

Pues cuanto iba creciendo con estas mercedes en el amor, y eran mayores las riquezas y tesoros que el Rey celestial depositaba en su alma, tanto crecian mas las dudas y contradicciones de los que la confesaban. Tan cierto creian ya era demonio, que algunas personas la querian conjurar, y la Santa no se atrevia á contradecirles, porque veia era peor, y antes se confirmaban mas en su opinion, pareciéndoles era poca humildad que ella quisiese entender lo contrario de lo que ellos decian; pues como faltase el confesor ordinario de la Compañía de Jesus, y fuese en su lugar otro, y le diese cuenta de lo que pasaba en su alma, comenzó el confesor á decir que claro era demonio, y así le mandó (ya que no habia remedio de resistir), que siempre que viese alguna vision se santiguase y le diese ligas, y que tuviese por cierto era demonio, y que por estos medios Dios la guardaria. Terrible fué esta obediencia para la Santa, porque las visiones eran tales, que ellas mismas aseguraban y daban testimonio de sí, además de los muchos que ya tenia del mismo Dios, que tantas veces le habia asegurado y dicho que era él quien así la favorecia y regalaba, y ya parece que de esto ella no podia dudar, como arriba habemos dicho.

Este mandato la puso en gran perplejidad y en el mayor aprieto que en su vida tuvo; porque por una parte veia en su confesor á Dios, y parecíale que era el mismo Dios el que se lo mandaba, y que cuanto mas repugnantes son á nuestro sentido las cosas de obediencia, tanto era de mayor merecimiento y fruto; por otra decia que si el confesor representaba á Dios, y por eso le habia de obedecer y reverenciar, ¿cuánto mas debia esto al mismo Dios que ella veia y sentia claramente que la hablaba? Y si en esto tuviera duda, no fuera mucho rendir su juicio, y cegar sus ojos á lo que el confesor le mandaba; pero

que sabiendo ella con tanta certeza que era Jesucristo el que la visitaba y trataba, tenia por una obediencia intolerable haberse de santiguar cuando le viese como si fuera el demonio, y (lo que aun pensarlo le hacia horror) darle higas como á tal. Estas razones apretaban de una y otra parte su alma, y la traian affigidísima y con gran perplegidad, y al fin se resolvió en seguir lo mas cierto, que era el camino de la obediencia del confesor, cautivando su juicio todo quanto ella pudo; se determinó de huir de Dios por Dios, y hacer lo que el confesor le mandaba, no haciendo caso de su propio juicio y sentimiento mas que sino fuese.

Mostró en esto la bienaventurada Madre Teresa cuán asentada tenia en su alma esta virtud altísima de la obediencia, y como estaba cautiva de ella no solo en la voluntad, sino tambien en el entendimiento, que suele ser obediencia de pocos. Mostró tambien cuánto mas caso se debe hacer de los medios ordinarios que Dios tiene puestos en su Iglesia para salud de las almas, que de los estraordinarios aunque sean suyos; porque siguiendo aquellos sigue una á Dios, y por camino mas cierto y seguro, sin peligro de errar ó caer; pero estos otros, por seguros que parezcan, están llenos de mil peligros y engaños. Con esta determinacion que la Santa habia tomado vivia con tanta pena, y así pedia al Señor la librase de ser engañada, y esto siempre lo hacia, y con hartas lágrimas; y lo mismo pedia á los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo, en los cuales tenia mucha confianza la habian de ayudar, porque la primera vez que el Señor le apareció fué en su dia, y entonces le dije que ellos la guardarian que no fuese engañada, y así muchas veces veia á estos Santos Apóstoles muy claramente al lado izquierdo de Cristo nuestro Redentor.

Con esta confianza obedecia al Confesor, y le creia contra todo lo que á ella le parecia; y cuando Cristo se le aparecia, santiguábase y dábale higas, y por no andarse santiguando tantas veces, tomó por costumbre traer una cruz en la mano. Las higas, aunque las daba, pero no tan de ordinario, porque le era penosísimo acordarse de las injurias que Cristo habia recibido en su pasion. Suplicábale con grande humildad y lágrimas la perdonase, pues lo hacia por obedecer al que estaba en su lugar y que no la culpase, pues eran los ministros que le tenia puestos en su Iglesia, á los que ella obedecia. El Se-

ñor le respondió que hacia bien en obedecerlos, que él haria que se entendiese la verdad, como despues la entendieron bien sus confesores, y se desengañaron, viendo claras muestras y señales de que era Dios, y con otros testimonios (como adelante diremos). Aprobó Cristo en esto su obediencia, aunque esteriormente era con señales de menosprecio suyo; y pudiendo Su Magestad dar luz á los confesores para que conociesen que era él el que tan amorosamente se aparecia y regalaba á su sierva, permitió que en esto se engañasen, para que se entendiese que ellos eran hombres, y ella mas que mujer, pues probada con tan rigurosos mandatos obedecia como un Angel de Dios. No paró aquí su trabajo, que como los confesores habian aferado en que era demonio, no se contentaron con las pruebas que habian hecho, sino que trataron tambien de quitarle la oracion. Y de esto escribe la Santa que se habia enojado Cristo, y le dijo que les dijese que aquello era tiranía.

Pues como pasasen adelante estas visiones y mercedes del Señor, estando una vez la Santa en presencia de Cristo, teniendo ella una cruz en la mano como tenia de costumbre (que era la que traia en el rosario), tomósela el Señor con la suya, y volviósela á dar, pero muy mejorada de como se la habia tomado, porque era de cuatro piedras grandes, sin comparacion muy mas preciosas y ricas que diamantes, y estaban en ellas las cinco llagas esculpidas, de muy linda y graciosa hechura. Díjole el Señor que así veria de allí adelante aquella cruz, y así fué que desde entonces no veia la madera de que estaba compuesta, sino estas piedras. Mas esta joya y secreto de ella solo estaba reservado para los ojos de la Santa, estando para los demás la cruz de la misma manera que antes, y no es nuevo á Dios dar estas joyas y arras á las que escoge para esposas suyas, que así lo hizo con la bienaventurada Santa Catalina de Sena (como cuenta San Antonino y su confesor Raymundo en su vida) (3. p. *Histor. tit. 23. cap. 19. §. 10.*), á la cual el Señor puso un anillo de oro y perlas en su dedo, y ella sola lo veia, y no los demás. Y antes habia hecho la misma merced á Santa Cecilia, á la cual (como refiere Metaphraste en su vida) la trajo el Angel dos guirnaldas del Paraíso muy hermosas de que gozaba, y las veia ella solamente y su esposo Valeriano, estando escondidas para otros; vino despues esta cruz á poder de una hermana de la Santa Madre,

llamada doña Juana de Ahumada que vivia en Alba, y se hicieron por su medio algunos milagros, como adelante diremos.

Con estas pruebas era mayor cada dia el crecimiento de las mercedes, porque eran tantas las lástimas que la Santa decia al Señor, viéndose obligada á tan grandes extremos, que eso mismo le hacia crecer en su amor. Al fin subió la luz á su lugar, desbizo la niebla, y declaróse la verdad; porque desde á poco tiempo comenzó Su Magestad (como tenia prometido) á dar muestras mas claras que era él, encendiendo en su corazon un fuego tan grande de amor de Dios, que se abrasaba y moria por él. No parecia sino que de lo mas interior del alma donde tiene Dios su morada, habia saltado alguna centella á manera de rayo, y que habia dado en toda ella, y la queria abrasar y consumir; veíase que se le arrancaba el alma con deseo de ver á Dios, é ignoraba dónde habia de buscar esta vida sino era en la muerte. Dábanle unos grandes ímpetus de este amor que no sabia qué hacerse, porque nada le satisfacía ni cabia en sí, sino que verdaderamente le parecia se quería el alma apartar del cuerpo, y no parece sino que el Señor por una parte se escondia de ella, y por otra la apretaba con su amor, con una pena tan sabrosa que nunca su alma quisiera entonces salir de ella.

Estaba como una cierva herida, porque le habia hincado una saeta en lo mas vivo de las entrañas y corazon, y la saeta parece traia yerba para aborrecerse á sí por amor de este Señor, y con el golpe y la llaga se abrasaba sin saber qué hacer de sí; juntábanse en su alma por un artificio muy delicado dos extremos, que eran una grandísima pena y gloria juntamente que la traian desatinada; la pena era verse ausente de quien la habia herido, y dulcemente repetia muchas veces aquel verso: (*Psal. 41.*) *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus, et-cetera.*

Hacia algunas grandes penitencias por ver si por aquí tendria algun remedio; pero no las sentia ni le daba mas pena el derramar sangre, que si el cuerpo estuviera muerto. Buscaba mil modos y maneras para hacer algo que sintiese por amor del Señor; mas era tan grande el dolor que la llagaba con la ausencia de su Dios, que no le daba lugar para que ningun

tormento corporal hiciese impresion en ella; porque todas eran bajas medicinas para tan subido mal. Solo la hallaba en pedir á Dios diese remedio para enfermedad tan récia y fuerte, y ninguno veia sino el morir, que con esto pensaba gozar sin tasa del bien que tanto deseaba. La gloria le era en estos ímpetus igual á la pena de vérsese el alma herida de tan dulce llaga, y abrasarse en un fuego tan suave y amoroso, que no hay deleite en la vida que se le iguale; así andaba entre estos contrarios, porque ni podia desear que aquella llaga se le sanase (por ser de amor), ni trocara aquella pena y tormento por todos los deleites del mundo.

Creciendo estos ímpetus y fuego de amor de Dios en la Santa, mostróle algunas veces esta vision tan regalada y milagrosa. Veia un Angel cabe sí hácia el lado izquierdo, en forma corporal, de estatura pequeña, de muy hermoso rostro y tan encendido, que le parecia debia de ser de aquellos altos Serafines que todos se abrasan en Dios. Traia en las manos un dardo de oro largo, y al fin de él en la punta tenia un poco de fuego. Metíala el Angel el dardo por el corazon, y traspasábala hasta las entrañas, y al salir de él, le parecia las llevaba tras sí, y que la dejaba toda abrasada en un grande amor de Dios. El dolor era tan grande, que sin poderlo resistir le hacia dar unos gemidos no grandes (porque aun para esto no habia fuerza), aunque lo eran harto en el sentimiento; y aunque por otra parte la suavidad que de este grandísimo dolor nacia en el alma era muy escesiva, no daba lugar para que se quitase el dolor, ni se contentase con menos que Dios. Los dias que le duró esta vision (que fueron algunos, porque no fué solo una vez la que el Angel la heria y sacaba el corazon) andaba como enagenada y fuera de sí, no quisiera ver ni hablar, solo gustaba de abrasarse con aquella sabrosa pena, que para ella era la mayor gloria de cuantas hay en lo criado.

Solia tambien en estos tiempos el Señor despertar su alma con otros muy encendidos afectos de amor, porque á deshora algunas veces estando rezando vocalmente, y con descuido de cosas interiores, parece venia sobre su alma una inflamacion tan deleitosa, como si de presto viniese á los sentidos un olor suavísimo, y se comunicase por todos ellos; no porque fuese olor, sino porque le llamamos así, para que se entienda y es-

plique algo de aquella suavidad y confortacion tan grande que se siente; quiere dar entonces Dios á entender que está allí presente, y así mueve en el alma un deseo sabroso de gozar de él, y con esto la despierta para hacer grandes actos y ocuparse en alabanzas suyas. Cuando el Señor le comunicaba á la Santa estas mercedes que ahora he dicho (que era tambien muy de ordinario), no habia cosa que le diese pena, todo era quietud y regalos, porque no eran los deseos de gozar de Dios penosos como en los ímpetús que quedan dichos.

CAPITULO XV.

Cómo la Santa vírgen tenia tan grandes arrobamientos, que muchas veces era levantado su cuerpo en el aire.

Con estos ímpetus tan encendidos de Dios, y con las inflamaciones tan suaves que en su alma sentia, y con otras mercedes semejantes á estas, Su Magestad la iba habilitando mas para hacerla mas digna de juntarla consigo; porque los deseos tan vivos de Dios con que su alma ardia en amor suyo, deseando salir de sí, y trasformarse toda en Jesucristo, á quien amaba tiernamente, fueron presto cumplidos, que como aquella centella y herida grande de amor que arriba dijimos, creciese, y con el deseo grande que tenia de ser abrasada toda en su Esposo, y como otra ave Fénix quedar renovada en aquel fuego, movido Dios de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo, estando así limpia y purificada, determinó de juntarla consigo y mostrarle cosas del Reino que la tenian aparejado; y porque este bien y gozo tan grande fuese sin estorbo de nadie, ni de potencias ni de sentidos, quiso se cerrasen estas puertas, y le comenzó á dar unos grandes arrobamientos con que arrebatava para sí el alma y la sacaba de sus sentidos, y quedaba tan anegada en Dios, que parecia no animaba el alma al cuerpo; porque le faltaba el color natural, enfriábansele las manos, y se le iba acortando el huelgo, sin poder hablar ni abrir los ojos, como si el alma se apartara del cuerpo.

A los justos promete Dios por el Profeta Isaiás (*Isai.* 33.)

que los levantará sobre las alturas de los montes, y desde allí contemplarán al Rey en su hermosura, y verán la tierra de lejos. Significando como á las almas perfectas cuando Dios quiere que vean algunos secretos y maravillas suyas, para que mejor y mas atentamente las conozcan, las levanta sobre los sentidos (los cuales no sirven sino de impedir), y las enagena del modo ordinario y natural de entender, y poniéndolas cerca de sí, hace que fijen los ojos en él y en las demás grandezas y riquezas suyas, de donde les nace que como gente que mira de cerca los bienes eternos, les parece lo que son, y los de la tierra muy pequeños (porque además de serlo ellos en sí) los miran desde tan lejos.

Para levantar Dios á las almas á lugar tan alto, sacándolas y enagenándolas de sí, unas veces lo hace hiriéndolas con un rayo de fuego de su amor; otras con la claridad de su luz, y otras infundiendo en el alma tan grande suavidad y dulzura, que haciéndole perder los estribos de los sentidos, se pierde ella tambien para hallarse mas ganada en Dios; porque esta es la condicion y naturaleza que Dios puso en nuestra alma, y el órden en sus potencias, que cuando una se abraza fuertemente con su objeto, lleva tras de sí á las demás, suspendiéndolas y arrebatándolas de sus operaciones; y por esto le llaman los doctores Sagrados raptó ó arrobamiento, el cual, si es de Dios, nace (como gravemente enseña el venerable Ricardo) (*Lib. 5. de contemplatione. cap. 5.*) de estas tres causas que habemos dicho, que son grande fuego de amor en la voluntad, ó esceseivo deleite en ella, ó de algun rayo de luz en el entendimiento, con el cual le arrebatá Dios y saca de esta region de tinieblas, y le pone en la de luz y verdad, como muchas veces leemos en la Escritura Sagrada que lo hacia con los Profetas.

De estos tres principios nacia en la Santa vírgen muy ordinarios raptos, porque la fuerza del amor y los ímpetus de él eran grandes y violentos á veces, que si no tuvieran por deho algun arrobamiento, muchas veces detuvieran la vida; porque la apretaban de suerte, que si no proveyera el Señor entonces de sacarla con algun arrobamiento fuera de aquel sentimiento, ellos mismos la sacaran del cuerpo y la dieran la muerte, como al fin lo hicieron, pues, como escribiremos abajo, murió apretada de un grande ímpetu de amor de Dios.

La luz que el Señor á veces le comunicaba era tan sobrenatural y divina, y las cosas que por ella le mostraba tan altas, que para que acertase á verlas (como Moysen la Zarza), era necesario primero que se descalzase de estos sentidos. El deleite que á tiempos el Señor infundia en su alma, era tan inefable, que con escribir de él muchas veces la Santa, y tener tan grande dón para declarar cosas místicas y sobrenaturales, apenas acaba de decir lo que es; y no es mucho que no lo diga, porque de tal manera bañaba este deleite toda su alma, y la embriagaba y anegaba con una suavidad grandísima, que, como ello es, no se puede declarar con palabra alguna. En fin, son deleites tales y de tanto precio, que con razon se puede pensar que en ellos comunica Dios á sus Esposas las virtudes de su sangre, y á veces echa leche, esto es, por una manera muy sabrosa y dulce, á veces convertida en suavísimo vino y licor del Cielo.

Pues á veces con esta celestial embriaguez, otras tocada con los rayos y resplandores de luz, otras con ímpetu de amor adormeciéndose los sentidos exteriores, era la Santa vírgen sacada de sí y arrebatada en espíritu con tanta fuerza, que muchas veces era tan grande la violencia del espíritu divino, que levantaba todo el cuerpo de la tierra y quedaba suspensa en el aire, así como lo hace el hierro llevado de la piedra iman, ó una pajita pequeña (que es la comparacion de que ella usa en sus libros) del ámbar; y con esta facilidad, cebada el alma de aquel fuego divino, era levantada sobre sí misma, y llevando su cuerpo tras de sí, le hacia que ya que no dejase de ser cuerpo, á lo menos pareciese que estaba ya glorificado. De donde, así como el agua que está sobre el fuego, cuando está muy caliente, olvidada de su propia naturaleza (que es torpe y pesada, y toda inclinada para abajo) dá saltos hácia arriba, imitando la ligereza y naturaleza del fuego de que está tomada, así estaba su alma tan vestida de Dios y tan tomada de este fuego divino, que como si su espíritu fuera una llama, subia á lo alto y pegaba al cuerpo esta ligereza y agilidad.

Este arrobamiento con tanto ímpetu, le sucedió algunas veces á la Santa Madre, como escribe en su vida por estas palabras: (*Vida cap. 20.*) «Coge el Señor al alma (digamos ahora á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra)

y levántala toda de ella, y sube la nube al Cielo, y llévala consigo, y comiézale á mostrar cosas del Reino que le tiene aparejado. No sé si la comparacion cuadra, mas en hecho de verdad es así.» Y mas abajo dice: «Viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube ó esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas, y os llevan, aunque os pese, y en tanto extremo, que muy muchas veces querria yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas veces podia algo con gran quebrantamiento como quien pelea con un jayan fuerte, quedaba despues cansada; otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi de ordinario la cabeza tras de ella sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo hasta levantarle; esto ha sido pocas, porque como una vez fuese á donde estábamos juntas en el Coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame muy grandísima pena, porque me parecia cosa muy extraordinaria y que habia de haber luego mucha nota, y así mandé á las Monjas (porque es ahora despues que tengo oficio de Priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mesmo, y una estando personas principales de Señoras (que era la fiesta de la Vocacion) en un Sermon, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme mas mercedes que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podia Su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca mas hasta ahora la he tenido; verdad es que há poco. Es así, que me parecia cuando queria resistir, que debajo los piés me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho mas ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin, aprovechaba poco cuando el Señor queria, que no hay poder contra su poder.»

Tambien escribe, que viendo ya que no podia resistir, no hacia mas que lo que hace una paja cuando la levanta el ámbur hácia arriba, dejándose en las manos de quien es tan poderoso, haciendo de la necesidad virtud; y así le sucedió una

vez, que estando en su Monasterio de San Joseph de Avila, siendo Priora, y queriéndola comulgar el Obispo D. Alvaro de Mendoza, fué tan grande la fuerza del arrobamiento, que sin poderlo resistir se levantó mas alta que la ventana por donde le daba la comunión: á lo cual estaba presente la Madre María Bautista, Priora que fué de Valladolid, y muy amada y estimada de la Santa Madre, por ser una mujer de gran discrecion y virtud. Sentia esto grandemente la Santa (como ella dice en las palabras que ahora referimos): y no se cansaba de pedir á nuestro Señor, que no le hiciese semejantes mercedes en público, y así contaba el Padre Maestro Bañez, que como una vez, acabando de comulgar, y estando en una gran publicidad se fuese á levantar el cuerpo de la tierra, ella se asió fuertemente á una reja de la Iglesia, y muy afligida decia á Dios: «Señor, por una cosa que tan poco importa, como es dejar yo de recibir esta merced, no permitais que una mujer tan ruin como yo sea tenida por buena.» Otras veces se asía á las esteras del Coro, y las levantaba hácia arriba, y así tenia prevenidas á sus compañeras, que cuando sintiesen algo de esto en público, la tirasen fuertemente de la ropa para no ser sentida. Duróle esto algunos años; pero al fin fué el Señor servido de oír su oracion, porque desde aquella vez que se asió á la reja nunca mas sintió estos tan fuertes y poderosos arrobamientos.

De los comunes y ordinarios arrobamientos, tuvo muchos, tanto, que la Madre María Bautista dice que fueron tantas veces las que la vió arrebatada, que no se atreveria á contarlas; porque cada vez que comulgaba, cada vez que oia Misa ó Sermon, cada vez que entraba en oracion, y muchas con solo oír así descuidadamente una palabra de Dios, se levantaba luego el espíritu y enagenaba de los sentidos; cuando el espíritu le daba lugar, y ella sentia antes esta avenida, se recogia á su celda y cerraba por de dentro para no ser sentida. Pero muchas veces era prevenida con esta fuerza divina, y sin poderse menear mas que si fuera una estátua, juntamente con los sentidos le ligaba los piés y las manos, y sin poderlo evitar, se quedaba unas veces con la lamparica en la mano, otras con la sarten, otras con la pluma escribiendo, y muchas con el huso hilando, dejándola fija é inmóvil en aquella disposicion y ejercicio en que la hallaba. Seria contar las estrellas decir los

arrobamientos que la Santa tuvo, y las veces que en la informacion de su Canonizacion confiesan muchas personas que la vieron arrobada. Procuraba tambien resistir á este género de arrobamientos cuanto le era posible, y á veces era tanta la fuerza, que quedaba toda molida y deshecha. Estaba de ordinario tan elevada y absorta en Dios, y tan fuera de sí, que le era grandísimo tormento haber de tratar y escribir de negocios, y así dijo una vez á una persona á quien ella amaba mucho: «Si el Señor me tiene de esta manera, mala cuenta daré de los negocios que me tiene encomendados; porque es tan grande la fuerza que me hago para escribir y tener esto en el pensamiento, que parece que unos cordeles me están tirando y trabando para Dios.» En fin, de ordinario, ó casi siempre que entraba en oracion, se quedaba en arrobamiento, como ella escribió en una relacion que compuso de su vida, de su misma letra, diciendo: «Pocas veces son las que, estando en oracion, puedo tener discurso de entendimiento, porque luego comienza á recogerse el alma y á estar en quietud ó arrobamiento, de tal manera, que en ninguna cosa puede usar de los sentidos, tanto, que si no es oír (y esto no para entender) otra cosa no aprovecha.» Esto mismo dá á entender en su vida.

Pidió á nuestro Señor le quitase tambien estos arrobamientos; y así, quince años antes que muriese, le hizo Su Majestad merced de quitárselos cuanto á lo que tocaba á aquella flaqueza exterior de perder los sentidos (que verdaderamente lo es), nacida de nuestra poca capacidad. Y aunque en estos raptos sobrenaturales se pierden los sentidos del cuerpo, no se pierde muchas veces el perfecto juicio y libertad del alma, ni dejan de ser meritorios los actos de caridad que entonces se hacen, como lo afirman graves Doctores (*D. Thom. de veri quaest.*) Y así por esta parte trae esta suspension algo de flaqueza y necesidad, aunque por otra es gran beneficio (*3. art. 1. ad. 5. et. 2. 2. q. 175. art. 2. ad. 2. et 2.*), porque allí recibe el alma grandes prendas del Señor para servirle. (*Corin. 12. lect. 1. et alibi.*) Pues estos accidentes á mí me dijo la Santa Madre se le habian quitado (*D. Bonav. in lib. de stimulo amoris. 2. p. 2. 8. in tom. 2.*); aunque le habian quedado los mismos efectos que los raptos hacian, sin padecer este exceso y enagenacion de sí misma (*Medin. 1. 2. q. 28. art. 3.*) Y

yo hallo por mi cuenta, que así como la olla, antes que esté sazónada, puesta al fuego hierve con gran fúria, y no pudiendo contenerse dentro de sí, rebosa y sale á fuera el licor; pero cuando está perfectamente cocida, estando aun con mayor calor, está mas sosegada y quieta; así acaece en las almas que á los principios (ó por no estar perfectamente purgadas, ó por la novedad de las cosas, ó por nuestra poca capacidad) salen de sí con las mercedes y regalos de Dios; pero despues que ya están mas purificadas y limpias con la continuacion de las mercedes, pierden la admiracion y habilitan y ensanchan su capacidad, y así vienen á recibir los mismos dones que antes, y mucho mayores, sin mudanza ni alteracion alguna.

Pues como ya este Serafin tuviese á su vejez con el continuo fuego de amor de Dios tan penetrada el alma, y con las ordinarias y continuas visiones tan habituada á las cosas sobrenaturales y divinas, que aunque recibia mayores mercedes, no por eso perdía los sentidos, aunque algunas veces tambien queria el Señor los perdiese, porque en estas cosas sobrenaturales no hay reglas tan generales que aten las manos á Dios y le obliguen á que guarde siempre un mismo modo de obrar. A la Santa Madre se le quitaron de ordinario estos arrobamientos, y (como adelante diremos) la puso el Señor en una oracion altísima y subidísima, como se verá por lo que ella escribe en las séptimas moradas, que era el estado de oracion en que el Señor la habia puesto cuando la llevó de esta vida. Tras de él, cual no parece que queda otra cosa mas que ver á Dios cara á cara, como San Pablo le vió aun en esta vida.

CAPITULO XVI.

De los grandes efectos que causaban en el alma de la Santa Virgen estos arrobamientos, particularmente la grande libertad y ánimo para pelear contra los demonios.

La gloria que el alma gozaba en estos arrobamientos era á veces tan grande, que redundaba tambien en el cuerpo; porque cuando estaba arrobada tenia el rostro resplandeciente y encendido, y como otro Moisen de la comunicacion con Dios,

estaba con grande claridad y resplandor en el rostro; y con ser mujer de mas de sesenta años, no parecia entonces de treinta, como yo algunas veces lo ví por la esperiencia. Tambien le acaecia quedar el cuerpo (que de ordinario andaba atormentado de muchos dolores) sano y libre de ellos por algun tiempo, como si no los hubiera tenido; y parece que queria el Señor que pues ya el cuerpo obedecia al alma, alcanzase tambien parte de lo que ella gozaba, segun su baja y poca capacidad. Esto hacia en el cuerpo; pero en el alma, ¿quién podrá decir cuántos eran los bienes que estas mercedes dejaban? Quedaba la bienaventurada Virgen tan llena de deseos cuanto corta y flaca en las fuerzas, aunque tuviera juntas las de los hombres y las de los Angeles para satisfacerlos; no quisiera sino ser todo el Cielo y la tierra, para hacerse lenguas en alabanza de tan gran Señor, y dar la vida por él; y para padecer por Dios, nada se le ponía delante que á todo no se arrojase; solo el faltarle ocasiones, le daba pena. Quedaba en su alma un conocimiento tan vivo de la grandeza de Dios, que todas las cosas de la tierra le parecían basura, y de ahí adelante le daban pena, y cuanto antes le parecia bien de ella, ya lo estimaba por nada.

De aquí le nacia un propio conocimiento y humildad tan profunda de ver cómo cosa tan baja en comparacion del Criador de tantas grandezas, le habia osado ofender. Y con este sentimiento, á veces no se atrevia á alzar los ojos á Dios; á veces se quisiera ir á los desiertos para no tener ocasion de descontentar al Señor en cosa alguna, haciendo una imperfeccion, por pequeña que fuese. Otras le parecia que se quisiera meter en medio del mundo, y dar voces (como la otra mujer del Evangelio (*Matth.* 13.) que habia hallado la piedra preciosa que deseaba) por ver si por aquí pudiera desengañar á alguno, y ganar alguna alma para Dios. Y no es maravilla que quedase con tan contrarios afectos, porque veía dentro de sí dos muy caudalosas fuentes, una de la grandeza y bondad de Dios, y otra de sus miserias; y de ambas nacia estos dos arroyos, cada uno de su principio. La grandeza de Dios y su gloria, la despertaba para ser pregonera de sus alabanzas, y las faltas y miserias que veía en sí, la sumian en el abismo de su nada. Pero como era mayor la bondad de Dios que su miseria, quedaba esta vencida, y de aquella le nacia un tan gran

deseo de ver á Dios, que vivia con grande tormento, aunque sabroso. Tenia grandes ansias de morir, por alcanzar lo que tanto deseaba; así con lágrimas muy de ordinario pedia á Dios la sacase de este destierro. Todo le cansaba cuanto veia, y descansaba tanto en esta pena, que no se hallaba sin ella, y á veces, por no ser homicida de sí misma, divertia estos deseos tan grandes que tenia de Dios (como hacia San Martin) conformándose con su voluntad.

Fatigaba mucho á la Santa vírgen el haber de tener cuenta con el cuerpo, y el vivir en este mundo, lo cual ella escribe bien por estas palabras (*Vida cap. 21.*): «¡Oh, qué es un alma que se vé aquí haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vése encadenada y presa, entonces siente mas verdaderamente el captiverio que traemos con los cuerpos y la miseria de la vida. Conoce la razon que tenia San Pablo de suplicar á Dios que le librase della; dá voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he dicho; mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra agena; y lo que mas la fatiga, es no hallar muchos que se quejen con ella y pidan esto, sino lo mas ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidos á nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosas de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin él, templaría el miedo de la muerte con el deseo de gozar de la vida verdadera! Considero algunas veces cuando una como yo, por haberme dado el Señor esta luz con tan tibia caridad, y tan incierto el descanso verdadero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los Santos? ¿Qué debia de pasar San Pablo, y la Magdalena, y otros semejantes en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debia ser un continuo martirio.»

Y no era mucho gustase tan poco de las cosas de la tierra quien estaba en ella como peregrina, y verdaderamente lo estaba ya nuestra Santa, porque su morada era en el Cielo, y su trato y conversacion con los que allí vivian, como tambien ella cuenta (*Vida cap. 38.*). «Acaéceme (dice) algunas ve-

ees ser los que me acompañan, y con los que me consuelo los que sé que allá viven, y paréceme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven, tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo; lo que ya he visto con los ojos del alma, es lo que ella desea, y como se vé lejos, este es el morir.» Otras veces volvía de los raptos con muchas lágrimas y suspiros dulces, testigos fieles del fuego que en su alma ardia, y decia palabras muy sentidas y regaladas. Otras se consolaba con hacer algunas exclamaciones con que desfogaba por los ojos y boca parte del fuego que abrasaba su espíritu. De estas exclamaciones están algunas escritas al fin de su vida, las cuales no parece sino que están centellando fuego de amor y gloria de Dios.

Así de estos arrobamientos, como de otras mercedes que el Señor le hacia, se halló en su alma una gran fortaleza contra los demonios, y un desprecio notable de ellos, como ella escribe en su vida (*Vida cap. 25.*), y por ser la doctrina tan admirable y provechosa, me pareció ponerla aquí. «Pues si este Señor (dice) es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es Fé, siendo yo sierva deste Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer á mí? ¿Por qué no he yo de tener fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecia verdaderamente darme Dios ánimo (que yo me ví otra en breve tiempo) que no temeria tomarme con ellos á brazos, que me parecia fácilmente con aquella cruz los venceria á todos; y así dije: Ahora venir todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podeis hacer. Es sin duda que me parecia me habian miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solia tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los via, como diré despues, no les he habido mas miedo, antes me parecia ellos me le habian á mí. Quédome un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me dá mas de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer sino á quien ven que se les rinde, ó cuando lo permite Dios para mas bien de sus siervos

que los tienten y atormenten. Pluguiése á Su Magestad temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello ansí. Qué espantados nos traen estos demonios porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honras y haciendas y deleites que entonces juntos ellos con nosotros mismos que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él destas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira, no hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él vé escurecido el entendimiento, ayuda lindamente á que se quiebren los ojos; porque si á uno vé ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que parecen las deste mundo cosa de juego de niño, ya él vé que este es niño, pues trata como tal, y atrévase á luchar con él una y muchas veces. Plegue al Señor que no sea yo destes, sino que me favorezca Su Magestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán á mí. No entiendo estos miedos demonio, demonio, donde podemos decir Dios, Dios, y hacerle temblar. Si que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya mas miedo á los que tan grande le tienen al demonio que á él mesmo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son Confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado.»

CAPITULO XVII.

De unas grandes penas interiores que tuvo la Santa virgen despues de estos arrobamientos.

Creciendo estas mercedes, y recibéndolas tan de ordinario

de la mano misericordiosa de Dios, crecieron tambien sus trabajos, no digo los del cuerpo ni otros exteriores, porque ya estos eran los que menos sentia, sino unas penas tan delicadas y agudas, que con un modo extraordinario penetraban y abrasaban toda su alma, que aunque sean grandes las que en el capítulo pasado dijimos que habian nacido de los ímpetus tan fuertes que tenia de ver á Dios, y se habian quitado con los arrobamientos, á estos se les siguió otra mayor, que no parece sino que la mayor merced era víspera de la mayor pena y tormento, y porque es tan sutil y sobrenatural esta pena, que con dificultad sabrá decir algo de ella, si no es quien la hubiere pasado (que no hay quien mejor diga y sienta los males que es el que los sufre y padece), me pareció que la contase la misma Santa como llagada de ella: (*Vida cap. 20.*) «Despues (dice) dá una pena, que ni la podemos traer á nosotros, ni venida se puede quitar. Yo quisiera harto dar á entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar que estas cosas son agora muy á la postre despues de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y del tiempo en que solia tener Oracion, á donde el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. Agora, ya que eso no cesa algunas veces, las mas y lo mas ordinario, es esta pena que agora diré: Es mayor y menor; de cuando es mayor quiero ahora decir; porque aunque adelante de estos grandes ímpetus que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tienen mas que ver á mi parecer, que una cosa muy corporal á una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho; porque aquella pena parece aunque la siente el alma es en compañía del cuerpo; entrambos parece participan de ella, y no es con el extremo de desamparo que en esta; para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces á deshora viene un deseo que no sé cómo se mueve, y deste deseo que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto á fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que la acompañe parece hay en la tierra, ni ella la queria sino morir en aquella soledad; que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible á hablar aprovecha poco, que su espíritu, aunque ella mas haga, no se quita de aquella soledad; y con parecerme que está entonces legísimo Dios, á veces comunica sus gran-

dezas por un modo el mas estraño que se puede pensar, y ansí no se sabe decir, ni creo lo creará ni entenderá, sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicacion para consolar, sino para mostrar la razon que tiene de fatigarse de estar ausente del bien que en sí tiene todos los bienes.

Con esta comunicacion crece el deseo, y el extremo de soledad en que se vé con una pena tan delgada y penetrativa, que aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pié de la letra me parece se puede entonces decir, y por ventura lo dijo el Real Profeta David estando en la misma soledad, sino que como á Santo se la daría el Señor á sentir en mas excesiva manera: *Vigilavi, et factus sum sicut Passer solitarius in tecto* (*Psal.* 101.) Y ansí se me representa este verso entonces que me parece lo veo yo en mí, y consuélame ver que han sentido otras personas tan grande extremo de soledad quanto mas tales. Ansí parece está el alma, no en sí, sino en el tejado ó techo de sí misma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando á sí mesma (*Psalm.* 41.): ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar que el romance de estos versos, yo no sabia bien el que era, y despues que lo entendia, me consolaba de ver que me los habia traído el Señor á la memoria, sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto ansí, que ya lo veo; mas parece que está ansí el alma, que ni del Cielo le viene el consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella sino crucificada entre el Cielo y la tierra, padeciendo sin venirle socorro de ningun cabo; porque el que viene del Cielo (que es, como he dicho, una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear), es para mas tormento; porque acrecienta el deseo de manera, que á mi parecer la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo á qué lo comparar. Ello es un récio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar á el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser mas sabroso, ninguna cosa

admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino á su Dios, mas no ama cosa particular de él, sino todo junto lo quiere y no sabe lo que quiere; digo no sabe, porque no representa nada la imaginacion, ni á mi parecer mucho tiempo de lo que está así no obran las potencias como en la union y arrobamiento el gozo, así aquí la pena las suspende. ¡Oh, Jesus! quién pudiera dar á entender bien á Vuestra Majestad, aun para que me dijera lo que es esto, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma. Lo mas ordinario en viéndose desocupada, es puesta en estas ánsias de muerte, y teme cuando vé que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada á estar en ello, lo que hubiese de vivir querria en este padecer. Aunque es tan escesivo, que el sugeto le puede mal llevar, y así algunas veces se me quitan todos los pulsos, casi segun dicen las que algunas veces se llegan á mí de las hermanas que ya mas lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar, y así me queda dolor hasta otro dia en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que á mi parecer bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ánsia es morirme entonces, ni me acuerdo de Purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho por donde merecia el infierno, todo se me olvida con aquella ánsia de ver á Dios; y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo.

Tambien la atormenta que esta pena es tan crecida, que no querria soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno que tiene la sogá á la garganta, y se está ahogando, que procura tomar huelgo; así me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza; que como nos pone la pena en el peligro de muerte (que esto sí cierto hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades y ocasiones, como he dicho y creo podria decir, es este tan grande como todos) así el deseo que el cuerpo y alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse, y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu ó de lo superior del alma, que no querria salir de esta pena.

No sé yo cómo puede ser esto; mas así pasan, que á mi parecer no trocaria esta merced que el Señor me hace (que viene de su mano, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que despues diré; no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje tener acuerdo, que digo que estos ímpetus son despues de las mercedes que aquí van que me ha hecho el Señor, despues de todo lo que va escrito en este libro, y en lo que ahora me tiene el Señor.

Estando yo á los principios con temor (como me acontece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante Su Magestad asegura) me dijo que no temiese, y que tuviese en mas esta merced que todas las que me habia hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra ó purifica como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que habia de estar en el purgatorio. Bien entendia yo era gran merced, mas quedé con mucha mas seguridad, y mi Confesor me dice que es bueno; y aunque yo temí por ser yo tan ruin, nunca podia creer que era malo, antes él muy sobrado bien me hacia temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido.» En otra parte, escribiendo de esta pena que el alma pasa, dice: (*Moradas sextas cap. 11.*) «Hay veces, que andándose así esta alma abrasándose en sí mesma, acaece que por un pensamiento muy ligero ó por una palabra que oye de que se tarda el morir, viene otra parte (no se entiende de dónde ni cómo) un golpe, ó como si viniese una saeta de fuego (no digo que es saeta), mas cualquier cosa que sea se vé claro que no podia proceder de nuestro natural; tampoco es golpe, aunque digo golpe, mas agudamente hiere, y no es á donde se sienten acá las penas á mi parecer, sino en lo muy hondo del alma, á donde este rayo que de presto pasa todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura, es imposible tener memoria de cosa de nuestro sér; porque en un punto ata las potencias de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor; ello es un arrobamiento de sentidos y potencias para todo lo que no es favorable á sentir esta afliccion; porque el entendimiento está muy vivo para entender la razon que hay de dolor de verse el alma ausente de Dios; y ayuda Su Ma-

gestad con una tan viva noticia de si en aquel tiempo, de manera que acrecienta la pena en tanto grado, que procede quien le tiene en dar grandes gritos, con ser persona sufrida, no puede hacer entonces mas. Yo ví á una persona en este término, que verdaderamente pensé que se le acababa la vida, y no fuera mucho, porque cierto es gran peligro de muerte, y así, aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón, los pulsos tiene tan abiertos, como si quisiese ya dar el alma á Dios.»

No era siempre esta pena en el rigor y punto que ha dicho, porque algunas veces la moderaba el Señor para que se pudiese sufrir sin acabar la vida, y á ratos la consolaba Su Magestad con algunos arrobamientos ó visiones con que parece que se fortalecia el alma para poder vivir todo lo que el Señor fuese servido. Otras la ponian en otro extremo de gozo, que le era igual á la pena, y por ventura no menos dificultoso de declarar que ella, porque si no es el que lo siente y experimenta, no sabrá dar á entender aun la menor parte de este maná escondido, y la muchedumbre de dulzura y gozo que trae consigo la avenida de este rio de suavidad que el Señor tiene escondida y guardada para los que le temen, que con razon dijo Isafas (*Isai. cap. 64.*), que ni los ojos vieron, ni oyeron oidos, ni pudo caber en humano corazon lo que Dios tiene aparejado aun acá en esta vida, para los que esperan en él. Que si la pintura hermosa deleita los ojos, y si el bien que hay en lo dulce, sabroso y blando, deleita el tacto, y si otras cosas menores suelen dar aventajado gusto al sentido, ¿qué será el gusto y deleite que causarán aquella infinita bondad, amor y suavidad de Dios al alma que estrechamente se junta y abraza con él? Con razon en la Escritura es llamado este deleite con nombre de avenida y rio, porque con su dulzura baña el alma toda, y la embriaga y anega de tal manera, que como ello es, si no es quien lo gusta, no lo puede decir; y por tanto, será bien que pues esta Santa ha sido testigo de su pena, lo sea de estos deleites y júbilos que á ratos sentia del Señor (*Moradas sextas, cap. 6*). «Entre estas cosas penosas (dice ella) juntamente dá nuestro Señor al alma unos júbilos y oracion estraña, que no sabe entender qué es. Es, á mi parecer, una union grande de las potencias, sino que las deja nuestro Señor con libertad para que gocen deste gozo, y á los sentidos lo mesmo,

sin entender lo que gozan ni cómo lo gozan. Parece esto algarabía, y cierto pasa así, que es un gozo tan escesivo del alma, que no querría gozarle á solas, sino decirle á todos para que la ayudasen á alabar al Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡Oh, qué fiestas haría, y qué de muestras si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece que se ha hallado á sí, y que como el padre del hijo pródigo querría convidar á todos, por ver su alma en puesto que no siente duda de que está en seguridad por entonces (1). Y tengo para mí que es con razón, porque tanto gozo interior de lo muy íntimo del alma, y con tanta paz, que todo su contento provoca á alabanzas de Dios, no es posible darle el demonio. Es harto, estando con este gran ímpetu de alegría, que calle y pueda disimular, y no poco penoso. Esto debia de sentir San Francisco cuando le toparon los ladrones que andaba por el campo dando voces, y les dijo que eraregonero del gran Rey y otros santos que iban á los desiertos, para poderregonar lo que San Francisco estas alabanzas de su Dios.» Y añade en otra parte: «Dos cosas me parece que hay en este camino espiritual que son peligro de muerte: la una es la pena arriba dicha, y la otra es este muy escesivo gozo y deleite, que es en tan grande extremo, que parece desfallece el alma, de suerte, que no le falta sino muy poco para acabar de salir del cuerpo. De aquí se entenderá, que es menester ánimo (como decíamos al principio) para recibir estas mercedes.»

CAPITULO XVIII.

De las visiones maravillosas y hablas particulares, y de otras mercedes que el Señor comunicó á esta Santa vírgen.

En los arrobamientos es donde ordinariamente el Señor manifiesta y descubre al alma los tesoros de su sabiduría y grandeza, porque entonces es llevada á la region celestial y de

(1) Lo que dice que el alma en este júbilo no siente duda de que está en seguridad por entonces, entendiéndolo de la seguridad que tiene de que no es ilusión del demonio lo que siente, sino obra y merced de Dios, y que lo entienda así, está claro, por lo que luego añade y dice.

vida, donde reside el Rey de la Magestad, y donde mora la pura verdad y luz, y donde se halla el original espreso de todo lo que tiene sér. Allí están los elementos puros, los mineros de las aguas vivas, allí los montes y atalayas de donde se descubren los caminos de la eternidad. Con la cual region, si comparamos a queste nuestro destierro, no será mas que comparar las tinieblas con la luz purísima, la turbacion y desasosiego con la paz y descanso eterno; pues en esta nueva region entra el alma por medio de estos nuevos arrobamientos, donde ¿quién podrá decir lo que vé, si no es quien lo hubiere visto? Y así en esta parte cualquiera gustará mucho de oír á la Santa Madre, que como testigo de vista nos dé nuevas de lo que se vé y goza en esta region: lo cual ella escribe tratando de los arrobamientos, por estas palabras: (*Moradas sextas, cap. 5.*) «Parécele al alma que toda junta ha estado en otra region muy diferente de la de acá, que si toda su vida la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; y acaece, que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginacion y pensamiento, no pudiera de mil partes la una: esto no es vision intelectual, sino imaginaria, que se vé con los ojos del alma muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le dá á entender algunas cosas; digo que si vé algunos Santos, los conoce como si los hubiera tratado mucho. Otras veces, junto con las cosas que vé con los ojos del alma por vision intelectual, se le presentan otras, en especial multitud de Angeles, con el Señor dellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo, por un conocimiento admirable que yo no sabré decir, se le representa lo que digo, y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga mas habilidad que yo, las sabrá quizá dar á entender aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo ó no, yo no le sabré decir; al menos ni juraria que está en el cuerpo, ni menos que está el cuerpo sin el alma.»

Y no es mucho que la bienaventurada Virgen no supiese revelar secretos tan escondidos y maravillosos, pues el Apóstol San Pablo (2. *Corinth. 12.*) despues de ser arrebatado, no pudo declarar lo que habia visto, sino con el silencio dió á entender lo mucho que habia de decir si la lengua bastara. Y

es así cierto, que lo que allí se vé como ello es ni cómo pasa, ninguno jamás lo pudo ni supo decir, y el que mas lo prueba, lo calla mas; y este es un argumento de la no medida grandeza de Dios que allí se descubre, aunque cuando la vision es imaginaria, como lo que se vé son cosas con figuras y formas corporales, esas ni se olvidan (antes quedan siempre impresas en la memoria) ni son tan escondidas, que no se puedan declarar con la lengua, habiendo vuelto el alma á sus sentidos como de antes. (*Moradas sextas, cap. 8. y vida cap. 27.*) De estas visiones, así las que tuvo en los arrobamientos como fuera de ellos, diré aquí algunas, las mas principales. Tocaré brevemente algunas de las que arriba habemos dicho, y luego pasaré á otras altísimas que en este tiempo el Señor le comunicaba.

Primeramente al principio que Nuestro Señor la comenzó á hacer mercedes tuvo una vision de Cristo nuestro Señor atado á la columna, y debájo del codo desgarrado, un pedazo de su carne santísima, como ya habemos dicho. Despues pasaron mas de diez y ocho ó veinte años, que no tuvo vision, ni habla, ni cosa sobrenatural alguna de estas que vamos hablando. Al cabo de este tiempo, que era cuando el Señor tenia ya determinado de descubrirse mas á su sierva (segun el modo que en esta vida se permite), tuvo otra vision maravillosa, y fué que por mas de un año veia á Cristo nuestro Redentor siempre á su lado derecho que le hacia compañía, y le hablaba, y enseñaba, y consolaba en sus trabajos, y recogia en altísima oracion. De esta vision escribe la Santa Madre, que es tan grande merced, que basta á trocar un alma, y que la hace capaz de grandes bienes y la comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor que no se sufre escribir, porque hace algunas mercedes que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiracion. ¿Cuáles debian de ser los favores y regalos que el Señor en este tiempo debia hacer á su sierva? Pues ella se vió obligada á sellarlos con el silencio, por no turbar nuestra poquedad y rudeza; y no era mucho que se hallase trocada con tal vista y tal compañía, que si una merced de estas que pasa en un punto muda á una alma, una asistencia continúa de la humanidad santísima en alma tan pura y tan dispuesta para que Dios obrase en ella, ¿cuáles serian las influencias de gracia y misericordia que sobre ella lloverian?

Con esta vision pasó algunas dias, y el Señor, que la trataba ya como á esposa, no contentándose con manifestarse por el modo que habemos dicho, se fué descubriendo mas á la clara y manifestamente; porque ya no solamente le veia con los ojos del espíritu, sino tambien con los de la imaginacion; pero por ser nuestra flaqueza tan grande y esta vision tan alta (acomodándose Cristo Nuestro Señor á la poca capacidad del sugeto), se le fué descubriendo poco á poco y por partes, como ya dijimos arriba; porque primeramente quiso el Señor mostrarle solas las manos. (*Vida cap. 28.*) Desde á pocos dias vió tambien aquel divino rostro; y despues, un dia de San Pablo, estando en Misa, se le representó toda esta humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con gran hermosura y magestad; y esta merced fué por mucho tiempo, como ella escribe, diciendo: (*Vida cap. 29.*) «Dos años y medio me duró, que muy de ordinario me hacia Dios esta merced.» Y prosiguiendo mas abajo, añade: «Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la Hostia lo mesmo, si no eran algunas veces para esforzarme si estaba en tribulacion, que me mostraba las llagas algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas pocas, y llevando la cruz tambien algunas veces, para (como digo) necesidades mias y de otras personas.» Hasta aquí son palabras de la Santa Madre.

Bien quisiera que la historia me diera lugar y licencia para reparar un poco en estas dos maneras de visiones que el Señor comunicaba á su sierva, no para declararlas, sino para ponderar tan singular beneficio y favor, que aunque lo es muy grande el mostrarse Dios á sus amigos, el hablar y tratar con ellos (como á cada paso leemos en las vidas de los Santos), pero aparecimientos y visiones tan continuadas, que durase una (que fué la intelectual) por muchos dias, y como ella escribe, (*Moradas sextas, cap. 8. y vida cap. 29.*) casi por un año, y la imaginaria la tuviese de ordinario por espacio de dos años y medio, es cosa para mí muy nueva y que no lo he oido ni leído de Santo ninguno. Y esta fué, entre otras, una razon y novedad que turbó mucho á sus Confesores á los principios, y les movió á mandarle á la Santa que diese higas al que ellos imaginaban que no podia ser Cristo, viendo favores tan extraordinarios, de los cuales no hallaban ejemplos en

Santos algunos; porque aunque se lee de muchos á los cuales de ordinario hablaba Dios, y tendrían por ventura estos y otros mayores favores; pero, ó ellos por su humildad ó por otras razones superiores, no lo revelaron, ó sus historiadores lo pasaron en silencio; pero no era suficiente razon esta para que, concurriendo en estas visiones las demás partes y circunstancias que los Santos escriben, se hubiese de poner tasa á la misericordia divina y á sus juicios y providencia, que como Dios no tiene otra regla sino su voluntad, á quien él ama sabe favorecer y conceder privilegios sobre todas reglas, como lo hizo en lo que vamos contando con esta Santa vírgen.

Despues que la Santa Madre tuvo por dos años y medio esta vision imaginaria que he dicho, en la cual traia siempre á Cristo presente, se la quitó el Señor como escondiéndose, y dándole unos ímpetus tan grandes de amor suyo, que la fuerza del amor la ponía á peligro de la vida, como ya habemos apuntado arriba. Dentro de breve tiempo se vino á mudar la presencia que traia de Cristo en una asistencia contínua y maravillosa de las tres divinas personas, como ella lo dejó escrito en un papel suyo, donde dice de esta manera: «Esta presencia de las tres personas (que dije al principio) he traído hasta hoy (que es dia de la Conmemoracion de San Pablo) presentes en mi alma muy ordinario, y como yo estaba mostrada á traer solo á Jesucristo siempre, parecíame hacia algun impedimento ver tres personas juntas, aunque entiendo es un solo Dios; y díjome el Señor pensando yo en esto, que erraba en imaginar las cosas del alma con la representacion que las del cuerpo, que entendiese que eran muy diferentes, y que era capaz el alma para gozar mucho.»

Y como Dios va siempre perfeccionando sus obras, particularmente hallando disposicion en el sugeto á quien hace mercedes, vínole á hacer á la Santa una muy grande y mucho mayor que ninguna de las pasadas, porque esta presencia de la Santísima Trinidad se convirtió en una manera de vision altísima, porque comenzó á gozar de la vista de estas tres personas con tan grande luz y penetracion de la verdad de aquel misterio, cuanta en esta vida se puede alcanzar, y á mi parecer con una luz superior á la luz de Fé, aunque inferior á la de gloria de que gozan los bienaventurados, y con una evi-

dencia (no del misterio, sino del que lo propone, que llaman los Teólogos evidencia atestante) conviene á saber de que Dios era el que le revelaba aquellas verdades con una certidumbre de que ella no podia dudar, como claramente se colige de lo que la Madre escribe en las Moradas séptimas, donde todo lo que escribió era puntualmente lo que pasaba por ella, y dice así: (*Moradas séptimas, cap. 1.*) «Metida en aquella Morada por vision intelectual, por cierta manera de representacion de la verdad se le muestra la Santísima Trinidad (1), todas tres Personas con una inflamacion que primero viene á su espíritu á manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se dá al alma, entiende con gran verdad ser todas tres Personas una sustancia, un poder, un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por Fé, allí lo entiende el alma (podemos decir) como por vista, aunque no es con los ojos corporales esta vista, porque no es vision imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y le dan á entender aquellas palabras que dice el (*Joann. 14.*) Evangelio, que dijo el Señor que vendria él y el Padre, y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, válgame Dios! ¡cuán diferente es oír estas palabras y creerlas! O entender por esta manera ¡cuán verdaderas son! Y cada día se espanta mas el alma, porque nunca mas parece se fueron de con ella, sino que notoriamente vé (de la manera que queda dicho) que está en lo interior de su alma en una cosa muy honda (que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras), y siente en sí esta divina compañía.»

Pues esta vision y presencia divina tuvo por espacio de catorce años, y murió teniendo grandes crecimientos en el amor y en las demás virtudes; porque el alma que comienza á nave-

(1) Aunque el hombre en esta vida perdiendo el uso de los sentidos, y elevado por Dios, puede ver de paso su esencia, como probablemente se dice de San Pablo y de Moysen, y de otros algunos; mas no habla aquí la Madre de esta manera de vision, que aunque es de paso, es clara é intuitiva, sino habla de un conocimiento misterioso que dá Dios á algunas almas por medio de una luz grandísima que les infunde, y no sin alguna especie criada; mas porque esta especie no es corporal, ni que se figura en la imaginacion, por eso la Madre dice que esta vision es intelectual y no imaginaria.

gar á velas tendidas por este piélago inmenso del amor divino, vuela y no corre por los grados de las virtudes hasta llegar á lo mas encumbrado de ellas; pero antes de llegar á este estado, y despues de haber entrado en él, tuvo infinitas maneras de visiones, que unas dejó escritas en libros, y otras en papeles sueltos, que despues se hallaron, y otras las tuvo tan secretas que no las fió de papel. Diré aquí brevemente algunas.

Primeramente veia muchas veces, y casi de ordinario, á Cristo nuestro Redentor en la Hostia, y muchas veces con tan grande magestad, como ella escribe en el cap. 38 de su vida, que los cabellos se le espeluzaban, y toda parecia se aniquilaba. Otra vez, estando en oracion, fué tan arrebatado su espíritu, que casi le parecia estar del todo fuera del cuerpo, y vió la humanidad sacratísima de Cristo con mas escesiva gloria que jamás la habia visto. Representósele por una noticia admirable, estar metida en los pechos del Padre. Quedó tan espantada y absorta de esta vision, que algunos dias no pudo bien tornar en sí. Esta vision vió otras veces, y segun la Santa confiesa, es la mas alta y subida que del Señor habia recibido por los grandes provechos que trae consigo, los cuales ella refiere en aquel mismo capítulo. Vió otras muchas veces á Cristo, particularmente una en muy regalada manera, porque le comenzó á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenia metido, y á vueltas de él sacaba parte de su carne santísima, y díjole que quien aquello habia pasado por ella, que no dudase, sino que mejor haria todo lo que ella le pidiese; y prometióle entonces que no le pediria cosa que él no le otorgase. Una de las visiones mas altas y escelentes que tuvo de Cristo, fué la que ella cuenta en las *Moradas séptimas*, cap. 2, donde dice así: «A esta persona (habla de sí misma) se le representó el Señor acabando de comulgar con forma de gran resplandor y hermosura y magestad, como despues de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y que El tendria cuidado de las suyas, y otras palabras que son mas para sentir que para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se habia representado el Señor á esta alma en esta manera; fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada; lo uno porque fué con gran fuerza esta vision, lo

otro por las palabras que le dijo, y tambien porque en lo interior de su alma, donde se representó, si no es la vision pasada, no habia visto otras. Porque entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas, á las desta morada, y tan grande del desposorio espiritual, al matrimonio espiritual, como le hay entre dos desposados á los que ya no se pueden apartar.» Y mas abajo dice: «Aparecióse el Señor en este centro del alma, sin vision imaginaria, sino intelectual, aunque mas delicada que las dichas, como se apareció á los Apóstoles sin entrar por las puertas cuando les dijo: *Pax vobis*. Es un secreto tan grande, y una merced tan subida lá que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente, que no sé á qué lo comparar, sino que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el Cielo, por mas subida manera que por ninguna vision, ni gusto espiritual. No se puede decir mas de que á cuanto se puede entender, queda el espíritu desta alma hecho una cosa con Dios.»

Del Espíritu Santo tuvo una vision muy particular, porque víspera de su fiesta vió sobre su cabeza una paloma bien diferente de las de acá. Tenia en las alas unas conchitas pequeñas que echaban de sí gran resplandor, y quedó luego en un grande arrobamiento y notablemente mejorada en el amor de Dios y en las virtudes. Asimismo se le apareció este Divino Espíritu en figura de un mancebo muy hermoso, rodeado todo de llamas muy encendidas, y así le hizo pintar en una imágen pequeña, la cual tenia ella de ordinario en su Breviario, y vino á parar despues en el Duque de Alba D. Fernando de Toledo, el cual la traia siempre en el pecho para consuelo suyo. Quedóle á la Santa tan impresa esta vision, que desde entonces hasta que murió, la traia presente aunque estuviese muy ocupada, salvo que algunas veces era como si tuviese un velo delgado delante, pero con certidumbre que estaba detrás, y muchas veces se corria esta cortina y lo volvía á ver.

A todas estas visiones añadiré una que fué como universal, y que comprende á todas las que habemos dicho, y á otras muchas que se pudieran decir; y fué como ella escribe (*Vida cap. 38.*), que estando en oracion le sobrevino un grande arrobamiento, en el cual se vió arrebatada y metida en el Cielo, donde vió tan grandes cosas en tan breve espacio como se pudiera decir una Ave María, que ella no se atrevía á comu-

nicarlas con su Confesor, pareciéndola que segun ella era de ruin, no habia de servir mas de para que él hiciese burla de ella. Acaecióle esto algunas veces, y todas le iba el Señor mostrando de nuevo mas grandes secretos, y particularmente una vez estuvo así arrebatada mas de una hora metida en el tercer cielo, como otro San Pablo, mostrándola el Señor cosas admirables, sin quitarse en todo este tiempo de cabe ella, lo cual escribe la Santa por estas palabras: (*Vida cap. 38.*) «Andando mas el tiempo me acaesció y acaesce esto algunas veces; íbame el Señor mostrando mas grandes secretos, porque querer ver el alma mas de lo que se le representa, no hay ningun remedio, ni es posible, y así no via mas de lo que cada vez queria el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada y muy aprovechada el alma para estimar, y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar á entender algo de lo menos que entendia, y pensando cómo puede ser, hallo que es imposible; porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos á la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparacion, porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada. En fin, no alcanza la imaginacion, por muy sutil que sea, á pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba á entender, con un deleite tan soberano que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir mas. Habia una vez estado así mas de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí, díjome: Mira, hija, qué pierden los que son contra mí; no dejes de decírselo. Ay, Señor mio, y qué poco aprovecha mi dicho á los que sus hechos los tiene ciegos, si vuestra Magestad no les dá luz. Algunas personas á quien Vos las habeis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas, mas vénlas, Señor mio, mostradas á cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia.»

Grandes cosas pierden los que son contra Dios, pues pierden al mismo Dios, y todos los deleites y riquezas de su gloria; pues todas estas grandezas y bienes que ellos pierden, enseñó Dios á la Santa Madre Teresa. No quiero decir que vió la Di-

vina Esencia, pues con este fundamento y otros que hay, podia decir alguno que la vió (como tambien afirman algunos Doctores modernos haber visto el glorioso San Benito la gloria de Dios, como se escribe del Santo Moysen y del Apóstol San Pablo), pero bien cierto es que todo lo que es menos que esto lo veria y entenderia en el modo que el Señor fuera servido de mostrárselo. Y así habia quedado la Santa con tan gran conocimiento de los Santos del Cielo, como si allá hubiera vivido toda su vida. Y muchas veces cuando veia algun retrato de algun Santo que fuese al natural, solia decir alabándole (particularmente si hablaba con personas de quien ella no se recataba) que se le parecia al del Cielo; no porque allá tengan ahora cuerpos, sino porque el Señor se los representaba por vision imaginaria, con el mismo rostro que tuvieron acá en la tierra.

Pensado habia dar fin á este capítulo con las visiones que he contado, pareciéndome tan subidas, que por ellas se podrian bien sacar la alteza y fineza de las demás. Pero llegando aquí, hízoseme muy de mal pasar adelante sin contar otras visiones maravillosas, que por no estar en sus libros y parecerme de provecho, no las quise pasar en silencio; parte de ellas están sacadas de papeles que de su mano dejó escritos la Santa Madre, y otras de las adiciones que hizo á su libro el Mro. Fr. Luis de Leon. En un papel de mano de la Santa estaba escrito lo que se sigue: «Un dia despues de San Mateo, estando como suelo, despues que ví la vision de la Santísima Trinidad, y cómo está con el alma que está en gracia, se me dió á entender muy claramente, de manera, que por ciertas maneras y comparacion lo ví. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por vision intelectual la Santísima Trinidad, no me quedaba despues de algunos dias la verdad, como agora digo, para saberlo pensar y consolarme en esto. Agora veo que de la mesma manera lo he oido á letrados, y no lo entendia como agora, aunque siempre sin detenimiento lo creia.» Y en otra parte, hablando de esta misma vision de la Santísima Trinidad, dice: «Pacióme se representó, como cuando en una esponja se encorpora y bebe el agua, así me parecia mi alma se hinchia de aquella divinidad, y por cierta manera gozaba en sí, y tenia las tres personas. Tambien entendí. No trabajes tú de tenerme á mí encerrado en tí, sino de encerrarte tú en mí.

Pacífame que dentro de mi alma estaban, y via yo estas tres personas que se comunicaban á todo lo criado, no haciendo falta, ni dejando de estar conmigo.»

De estas cosas dió cuenta en Salamanca quando vino á fundar allí al P. Martin Gutierrez, Rector del Colegio de la Compañía de Jesus, que además de sus letras y escelente juicio, tenia mucha esperiencia de cosas espirituales, y díjola que era esto de la Santísima Trinidad, que habemos contado, de lo mas alto, en género de conocimiento á que acá se puede subir. Esto tambien escribió estando en la fundacion de Sevilla: «Estando yo un dia en oracion sentí estar el alma tan dentro de Dios, que no parecia habia mundo, sino embebida en él se me dió á entender aquel verso de la Magnificat: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*; de manera que no se me puede olvidar.» Tambien estaba esto: «Habiendo acabado de comulgar el dia de San Agustin (yo no sabré decir cómo), se me dió á entender muy altamente (sino que fué cosa intelectual, y que pasó muy presto) como las tres personas de la Santísima Trinidad, que yo traigo en mi alma esculpidas, son tan una Esencia por una juntura estraña, se me dió á entender, y por una luz tan clara, que ha hecho bien diferente operacion que de solo tenerlo por Fé. He quedado de aquí á no poder pensar en ninguna de las personas Divinas, sin entender que están todas tres. De manera que estuve hoy considerando cómo siendo tan una cosa habia tomado carne humana el Hijo de Dios. Díome el Señor á entender cómo con ser una cosa, eran distintas personas. Son unas grandezas que de nuevo dá deseo al alma de salir deste embarazo que hace el cuerpo para no gozar dellas; que aunque parece no son para nuestra bajeza de entender algo dellas, queda una ganancia en el alma (con pasar en un punto) sin comparacion mayor que con muchos años de meditacion, y sin saber entender cómo.»

En el mismo lugar escribió esto: «Estando una vez con esta presencia de las tres Personas que traigo en el alma, era con tanta luz, que no podia dudar el estar allí Dios vivo y verdadero; y allí se me daban cosas á entender, que no las sabré decir: entre ellas era cómo habia la persona del Hijo tomado carne humana y no las demás. No sabré (como digo) decir cosas destas, que pasan algunas tan en lo secreto del alma, que parece que el entendimiento entiende como una persona que

durmiendo ó medio dormida le parece que entiende lo que se habla.» (*Moradas sextas, c. 1. y vida c. 29.*) Vió además de esto muchas veces á la Virgen Santísima, al bienaventurado San José y á los Apóstoles San Pedro y San Pablo por mucho tiempo, que andaban haciéndola compañía á su lado izquierdo y á otros muchos Santos, como iremos escribiendo en sus propios lugares mas largamente. Vió un Serafin, y asimismo infinidad de Angeles. Vió á Santo Domingo en compañía de Cristo nuestro Redentor, el cual la prometió ayudar en sus Fundaciones, y la hizo otros muchos favores, como escribiremos en la fundacion de Segovia. Otra vez le vió en compañía de Santa Catalina de Sena. A Santa Clara vió en su mismo dia, y le prometió le ayudaria. (*Vida cap. 33.*) Tambien le apareció el glorioso San Francisco, y despues, viendo ella uno que está pintado en la enfermería de Avila, dijo se le parecia mucho al que estaba en el Cielo. Vió á San Alberto, Santo de su Orden, en compañía de Cristo nuestro Redentor. Vió los diez mil Mártires en su dia, los cuales la prometieron que la acompañarian en su muerte. Vió otras veces muy glorioso al P. Fr. Pedro de Alcántara y á la Santa Madre Catalina de Cardona, Ermitaña de su hábito y mujer de admirable penitencia y perfeccion. Y finalmente tuvo muchas visiones de almas que vió salir del Purgatorio, otras ir al infierno, otras que estaban en pecado mortal. Vió en el Cielo las almas de su padre y de su madre, y tuvo tantas y tan diferentes visiones, que nos faltaria el tiempo primero que la historia.

De la muchedumbre de visiones que habemos contado, se entenderá cuán de ordinario el Señor hablaba y comunicaba á su sierva. Porque aunque las visiones fueron tantas, eran las hablas mucho mas comunes, y ordinarias; porque muchas veces la hablaba el Señor sin manifestar su presencia, y unas veces era quitándola el temor que tenia de ser engañada, y asegurándola que él era el que le aparecia y hablaba; otras consolándola en sus trabajos; otras animándola á empresas graves y dificultosas, cuales fueron las que á la Santa se le ofrecieron en esta vida; otras enseñándola lo que habia de hacer en los negocios que traia entre manos; otras dándola doctrina de oracion y otros mil avisos para su aprovechamiento; y así ella solia llamar á Cristo su Maestro, por lo mucho que de esta manera la habia enseñado. Otras muchas hablas hay esparci-

das por sus libros, en particular en los últimos capítulos del libro de su vida, que no me pareció detenerme aquí en contarlas, porque para mi intento basta lo que he dicho.

CAPITULO XIX.

De un espiritual desposorio entre Cristo nuestro Redentor y el alma de esta Santa Virgen, y de otros grandes regalos y favores que el Señor le hizo.

Probada ya la Santa Madre con tantas tribulaciones y trabajos, con tan delicados y penosos sentimientos; renovada como otra ave Fénix en el fuego del amor divino que en ella ardía, siendo visitada del gran Dios de mil maneras; entre otras mercedes y favores que recibió fué una señaladísima que ahora diré. Parecía ya al Señor (Autor de estas misericordias) que era tiempo de tratar con su alma, no ya como Rey, ni como Padre solamente, sino como dulcísimo y amorosísimo Esposo; que hasta esto ha llegado la maravillosa blandura y la grandeza del amor con que Cristo ha tratado con las almas de los justos, que con ser nuestro Padre y nuestra cabeza, y regirnos como Pastor, y curar de nuestra salud como Médico, y juntarse con nosotros con otros mil títulos de estrecha amistad, no contento con esto, añadió aqueste lazo también que quiso decirse y ser Esposo de nuestras almas; y no solo en palabras, mas en el hecho es tan de veras Esposo, que toda la estrechez de amor y de conversacion, y de unidad de cuerpos que en el suelo hay entre dos casados, comparada con aquella con que este Esposo celestial se abraza con nuestra alma, es frialdad y tibieza. De esta merced y admirable desposorio, quiso Dios que gozase su sierva muy á la clara; porque entre otros regalos que con su vista y trato el Señor le hacia, fué uno particularísimo con que la desposó consigo; y así, estando un dia para comulgar, aparecióle el Señor con gran resplandor y hermosura (como otras veces solia), y celebró con su Esposa este divino ayuntamiento y desposorio, como la misma escribe. (*Adiciones á la vida ním. 7.*) «Representóseme el Señor (dice) por vision imaginaria, muy en lo interior, y dióme su mano derecha y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habias merecido,

de aquí adelante no solo como de Criador, como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera Esposa mia: mi honra es ya tuya, y la tuya mia. Hízome tanta operacion esta merced, que no podia caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor: que ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecia la podia sufrir el natural. Estuve así todo el dia muy embebida. He sentido despues gran provecho, y mayor confusion y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.» Y de allí adelante el ordinario lenguaje que entre Cristo y la Santa habia, eran estas palabras que el Señor la decia, con que Su Magestad y ella se regalaban y enamoraban mas cada dia: «Hija, ya eres toda mia, y yo soy tuyo.» Y esto no una, sino muchas veces, como la bienaventurada Madre cuenta.

Con estas palabras de este desposorio divino se declaró mas el amor estremado que el Señor la tenia, estremeciéndose toda su alma al principio con tan soberanas mercedes. Encendíase toda como una llama en amor, y levantada enteramente sobre sí misma, y no cabiendo en sí, respiraba amor y ternura por todas partes, y dulcemente repetia deshaciéndose toda de sí, y trasformada en su Esposo: (*Vida cap. 31.*) «¿Qué se me dá á mí, Señor, de mí, sino de Vos?» Veia en este tiempo su alma como una nube que la ha investido el sol con la fuerza de su claridad y rayos, que toda está llena de luz y penetrada de ella, de tal manera, que por donde quiera que se mira parece un sol; así, despues de este ayuntamiento con Cristo, no solamente su virtud y su luz le parecia á ella estaban en su alma, sino tambien su mismo espíritu de Cristo, en cierta manera como mezclado con el suyo, como un agua que del Cielo cae en un rio que luego se mezcla con él, sin que se pueda discernir cuál es el agua del rio y cuál la del Cielo; así, despues que este rocío celestial habia venido sobre su alma y se habia juntado con ella con tan estrecho nudo y lazo de amor, no le parecia hallaba en sí su espíritu, sino en Cristo, y el de Cristo en ella; porque ciertamente este espiritual desposorio no es otra cosa sino abrazarse Dios y el alma amorosamente, y con este abrazo penetrarla toda, hasta juntarse con su mas íntimo sér, á donde hecho como alma de ella, y unido y enlazado con ella, la abraza estrechísimamente, por cuya causa la Escritura en muchos lugares dice que mora Dios en el medio del corazon.

Pasaron tan adelante estos favores, que no solo se contentó este divino Esposo con las mercedes hechas, sino que de nuevo las iba renovando y haciendo mayores; porque como ya era esposa suya, y la habia juntado consigo, y se habia dado por suyo, no tenia cosa que de su esposa no fuese, no habia puerta cerrada en sus secretos, ni llave en sus riquezas, ni cosa que no se le concediese; y así cada hora y momento le mostraba tesoros de su bondad y grandeza. Diremos aquí algunas mercedes además de las que arriba habemos contado.

Estando una vez la Santa rezando en el Coro, fué levantada su alma en espíritu, y mostróle el Señor la hermosura que este desposorio habia causado en su alma. «Parecióme (dice ella) (*Vida cap. 40.*) ser mi alma como un espejo clara toda, sin haber espaldas ni lados, ni alto ni bajo que no estuviese toda clara; y en el centro de ella se me presentó Cristo nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le via claro como en un espejo, y tambien este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpia todo en el mismo Señor, por una comunicacion, que yo no sabré decir, muy amorosa. Dióseme á entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de una gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el sér.» Y como un desposado suele llevar á su esposa á que vea á sus padres, y reconozca sus parientes, y ellos haciéndole mercedes, y dándole algunas preseas y dones, dan muestra del amor que le tienen, y juntamente del gusto del desposorio, así Cristo, que tanto amaba á su esposa, quiso tambien hacerle esta merced de mostrarle á su Padre y á la Santísima Trinidad en muchas visiones, como en el capítulo pasado habemos escrito, y ahora tambien contaremos.

«Una vez (dice) (*Adiciones á la vida*), estando en oracion, tuve un grande arrobamiento; parecióme que Nuestro Señor me habia llevado el espíritu junto á su Padre, y díchole: Esta que me diste, te doy, y parecíame que me llegaba á sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y una delicadeza tan espiritual que no se sabe decir; díjome algunas palabras que no se me acuerdan, de hacerme merced eran algunas. Duró algun espacio tenerme cabe sí.» Otra vez vió la Santísima Trinidad, y cada persona le dió su dón, como la misma Santa refiere, diciendo: «El martes, despues de la

Ascension, habiendo estado un rato en oracion despues de comulgar con pena, porque me divertia de manera que no podia estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendia tener presente á toda la Santísima Trinidad en vision intelectual, á donde entendió mi alma por cierta manera de representacion, como figura de la verdad, para que la pudiese entender mi torpeza, como es Dios trino y uno; y así me parecia hablarme todas tres Personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome que desde este dia veria mejoría en mí en tres cosas, que cada una destas Personas me hacia merced; en la caridad en padecer contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor, que estarán con el alma que está en gracia las tres Divinas Personas. (*Joann.* 14.) Estando ya despues agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indigna de ella, decia á Su Magestad con harto sentimiento, que pues me habia de hacer semejantes mercedes, que ¿por qué habia dejádome de su mano para que fuese tan ruin? (Porque el dia antes habia tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes.) Ví aquí claro lo mucho que el Señor habia puesto de su parte desde que era muy niña para llegarme á sí con medios harto eficaces, y como todos no me aprovecharon; por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto cuando nos queremos tornar á él, y mas conmigo que con nadie por muchas causas. Parece quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres Personas que ví, siendo un solo Dios, que á durar así, imposible seria dejar de estar recogida con tan divina compañía.»

Grandes son estas mercedes, pero otras le hizo el Señor (y por ventura mayores), de las cuales dice la Santa Madre en su vida que no las escribe, por no poner sospecha á quien las leyere, no fiándolas de nuestra poca Fé y angostos pechos, donde no caben cosas tan grandes. Solo diré algunas de las que no están escritas en su libro. La una es, que como un dia de la Magdalena estuviese la Madre con una envidia santa de lo mucho que el Señor la habia amado, le dijo: «A esta tuve por amiga mientras estuve en la tierra, y á tí tengo ahora que estoy en el Cielo.» Y esta merced le confirmó el Señor despues

por algunos años, el mismo dia de la Magdalena. Y de este favor que Su Magestad le hizo, hace tambien memoria el P. M. Fr. Diego de Yangués, confesor suyo, en su dicho en la informacion de la canonizacion de la Santa; y por ventura fué mayor otro favor que le hizo Dios á la Santa, á la cual, entre otros regalos, le dijo una vez: «Si no hubiera criado el Cielo, para tí sola le criara.» Y otra vez (como ella dejó escrito en un papel) le hizo el Señor otro regalado favor. «Estando una vez (dice) con la pena que traige de que estoy ausente de Dios, y estos dias habia sido bien grande, que parecia no lo podia sufrir, y habiendo estado así harto fatigada, ví que era tarde para hacer colacion, y no podia, y á causa de los vómitos hácame mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así, con harta fuerza, puse el pan delante para hacérmela á comerlo, y luego se me representó allí Cristo, y parecia que me partia el pan y me lo iba á poner en la boca, y díjome: Come, hija, y pasa como pudieres; bien veo lo que padeces, mas esto te conviene ahora.»

No sé dónde pueda pasar adelante el amor regalado que Dios tiene á las almas puras y santas; pero todos estos regalos ó muestras de amor, me parece á mí estaban encerrados en aquellas palabras que la Santa escribe en su vida. (*Vida cap.* 39.) «Esto me dice Su Magestad muchas veces mostrándome grande amor: Ya eres mia, y yo soy tuyo.» Estos, y otros favores y regalos sin cuento, hacia el Señor continuamente á su Esposa; y porque somos tan groseros que no entendemos la alteza de las cosas espirituales, sino por la bajeza de las corporales, ni acertamos á leer en las obras de Dios sino por el libro de nuestra aldea, me aprovecharé de una comparacion, aunque profana, para declarar la condicion y grandeza del amoroso trato que Dios tenia con esta Virgen. De la manera que un hombre enamorado y herido del amor de una mujer, de dia y de noche no cesa de decirle palabras de amor y ternura, así parece que andaba Dios regalando continuamente á su Esposa, no solo haciéndole sombra con su presencia, sino tambien diciéndole mil requiebros llenos de dulzura y regalo; y no es mucho me aproveche yo de este ejemplo, pues el Espíritu Santo, en todo el libro de los Cantares, queriendo declarar la grandeza de este amor que Cristo tiene á las almas, procede trayendo la semejanza del que tiene un esposo á

su esposa. Solo hay diferencia, que este amor divino, como es de infinita suavidad y dulzura, escede sin comparacion al mayor que en las criaturas se puede imaginar, y cuanto crece este exceso de suavidad y grandeza de amor en Dios, descrece la Fé en los que no lo han experimentado, persuadiéndose con gran dificultad á que Dios se humane y abaje tanto que no solamente hable y trate, sino que se despose y junte con espiritual vínculo de matrimonio con un alma como si fuera este lenguaje nuevo ó en la Escritura Sagrada, ó en los Santos cosa no vista ni oida, ó no hubiese pasado esto mismo por otras almas amigas y esposas de Jesucristo. Acuérdense de lo que la Iglesia reza del desposorio de Santa Inés y Santa Cecilia con Cristo Nuestro Señor, y lo que las historias cuentan de Santa Catalina de Sena y de otras Santas; y cuando esto no estuviera de por medio, seria cordura dar crédito á lo que los hombres mas graves, así en letras como en espíritu, de toda España, lo dieron y aprobaron.

El temor de esta poca Fé hizo andar á nuestra Santa recatada, y tan corta en escribir las mercedes que Dios le hizo, que fueron las mas las que calló. Esto lo sé yo muy cierto, y ella lo escribe en su vida, (*Vida. cap. 27.*) donde tratando de las grandes mercedes y regalos que Dios hacia á su alma, dice: «Quédase tan espantada (su alma, de quien va hablando la Santa), que basta una merced destas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa sino á quien vé que sin trabajo ninguno suyo le hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos y trata con ella con tanta amistad y amor, que no sufre escribir; porque hace algunas mercedes que consigo traen la sospecha, por ser de tan grande admiracion y hechas á quien tan poco las ha merecido, que si no hay muy viva Fé, no se podrán creer; y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho á mí, si no me mandaren otra cosa, si no son algunas visiones que pueden para alguna cosa aprovechar, ó para que á quien el Señor se las diere no se espante, pareciéndole imposible como yo hacia, ó para declararle el modo ó camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.»

Pero volviendo á nuestra Santa, que la dejamos tan favorecida y regalada de Dios, ¿quién dirá que tan grandes favores le fueron mayor carga que si fueran grandes trabajos?

Pues es cierto que (como ella confiesa) tenia necesidad de mucho mas ánimo para recibir estas mercedes de Dios que si fueran baldones. No porque dudase en ellas (que muchas venian con tanta luz y claridad de que eran de Dios, que no dejaban lugar de dudar), sino porque estos favores, como de ordinario traian tanta luz y la dejaban en el alma, hacíanle considerar lo mucho que aquella gran Magestad merece ser obedecida y servida, y la pureza con que ha de ser amada, y lo que á ella le faltaba para corresponder á esto, y á veces reconociendo los pecados pasados, á veces la ingratitud presente, se deshacia y aniquilaba, y deseaba que el Señor la tratase como ella merecia, dándole trabajos y no regalos; y así su dicho ordinario era, como tambien lo era su deseo: «Señor, ó morir, ó padecer,» no queriendo la vida para regalos ni consuelos, sino solamente para lo que es buena, que es para padecer y sufrir trabajos por amor de Dios.

CAPITULO XX.

Cómo Jesucristo revelaba á su Esposa el conocimiento de verdades muy altas, de admirable y muy provechosa doctrina.

No paraban las mercedes que habemos contado en solo ver y gozar de favores y regalos tan grandes y extraordinarios; mas tambien el Señor, que así visitaba á su Esposa, era servido darle una noticia muy profunda y clara de algunas verdades, y muy de otra manera de como nosotros las conocemos. Que como es imposible siendo Dios sumo amor, que el alma que á él se llega, no se encienda y abraza en este fuego, así tambien lo seria (siendo la suma verdad) que los que mas de cerca le comunican no alcancen mayor luz y mayor conocimiento de sus verdades. Cosa seria de maravillar, si estando Dios tan junto y unido con el alma de esta Santa, si habiéndose desposado con ella, si tomándola cada rato por la mano y paseándola por los mas altos y escondidos rincones del Cielo, no le abriese los ojos y quitase las escamas de ellos (como á otro San Pablo) para que viese muchos misterios que no pudiese decir, y muchas verdades, que para provecho nuestro pudiese declarar.

Lo ordinario era juntarse con la vision, doctrina é inteligencia de verdades, y esta es la que llaman los Doctores revelacion; que es una luz dada de Dios, y un grande dón suyo; pero no es habitual, como lo es el dón del entendimiento y sabiduría (mediante las cuales se penetran y gustan la médula y secretos de las verdades y misterios de nuestra fé), sino que la dá el Señor cuando quiere y á quien es servido. Con esta luz divina era aquella alma santa levantada sobre todas las cosas, é ilustrada maravillosamente por aquella fuente de luz y de verdad; unas veces con visiones intelectuales é imaginarias, otras estando fuera de los sentidos, y otras estando en ellos, y lo mas ordinario era por una representacion intelectual de la verdad, en la cual, como quien mira á un espejo ó como quien lee en un libro, hallaba en lo mas íntimo de su alma estas verdades tan vivamente representadas al entendimiento cuanto en esta vida se permite. Estas eran algunas veces conociendo algunas perfecciones divinas, como son la Magestad, grandeza y bondad de aquel grande Dios y Señor nuestro; otras entendiendo como están y se representan en su Esencia Divina todas las cosas criadas; otras, como está Dios presente en nuestra alma y en todas las cosas, no solo por gracia, sino tambien por razon de su inmensidad, que es lo que llaman los Doctores Presencia, Esencia y Potencia.

Otras muchas noticias é inteligencia de verdades semejantes le daba el Señor, de las cuales iré contando aquí las que me parecieren mas á propósito para esta historia, y comenzaré de una, la cual anda ahora escrita en el cap. 40 de su libro, que ella antes de esto me contó á mí como á hijo en el respeto y veneracion que le tenia, y como á padre en el oficio de confesor (que aunque indigno) hacia con ella. Díjome, pues, que habia tenido una revelacion en que Dios le habia dado á entender la hermosura de una alma puesta en gracia, representándosela toda como un espejo claro, sin que tuviese espaldas, alto ni bajo, que no tuviese toda clara, y en el centro de ella se le representó Cristo Nuestro Señor, al cual le vió con todas las partes de su alma, como en un espejo con una comunicacion inefable y amorosa, y revelóle Dios que estar una alma en pecado es cubrirse este espejo de una niebla, y quedar muy negro, que aunque Dios está allí dándole sér, pero no se puede ver; pues acaeció que en este tiempo le mandó su confesor que

escribiese un tratado de oracion para sus hijas; y estando ella, víspera de la Santísima Trinidad, pensando qué motivo tomaria para este libro, se lo dió Dios mostrándole un globo hermosísimo de cristal á manera de castillo, en el cual veia siete moradas, y en la séptima, que era en el centro de él, estaba el Rey de la Gloria con grandísimo resplandor, el cual desde allí hermoséaba é ilustraba todas aquellas moradas hasta la cerca del castillo, en el cual tanto mas luz participan los moradores de él cuanto mas cerca estaban del centro, que era el palacio real donde el Rey estaba, y vió que no pasaba esta luz de la cerca, y que fuera de ella todo era tinieblas y habitacion de sapos, víboras y otros animales ponzoñosos. Y estando ella admirada de esta hermosura grande que el Señor con su gracia comunica á las almas; estando en el centro de ellas, súbitamente desapareció la luz, y sin ausentarse el Rey de la Gloria de aquel castillo, el cristal se cubrió de oscuridad, y quedó todo tan feo y denegrido como si fuera un carbon, y con un hedor insufrible, y abierta la puerta para que los animales ponzoñosos que estaban fuera de la cerca pudiesen entrar en el castillo, y que en este estado quedaba el alma en pecado mortal.

Por medio de esta vision le reveló y dió á entender el Señor con una noticia muy clara, cuatro cosas. La primera que estaba Dios en todas las cosas por esencia, presencia y potencia: lo cual ella jamás hasta entonces lo habia entendido; y casi en este mismo tiempo me preguntó algunos años antes, estando en Toledo (que debia de ser despues que tuvo esta vision), si era así que Dios estaba en todas las cosas y si decia algo de esto la Escritura Sagrada. Y yo le respondí que sí, declarándole algunos lugares de la Escritura de que se colegia esta verdad, y ella recibió gran contento, porque la habia dicho una persona ignorante que no habia otra presencia de Dios en nuestras almas, mas de la que tiene por gracia en las de los justos. La segunda cosa que el Señor le dió á entender en esta revelacion, fué una grande admiracion y ponderacion de la malicia del pecado, pues con no ausentarse Dios del alma que está en pecado, sino quedándose en ella tan íntimamente presente por razon de su inmensidad, el pecado pueda impedir que no se comunique al alma aquel resplandor de gloria, y los grandes bienes y tesoros que dentro de sí tiene. La tercera

cosa que sacó fué tan profunda humildad y conocimiento propio, que desde entonces parece que aunque quisiera no se pudiera acordar de sí en cosa buena que hiciese; porque como vió con tanta claridad, que toda la hermosura del alma procedía de aquella hermosura, y toda virtud de aquella virtud y poder, y todo saber de aquella sabiduría inmensa, de la cual salen todos los manantiales de cualquiera bien que en nosotros haya, sin ser nosotros parte para nada bueno, sino es en cuanto somos ayudados de este poderoso Rey, y así con grande luz discernía lo que tenía en sí de Dios, y lo que era suyo. La cuarta cosa que sacó, fué tomar motivo para escribir el libro que le mandaba, el cual intituló «Castillo interior, y Moradas»: dándole el Señor juntamente con la materia el título y nombre del libro, en el cual escribió, como adelante diremos, siete grados admirables de oracion, por los cuales, como por otra escala de Jacob, sube el alma hasta entrar en la séptima morada, donde halla á Dios al cabo de la escala, y donde está el tálamo del Rey Salomon, y donde se celebra el matrimonio espiritual del alma con Dios Nuestro Señor.

Tambien me dijo que le habia hecho el Señor una grandísima y señalada merced, y fué que en un rayo velocísimo de luz que pasó por su entendimiento, habia entendido mas verdades de cosas altísimas de Dios, que si mil años le enseñaran grandes Teólogos. A mi parecer, este rayo debió de ser semejante á aquel que cuenta San Gregorio que le comunicó Dios al glosioso Padre San Benito, en el cual vió aquel globo grande de fuego, y muchos Angeles que subian al Cielo, y otras muchas grandezas de Dios, con que echaba mas de ver la bajeza de las criaturas.

Y si en este rayo velocísimo entendió tantas verdades, ¿qué sería cuando Cristo nuestro Redentor (como dijimos arriba) la llevó al Cielo, y sentándola junto á sí, comenzó á correr los velos de la Fé, mostrándole por gran rato muchos de aquellos secretos é inefables tesoros que tiene encerrados y guardados en su pecho para premio de los que le aman? Otra vez en un grande arrobamiento de espíritu, fué metida en la Magestad y grandeza de Dios, en la cual le dió él á entender lo que era verdad, como ella cuenta por estas palabras: (*Vida cap. 40.*) «En esta Magestad se me dió á entender una verdad que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, por

que no ví nada. Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma verdad. No es poco esto que hago por tí, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltar á una tilde de ella. A mí me pareció que siempre yo habia creído esto, y que todos los fieles lo creían. Djome: Ay, hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen no les encubriria yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme á mí con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha á tu alma. Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que despues acá tanta vanidad y mentira, me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabria yo decir como lo entiendo. Djome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fué, porque no ví nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la mas pequeña parte de la divina Escritura. Quedóme una Verdad de esta Divina Verdad que se me representó (sin saber cómo ni qué) esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento á Dios, porque dá noticia de su Magestad y poder de una manera que no se puede decir; sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo. Entendí qué cosa es andar un alma en verdad, delante de la misma verdad. Esto que entendí, es darme el Señor á entender que es la misma verdad. Todo lo que he dicho entendí, hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con gran claridad, algunas cosas que las que por palabras se me decian. Entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado; paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera á entender la vanidad de este mundo. Esta verdad que digo se me dió á entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro, para la claridad con que á mí el Señor quiso se me diese á entender.»

Dióle también su Magestad á entender (vida cap. 38) como todas las cosas estaban en Dios, y esto por una noticia tan clara, que causó en su alma gran provecho. «Estando (dice) una vez en oracion, se me representó muy en breve sin ver cosa formada, mas fué una representacion con toda claridad, como se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí. Saber escribir esto yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que mas me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiempo, y si lo viesen los que le ofenden, que no tendrían corazon ni atrevimiento para hacerlo. Parecióme (ya digo) sin poder afirmarme en que ví nada, mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparacion, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo puede alcanzar, ó yo no me sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo destas debe haber, sino que como son en arrobamiento, las potencias no lo saben despues formar como allí el Señor se lo representa y quiere que lo gocen. Digamos es la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ó espejo á manera de lo que dije del alma en estotra vision, salvo que es por tan subida manera que yo no lo sabré esclarecer; y que todo lo que hacemos se vé en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas á quien es tan claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como lo eran mis pecados; y es así que cuando se me acuerda, yo no sé como lo pueda llevar, y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabia (me parece) á donde me meter. ¡Oh! quién pudiese dar á entender esto á los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razon lo siente Dios, que tan presente á su Magestad pasan, y desacatadamente nos habemos delante de El. Ví cuán bien se merece el Infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan grande Magestad, y que tan fuera de quien El es son cosas semejantes, y así se ví mas su miseri-

cordia, pues entendiendo nosotros todo esto, nos sufre. Hame hecho considerar si una cosa como esta deja espantada, ¿qué será el dia del juicio cuando esta Magestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho?»

Revelóle nuestro Señor que le eran perdonados sus pecados, y por consiguiente que estaba en gracia y en amistad suya, como ella escribió en su vida, diciendo así: «VÍ á nuestra Señora hácia el lado derecho, y á mi Padre S. José al izquierdo, (*vida cap. 35*) que me vestian una ropa de mucha blancura; dióseme á entender que estaba ya limpia de mis pecados.» Y lo mismo dice en otra parte por estas palabras: «Acuérdome que me dió en aquellas horas de oracion aquella noche, un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios (*vida cap. 34*). Entonces entendí que bien me podia consolar y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Magestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, que no se compadecia hacerse al alma que estuviese en pecado mortal.» Donde es de notar que siempre que la Madre dice en sus libros, *entendi esto ó me lo dijo el Señor*, es revelacion, como ella lo declara en su vida (*cap. 39*). Y no solo tuvo noticia por particular revelacion del estado de su alma, sino tambien le revelaba el Señor el de otras muchas, como escribiremos cuando digamos del dón de profecía, y discrecion de espíritu que tuvo.

En esta y en otras revelaciones que la Santa tuvo (como adelante diremos), se echa bien claro de ver como todas eran dadas de la mano del Altísimo, pues ellas de suyo son sabidísimas contemplaciones de Dios ó de verdades suyas, todas conforme á la Escritura sagrada, á la doctrina de los Santos, y reglas de quien lo entiende, y todas eran ordenadas para gran fruto y provecho, ó de la bienaventurada Santa, ó de otras personas á quien se ordenaban, y lo que mas admirable es, la claridad y certeza con que ella las escribe; el espíritu y verdad con que las cuenta; el fuego de amor de Dios que enciende en quien las lee, que no parece sino que en cada palabra va una saeta enherbolada que hiere y abrasa el corazon de quien las oye. No son las cosas que enseña niñerías, ni menos saben al entendimiento de mujer, que de ordinario suele ser acerca de cosas rateras, y de poco tomo y sustancia; todas son cosas de mucha doctrina, graves, grandes, admirables, escondidas y verdaderamente divinas.

No paraban las mercedes y regalos que Jesucristo hacia á su Esposa en visiones tan admirables como hemos contado, y en revelacion de misterios tan escondidos y verdades tan provechosas, sino que tambien por otras mil maneras y modos (cuales saber buscar y hallar el amor) le descubria su Esposo la aficion grande que á su Esposa tenia, ya unas veces dándosele á ella á entender, y á otras mostrándose liberal por su respeto y ruegos con otras personas, y algunas mostrándole el estado de muchas almas y descubriendo mil secretos de cosas venideras que tenia Dios guardadas en su pecho, como mas largamente se verá en el discurso de nuestra historia; porque ahora solo pondremos aquí las mercedes que el Señor le hizo en sus principios, antes que comenzase la nueva reformation de los Descalzos, y de tales principios se sacará que siempre iba la Santa creciendo en mas amor con su Esposo, y á la medida del amor crecian tambien las mercedes.

Entre otras le hizo el Señor un gran favor á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, que fué decirle no la negaria cosa de las que le pidiese, y esto fué una demostracion y señal grande de amor, como la misma Santa cuenta, y nosotros escribiremos mas largamente en su lugar. En fin, no parece pensaba Dios en otra cosa sino en descubrirle á su sierva lo que pasaba en la tierra y en el Cielo, en el Purgatorio y en el Infierno, que aunque es verdad que para ser un alma santa, no es necesario que el Señor le comunique estos secretos y visiones, y haga revelaciones semejantes, porque la santidad y perfeccion de los Santos no se mide por revelaciones ni visiones, sino por la mayor y menor caridad con Dios y con el prógimo; por la profunda humildad y prueba de la paciencia y sufrimiento en los trabajos; pero suele Dios á sus Santos darles por añadidura algunas otras muestras y señales de su amor, que aunque no son cosas que vienen pegadas con la santidad, mas de ordinario no se dá esto segundo sin lo primero; pero dálo el Señor cómo y cuándo y á quién es servido, sin que nadie le ponga tasa, ni menos pueda ninguno hallar razon, porque haga esta merced mas á un Santo que á otro. Con la bienaventurada Madre fué Dios señaladísimo en esto, así en ser las mercedes muy particulares y grandes, como por hacérselas tan de ordinario, que ciertamente más parecia alma bienaventurada, que desnuda ya de la carne de nuestra mortalidad gozaba de tan

soberanos regalos, que criatura mortal vestida de este saco tan grosero y vil como es nuestra carne.

CAPITULO XXI.

Comunica la Santa Madre su espíritu y mercedes que el Señor le hace con el P. Mro. Avila, y con el P. Fray Pedro de Alcántara, y con otros hombres muy graves, y todos la aseguran y aprueban.

Entre tantos favores y particulares mercedes de Dios, no se tenía la Santa Madre por segura, antes mientras mas favorecida, mas temerosa; mientras mas levantada de Dios, mas humilde, y mientras mas crecía la privanza, tanto mas se acordaba del estado tan miserable y pobre que en otro tiempo (á su parecer) habia tenido, que le era de no menos pena que provecho. Y aunque eran tan grandes las mercedes que recibía, traía mas de ordinario ocupado su pensamiento en lastimarse como habia sido tan atrevida en haber dejado por cosas tan bajas tan grande Magestad. Parecíale que las mercedes era censo al quitar, y que las traía un río caudaloso, y que se las llevaba á sus tiempos; pero sus pecados estaban como un cieno, dándole de continuo mal olor y pena á su memoria. Toda andaba llena de temor no la dejase Dios de su mano para ofenderle y verse otra vez en el estado en que á su parecer antes estuvo. Y aunque alguna vez le habia dicho nuestro Señor estaban ya sus pecados perdonados, no le era esto de ningun alivio, antes le añadía nueva pena, considerando tanta bondad en Dios y tan soberanas mercedes, para quien tan mala y desgraciada habia sido. ¡Oh virtud admirable de la humanidad, que á mayor subida dá mayor bajada, y á mayor gracia representa mayor indignidad, y á mayores favores corresponde con mayor reverencia y temor!

No solo se humillaba en esto, sino tambien en el modo y camino que seguía de oracion; porque con ser tan altas y subidas las contemplaciones y raptos tan ordinarios, ella, cuanto era de su parte, cuando cesaban estas influencias que venían del cielo, ponía todo su estudio en mirar la santísima humanidad de Jesucristo nuestro Señor, y tenía por gran yerro y tentacion del demonio, por muy alta y subida que sea la con-

templacion, alejarse de la consideracion de la vida de Cristo, y esta debe de ser la causa (segun la Santa dice) que muchos contemplativos no aprovechan ni llegan á la verdadera libertad de espíritu, porque pierden esta guia, pues el mismo Señor dice que es camino y luz, y que no puede ir nadie al Padre sino por él, además de que es falta de humildad, aunque solapada, si bien lo miramos. Los Santos grandes contemplativos no iban por otro camino: á San Pablo nunca se le caia de la boca Jesus; á San Francisco le llagó con sus llagas, y le imprimió sus dolores hasta la muerte; San Bernardo nunca dejó aquel hacedillo de mirra de la Cruz de Cristo, y lo mismo leemos de Santa Catalina de Sena. Y para decir lo que esto importa, pondré aquí unas palabras que la bienaventurada Madre dice á este propósito: «Veo yo claro y he visto;» despues, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por mano de esta humanidad Sacratísima. Muchas veces le he visto por esperiencia, hámelo dicho el Señor, que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Magestad grandes secretos; así que nadie quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplacion; por aquí va seguro; este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; él le enseñará mirando su vida, él es el mejor dechado.

Como la bienaventurada Madre lo enseñaba y aconsejaba, así lo ponía por obra, para asegurar mas sus pasos, y aunque todas las mercedes que el Señor le hacia (principalmente estas postreras) traian el sello y firma de su mano, y daban tan firme testimonio de él, que no podia ya dudar de ellas; pero como fiaba tan poco de sí y consideraba las astucias y engaños del enemigo, no se cansaba, aunque era para ella grandísimo trabajo y mortificacion, de dar cuenta de su alma á sus Confesores, ó á quien le parecia la podia mejor desengañar. En esto tuvo vigilancia grandísima, de suerte, que para desengañarse y certificarse, jamás dejó de hacer diligencia que viesse que era necesaria; entre otras fué esta de gran provecho. Vino por aquel tiempo á Avila el Santo P. Fr. Pedro de Alcántara, Comisario que entonces era de los Padres Descalzos del glorioso San Francisco, hombre de grande oracion y espíritu, de vida santísima, y conocido en todo el Reino por tal, y que por su virtud y méritos le escogió Nuestro Señor para columna y fun-

damento de una nueva reformation de Descalzos, que en su tiempo se hizo en su Orden. No lo conocia la Santa Madre; pero conocíale una señora de aquella Ciudad, muy noble y virtuosa, llamada doña Guiomar de Ulloa, que tenia entonces grande amistad con la Santa, y con quien ella (por dicho de su confesor) comunicaba su temor y aflicciones, porque era persona de mucha oracion y virtud, y en quien siempre hallaba esfuerzos y consuelo, que le habia dado Dios luz para conocer la verdad y el buen espíritu que vivia y obraba en la Santa. Pues para que la Madre pudiese gozar de tan buen Maestro sin decirle nada, alcanzó licencia esta señora de su Provincial, para que estuviese ocho dias en su casa; y en ella algunas veces y otras en la Iglesia, habló la Madre y comunicó su espíritu con este santo varon, dándole entera cuenta como mejor supo de su vida y modo de proceder de oracion, con la mayor claridad que pudo, sin encubrir ni aun los primeros movimientos. Y como los buenos espíritus luego se conocen y entienden, él, como Maestro y experimentado en el arte, por lo cual sabia de Dios, por esperiencia muy larga, luego la entendió y conoció claramente la luz y espíritu que en su alma habia. Declaróle algunas cosas en que ella tenia duda, aseguróla mucho de sus temores, y díjola que alabase á Dios por las mercedes que la hacia, que estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la Fé, cosa mas verdadera no podia haber, ni que tanto pudiese creer.

Pues como entendió aquel santo varon las prendas que Dios tenia en aquella alma, y la mucha disposicion que en ella habia para que fuesen creciendo cada dia, cobróla mucho amor, y de allí adelante la comunicaba mucho y daba cuenta de sus negocios, y la rogaba le encomendase á Dios. Dijole que uno de los mayores trabajos de la tierra era el que habia padecido en tener contradiccion de buenos, y que aun le quedaba harto que padecer, porque todavfa tenia necesidad de alguna guia y Maestro, y como él echaba de ver no habia en aquella ciudad quien la entendiese, habló al P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, Religioso de grande espíritu y santidad, que era entonces el que la confesaba, y dióle muchas razones, aprobando el camino de la Santa, y pidióle se asegurase de allí en adelante, y no la inquietase mas. Con esto dejó á la Santa casi asegurada de sus temores, satisfecha de su camino, y

obligada y agradecida por la luz que la habia dado en cosa de tanto consuelo é importancia.

Además de las pruebas que por espacio de algunos años hacian sus confesores del espíritu de la Madre y de la de este santo varon (con que ella habia quedado con mucho consuelo), su humildad y recato no consentian que del todo despidiese el temor (ó por decir la verdad), no queria el Señor que viviese sin él, porque de aquí tomase ocasion de humillarse de manera que porque la grandeza de las visiones y revelaciones no la levantasen ó desvaneciesen en algo, le hacia contrapeso con el miedo, con que la mantenia en el fiel. Este lastre há menester el navío de nuestra carne, para que no sea llevado fácilmente del viento de la vanagloria, y es ordinario en Dios poner estos miedos y aconsejarlos á los que gozan de estas revelaciones; y así la primera regla que dió á Santa Catalina de Sena para no ser engañada, fué temer siempre lo peor; porque como la divina Escritura dice: Bienaventurado el varon que siempre está temeroso; y es cierto que en perdiendo el miedo á nuestra flaqueza, á nuestras inclinaciones y resabios, á la potencia del demonio y á la miseria nuestra, luego nace en nosotros un espíritu de contentamiento propio, y una vana seguridad y confianza que fácilmente nos desvanece y derriba.

Bien se conformó con esta Regla nuestra Santa, pues no asegurándose nunca del todo, por grandes que fuesen las misericordias de Dios y mercedes que recibia, siempre temia lo peor; y así, como perseveraba el temor, perseveraban tambien las diligencias. Y viendo que no habia Confesor grave, docto y santo á quien ella pudiese comunicar, que no lo hubiese hecho, parecióle que ya no quedaba sino dar cuenta de sí á la Iglesia y esperar su juicio para gobernarse por él.

Acaeció, pues, que vino (como es costumbre ordinaria) á la vista de la ciudad de Avila, el Lic. Salazar, que entonces era Inquisidor, y despues murió Obispo de Salamanca, determinóse de comunicar con él lo que sentia de su espíritu, creyendo que como hombre experimentado en estos casos semejantes, la podria desengañar. Oyóla conatencion, y respondióla que aquello no pertenecia á su Tribunal, á quien solamente toca castigar y enmendar lo que es culpa; que si era de Dios su espíritu, era gran merced suya; si demonio, era pena que padecia contra

su voluntad; y que no habia que temer, como ella no se dejase llevar á mal ninguno, si acaso se lo persuadiese ó engañase. Respondió sábia y cuerdate, y dejando de hacer oficio de Juez, lo hizo de padre; y aconsejóla que pusiese en un papel por escrito todo lo que sentia y habia pasado por ella, y que lo enviase al P. Mro. Avila, que residia en Andalucía, y florecia entonces con grande opinion de santidad y virtud, porque era hombre de muchas letras y espíritu, y la entenderia mejor.

Aprobaron este consejo sus Confesores, en especial el P. Mro. Fr. García de Toledo, Religioso de la Orden del glorioso Santo Domingo y Comisario de las Indias, y así por órden suya puso en escrito su vida, y el suceso de ella, y su espíritu, con todo lo que interiormente sentia, é hizo una relacion clara y entera, aunque algo breve, la cual, despues de algunos años, por mandato de su Confesor, escribió con mas distincion, segun que anda impresa en su vida. Esta envió á este Padre, que estaba entonces ausente, para que él la enviase al P. Mro. Avila, y con ella le envió esta carta:

CARTA de la Madre Teresa de Jesús al P. Mro. Fr. García de Toledo, de la órden del glorioso Santo Domingo.

«El Espíritu Santo sea siempre con V. m. Amen.

No seria malo encarecer á V. m. este servicio, por obligarle á tener mucho cuidado de encomendarme á Dios, que segun lo que he pasado en verme escrita y traer á la memoria tantas miserias mías, bien podria, aunque con verdad puedo decir que he sentido mas en escribir las mercedes que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo á Su Magestad. Yo he hecho lo que V. m. me mandó en alargarme, á condicion de que V. m. haga lo que me prometió en romper lo que mal le pareciese. No habia acabado de leerlo despues de escrito, cuando V. m. envia por él; puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podia tornar á ver lo que escribia: suplico á V. m. lo enmiende y

mande trasladar, si se ha de llevar al P. Mro. Avila, porque podria conocer alguno la letra. Yo deseo harto se dé órden, como lo vea, pues con ese intento lo comencé á escribir, porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda mas para hacer lo que es en mí; en todo haga V. m. como le pareciere, y vea está obligado á quien así le fia su alma; la de V. m. encomendaré yo toda mi vida al Señor; por eso dése prisa á servir á Su Magestad, para hacerme á mí merced; pues verá V. m. por lo que aquí vá, cuán bien se emplea en darse todo, como V. m. lo ha comenzado, á quien tan sin tasa nos dá. Sea bendito por siempre, que yo espere en su misericordia, nos veremos á donde mas claramente V. m. y yo veamos las grandezas que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos.»

Esta suma de su vida envió el P. Fr. García de Toledo (con Cartas suyas y de otros Confesores que habian sido de la Santa Madre) al P. Mro. Avila, pidiéndole que la viese y dijese su parecer. Vió este santo varon la relacion y pasos por donde Nuestro Señor llevaba á su sierva, y conoció luego que esta era obra de Dios, y respondiôla por escrito; y entre otras razones que dice en su Carta, escribe las siguientes:

CARTA del P. Mro. Avila, á la Santa Madre Teresa de Jesús.

«En los raptos hallo las señales que tienen los que son verdaderos. El modo de enseñar Dios al alma sin imaginacion y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro; y no hallo en él en qué tropezar, y San Agustin habla bien de él. Las hablas interiores han engañado á muchos en estos tiempos; las exteriores son las menos seguras. El ver que no son del espíritu propio, es cosa fácil de discernir; si son del espíritu bueno ó malo, es mas dificultoso. Dánse muchas reglas para conocer si son del Señor; y una es que sean dichas en tiempo de necesidad ó algun gran provecho: así como para confortar al hombre tentado ó desconfiado, ó para algun aviso de peligro; porque como un hombre prudente no habla palabra sin mucho peso, menos la hablará Dios. Y mirado esto, y ser las

palabras conforme á la Escritura divina y doctrina de la Iglesia, me parece las que en el libro están ser parte de Dios.» Y añade luego:

«Visiones imaginarias ó corporales, son las que mas duda tienen; y estas en ninguna manera se deben desear, antes se han de huir todo lo posible, aunque no por medio de dar higas, sino es cuando de cierto se sabe fuese espíritu malo, que cierto á mí me hizo horror las que en este caso se dieron. Debe el hombre suplicar al Señor no le lleve por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus Santos, guarde para el Cielo.» Y torna á decir: «Mas si todo esto hecho duran las visiones, y el ánima saca dello provecho, y no induce á vanidad, sino á mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y tiene esto por mucho tiempo, y con una satisfaccion interior, que se puede tener mejor que decir, no hay para qué huir dellas; aunque ninguno se debe fiar en su juicio en esto, sino comunicarlo luego con quien le pueda dar lumbre; y este es medio universal que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse al parecer ageno, no dejará engañar á quien desea acertar.» Y añade:

«Y no se debe nadie atemorizar, para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona á quien se dan, no es perfecta (esto dice, porque al principio de estas visiones no tenia la Santa Madre tanta perfeccion, ni tan sólidas las virtudes, como ya habemos contado), porque no es nuevo á la bondad del Señor sacar de malos, justos, y aun de pecados y graves, con darles muy dulces gustos suyos, segun lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa á la bondad del Señor? Mayormente, que estas no se dan por merecimiento, ni por ser uno mas fuerte, antes algunas personas mas flacas; y como no hacen á uno mas Santo, no se dan siempre á los Santos.» Y prosigue diciendo:

«No tienen razon los que por solo esto descreen estas cosas, porque son muy altas, y parece cosa increíble abajarse la Magestad infinita á comunicacion tan amorosa con una su criatura: escrito está que Dios es amor; y si amor infinito y bondad infinita de tal amor y bondad, no hay que maravillar haga tales escesos de amor, que turben á los que no le conocen; y aunque muchos le conozcan por Fé, mas la esperiencia

particular del amoroso y mas que amoroso trato de Dios con quien él quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto dónde llega esta comunicacion, y así he visto muchos escandalizados de ver las hazañas de Dios en sus criaturas, y como están de aquellos muy lejos, no piensan hace Dios con otros lo que con ellos no hace.» Y, finalmente, concluye:

«Páreceme, segun en este libro consta, vuestra merced ha resistido á estas cosas, aun mas de lo justo, páreceme le han aprovechado á su alma, especialmente le han hecho cóncocer mas su miseria propia, y faltas, y enmendarse dellas. Han durado mucho, y siempre con aprovechamiento espiritual, incitándola á amar á Dios, y á su propio desprecio, y á hacer penitencia; no veo por qué condenarlas; inclínome mas á tenerlas por buenas.»

Esta Carta de este santísimo varon anda impresa con las demás que él escribió á diferentes personas; y por el estilo de ella, por la gravedad y peso de las sentencias, por la claridad y distincion con que habla de cosas tan subidas, se echará de ver bien cuán grande fué el espíritu y santidad de su autor; y quien mas largamente se quisiere enterar de quién fué el P. Mro. Avila, lea sus libros, que son bien conocidos y estimados en toda España y fuera de ella, y lo que en alabanza suya escribió el Religiosísimo P. Fr. Luis de Granada, el cual á la larga trata de su vida y virtudes; y entre otras gracias y dones que el Señor le comunicó, dice haberle dado particularmente dón de discrecion y conocimiento de espíritus; allí hace tambien mencion cómo conoció y aprobó el espíritu de nuestra Santa, y de esta Carta que le escribió, como tambien referimos en el prólogo de este libro. Todo esto se ha dicho para que se entienda cuánto se ha de estimar la aprobacion de este varon de tanta virtud y discrecion. Otra Carta le escribió este santo varon en otra ocasion á la Santa Madre, en la cual le vuelve á asegurar de su buen espíritu y modo de oracion.

Razon será que á tantas y tan graves aprobaciones añadamos aquí otra gravísima y digna de que el Autor de ella no se disimule, la cual se halló en la Encarnacion entre otros papeles de la Santa Madre. Cuanto yo he podido colegir de ella, parece de algun Padre de la Compañía de Jesus, y que

se hizo para informar al P. Mro. Avila, porque está escrita por via de relacion. Pero ahora sea suya, ahora de otro, el Autor, sin duda, era muy docto y espiritual, y la relacion bien fundada y digna de ser leida. Contiene en sí treinta y tres razones, que cada cual de ellas, en materia de espíritu, es eficacísima, y todas juntas hacen una demostracion de su grande virtud y santidad.

RELACION del espíritu y modo de oracion de la Santa Madre, que hizo un Confesor suyo:

1. El fin de Dios es llegar una alma á sí, y el del demonio apartarla de Dios. Nuestro Señor nunca pone medios que aparten á uno de sí, ni el demonio que lleguen á Dios: todas las visiones y las demás cosas que pasan por ella la llegan mas á Dios, y la hacen mas humilde, obediente, etc.

2. Doctrina es de Santo Tomás y de todos los Santos, que en la paz y quietud del alma que deja el Angel de luz, se conoce; nunca tiene estas cosas que no quede con grande paz y contento, tanto, que todos los placeres de la tierra juntos no son como el menor.

3. Niguna falta tiene, ni imperfeccion, de que no sea reprehendida del que la habla interiormente.

4. Jamás pidió ni deseó estas cosas, sino cumplir en todo la voluntad de Dios Nuestro Señor.

5. Todas las cosas que le dice van conformes á la Escritura divina, y á lo que la Iglesia enseña, y son muy verdaderas en todo rigor escolástico.

6. Tiene muy gran puridad de alma, gran limpieza, deseos ferventísimos de agradar á Dios, y á trueco de esto atropellar á cuanto haya en la tierra.

7. Hánle dicho que todas las cosas que pidiera á Dios, siendo justo, se le dará: muchas ha pedido, y cosas que no son para Carta por ser largas, y todas se las ha concedido Nuestro Señor.

8. Cuando estas cosas son de Dios, siempre son ordenadas para bien propio, comun ó de alguno. De su aprovechamiento tiene esperiencia, y del de otras muchas personas.

9. Ninguno la trata (si no lleva prava disposicion) que sus cosas no le muevan á devocion, aunque ella no las dice.

10. Cada dia va creciendo en la perfeccion de las virtudes, y siempre la enseñan cosas de mayor perfeccion. Y así en todo su discurso de tiempo, en las mismas visiones ha ido creciendo, de la manera que dice Santo Tomás.

11. Nunca le dicen novedades, sino cosas de edificacion, ni le dicen cosas impertinentes.

12. De algunos le han dicho que están llenos de demonios; pero para que entienda cuál está un alma cuando mortalmente ha ofendido al Señor.

13. Estilo es del demonio cuando pretende engañar, avisar que callen lo que les dice, mas á ella que lo comunique con letrados siervos del Señor. Y que cuando callare, por ventura le engañará el demonio.

14. Es tan grande el aprovechamiento de su alma con estas cosas, y la buena edificacion que dá con su ejemplo, que mas de cuarenta Monjas tratan en su casa de grande recogimiento.

15. Estas cosas ordinariamente le vienen despues de larga oracion y de estar muy puesta en Dios, y abrasada en su amor ó comulgando.

16. Estas cosas le ponen grandísimo deseo de acertar, y que el demonio no la engañe.

17. Causan en ella profundísima humildad, conoce lo que recibe ser de la mano del Señor, y lo poco que tiene de sí.

18. Cuando está sin aquellas cosas, suélenle dar pena y trabajo cosas que se le ofrecen; en viniendo aquello no hay memoria de nada, sino gran deseo de padecer, y de esto gusta tanto que se espanta.

19. Causanle holgarse y consolarse con los trabajos, murmuraciones contra sí, enfermedades, y así las tiene terribles de corazon, vómitos y otros muchos dolores; los cuales, cuando tiene las visiones, todos se le quitan.

20. Hace muy grande penitencia con todo esto; ayunos, disciplinas y mortificaciones.

21. Las cosas que en la tierra le pueden dar contento alguno, y los trabajos, que ha padecido muchos, sufre con igualdad de ánimo, sin perder la paz y quietud de su alma.

22. Tiene tan firme propósito de no ofender al Señor, que tiene hecho voto de ninguna cosa entender que es mas perfec-

cion, ó que se la diga quien lo entiende, que no la haga. Y con tener por Santos á los de la Compañía y parecerla que por su medio Nuestro Señor le ha hecho tantas mercedes, me ha dicho á mí que si no tratarlos supiese que es mas perfeccion, que para siempre jamás no les hablaria, ni veria con ser ellos los que han quitado y encaminado en estas cosas.

23. Los gustos que ordinariamente tiene, y sentimiento de Dios, y derretirse en su amor, es cierto que espanta, y con ellos se suele estar todo el dia arrobada.

24. En oyendo hablar de Dios con devocion y fuerza, se suele arrebatarse muchas veces, y con procurar resistir, no puede, y queda entonces tal á los que la ven que pone grandísima devocion.

25. No puede sufrir á quien la trata que no la diga sus faltas y no la reprenda, lo cual recibe con grande humildad.

26. Con estas cosas no puede sufrir á los que están en estado de perfeccion que no la procuren tener conforme á su instituto.

27. Está despegadísima de parientes, de querer tratar con las gentes, amiga de la soledad; tiene gran devocion con los Santos, y en sus fiestas y misterios que la Iglesia representa tiene grandísimos sentimientos de Nuestro Señor.

28. Si todos los de la Compañía y siervos de Dios que hay en la tierra, le dicen que es demonio, ó dijese, teme y tiembla antes de las visiones; pero en estando en oracion y recogimiento, aunque la hagan mil pedazos, no se persuadirá sino que es Dios el que la trata y habla.

29. Hála dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo que espanta. Solia ser temerosa, ahora atropella á todos los demonios; es muy fuera de melindres y niñerías de mujeres, muy sin escrúpulos; es rectísima.

30. Con esto le ha dado Nuestro Señor el dón de lágrimas suavísimas; grande compasion de los prógimos; conocimiento de sus faltas; tener en mucho á los buenos; abatirse á sí misma, y digo cierto que ha hecho provecho á hartas personas, y yo soy una.

31. Traia ordinaria memoria de Dios y sentimiento de su presencia. Ninguna cosa le han dicho jamás que no haya sido así, y no se haya cumplido, y este es grandísimo argumento.

32. Estas cosas causan en ella una claridad de entendimiento, y una luz en las cosas de Dios admirable.

33. Que le dijeron que mirase las escrituras, y que no se hallaria que jamás alma que desease agradar á Dios hubiese estado engañada tanto tiempo.»

Estas razones contenia este papel que (como he dicho) se halló entre otros de la Santa Madre en la Encarnacion de Avila. Las razones son mucho eficaces; el estilo muestra ser hombre letrado, espiritual; por lo que aquí dice se echa de ver ser Confesor de la Santa Madre, y asimismo ser verdad todo lo que escribe; así por lo que habemos dicho, como por lo que yo esperimenté en ella. El P. M. Fr. Pedro Ibañez, Rector del Colegio de San Gregorio en Valladolid, y confesor que fué por muchos años de la Santa Madre, escribió un tratado de muchos pliegos, juntando muchas cosas de la Escritura y de los Santos, en aprobacion de su espíritu, el cual he visto yo de su letra, y por ser tan largo no le pongo aquí.

LIBRO SEGUNDO.

De los Monasterios de la nueva reformation de los Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Cármen, á que dió principio la Santa Madre Teresa de Jesús.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo nuestro Señor inspiró á la bienaventurada Madre Teresa de Jesús que hiciese una nueva reformation de su Orden, y las causas que á esto le movieron.

Con la respuesta que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesús del P. Avila (que fué luz y gloria de sus tiempos), por ser de hombre tan docto y ejercitado en cosas de espíritu, y con las demás aprobaciones que en el primer libro habemos contado, procedió de allí adelante con mas seguridad, aunque siempre con aviso y recato; entendiendo que con los que habla Dios y les dá semejantes visiones, á veces tambien se disimula el demonio y se finge Angel de luz, queriendo remedar lo que Dios hace.

Con esta aprobacion, mirando siempre por sí, como quien camina con temor de ladrones, y guiándose con la obediencia, proseguia su camino segura, creciendo Dios en las mercedes, y ella en las virtudes y amor suyo. Mas como el amor Divino sea fuego que nunca cesa de dar calor y luz donde está, ni deja estar ociosas las almas donde vive (porque siempre las está moviendo y despertando á mayores cosas del servicio de Dios, buscando continuamente nuevas ocasiones para que lo que está en el corazon se muestre en las obras), hacia en la Santa estos mismos efectos, y como ya Su Magestad habia dado calor al alma para digerir otros manjares mas gruesos,

no se satisfacía con los ordinarios de que hasta allí se había sustentado, y así, vencida del amor, imaginaba mil trazas y pensaba de continuo cómo agradaría mas á quien tanto debía.

Andaba ocupada en este pensamiento, y despues de haber visto en una vision que tuvo del infierno, las tinieblas, penas y tormentos que pasan allí los condenados, donde vió el lugar tambien que por sus pecados mereciera si ella pasara adelante en el camino que antes llevaba, si el Señor no la previniera y sacara con su poderosa mano de las ocasiones en que se iba enredando; despues de haber visto la gloria y premio que se dá á los buenos, y otras grandes cosas y secretos que el Señor por su bondad la quiso mostrar, comenzáronle á dar grandísima pena dos cosas. La primera ver cuán mal habia agradecido al Señor tan gran merced de haberla librado del infierno, y cuán poca penitencia (á su parecer) habia hecho de sus pecados, que esta es la condicion de los que verdaderamente aman á Dios, que nunca les parece que han comenzado á servirle. Procuraba de mil modos cómo pudiese hacer mas penitencia, para satisfacer en algo tan gran deuda, y ganar tanto bien y tesoro como Dios tiene guardado para los que le sirven. Deseaba huir de las gentes á los desiertos, como hicieron antiguamente otras Santas; y metida en una cueva, apartada ya del mundo, dar fin á las cosas de él y principio á sus deseos. Inventaba otros mil modos para afligir y castigar su cuerpo, y nada le satisfacía.

La segunda cosa que le daba grandísima pena, era ver las muchas almas de los Luteranos que se condenaban; que habia visto las penas del infierno, y reconocido los bienes eternos de la gloria; sentia con grandísimo extremo que aquellos malaventurados trocasen con tanta ceguedad, tanto bien por tan incomportable daño. Este celo nacido del fuego de amor que en su pecho ardia, comia y abrasaba sus entrañas, y nacíanle de aquí unos grandes ímpetus de aprovechar almas, y en tanto grado, que ciertamente no dudara por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasar ella muchas muertes, y no acababa de compadecerse y deshacerse en lágrimas, considerando tantas almas como el demonio por medio de las herejías habia ganado para sí, y ganaba cada dia las abominaciones de los pecados sin cuento, las afrentas y traiciones con Dios, cuya

honra ella celaba y pretendia. Y de una misma raiz de la caridad nacia dos rayos de amor tan fuertes, el uno de amor de sus prógimos, el otro de la gloria de Dios, que ambos encendian y abrasaban su alma.

Por esta causa de dia y de noche no cesaba de importunar al Señor con oraciones y lágrimas por el remedio de tantos males; pero como se veia á solas en esta demanda, y tenia tan poca satisfaccion de sus merecimientos y vida, todo cuanto hacia le parecia poco, y así crecian en ella de nuevo aquellas ansias mortales que tenia de la salvacion de aquestos ciegos y desdichados. No sosegaba su espíritu con estos cuidados, ni se llenaban sus deseos con cosa alguna de las que pensaba para remedio de tan graves daños; mas este desasosiego no era inquieto, sino sabroso, y echábase bien de ver que era de Dios.

En medio de estos pensamientos ofreciósele que lo primero y mas acertado era ser perfecta en su estado y llamamiento, guardando la primera perfeccion de su Regla; porque aunque es verdad que en el Monasterio donde estaba se guardaba la Regla de Nuestra Señora del Cármen, que dió San Alberto, Patriarca de Jerusalem, en el año de mil ciento setenta y uno á los Ermitaños que moraban en el Monte Carmelo, junto á la fuente del Profeta Elías; pero estaba ya esta Regla mitigada por Inocencio IV, en el año del Señor de mil doscientos cuarenta y ocho, despues por Eugenio IV, el año de mil cuatrocientos treinta y uno. Y además de estas mitigaciones de estos y otros Pontífices, aunque en aquel Monasterio se vivia religiosamente, no se guardaba clausura, y habia otros inconvenientes, y no era el menor para la Santa el mucho regalo que le parecia tenia en ella, por ser grande y deleitosa. Todo esto le ayudaba á procurar guardar aquella primera Regla que, como abajo diremos, es de suma perfeccion y rigor. Este fué el pensamiento que mas le cuadraba y satisfacía á sus deseos.

En este tiempo, cuando esta Santa vírgen estaba revolviendo entre sí estos altos pensamientos, ocupada toda en nuevas trazas é invenciones de amor, para servir mas á su divino Esposo, vino á su noticia el grande estrago que comenzaba á hacer en Francia y otras partes la herejía de Lutero, y de otros desventurados y ciegos herejes; pues como ya

ella estuviese tocada tan fuertemente del deseo de la salvacion de las almas, fácilmente prendió en la suya un fuego tan encendido y fuerte, que de la manera que un rayo cuando hiere en un árbol con la fuerza del golpe y de su secreta virtud, convierte á aquella parte donde hirió las ramas y hojas del árbol; de la misma suerte, olvidada la Santa de su quietud, de sí misma, de su premio y de su gloria, se convirtió y entregó toda á procurar como ella podia el remedio de estas almas; y así, aunque sus deseos habian sido hasta allí de asentar una vida áspera y penitente; pero de allí adelante (como ella escribe en el Camino de Perfeccion) (*ibid. cap. 1.*) se determinó á plantear un Monasterio, con el extremo de rigor que en fuerzas humanas se permitia, como la que ya trataba de ordenar la penitencia y oracion suya y de sus compañeras, para satisfacer por tantos pecados y aplacar á Dios, que tan ofendido le tenian los pecados del mundo. Estos eran los motivos que la estimulaban entonces para hacer nueva profesion de la primera y antigua Regla de su Orden.

No era suyo este pensamiento, sino de Dios, y como de tal mano, venia tal remedio, que bastaba para curar las llagas de su amor, y cumplir con las dos cosas que pedia su deseo, que eran como habemos contado, hacer nuevo sacrificio de su cuerpo con nuevos rigores y penitencias, y hallar algun remedio para que el Señor alzase la mano de su ira, y castigo que por nuestros pecados enviaba á su Iglesia; porque en la Regla de Alberto hallaba el rigor y penitencia que ella buscaba, por ser una de las Reglas de mas aspereza que hay en la Iglesia, como se verá cuando la refiramos. Tambien era un efficacísimo medio para lo que principalmente la Santa pretendia, que era ayudar con sus oraciones á la Iglesia, rogando á Dios por las almas de los que están ciegos y obstinados en la herejía; porque entre otros preceptos que esta Regla tiene, uno es principalísimo, que obliga á los profesores de ella á que de dia y de noche (cuando á la fragilidad humana permite) estén ocupados en continua oracion y meditacion de la Ley del Señor; por aquí hallaba un medio convenientísimo para lo que pretendia; pues ya que á ella la predicacion y doctrina, y otros caminos de aprovechar almas, por ser mujer no le eran permitidos, le quedaba la puerta abierta para este de la oracion, que es el mas necesario, y con que mas le podia ayudar.

Pensaba en esto algunos ratos, y cuanto mas lo miraba y encomendaba á Nuestro Señor, mejor le parecia. No cabia de contento considerándose en una casa pobre, vestida de un saco, junta con otras de su trato y espíritu, y ocupadas todas en oracion, sin locutorios, ni redes desasida de lo de acá, y puesto el corazon en su Esposo. Trataba consigo misma cómo podrian poner en ejecucion estos pensamientos, y andaba metida en mil cuidados; porque el amor y deseo que tenia de verse apartada y retirada con pocas, viviendo como deseaba vivir, la metia en este pensamiento, mas sacábanla de él mil imposibilidades que luego se le ofrecian; porque se le ponía delante la dificultad de alcanzar la licencia de los Prelados, la poca posibilidad para el edificio y fundacion de la casa, la novedad que habia de causar este hecho, y el decir de las gentes; y no le daba menos pena si habia de haber quien la quisiese seguir, y cuando esto hallaba, temia el suceso suyo y de sus compañeras; pero como no era ella el Autor de estos deseos y pensamientos, tornábanle, y siempre mas encendidos, porque el Señor que les ponía, tambien los apresuraba, viendo que se llegaba el tiempo determinado por él.

Y para que mejor se vea de cuán pequeños principios comienza Dios obras tan grandes, el que tuvo la nueva reformation de los Descalzos, fué este. Tenía una sobrina la Santa Madre, llamada doña María de Ocampo, que despues fué Monja Descalza, y se llamó María Bautista, á quien la Santa Madre amaba mucho: estaba esta señora (cuando la Santa andaba revolviendo dentro de sí estos pensamientos) por seglar en el Monasterio de la Encarnacion de Avila, y tratando un dia de cuán pesada vida era la que en aquella casa se pasaba, por haber tanta gente, dijo esta señora, que seria bien que las que estaban allí (que entonces estaban algunas juntas en conversacion) se fuesen á vida mas solitaria, á manera de Ermitañas, y de palabra en palabra se vino á encender la plática, de manera que ya la que la habia comenzado, daba mil ducados de su legítima para la Casa; cosa que á la Madre dió mucho gusto, por ver que en medio de sus galas y vanidad se mostrase tan celosa de obra que era tan fuera de lo que su hábito pedia.

Pues como la Madre andaba con estos deseos, comenzólo á tratar con doña Guiomar de Ulloa (que era la señora que

arriba dijimos ser gran amiga suya), la cual salió muy bien á ello, y ofreció de ayudar á esta obra, que tan del servicio de Dios le parecia; y comenzaron ambas con muchas veras á encomendarlo á Dios, que como tenia gana de que se hiciese, así ordenaba de que se lo rogase y pidiese mas su sierva. Andando en estos fervores y suplicaciones, un dia, acabando la Santa Madre de comulgar, y estando así recogida, le apareció el Señor, y le dijo claramente que lo intentase, como ella cuenta por estas palabras: «Habiendo un dia comulgado, mandóme mucho Su Magestad lo procurase con todas mis fuerzas (*Vida cap. 32.*), haciéndome grandes promesas de que no se dejaria de hacer el Monasterio, y que se serviria mucho en él, y que se llamase San José, y que á la una puerta nos guardaria él, y Nuestra Señora á la otra, y que Cristo andaria con nosotras, y que seria una estrella que diese de sí gran resplandor; y que, aunque las Religiones estaban relajadas, que no pensase se servia poco en ellas, que qué seria del mundo si no fuese por los Religiosos; que dijese á mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba él que no fuese contra ello ni lo estorbare.»

Esto le dijo Nuestro Señor á la Santa, y fué esta vision con tan grandes efectos, que no podia dudar que era Dios el que la hablaba, y así animóse mucho con esto, aunque el sentido y la carne se encogia, sintiendo la desnudéz que seguia, porque luego que se lo dijo el Señor, tuvo por muy cierto que habia de ser, y así comenzó á desasirse de algunas cosas que le hacian agradable la vivienda de su Monasterio; y aunque se le representaban las dificultades que habia, los trabajos y contradicciones que le podian venir, todo lo vencia la voluntad del Señor, el cual, no solo una vez, mas otras muchas se lo decia y mandaba, como ella escribe: «Fueron muchas veces (dice) las que el Señor (*Vida cap. 32.*) me tornó á hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones, que yo veia ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo á mi Confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. El no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veia que no llevaba camino conforme á razon natural, por haber poquísima y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo habia de hacer.»

Vióse el Confesor aquí en grande confusion, porque ni le

parecia justo contradecirlo, ni tampoco conforme á prudencia aconsejar lo que á la razon humana se le representaba como imposible. Resolvióse en que lo tratase la Santa Madre con su Provincial, y que lo que él respondiese, eso hiciese. Era Provincial Fr. Angel de Salazar, hombre muy Religioso y amigo de toda reformation y virtud. Dióle cuenta del caso doña Guiomar de Ulloa, poniéndole delante la comodidad que para esto habia: parecióle bien al Provincial, y ofreció les daria su licencia. Habia escrito antes la bienaventurada Santa al P. Fr. Pedro de Alcántara, pidiéndole su parecer; y respondió le parecia cosa muy acertada, y de que el Señor se serviria mucho; y que así, no lo dejase de hacer. Y no se contentó la Santa Madre con tener la luz y prendas del Cielo que tenia para emprender este negocio; porque aunque tenia por muy ciertas las hablas y visiones de Dios, no se regia inmediatamente por ellas, si no eran aprobadas primero por su Confesor; pero aquí, por ser el negocio tan grave y extraordinario, demás del Confesor, del Prelado, del P. Fr. Pedro de Alcántara, lo envió á consultar con el bienaventurado P. Fr. Luis Beltran, cuya santidad en aquel tiempo resplandecia en España como una estrella; y habiendo llegado la fama de ella á Avila, parecióle á la Santa que quien estaba tan cerca de Dios, sabia bien dar noticia de su voluntad y gusto, y así le envió á pedir consejo escribiéndole una carta, dándole en ella cuenta de lo que hasta allí habia pasado. A esta respondió el Santo (como refiere el P. Mro. Fr. Vicente Justiniano en las adiciones que hizo á la vida del P. Fr. Luis Beltran) por estas palabras: «La bienaventurada Madre Teresa de Jesús, Fundadora de las Descalzas y Descalzos Carmelitas, en los primeros años que trató de fundar la reformation de su Orden, procuró consultar su intento con muchas personas espirituales, particularmente con el P. Fr. Luis Beltran. Envióle una carta, y dióle cuenta de su deseo, y de algunas revelaciones que habia tenido sobre ello: el P. Fr. Luis, encomendando á Dios en sus oraciones y sacrificios los buenos intentos della, al cabo de tres ó cuatro meses, le respondió en esta forma:

CARTA del P. Fr. Luis Beltran, para la Madre Teresa de Jesús.

«Madre Teresa, recibí vuestra carta, y porque el negocio so-

bre que me pedís parecer es tan en servicio del Señor, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y esto ha sido la causa de haber tardado en responderos; agora digo, en nombre del mismo Señor, que os animeis para tan grande empresa, que El os ayudará y favorecerá; y de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años que vuestra Religion no sea una de las mas ilustres que haya en la iglesia de Dios; el cual os guarde, etc. En Valencia.

Fr. Luis Beltran.»

Por el estilo de esta carta se echará de ver la llaneza y verdad en que los Santos tratan.

CAPITULO II.

De las contradicciones que se levantaron contra la Santa Madre en la fundacion del primer Monasterio.

Estaba la Santa muy contenta con los testimonios y aprobaciones que tenia del Cielo y de la tierra, de su fundacion; mas duróle poco la alegría, porque luego que en Avila se comenzó á entender su intento, y el demonio, que adivinaba su daño, levantó una gran borrasca por todo el lugar, de suerte que no se podria escribir en breve la persecucion que vino sobre ella y su compañera, que era aquella señora que la ayudaba. Comenzáronse á despertar los dichos, las risas, las mofas, el decir que era disparate, y tanta diversidad de pareceres, que no solo lo general del pueblo se le mostraba contrario, mas tambien hombres doctos y espirituales de él lo contradecian; tanto, que vino el negocio á caso de duda, no solo de si se haria, mas si era lícito el hacerlo, y á aquella señora, llamada doña Guiomar de Ulloa, la negaron por esta causa la absolucion, que para su condicion natural y escrúpulos, fué cosa de trabajo grandísimo. Andaba la Santa muy fatigada, y no sabia qué se hacer; fuese á Nuestro Señor (como ella lo hacia siempre) y comenzó Su Magestad á consolarla y animarla; díjola que aquí veria lo que habian pasado los Santos que habian fundado las Religiones; que muchas mas persecuciones tenia por pasar de las que podia pensar; que no se

le diese nada. Con esto se consolaba y aquietaba la Madre, pero no los alborotos; porque demás de los que en el pueblo se habian sembrado (que no habia persona en él que no fuese contra la Santa, y le pareciese grandísimo disparate), en su Monasterio fueron tantos los dichos y murmuraciones, que al Provincial le pareció cosa récia ponerse contra todos, así los de dentro, como los de fuera del Monasterio; y así mudó de parecer, y no quiso admitir la fundacion, ni dar licencia para ella; dando excusas, que al parecer eran fundadas en razon y prudencia. Residia por aquel tiempo en Avila un Padre Domingo Presentado en su Orden, y tenido en aquel pueblo en gran posesion de letrado, llamado Fr. Pedro Ibañez (de quien habemos hecho mencion arriba), que hasta entonces no habia salido ni entrado en aqueste negocio: á este dieron parte de él las dos. Doña Guiomar le dió cuenta de la renta que pensaba dar al Monasterio, y la Santa Madre de las razones que la movian á hacerlo; pero no le dijo que tenia revelaciones de Dios para ello, porque ella no queria que sus negocios se juzgasen por las revelaciones, sino por el Evangelio y las demás Reglas que tiene Dios puestas en su Iglesia. Pidió este Padre prudentemente término de ocho dias para responderlas, y quiso saber primero si estaban determinadas á seguir su parecer; dieron ambas palabra de estar por lo que dijese, aunque ninguna de ellas se persuadia que no habia de ser, mas halláronse con obligacion de seguirle (*Vida cap. 32.*), particularmente la Santa Madre, como ella cuenta: «Yo (dice) aunque me parecía imposible dejarse de hacer, de tal manera creo ser verdadera la revelacion, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura ó contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados á hacer; porque aunque á mí verdaderamente me parecía era Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, paréceme luego me apartara dello.»

El P. Presentado se encargó (como despues confesó á la Santa Madre) del negocio con determinacion de hacer todo cuanto pudiese por apartarlas de su intento, que ya habia venido á su noticia el clamor del pueblo, y le parecia tambien desatino como á los demás, y habia pedido el término tan largo para estorbarlo mas despacio. Pero como Dios, que tenia determinado lo que habia de ser, y que escogia á este mismo

Padre por medio, para que lo fuese de esta obra, mudóle de manera en el plazo de los ocho dias que pidió, que mientras mas miraba lo que habia de responder, y pensaba el negocio, y el intento que llevaban, y manera de concierto y Religion, mas se le asentaba ser muy conveniente que se hiciese, y obra en que Dios se servia mucho, y que no habia de dejar de hacerse. Y así, antes que se cumpliesen los ocho dias, la respondió se diesen prisa á concluirlo, y que aunque la hacienda era poca, que algo se habia de fiar de Dios. Dióles la traza y manera que habian de tener para negociar, y tomó á su cargo el defenderlas y ayudarlas, respondiendo en su favor á todos cuantos las contradijesen. Con esto, aunque hasta allí habian sido casi todos los del pueblo los que contradecian, de allí adelante hubo algunos que comenzaban á ser de su parte, con lo cual se iba tambien el Provincial inclinando á dar su licencia.

Con esta respuesta trataron luego de poner en ejecucion lo que tanto habian deseado, y así concertaron de comprar una casa (que es donde ahora está el Monasterio), y aunque era muy pequeña para el fin que pretendian, á la Madre se le daba poco, porque el Señor la habia dicho que entrase como pudiese, que ella veria despues lo que El hacia. Tuvieron concertado la compra de la casa, y habiéndose de hacer el dia siguiente las escrituras, apretando el demonio de nuevo su obra, y oscureciendo con razones aparentes y de prudencias humanas los ánimos y juicios de muchos, á otros abriendo las bocas con el ódio que (por su daño) tiene al bien, y dándoles colores honestos á sus dichos, levantó tal grita, que vino la causa y alboroto á los oidos del Provincial, el cual, viendo la murmuracion de la ciudad y del Monasterio de la Encarnacion, se confirmó mas en que no convenia y que era cosa récia ponerse contra tantos, y así se resolvió, y dijo no queria dar la licencia que antes habia ofrecido.

Como el Provincial no quiso admitir la fundacion, luego su Confesor mandó que no entendiese mas en ella, y habiendo costado á la Santa Madre muchos trabajos y aflicciones el traer los negocios al estado en que estaban, con todo esto alzó la mano con tanta facilidad y paz de su alma, como si nunca hubiera tratado de esto; porque contra la voluntad de su Prelado, ni la de su Confesor, estaba resuelta de no hacer cosa alguna.

Cesó por entonces, y comenzaron de nuevo (como la Santa escribe) las murmuraciones, aunque ella conservaba siempre aquella paz y serenidad de su alma, sin perder su sosiego ni quietud, y mucho menos la esperanza de que se habia de hacer, como lo escribe por estas palabras (*Vida cap. 33.*): «Como se dejó y quedó así, confirmóse mas ser disparate de mujeres y á crecer la murmuracion sobre mí, con haberlo mandado hasta entonces mi Provincial. Estaba muy mal quista en todo mi Monasterio, porque queria hacer Monasterio mas encerrado; decian que las afrentaba, que allí podia tambien servir á Dios, pues habia otras mejores que yo, que no tenia amor á la casa, que mejor era procurar renta para ella que para otra parte; unas decian que me echasen en la cárcel, otras (bien pocas) tornaban algo por mí. Yo bien via que en muchas cosas tenian razon, y algunas veces dábales descuento, aunque como no habia de decir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabia qué hacer, y así callaba; otras hacíame Dios muy gran merced que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad y contento lo dejé, como si no me hubiera costado nada, y esto no lo podia nadie creer, ni aun las mismas personas de oracion que me trataban, sino que pensaban estaba muy penada y corrida, y aun mi mismo Confesor no lo acababa de creer; yo como me parecia que habia hecho todo lo que habia podido, parecíame no era mas obligada para lo que me habia mandado el Señor, y quedábame en la casa que yo estaba muy contenta, y á mi placer; aunque jamás podia dejar de creer que habia de hacerse, yo no via ya medio, ni sabia cómo, ni cuándo, mas tenía lo muy cierto.»

CAPITULO III.

Deja la Santa Madre de tratar de la fundacion de su Monasterio por algun tiempo: mandóle Nuestro Señor que la prosiga, y los trabajos que en esto pasó.

Maravilloso es el Señor en sus obras, y son sus pensamientos y trazas, sobre todo lo que nuestra bajeza puede comprender. ¿Quién dijera que un Dios tan poderoso y tan sábio, queriendo hacer una casilla pobre y pequeña, y dar princi-

pio á un negocio de tanto gusto y gloria suya, habia de permitir contradicciones tan fuertes, tantas dilaciones de tiempo, y usar de tantas trazas, como si solo tuviese querer y no poder? Verdaderamente eso es lo que maravilla y hace á nuestro Dios admirable y bueno, pues pudiendo él solo hacer la cosa, quiere darnos parte, para que costándonos trabajos, sea el merecimiento y premio mayor; que aunque él es el principal Autor de todo lo bueno, y las criaturas son instrumentos y medios suyos, obra suavemente, y mueve nuestra voluntad al bien, dejándola en manos de su consejo y libertad.

Bien pudo Dios en esta fundacion con una palabra hacer la casa, pues con otra crió al mundo, y poner á la Santa en ella, y hacer que diese de nuevo licencia el Provincial, y que la aprobase el Confesor, darla compañeras que la siguiesen, dineros que gastase, y allanar las dificultades que hubiese, y juntar todo lo demás que fuera necesario para una fundacion de un Monasterio; pero fué servido Su Magestad para mayor gloria suya y de su Santa, que á ella le costase tanto trabajo, tantas oraciones y cuidados, y que en esto tuviesen parte, así aquella señora como los Confesores que la ayudaban. Verdad sea que el P. Baltasar Alvarez (que al presente lo era de la Santa Madre), viendo que el Provincial la habia quitado la licencia, el alboroto y grita que en el pueblo pasaba (de que á él tambien le debió de alcanzar alguna parte, como al que regia y gobernaba á la Santa) alzó la licencia que la tenia dada, y juzgó que debia de ser más imaginacion suya que órden de Dios. Escribióle una carta en que le decia que por el suceso que el negocio habia tenido, veria que era todo sueño, que se enmendase de allí adelante en no querer salir con nada, ni hablar mas en ello; pues veia el escándalo que habia causado y otras cosas semejantes á estas. Fatigó mucho á la bienaventurada Madre esta carta, por estar entonces en medio de los mayores trabajos y persecuciones, y ser él el Confesor de donde esperaba algun consuelo. Debia querer el Señor que tambien de aquella parte que mas le habia de doler no le dejase de venir algun nuevo trabajo.

Estaba ya aquí la Santa sin arrimo alguno de los que á ella le hacian al caso, porque así el Provincial (como habemos dicho), como el Confesor, le habian quitado la licencia de tratar

de este negocio. Esto le daba grandísima pena, y ponía en nueva tribulación y aprieto; porque Nuestro Señor la había dicho muchas veces que tratase con diligencia esta fundación; sus Confesores y la obediencia, que eran las reglas mas ordinarias y ciertas de sus obras, se lo contradecían; de suerte que estaba metida en gran perplegidad y trabajo. Comenzó aquí el demonio á renovar los pasados, procurando hacerle creer que todas sus revelaciones debían de ser imaginaciones y sueño, pues habían pasado tantos escándalos como en el pueblo habían nacido de esta fundación, y no se seguía ni esperaba fruto alguno.

Pero el Señor, que siempre estaba á la mira esperando la mayor necesidad de su sierva para acudir con su ayuda y consuelo, la animó y habló como ella misma refiere: «Esto me la dió mayor (va tratando de la pena que le dió la carta de su Confesor) (*Vida cap. 33.*) que todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasion y tenido culpa en que se ofendiese Dios, y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la oracion que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada y perdida. Apretóme esto en tanto extremo, que estaba toda turbada y con grandísima afliccion; mas el Señor, que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado (hartas veces me consolaba y esforzaba, que no hay para qué lo decir aquí), me dijo entonces que no me fatigase, que yo había mucho servido á Dios, y no ofendídale en aquel negocio, que hiciese lo que me mandaba el Confesor en callar por entonces hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Quedé tan consolada y contenta, que me parecía todo nada la persecucion que había sobre mí. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por El; porque fué tanto el acrecentamiento que ví en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas que yo me espantaba, y esto me hace no poder dejar de desear trabajos. Y las otras personas pensaban que estaba muy corrida, y sí estuviera si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron mas grandes los ímpetus de amor de Dios que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba, y no decía á nadie estas ganancias.»

En esta ocasion vino á ver á la Santa Madre el P. Fr. Pedro Ibañez, que era el que la había comenzado á ayudar y de-

fender, y de nuevo hacia lo mismo, teniendo por muy cierto había de tener efecto la fundacion, y viendo que la Madre había ya alzado la mano, y no trataba por entonces de ella mas que si nunca le hubiera pasado por el pensamiento, tomó él muy á pechos este cuidado, y juntamente con aquella señora negociaban y daban trazas, y escribian á Roma, procurando Breve de Su Santidad para que se hiciese. El demonio, que tan receloso andaba de este negocio, bramaba como leon furioso, y buscaba mil modos y trazas cómo oscurecer la fama de nuestra Santa, ó por lo menos ponerle grandes temores para que dejase lo que comenzaba. Procuró que de una persona en otra se divulgase que la bienaventurada Madre había tenido alguna revelacion en este negocio, con lo cual algunos que bien la querian, comenzaron á temer y alborotarse, y con mucho miedo la decian que andaban los tiempos récios y peligrosos, que seria bien se dejase de aquellos intentos, que aunque eran buenos y salian de pecho celoso y cristiano, podria ser le levantasen algo y fuesen á los Inquisidores, de donde le naciese alguna inquietud y deshonra. Mas como la Santa tenia dentro de su alma al mismo Dios, y por otra parte no daba paso sin parecer de sus Confesores y otros letrados, hacia poco caso de estos dichos, aunque no dejó nuevamente de comunicar su vida y oracion con el P. Fr. Pedro Ibañez, que era tan letrado y prudente como habemos dicho.

Y porque se vea la poca pena que esto la daba, y la mucha verdad que vivia en su alma juntamente con la generosidad y grandeza de su ánimo que le había dado Nuestro Señor, pondré aquí sus palabras y respuesta que dió á los que la ponian estos temores: «A mí me cayó esto en gracia y me hizo reir, porque en esto jamás yo temí; que sabia bien de mí que en cosa de la Fé contra la menor ceremonia de la Iglesia que álguien viese yo iba por ella, ó por cualquiera verdad de la Sagrada Escritura, me pusiera yo á morir mil muertes, y dije que de eso no temiesen, que harto mal seria para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisicion, que si pensase había para qué, yo me la iria á buscar, y que si era levantado, el Señor me libraria y quedaria con ganancia, y tratélo con este Padre mio Dominico, que como digo, era tan letrado, que podia bien asegurar en lo que él me dijese; y dijele entonces todas las visiones y modo de ora-

cion, y las grandes mercedes que me hacia el Señor con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si habia algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentia. El me aseguró mucho, y á mi parecer le hizo provecho, porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho mas á la oracion.»

Esto tiene la conversacion y trato de los buenos que se pega á quien ellos se comunican, que como los que tratan con sábios siempre aprenden algo, así los que conversan con gente aprovechada y de espíritu no es posible que, ó ya de ejemplo y conversacion, ó ya por medio de sus oraciones, no saquen mucho fruto y provecho. Sacólo muy grande este Padre de confesar á la Santa, que como en ella vió tanta sinceridad y pureza, tan profunda humildad, tanto desasimiento de las cosas que el mundo estima, tanto trato con Dios, y lo que le confundia más era ver cuán familiarmente Dios la conversaba y trataba, y las mercedes que la hacia, las prendas y tesoros que habia depositado en aquella alma santa, fueron todas estas cosas como unos leños que puso Dios en su corazon, y comenzando á soplar el Espíritu Santo (siendo la Santa medianera con sus oraciones), comenzó á encender un fuego grande de amor de Dios, y viendo por la esperiencia cuánto Dios se comunica á los que se disponen y de veras le buscan, y cuán estrecha amistad trata con las almas que le aman, acordó en este tiempo de retraerse por algunos meses á un Monasterio de su Orden, que estaba puesto en soledad, donde fueron creciendo sus deseos y aprovechamiento, que así se lo reveló el Señor á la Madre, que como estuviese con pena y cuidado del estado de su alma, le dijo Su Magestad que no le tuviese, porque iba bien guiado. Volvió despues bien aprovechado, y debia de lo ordenar así el Señor, no solo por el bien suyo, sino por el que á la Santa se le seguia; porque el que hasta allí con solas las letras la aseguraba y consolaba, ya tambien lo hacia con la esperiencia de espíritu y de cosas sobrenaturales que tenia. Trájole Nuestro Señor á tiempo que debia ser necesario para ayudar al Monasterio que Su Magestad queria se hiciese.

En este tiempo todo estaba en silencio: la Madre no trataba de nada (como ya habemos dicho), Nuestro Señor no se lo mandaba, el Provincial la tenia quitada la licencia, y así se

pasaron cinco ó seis meses que estuvo el negocio en calma, y dejado del todo, aunque siempre presente en las esperanzas de la Santa; esperaba el Señor mejor coyuntura para que sus Confesores se lo mandasen y la pudiesen ayudar, pues ella estaba determinada de no menearse sin su parecer, y era bien que así lo hiciese.

El ordinario Confesor de la Santa Madre era entonces el P. Baltasar Alvarez, que aunque era espiritual y santo, pero por ser de la Compañía seguía santamente el instituto de ella, que ordena que en cosas semejantes den cuenta á los Superiores de lo que tratan, y así lo hacía él. El Rector que era entonces, que no debía estar bien enterado de la fineza del espíritu de la Santa, ó ya por ser muy recatado, ó por la novedad de cosas tan extraordinarias, prudentemente temía, y debíale de ir á la mano, aconsejándole tirase siempre del freno á la Santa, temiendo que él y ella no se despeñasen. Vino otro Rector á Avila que se llamaba el P. Gaspar de Salazar, hombre muy Religioso, y mas esperto de tratar y encaminar almas. Como entendió por medio del Confesor de la Madre el camino tan extraordinario por donde el Señor la llevaba, quiso mas de cerca tocar y palpar su espíritu, pareciéndole que desde afuera se podía mal en cosa tan árdua dar parecer ni consejo. Fuéla á ver, y mandóla su Confesor tratase con él con toda verdad y claridad, y aunque ella sentía gran contradicción en hacer esto sin mucha necesidad, obedeció al Confesor, y no sin gran provecho suyo; porque el Rector tenía dón particular de conocer espíritus, y así entendió luego el de Dios que moraba en la Santa, y aconsejó al Confesor que la consolase y se dejase ya de temores, y abriese la puerta para que obrase el espíritu de Dios, y que no era razon tenerle mas atado.

En esta ocasion cuando el Confesor de la Santa estaba mas satisfecho y mas cierto de su buen espíritu, la volvió Nuestro Señor á mandar que tornase á tratar del negocio de su Monasterio, y que para esto dijese á su Confesor y al Rector algunas razones para que no la estorbasen. El Rector, como estaba asegurado de que era aquel espíritu de Dios, atendía con mucho cuidado á lo que la Santa decía, y no osaba estorbárselo, y el Ministro, que era su Confesor, tambien temía impedirlo. Fué Dios servido que un dia viniese á entender claramente ser voluntad suya, porque en medio de estas dudas y dificultades

en que él andaba metido, dijo un dia Nuestro Señor á la Santa Madre estas palabras: «Dí á tu Confesor que tenga mañana meditacion deste verso: *Quam magnificata sunt opera tua Domine, nimis profunda factæ sunt cogitationes tuæ*», que son palabras del Ps. 91. Y quieren decir: cuan engrandecidas son, Señor, vuestras obras, profundísimos son vuestros pensamientos. Escribióle luego la Santa en un billete lo que el Señor la habia dicho. Puso por obra este bienaventurado Padre lo que ella le aconsejaba, y como era hombre de mucha oracion, á pocas vueltas que dió meditando el verso, vió claramente que le enviaba Dios á decir que por medio de una mujer habia de mostrar sus maravillas, y que ese era el hondo de los pensamientos suyos, que él hasta allí no habia alcanzado; y así, certificado de esto, le dijo luego que no habia que dudar mas, sino que volviese á tratar de veras de la fundacion del Monasterio.

CAPITULO IV.

Compra la Santa Madre una casa para hacer Monasterio; comiéndala á labrar; aparécesela Nuestra Señora y el glorioso San José, y hácenla una merced muy singular.

Con esta respuesta y aprobacion de su Confesor, la Santa Madre, que ya estaba descuidada de la casa y de la obra, atendiendo principalmente al provecho de su alma, creciendo cada dia mas en el amor y deseos de padecer por su Esposo, tornóse á meter en cuidados y á dar traza de su Monasterio. Poníasele delante el mucho trabajo que la habia de costar (que ya habemos contado como Nuestro Señor le habia dicho que le quedaba mucho mas por padecer), la poca posibilidad que tenia, los nuevos encuentros y contradicciones que esperaba, y aunque con grande ánimo atropellaba todos estos contrarios, alguna vez, acosada con los trabajos, afligida y perpleja con las dificultades, se volvía á Dios y decia (*Vida cap. 33*): «Señor mio, ¿cómo me mandais cosas que me parecen imposibles? Que aunque fuera mujer, si tuviera libertad; mas atada por todas partes, sin dineros, ni dónde los tener, ni para Breve, ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?» De esta

manera se quejaba algunas veces á Dios, pero no desmayaba en nada.

Procuró primeramente, antes que comenzase á dar paso alguno, no hacer cosa contra la obediencia de su Prelado, y de esto se aseguró primero con el parecer de su Confesor y otros letrados, y principalmente con lo que Dios la habia dicho, porque en todo lo que trató de esta fundacion, desde el principio hasta el cabo, con gran prudencia y santidad, y principalmente con Dios, que no la dejaba de la mano, guió siempre las cosas de tal manera, que nunca por ellas faltó un punto de la obediencia, que segun las Reglas de su Religion debia á sus Prelados; aunque lo deseaba tanto, y aunque el Señor tantas veces se lo habia mandado, que verdaderamente pone admiracion y espanto, comenzaron á tratar el negocio ella y su compañera con mucho secreto, que era lo que por entonces mas importaba. Y así procuró la Santa que una hermana suya, que vivia en Alva, llamada doña Juana de Ahumada, viniese á Avila, y en su nombre comprase la casa, y así se hizo.

Hecha la compra de la casa, comenzóse la obra en nombre de su compañera, que era aquella señora llamada doña Guiomar de Ulloa; aunque el trabajo, solicitud y dinero que costaba era todo suyo, que (como ella cuenta) le costó grandísimo en buscarlo y concertar la casa, hacerla labrar y traer á su hermana. Porque aquella señora, aunque hacia lo que podia, podia muy poco (por tener ella otras obligaciones), y así cargaba todo sobre la Santa, que para persona tan pobre, recogida y sola, era una pesadísima carga. Mientras se hacia la obra, estando la Santa en grande necesidad, que no tenia aun de qué pagar los oficiales, le apareció el glorioso San José, y la dijo que los concertase, que no faltaria de qué pagarlos; hizolo así, y para la paga proveyóla el Señor de dineros por caminos tan extraordinarios, que ella se espantaba.

Cuando vino á trazar el Monasterio, hizosele á la Santa la casa muy chica, y tanto, que le parecia imposible que hubiese capacidad para hacer un Monasterio, por pequeño que fuese. Pensaba seria bueno comprar otra; pero no igualaban las fuerzas á la necesidad y deseo, porque no habia cómo ni de qué comprarse, y así no sabia qué se hacer. Acabando un día

de comulgar dijola el Señor (como ella escribe): «Ya te he dicho que entres como pudieres.» Y á manera de exclamacion, la dijo tambien: «¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener dónde me meter!» «Yo quedé muy espantada, y ví que tenia razon, y voy á la casita, y tracéla, y hallé (aunque bien pequeño) Monasterio cabal, y no curé de comprar mas sitio, sino procuré se labrase en ella de manera que se pudiese vivir, todo tosco y sin labrar, no mas de como no fuese dañoso á la salud, y así se ha de hacer siempre.»

Púsole esta habla del Señor mas ánimo para todo, y un dia de Santa Clara, yendo á comulgar, se le apareció esta Santa con mucha hermosura, y la dijo que se esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella le ayudaria; y como el decir de los Santos es hacer, experimentó de allí adelante el favor de esta gloriosa Virgen en dos cosas (dejando la principal que era el ser medianera con Dios para el buen suceso de este negocio): la una fué el gran deseo que tuvo la Santa Madre de que en sus Monasterios viviesen con la pobreza que Santa Clara habia planteado en los suyos, y así lo procuró en su vida. La segunda, que un Monasterio de Monjas de su Orden, que se llamaba Santa María de Jesús, despues que la Santa fundó su Monasterio, la favorecia á ella y á sus Monjas, y ayudaba á sustentar con sus limosnas.

Andaba la obra con fervor y prisa, y la Santa Madre no se descuidaba un punto en proveer de todo lo que era necesario. Como la obra pasaba tan adelante, comenzó la Madre á dudar cómo daria cuenta de lo que estaba hecho á su Provincial, pues era forzoso el saberlo, habiéndosele de dar á él la obediencia. Avisóla Nuestro Señor que convenia que ahora á los principios no diese la obediencia á la Orden, y dióla algunas causas, por las cuales la daba á entender importaba que esto se hiciese así. Dióle juntamente aviso el Señor, que enviase á Roma por cierta via, que tambien Su Magestad haria que por allí viniese recaudo; y fué así que vino muy cumplido, y como la Santa y sus compañeras deseaban. Todos estos favores y mercedes hacia Dios á su sierva, ayudándola muy de ordinario con sus consejos y trazas, y esto no como suele Dios hacer con otros Santos, dándoles luz de lo que han de

hacer, que de ordinario no es tan clara que no quede alguna duda ó dificultad, si es voluntad suya aquello á que interiormente la voluntad de ellos se inclina: con la Santa hablaba Dios cara á cara, como un amigo con otro, y de ordinario le traia al lado, y lo veia y conversaba con él.

No solo ayudaba Cristo nuestro bien, y Esposo de la Santa, esta obra, mostrándose tan favorable en todas las ocasiones (como habemos contado), y el glorioso San José, en cuyo nombre se edificaba el Monasterio, sino tambien la Vírgen Santísima (á quien la Santa desde su niñez habia tomado por Madre) quiso mostrar cuánto se agradaba de los servicios y amor que tenia á su hijo, y del celo grande que en su pecho ardía de su Religion, cuya Patrona y defensora ha sido esta Señora desde el tiempo de la predicacion de los Apóstoles, y así no podia dejar de agradecer tan buenos deseos, y pagar de su parte tan agradables servicios. Apareció la Vírgen á la Santa Madre, en compañía de su Esposo San José, y dióla á entender la ayudaria, y otras cosas que le fuerón de mucho consuelo, como ella misma lo refiere por estas palabras (*Vida cap. 33.*): «Estando en estos mismos dias (el de Nuestra Señora de la Asuncion) en un Monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados habia confesado en aquella casa y cosas de mi ruin vida; vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mi sentido. Parecióme estando así, que me via vestir una capa de mucha blancura y claridad, y al principio no via quién me la vestia; despues ví á Nuestra Señora hácia el lado derecho, y á mi Padre San José al izquierdo, que me vestian aquella ropa; dióseme á entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir yo, cón grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora: díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso San José; que creyese que lo que pretendia del Monasterio, se haria, y en él se serviria mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habria quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á gusto, porque ellos nos guardarian, que ya su Hijo nos habia prometido andar con nosotros; que para señal que seria esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echádo al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor. Este oro, y

pedras, es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparacion; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, á manera de decir.» Y un poco mas abajo, dice: «Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos; y todo pasó de suerte, que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios; dejóme consoladísima y con mucha paz.»

Lo que dijo la Reina de los Angeles á la Santa Madre de la obediencia, era por la pena que sentia de no darla á la Orden, de quien era muy hija; porque ella no conocia al Obispo, ni sabia su condicion, ni cómo lo tomaria. Temia, por una parte, descontentar á su Provincial, á quien amaba mucho, y por otra mucho mas el poner una planta nueva de tanta perfeccion en manos de quien no profesaba Religion, que por buen celo que tenga, es dificultoso enseñar obediencia y perfeccion Religiosa quien no la ejercitó; pero fióse de Nuestro Señor, como en lo demás lo habia hecho, y echóse bien de ver por la obra cuánto convino que se le diese la obediencia al Obispo, porque fué Dios servido que él las favoreciese tanto, que con su favor se pudo hacer la obra y fundar el Monasterio, como adelante diremos.

CAPITULO V.

Cómo mientras se labraba la casa cayó un pedazo de pared y mató á un sobrino de la Santa, el cual resucitó por medio de sus oraciones.

Otras cosas sucedieron á la Santa antes que se acabase el Monasterio; que unas fueron para prueba suya y edificacion nuestra, y otras para que diesen testimonio de su santidad y paciencia. Estando un dia en sermon en la Iglesia de Santo Tomás, juntamente con su hermana, como andaba en el pueblo el alboroto del nuevo Convento, comenzó un Padre, que entonces predicaba, á tratar de revelaciones y otras cosas á este tono, y á reprender tan al descubierto á la Madre tan ásperamente, como si fuera el pecado mayor y mas público del pue-

blo; que esta es la lástima de nuestros tiempos, que habiendo tantos escándalos en las Repúblicas, tantas abominaciones y ofensas de Dios en las calles y plazas, disimulan estas con un dañoso silencio los Predicadores, ó ya sea por miedos y respetos humanos de que están algunos prendados y llenos, ó ya sea que no tienen ánimo para reprenderse á sí, porque se ven en las mismas cadenas y vicios que habian de reprender en otros, y convierten sus sermones en niñerías é impertinencias, no sacando mas fruto que el predicarse y oirse á sí mismos, ó tratando de lo que no entienden ni saben, como lo hacia este buen Padre, que debia de tener buen celo cuando desde el púlpito decia palabras tan pesadas, y por otra parte tan claras, que no faltaba sino señalarla con el dedo. Su hermana doña Juana, que estaba presente, estaba afrentadísima y muy corrida de lo que el Predicador decia; pero la Santa alegre y gozosa, como lo pudiera estar otra que fuese muy vana, oyendo de sí loores y alabanzas públicas.

Sucedió tambien otra cosa de grande admiracion y espanto, en la cual se vió lo que la Santa podia y alcanzaba de Dios. Estando en la obra un niño, hijo de esta señora, hermana de la Santa Madre (que no tenian sus padres otro, y así estaban muy trabados de su amor), de edad de hasta cinco años, cayóse un pedazo de pared, el cual cogió debajo al niño, y le dejó yerto, frio y sin sentido, y sin señal alguna de vida. Fueron corriendo á avisar á la Santa Madre, que estaba en casa de doña Guiomar de Ulloa, y dándole nuevas como estaba muerto, acudió ella y esta señora con mucha prisa, y en llegando tomó al niño con los brazos, y como la que sabia bien por experiencia lo que la Madre Teresa de Jesús podia con Dios, no dudó verle resucitado por medio de sus oraciones, y así la dijo: «Hermana, este muchacho está muerto; al poder de Dios no hay tasa, que si El quiere le puede dar vida; mire lo que han sacado su hermana y cuñado de su casa, y cuán lastimados volverán á Alva sin su hijo; alcance de Dios que le dé vida.» Tomóle luego la Santa en sus brazos, y procuró que su madre no lo entendiese, pero no se pudo encubrir tanto que ella no lo viese á saber, y luego que lo entendió, salió toda turbada de la pieza donde estaba, dando voces por su hijo, que como no tenia otro y le veia en tal estado, era estremado su sentimiento, y vino para la Santa Madre mostrando su pena y esperando

de sus oraciones el remedio. Ella le tenia atravesado sobre sus rodillas, y mucho mas en el corazon, pareciéndole que todo habia sucedido por su causa, pues á petición suya habia venido su hermana desde Alva á tratar de su Monasterio, en cuya obra habia muerto su hijo, y no le parecia sino que ella le decia lo que la otra viuda al Profeta Elías: ¿Para esto me trajiste aquí, para matar á mi hijo? Esto, y el caso de suyo, que era penosísimo, la lastimaban sobremanera. Determinó de acudir á Nuestro Señor con mucha fé, y pedirle la vida de aquel niño; dijo á su hermana que callase, y los demás le pidieron lo mismo, y todos estaban suspensos esperando en qué habia de parar aquella desgracia. La Madre, bajando el velo, y juntamente la cabeza, y acercándola al niño, callando exteriormente, pero ella dentro como otro Moysen y Elías, dando voces á Dios que no desconsolase á los que habia tomado por medio de la obra que queria hacer, habiendo estado un rato de esta manera con el niño en los brazos y con el corazon en Dios, súbitamente el que todos juzgaban por muerto comenzó á revivir como si despertara de un sueño; entonces, despidiendo la Santa el niño de sus brazos, dijo á su hermana: «Tome allá á su hijo,» el cual estaba ya tan bueno y tan sano, que dentro de poco rato andaba corriendo por la pieza, volviéndose para su tia, abrazándola y haciendo otras niflerías. Todo esto se tuvo por notorio en casa de su hermana, y así el mismo niño (que habia resucitado), siendo de mas edad, solia decir á la Santa Madre, que estaba obligada á hacer que Nuestro Señor le llevase al Cielo, pues si no fuera por ella, estuviera desde entonces allá. Despues doña Guiomar de Ulloa (como ella misma cuenta en una carta suya, escrita al P. Mro. Fr. Luis de Leon, la cual yo he visto) dice que solia ella decir á la Madre: «El muchacho muerto estaba, ¿cómo ha sido esto?» Y que la Santa no la respondió nada, sino antes se sonreia, lo cual no hacia otras veces que la decia otras cosas suyas; porque luego la Madre la reprendia amorosamente, porque decia aquellas cosas tan sin camino.

No era esto solo lo que el demonio urdia y tramaba, porque cuando no pudo estorbar esta obra por medio de los Confesores, del Prelado, del alboroto y clamores del pueblo, con la desgracia de este niño (que esa sola bastara para desbaratarlo todo) y con los temores que á la Santa ponía, fué tanta la

saña y rabia que de esto tomó, que se volvía contra las paredes, y fábrica del Monasterio, haciendo como el perro rabioso, que cuando no puede morder al que le tira, se vuelve contra la piedra. Habíase hecho una pared muy buena y grande, con su cimiento de piedra, y lo demás de tapia y rafas de ladrillo, y muy firme, porque estaba hecho muy á regla y nivel, y había costado hartos dineros; pues esta, cuando mas seguros estaban, se cayó toda una noche. Quería Juan de Ovalle (que era el cuñado de la Santa) hacer que los oficiales la volviesen á edificar á su costa; súpolo ella y llamó á su hermana doña Juana, y la dijo: «Diga á mi hermano que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron para derribarla; que calle y les torne á dar otro tanto, para que la vuelvan á hacer.» Nada de esto turbaba á la Santa, ni la desmayaba en buscar de nuevo dineros para levantar la pared y perfeccionar la obra; lo que mas pena la daba era otro nuevo fuego que el demonio comenzaba á soplar, y era que por mucho cuidado que la Santa ponía para que no se entendiese lo que trazaba, no había aprovechado, porque se barruntaba ya lo que era, así en su Monasterio como en la ciudad, y temíase que en viniendo su Provincial y sabiéndolo, la había de mandar que no pasase adelante, y luego todo era deshecho, porque la Madre estaba determinada de obedecerle aunque el mundo todo se perdiese; pero proveyó el Señor, y dió traza cómo este fuego se apagase y remediasen estos inconvenientes, en la manera que declararemos en el capítulo siguiente.

CAPITULO VI.

Manda Nuestro Señor á la Santa Madre que se ausente de Avila, por ser así necesario para la fundacion de su Monasterio Hace por su medio el Señor grandes mercedes á un Religioso del Orden de Santo Domingo.

Todo lo que el demonio trazaba para deshacer este Monasterio, toda la guerra que le hacia y máquinas que fabricaba, todas se convertían en mayor daño y confusion suya; que cuando Dios quiere una cosa, aunque dá licencia al demonio y

mano para que la contradiga, suele ser ese el medio que muchas veces toma para que lo que El tiene determinado quede mas asentado y firme; porque como es infinitamente poderoso y sábio, aprovéchase de las trazas de su contrario, y los golpes que él dá para derribarlo, sirven á Dios para fijar mas fuertemente su obra; y por donde él quiere deshacerla, la perfecciona Dios mas; en los lazos que él arma, le prende; las saetas que tira, las vuelve contra él; saca de sus males, bienes, para que así quede él confuso, Dios glorioso, y sus Santos con ganancia. Así le acaeció en la ocasion presente, donde con todas las armas que este enemigo tomó para conquistar y arruinar la fundacion de este Monasterio, fué maltratado y herido. Que si (como habemos visto en los capítulos pasados) procuró que el pueblo se alborotase y se inquietase el Monasterio, y mudase parecer su Provincial y Confesor, de aquí no sacó mas fruto que ofrecer nuevas ocasiones en que mas resplandeciese la humildad y obediencia de la Santa, y su paciencia se probase con las dilaciones que ponia, y pensando que con el tiempo se resfriaria y dejaria lo comenzado, antes creció la Fé, aumentóse la esperanza que de la Fé le nacia, perfeccionóse su obediencia, y con el mucho ejercicio de los trabajos, y las nuevas mercedes que en premio de ellos recibia de Dios, afervorizábase mas su caridad.

Pues no fueron de menos confusion para el demonio, y de gloria para la Santa, los otros medios que tomó de ahí adelante para estorbar lo que él tanto temia; porque si bien procuró que el Predicador deshonorase á la Santa, pensando que eso bastaria para encerrarla en su Monasterio, y que alzase la mano de lo que trataba; si dió muerte al niño queriendo que sus padres con el sentimiento dejasen la obra, y si cuando mas no pudo, arremetió con las paredes; finalmente, si abria la boca de algunos para que el secreto se divulgase y se impidiese el Monasterio, viniendo á oidos de su Prelado, todo esto le aprovechó poco, porque las afrentas é injurias que en el sermon le dijeron, fueron rosas para la Santa, el niño resucitó, con que mas se animaron sus padres, por entender que esta obra era de Dios, la pared se reedificó, y proveyó Dios el dinero; y ya que el secreto iba saliendo en público, dá Dios una traza con que la fundacion no solo no se pierda, sino antes se haga con mas gloria suya y confusion del demonio (como adelante

diremos); porque ordenó Su Magestad que la Santa hiciese una ausencia, con la cual se aquietaron los murmuradores, deslumbráronse los que la acechaban, y todos creyeron que pues se iba, no debía de tratar de nada. Ella ganó un grande amigo para Dios, y (lo que mas al demonio le hizo guerra) fué una firme determinacion de fundar con pobreza y sin renta alguna su Monasterio.

Fué de esta manera, que á la sazón en Toledo murió Arias Pardo, caballero de los mas nobles y principales de Castilla, y á lo que se dice el mas rico de ella; su mujer, que se llamaba doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medina-Celi, quedó muy afligida, tanto, que se temia mucho de su vida ó salud. Llegó la fama de la gran santidad de la Madre Teresa de Jesús á Toledo, que, como el sol, no puede estar mucho tiempo encubierto en el Cielo, así la santidad de los grandes siervos de Dios no permite Su Magestad que esté escondida en la tierra; como son luces y mucho mas claras que el sol, á su tiempo las pone Dios sobre el candelero para que alumbren al mundo, y con esta luz sean conocidas sus virtudes y nuestras flaquezas. Llegó á oídos de esta señora esta nueva estrella, y como era tan cristiana y virtuosa, procuró por todas las vías posibles traerla consigo, y como tan poderosa y principal, alcanzó licencia del Padre Provincial Fr. Angel de Salazar, el cual, aunque estaba entonces bien lejos de Avila, envió un mandato con precepto de obediencia á la Santa para que luego se partiese á Toledo con otra compañera. Llegó á la Madre esta obediencia víspera de la Navidad, año de mil quinientos setenta y uno, y causóle mucha afliccion y pena, no tanto por haber de salir de Avila en tiempo donde parecia que su presencia era mas necesaria para negocios de tanta importancia como trataba, ni por las incomodidades que se le podian poner delante de su poca salud, de dejar su tierra y ponerse en camino (que esta y otras mayores cosas, en habiendo obediencia de por medio, las dejaba con gran facilidad y gusto), cuanto por verse llevar con título de buena y de Santa tan desigual á lo que ella pensaba de sí.

Fuese á Nuestro Señor como quejándose de que en tal tiempo la sacaba de Avila, y los títulos con que la llevaba; estuvo en los maitines con un gran arrobamiento, y lo que allí la dijo el Señor lo cuenta la Santa de esta manera: (*Vida cap.* 34.)

«Díjome el Señor que no dejase de ir y que no escuchase pareceres, porque pocos me aconsejarían sin temeridad, que aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para este negocio del Monasterio convenia ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenia armada una gran trama venido el Provincial, y que no temiese de nada, porque él me ayudaría allá.» Con estas palabras, no haciendo caso de las que otros la decían (los cuales le aconsejaban escribiese á su Provincial le alzase aquel mandato de obediencia), se puso en camino la Santa y llegó á Toledo.

Consolóse mucho aquella señora con su venida, y con la presencia de tan buena huésped, y de allí adelante comenzó á tener conocida mejoría. Cobró grande amor á la Santa, y de ahí vino despues á fundar un Monasterio en una villa suya llamada Malagon (como adelante diremos). La Madre, aunque le pagaba esta buena voluntad, pero vivia con gran cruz, porque los regalos le daban gran tormento ver el trafago é inquietud de palacio; las leyes tan duras á que están sujetos, así señores como criados, la cansaba mucho. Admirábase de aquel cuidado y solicitud tan grande de vivir, y del comer sin tiempo ni concierto, más conforme á su estado que á su complexion ó gusto. Tambien las emulaciones ó envidias de unos con otros por la mayor ó menor privanza la fatigaban en estremo, y más cuando veía que por el grande amor que aquella señora la tenia, no faltaba quien la envidiase. Por otra parte, el hacer tanto caso esta señora de ella, la traía con gran temor, y la hacia andar con mas cuidado y encogimiento. Hízole aquí el Señor grandísimas mercedes; entre otras le dió una gran libertad para despreciar todo lo que veía, y sacó de aquí una gran compasion y lástima de los trabajos y sujecion en que viven estos señores, que (como ella dice) una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores á las personas semejantes, que no le parecia á ella sino que eran esclavos de mil cosas.

Con el ejemplo de la Santa, y por medio de sus oraciones, comenzó en la casa de esta señora dentro de breve tiempo á haber gran mudanza y notable mejoría en las costumbres; porque de allí adelante comenzaron á frecuentar mas los Sacramentos, limosnas y otras buenas obras. Teníanla todos gran respeto y reyerencia, y maravillándose de ver su santi-

dad, y con deseo de ver algo de las mercedes que oían decir que el Señor la hacia cuando ella se entraba en su recogimiento, la acechaban, y muchas veces la veían estar toda arrobada y trasportada en Dios.

En este tiempo llegó á Toledo el P. Fr. Vicente Barron, Presentado de la Orden del glorioso Santo Domingo, persona muy principal, y con quien la Santa habia comunicado algunas veces. Trató con él la Madre de nuevo su espíritu é intentos, y los trabajos que habia pasado. Agradóse en extremo ella de su talento, y parecióle mas avisado que nunca, y de grande entendimiento, y como en él consideraba tan buenas partes para aprovechar mucho (si del todo se diese á Dios), comenzó á encenderse en su alma un gran deseo de que fuese muy Santo; porque esta condicion tenia la Santa, que en viendo una persona de gran talento, le daba unas grandes ánsias de verla empleada toda en Dios; y así rogaba é importunaba mucho al Señor por personas semejantes. Hízolo así por este Religioso, y apartándose de él, toda muy recogida y unida con Dios, despues de pedirle con hartas lágrimas que á aquella alma la pusiese en su servicio muy de veras (diciéndole que aunque ella le tenia por bueno, no se contentaba, que le queria muy bueno), dijo estas palabras: «Señor, no me habeis de negar esta merced, mirad que es bueno este sugeto para nuestro amigo.»

Como lo pedia con tantas veras y deseo de alcanzar esta merced, y no la respondia luego Nuestro Señor, comenzóse la Santa á affligir, pensando si por ventura no estaba en gracia, y era esta la causa de no alcanzar lo que pedia (no porque ella deseara saber esto, sino por la pena que le daba pensar si tenia ofendido á Dios). Apretóle de nuevo este cuidado, y toda regalada y derretida en lágrimas, pedia al Señor no permitiese hubiese en su alma alguna ofensa suya. «Entonces (dice ella) entendí que bien me podia consolar, y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer Su Magestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, no se compadecia hacerse al alma que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada que habia de hacer el Señor lo que le suplicaba de esta persona.» Díjole entonces Nuestro Señor que dijese una palabra á aquel Religioso, que aunque á ella le fué de harta mortificacion (como le era siempre que habia de dar

recado, á tercera persona) al fin se determinó, y las escribió en un papel, y se las dió. Fueron de gran provecho las palabras que le dijo, porque causaron en él una gran mudanza de vida, y en breve tiempo le hizo el Señor tan crecidas mercedes, que vino á estar tan ocupado y trasformado en él, que no parece vivia para cosa de la tierra. Con esto mudóle el Señor casi del todo, de manera que él no se conocia. Dióle fuerzas corporales para hacer penitencia, que antes no tenia, por ser muy enfermo; quedó muy animoso para seguir todo lo que es mas perfeccion, y otras cosas en que se echó bien de ver la buena intercesion que la Santa habia hecho con Dios. Vió despues, estando él ausente, que los Angeles le levantaban con mucha gloria, y entendió por aquí que su alma estaba muy adelante; y era así, que en aquella ocasion habia padecido grandes persecuciones y trabajos sin culpa, con mucha paciencia y gusto.

CAPITULO VII.

Cómo la Santa Madre se vió en Toledo con una Beata sierva de Dios, que queria fundar un Monasterio de la de Monjas nueva reformation del Cármen, y cómo la Santa trató de fundar su Monasterio sin renta.

En esto se ocupaba la Santa en casa de esta señora, esperando allí lo que el Señor ordenaba de ella y de su fundacion; que como Su Magestad queria que esta fuese con toda desnudez y pobreza, para que así se plantase mas conforme á la perfeccion Evangélica, daba mil trazas para que la Santa entendiese que esto era determinacion y voluntad suya: una fué que estando aquí la Madre tuvo noticia de ella una Beata de esta Orden, mujer de mucha penitencia y oracion, á quien el Señor habia movido mucho el mismo mes y año que á la Santa, para hacer otro Monasterio semejante al que la Madre pretendia hacer, y Nuestra Señora se le habia aparecido mandándole lo hiciese. Como el Señor le puso este deseo, vendió todo lo que tenia, y fuese á Roma á pié y descalza, y trajo los despachos para su Monasterio, y por verse con la Santa Madre rodeó mas de sesenta leguas. Estuvieron ambas quince dias juntas, consoláronse mucho la una con la otra, conociéndose los dones

que en cada una el Señor había puesto y holgándose de la conformidad de su llamamiento. Decíase esta Beata María de Jesús: fundó en Alcalá un Monasterio de Descalzas Carmelitas, y allí vivió algunos años con mucho ejemplo y santidad de vida. No fundó mas, porque tenía el Señor guardada esta empresa de tanto provecho y fruto para el grande ánimo y espíritu de nuestra Santa.

Esta bendita mujer dió á la bienaventurada Madre noticia de una cosa que ella no sabia, y era que antes la Regla primera mandaba no tuviesen los Monasterios renta, y es así verdad que la Regla que el gran Patriarca Alberto Jerosolimitano dió en el año de mil ciento setenta y uno á los antiguos Padres de Nuestra Señora del Cármen (que entonces tenían su morada en el Monte Carmelo y en otros desiertos de la Palestina), ordenaba que no tuviesen en comun ninguna cosa propia. Despues, Inocencio V dió licencia para que pudiesen tener algunas bestias, como jumentos ó mulos, para el servicio del desierto, de suerte que con esta pobreza y desnudez vivieron en aquel tiempo, y fué la Regla de Alberto la primera de cuantas hay en la Iglesia aprobadas, que enseñó á vivir en comunidad, sin posesiones ni rentas. Como la Santa entendió esto (que hasta entonces lo había ignorado), encendiósele un grande amor de la santa pobreza; y aunque antes había estado resuelta de fundar su Monasterio con renta, pareciéndole que vivirían con menos solicitud y cuidado, teniendo lo que había menester, y no miraba (como dice ella) muchos cuidados que trae consigo la renta, mudó parecer, porque como supo era Regla, y mas perfeccion, no podia persuadirse á tenerla. Por otra parte, temia que no se lo habían de consentir, y ofrecíansele los muchos miedos y espantos que todos le habían de poner. Comunicó con algunas personas graves á su parecer, y casi entre sus Confesores, y letrados (que habló á muchos) no halló quien lo aprobase. Decíanle que era desatino, que ya estaba la caridad muy resfriada y diferente de otros tiempos, que habría pocas que la siguiesen en sus deseos, y que no dándoles estos Nuestro Señor, vivirían desconsoladas y descontentas, que les costaria mucho cuidado y solicitud procurar el sustento: que para gente cuya profesion era oracion, seria grave daño, porque los cuidados, cuando son demasiados, fácilmente ahogan el espíritu; y no faltaba quien se persuadiese

que era mas perfeccion tener renta, y por ventura mas conforme á la ley Evangélica; que hasta aquí llega, no el celo de la perfeccion, sino la codicia de las riquezas. Otros la ponian delante los inconvenientes y daños que la esperiencia cada dia mostraba en los Monasterios pobres, y la distraccion que de aquí venia algunas veces.

Con tantos pareceres y razones, se veia casi la Santa convencida; pero en tornando á la oracion, y mirando á Cristo tan pobre y desnudo, no podia llevar en paciencia ser rica. Suplicábale con lágrimas y suspiros trazase los negocios de suerte que ella se viese pobre como él. Descubríale Nuestro Señor en la oracion los inconvenientes que habia en tener renta, y la que decian los letrados que ayudaba á la quietud, veia la Santa con particular luz del Cielo ser madre de mayores cuidados y distracciones, y echaba claramente de ver que los Monasterios pobres, no muy recogidos, el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distraccion. Consideraba que la renta era madrastra de la penitencia, la sobornadora de regalos y enemiga de templanza, y veia los daños que en los Monasterios han nacido de la superfluidad y abundancia, que sin duda eran, á su parecer, mayores que los que habia engendrado la pobreza; y no reparaba en si habria quien la siguiese, porque el mismo Señor que le daba á ella aquellos deseos, era tambien poderoso para ponerlos en muchas. Finalmente, no podia dudar sino que esto era mas perfeccion, y mas siendo esta su vocacion, su Instituto y su Regla. Parecíale debia mas creer á esto que á todos los letrados. Con estas y otras razones, disputaba con los que eran de contrario parecer. Como se veia sola, acudió al P. Fr. Pedro Ibañez, que era el P. Presentado (como habemos dicho) de la Orden del bienaventurado Santo Domingo, que en Avila la habia ayudado y ayudaba tambien ahora; pensando que la favoreceria en esto, como lo cuenta por estas palabras (*Vida cap. 39.*): «Escríbolo al Religioso Dominico que nos ayudaba. Envióme escritos dos pliegos de contradiccion y Teología, para que no lo hiciese, y así me lo decia que lo habia estudiado mucho. Yo le respondí que para no seguir mi llamamiento y el voto que tenia hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfeccion, que no queria aprovecharme de Teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced.»

Fué el Señor servido que en este tiempo, por ruegos de nuestra Santa y por intercesion de doña Luisa de la Cerda, vino á Toledo el P. Fr. Pedro de Alcántara á posar en su misma casa, donde la Santa estaba. Como él era tan grande amador de la pobreza, y tantos años habia experimentado, sabia bien las riquezas que en ella se encierran, que es cierto que no las gusta sino el que con la obra las experimenta, y así ayudó mucho al llamamiento de la Madre, y aconsejóla que de ninguna manera dejase de llevarlo adelante. Ya con este parecer y favor, como de quien mejor lo podia dar, por tenerlo sabido por larga esperiencia, determinóse la Santa á no buscar otros; pero no le duró mucho, que queria Dios que anduviese vacilando hasta que él le declarase su voluntad.. Ausentóse el P. Fr. Pedro de Alcántara, y volvieron de nuevo los que de antes le daban consejos que tuviese renta; apretáronle mucho con sus razones y consejo. Tomó la Santa por medio escribir al P. Fr. Pedro de Alcántara, declarándole las dudas y dificultades en que de nuevo se veia metidá. Respondióle el santo varon una carta, en la cual muestra el espíritu de desnudez y pobreza que en él vivia, que por ser tan notable y llena de sentencias y verdades tan macizas y llanas, con las cuales dá bien á entender el espíritu de pobreza de Jesucristo, y cuán llanamente se han de seguir sus consejos, me pareció ponerla aquí:

CARTA del P. Fr. Pedro de Alcántara, para la Madre Teresa de Jesús.

«El Espíritu Santo hincha el alma de V. m. Una suya ví, que me enseñó el Sr. Gonzalo de Aranda; y cierto que pensé que V. m. ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad; porque si fuera casa de pleito ó casos de conciencia, bien era tomar parecer de Juristas ó Teólogos, mas en la perfeccion de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven, porque no tiene ordinariamente alguno mas conciencia ni buen sentimiento de cuanto bien obra; y en los consejos Evangélicos, no hay que tomar parecer si será bien seguirlos ó no; si son observables ó no, porque es ramo de infidelidad; porque el consejo de Dios no puede dejar de ser bueno, ni es dificultoso de guardar, si no es á los incrédulos y á los que fian poco de Dios, y á los que solamente se guian por prudencia

humana; porque el que dió el consejo dará el remedio, pues que le puede dar; ni hay algun hombre bueno que dé consejo que no quiera que salga bueno, aunque de nuestra naturaleza seamos malos; cuanto mas el soberanamente bueno y poderoso, quiere y puede que sus consejos valgan á quien los siguiere. Si V. m. quiere seguir el conseejo de Cristo, de mayor perfeccion, sígalo; porque no se dió mas á hombres que á mujeres, y él hará que le vaya muy bien, como ha ido á todos los que le han seguido. Y si quiere tomar el consejo de letrados sin espíritu, busque harta renta, á ver si le valen ellos ni ella mas que el carecer della, por seguir el consejo de Cristo. Que si vemos faltas en Monasterios de mujeres pobres, es porque son pobres contra su voluntad, y por no poder mas y no por seguir el consejo de Cristo, que yo no alabo simplemente la pobreza, sino la sufrida con paciencia por amor de Cristo Señor nuestro, y mucho mas la deseada, procurada y abrazada por amor; porque si yo otra cosa sintiese ó creyese con determinacion, no me tendria por seguro en la fé. Yo creo en esto y en todo á Cristo Nuestro Señor, y creo firmemente que sus consejos son muy buenos, como consejo de Dios, y creo que aunque no obliguen á pecado, que obligau á un hombre á ser mucho mas perfecto siguiéndolos, que no los siguiendo: digo que le obligan, que le hacen mas perfecto á lo menos en esto, y mas santo y mas agradable á Dios. Tengo por bienaventurados (como Su Magestad lo dice) á los pobres de espíritu, que son los pobres de voluntad, y téngolo visto, aunque creo mas á Dios que á mi esperiencia, y que los que son de todo corazon pobres, con la gracia del Señor viven vida bienaventurada, como en esta vida la viven los que aman, confian y esperan en Dios. Su Magestad dé á V. m. luz para que entienda estas verdades y las obre. No crea á los que le dijeren lo contrario por falta de luz, ó por incredulidad, ó por no haber gustado cuán suave es el Señor á los que le temen, y aman, y renuncian por su amor todas las cosas del mundo necesarias para su mayor amor, porque son enemigos de llevar la cruz de Cristo, y no creen la gloria que despues della se sigue. Y dé asimismo luz á V. m. para que en verdades tan manifiestas no vacile ni tome parecer sino de los seguidores de los consejos de Cristo, que aunque los demás se salvan si guardan lo que son obligados, comunmente no tienen luz para mas de lo que obran, y, aun-

que su consejo sea bueno, mejor es el de Cristo Nuestro Señor, que sabe lo que aconseja, y dá favor para lo cumplir, y dá al fin el pago á los que confían en él y no en las cosas de la tierra. De Avila y de Abril 14 de 1562 años.

Humilde Capellen de V. m.,

Fr. Pedro de Alcantara.»

CAPITULO VIII.

Habla Nuestro Señor á la Santa Madre, y mándala que funde con pobreza, y ella se determina á hacerlo. Vuelve de Toledo á Avila, y dá por mandado del Señor el hábito á cuatro Religiosas y principio á su Monasterio.

Preciosa joya es en las Religiones la santa pobreza y dichosa es la que voluntariamente posee tan gran tesoro, y aunque este está tan escondido al mundo, pero no lo está para los amadores de Cristo, pues por amor de ella como codiciosos mercaderes, renuncian y venden cuanto tienen por el no tener. Andaba la Santa con esta ánsia, aunque muy combatida de varios pareceres; pero el Señor, despues de haber andado ella rastreando por una parte y por otra lo que seria de mayor gloria suya, al fin le declaró su voluntad, como ella lo cuenta por estas palabras (*Vida cap. 35*): «Estando un dia mucho encomendándolo á Dios, me dijo el Señor que de ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que él me ayudaria. Fué con tan grandes efectos en un arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez me dijo, que en la renta estaba la confusion, y otras cosas en loor de la pobreza, y asegurándome que á quien le servia, no le faltaba lo necesario para vivir, y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. Tambien volvió el Señor el corazon del Presentado, digo, del Religioso Dominico, de quien he dicho me escribió no le hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres, no me parecia sino que poseia toda la riqueza del mundo, en determinándome á vivir de por amor de Dios.»

Habia ya estado la Madre en casa de esta señora cerca de seis meses, y á cabo de este tiempo, el P. Provincial le alzó el mandato que le tenia puesto, y dióle licencia para volver á Avila, ó estarse allí como fuera su voluntad. La causa de darle esta licencia para que se viniese, fué porque habia de haber eleccion de Priora en su Monasterio de la Encarnacion de Avila, y, segun razon y derecho, estaba el Provincial obligado á darle lugar que se volviese. Antes de partirse supo la Madre que la querian hacer Priora en su Monasterio, que para su condicion, solo pensarlo era tan grave tormento, que cualquier martirio se determinara á pasar mas fácilmente, que como sábia y discreta, veia el gran cargo que era el gobernar á muchos, y gran peligro para la conciencia; y así, siempre que pudo habia rehusado los oficios: para estorbar su eleccion, escribió á sus amigas que no la diesen el voto, y acordó de detenerse en Toledo hasta que ya fuese hecha.

Estaba con esto muy contenta en haberse escusado de hallarse presente en esta ocasion, cuando el Señor, que con su providencia llevaba otros fines y trazas de lo que ella pensaba, lo trazó de otra manera, como ella lo cuenta por estas palabras (*Vida cap. 35.*): «Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor, que en ninguna manera dejase de ir, que pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche; que vaya con ánimo, que él me ayudará y que me fuese luego.» Fatigóse mucho con esta respuesta que el Señor le daba, y no hacia sino llorar, pensando que la cruz que Su Magestad le tenia guardada, era ser Perlada, que era la mayor que ella temia en esta vida. Dió parte á su Confesor de lo que entre Dios y ella pasaba, y él mandóla que luego procurase ir; pues era claro ser mas perfeccion, aunque le aconsejó se detuviese hasta que pasasen los grandes calores (que entonces era por el mes de Junio), pareciéndole bastaba llegase al tiempo de la eleccion; mas el Señor, que tenia ordenado otra cosa, dábale mas prisa, y no la dejaba sosegar en la oracion ni fuera de ella; porque luego se le comenzó á representar que el no irse luego era faltar de lo que Dios habia mandado, que como estaba allí á su placer y con regalo, no queria ir á ofrecerse al trabajo, que todo era palabras con Dios, que ¿por qué pudiendo estar á donde era mas perfeccion habia de dejarlo? Y que si muriese, muriese en buen hora.

Vivia con esto en gran tormento, y declarándolo á su Confesor, dióle licencia para que se fuese luego. La señora era la que mas sentia su partida; pero como muy temerosa de Dios, poniéndole la Santa delante que era cosa de gran servicio suyo el partirse luego, aunque con harta pena lo tuvo por bien. Dióle esperanza la Santa Madre (no sin particular espíritu de profecía) que la volveria á ver en Toledo, como despues lo hizo cuando vino á fundar á aquella ciudad.

Partióse la Santa con mucho contento, no por el que ella pensaba tener, sino por ver que se privaba de él y de todo su consuelo por Dios, y porque es harto de notar la determinacion y ánimo con que posponia todas las cosas de su gusto al de Dios, pondré aquí las palabras con que ella cuenta lo que entonces le pasaba (*Vida cap. 35.*): «Mientras mas via que perdía de consuelo por el Señor, mas contento me daba perderle. No podia entender cómo era esto, porque ví claro estos dos contrarios, holgarme y consolarme, y alegrarme de lo que me pasaba en el alma; porque yo estaba consolada y sosegada, y tenia lugar para tener muchas horas de oración; via que venia á meterme en un fuego, que ya el Señor me lo habia dicho que venia á pasar gran cruz, aunque yo no pensé lo fuera tanto como despues ví, y con todo venia ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor queria la tuviese, y así enviaba Su Magestad el esfuerzo y le ponía en mi flaqueza.»

Llegó la Santa con estas determinaciones á Avila, y venia muy contenta por el camino, ofreciéndose con gran voluntad á pasar todo lo que el Señor fuese servido. Fué de tanta importancia su venida, que si un dia mas se tardara, pudiera ser no se concluyera la fundacion del Monasterio; porque la misma noche que llegó á Avila, llegó tambien el Despacho y Breve de Roma para que se hiciese el Monasterio, y la prisa que el Señor le daba á que se partiese de Toledo (como quien lo tenia tan bien trazado), era porque ya el Breve venia de camino, y así lo dispuso de suerte que ella y los recaudos de Roma llegasen á un mismo tiempo, cosa que puso admiracion á la Santa y á cuantos lo entendieron; no lo fué menor ver que llegó la Madre en coyuntura que halló en Avila al Obispo, que solia faltar de allí muy de ordinario. Tambien estaba allí el Santo Padre Fr. Pedro de Alcántara, que no parece sino que el Señor

lo traia á la vista de la Madre, para que pudiese ayudarla en el tiempo de sus mayores necesidades. Hallábase tambien en Avila en esta sazón aquel caballero llamado Francisco de Salcedo (de quien algunas veces habemos hablado arriba), en cuya casa posaba el Sto. Fr. Pedro.

Todo parece que el Señor lo habia trazado de suerte que daba bien á entender que era ya llegada la hora en que se cumpliese su voluntad y deseo de su sierva. Venia en el Breve declarado, que las Monjas diesen la obediencia al Obispo. Fué necesario que el Sto. P. Fr. Pedro de Alcántara y aquel caballero se lo pidiesen. El P. Fr. Pedro puso delante al Obispo el gran espíritu y santidad de la bienaventurada Madre Teresa de Jesús; dióle á entender (como mejor pudo ser) aquel negocio mas divino que humano, y en que el Señor habia puesto su consejo y su mano; representóle la gran gloria que á su Magestad se seguia de esta fundacion, el gran bien á las almas que allí entrasen, y finalmente el fruto que haria en aquella ciudad y en la Iglesia con sus oraciones, y el ejemplo tan vivo para que los demás Monasterios, á imitacion de este, se reformasen. El Obispo, que era tan noble de condicion como de linaje, y por su bondad inclinado á todas las personas que veia determinadas á servir al Señor, aunque al principio reparó en admitir Monasterio de Monjas pobre y sin renta, pero con las razones que el Sto. P. Fr. Pedro le dijo, se aficionó á favorecerlo, como lo hizo de ahí adelante. Partiósese dentro de ocho dias el P. Fr. Pedro de Alcántara, y de ahí á poco llevóle el Señor consigo á gozar del fruto de sus trabajos y penitencia, que fué muy grande, que no parece sino que le tenia guardado Su Magestad hasta acabar este negocio. Todas estas diligencias se hacian debajo de grande secreto; porque temian (si se supiese) algun mal suceso, segun el pueblo estaba enconado.

En esta sazón estaba la Santa en su Monasterio de la Encarnacion, y hacia falta su presencia para concluir este negocio; pero el Señor, que habia dado trazas para lo demás, la dió tambien para esto. Enfermó su cuñado Juan de Ovalle, á cuya sombra se labraba la casa que habia de ser Monasterio; con esta ocasion la hubo para que la Madre saliese de su casa, y así no se entendió nada. Fué caso de admiracion que no estuvo mas tiempo enfermo su cuñado de cuanto la Santa tuvo nece-

sidad de estar fuera de la Encarnacion para acabar de negociar lo que le faltaba para su nueva fundacion, y siendo menester tuviese salud, se la dió el Señor, y así él le dijo: señora, ya no es necesario que yo esté mas malo, y fué así, que luego el Señor le dió salud, de que él y todos se espantaron mucho.

Entretanto, la Santa Madre, viendo cuánto importaba la brevedad, se daba mucha prisa para que se acabase la casa, que le faltaba mucho para ponerse en forma de Monasterio. En fin, acomodó una pieza pequeña para Iglesia, con una regita de madera pequeña doblada y bien espesa y cerrada, por donde oyesen las Monjas Misa. Hizo un zaguan harto estrecho, por donde entraban á la Iglesia y á la portería, y dentro lo que habia de ser para la vivienda suya, y de las Monjas tan estrecho, pequeño y pobre, que en todo resplandecia bien el espíritu que el Señor le habia dado de humildad, pobreza y penitencia.

Con los cuidados que tenia del edificio material, no se descuidaba de buscar las piedras vivas que habian de ser los fundamentos y apoyos del edificio espiritual, y así con gran diligencia, y no sin divina inspiracion, puso sus ojos en cuatro doncellas pobres y huérfanas, pero de buen espíritu y natural, y de grandes esperanzas para adelante. Concertó con ellas que las recibiria y sin dote, porque esto era en lo que menos miraba. Estas fueron, la primera Antonia de Enao, que despues se llamó Antonia del Espíritu Santo; esta vino á ser Religiosa por órden del Padre Fr. Pedro de Alcántara, que la habia tratado mucho y conocido su gran espíritu, y queriendo ella irse fuera de Avila á tomar el hábito, la detuvo el Padre para que fuese de las primeras de este Monasterio, y dió noticia de ella á la Santa Madre. La segunda se llamaba María de la Paz, á quien doña Guiomar habia tenido en su casa; allí la conoció la Madre, y se aficionó á su mucha virtud; llamóse despues María de la Cruz. La tercera fué Ursula de los Santos (que este nombre tenia antes de ser Monja), la cual, como en su mocedad era muy galana, y se preciase de todo lo que era hermosura y vanidad, y lo demás que en el mundo se estima, despues (habiendo dado en la cuenta) fué tan recogida y encerrada, que era un ejemplo de modestia y honestidad. A esta trataba el Maestro Daza, y se la dió á conocer á la Santa Madre. La

cuarta era María de Avila, hermana del Padre Juan de Avila, que fué uno de los que desde el principio ayudaron mas á la Santa; llamóse María de San José.

Mudáronse entonces el nombre, así la Santa Madre como sus compañeras, porque como el nombre sea el que significa lo que es cada cosa, las que ya habian perdido el sér y aficion del mundo, y todas se consagraban á una vida celestial y divina, fué muy conveniente que los nombres fuesen tambien divinos, y así de allí adelante la Santa Madre, el nombre que antes tenia de doña Teresa de Ahumada, lo trocó por el de Teresa de Jesús, y quiso que en su Orden se guardase lo mismo, para que ni aun en los nombres hubiese resabio de mundo.

Ya no le faltaba sino era poner el Santísimo Sacramento, y dar el hábito á estas cuatro doncellas que el Señor habia escogido, de que estaba la Santa no poco gozosa, viéndose en vísperas de coger el fruto de tantos trabajos. Estando todo concertado y á punto, acabada la casa ó á lo menos dispuesto y trazado el edificio, segun el espíritu de pobreza que Su Magestad le habia inspirado. Juntas ya las piedras vivas que habian de ser el fundamento del edificio espiritual, y Templo vivo de Dios, habiendo dado la obediencia al Obispo y determinado él de tomar debajo de su proteccion y amparo á aquella Santa y pequeña grey, despues de tantos trabajos y fatigas de la bienaventurada Madre, que cada cosa le costaba á peso de lágrimas y oraciones; estando, pues, ya todas las cosas concertadas y pacíficas, y á punto para que se comenzase una obra de tanta gloria de Dios, y de tanto provecho y fruto en su Iglesia, fué el Señor servido, que dia de San Bartolomé Apóstol, que es á veinte y cuatro de Agosto, año de mil quinientos sesenta y dos, gobernando la Iglesia el SS. Papa Pio IV, reinando en España el Católico y prudentísimo rey D. Felipe II, y siendo General de la Orden de Nuestra Señora del Cármen el P. Fr. Juan Bautista Rubeo de Ravena, se pudiese el Santísimo Sacramento, y se diese el hábito á estas cuatro personas que habemos dicho, con grande alegría y solemnidad; y así quedó fundado el Monasterio, y dió la Santa Madre fin á sus deseos, principio á la nueva Reformation, y á nuevos y mayores trabajos, como diremos adelante. Fué la vocacion del Monasterio del glorioso San José, que como el

Santo habia sido el que tanto habia ayudado en esta y otras semejantes ocasiones á la Santa (cuando no se le debiera de derecho), era ella tan agradecida, que no podia dejar de ofrecer las primicias de su Orden y de sus trabajos á quien tanto amaba y queria.

Fundóse este Monasterio en el mismo año que los turcos tomaron á Chipre, y destruyeron en él un Convento que habia de la Regla primitiva, que era el postrero de los que se sabian; y así fué providencia divina que entonces se comenzase en España la nueva Reformation y profesion de esta Regla.

Halláronse con la Santa Madre presentes dos Monjas de la Encarnacion á dar el hábito á las que de nuevo se habian recibido. Quedóse, por entonces, ella con las novicias; pero no de asiento, porque pensaba volverse á su Monasterio de la Encarnacion, para venir desde allí, con licencia del Provincial, cuando él quisiese dársela; porque aunque las Monjas y nuevo Monasterio estaba sujeto al Ordinario (porque convino así); pero la Santa Madre, como era Monja profesa de la Encarnacion, hasta que el Provincial alzase la mano de ella, no podia sujetarse á otro nuevo Prelado.

En ninguna cosa de estas fué la Santa contra la voluntad y obediencia de su Prelado (porque en esto tenia grandísima cuenta), como ella misma lo refiere por estas palabras: «No hacia cosa que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia, y como vian ser muy provechoso para toda la Orden (*Vida cap. 36.*), por muchas causas, que aunque iba con secreto, y guardándome no lo supiesen mis Perlados, me decian lo podia hacer; porque por muy poca imperfeccion que me dijeran era, mil Monasterios parece dejara, cuanto mas uno. Esto es cierto, porque aunque lo deseaba por apartarme mas de todo, y llevar mi profesion y llamamiento con mas perfeccion y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era mas servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera, como lo hice la otra vez con todo sosiego y paz.»

CAPITULO IX.

Del grande alboroto y persecucion que se levantó despues de fundado el Monasterio, y los grandes trabajos que por esta causa le sobrevinieron á la Santa Madre.

Fué un día para la Santa Madre de gran alegría y gloria, ver puesto el Santísimo Sacramento en su nuevo Monasterio, remediadas cuatro huérfanas pobres, y hecha una obra que (cuanto ella podía entender) era gran servicio y gloria de Dios y honra del hábito de su gloriosa Madre, y otra Iglesia mas de las muchas que en aquel tiempo los herejes derribaban, que era lo que ella sentia sobremanera, y, finalmente, lo que mas contento le daba era ver cumplidas las promesas del Señor; y aunque con mucha humildad siempre le parecia no hacia nada, y que todo lo que ponía de su parte era con tantas imperfecciones, que antes se hallaba digna de pena que de agradecimiento por este servicio; pero érale gran regalo ver que Su Magestad la hubiese tomado por instrumento, siendo ella tan ruin como pensaba para tan grande gozo, que estuvo como fuera de sí por grande rato en una alta y profunda oracion.

Pero como las cosas de esta vida estén tan sujetas á mudanzas, y sea ya costumbre ordinaria y conocida de Dios aguar los mayores solaces de sus amigos, con iguales penas y tribulaciones, y hacer que á la bonanza y contento suceda la adversidad y la pena, proveyendo (no sin admirable consejo) de esta mudanza y variedad de tiempos, para mejor merecimiento y prueba de los justos. Fué así, que despues de haber tenido la Santa uno de los mayores contentos que por ventura en su vida habia tenido, estando el Cielo sereno y ella en la pacífica posesion de su gozo, súbitamente el demonio, lleno de envidia y furor, levantó tempestad y borrasca dentro de su alma (que esta era para la que Nuestro Señor le dijo estando en Toledo que se preparase) la cual le dió tan grande batería y turbacion, permitiéndolo así el Señor, quanto antes habia sido el contento y alegría.

Primeramente la ponía delante, que todo quanto habia hecho era contra la voluntad de Dios, pues lo habia hecho con-

tra la obediencia, sin orden y licencia del Provincial; representábala el disgusto que habia de tener cuando supiese el Monasterio quedaba sujeto al ordinario, por otra parte, si habian de tener gusto las que allí estaban con tanta estrechura y penitencia, y si se habian de poder sustentar; de todo lo cual venia el demonio á inferir y probar, que habia sido gran disparate el meterse ella en aquello. Tambien le ponía delante, que cómo pensaba encerrarse en casa tan estrecha, y cómo con tantas enfermedades habia de sufrir tanta penitencia; que habia sido tentacion el dejar casa tan grande y deleitosa, á donde con tanto contento siempre habia estado, y donde Dios la habia hecho tantas mercedes, y las amigas que allí tenia, que quizá las de acá no serian á su gusto, que se habia obligado á mucho, y que por ventura habia pretendido esto el demonio para quitarla la paz y quietud, y perder por aquí la oracion, y juntamente el alma. Con este tropel de inconvenientes y daños, le hacia guerra el demonio, y para apretarla mas (dándole el Señor licencia) le borraba de su memoria, como el Señor se lo habia mandado, y los muchos pareceres y oraciones que habian precedido; solo se acordaba de su parecer, teniendo entonces como suspendidas todas las virtudes, y la fé para que la defendiese de tantos golpes. Era de tal manera esta batería, que no la dejaba pensar en otra cosa, y con esto una afliccion y oscuridad y tinieblas en el alma tan terribles, que se puede mal dar á entender, si no es á quien hubiere experimentado esta manera de tentacion y tribulacion, que (permitiéndolo el Señor) puede causar el demonio en un alma. Basta decir, que por aquel rato parece que Dios desampara el alma, y la entregá al enemigo, dándole licencia para que le inquiete, turbe y aflija. Fué este (como la Santa Madre confiesa) uno de los peores y mas tristes ratos que pasó en su vida; pero el Señor, que en semejantes ocasiones muestra su mayor clemencia, en medio de tan grandes tinieblas le envió un rayo de luz, para que viese claro que era el demonio que la queria espantar con mentiras, y hacerla alzar la mano de lo que habia comenzado, y así puso los ojos en las grandes determinaciones que antes habia hecho de servir al Señor, y deseos de padecer por él; y ofrecíasele, que para cumplir con ellos, no habia de procurar descanso, y que si deseaba trabajos, eran muy buenos los que ahora tenia delante, y pues que en la mayor contra-

dicción estaba la mayor ganancia, que no era razón que le faltase el ánimo para servir á quien tanto debía; y así, haciéndose fuerza con estas y otras consideraciones, se fué delante del Santísimo Sacramento, y allí prometió de hacer cuanto pudiese por alcanzar licencia para venirse á su nuevo Monasterio, y estar y perseverar en él, y prometer clausura en pudiéndolo hacer con buena conciencia.

Luego la Santa hizo cara al demonio, y se determinó de nuevo á padecer por Dios todo lo que le viniese: huyó al instante el enemigo, y volvió de tal manera la tranquilidad y contento, que de allí adelante jamás perdió la serenidad y paz de su alma por grandes y fuertes ocasiones que se le ofrecieron. Lo cual suele hacer Dios muchas veces, que en premio de alguna grande tentación ó trabajo, pasado por su amor, y vencido y resistido varonilmente, suele, no solo quitar la tentación, sino dar algun escelente dón y prerogativa, como lo hizo con el bienaventurado Santo Tomás de Aquino, despues que valerosamente resistió á los halagos y sollicitacion de aquella perversa mujer que le queria robar el tesoro de la castidad. Pues como la turbacion que aquí padeció la Santa Madre fuese tan grande, y ella resistiese poderosamente al ímpetu y fúria del enemigo; fué el Señor servido de hacerle en premio de esta victoria tan señalada merced, que de allí adelante no perdiese la estabilidad, paz y constancia de su alma, por trabajos y pesecuciones que se le ofreciesen.

No se habia bien acabado este trabajo, estando ya la Madre con grande seguridad y necesidad de dormir y descansar un poco (que muchas noches antes no lo habia podido hacer con los trabajos de la fundacion): al punto que quiso comenzar á sosegar algun tanto, no le dieron lugar, porque luego que en la ciudad y en su Monasterio de la Encarnacion se supo lo que habia hecho, se levantó otra nueva tempestad y alboroto; pareciéndoles á los unos que se habia de perder y destruir la ciudad si no se deshacia aquel Monasterio; y á los otros, que afrentaba su Religion; y sin ponérsele delante la gran falta que habia de hacer á su nueva planta, envió luego la Perlada á mandarle que se viniese á la Encarnacion: la Santa no hubo visto el mandamiento de su Priora, cuando despidiéndose de sus cuatro novicias (que quedaban harto afligidas) se vino á su Monasterio.

Bien vió la Santa que se le habian de ofrecer hartos trabajos, porque creyó la habian de echar luego en la cárcel, y dar grandes penitencias; pero iba con grande deseo de padecer por Dios, y con mucho contento, y holgara harto que se efectuara esta prision, por no hablar á nadie y descansar un poco en soledad, que era lo que ella deseaba. En llegando, dió razon de sí la Priora; y aunque se aplacó algo, determinó de llamar al Padre Provincial (que era entonces el P. Fr. Angel de Salazar) para que él conociese y juzgase la causa: llegó el Provincial, y mandóla parecer ante sí á juicio; y lo que allí pasó, lo cuenta la Santa con su humildad y prudencia de esta manera (*Vida cap. 36.*): «Venido el Provincial, fui á juicio con harto gran contento de ver que padecia algo por el Señor, porque contra Su Magestad ni la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era se cumpliese con toda perfeccion. Acordéme del juicio de Cristo, y ví cuán no nada era aquel. Hice mi culpa, como muy culpada, y ansí lo parecia á quien no sabia todas las cosas. Despues de haberme hecho una grande reprehension, aunque no con tanto rigor como merecia el delito, y lo que muchos decian al Provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello, antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo. En algunas cosas bien via yo me condenaban sin culpa, porque me decian lo habia hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada, y otras semejantes; mas en otras claro entendia que decian verdad, en que era yo mas ruin que otras, y que pues no habia guardado la mucha religion que se lleva en aquella casa, cómo pensaba guardarla en otra con mas rigor, que escandalizaba al pueblo, y levantaba casas nuevas. Todo no me hacia ningun alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenia en poco lo que me decian. En fin, me mandó delante de las Monjas diese descuento, y húbelo de hacer; como yo tenia quietud en mí, y me ayudaba el Señor, dí mi descuento de manera, que no halló el Provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar, y despues á solas le hablé mas claro, y quedó muy satisfecho; y prometióme, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese á él.»

No contento el demonio con los desasosiegos pasados, ya

que Nuestro Señor habia sosegado la turbacion de la Santa, el alboroto é inquietud de su Orden, la indignacion de la Priora y Provincial, porque nunca le faltase en qué padecer, movió otra nueva persecucion muy pesada y muy peligrosa, y bastante para deshacer todo lo hecho, si Dios no lo remediara; porque con la nueva planta y Monasterio (como arriba comenzamos á decir), fué la alteracion y fuego en la ciudad tan grande, como si estuvieran cercados de enemigos, ó les hubieran hecho una grande injuria ó agravio, ó sucedido algun grande mal, en que luego era necesario proveer de remedio. Y fuera de lo mucho que se decia y murmuraba de esta novedad en todas partes, y la soltura con que de ello se hablaba, acordaron de juntarse en forma de ciudad el Corregidor, Regidores y algunos del Consistorio, llamando tambien á esta junta las personas mas principales, y de cuenta de las Religiones, los letrados mas famosos de la ciudad y comun del pueblo, como si realmente la ciudad estuviera para perderse, y en el mayor peligro que ellos podian imaginar. Tratóse luego de deshacer la fundacion ya hecha, con mucho calor y porfia, y despues de grandes encarecimientos y ponderacion de los graves daños que de aquel pobre Monasterio se les seguia, salió por conclusion de la consulta, que de ninguna manera se permitiese pasar adelante, sino que luego se quitase el Santísimo Sacramento y se deshiciese la fundacion. Tan peligrosa es la novedad en toda cosa, que aunque parezca de mas virtud, se puede tener por sospechosa, hasta que con testimonios sobrehumanos se confirme, y así no era mucho anduviesen todos recatados en esta ocasion, en la cual el demonio representaba y esforzaba cuantos inconvenientes podia, para estorbar tan santa obra, donde barruntaba que le habia de nacer su daño. Y el Señor por otra parte ordenaba para mayor y mas seguro fundamento de este edificio, que precediese tanto exámen y contradiccion, para que con el suceso se certificase el mundo, que no era esta obra traza humana, ni iba fundada sobre arena, sino sobre la piedra viva que dice el Evangelio, que es Cristo y su palabra.

Fué, pues, la resolucion que todos tomaron, que se deshiciese el Monasterio, á la cual se siguiera luego la ejecucion, si no saliera de por medio el P. M. Fr. Domingo Bañez, de la Orden de Santo Domingo, catedrático que fué despues de Prima

de Teología en la Universidad de Salamanca, el cual, aunque habia sido de parecer que el Monasterio no se hiciera sin renta, pero como varon docto y cristiano, sintió mal de la apresurada resolucion que en aquella junta se habia tomado; y osada y cuerdate les dijo, que no era aquel negocio que tan presto se habia de determinar, que requeria mas maduro consejo, que seria bien se mirase mas despacio, pues habia tiempo para esto, y que era negocio que mas pertenecia al Obispo que á la ciudad. Con estas y otras prudentes razones que allí propuso, suspendióse la ejecucion, pero no el alboroto y saña que todos tenian contra el Monasterio, porque en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa, condenando á la Santa Madre y á todos los que la habian ayudado. Y viendo á las cabezas y á lo principal de ella declarados contra las pobres Monjas, y principalmente contra la Santa, se les levantaron enemigos debajo de la tierra, y hasta las piedras parece se volvian contra ellas; crecia el fuego, y la tempestad de la persecucion era cada dia mas terrible. ¿Qué seria ver entonces á una pobrecita mujer contrastada de toda una ciudad, y tan principal como la de Avila y de todas las Religiones de ella, que aun en los púlpitos no la perdonaban? De la mayor parte del Cabildo y de todo el vulgo, puesta por blanco de sus dichos, y lo que mas es, que al mismo tiempo (como habemos dicho) era tambien la batería de parte de su Religion, que aunque esta se acabó primero, no fué la menor, que cuanto los contrarios son mas domésticos, es la guerra mayor y mas sangrienta, que como están mas vecinos, hieren de mas cerca y aciertan mas en lo vivo. Todos como lobos carniceros la acometian, cada cual por sacarla su bocado; pero ella, como un cordero manso, dejábase condenar de todos, y puesta en Dios su esperanza y justicia, á nadie temia.

Pues en este tiempo la Santa sola y desamparada de todos, no dormia como Jonás en lo bajo de la nao, sino antes daba muchas voces á Dios, y con esto estaba su corazon tan sosegado como si nada de ella se dijera, ó como si fueran cosas que tocaran á tercera persona; tanta era la igualdad de ánimo y confianza que tenia en el Señor. Y cuando todos trataban de deshacer el Monasterio, estaba ella con tanta fé, que escribiendo á su amiga doña Guiomar de Ulloa, que antes la habia ayudado, y entonces estaba en Toro, la enviaba á pedir Misa-

les y una campanilla que habia menester para su fundacion. Verdad es que á veces se escondia el Señor, y para que mas mereciese su sierva, daba lugar para que entrase la tentacion, el temor y la pena si se habia de deshacer, y así, estando una vez algo afligida y fatigada con este pensamiento, el Señor (que andaba tan cerca de ella para consolarla y animarla en todos sus trabajos), la dijo: (*Vida cap. 36.*) «¿No sabes que soy poderoso, de qué temes? Y me aseguró que no se des- haria.»

La ciudad, que habia tomado esta porfia muy á pechos, hacia entre tanto todas las diligencias que podia para que el Monasterio se deshiciese; y viendo el Corregidor que no habia parte que respondiese por él y lo defendiese, pensó que todo el negocio era acabado con ir á San José y mandar á las cuatro Monjas que allí estaban, que se saliesen de él, si no, que les quebraria las puertas; pero ellas respondieron con grande ánimo, que entonces saldrian del Monasterio, cuando se lo mandase el que las habia traído, que él no era parte para esto, pues no era su Perlado. Hasta aquí pudo llegar el celoso color de bien, ó (por mejor decir) la rabia y furor del enemigo, á quien hacian cruda guerra cuatro Monjitas pobres, y en una casa como un dedal. En fin, el Corregidor, volviendo sobre sí, parecióle mejor medio no llevar esta causa por fuerza, sino por justicia, y así hubo luego demandas y respuestas; hizose pleito ordinario, y llevóse al Consejo Real. La ciudad enviaba persona de su parte á la corte, y era tambien necesario que el Monasterio enviase de la suya, so pena de perderse el negocio. Pero ni habia quien se atreviese á ir, ni dineros para esto, ni la Madre sabia qué se hacer, y sobre todo para apretarla mas los cordeles, ordenó Nuestro Señor que la Priora la mandase que no tratase mas del Monasterio, que era echarle un jarro de agua á todo lo que estaba hecho. Entonces se fué la Santa á buscar el remedio donde siempre lo solia hallar, que era á Dios, y díjole: (*Vida cap. 36.*) «Señor, esta casa no es mia, por vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo Vuestra Magestad.» Con haber dicho esto quedó tan descansada y tan sin pena, como si todo el mundo tuviera de su parte, y luego tuvo por seguro el negocio.

No tardó nada en experimentar cuánto la fé vale, y la confianza en Dios; porque luego salieron á defender su causa algu-

nos siervos de Dios, principalmente el Mro. Daza y Gonzalo de Aranda, ambos Clérigos de conocida y señalada virtud; el uno fué á Madrid, y el otro, que era el Mro., quedó en Avila, y hallóse en otra junta de la ciudad, en la cual todos estaban tan fuertes, como en la primera que habemos dicho, siendo de opinion que se deshiciese y desbaratase el Monasterio; pero él con su mucha prudencia los aplacó por entonces.

Mientras andaban estos pleitos y pesadumbres, vinieron á un medio los de la ciudad, ofreciendo á la Madre, que como el Monasterio tuviese renta, que consentirian que fuese adelante. No le desagradó este partido á la Santa, pareciéndole que la podria dejar despues cuando quisiese; pero estando tratándose del concierto, hablóla Dios, y el P. Fr. Pedro de Alcántara se le apareció, y sucediéronle otras cosas que ella brevemente cuenta por estas palabras: (*Vida cap. 36.*) «Dijome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos á tener renta que no nos dejarian despues que la dejásemos, y otras algunas cosas. La misma noche me apareció el Santo Fr. Pedro de Alcántara, que ya era muerto; y antes que muriese me escribió, como supo la gran contradiccion y persecucion que teníamos, se holgaba fuese la fundacion con contradiccion tan grande, que era señal se habia el Señor de servir muy mucho en este Monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta; y aun dos ó tres veces me persuadió en la carta, y que como esto hiciese, ello vendria á hacerse todo como yo queria.» Y así con estos altos y bajos duró esta persecucion casi medio año, en el cual tiempo padeció la Santa lo que Dios sabe, y lo que cada uno podria imaginar.

En el entretanto que estas cosas pasaban, las cuatro novicias estaban recogidas en su Monasterio, y el Obispo las proveía de Confesores, y de quien las animase é instruyese é hiciese pláticas espirituales. Pero con la ausencia de la Santa Madre estaban como ovejas sin Pastor, y necesitadas de quien les enseñase la observancia y vida religiosa, en la cual con dificultad puede ser Maestro el que no ha sido primero discípulo y tenido esperiencia de ello. Y así fué el Señor servido que en este tiempo llegase á Avila el P. Presentado Fr. Pedro Ibañez, de la Orden de Santo Domingo (de quien antes habe-

mos hecho mencion), el cual fué gran parte (por la mucha opinion que se tenia de sus letras y santidad) para aplacar los corazones de muchos, y para que el P. Provincial del Cármen diese licencia á la Santa Madre para que viviese á San José, y gobernase y enseñase á sus Monjas, cosa que parecia no solo dificultosa, sino imposible alcanzarla.

CAPITULO X.

Cómo sosegadas ya las contradicciones, la Santa Madre volvió á su nuevo Monasterio, donde Nuestro Señor la puso una corona en premio de lo que habia padecido y trabajado por él.

Habia medio año y mas, que la Santa Madre estaba detenida en el Monasterio de la Encarnacion, ausente de sus hijas, y así, luego que le dieron licencia, se vino por el mes de Marzo de mil quinientos sesenta y tres, adonde fué tan alegremente recibida, quanto habia sido con grandes lágrimas y suspiros deseada. Haciendo oracion en la Iglesia, antes que entrase en el Monasterio, fué arrebatada en espíritu, y vió á Cristo que la recibia con grande amor, y la ponía una corona, agradeciéndola mucho lo que habia hecho por su Madre. Y despues, estando en el Coro en oracion, vió á Nuestra Señora con grandísima gloria, vestida de un manto blanco, debajo del cual amparaba á la Santa y á todas sus monjas, como ella cuenta por estas palabras: (*Vida cap.* 36.) «Fué grandísimo consuelo para mí el dia que venimos; estando haciendo oracion en la Iglesia, antes que entrase en el Monasterio, estando casi en arrobamiento, ví á Cristo, que con grande amor me pareció me recibia y ponía una corona, agradeciéndome lo que habia hecho por su Madre. Otra vez, estando todas en el Coro en oracion despues de Completas, ví á Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecia ampararnos á todas; entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta casa.» Luego el pueblo comenzó á tomar mucha devocion con el Monasterio, y el Señor trocó como lo suele hacer de tal manera los corazones, que los mayores contrarios hizo mayores devotos de la casa; y ya desengañados, veian claramente ser obra de Dios, y su porfía, engaño y ten-

tacion; y así poco á poco fueron dejando el pleito, palpando con la esperiencia ser aquel Monasterio de gran gloria de Dios, honra y provecho de su ciudad.

Trajo consigo la Santa Madre, cuando salió de la Encarnacion, cuatro Monjas, porque el Provincial tambien dió licencia para que se viniesen con ella las que gustasen de seguir esta nueva vida y profesion. Eran estas cuatro: Ana de San Juan, María Isabel, Ana de los Angeles é Isabel de San Pablo; de estas hizo Priora á Ana de San Juan (porque la Santa, por su mucha humildad, gustaba antes de obedecer que de mandar), y Superiora á Ana de los Angeles; pero andando el tiempo, viendo el Perlado que convenia fuese Priora la que en la verdad era Madre y Maestra de todas, la hizo tomar y ejercitar el oficio.

Luego comenzó la Santa con prudencia y espíritu del Cielo á gobernar sus Monjas, á darles modo de vida, santos y saludables consejos, haciendo tambien sus ordenaciones con aprobacion del Obispo (que entonces era su Perlado), en órden á la perfecta observancia de la Regla primera, que era la que ella pretendia que se guardase en aquel Monasterio. Trazó y dispuso las cosas en órden á los fines que Dios le habia enseñado. Primeramente asentó en todas el espíritu y trato de oracion y mortificacion, que es el particular fin y vocacion de la nueva Regla que habian tomado, ó por mejor decir, de la antigua que habian profesado aquellos Santos Ermitaños del Monte Carmelo. Luego, tras de esta piedra (que es columna firme que sustenta la Religion), puso otra no menos necesaria para sustentar este edificio, que fué el recogimiento, cerrando locutorios y redes (de las cuales el mismo nombre publica sus daños, y la esperiencia, á costa de la reformation de los Monasterios y de muchas almas los llora), prohibiendo conversaciones y tratos, aun entre parientes, cerrando las puertas á todos los consuelos humanos, para que así estén mas abiertas y patentes á los divinos. Asentó tambien el vivir sin renta (cosa que tanto le habia costado y encomendado al Señor). Finalmente, instituyó una vida penitente, trocando la estameña delicada, por una jerga áspera, los zapatos ó chapines, en alpargatas pobres, y la cama blanda, en un jergon duro; y á esto añadió la comida pobre, pues es toda la vida de pescado y yerbas, como la Regla lo manda; de la cual será razon que antes que pasemos adelan-

te, hagamos aquí mención, para que mejor se entienda cuál sea la Regla é Instituto que la Santa Madre eligió, y la que hoy se guarda en su Orden, así de Frailes Descalzos, como de Monjas.

CAPITULO XI.

Donde se pone la Regla primitiva de la Orden de Nuestra Señora del Cármén, que es la que la Santa Madre quiso que se guardase en su Orden, y de la gran perfeccion que en sí encierra.

Para que mas claramente conste de la Regla que la bienaventurada Madre Teresa de Jesús eligió para su Orden, conviene que sepa primero el lector, que en el año de mil ciento setenta y uno dió Alberto, Patriarca Jerosolimitano (que antes habia sido Religioso Ermitaño del Monte Carmelo), Regla á sus hermanos los Carmelitas, que entonces moraban en el dicho Monte, sacada y colegida de otra que á la misma Orden habia dado Juan, Patriarca Jerosolimitano, como mas largamente los refieren y prueban las historias de la Orden. La cual, como Regla dada á Ermitaños, era muy rigurosa y áspera; y tal, que si no era quien profesase vida eremítica, con dificultad la pudiera observar. Pues como los Ermitaños se redujesen á vida mas comun y conventual que antes, fue necesario moderar y declarar algunos puntos de esta Regla que Alberto, Patriarca, les habia dado. Y así, acudieron á Inocencio IV, que entonces gobernaba la Iglesia, pidiéndole la moderacion y declaracion de ella; el cual, el año del Señor de mil doscientos cuarenta y ocho, y quinto de su Pontificado, la declaró y acomodó, haciéndola mas suave que antes era; pero quedó en tal punto, que (como por ella se verá) es una de las mas perfectas y escelentes que hay en la Iglesia.

Esta Regla, moderada por el Papa Inocencio, se llama primitiva, porque la moderacion que él hizo, solo fué en dos cosas: la una, el silencio que antes era rigurosísimo, y ahora quedó templado desde dichas Completas, hasta dicha Prima; y la otra, la abstinencia de las carnes, que antes era necesaria estremada flaqueza ó enfermedad para que un religioso la pu-

diese comer, cosa que causaba á muchos escrúpulo, así en los ánimos de los Perlados, como de los súbditos; y declaró Inocencio, que bastaba para comer carne, enfermedad ó flaqueza. Antes no se juntaban en Refectorio, ni en otros actos de Comunidad, sino raras veces, como gente que profesaba vida solitaria y eremítica. Inocencio ordenó se juntasen en Refectorio; y asimismo que pudiesen tener casas, no solamente en los yermos, sino tambien en cualquiera otra parte que se las diesen, como fuesen acomodadas para su profesion; lo cual no era permitido en el tiempo que con todo rigor se guardaba la Regla de Alberto.

Esta Regla de Alberto, Patriarca, despues de declarada por Inocencio, Papa (como habemos visto), se guardó por algunos años en la Orden de Nuestra Señora del Cármen. Pero como con el tiempo suele faltar y acabarse el espíritu, como tambien las demás cosas, pareció tan rigurosa, que se juzgó por inobservable, y así pidió la Religion á Eugenio IV la mitigase, y despues á otros Pontífices, de suerte, que algunas de las observancias mas rigurosas estaban ya mitigadas, y particularmente en los Monasterios de Monjas estaba muy menoscabada lo observancia y perfeccion religiosa; porque además de las licencias generales y ensanchas de la Regla, con los abusos y falta de clausura (que entonces no la profesaban), vivian con grande anchura y libertad.

Este era el estado y Regla que la Santa Madre profesaba mientras vivió en el Monasterio de la Encarnacion. Pero estimulada del Señor (como abajo diremos), se determinó de abrazar y seguir la Regla primera de su Orden, que es la que dió Alberto, Patriarca, y despues declaró y moderó Inocencio IV, la cual dice de esta manera:

Regla primitiva de Alberto, Patriarca.

Alberto, por la gracia de Dios, Patriarca de Jerusalem, á los amados hijos Brocardo y los demás Religiosos Ermitaños que moran debajo de su obediencia en el Monte Carmelo, cerca de la fuente de Elías, salud en el Señor y bendicion en el Espíritu Santo. Por muchas vías y modos instituyeron los Santos Padres de qué manera cada uno, en cualquier Orden que estuviere, ó en cualquier modo de vida religiosa que eligiere, haya de vivir en servicio de Nuestro Señor Jesucristo,

y serville fielmente con corazon puro y buena conciencia. Empero, porque nos pedís que segun vuestra manera de vivir os escribamos Regla que guardeis de aquí adelante, os la damos por las palabras siguientes:

De que tengan Prior, y de los tres votos.

Instituimos primeramente y ordenamos, que tengais uno de vosotros por Prior, el cual sea elegido para este oficio de comun consentimiento de todos, ó de la mayor parte y mas acertada. Al cual, cada uno de vosotros prometa obediencia, y despues de haberla prometido, procure guardarla con verdad de obra, juntamente con castidad y pobreza.

De recibir lugares.

Podreis tener lugares y casas en los yermos, ó donde os fueren dados, para la guarda de vuestra Religion, dispuestos y cómodos, segun al Prior y Frailes pareciere que conviene.

De las celdas de los hermanos.

Demás de esto, en el sitio que escogiéredes ó propusiéredes morar, cada uno tenga su celda apartada, conforme le fuere señalada por la disposicion del Prior, y consentimiento de los demás hermanos, ó de la mas acertada parte de ellos.

De que coman en comun Refectorio.

De tal manera, que lo que os fuere dado en limosna comais en comun Refectorio, oyendo alguna leccion de la Sagrada Escritura, donde cómodamente se pudiere hacer y ninguno de los hermanos pueda mudar lugar ni trocarle con otro, si no fuere con licencia del Prior.

La celda del Prior esté á la entrada del Convento, porque sea el primero que salga á recibir los que vienen.

Y de su arbitrio y disposicion se haga todo lo que en la casa se hubiere de hacer. Estese cada uno dentro de su celda ó cerca de ella meditando de dia y de noche en la ley del Señor, y velando en oracion, si no fuere ocupado en otras justas ocupaciones.

De las Horas Canónicas.

Los que supieren rezar las Horas Canónicas, con los Sacerdotes rezarlas han, conforme á los estatutos y reglas de los Santos Padres y costumbre aprobada de la Iglesia.

Y los que no supieren, digan por Maitines veinticinco veces el *Pater noster*, excepto los domingos y fiestas solemnes de guardar, en cuyos Maitines estatuímos se diga el dicho número doblado; de suerte, que se diga cincuenta veces, y siete veces diga la misma oracion por Laudes, y en las demás Horas, otras siete veces por cada Hora, salvo á Vísperas, que se ha de decir quince veces.

De no tener propio.

Ningun Religioso diga que tiene alguna cosa propia, sino que todas las cosas os sean comunes y distribúyanse á cada uno por mano del Prior, ó por el Fraile diputado por el mismo para este oficio, todo lo que hubiere menester, miradas las edades y necesidades de cada uno.

De lo que pueden tener en comun.

Podreis tener asnos ó mulos, segun lo pidiere vuestra necesidad, y algunos animales ó aves para vuestro nutrimento.

Del Oratorio y culto Divino.

Hágase Oratorio en medio de las celdas, lo mejor y mas cómodamente que ser pueda, donde cada dia os junteis para oír Misa donde cómodamente se pueda hacer.

Del Capitulo y correccion de las culpas de los hermanos.

Todos los dias de domingos, ú otros cuando fuere necesario, tratareis de la guarda de la Orden y salud de las almas, donde tambien las culpas y escesos de los hermanos, si algunos hubiere, sean castigados con caridad.

Del ayuno de los hermanos.

Ayunareis cada dia (excepto los domingos) desde la fiesta de la Exaltacion de la Cruz, hasta el dia de la Resurreccion del

Señor, si la enfermedad ó flaqueza del cuerpo, ú otra justa causa, no persuadiere á que se deje de ayunar; porque la necesidad no tiene ley.

De la abstinencia de las carnes.

No comereis carne, si no fuere por remedio de enfermedad ó flaqueza. Y porque os convendrá muchas veces mendigar caminando, porque no seais molestos á los huéspedes, fuera de vuestras casas podeis comer caldo y legumbres, ú otras cosas cocidas con carne; y sobre la mar os será lícito comer carne.

Exhortaciones.

Y porque la vida del hombre sobre la tierra es toda tentación, y los que piadosamente quieren vivir en Cristo han de padecer persecucion, y vuestro adversario el demonio anda á la redonda, como leon bramando, buscando á quien tragar, procurad con toda solicitud vestiros las armas de Dios, para que podais resistir á las asechanzas del enemigo. Cefireis vuestros lomos con cinto de castidad; fortaleced vuestros pechos con santos pensamientos, porque escrito está: el pensamiento santo te guardará. Vestid la loriga de la justicia; para que de todo vuestro corazon, y de toda vuestra alma, y de todas vuestras fuerzas, ameis á Dios Señor vuestro, y á vuestros prógimos como á vosotros mismos. Abrazad en todo el escudo de la fé, en el cual podais apagar todas las saetas de fuego del enemigo; porque sin fé es imposible agradar á Dios. Poneos en la cabeza el yelmo de salud y gracia, para que de solo el Salvador esperéis la salud que salva á su Pueblo de sus pecados. More y persevere abundantemente en vuestras bocas y corazones la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, para que todo lo que hiciéredes sea en Nombre.

Del trabajo de manos.

Hareis alguna cosa de manos para que el demonio os halle siempre ocupados y no tenga entrada para vuestras almas, haciendo puerta de vuestra ociosidad. Bien teneis en esto ejemplo y magisterio, ó doctrina en el Apóstol San Pablo, en cuya boca hablaba Jesucristo, que como sea puesto por Predicador y

Doctor de las gentes en fé, y verdad si le siguiéredes no podreis errar; dice, pues, así: «Con trabajos y fatigas anduvimos entre vosotros, trabajando de dia y de noche por no os dar pesadumbre; no porque no teníamos facultad y licencia para lo pedir, sino para daros forma y ejemplo á que nos imitásedes, pues cuando andábamos entre vosotros, esto os denunciábamos y predicábamos cada dia, que quien no quisiere trabajar que no coma. Hemos oído que hay algunos entre vosotros que andan inquietos y sin hacer algo; á estos tales amonestamos y rogamos en Nuestro Señor Jesucristo, que trabajando en silencio coman su pan; este camino es bueno y santo caminar por él.»

Del silencio.

Encomiéndanos el Apóstol el silencio cuando manda que trabajemos en él, y como dice el Profeta, el ornato y atavío de la justicia es el silencio; y en otra parte, en el silencio y esperanza será vuestra fortaleza; por tanto estatuímos y mandamos, que desde dichas Completas se guarde silencio, hasta despues de dicha Prima del dia siguiente, y en el demás tiempo, aunque no haya tanto rigor en la guarda del silencio, con mucha diligencia se evite el mucho hablar; porque como está escrito, y no menos lo enseña la esperiencia, en el mucho hablar no faltará pecado; y en otra parte: quien habla sin consideracion sentirá males, y en otra: el que usa de muchas palabras daña su alma; y el Señor dice en el Evangelio: de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres, han de dar cuenta en el dia del juicio. Haga, pues, cada uno una balanza para sus palabras y freno para su boca, porque no resvale y caiga con la lengua, y su caída sea insanable á muerte; y guarde con el Profeta sus caminos para que no peque con su lengua, y con mucha diligencia y cuidado guarde el silencio, en quien consiste el culto de la justicia.

Exhortacion del Prior á humildad.

Y tú, Fr. Brocardo, y cualquiera que despues de tí fuere elegido por Prior, tened siempre en la memoria, y poned por obra aquello que dice el Señor en el Evangelio: cualquiera que entre vosotros quisiere ser mayor, será vuestro

Ministro, y el que quisiere ser vuestro Prior, será vuestro Siervo.

Exhortacion á los hermanos que honren á su Prior.

Vosotros tambien, hermanos, honrad á vuestro Prior con toda humildad, entendiendo mas que es Cristo que no el que es, pues os lo puso sobre vuestras cabezas, y dice á los Perladados de las Iglesias: el que á vosotros oye, á mí oye, y el que os menosprecia, menosprecia á mí, para que de esta manera no os juzgue Dios por menosprecio, sino que por la obediencia merezcáis el premio de la bienaventuranza.

Estas cosas escribimos brevemente, estatuyendo la forma y regla de vuestra manera de vivir, y si alguno hiciere algo mas, el Señor, cuando viniere á juzgar se lo pagará. Use empero de discrecion, que es regla de las virtudes. Hecha en Accon el año del Señor de mil ciento y sesenta y uno.

Y porque mejor se entienda lo que es esta regla y lo que la Orden y toda la Iglesia debe á esta Santa en haber levantado un modo de vida tan perfecto, apuntaré aquí brevemente lo que en esta Regla está encerrado.

Esta Regla de Alberto Patriarca es de suma perfeccion y rigor, y comprende en sí instituciones divinas y altísimas, y una como suma de lo perfecto y riguroso que en otras Reglas se halla. Tiene por particular fin é instituto la continúa oracion y meditacion, y este es el mas principal artículo que la Regla contiene (cosa que en ninguna Regla de Religion jamás se ha visto), y esto no es por via de consejo, como lo hizo San Francisco en su Regla, sino de estatuto y precepto. Tiene el encerramiento de las Ordenes Monacales y mas estrecho, pues no solamente manda el encerramiento del claustro, sino que tambien prohíbe el salir de una estrecha celda, sin licencia ó sin necesidad. Hay en ella mas ayunos que en ninguna otra Regla de las que yo he visto; porque manda que se ayune desde la Exaltacion de la Cruz hasta la Dominica de la Resurreccion, lo cual en ninguna Regla de las aprobadas se halla; y si algunas Religiones lo guardan es por estatutos y propias constituciones. Otro precepto es de la abstinencia continúa de las carnes, y esto por toda la vida, sin escepcion ninguna, si no es por enfermedad, que no es poca estrechura y aprieto, jun-

tado todo esto con lo demás que hemos dicho, y diremos; porque nuestro cuerpo, sustentado con buena comida y de sustancia, cual la carne, sufre fácilmente cualquier trabajo y penitencia; así como por el contrario, faltándole la buena vianda no hay regalo que le satisfaga. Bien entendieron esto aquellos Santos Padres del Yermo, los cuales redujeron toda la aspereza y rigor á la abstinencia en la cualidad y cantidad del manjar; ¿qué diré de la estrecha pobreza? Fué esta Regla sin duda la primera de las que ahora son, que enseñó el vivir en pobreza en particular y en comun, como lo declararon los Pontífices Gregorio IX é Inocencio IV. (*Ut habetur in expositione Regule ejusdem Ordinis.*) Dejo de decir cuánto encomienda el estrecho silencio, y con cuánto cuidado manda el trabajo de manos.

De suerte que conviene esta Regla con las Monacales en el encerramiento y contemplacion; con las Mendicantes en la pobreza; con las estrechas, y que profesan penitencia en los ayunos y abstinencia de carnes, y caminar á pié, y el encerramiento continuo de la celda, que con razon es comparado á una cárcel perpétua; y finalmente, con las Religiones ordenadas á la vida activa, se compara muy bien esta Regla en el cuidado que pone en el trabajo de manos.

Esta es la suma de la Regla de Alberto, y esta es la que la Santa Madre escogió y la que ahora se guarda en la nueva Reformation de los Descalzos y Descalzas, con nuevas otras Constituciones, las cuales han añadido á la Regla nuevo rigor y estrechura, y con el espíritu y fervor que el Señor ha dado en nuestros tiempos, se han esforzado los hombres y mujeres, no solo para abrazar una Regla que por su rigor y aspereza dice de ella el Sumo Pontífice Eugenio IV que es inobservable; esto es, que no hay fuerzas (como él dice) ahora en la naturaleza para tanto peso y carga, y que conviene mitigarse; porque no habrá quien emprenda profesion tan estrecha y árdua, sino que también con santo celo y prudencia (no de la que la carne enseña) han superetogado otras muchas y graves observancias; pero porque aquí mi intencion es tratar de lo que la Santa Madre hizo, dejaré esto para otro tiempo. Añadió, pues, la Santa Madre muchas cosas de mas perfeccion sobre la Regla, como ya comenzamos á decir, las cuales confirmó el Obispo de Avila como Perlado suyo; pero despues que fundó

mas Monasterios, fué perfeccionando sus Constituciones, como mas largamente escribiremos al fin de este libro.

CAPITULO XII.

Cómo la Santa Madre estuvo por algun tiempo en el Monasterio de San José de Avila, y de los fervores grandes que en aquel tiempo habia.

Como el que escapado de una gran tempestad y borrasca, habiendo llegado al puerto no cabe de gozo y de contento, así estaba la bienaventurada Madre despues de haber pasado tantos trabajos y tribulaciones; y viéndose ya en otra nueva Religion y vida de mayor aspereza, encerramiento y penitencia, no cabia de contento, y le parecia estaba en un Paraiso, y que aquellas almas entre quien vivia eran Angeles, y no era mucho sintiese ella esto, pues el mismo Señor le habia dicho estando una vez en oracion, que aquella casa era para él Paraiso de deleites. Estaban ya trece (que era el número que ella queria), todas Monjas del Coro, que por entonces no se recibian Frey-las, no pedian limosna, ni menos tenian renta, hilaban y trabajaban continuamente de manos, y las viñas y juros de que vivian eran la rueca y la aguja, y sobre todo, la confianza grande que tenian en el Señor; y así tenian sin pedir todo lo que habian menester, y si alguna vez faltaba (ordenándolo así el Señor para que sus siervas espermentasen el fruto y suavidad de la santa pobreza), entonces estaban mas contentas y regocijadas. Habia tan poco cuidado de lo temporal, que la Santa Madre, con ser Priora, jamás ocupaba en esto su pensamiento. Todo su estudio de aquella santa compañía de Religiosas, era desasidas y olvidadas de todo lo que no es Dios; abrazarse con su divino Esposo, y con ánimos de Varones fuertes, limitar su desnudez, obediencia, mortificacion y cruz. En esto ponian todo su cuidado, y en cómo por todos los caminos servirian y contentarian mas á Dios.

La Santa Madre cada dia recibia mayores mercedes y regalos de su celestial Esposo, y las Monjas, con sus ejemplos y palabras, volaban y no corrian en el camino de la perfeccion. Era la Santa la primera en todo, en el coro, en la cocina, en el hilar, en el barrer y en los demás trabajos corporales; y por

este medio era mas eficaz su doctrina. Tenia gran cuidado de ejercitar á sus hijas en la mortificacion y verdaderas virtudes, para que este ejercicio sirviese de exámen y prueba de los propósitos y firmeza de oracion; porque son muchas las veces que se engañan algunas almas, pensando que sus consideraciones son virtudes, y sus sueños revelaciones, y sus imaginaciones profecías, y para estas, y para las que tratan de oracion, no hay mas linda prueba que la ocasion, donde la obra corresponde al pensamiento, y descubre si es oro ó alquimia lo que reluce; por donde así como no se puede decir valiente, ni preciarse de soldado, el que no se ha hallado en las refriegas y escaramuzas de los enemigos, así no se puede decir que tiene virtud quien no ha visto la cara al vicio contrario, y experimentado las ocasiones de prueba, de mortificacion y de cruz.

Entendiendo esto la Santa procuraba con mil ensayos (como en el discurso de esta historia se irá contando) procurar y ejercitar á sus Monjas en la obediencia y en otras virtudes; y así, estando una vez en el refectorio tomó un poco de cohombro muy delgado y podrido todo por dentro, y llamó á una de las novicias de mejor entendimiento que habia en el Monasterio, que fué la madre María Bautista, y queriendo probar su obediencia, con grande disimulacion le mandó que fuese á sembrar aquel cohombro en un huertecillo que allí estaba; ella (como la que habia aprendido en tan buena escuela), sin examinar mas, tómale en la mano, y pregunta á la Santa si le habia de poner hácia arriba, derecho ó tendido, y respondiéndole que le habia de estender; fué luego, y con gran prontitud y rendimiento, le sembró como la Madre le dijo, sin pasarle por la imaginacion si se habia de secar ó no, como ella despues lo dijo.

Hizo tambien otra prueba con otra sierva de Dios, que fué de las cuatro primeras, que se llamaba Ursula de los Santos; habia tenido esta Religiosa casa y familia; y como en aquellos principios pretendiese la Santa introducir la perfeccion de la obediencia, puso mas particularmente los ojos en esta que en otra, porque estando enseñada á mandar, quiso experimentar cómo se acomodaba á obedecer; porque saliendo esta buena maestra de obediencia, esperaba gran fruto con su ejemplo en las demás, y así la andaba probando de todas maneras en esta

virtud; y como á todas las pruebas ordinarias respondiese muy bien, usó de una extraordinaria, con intento (segun ella dijo despues á un Confesor suyo) de que si mostraba desobediencia en aquella, quitarle el hábito; y fué, que encontrándola un dia en el claustro, delante de las Religiosas, la tomó el pulso, y dióla á entender que la habia lástima y compasion, y significando con algunos ademanes como que estaba enferma, y tenia calentura (pero sin decir palabra que fuese mentira; porque en estas pruebas que hacia la Santa Madre para probar y perfeccionar á sus Religiosas, aunque usaba de santas cautelas, no dijera una mentira por el Cielo ni por la tierra), y mandóla que se fuese luego á acostar; obedeció la Monja sin pasarle por la imaginacion otra cosa, mas de que estaba enferma como su Perlada se lo decia. Enviaba la Santa Madre otras hermanas que la visitasen, las cuales, preguntándole cómo estaba, respondia que muy mala, y diciéndole qué tenia, ó qué la dolia, respondia, no sé, hermanas, la Madre lo dice; y como perseverase en aquella santa y sincera obediencia, parecióle á la Santa que seria bien ir adelante en la prueba, y ver si obedecia, hasta derramar la sangre; entróla á visitar y tornándola á tomar el pulso dijo: ay, pobre de mí, hermana, vayan luego á llamar al barbero que la sangre; vino el barbero y sangróla, sin que la sierva de Dios replicase cosa alguna, ni jamás tuviese otro pensamiento, sino que era así lo que la santa obediencia decia; desde entonces le cobró la Santa Madre un particularísimo amor, y á ella no hizo daño la sangría, de lo cual debia estar bien cierta y segura la Santa cuando la mandó sangrar. Otras veces encargaba á una sola oficios incompatibles, para ejercitarlas juntamente en el trabajo y probarlas en la obediencia; de esta manera labraba la Santa Madre las piedras que habia escogido para este edificio; y porque seria muy largo poner aquí ejemplos y casos particulares, porque solo eso pedia un grande libro, iremos acortando, tocando brevemente en el hilo de esta historia (cuando se ofreciere) alguna cosa notable y de edificacion.

Con este ejercicio iban creciendo las virtudes en aquellos dichosos principios, y curándose las imperfecciones y flaquezas de nuestra naturaleza. Andaban con esto las Monjas tan llenas de espíritu y de consolacion del Cielo, que no cuidaban de cosa de la tierra, mas que si estuvieran fuera de ella gozando de la

otra vida. Todo lo que no era Dios les era amargura, y era tanta la devocion, que todo su oficio, ejercicio y estudio, era oracion y contemplacion continúa. La pobreza con que vivian era estremada, pues llegó alguna vez á no comer mas que las hojas de unas parras que en la huerta tenian, pero mayor el contentamiento que tenian con ella. Unas veces las proveia el Señor, y otras pasaban sus necesidades alabándole y dándole gracias. Cuando habian de comer, era la comida conventual, asaz, pobre y templada, como gente que profesaba tanta oracion y penitencia.

Hacian muchas abstinencias y añadian otras muchas asperezas á las que tenian de Regla y Constituciones, señal muy cierta del espíritu divino que en ellas vivia, el cual nunca pierde de vista la oracion, mortificacion y penitencia, como ni jamás dice que basta, ni se vé harto ni satisfecho de llorar sus pecados, de castigar su carne, y de pedir á Dios misericordia. De esta manera traian siempre sujeta la carne al espíritu, y el espíritu á Dios, y era de tal manera el rigor, que era bien necesaria la prudencia y discrecion de la Santa para moderar el ímpetu del espíritu y deseos de penitencia, como se colegirá por lo que ahora diré. Parecíales era mucho regalo que la túnica interior que traian junto á las carnes fuese de lana ó estameña, y así, con grande espíritu, pidieron todas á la Santa Madre Teresa la trujesen de jerga, que no es otra cosa sino un silicio en la aspereza y efectos; otorgó la Santa su peticion, y siendo ella la primera, se vistieron todas de esta vestidura tan áspera y rigurosa. Comenzaron luego á criar algunas inmundicias de estos animalillos que llaman vulgarmente piojos, los cuales, con la ocasion del nuevo vestido, crecian en abundancia, y las inquietaban en la Oracion, en el Coro, y por todo el demás tiempo del dia. Pidió la Santa Madre á Nuestro Señor las librase de aquellas importunas sabandijas, y oyó su oracion; porque luego milagrosamente se vieron todas libres de ellas, sin que se hallase una sola en todo el Convento, como mas largamente diremos en el libro cuarto. Dura este privilegio hasta hoy en todos los Conventos de Monjas, y principalmente en aquella casa; pero como con el tiempo se espermentasen graves enfermedades por razon de la aspereza del vestido, fué forzoso el volver á tomar las túnicas de estameña que antes habian dejado.

Tenian particular cuidado de la observancia y regularidad en el Coro, y de las demás ceremonias de la Religion; el hablar en los tiempos de silencio, era sacrilegio; ejercitábanse todas en los oficios de humildad, sin escepcion ninguna, y lo que mas florecia era la caridad y amor fraternal tan entrañable, que no parecian todas sino una misma. Y no era mucho que á las que animaba una misma virtud de la caridad, y tenian en sí estampado aquel espíritu de la Santa Madre, fuesen y pareciesen una misma cosa entre sí. Finalmente, la vida que entonces vivian, y la perfeccion en que la Santa las puso, no era otra cosa sino un retrato de la santidad de la Iglesia primitiva, y una imágen viva de aquellas Monjas Ermitañas Carmelitas, hijas y compañeras de Santa Eufrasia, de las cuales San Gerónimo cuenta grandes maravillas y hazañas de heróicas virtudes; pero no mayores que las que en este tiempo se veian en la Santa Madre y sus compañeras.

CAPITULO XIII.

La Santa Madre, movida por revelacion Divina, trata de fundar otros nuevos Monasterios de Frailes y Monjas.

Con ser tan grande el rigor y perfeccion con que se vivia en aquellos dichosos principios, á la Santa Madre todo le parecia poco; y aunque habia vivido cinco años (que tantos eran pasados desde el principio que se habia fundado la casa de San José), por una parte con grande consuelo por ver la abundancia con que el Señor derramaba su espíritu y riquezas en aquella casa, por otra estaba aquel corazon generoso, y mas que de varon, que no podia caber en sí, combatido de mil generosos pensamientos, acarreados de aquel vivo espíritu y celo de las almas que en el mundo se perdian. Rasgábasele el corazon considerando la tiranía con que el demonio trataba y tenia oprimidas las almas criadas para el Cielo y redimidas con la sangre de Jesucristo, y á cuantas tenia ciegas la herejía y errores que en su tiempo habian sembrado los Luteranos; y así se le pasaba grande parte de las noches y de los dias orando, gimiendo, suspirando y suplicando á Dios le hiciese merced de perdonar y alumbrar aquellas almas que estaban engañadas. Hacíale grande fuerza la perdicion tan general del mundo, que le parecia habia llegado al peor punto que po-

dia tener, y que los pecados de los hombres daban gritos al cielo pidiendo venganza mas rigurosa que nunca; y que así era forzoso uno de los medios de que en tales casos suele Dios usar, conviene saber, ó gran castigo, ó gran misericordia.

Estando metida en este continuo cuidado, acaeció que vino á visitarla un Padre Descalzo, de la Orden del glorioso Padre San Francisco, llamado Fr. Alonso Maldonado, que era entonces recién llegado de las Indias. Contó á la Madre la infinita muchedumbre de almas que en aquella tierra se perdian; con las cuales nuevas de tal manera la hirió y traspasó el corazon, que no parece sino que en él le habian hincado una saeta. (*Fundaciones cap. 1.*) No podia sosegar ni caber en sí; fuese luego á una Ermita de las que ya tenia hechas en la huerta; y puesta allí en la soledad, llena de lágrimas y suspiros, clamaba al Soberano Criador de las almas, y á aquel á quien tanto le habian costado, diese algun medio como ella pudiese algo y fuese de algun provecho para ganar alguna para él, de tantas como llevaba el demonio; suplicaba con grande instancia al Señor que para este efecto valiesen sus oraciones algo, pues ella ni era ni valia para mas. No cesaban sus ansias ni sus lágrimas, hasta que una noche, estando en su acostumbrada oracion, tuvo una vision, y en ella vió á Nuestro Señor Jesucristo, el cual, consolándola, la dijo: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» Quedó consolada y animada con estas palabras, las cuales quedaron bien fijas y estampadas en su memoria. Pensaba y resolvía algunas veces entre sí qué cosas serian aquellas tan grandes, y por qué camino se habian de obrar; pero no podia atinar en la significacion é intento de la revelacion.

Y aunque por entonces no entendió el secreto que estaba encerrado en aquellas breves y misteriosas palabras (como suele acaecer á los Profetas, á los cuales raras veces, juntamente con la vision, les comunica Dios la inteligencia y manifestacion de lo que quiere decir), pero claramente colegia de la satisfaccion grande con que quedaba su espíritu, y mucho mas de la luz que traian consigo estas palabras: Primeramente, que veria sus deseos cumplidos, que por entonces eran de ser ella algun medio para que no se perdiesen tantas almas por falta de luz y conocimiento de la verdad; y de esto no po-

dia dudar, que pues Dios, respondiendo á su oracion y deseos (que eran los que acabo de decir), le habia dicho veria grandes cosas, y siendo su respuesta á propósito, no podia dejar de entender que habia de ser ella la medianera de tan grandes cosas, y que por medio de la flaqueza de una mujer habia el Señor de obrar nuevas maravillas para mejor mostrar su grandeza; pero el qué, el cómo ni el cuándo, por entonces no se lo reveló el Señor, hasta que despues, ofreciéndose las ocasiones que adelante diremos, mediante una luz divina, entendió mas en particular las palabras que Dios la habia dicho, y como era voluntad suya que fundase una nueva reformation con mucha perfeccion de vida, no solo de mujeres, sino de hombres, y que la queria hacer madre de muchas gentes, dándola hijos é hijas que con la oracion, ejemplos y doctrina ayudasen á las almas por todos los siglos que durase la Iglesia, cuya salud y remedio aquejaba tanto á la Santa Madre.

Juntamente entendió que estas obras para que Dios la tomaba por instrumento, no habian de ser como quiera grandes, sino en todo género grandísimas y aventajadísimas, y con notable esceso superiores á las ordinarias sobrenaturales que Dios obra por medio de sus siervos; porque si lo que es grande en la estimacion y boca de un Rey, sobrepuja á las cosas mayores de sus vasallos, lo que fuere grande en el pensamiento generoso de Dios, y lo que él con su boca llama grande, ¿qué podrá ser sino una cosa extraordinaria y de no medida grandeza? Y, ciertamente, las muestras que ha dado hasta aquí esta nueva Reformation, son admirables, y que al mundo ponen espanto, y cada dia promete mayores crecimientos y fruto de la Iglesia, hasta que llegue á la grandeza que Dios reveló á la Santa Madre, y casi la misma revelacion (como escribimos en el principio de este libro segundo) tuvo el Santo P. Fr. Luis Beltran, diciendo que dentro de cincuenta años seria esta nueva Reformation una de las religiones mas ilustres de la Iglesia de Dios: que como es un mismo espíritu el que habla y revela á los Santos los escondidos secretos del pecho de Dios, necesariamente, aunque las personas y tiempos sean diferentes, la sustancia y verdad de lo que revela ha de ser la misma, que no puede ser Dios contrario á sí mismo; y y así por esta revelacion le dió Dios á entender que ha-

bia de ser Fundadora y Madre de esta nueva Reformation, y que esta nueva planta vendria á ser en la Iglesia un árbol crecidísimo, figurando en el de Daniel (*Dan. 4.*), de cuyo fruto se sustentasen no solo las aves del Cielo, que son las almas, que por medio de la contemplacion vuelan á lo alto, sino tambien los animales terrestres y las bestias fieras, que denotan así los grandes pecadores que están dentro de la Iglesia, como los infieles que no han puesto sobre su cuello el yugo suave de la fé. ¡Oh poder del Altísimo! ¡Oh profunda sabiduría y piélago inmenso, donde pierden pié los mayores sábios y prudentes del suelo! ¡Quién dijera que estando el mundo en aquel tiempo, lleno de tan grandes letrados y de personas en todo género grandes, que habia de buscar Dios para sus grandezas la pequeñez y flaqueza de una mujer, y dejándolos á todos ellos tomar á ella por medio para sus obras?

Pues como ya llegase el tiempo que Dios tenia determinado para dar principio á estas grandes cosas, y para descubrir este tesoro al mundo, y que aquella luz clarísima que estaba cubierta entre aquellas estrechas paredes, saliese en público y se pusiese en el candelero donde alumbrase á su Iglesia, ordenó que el Padre General de Nuestra Señora del Cármen (que entonces era Fr. Juan Bautista Rubeo de Rávena) viniese de Roma á España á visitar su Orden (cosa que hasta allí jamás se habia visto ni se esperaba ver) llegó á Avila, y su venida, que la Santa Madre temió que habia de ser medio para deshacer lo hecho, ó á lo menos para hacerla nueva contradiccion, lo fué para que Dios pusiese en ejecucion sus trazas y la Santa sus deseos. Temió la Madre que el General se habia de enojar y sentir gravemente el haber renunciado su obediencia, y transferídosela al Obispo, y el haber fundado el Monasterio sin su licencia, y así estaba con grande recelo y miedo no la mandase volver á la Encarnacion; pero como ella habia en todo buscado la gloria de Dios y aumento de su Religion, y en nada habia ido contra la obediencia, saneada su conciencia por todas partes, no solo no se escondió de la presencia del General, sino con grande ánimo y valor procuró que viniese á su Monasterio de San José, donde ella estaba. Llegado el General, la Santa le dió larga cuenta, no solo de la fundacion, sino casi de toda su vida, con tanta llaneza y verdad como ella

solia, y con la que la diera al mismo Señor, cuyo lugar él tenía. Díjole cómo Nuestro Señor la había revelado se serviría mucho de la renovacion de esta Religion, conforme á la Regla primitiva, y otras cosas que habemos contado en el principio de este libro. Era el Padre General hombre religiosísimo y amigo de toda virtud y santidad, y considerando la obra que estaba hecha y los motivos que la Santa Madre había tenido, mirando su santidad y los frutos tan hermosos que daba ya la nueva planta, consolóla mucho y la aseguró que no la sacaría de allí. Estaba admirado de la santidad de aquel Monasterio, y parecíale hallaba en él un vivo retrato de los principios de su Orden. Alababa entre sí el ánimo y prudencia de la Santa, y lo que mas le espantaba era el pecho y ánimo que había tenido una mujer sola para tantos contrastes y adversidades; y no le ponian menos admiracion aquellos grandes y encendidos deseos que en ella veia de llevar almas á Dios. Echó luego claramente de ver que era el espíritu de Dios el que regia y gobernaba aquella mujer, y que no era justo resistir á la ordenacion divina, y así todo esto junto fué causa para que no solamente le diese mucho gusto lo hecho, sino para que animase á la Santa Madre para que pasase adelante. Y así le dió patentes muy favorables y cumplidas para que pudiese hacer nuevos Monasterios de Monjas, con condicion que los que se fundasen de ahí adelante, quedasen debajo de su obediencia, aunque el de Avila, por estar ya hecho, permaneció por algun tiempo sujeto al Obispo.

Trató tambien la Santa Madre con él le diese licencia para fundar Monasterios de Frailes Descalzos, que así para lo uno como para lo otro, era divinamente instigada é inducida por el espíritu y revelacion de Dios. El General, pareciéndole que esta novedad causaria grande alteracion en la Orden, no la concedió por entonces licencia mas que para Monjas. Y para que mejor se vea la aficion y estima que el General hizo de la Santa Madre Teresa (que todo era traza de Dios, en órden á los fines que vamos diciendo), pondremos aquí la primera patente que él le dió para que fundase, que es la que se sigue:

«Nos Fr. Juan Bautista Rubeo de Rávena, Prior y Maestro General, y por gracia de Dios, siervo de todos Frailes y Monjas de la Orden de la gloriosísima Vírgen María de Monte

Carmelo: A la Reverenda Madre Teresa de Jesús, Priora de las religiosas Monjas del Monasterio del glorioso San José de Avila, de la misma Orden, profesa y ornada del sagrado velo, en el Monasterio nuestro de la Encarnacion, limpieza de espíritu y favores de caridad ardiente. No hay buen mercader, ni soldado, ni letrado, que no tenga cuidado, y mire y use de toda solicitud, y tome grandes trabajos para ampliar su casa, su ropa, su honra y toda su hacienda; si ellos hacen esto, mejor se ha de procurar de los que sirven á Dios el alcanzar lugares, hacer Iglesias y Monasterios, y recaudar todo lo que se pueda, para servicio de las almas y gloria de la Divina Magestad. En esto, teniendo continuo pensamiento la Reverenda Madre Teresa de Jesús, Carmelita, hija y humilde súbdita nuestra, ahora Priora con nuestra licencia, del Reverendo Monasterio del gloriosísimo Patriarca San José, nos ha suplicado: que para honra y grandeza de Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre, en provecho de las devotas almas, le demos facultad y poder para hacer Monasterios de Monjas de la nuestra sagrada Orden, en cualquier lugar del Reino de Castilla, que vivan segun la primera Regla, con la forma de vestir, y otras maneras santas que tienen y guardan en San José, y las demás que fueren ordenadas; y todo debajo de la obediencia nuestra y otros Generales que sucedieren á Nos. Este deseo, pareciéndonos muy religioso y santo, no podemos rehusarlo, sino favorecerlo, abrazarlo y acrecentarlo. Portanto, con autoridad de nuestro general oficio, concedemos y damos libre facultad á la Reverenda Madre Teresa de Jesús, Carmelitana, Priora moderna en San José, y de nuestra obediencia, que pueda tomar y recibir casas, Iglesias, sitios y lugares en cada parte de Castilla, en nombre de nuestra Orden, para hacer Monasterios de Monjas Carmelitas, debajo de nuestra inmediata obediencia. Las cuales anden vestidas de paño de jerga pardo. La vida sea conforme en todo segun la primera Regla. Ningun Provincial, ni Vicario, ó Prior de esta Provincia, las pueda mandar, mas solo Nos y quien fuere señalado por nuestra comision. El número de las Monjas en cada Monasterio puede ser veinticinco, y no mas. Mas antes que se tomen casas y se hagan Monasterios, se procure de haber la bendicion del Ilustrísimo y Reverendísimo Ordinario, Obispo ó Arzobispo, ó sus Tenientes, como manda el Santo Concilio. Y

porque todo se haga con efecto, le concedemos que pueda tomar por cada Monasterio que se hiciere, dos Monjas de nuestro Monasterio de la Encarnacion de Avila, las que quisieren, y no otras, ni las puedan impedir el Provincial nuestro, ni la Reverenda Priora que fuere, ni otra persona súbdita nuestra, so pena de privacion de sus oficios y otras graves censuras; y los Monasterios estén debajo de nuestra obediencia, que de otra manera no entendemos que esta nuestra concesion sea de algun valor. Cuando no se pueda hallar jerga, se tome paño grueso; y Nos las daremos Vicarios ó Comisarios que las gobiernen. Hecha en Avila, á 27 de Abril de 1567.»

*Fr. Joannes Baptista Rubeus,
Generalis Carmelitarum.»*

Otra patente segunda dió el mismo General á 10 de Mayo del mismo año, y otra le despachó de Roma en el año de mil quinientos setenta y uno, y en ellas y en cartas particulares que escribe á la Madre, la encarga estas fundaciones, y anima con mucho espíritu á trabajar en ellas, y lo que mas es, se lo manda con precepto de obediencia, no queriendo dejar en su eleccion lo que á él le parecia importaba tanto. Con estos favores y patentes, vió ya la Santa abierto el camino de sus deseos, y comenzaba ya á ver las grandes cosas que en aquella vision el Señor la habia revelado; porque ¿qué mayor cosa que tomar Dios una mujer flaca y pobre, sin arrimo ni ayuda temporal ninguna, para una obra tan heróica y de tanta gloria, como era fundar una Orden de tanto fruto y ejemplo en la Iglesia? Suele de ordinario la Divina Magestad escoger para grandes cosas medios de poca sustancia (al juicio de los hombres), todo con fin de que en los efectos se conozca ser las obras suyas tanto mayores, quanto de nada y por nada hechas. Por esto quiso su bondad y misericordia escoger una mujer pobre-cita y humilde, para remedio de muchas almas, y movió el corazon de su General, para que públicamente aprobase lo hecho, y diese autoridad para hacer de nuevo otros Monasterios.

Como la Santa Madre Teresa de Jesus vióse con patente para fundar nuevos Monasterios, tan sin pretenderla ni procurarla ella, luego se los representó Nuestro Señor todos, como

si ya los viera hechos. Y aunque veia por otra parte el mucho descanso y quietud que gozaba en el nuevo Monasterio, lo mucho que era menester de dineros y favor, para que una mujer no conocida, sin letras ni púlpito, fundase Monasterios pobres, y se le ponía delante lo mucho que le habia costado el de Avila; representábasele que era negocio grande los inconvenientes muchos, los juicios varios, viendo á una Monja por los caminos y plazas; sus fuerzas pocas para contrastar tantas olas y dificultades que se le habian de ofrecer; pero como tenia tan grande ánimo para emprender cosas grandes y dificultosas, tanta fé y tan viva, tanto deseo de la gloria de Dios y de la salud de las almas, en nada reparaba. Y no era mucho que la que tenia tales prendas de Dios, y habia experimentado tales favores, le alcanzase parte de la fortaleza y grandeza de Dios, y así se determinó y resolvió, sin aguardar otro favor humano á comenzar lo que ya entendia claramente era voluntad de Dios.

Estaba en este tiempo el Monasterio del Patriarca San José sujeto al Ordinario, por Breve particular de su Santidad (como ya habemos dicho), y tambien lo estaba la Santa Madre y otras dos Monjas que habian salido con ella de la Encarnacion, las cuales, con particular Breve (por convenir mas esto para la nueva Reformacion), renunciaron la obediencia de la Orden, y se pasaron á la del Obispo; pero todas tres con licencia del Obispo volvieron á dar la obediencia al General en el año de mil quinientos sesenta y siete, á veinte y nueve de Abril, quedándose el Monasterio y todas las demás Monjas que habian venido de nuevo á la Religion, debajo de la jurisdiccion del Obispo, hasta que por revelacion divina la Santa Madre Teresa de Jesus hizo se sujetasen á la Orden, como adelante diremos.

CAPITULO XIV.

Donde se trata de los motivos que la Santa Madre Teresa de Jesús tuvo para fundar esta nueva Reformacion de Frailes y Monjas.

Con ninguna cosa se muestra mejor la grandeza de esta obra que Dios comenzaba á tramar por medio de la flaqueza

de una mujer, que con descubrir los fines tan levantados que la Santa Madre tuvo en esta empresa tan maravillosa; y aunque he tratado algo de esto en el principio de este libro, y en el capítulo pasado, pero háme parecido escribir esta materia mas despacio, por ser gran gloria de Dios y de su Santa, que se entiendan los motivos tan divinos que tuvo en esta nueva Reformation; porque no fué principalmente el provecho espiritual propio, ni (lo que parecia mas comun y general) la salvacion de muchas almas, que encerradas en sus Monasterios, como en otra arca de Noé, esperaba se habian de salvar y servir á Dios con gran entereza y perfeccion de vida, ni menos limitó sus deseos á la conversion de los herejes de Francia y Alemania, sino que con un corazon y pecho Apostólico, ordenó esta nueva y Santa Reformation á la salud de todo el mundo, y á la conversion de toda la infidelidad; como se colige parte de lo que habemos dicho en el capítulo pasado y parte de lo que ahora diremos.

El primer pensamiento con que Dios comenzó á alentar esta obra en el pecho de la Santa Madre Teresa (como arriba en el principio de este libro dijimos), fué una resolucion firme de hacer grande penitencia de sus pecados, retirarse mas del mundo, y encerrarse en un rincon donde ella y sus compañeras no se ocupasen en otra cosa sino en oracion y alabanzas divinas, y juntamente el reformar su Orden, y hacer este servicio á la Vírgen, de quien ella era tan devota.

Estos fueron sus primeros deseos de hacer el primer Monasterio, y no pasar entonces de esta raya sus pensamientos; mas como iba creciendo cada dia mas en el amor divino, crecia tambien en ella el amor del prógimo, y con él se dilataban sus deseos á mayores cosas. Y así, estando con estos designios de darse á mas penitencia y oracion, y fundar aquel primer Monasterio, y viniese á su noticia el daño y estrago grande que habian hecho las heregías en Francia y Alemania y otras provincias, subió de punto el motivo que antes tenia, y enderezó todos sus intentos al remedio de aquellas almas, ordenando todas las oraciones y asperezas de la nueva planta que habia de hacer, para aplacar á Dios en tan graves castigos, y rogar por la conversion de aquellos desdichados, que tan ciegos y obstinados los tenia la heregía, como ella escribe en su libro del Camino de perfeccion, de estas palabras que declaran bien

el celo de la honra de Dios y del bien de las almas, que le comia las entrañas:

«Al principio que se comenzó este Monasterio á fundar por las causas que están dichas en el libro que digo tengo escrito (*Camin. de perfec. cap. I.*), con algunas grandezas del Señor, en que dió á entender se habia mucho de servir en esta casa; no fué mi intencion hubiese tanta aspereza en lo esterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada, en fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba mas que mi regalo. En este tiempo vinieron á mi noticia los muchos y grandes daños de Francia y Alemania, y el estrago que habian hecho estos Luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo ó fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediaba tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdian.

Como me ví mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ánsia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, determiné hacer eso poquito que era en mí, que era seguir los consejos Evangélicos, con toda la perfeccion que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios Nuestro Señor, que nunca falta de ayudar á quien por él se determina á dejarlo todo; y que siendo tales cuales yo pintaba en mis deseos, entre sus virtudes, no tenian fuerza mis faltas, y podria yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oracion por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mio, que tan apretado le traen, á quien él ha hecho tanto bien, que parece le querrian tornar ahora á la Cruz estos traidores, y que no tuviese adonde reclinar la cabeza.

¡Oh Redentor mio, que no puede mi corazon llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los Cristianos? ¿Siempre han de ser los que mas os deben, los que os fatigan? ¿A los que mejores obras haceis? ¿A los que escogeis para vuestros amigos? ¿Entre los que andais y os comunicais por los Sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos

habeis pasado? Por cierto, Señor mio, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues á vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras, para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto que esperamos ya los que por la bondad del Señor no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquellos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han grangeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazon ver tantas almas como se pierden; mas del mal no tanto, querria no ver perder mas cada dia. ¡Oh hermanas mias en Cristo! ayudadme á suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; este es vuestro llamamiento, estos han de ser vuestros deseos aquí, vuestras lágrimas, estas vuestras peticiones. No, hermanas mias, por negocios acá del mundo.» Y mas adelante añade: «Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar á sentenciar á Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo, y hemos de gastar tiempo en cosas, que por ventura si Dios se las diese, terníamos una alma menos en el Cielo. No, hermanas mias, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia.»

No pensaba la Santa Madre Teresa de Jesus hacer mas que ese Monasterio; mas como el Señor la tenia escogida para cosas mas universales de su Iglesia, infundió en su alma un celo conforme á su eleccion, con el cual su alma se abrasaba en unos vivos deseos de la conversion de todo el mundo; para esto dieron ocasion las nuevas que aquel Padre Religioso de la Orden del glorioso P. San Francisco le refirió de las muchas almas que se perdian de la infidelidad, con las cuales (como escribimos en el capítulo pasado) estimulada hizo oracion al Señor con tanta eficacia, que alcanzó el ser ella medio para tan altos fines, proveyendo Dios que lo fuese para levantar esta nueva Reformacion. Pondré aquí las mismas palabras que la Santa Madre Teresa de Jesus escribe en el libro de sus fundaciones (*Cap. I.*), hablando á este propósito; de las cuales juntamente podrá cualquiera ver la encendida caridad y celo de almas que ardan en este Serafin; dice pues: «Considerando yo el gran valor de estas almas (va hablando de las compañeras que Dios le habia dado en aquellos principios), y el ánimo

que Dios les daba para padecer y servirle (no cierto de mujeres), muchas veces me parecia que era para algun gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas; no porque me pasase por el pensamiento lo que despues ha sido, porque entonces parecia cosa imposible, por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos mientras mas tiempo iban adelante, eran muy crecidos de ser alguna parte para bien de alguna alma, y muchas veces me parecia como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para distribuirle; así me parecia estaba atada mi alma, porque las grandes mercedes que el Señor aquellos años la hacia, eran muy grandes, y todo me parecia mal empleado en mí. Servia al Señor con mis pobres oraciones, siempre procuraba con las Hermanas hiciesen lo mismo, y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de la Iglesia, y á quien trataba con ellas siempre edificaban, y en esto embebía yo mis grandes deseos. A los cuatro años me parece eran algo mas; acertó á venirme á ver un Fraile Francisco, llamado Fr. Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia; este habia venido de las Indias habia muy poco. Comenzóse á contar de los muchos millones de almas que allí se perdian por falta de doctrina, é hizonos un Sermon y Plática, animando á la penitencia y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdicion de tantas almas, que no cabia en mí; fuíme á una Ermita con hartas lágrimas, y clamaba á Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo para ganar alguna alma para su servicio, pues tantas se llevaba el demonio, y que pudiese mi oracion algo, ya que yo no era para mas. Habia grande envidia á los que podian por amor de Dios emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes, y así me acaee, que cuando en las vidas de los Santos leemos que convirtieron almas, mucha mas devocion me hacen, y mas ternura y mas envidia que de todos los martirios que padecen, por ser esta la inclinacion que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia mas un alma que por nuestra industria y oracion le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer; pues andando yo con esta pena tan grande, una noche estando en oracion, representóseme Nuestro Señor, de la manera que suele, mostrándome

mucho amor, á manera de querer consolarme, me dijo: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» Quedaron tan fijadas en mi corazon estas palabras, que no las podia quitar de mí; y aunque no podia atinar, por mucho que pensaba en ello qué podria ser, ni veia camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada, y con gran certidumbre, que serian verdaderas estas palabras: mas el medio cómo, nunca vino á mi imaginacion.» Hasta aquí son palabras de la Santa Madre Teresa de Jesus.

De estos altos y celosos pensamientos de la gloria de Dios Nuestro Señor y remedio de tantas almas, nació esta divina y nueva planta de la Iglesia, que no se puede negar, sino que estos deseos fueron su semilla y su origen; porque mediante ellos se concibió, formó y salió á luz este nuevo parto, como adelante veremos.

Y aunque es verdad que la Regla primitiva que la Santa profesaba, no trata de celo á almas como la que era de puros ermitaños, pero sin torcerla en nada, ni sacarla de su paso, la enderezó toda la Santa Madre á este fin, ingiriendo en ella esta pua del celo de almas con que ella tenia tan traspasadas sus entrañas, así como hizo Santo Domingo á la Regla de San Agustin. Y no hay duda sino que mientras la Regla derechamente no cierra la puerta á este celo, que la deja abierta para ejercicio de tan alto, tan divino y tan encargado por Cristo Señor nuestro; y con esto vino á juntar en uno los ejercicios de Marta y María, que son de accion y contemplacion, en el mas perfecto grado que pudo, y así lo guardó y ejecutó la Santa por todo el espacio de su vida.

Pero lo que no es digno de menos admiracion, y lo que es una como prueba evidente de haber sido divinos los pensamientos y motivos de esta Santa Virgen, es ver hoy en su Religion cumplidos y puestos en ejecucion estos tres fines con que Dios la movió; porque el primero, que fué profesar vida penitente y áspera, y retirarse á la quietud de la soledad y silencio, la vemos en toda esta nueva Reformation, la cual tiene por principal parte de su instituto, penitencia, recogimiento y oracion, pero mas singularmente en las Casas del desierto, de las cuales hay una en cada Provincia, y en todas ellas se profesa la vida solitaria y eremítica, no con menos rigor y perfeccion de vida que en tiempo de aquellos grandes Padres, Anto-

nio, Macario ó Hilarion, y de otros Santos Monjes antiguos de Egipto y Palestina; y vemos en nuestros tiempos restituida á sus primeros principios la disciplina eremítica, que habia mas de mil años que con las crueldades de Aumar y de otros tiranos, se habia estinguido en el Oriente, y ahora, por medio de esta Santa Vírgen, recobra esta Religion esta antigua herencia y maycrazgo de sus mayores.

De la perfeccion así en la Oracion como en la aspereza de vida de estas Casas, pudiera hacer un largo tratado, si el tiempo me diera lugar; solo diré las principales Constituciones de esta Profesion, por las cuales se verán cumplidas las grandes cosas que Dios Nuestro Señor prometió á la Santa Madre. La primera es, continúa oracion de dia y de noche, sin interrupcion alguna, quanto á la fragilidad humana se permite, porque allí no hay otros negocios ni ocupaciones sino vacar continuamente á la contemplacion ó leccion, como medio para ella; y porque el silencio es fiel compañero de la oracion (y así les obliga en todo tiempo y lugar sin escepcion ninguna), es tanto el que se guarda, que habiendo necesidad de pedir alguna cosa, se hace ó por señas ó por escrito, de suerte que el hablar sola una palabra, es en aquel santuario tan grave culpa, como lo pudieran ser en otras partes cosas de mucha consideracion. Solo se hablan los dias que tienen deputados para colaciones espirituales, que son de quince á quince dias, y algunos otros estraordinarios de Pascuas y solemnidades de primera clase, y entonces sus pláticas son todas de Dios, y ordenadas á su aprovechamiento; porque propone el Perlado un punto de oracion, de ejercicio de virtudes, del modo de mortificar las pasiones ó resistir tentaciones, ú otra cosa semejante, y cada uno va diciendo por su órden lo que siente, acerca de lo que está propuesto, y el Perlado concluye la colacion, sacando doctrina y ensenanza comun para todos.

A la oracion y silencio acompaña la soledad y recogimiento de aquel lugar, porque el ocio de la contemplacion no se puede alcanzar de ordinario, si no es con el apartamiento y abstraccion de las criaturas; y así tienen constitucion, que los que allí fueren, por el tiempo que están en el Yermo, no puedan salir fuera de él á cosa alguna, y esta misma Regla comprende al Prior. No puede entrar allá seglar alguno (y lo mismo es de los Religiosos de la misma Orden) sin licencia del Padre

General, y cuando entra algun seglar con ella no puede hacer noche, porque no ocupe ni embarace al Prior ni Ermitaños. Para las mujeres hay descomunión si entraren en todo el término del Yermo, y para el Perlado y para otro cualquier Religioso que lo consintiere. Aquí no se escriben ni reciben cartas, solo esto es permitido al Perlado; y lo mas digno de alabarse, que está prohibido á los Religiosos que van de los demás Conventos llevar nueva alguna de las cosas que pasan fuera de él; de suerte, que ni aun de palabra entra allá cosa del siglo ni estraña de aquel lugar; y todo esto está ordenado con acuerdo del Cielo, porque almas tan puras no sean impedidas con las especies é imágenes de las cosas criadas, y para que donde no hay afición de cosa de tierra, tampoco haya memoria de ella.

La penitencia y aspereza de vida que en estos Yermos se profesa, es al parecer sobre las fuerzas humanas, y si no fuese con particular ayuda de la misericordia divina (que acude con mayor gracia, á donde es mayor la obligacion y perfeccion del estado), no parece era posible llevarse. La comida, la cama, las demás alhajas que sirven á la vida humana, están reducidas al estremo de necesidad que la naturaleza pide. La pobreza es estrechísima; comen de lo que les envian de limosna, y no sale nadie á pedirla, porque es así constitucion del Yermo. De suerte que estas cuatro cosas que he dicho (conviene á saber, continúa oracion, perpétuo silencio, continuo recogimiento, y tanta penitencia como acabo de decir) son las columnas de este edificio, y las principales y fundamentales Constituciones de la vida eremítica.

Están los Religiosos repartidos, unos viven en comunidad y dicen el Oficio Divino en la Iglesia, y comen en un Refectorio comun; otros viven de dia y de noche en Ermitas apartadas, y cuando también en el Convento á las horas y oracion, así de dia como de noche, hacen ellos lo mismo, y todos á un tiempo, aunque apartados, rezan el Oficio Divino, y acuden á otros muchos actos comunes, y así los unos como los otros tienen y guardan con gran rigor las Constituciones que he dicho. Todos viven y se gobiernan por un Perlado, y miden todas sus acciones con la vara de la obediencia. Los de las Ermitas acuden todos los domingos á Capitulo, y cuando al Perlado le parece, los trae al Convento, y envia otros en su lugar, para que con

esta variedad se lleve con mas suavidad esta vida, y crezca tambien su aprovechamiento; pero así los unos como los otros dan cada mes cuenta al Perlado de su espíritu y oracion y aprovechamiento, los cuales con grandísima fidelidad, verdad y fé, con la obediencia descubren los senos de su alma al que está en lugar de Cristo, librando en este medio la principal parte de su aprovechamiento.

Si hubiera de escribir mas en particular las instituciones del Cielo que hay en estos desiertos, la perfeccion y santidad de vida que en ellos florece, tenia necesidad de hacer un libro; bastará esta que he dicho para que se entienda cuánta ha sido la santidad de la bienaventurada Madre, que fué la Autora de donde emanó este instituto tan alto, y la que siempre conservó este espíritu de ermitaña; y los primeros motivos que tuvo de hacer el primer Monasterio, fueron entregarse ella y todas sus compañeras, á velas tendidas á la oracion, silencio, soledad, recogimiento, pobreza, penitencia y aspereza de vida, y así gozó de todo esto el tiempo que estuvo en el Monasterio del bienaventurado San José, que fueron casi cinco años. Estos fueron los primeros designios que la Santa Madre tuvo, como ya habemos escrito, y ordenó el Señor para honrar mas á su sierva, y satisfacer á sus santos intentos, que hubiese en su Religion esta profesion tan alta y tan correspondiente á sus primeros deseos y motivos de dar principios á esta nueva Reformation.

Pero antes que pusiese en ejecucion estos divinos pensamientos, los perfeccionó el Altísimo, haciéndolos mas universales, y acompañándolos con el celo ardiente de la caridad con aquellas almas que la heregía tenia emponzoñadas en Francia y otras partes. Aquí enderezó toda aquella fábrica espiritual y divina de su Monasterio primero; este fué entonces el blanco de sus deseos y de la oracion y penitencia suya, y de sus compañeras, porque solo considerar las almas que en Francia se perdian, las iglesias que se derribaban y profanaban, era para ella mas que la misma muerte, y diera mil vidas por el remedio de estas almas; pero el Señor, que ponía en su sierva este celo y deseo ardiente, puso tambien gran parte del remedio; y quiso que la Santa, allá desde el cielo, vea el fruto de sus oraciones en Francia, donde en breve tiempo se han hecho ya cuatro Monasterios de Monjas de su Orden, y segun me

certifican cuando esto se está imprimiendo, se han hecho otros dos de nuevo, las cuales, con ser mujeres, es cosa digna de admiracion el fruto que hacen en aquellas almas, y las grandes mudanzas que cada dia se ven, mediante su ejemplo y oracion; pero lo que mas admira y acredita las oraciones é intentos de esta bienaventurada Virgen, es, que en Francia algunas personas muy graves y principales han hecho averiguacion con mucha curiosidad, y hallan que desde el dia del bienaventurado San Bartolomé, en el cual fundó la Santa el primer Monasterio de San José, que fué año de mil quinientos sesenta y dos, no se ha derribado iglesia alguna en la Francia, y que este mismo dia de San Bartolomé han tenido los católicos señaladas victorias contra los hereges; y todo ello lo atribuyen á la oracion é intercesion de la Santa Madre.

No menos ha visto la Santa desde el Cielo cumplidos sus deseos de ser medio para ayudar á la conversion de las almas, de toda la infidelidad (que fueron los fines que Dios tuvo para sacarla de los rincones y encerramiento del Monasterio de San José de Avila), pues hoy se vé este celo de la Madre estampado en los corazones de sus hijos, particularmente en los Padres Carmelitas Descalzos de la Congregacion de Italia, los cuales, con gran celo y espíritu, siguiendo estos santísimos intentos de su Fundadora, y por mejor decir, las pisadas de los Apóstoles, se han dedicado ellos y toda aquella Santa familia á la conversion del mundo, y con este fervor y deseos semejantes á los de su Madre, nacen y se crien en esta Congregacion todos los hijos de ella, y con las obras muestran bien los deseos de la salud de las almas, pues con ser pocos en número, han enviado Religiosos á la Persia con Breves muy favorables de nuestro Santísimo Padre Clemente VIII, y tienen ya un Convento en la ciudad de Cracovia, en el reino de Polonia, y ahora van á fundar en Francia, todo enderezado á sacar almas de la ceguedad y errores de la infidelidad y heregía. Dispónense para esto en Italia los que han de ir en Seminarios, donde su principal profesion es oracion y letras, que son las principales armas para esta conquista. Estudian con curiosidad las lenguas, y por mil caminos procuran hacerse instrumentos proporcionados, para ayudar á su Iglesia y salud de las almas.

CAPITULO XV.

Sale la Santa Madre á fundar otro Monasterio de Monjas en Medina del Campo, y alcanza tambien licencia del General de la Orden para fundar Monasterio de Frailes Descalzos Carmelitas.

Hecha la fundacion del Monasterio de Avila, y habiendo dado principio á obra tan gloriosa, contenta con la patente que el General le habia dado, y mucho mas con las ocasiones que esperaba de trabajos (que eran las ferias donde la Santa enriquecia su alma) con un ardiente celo de la salud de las almas, llena de esperanzas del Cielo, y fiada de los acostumbrados favores de su Esposo, se determinó, no solo á proseguir las fundaciones de Monasterios de Monjas, sino tambien á emprender (sobre lo que su sexo y condicion pedia) fundacion tambien de Frailes que guardasen la misma Regla y rigor que ella, y siguiesen el instituto antiguo de los Ermitaños del Monte Carmelo.

Pensamiento fué este que Dios le puso en el alma, y espresa voluntad y revelacion suya, como ya habemos dicho; y aunque á la Santa (mirandó su poquedad y flaqueza, y mucho mas la semejanza de su condicion) le parecia disparate y locura; pero cuando consideraba que ya Dios la habia elegido para grandes cosas, poniendo los ojos en sí como en instrumento de Dios, mirándose por esta parte para cosa ninguna, por grande y levantada que fuese, se hallaba menor y desigual; por una parte, parecíale cosa nueva que una mujer flaca (cual ella se imaginaba) hubiese de dar principio á una nueva Reformation de hombres (cosa rara y casi nunca vista en la Iglesia); por otra parte, esa misma flaqueza la animaba y despertaba á esperar que Dios, para mostrar su grandeza, haria esta obra. Veía que era necesario que hubiese Frailes que enseñasen, confesasen y gobernasen sus Monjas, y que como gente ejercitada en la observancia de la Regla, en la oracion y penitencia, ayudasen tambien á sus Monasterios para que no se cayesen; pero cuando miraba el cómo y los medios por donde se habia de hacer esto, hallaba todos los caminos cerrados; pensarle le parecia soberbia; el decirlo era para ella

confusion, y para otros habia de ser risa y locura, y para ejecutarlo, no veia por entonces camino ni se abria puerta ninguna.

Pero como entendia que era voluntad de Dios, no podia desistir de sus intentos, aunque (como en el capítulo pasado digimos) el General, habiéndole pedido la Santa licencia para fundar algunos Monasterios de Religiosos, y habiéndole representado era voluntad divina y revelacion de Dios, se hiciese esta nueva renovacion de la Regla primera, así en Monjas como en Frailes, no habia querido ó no se habia atrevido á conceder esta licencia, porque aunque él lo quisiera hacer, halló mucha contradiccion en su Orden, y así le pareció no convenia por entonces, y aunque el Obispo de Avila y otras personas graves, á instancia de la Santa Madre, se lo suplicaron, no pudieron sacar de él esta facultad y beneplácito; pero la Santa Madre, á quien jamás las dificultades ni trabajos espantaban, ni causaban las contradicciones, como ya tenia entendido era esto mayor gloria de Dios y voluntad suya, no aflojaba ni descansaba un punto, así en hacer oracion, pidiéndolo al Señor, como en añadir diligencias, suplicádoselo al General. Al fin pudo tanto su perseverancia, que estando el Padre General en Valencia de vuelta para Roma, le volvió la Santa á importunar con cartas, y á ponerle delante la gloria de Dios, el bien universal de la Iglesia, el aumento de la Religion y la importancia que era para estos nuevos Monasterios de Monjas que hubiese algunos Frailes de la misma profesion y espíritu, y que los inconvenientes que en esto se ofrecian, no debian bastar para impedir tan gran bien. Fueron de tanta eficacia estas y otras razones que la Santa Madre le dijo, que lo que antes no se habia alcanzado con favores humanos, quiso Dios se negociase con sola una carta suya.

Al fin el General envió licencia para que se hiciesen dos Monasterios de Religiosos, pero remitida al Provincial que entonces era, y al pasado, para que precediendo el exámen y consentimiento de ambos se pudiesen fundar. Esta limitacion y dependencia de los Provinciales que traia la patente, ponía harta dificultad en el negocio; pero como la Santa vió lo principal, le pareció luego que todo lo estaba, y así fué como ella lo imaginó; porque aunque costó mucha dificultad (como

adelante diremos) quiso el Señor se negociase, parte por intercesion del Obispo, y parte por la buena industria y trabajo de la Santa Madre.

Creció con esto el contento de la Santa, y juntamente crecia el cuidado, porque ni ella en los Frailes que conocia de su Orden hallaba quien le pareciese gustaria de tanto rigor y penitencia, ni tampoco veia seglar que se atreviese á dar principio á tan grande obra. Tampoco tenia casa, ni cómo la tener, ni se hallaba con arrimo, aparejo ni comodidad alguna para fundacion. Solamente tenia patentes y buenos deseos, y con ellos grande ánimo y esperanza, que pues el Señor habia dado lo uno, daria lo otro. Fuese á la oracion (que era el comun refugio de sus trabajos y cuidados, y el medio para alcanzar de Dios todo lo que pedia), y allí suplicó al Señor fuese servido de depararle una persona para comenzar esta obra de tanta gloria suya. Maravillosa cosa fuera ver un Patriarca de una Religion, como un San Benito, un San Francisco ó Santo Domingo, ocupado en tan altos pensamientos, como era dar principio á una nueva Congregacion y familia; y para serlo estos Santos, hubieron bien menester las fuerzas y espíritu mas que humano que Dios les dió; pero mucho mayor maravilla seria ver en este tiempo una mujercita sola, pobre, desnuda, sin fuerzas ni favor del mundo, con ánimo y pecho para negocio tan árduo y dificultoso, y no solo con espíritu de fundar Monasterios de mujeres, sino tambien de hombres, sujetándolos á Regla y leyes de tanta estrechura y perfeccion, y tratando de reformar y levantar una Orden caida, que es mucho mas dificultoso que el hacerla de nuevo, y empresa en que suelen gastar muchos Pontífices y otros Perlados Santos, muchos ratos de oracion y de sueño, y muchos años de trabajo y cuidado, y al cabo no sacan mas que el haber mostrado su buen celo y deseo; porque es de tal condicion la anchura y remision, que donde pone una vez el pié, raras veces lo vuelve atrás, pocas veces pierde la tierra que una vez ha ganado, y en abriendo portillo y en rompiendo por alguna parte de la Regla y observancias, siempre se vá por allí, como el rio por su madre. Sin duda quien considerara entonces los pensamientos é intentos de la Santa Madre, mirándolos con ojos humanos, los tuviera por cosa de risa y donaire; pero ella que penetraba con ojos de lince las trazas y consejos divinos, no

solo los tenia por acertados, pero los miraba ya como presentes y puestos en ejecucion.

Andando con estos cuidados, dábale priesa nuestro Señor, para que prosiguiese su obra de fundar Monasterios de Monjas, y que comenzase por Medina del Campo, que por ser lugar acomodado y rico, era á propósito para este intento; pero el que Dios tenia no era solo este, sino el ofrecerle allí lo que ella tanto deseaba, conviene á saber, quien diese principio á los Monasterios de Religiosos Descalzos, como adelante diremos.

Resuelta la Santa Madre de ir á Medina del Campo á fundar, procuró antes de ir allá enviar al P. Julian de Avila (que era un Sacerdote de gran santidad y virtud), que desde los principios ayudó á la Santa y á sus Religiosas, al cual amaba ella mucho, y se confesaba muy de ordinario con él, por ser perpétuo compañero suyo, así en la ciudad como en los caminos y trabajos de sus fundaciones, el cual, despues de la muerte de la Santa Madre, quedó tan aprovechado de su trato, con tanta esperiencia para regir y gobernar almas (particularmente Religiosas), que el Arzobispo de Toledo, García de Loaisa, teniendo noticia de su talento y buenas partes, le envió á rogar le ayudase á reformar y visitar algunos Monasterios de Monjas de su Arzobispado. Hízole tanta instancia, que le sacó de su casa, de su paso y de su condicion. Comenzó á hacer el oficio en que le habia puestó el Arzobispo, con grande aprobacion y fruto; pero como él estaba tan violentado por ser de su natural recogido, no bastaron los ruegos ni favores que el Arzobispo le hacia para que no se volviese á la soledad y retiramiento de su rincon; donde estuvo hasta que Nuestro Señor fué servido de llevarle para sí, sirviendo de Confesor á las Religiosas de San José de Avila, con mas gusto y consuelo que el que tenia en ser Visitador de las del Arzobispado de Toledo. He dicho esto, para que se entienda qué personas eran las que acompañaban á la Santa Madre, y de las que se ayudaba en sus negocios y fundaciones.

Fué, pues, el Padre Julian de Avila á Medina, y llevó cartas de la Santa Madre para el P. Baltasar Alvarez, Rector que entonces era de la Compañía de Jesus, y antes en Avila, Confesor muy ordinario de la Santa; y otras para el Padre Maestro Fray Antonio de Heredia, Prior que era del Convento

de Santa Ana de Carmelitas Calzados. A su Confesor pedia en su carta que la negociase la licencia del Abad de Medina (que entonces no habia Obispo, y era el Superior de aquella Villa ó Iglesia), y al Prior, que le buscasse y comprase una casa para su fundacion, tan cierta de la paga, como si tuviera los dineros en un banco de la misma Villa; y sin duda era con mucha mas certidumbre, porque estos bancos muchas veces quiebran y faltan, pero donde ella tenia librada su esperanza y la paga, era la palabra divina, que primero faltará el Cielo y la tierra, que ella se deje de cumplir. El Padre Rector de la Compañía, como sabia bien quién era la Santa Madre, y el gran bien y tesoro que Dios enviaba á aquella Villa, entendió ser negocio de gran gloria y servicio suyo; y como muy celoso de su honra, que era muy santo y espiritual, informó luego al Abad, y aunque halló harta dificultad, en fin, con sus buenas y santas razones, alcanzó la licencia. No la quiso dar el Abad hasta que precediese una informacion jurídica, la cual hizo el P. Julian de Avila, y en ella juró el mismo Padre Rector, y la mayor parte de su Colegio, y algunas otras personas graves de Medina, en confirmacion del provecho que á aquella villa se le seguia de esta dichosa y nueva fundacion.

El Padre Prior del Cármen compró una casa, ó (por mejor decir) un solar, pues apenas tenia mas que un portal y unos paredones medio caides en la calle de Santiago, que es á donde ahora está el Monasterio; y Julian de Avila, viendo que la casa que estaba comprada no era suficiente, alquiló otra junto al Monasterio de San Agustin, para que en esta se acomodasen de presente, y con esto, y con la licencia del Abad, se partió á Avila con mucho contento. Luego que la Madre lo supo, se determinó de venir á su fundacion. Tomó dos compañeras de San José, que eran la Madre María Bautista, sobrina suya, y Ana de los Angeles. Viendo las Monjas de aquel Monasterio los prodigios y maravillas que el Señor obraba por la Santa, comenzaban ya á creer que no eran sueños ni ilusiones, ni menos hipocresías (como ellas antes imaginaban), sino el brazo poderoso de Dios, que tomaba en la mano la flaqueza de una mujer para hacer obras tan grandes y maravillosas, y así la siguieron cuatro de ellas, que fueron doña Inés de Tapia, que despues se llamó de Jesus, y su hermana doña Ana de Tapia, que se llamó Ana de la Encarnacion;

ambas eran primas hermanas de la Santa Madre, y muy parecidas á su espíritu, las cuales gobernaron despues, y fueron Prioras muchos años en los Conventos que la Santa Madre fundó, y doña Isabel Arias, por otro nombre Isabel de la Cruz, á quien despues hizo Priora de Valladolid, y otra llamada doña Teresa de Quesada.

Con esta compañía y con la demás gente que era necesaria para caminar con la decencia que se requeria, salió la Santa Madre de su Monasterio de Avila, cinco años despues de su fundacion, á trece de Agosto de mil quinientos sesenta y siete años. Las que quedaban sintieron mucho su partida, y no hubiera ninguna que no la acompañara de buena gana. Antes que saliese de su Monasterio, se fué á una Ermita que habia en la huerta, donde estaba un Cristo muy devoto á la columna, pintado con el mismo semblante y figura que la Santa lo habia visto, como arriba habemos contado. Suplicóle con gran devocion y ternura de lágrimas (como ella lo solia hacer), que cuando ella volviese, hallase su Monasterio en el punto y perfeccion que lo dejaba; el Señor la habló y la concedió como ella lo pedia, que no fué pequeño consuelo y merced para la Santa.

Comenzó á proseguir su camino con mucha priesa, porque deseaba mucho que el nuevo Monasterio se fundase dia de la gloriosa Asuncion de Nuestra Señora la Virgen María, y no habia sino dos dias de plazo; pero era tanta su confianza, que se habia de hacer aquel dia, como si le faltaran dos años para hacer las diligencias que quedaban, ó por mejor decir, como si ya lo viera hecho, porque aunque la Madre no siempre lo decia, pero es cierto que estas cosas y otras semejantes las veia la Santa como en un espejo, no en el mismo Dios, pero en algunas representaciones y especies, como en esta vida se permite; porque el aseverar tanto las cosas por venir, el poner diligencias en cosas inciertas, asegurándolas para los plazos señalados; el salir todas las cosas tan cortadas á la medida de lo que deseaba, y tan ciertas conforme á lo que decia, es evidente y clara señal de lo que vamos diciendo, y así lo esperimeté yo muchas veces, aunque la Santa, por su mucha humildad, en lo exterior trataba estas cosas por el camino y términos ordinarios, como si no tuviera revelacion de Dios.

No fué su salida tan secreta que no se supiese luego en Avila, y fué ocasion para que se levantase de nuevo una grande y general murmuracion en toda la ciudad. Unos decian de la Santa que era loca; otros que estaban esperando en qué habia de parar este desatino; otros que era gana de andar y de pasearse; y los que mas bien la querian, no les parecia bien esta jornada. Y así procuraron para estorbársela, ponerla delante grandes dificultades; pero álla Santa, con las prendas que tenia de Dios, ninguna cosa la espantaba, y así hacia poco caso de esto. El Obispo era el que mas lo sentia, lo uno por carecer de su presencia, con la cual, además del gran consuelo que tenia, era mucho el provecho de su alma; lo otro porque le parecia no llevaba esto camino; pero no se atrevió á impedir esta jornada, porque como amaba tanto á la Santa, no la queria dar pena, y así calló y consintió muy contra su gusto y parecer, y la Madre salió de Avila con todas sus compañeras á trece de Agosto.

A la primera jornada antes de llegar á Arévalo, recibió la Santa Madre una carta del dueño de la casa que estaba alquilada en Medina para fundar el Monasterio, en que avisaba que no saliesen de Avila hasta que los Padres de San Agustin, que eran los vecinos de la casa, diesen su consentimiento para que en ella se hiciese el Monasterio, porque sin gusto suyo, por ser su devoto y amigo, no habia de dar su casa. Esta nueva, que bastaba para dar notable pena y desmayar á otro, la dió á la Santa mayor ánimo, pareciéndola que pues ya el demonio se comenzaba á alborotar, que era cierta señal de que Dios se habia de servir mucho. Encargó á quien traia la carta el secreto por no dar pena ni turbacion á sus compañeras, y á los demás que con ella venian. Estaba en Arévalo el P. Fr. Domingo Bañes, Confesor, y amigo grande de la Santa, el cual, sabiendo el negocio, se ofreció á alcanzar el consentimiento y beneplácito de los Padres de San Agustin, pero con mas espacio de lo que la Santa Madre tenia deseo y necesidad; porque como estaba puesta en que la fundacion habia de ser el dia siguiente de Nuestra Señora, cualquiera tardanza la era enojosa y molesta. Por otra parte se veia sin casa donde poder fundar, y cargada de Monjas y de pobreza. Proveyó el Señor que llegase allí el P. Fr. Antonio de Heredia, Prior del Cármén, que venia á recibirla y acompañarla á la fundacion, harto igno-

rante entonces del bien que por la Santa Madre, y por medio suyo, le tenia Dios guardado. Y sabiendo la dificultad y trabajo en que estaba, aconsejó á la Madre fuese á fundar á la casa que él tenia concertada, en la cual por lo menos habia un portal, donde poniendo algunos tapices, se podia hacer Iglesia y poner el Santísimo Sacramento.

Pareció bien á la Madre este acuerdo, por ser cosa mas breve, y así se partió luego para Medina, donde llegó la víspera de Nuestra Señora á la media noche. Apeáronse en la portería del Monasterio de Santa Ana, de los Padres Carmelitas, los cuales estaban ya prevenidos de tan buena venida, y de los ornamentos para decir Misa y aderezo para el Altar. Luego, sin dilacion ninguna, se cargaron todos, así el Prior como los Frailes, los Clérigos y las Monjas que iban con la Santa Madre, así de los ornamentos y tapices, como de todo lo demás que era necesario para componer la Iglesia. Iba la Santa Madre en medio de ellos, dándoles prisa, con la determinacion y ánimo que suele ir un valeroso Capitan con su gente á alguna empresa de grande importancia, en la cual, para no perderse, procura sea antes acabada que ellos sentidos. Por mas secreto iba la Madre con su compañía por fuera de la villa, en la cual, como hubiese fiestas y toros, el dia siguiente andaba toda la gente alborotada, y mucha parte fuera de ella, los cuales, como encontraban aquella procesion tan secreta de Frailes, Clérigos y Monjas, y á aquella hora, cada uno decia y glosaba como se le antojaba.

Llegaron á la casa donde se habia de hacer el Monasterio, y cuando la Madre vió aquellas paredes caidas, aunque no tanto como ellas lo estaban, por ser de noche, y el portal donde se habia de poner el Santísimo Sacramento, todo lleno de tierra y á teja vana, las paredes sin enlucir, los techos cubiertos de polvo y de telarañas, casi no faltó nada para dejar de hacer la fundacion aquella noche, porque juzgaba no habia la decencia que era necesaria para poner el Santísimo Sacramento. Pero animáronse luego todos á componerlo; unos colgaban, otros componian el Altar, otros sacaban tierra, y la Santa Madre, en el entre tanto, no estaba ociosa, antes era la primera en sacar tierra y en hacer lo que los demás. Diéronse tan buena prisa, que al amanecer estaba ya todo compuesto, entapizado y ordenado muy convenientemente. Tocaron luego su

campanilla á la primera Misa, la cual puso grande admiracion y espanto á la vecindad, porque no sabian qué podia ser esta novedad. Vino tanta gente, que no cabia en el portal, y viendo un Monasterio hecho de la noche á la mañana, mirábanse unos á otros, y con grande admiracion y espanto, no sabian qué decir. Púsose luego el Santísimo Sacramento, y así quedó fundado el Monasterio del glorioso San José de Medina (que así quiso la Madre que se llamase), dia de la sagrada Asuncion de Nuestra Señora, á quince de Agosto de mil quinientos sesenta y siete años.

Fué esta fundacion milagrosa, que así se lo dijo Nuestro Señor á la Santa en el Monasterio de Malagon (como adelante veremos); y verdaderamente fué así, porque milagrosa fué y grande la prudencia que la Santa tuvo para acabar en un dia lo que grandes hombres no acabaran en muchos. Milagrosa fué la firmeza de su fé, á la cual no entibieron los dichos de sus amigos, ni la persuasion del Obispo, ni las murmuraciones de los enemigos, ni las malas nuevas del camino, ni las dificultades y trabajos de la fundacion. Milagrosa fué la grandeza de su ánimo, que tan gran cosa emprendió y la llevó tan adelante, teniéndola acabada cuando otro no hubiera comenzado á pensar cómo se habia de hacer. Milagrosa cosa es, en tres horas ó menos, de una casa caida hacer un Monasterio en una villa tan grande y de tanta gente, sin saberlo la misma villa, hasta verlo hecho. Dejó el trabajo del camino, sin tomar reposo, ayunando y comiendo mal, y llegando á media noche, y cuando habia de descansar algun tanto del camino, cargarse de ropa una mujer enferma, de cincuenta y tres años, no acordándose de comer ni dormir, sino embebida toda en buscar la gloria de Dios, y en acabar lo que habia comenzado, no embarazándose con tantas cosas que habia que hacer. No sé yo qué cosa de mayor maravilla, ni mas digna de eterna gloria y esclencia, que este hecho de la Santa.

Hecha la fundacion, cuando la Madre habia de estar mas contenta y sabrosa del buen suceso, le sobrevino una grave y terrible tribulacion (que este es el premio que Dios tiene para sus mayores amigos, cuyos servicios, cuanto son mayores, y á él mas agradables, en esta vida les paga con nuevos trabajos, que para quién los sabe conocer y estimar, son grandes y nuevas mercedes). Acabada de oir la Misa primera, en que se

puso el Santísimo Sacramento, fué la Santa á mirar su Monasterio, y vió las paredes por algunas partes todas en el suelo, el Monasterio sin clausura, y otras ruinas, que eran mas propias de casar que de casa. Echó de ver que el Santísimo Sacramento estaba casi en la calle, y afligióse mucho, y como entonces los tiempos eran tan peligrosos de Luteranos, y en Medina habia tanto trato con las Naciones extranjeras, y con algunas inficionadas de la heregía, comenzó á temer no hubiese por ventura algunos hereges secretos que le hurtasen de allí el Santísimo Sacramento, ó le hiciesen algun desacato. Entró por aquí el tentador, y retiróse y escondióse un poco el Señor, para que su sierva fuese mas probada y ejercitada, mirando la batalla como desde á fuera. Pónele el demonio lo que ya comenzaba á imaginar, como si hubiera ya sucedido y viera ya deshecha la fundacion, y representale y encarécele los dichos y murmuraciones de su venida; oscurécele el alma, quita de su memoria las mercedes que del Señor habia recibido, pónele delante su bajeza, y comiéndala á aniquilar con una falsa humildad, y á poner tantos nublados en el alma, y levantar tantas dificultades, que casi le parecia imposible ir adelante lo hecho. Hacíale creer que iba errado este principio, y que ya no podia pasar adelante con las fundaciones. De donde sacaba, que si esto era verdad, no habia sido Dios el que allí la habia traído, y que por el consiguiente era todo ilusion y engaño, y que toda su vida habia andado engañada, sin esperanza (que era lo que á ella le daba mas dolor y tormento) de salir en lo restante de ella de esta ilusion y engaño.

Maravillosa cosa es ver estas mudanzas que la Santa Madre tenia, que no eran mas que unas crecientes y menguantes de Dios. Y á quien no tuviere esperiencia, ni entendiere sus trazas y consejos para aprovechar á sus Santos, le causarán alteracion y novedad; pero quien sabe el estilo con que Dios trata con sus amigos, entenderá ser este el usado y mas universal que él tiene para con los suyos. Pero yo siento que era mas ordinario esto en la Santa Madre que en otros; lo uno porque como tenia en ella depositados tan grandes tesoros, y como navegaba con tan próspero viento, servíale esta oscuridad y tentacion de una nube con que Dios cubria sus riquezas y descubria sus miserias, y de un lastre con que aseguraba el navío,

para que no se le llevase el viento de la soberbia; lo otro, porque como sea condicion de Dios dar mayores trabajos á los mayores amigos, no hallaba Dios mas á mane otros con que mas afligir á la Santa; porque las enfermedades eran su descanso, los menosprecios su gloria, las persecuciones sus deseos. ¿Pues con qué tenia Dios de probar, y dar en qué merecer á su sierva, si no era en cosa que tanto le doliese y le llegase tan á lo vivo, como era si era Dios á quien ella tanto amaba, el que la trataba, hablaba y encaminaba en sus cosas? Esta fué la cruz que mas la afligió en esta vida, y fué el contrapeso que Dios le echó, con que aseguraba los dones que en ella habia puesto.

Duróle esta tentacion desde la mañana hasta la tarde, que entonces, apareciendo la luz que de ordinario resplandecia en su alma, desaparecieron los nublados, y quedando el cielo de su espíritu sereno y claro, echó luego de ver el autor de aquellas tempestades y borrascas. Determinó luego de mudarse á otra casa (mientras aquella se acomodaba) donde estuviesen con mas recogimiento, y el Santísimo Sacramento quitado de los inconvenientes que tenia. Hízolo así; cobróles gran devocion una señora principal, llamada doña Elena de Quiroga, sobrina del Cardenal de Toledo Quiroga. Dióles grandes limosnas, ayudó para componer la Capilla y casa, de suerte que dentro de dos meses se pudieron volver á su propia casa. Tomó el hábito una hija de esta Señora, que ahora se llama Gerónima de la Encarnacion, á la cual tambien se siguió despues la madre, desocupándose de cuidados de hijos y hacienda, y llamóse Elena de Jesus. Entraron otras Religiosas de cuenta y de provecho para la Religion, entre las cuales fué una señalada la Madre Catalina de Cristo, de quien, si el tiempo me diera lugar, quisiera yo poder escribir su gran santidad, virtudes y milagros.

Cuando la Santa Madre vió hecha esta fundacion, comenzó á perder los miedos de ser engañada, viendo que el Señor la escogia para fundar una nueva Orden, como ella lo escribe en un papel que yo he visto de su letra, por estas palabras: «Si no me hubiera Nuestro Señor hecho las mercedes que me ha hecho, no me parece tuviera ánimo para las obras que se han hecho, ni fuerzas para los trabajos que se han pasado, y contradicciones y juicios. Y así, despues que se comenzaron las fundaciones, se

me quitaron los temores que antes tenia de pensar ser engañada, y se me puso certidumbre que era Dios, y con esto me arrojaba á cosas dificultosas, aunque siempre con consejo y obediencia. Por donde entiendo, que como quiso Nuestro Señor despertar el principio de esta Orden, y por su misericordia me tomó por medio, habia Su Magestad de poner lo que me faltaba, que era todo para que hubiese efecto, y se mostrase mejor su grandeza en cosa tan ruin.

CAPITULO XVII.

Comienza la Santa Madre á tratar de nuevo de la fundacion de Monasterios de Frailes Descalzos, y persuade al P. Prior Fr. Antonio de Heredia y al P. Fr. Juan de la Cruz, á que sigan la nueva Regla y den principio á esta obra.

Habiendo ya concluido la Santa Madre con la fundacion de Medina, parecíale estaba ociosa en no habiendo trabajos que padecer, ú obras heróicas y grandes que emprender en servicio y gloria de Dios. Pensaba que ahora era buena sazon y coyuntura para tratar de la fundacion de Monasterios de Religiosos Descalzos, que como ya habia entendido era gusto y voluntad de Dios y de importancia para el aumento y conservacion de los Monasterios de Monjas, no podia sosegar hasta ver hecho lo que no podia dudar de que se habia de hacer.

No habia hallado la Santa hasta entonces persona de satisfaccion de quien echar mano, para que fuese el Capitan de esta empresa; en fin, se determinó de tratarlo con el P. Fray Antonio de Heredia, que era Prior del Cármen en aquella villa. Díjole con mucho secreto lo que pretendia, esperando ver el consejo que la daba. El, oyendo esto, alegróse mucho, é inspirado de Dios, díjola que le parecia traza del Cielo, y que él seria el primero que se descalzase. No hizo mucho caso por entonces la Santa Madre de su ofrecimiento, porque aunque sabia que habia sido siempre buen Fraile y recogido, por otra parte lo juzgaba por muy delicado, y no hecho á tanta penitencia, que pudiese llevar adelante el rigor y aspereza que ella deseaba plantar. Como lo sentia, así se lo dijo; y el Padre, que

hablaba muy de veras, y con deseo y determinacion de hacer lo que habia ofrecido, le certificó á la Santa que habia muchos dias que el Señor le llamaba á vida mas estrecha, y que así habia estado determinado hasta entonces de pasarse á la Cartuja. Pero aunque ella se holgaba de oir estas y otras razones, no le satisfacía del todo, ni parecia estaba tan sazonado como ella quisiera. Rogóle que se suspendiese el negocio por algun tiempo, y que en el entretanto se ejercitase en hacer y probar las cosas que habia de prometer y guardar. Fué este como un noviciado y probacion, en que la Santa Madre le puso, porque duró bien un año antes que se descalzase é hiciese Monasterio alguno de Frailes. Pero entre tanto que él se probaba y ensayaba para tan grande obra, tomó Nuestro Señor la mano para ayudarle á la prueba, y procuró labrar bien la piedra, que habia de ser una de las primeras del fundamento del edificio. Y así permitió que le levantasen tantos testimonios, y tuviese tantos trabajos y persecuciones, y saliese tan bien de todos y tan aprovechado, que no se podia desear mejor noviciado para profesion de la nueva Regla que esperaba, con que la Madre estaba satisfecha y contenta.

En este tiempo trajo el Señor á Medina otro Padre de la misma Orden, llamado Fr. Juan de la Cruz, mancebo, pero de grande espíritu y talento; y como la Santa tuviese nuevas de su vida y Religion, acordó tambien de hablarle, para ver si era cosa que podia ser de provecho para su propósito. Luego como la Santa le habló, como buena lapidaria, conoció los quilates y estima de aquella perla preciosa, y parecióle lo que era, y que él solo le bastaba para primera piedra del Monasterio que queria hacer. Y como Dios queria lo mismo, y le tenia ya escogido para ser el primer Descalzo, ofrecióle buena ocasion para la plática. Porque como él dijese á la Santa Madre que tenia deseo de vida mas perfecta y áspera, y que por esta ocasion deseaba pasarse á la Cartuja, ella le persuadió seria mas perfeccion profesar y guardar su primera vocacion de la Regla primitiva (que era la que ella y sus Monjas guardaban), que experimentar nueva Orden y profesion, mudanzas que raras veces suelen ser de mayor provecho. Y así le pidió se detuviese hasta que ella tuviese Monasterio, para dar principio á la nueva Reformation de Descalzos. El le dió la palabra de hacerlo, como no hubiese en el negocio mucha dilacion. Con esto quedó

la Santa Madre muy alegre, por haber hallado dos piedras vivas, cuales ella deseaba para su fundacion; pero obligada á nuevos cuidados y trabajos, que era lo que ella andaba á buscar. Holgábase que se dilatase algun tiempo, para que ellos lo mirasen mejor, y tambien para que ella le tuviese de les buscar adonde se pudiesen recoger.

Estando la Santa Madre en su Monasterio de Medina, con mucho cuidado de plantar en aquella casa el espíritu que Dios le habia dado de oracion, mortificacion y penitencia, acaeció que en este tiempo vino en busca suya un Caballero principal y mancebo, llamado D. Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Ribadavia, y hermano del Obispo D. Alvaro de Mendoza (de quien tantas veces habemos hecho mención), y de doña María de Mendoza, señora muy nombrada y conocida en España. Por lo que este caballero habia oido decir de la Santa Madre al Obispo, hablala cobrado particular devocion, y habiendo oido que salia á fundar Monasterios de Monjas, deseoso de hacer algun servicio á Nuestro Señor y Nuestra Señora (de quien él era muy devoto), y mostrar la aficion que tenia á la Santa (aunque ignorante del mucho bien que en esto le tenia Dios librado), ofrecióla una casa y huerta muy principal, y de mucho precio, que tenia en Valladolid, que antes habia sido casa de recreacion del Comendador mayor Cobos. Dábala gran prisa para que se tomase luego la posesion y fundase en ella un Convento de Monjas; parece que adivinaba habia de ser esto el medio para su salvacion. La Santa Madre bien echaba de ver no era el lugar á propósito para fundacion de Monjas, por estar casi un buen cuarto de legua de la ciudad; pero por corresponder á la devocion tan grande que habia en aquel Caballero, y por parecerle que puesto allí una vez el Monasterio seria muy fácil el pasarse dentro de la ciudad, aceptó la donacion, con propósito de fundar en aquel lugar un Convento.

Pero primero la llamaba Nuestro Señor para otra parte, porque como ya se comenzase á divulgar en el Reino la fama de su santidad, vino á noticia de una Señora que entonces residia en la Corte, muy noble y muy favorecida del Rey don Felipe II, por haber sido aya suya, que se llamaba doña Leonor Mascareñas. Esta Señora, con el deseo que tenia de ver á la Santa Madre, y por la grande instancia que le hacia María de

Jesus, que era aquella devota Beata, que por mandato de Nuestra Señora habia fundado un Monasterio en Alcalá de Henares, debajo de la primera Regla de la Orden del Cármen (como escribimos mas largamente en el primer libro), pedia á la Madre fuese á instruir aquellas Monjas, y á reformarlas en lo que tuviesen necesidad. Lo cual la Santa concedió, considerando ser cosa de que el Señor se podia servir mucho. En este tiempo que estaba ella en Medina, le habia enviado á rogar doña Luisa de la Cerda (de quien arriba dijimos) que fundase un Monasterio en su villa de Malagon.

Todo se juntó para obligar á la Madre á esta jornada; ofrecíasele entonces buena ocasion para su camino, que era ir en compañía de doña María de Mendoza, que iba á Ubeda y habia de pasar por Alcalá de Henares. Salió la Santa mediada Cuaresma, año de mil quinientos sesenta y ocho, despues de haber estado en la fundacion de Medina, cerca de seis meses, y dejando allí por Priora á la Madre Inés de Jesus, y por Subpriora á su hermana Ana de la Encarnacion, envió á Avila por mas Monjas, y llevóse por compañeras dos Religiosas de ellas, llamadas la una Ana de los Angeles, y otra María del Sacramento. Y en llegando á Alcalá, fué bien recibida de aquellas Religiosas, y despues de haber estado con ellas por algun tiempo, habiendo ordenado algunas cosas que la parecieron convenientes al servicio de Dios y mayor observancia de la Regla, se partió de allí á Toledo, y despues á Malagon, como diremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVIII.

De cómo la Santa Madre Teresa de Jesus fundó un Monasterio en la villa de Malagon, donde le apareció Nuestro Señor Jesucristo, y lo demás que sucedió en esta fundacion.

Hacia grande instancia á la Santa Madre, mientras estuvo en Medina (como habemos contado en el capítulo pasado) doña Luisa de la Cerda, hermana del Duque de Medinaceli, y Señora de lo mas principal y noble de estos Reinos, la cual (como habemos referido en el libro primero) habia, no solo conocido y tratado á la Santa Madre, pero la habia tenido y gozado

muchos dias en su casa. Con esto habia quedado tan aficionada suya, cuanto satisfecha de su gran santidad y virtud. Deseaba fundase un Monasterio de Monjas en una villa suya, llamada Malagon, y esto se lo suplicaba y pedia con grandes ruegos, ofreciéndola casa hecha, y la renta que fuese necesaria para el sustento de las Religiosas, que por ser el lugar pequeño, era imposible vivir de limosna, como la Santa pretendia. Pero ella, aunque deseaba mucho dar gusto á esta Señora, en ninguna manera queria admitir esta fundacion, por no obligarse á tener renta, cosa que ella en grande manera aborrecia.

Trató este negocio con algunos letrados, especialmente con el P. Mtro. Fr. Domingo Bañes, Catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, que fué muchos años su Confesor y refugio, y él la aconsejó no reparase en la renta, que pues el Concilio Tridentino daba licencia para poderla tener, no era justo se dejase por eso de hacer un Monasterio, donde tanto el Señor se podia servir. Ella, como siempre se gobernaba por parecer de letrados, rindió el suyo, aunque de mala gana, porque como verdadera amadora de la santa pobreza, jamás se podia consolar en tener renta. Admitió la fundacion, y partió para Toledo, que era donde estaba doña Luisa de la Cerda, y de allí habian de ir las dos juntas á la fundacion.

Estando en casa de esta Señora, andaba con su mucha humildad procurando encubrir las mercedes que el Señor le hacia; pero él gustaba se descubriesen algunas para su gloria, y así, sin que bastasen sus diligencias (que las hacia extraordinarias para disimular los arrobamientos grandes que tenia), fué vista dos veces arrobada en público, de que la Santa quedaba despues corrida y confusa.

Partió la Madre para la fundacion desde Toledo, en compañía de aquella Señora, y habiendo llegado á Malagon el domingo de Ramos, año de mil quinientos sesenta y ocho, se concertó luego de hacer la fundacion y poner el Santísimo Sacramento. Vino todo el lugar en procesion á la fortaleza y casa de Palacio donde estaba la Madre y sus compañeras, las cuales salieron con sus capas blancas, cubiertos los rostros con sus velos negros, como ellas lo tienen de costumbre. Fueron de esta manera á la Iglesia del lugar, donde habiendo oido

Misa y Sermon, salieron con el Santísimo Sacramento todos en procesion, y vinieron al nuevo Monasterio, donde puesto en su lugar, ellas se quedaron en su casa, y así se fundó el tercer Monasterio; el cual tambien quiso la Santa se llamase de San José, por la grande devocion que á este Santo tenia, y en pago de las conocidas mercedes que de él siempre habia recibido. Entraron de prestado en esta casa, que estaba en la plaza; pero despues hizo esta señora en un olivar que está fuera de la villa un Monasterio muy bueno y muy acomodado para la quietud y oracion que las Madres profesan.

Como se hizo esta fundacion con renta, luego la Santa Madre, considerando los daños que trae la abundancia en los Monasterios y Religiones reformadas, procuró cerrar los portillos por donde temia se le podria entrar alguna relajacion á su Orden, y ya que no pudo escusar la renta, puso gran diligencia en que las Monjas de aquel Monasterio no poseyesen cosa en particular, sino que en todo se guardasen las constituciones como en las demás casas donde se vivia con tanta pobreza. Tenia ella bien entendido la destruccion que se sigue á las Comunidades de Monjas, por estas rentillas y propiedades que poseen y tienen las Monjas particulares, á uso (como ellas dicen con licencia), y debajo de este uso, tienen mas propiedad y dominio que si fueran Señoras del siglo, dando contra la voluntad de los Perlados, escondiendo de ellos lo que tienen, negándoselo cuando se lo piden, gastándolo en usos supérfluos, para las cuales cosas, ni los Perlados pueden, ni dan licencia, ni ellas están seguras en conciencia. Pues como la Santa Madre era tan pobre de espíritu y de corazon, y entendia lo mucho que importaba que todos sus Monasterios lo fuesen, temiendo no viniesen á tan notable ruina, procuraba prevenir inconvenientes.

Despues de hecha la fundacion y asegurada ella con tantos y tan graves letrados, aun no podia sacar de su corazon esta espina de la renta, que cada vez que se acordaba de esto, la punzaba y atravesaba por medio. Pero porque habia dejado y cautivado su parecer por seguir el de aquellos que estaban en lugar de Dios, el mismo Señor la aseguró, pasando ella otra vez por aquella casa, consolándola con la vision y palabras que se siguen, las cuales cuenta la Santa en las Adiciones al

libro de su vida, en esta manera: «Acabando de comulgar segundo dia de Cuaresma en San José de Malagon, se me representó Nuestro Señor Jesucristo en vision imaginaria, como suele, y estando yo mirándole, ví que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella (que debia ser á donde hicieron llaga) tenia una corona de gran resplandor. Como yo soy devota de este paso, consoléme mucho y comencé á pensar qué gran tormento debia de ser, pues habia hecho tantas heridas y á darme pena. Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije que ¿qué podia hacer para remedio de esto? que determinada estaba á todo. Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa á hacer estas casas, que con las almas de ellas tenia el descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque habia muchas que por no tener á dónde, no le servian, y que las que hiciese en lugares pequeños, fuesen como esta, que tanto podian merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de Perlado, y que pusiese mucho, que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que él nos ayudaria para que nunca faltase.» Con esto se consoló la bienaventurada Madre, y se animó á recibir la renta en semejantes pueblos, y así quiso que se guardase en su Orden.

Pero como el tiempo es el que descubre los inconvenientes, y aun el que los causa y trae consigo, mostró con largas y pesadas esperiencias que convenia alterar y mudar esta disposicion, recibiendo y teniendo renta en comun, sin escepcion ninguna, todos los Monasterios. Porque como las Religiosas no predicán ni confiesan, ni hacen otros beneficios al pueblo de estos que se palpan y ven con los ojos, y era mayor número que antes, y las fuerzas para trabajar menores, por estar gastadas con el ejercicio de la oracion, vigiliás y asperezas; y por otra parte, la devocion de los fieles decrece mas cada dia, y plega á Dios no haga lo mismo la fé y confianza de los Religiosos, y lo que no es de menos consideracion, el verse obligada una casa pobre á que la Perlada haya de asistir continuamente en una reja, cumpliendo con el que la dá un pedazo de pan, so pena que no lo dará otro dia (que tan de quiebra como esto va hoy la caridad), pareció acertado, para guardar

mejor y con mas rigor otras constituciones, quebrar con esta. Y esto ha sido la causa que hoy las Monjas Descalzas pueden tener renta en todos los Monasterios de España, aunque muchos viven con mucha pobreza y sin los inconvenientes que habemos contado.

Y aunque Nuestro Señor la mandó al principio fundase sus Monasterios con pobreza, no hubo contradiccion alguna en estas dos revelaciones que tuvo la Santa, porque el mandarle Dios fundase sin renta, pudo tener principio en dos cosas: la primera, en querer que esta Santa en todo tuviese el espíritu Evangélico, y comenzase con la mayor perfeccion y desnudez posible á seguir ella y sus compañeras á Cristo desnudo en la cruz; la segunda, porque como Dios queria se fundasen muchos Monasterios y casas por medio de la Santa, fuera casi imposible (hablando segun el camino ordinario) que estos se hicieran, si hubieran de tener renta, y así fué convenientísimo que al principio se fundase con tan estremada pobreza como habemos dicho. Despues, con la esperiencia, se vió que no se podian conservar sin tener alguna renta, siendo mujeres, y tan encerradas, y la Santa Madre apretada de muchos letrados Confesores suyos, como ya habia nuevas circunstancias, no sin gran dolor y sentimiento de su corazón se rindió á permitir que sus Monasterios tuviesen renta, y esto es lo que aprobó el Señor con la revelacion ya dicha.

En este Monasterio habló Dios con la Santa Madre, y entre otras cosas le dijo seria muy servido con las almas de él. Y asimismo la mandó que escribiese estas fundaciones, pues en todas habia cosas particulares y maravillosas que contar; y así lo hizo, como se puede ver en el libro que anda escrito de mano, de las fundaciones de sus Monasterios, del cual está sacada gran parte de los que aquí contamos. Detúvose la Santa Madre no mas de dos meses en Malagon, por la razon que adelante diremos, y dejó allí por Priora á la Madre Ana de los Angeles, que era una de las compañeras que habia traído de la Encarnacion.

CAPITULO XIX.

Vuelve la Santa Madre á tratar de nuevo de hacer el primer Monasterio de Descalzos: hace la fundacion de Monjas de Valladolid, y pónese un caso particular que en ella sucedió.

Grande era la prisa que tenia la Santa Madre por salir de Malagon, y venir á la fundacion de Valladolid, y así no se agobaba su espíritu; y con una santa impaciencia, nacida del fuego de la caridad que en su pecho ardia, cada hora se le hacia un año. La ocasion de apresurar tanto su salida, era el increíble cuidado que tenia de dar principio á la fundacion de algunos Monasterios de Frailes, el cual tanto mas le apretaba, cuanto mas le parecia poco lo que faltaba; pues tenia ya las piedras vivas para el edificio, y solo le faltaba la casa. Tambien le estimulaba el parecerle que estaba ociosa, y que comia el pan de balde cuando no tenia grandes ocasiones y empresas entre las manos, donde pudiese hacer y padecer conforme al grande ánimo y deseos que el Señor le daba, y así le era enojosa y triste la vida que pasaba sin trabajos, cuanto lo es á otros agradable y deleitosa, careciendo de ellos.

No le hacia menos fuerza otra ocasion que tenia entre manos, que es la que ahora diremos. Cuando la Santa Madre estuvo en el Monasterio de las Monjas Descalzas de Alcalá de Henares, ayudándolas con su buen ejemplo, doctrina y espíritu, le vino nueva como D. Bernardino de Mendoza (que era aquel Caballero, como escribimos en la fundacion de Medina del Campo), que le habia dado la casa y huerta, para la fundacion de Valladolid, habia muerto en Ubeda sin habla y sin confesion, aunque no sin muchas señales de dolor y contricion. Dióle grande pena este suceso, que era muy agradecida la Santa; debia mucho á este Caballero, al Obispo y á doña María de Mendoza sus hermanos, y el caso era tal, que aunque fuese del que pasase por la calle, bastara darle á ella grande dolor y sentimiento. Vínole grande pena, temiendo no se condenase aquella alma, y estándolo encomendando á Dios, la reveló Nuestro Señor (como diremos mas adelante) que habia

estado su salvacion en harta contingencia y peligro, y que no saldria del Purgatorio hasta la primera Misa que allí se dijese.

Fuële forzoso detenerse primero á lo que le parecia que era mas necesario y de mas servicio y gloria de Dios, y lo que ella tantos años habia deseado y procurado, y pedido á Nuestro Señor, y ahora le habia dado á entender habia llegado la coyuntura y ocasion. Y así con este intento, antes de ir á Valladolid, se fué á su Monasterio de San José de Avila, suplicando á Nuestro Señor le deparase alguna casa donde comenzasen aquellos dos primeros Padres, que ya no quedaba por otra cosa. En llegando á Avila, que fué el año de mil quinientos sesenta y ocho, por el mes de Junio, vino luego á verla un Caballero de allí llamado D. Rafael de Avila Mojica, que habiendo oido decir que se queria hacer un Monasterio de Descalzos, la ofreció una casa que tenia en Duruelo, aldea de Avila, de pocos vecinos y comodidad, que era casa que vivia un rentero que le recogia su renta. Bien vió la Madre, conforme á la relacion del pueblo y de la casa que le daba el Caballero, cuán poca podria ser la comodidad que allí podria tener para Monasterio. Pero como no deseaba sino comenzar, y veia al ojo ya buena oportunidad para esto, fué grande su alegría y muchas las gracias que dió al Señor por esto.

Determinóse luego por el mes de Junio salir de Avila para ir á Valladolid, y juntamente para ver la casa y comodidad que este caballero le ofrecia, para dar principio á la nueva Reformation de los Frailes. Llegó allí muy tarde, y mirando despacio la casa, halló que estaba tal, que no se atrevieron ella y sus compañeras á quedarse en ella aquella noche; porque todo su edificio era un portal, una cámara doblada, y una cocinilla pequeña. Luego trazó la Madre su Monasterio, señaló el portal para la Iglesia, y la parte baja de la cámara para Coro, lo alto para celdas, y la cocina para refectorio. Con esto se partió á Medina del Campo, y trató allí con el P. Fr. Antonio de Jesus y el P. Fr. Juan de la Cruz, que quisiesen comenzar en aquella casita que el Señor les ofrecia de presente, y que era ocasion buena para sacar la licencia de los Perlados, y que todo era comenzar, que tuviesen por muy cierto que el Señor lo remediaria, y que con el tiempo verian grandes cosas. Cuando la Santa los animaba, y decia

estas palabras, estaba tan confiada y tan cierta como si lo viera ya hecho.

Como los Padres no estaban con otro deseo, luego se determinaron á la ejecucion de lo que la Santa Madre les habia propuesto, y ella se llevó consigo á Valladolid (donde se partió al cabo de algunos dias) al P. Fr. Juan de la Cruz, al cual, como si fuera novicio, le dió noticia é instruccion muy por entero, de la manera de vivir que se guardaba en sus Monasterios, de la oracion, penitencia y mortificaciones, y de todo lo demás que á ella le parecia conveniente para que las cosas fuesen bien fundadas y asentadas desde sus principios, en los cuales consiste todo el bien y perfeccion de una Religion, que es de la condicion del edificio, que de ordinario en haciendo asiento, en aquello se queda. Escogió á este Padre, porque le habia ya penetrado el gran espíritu que Nuestro Señor le habia dado, y adivinaba bien los dones y virtudes tan heróicas que el Señor habia de poner en aquella alma santa, como en primera piedra y fundamento de tan gran edificio. Y aunque era menor en la dignidad y en los años que el P. Fr. Antonio, quiso Dios darle esta prerogativa, que hubiese de ser el primero que se descalzase y profesase la Regla primitiva, no sin divino consejo y providencia, para que el que habia de dar principio entre los hombres á vida tan alta y perfecta, pudiese ser un dechado de oracion y perfeccion, un espectáculo de penitencia y un abismo de humildad. Que como esta Regla tiene por fin principal la oracion, y á ella ordena todos los demás ejercicios de recogimiento, silencio, ayuno y otras asperezas, era necesario que el que habia de ser Maestro de otros, lo fuese tambien de oracion. Y así escoge Dios para las mujeres una Maestra tan divina, graduada en los teatros del Cielo, como fué la Santa Madre, para que lo sea de enseñanza de oracion, y entre los Religiosos á este Santo Padre, á quien comunicó Dios en tan alto grado este dón de oracion, y le hizo tan escelente en esta virtud y en otras, que á no ser la Santa la que era, no el faltara nada para igualar con ella. Tuvo altísimo espíritu y profunda inteligencia y penetracion de las cosas de oracion y contemplacion, de las cuales escribió libros de admirable y subida doctrina. Despues de su muerte ha obrado el Señor por medio de sus reliquias muchos milagros, como dirá mas largamente quien escribiere la vida de este bienaventurado varon.

Viendo, pues, la Santa Madre los dichos principios de lo que tanto habia deseado, trataba con mucha prisa de partirse á la fundacion de Valladolid, que le solicitaba mucho el cuidado de aquella alma de D. Bernardino de Mendoza, que estaba detenida en las penas del Purgatorio. Pero Nuestro Señor, cuyo amor para con los hombres escede infinitamente á cualquiera otro amor y caridad de las criaturas, por mucha prisa que se daba la Santa á hacer su fundacion y deseo que tenia de socorrer á aquella alma, era mayor la que Nuestro Señor le daba. Y como la Madre se iba deteniendo con algunos negocios que se ofrecian, estando un dia en oracion en Medina, el mismo Señor le dió prisa y le dijo que abreviase su ida, porque padecia mucho aquella alma. ¡Oh bondad sin medida de nuestro Dios, á quien no solo nuestras culpas, sino nuestras penas le ponen en tanta solicitud y cuidado! Pues no hubiera madre, por mucho que amase á su hijo, que con tanta diligencia, viéndole en alguna afliccion y tormento, procurase su descanso, cuanto Dios ponía por el alma de este Caballero.

Luego la Santa Madre dejó cuanto tenia entre manos, y se partió como pudo, y entró en Valladolid, á los diez de Agosto, año de mil quinientos sesenta y ocho, dia del glorioso Mártir San Lorenzo. Llevó para esta fundacion á Isabel de la Cruz y á Antonia del Espíritu Santo, que la habia vuelto consigo de Malagon, y á María de la Cruz, que fué tambien de las cuatro primeras. Llegaron á la casa y huerta donde se habia de hacer la fundacion, y luego que la vió la Madre, echó de ver que era mas para recreacion que para Monasterio de Monjas, y aun le dió pena la descomodidad que para esto tenia. Procuró callar por no desanimar á sus compañeras, esperando en Dios, que pues la habia mandado venir, les daria donde viviesen. Acomodó lo mejor que pudo para que hubiese la clausura y recogimiento que convenia. Aun no se habia alcanzado la licencia (aunque habia ciertas esperanzas de ella) para poner el Santísimo Sacramento; y por esto, viniendo un dia de domingo la dió el Abad, para que le dijese Misa en la casa que tenian tomada para Monasterio. Dijo la Misa el P. Julian de Avila, y cuando llegó á comulgar la Santa Madre, se quedó en un gran arrobamiento (cual ella le solia de ordinario tener antes ó despues de la comunión), y

entonces le apareció el alma de D. Bernardino, como la misma Madre escribe en el libro de sus fundaciones, contando el suceso de este Caballero, por estas palabras (*Fundaciones cap. 10*): «Murió muy breve, harto lejos de donde yo estaba. Díjome el Señor que había estado su salvacion en harta aventura, y que había habido misericordia de él, por aquel servicio que hizo á su Madre en aquella casa que había dado para hacer Monasterio de su Orden, y que no saldria del Purgatorio hasta la primera Misa que allí se dijese, y que entonces saldria. Yo traia tan presentes las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces, y me dí toda la prisa que pude para fundar en Valladolid, aunque no pudo ser tan presto como yo deseaba.» Y mas abajo, prosiguiendo este mismo caso, dice: «Diéronnos licencia para decir la primera Misa; yo estaba bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquella alma, porque aunque se me había dicho á la primera Misa, pensé que había de ser á la que se pudiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el Sacerdote á donde habíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo á recibirle junto al Sacerdote, se me representó el Caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del Purgatorio y fuese aquella alma al Cielo. Y cierto que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvacion, que estaba bien fuera dello, y con harta pena, pareciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida, que aunque tenia buenas cosas, estaba metida en las del mundo; verdad es que habían dicho á mis compañeras que traia muy delante los ojos la muerte. Gran cosa es lo que agrada á Nuestro Señor, cualquier servicio que se haga á su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que así paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes, siendo de pequeño valor.»

En fin, fué grande la ventura de este Caballero, y fué (como habemos dicho) aquella buena obra, el medio por donde el Señor le tenia predestinado, que sin duda, aunque el hacer cualquiera limosna es obra muy grata á Dios, y un jarro de agua fria no se queda sin premio; pero el fundar un Monasterio ó

Iglesia, y el ayudar para semejantes obras, es un servicio que se hace á Dios, que contiene en sí muchas buenas obras y beneficios muy generales y de mucho fruto en la Iglesia, y así no puede dejar de ser premiado con particular galardón. Recibió con esta vision la Madre grandísimo contento, y mayor cuanto mas descuidada estaba de pensar, que lo que el Señor la habia dicho, se habia de cumplir entonces; porque ella habia creído que no habia de salir del Purgatorio hasta que estuviese puesto el Santísimo Sacramento.

Fundó la Santa Madre este Monasterio debajo de la advocacion de la Concepcion de Nuestra Señora del Cármen, y púsose en ella el Santísimo Sacramento, dia de Nuestra Señora de la Asuncion, á quince de Agosto, año de mil quinientos sesenta y ocho; nombró por Priora á Isabel de la Cruz, y á cabo de algunos dias cayeron casi todas enfermas por el sitio mal sano. Viendo esto doña María de Mendoza (que habia vuelto de Ubeda), persuadió á la Santa Madre, que dejase aquella casa, y ofrecióles de comprar otra mejor, y así lo hizo: acomodándoles una Iglesia y casa conveniente, donde se pasaron el año siguiente de mil quinientos sesenta y nueve, á tres de Febrero, con gran procesion y solemnidad del pueblo. Esta devocion fué creciendo cada dia mas, y hay la misma ahora con aquella casa, que á los principios. Ha traído Nuestro Señor á ella muchas almas de grande espíritu y perfeccion, de las cuales se podia escribir un libro entero, si muchas de ellas no estuvieran vivas, ó el tiempo á mí me diera mas lugar. Ha resplandecido aquí singularmente, entre los demás Conventos, la observancia regular, y ha sido una de las casas de quien mas se ha aprovechado la Religion para el aumento y perfeccion de otros Monasterios de Monjas, sacando de ella muchas Religiosas de mucho talento y santidad para Prioras y Maestras de Novicias. Murió en este Convento la Madre Beatriz de la Encarnacion, de quien yo pudiera decir mucho si tuviera tiempo y la Santa Madre no lo hubiera hecho primero, la cual, con mucha brevedad, escribió en el libro de sus fundaciones la vida y virtudes admirables de esta sierva de Dios.

CAPITULO XX.

Cómo la Santa Madre dió orden para que se fundase el primer Monasterio de Frailes Descalzos, con que dió principio á la nueva Reformation, no solo en mujeres, sino tambien en hombres.

Ya no faltaba mas que la licencia de los dos Padres Provinciales (porque la del General, como arriba dijimos, venia con condicion que los dos Provinciales de la Provincia de Castilla, conviene á saber, el que habia precedido y el que era de presente, diesen su consentimiento), y no faltaba poco, pues costó mucho cuidado y trabajo el alcanzarla; pero la Madre, que en cualquiera dificultad, por profunda que fuese, siempre hallaba vado, habló al Provincial que era de presente, que se llamaba Fray Alonso Gonzalez, y estaba entonces en Valladolid, y tales cosas le dijo, y con tal espíritu y eficacia, que parece no dejó en su mano el dejar de dar la licencia, que antes no diera por cosa del mundo. Para su antecesor, que era Fray Angel de Salazar, que estaba ausente, ayudóse de algunos favores, como fueron del Obispo de Avila y de otros, y principalmente del de Nuestro Señor, en quien ella tenia librados todos sus buenos consejos, y rindióse á lo que la Santa Madre pedia. Con esto daba ella gran priesa (como la que por esperiencia sabia cuánto dañaba la dilacion en estos negocios), y temiendo no hubiese algun estorbo por no haberse desembarazado el P. Fr. Antonio de Heredia de su oficio (porque todavía era Prior del Monasterio de Medina del Campo) envió delante al P. Fr. Juan de la Cruz, para que acomodase la casa y tomase la posesion de ella, el cual lo hizo así, porque no habia cosa que el mas desease. Descalzóse luego y vistióse de un hábito de jerga, y se determinó de vivir y profesar la Regla primera, y fué con gran consuelo á morar en aquella primera casa. Luego renunció su Priorato el Padre Fr. Antonio, é hizo lo mismo, y con licencia del Obispo de Avila D. Alonso de Mendoza, que no deseaba menos este negocio que la Santa Madre, pusieron el Santísimo Sacramento, y así quedó hecha la primera fundacion y casa de Descalzos, en el año de mil quinientos sesenta y ocho, primer domingo de

Adviento, á veinte y ocho de Noviembre. Quedó la Santa Madre cuando lo supo en extremo contenta de ver el fin de sus deseos, y cumplido lo que habia tantos años que con tanto cuidado y oraciones procuraba.

Era muy desacomodado el lugar para todo lo que era vivir religiosamente, y así dentro de breve tiempo se trasladó á la villa de Mancera, aquella primera Casa donde vivieron por algunos años con gran rigor y penitencia, pero tan apretados los Religiosos de enfermedades, que no tenian un dia de salud. Todo parece lo ordenaba Dios para que aquella nueva planta se traspusiese á la tierra donde habia nacido la Religion; y así, luego que el Sr. D. Lorenzo de Otaduy, Obispo de Avila, vino á aquel Obispado, con la mucha devocion que tenia á la Santa Madre y á toda su Religion, pidió á la Orden se trasladase aquella primera Casa á Avila, dando todo lo que era necesario para la fundacion, como Patrono y Fundador de ella; así se hizo, y están ahora en aquella ciudad los dos Monasterios primeros que la Santa Madre fundó, así de Monjas como de Frailes.

No solo fué medio la Santa para esta fundacion primera, sino tambien para la del segundo Convento, que fué de San Pedro de Pastrana, y para otros muchos; pero para mí, que no pretendo mas de escribir lo que el Señor hizo en estos principios por medio de la Santa, bastará haber tocado aquí este origen de la nueva Reformation de los Descalzos, pareciéndome necesario, porque el discurso de la vida, é historia de la Santa Madre con dificultad se pudiera entender, sino era sabiendo esto que aquí habemos apuntado, que aunque el buen orden pedia ir prosiguiendo las fundaciones, y sucesos, y vidas, así de los Frailes como de las Monjas, pero por no confundir al lector, acordé de contar sucesivamente la vida de la Santa Madre, sin interrumpirla con otras cosas, principalmente tales y tan grandes, como de su nueva Reformation se pudieran escribir, la cual vá cada dia en grande crecimiento, no solo en perfeccion y espíritu, sino tambien en número, pues con haber cuarenta años que se comenzó, se ha estendido por muchas y diversas partes del mundo, y en tan breve tiempo tienen ya dos Generales, uno de la Congregacion de España y otro de la de Italia; y así los unos como los otros, florecen en todas partes en oracion, letras y doctrina, y con su ejemplo

de penitencia (tan necesario el dia de hoy para el pueblo cristiano), alientan y estimulan á los fieles á estos mismos ejercicios y perfeccion de vida.

Pero porque mi intento es dar á entender cómo la Santa Madre fué tambien la Autora y principio de la nueva Reformation de los Descalzos, no tengo necesidad de estender mas la pluma, pues por lo que habemos dicho y adelante diremos, se ve esto claramente; porque aunque es verdad que esta santa Religion (como comencé á decir en el primer Capitulo de esta historia) tiene por principales Fundadores y Patronos los sagrados Profetas Elías y Eliseo, que fueron las fuentes y origen del instituto monástico, y en tiempo de la primitiva Iglesia resucitó Dios un Antonio, un Hilarion, un Pachomio, y otros innumerables Monjes y Ermitaños que entonces florecian por Egipto y Palestina, con los cuales estaba tan florido el suelo como el Cielo con sus estrellas, y desde estos tiempos fué esta Religion con perpétua sucesion sujeta á las mudanzas que suelen tener todas las cosas humanas, y que lo están al tiempo; pero en fin, la verdad es, que toda esta flor de santidad y Religion estaba ya muy disminuida y mitigada, hasta que Dios fué servido de levantarla y restituirla á su primer estado, por medio de esta Santa Virgen. Ella fué la medianera con Dios, ella la interesora con los hombres, y ella fué (para decirlo en una palabra) la autora de este edificio; porque como se puede ver de todo lo que habemos referido, la Santa fué la que tuvo revelacion del Señor, para hacer así los Monasterios de Frailes como de Monjas para los unos, y para los otros la escogió Dios para obrar por su medio grandes cosas. Ella procuró y alcanzó de su General la licencia, no sin gran cuidado y trabajo; ella persuadió y redujo á los dos Padres que habemos dicho, para que fuesen primeros descalzos y columnas de esta obra, y despues, mientras vivió, como verdadera Madre de familias, trajo grandes obreros á su viña, porque ella fué la que persuadió al Padre Mariano y á su compañero Fr. Juan de la Miseria, y á aquel gran Padre Fr. Nicolás de Jesus María, General que despues fué de esta Orden; al P. Fr. Gregorio Nacienceno, Provincial; al P. Fr. Francisco de Jesus, por otro nombre el Indigno, pero digno de perpétua memoria por su admirable santidad y virtud. Estos y otros trajo á su Religion la Santa Madre, los cuales despues fueron columnas firmes de este edi-

ficio. Ella instruyó como primera Maestra al primer Descalzo, que fué el P. Fr. Juan de la Cruz; ella les negoció, buscó, acomodó y trazó la casa como si fuera para Monasterio de Monjas, y así ella puso toda la costa, industria y trabajo; solo no puso lo que no pudo, que fué el vivir con ellos y gobernarlos, cosa (que aunque era bien fácil para su gran talento) no es permitida á la condicion de las mujeres; pero lo que no hacia por título de jurisdiccion, lo suplía con sus continuos consejos, amonestaciones y avisos, los cuales Religiosos, por todo el tiempo que ella vivió (que fueron algunos años despues), no solo á los principios, pero habiendo ya gran número de sujetos y personas de talento para gobernar su Orden, y otras en todas las cosas de importancia, la consultaban y tomaban su consejo como si fuera del Cielo, y la miraban y honraban como á Madre y Fundadora de estos nuevos Monasterios, y Reformadora de los antiguos; y desde entonces hasta ahora se precian (y con mucha razon) de tener tal Madre y principio, pues lo que puede honrar á una Religion ó Reformation, es la escelencia de la santidad del que le dió principio, que el ser hombre ó mujer, es cosa muy accidental y de poca sustancia.

Con este nombre de Fundadora ó Reformadora, la llama el Papa Sixto V en una Bula en que confirmó sus Constituciones, donde dice así: «Habiendo una mujer llamada Teresa de Jesus, así esclarecida por la nobleza de linaje, como ilustre por la gloria de sus hechos, y por maravillosa opinion de santidad, con su ejemplo y santísima enseñanza traído mientras vivió muchas doncellas y mujeres, á la profesion de la primera Regla, y mas abajo dice: Con el ejemplo y persuasion suya, algunos varones Religiosos, abrazando la mesma Reformation, etc.» Y por tal Reformadora es tenida y venerada en toda España y fuera de ella, como lo afirma Boecio, de quien hicimos arriba mencion. Y así viene á ser esta Santa Reformadora de la Orden de Nuestra Señora del Cármen, así por haber levantado la nueva Reformation de Descalzos y Descalzas, como por haber sido ocasion por este medio para que tambien los Padres que antes profesaban la Regla mitigada dentro de la profesion de ella, se reformasen y viviesen con mas religion y estrechura, que antes con mucho ejemplo y edificacion del pueblo cristiano, como ahora lo hacen; y si bien se mira en ri-

gor, esta es mas Reformation que fundacion de nuevo, pues los mismos de la Regla mitigada fueron los que continuaron en la misma Orden y con la misma Regla, quitadas las mitigaciones que tenia, y así los Sumos Pontífices, particularmente nuestro muy Santo Padre Clemente VIII, han declarado ser la misma Religion, y tener los mismos privilegios y prerogativas. Que así como cuando la Orden vino á mitigarse no perdieron los profesores de ella el nombre, la antigüedad, privilegios y las demás circunstancias que hacen tal Orden; así cuando la Religion se reforma y restituye á sus primeros originales, han de gozár de los mismos favores y exencion que ántes, y con mucha mas razon, pues aquellos son verdaderos y perfectos Carmelitas, que profesan la misma Regla y Orden con mas perfeccion.

CAPITULO XXI.

Sale la Santa Madre Teresa de Jesus de Valladolid, á la fundacion del Monasterio de San José de Toledo, y de los trabajos que allí padeció.

Habia en Toledo un hombre muy honrado y siervo de Dios llamado Martin Ramirez, rico de bienes temporales y sin hijos (porque nunca se habia casado), y deseaba de su hacienda dejar alguna memoria para el servicio de Dios. Estaba á la sazón en Toledo el Padre Doctor Paulo Hernandez, de la Compañía de Jesus, persona muy religiosa y letrado, el cual conocia bien á la Santa Madre, por haberla confesado y tratado cuando pasó por Toledo á la fundacion de Malagon, y habia quedado con tan grande estima de su santidad y prudencia, que solia decir: La Madre Teresa de Jesus es muy gran mujer de las tejas abajo, y mucho mayor de las tejas arriba, queriendo significar en esto su gran prudencia y espíritu; este Padre fué á visitar á Martin Ramirez, estando ya para morir, y como entendiese sus intentos, aconsejóle que si deseaba dejar alguna memoria que la emplease en hacer un Monasterio de Monjas descalzas, porque además del grande servicio que haria á Nuestro Señor, podia dejar allí algunas Capellanías, que era lo que pretendia. Apretáronle tanto en esta sazón los accidentes de la muerte, que no teniendo tiempo para concertar y disponer las cosas

en órden á esta fundacion, lo dejó todo á la disposicion y albedrío de un hermano suyo llamado Alonso Alvarez, para que él efectuase este negocio, como mejor le pareciese convenir.

Murió con este testamento Martin Ramirez, y luego el Padre Paulo Hernandez y su hermano (estando la Santa Madre en Valladolid) le dieron cuenta de lo que pasaba, y le pidieron viniese luego á efectuar esta fundacion. Ella no tardó mucho en despacharse, y así llegó á Toledo á los veinte y cuatro de Marzo de mil quinientos sesenta y nueve, llevando consigo dos compañeras que habia sacado de San José de Avila, que fueron la Madre Isabel de Santo Domingo é Isabel de San Pablo, Religiosas de mucha confianza y talento; fuése á parar á la casa de doña Luisa de la Cerda, Fundadora del Monasterio de Malagon, la cual recibió con grande amor y contento á la Santa, y dióle luego un aposento á parte para ella y sus compañeras, para que así tuviese mas quietud y recogimiento.

Comenzó luego á tratar la Santa Madre con Alonso Alvarez de su fundacion, y desaviniéronse por pedirle muchas condiciones que no estaban bien en su Orden; pero como la Santa Madre tenia puestas sus esperanzas en Dios, no le daba esto pena, antes mientras mas trabajo y mas pobreza padecia, tenia mas contento, trató de valerse por sus manos, ó por mejor decir, por las de Dios, que ella no tenia otras para sus negocios; dió órden en buscar una casa alquilada para tomar la posesion y procurar la licencia, que eran las dos cosas de que solo le parecia á ella tenia necesidad para hacer un Monasterio. La casa no se hallaba, aunque se buscó con mucha diligencia, y la licencia era mucho mas dificultosa de haber, aunque la procuraba doña Luisa de la Cerda y otras personas graves de Toledo; habíala de dar el Gobernador del Arzobispado (que entonces por no haber Arzobispo) lo era el Licenciado D. Gomez Giron, el cual habia puesto tantas dificultades en dar esta licencia, que casi hacia la fundacion imposible. Ya eran pasados dos meses que la Madre habia entrado en Toledo, y á cabo de ellos, y del gasto y trabajo de su camino, y mucho cuidado y diligencia que habia puesto, se hallaba sin Fundador, sin casa y sin licencia, y sin tener una blanca, ni de donde le viniera; pero no sin ánimo y confianza en Dios de que habia de salir con su empresa.

Determinóse despues de haberlo encomendado al Señor, de hablar ella al Gobernador, y pedirle la licencia que hasta allí con tantas veras habia negado; fué á una Iglesia vecina á su casa, y envíole á suplicar que tuviese por bien de hablarla. Vino el Gobernador á la Iglesia, y con ser la Santa Madre de suyo tan humilde y tan mansa, y el Gobernador, así por su persona y oficio, como por su linaje, un hombre muy grave, fué movida de Nuestro Señor para hablarle con una grande y santa libertad, de esta manera: (*Fundaciones cap. 15.*) «Mas há de dos meses, señor, que vine á esta Ciudad, no para verla ni holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y bien de las almas, y hacer á Su Magestad en esta ciudad el servicio que en otras algunas, aunque indigna le he hecho, de fundar un Monasterio de Monjas descalzas que guarden la primera Regla de la Orden de Nuestra Señora del Cármen, y para eso traigo Monjas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras, virtud y dignidad de vuestra Señoría, favorecer á unas mujeres pobres, para cosa tan santa, y animarlas para que pasen adelante, pues le tiene Dios puesto en su lugar. No lo he visto así, porque en tanto tiempo, ni la autoridad de los que han pedido la licencia, ni la justicia tan clara de nuestra causa han bastado á acabar con V. S. que la diese. Cosa récia es sin duda que á unas pobres Monjas que no pretenden mas que por amor de Dios vivir en tanto rigor y encerramiento y guardar con perfeccion los consejos del santo Evangelio, no haya quien las quiera ayudar. Y que los que no pasan nada de esto si no están en regalos y viven á su voluntad, quieran estorbar obra de tanto servicio de Dios. Por cierto casas tenemos á donde vivir, y si nos volviésemos á ellas, poco podríamos aventurar, pues no tenemos que perder en este mundo; pero V. S. vea lo que podria perder esta ciudad, y cuán á su cuenta seria si esto se dejase de hacer, mire cómo se podria disculpar cuando esté delante del acatamiento de Jesucristo Nuestro Señor, por cuyo amor y voluntad habemos venido; que yo no veo con qué se pueda V. S. descargar, si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por él para ayudar con todas sus fuerzas á todo lo que es servicio suyo.»

Estas razones salidas de aquel pecho tan abrasado en Dios, causaron grande admiracion al Gobernador de ver en una mujer tan grande ánimo y valor, y le hicieron tanta fuerza, que

antes de despedirse la Madre de su presencia, le dió la licencia con condicion que no tuviese renta, ni Patron, ni Fundador, con la cual ella fué muy alegre y contenta, y dió orden de buscar una casa, y al fin, habiéndola buscado las personas mas ricas y de consideracion que habia en Toledo, y no habiéndola hallado, quiso Nuestro Señor se hallase por medio de un mancebo honrado, aunque pobre, el cual se ofreció (por habersele pedido así su Confesor, que era devoto de la Santa Madre) de ayudarla con su persona, y aunque en lo de afuera parecia tal, que era necesario la fé y la confianza de la bienaventurada Madre, para esperar algun fruto de sus manos, ella le encargó le buscase casa, no sin admiracion y contradiccion de sus compañeras, que no esperaban mas de su persona de lo que su talle prometia. El se dió tan buena maña, que lo que personas muy ricas no habian podido hallar en tres meses, él solo en un dia que la buscó, halló una casa muy buena, y á contento de la Santa, de que ella no estaba poco maravillada, cuando consideraba las trazas y caminos que Dios tiene para hacer sus hechos. Resolvióse de componer luego su casa en forma de Monasterio, para lo cual le prestaron un poco de dinero con que compró dos Imágenes para el Altar, y dos jergones y una manta para ella y sus compañeras, y este fué todo el ajuar con que se fundó el Monasterio de Toledo.

Tuvo gran contradiccion de sus enemigos y conocidos para que no fundase, pareciéndoles era temeridad comenzar un Monasterio sin mas fundamento, y que era poner una casa en el aire, y en cierta manera tentar á Dios. De estas y semejantes razones, nacidas de prudencia humana, hacia poco caso la Santa Madre Teresa, como la que se gobernaba por otro norte muy diferente, y así se determinó á poner el Santísimo Sacramento. Fuese la noche antes á su casa con sus compañeras, y habiendo compuesto la casa é Iglesia, se puso el Santísimo Sacramento á catorce de Mayo, dia de San Bonifacio Mártir, año de mil quinientos sesenta y nueve, y púsole el mismo nombre de San José que habia puesto casi á todos los demás.

Embravecióse luego el demonio, y procuró levantar nuevos alborotos y guerras á los que no temian ninguna, porque el Gobernador no habia dado licencia por escrito, sino de palabra, y habíase ausentado y quedaba en su lugar en el Go-

bierno Eclesiástico el Consejo del Arzobispo, el cual nunca habia querido dar antes licencia para la Fundacion. Pues cuando los del Consejo entendieron que estaba hecho el Monasterio, embravecieron mucho, y espantados del atrevimiento, decian, que ¿cómo una mujercilla, contra su voluntad, habia de fundar un Monasterio? Trataban de deshacer lo hecho, y luego enviaron una descomunion, mandando que no se dijese Misa hasta que mostrase los recaudos con que se habia fundado aquel Monasterio. La Santa Madre habló á D. Pedro Manrique, Canónigo, que entonces era de aquella Santa Iglesia (y despues Religioso de la Compañía de Jesus, hombre de gran talento y reputacion en aquel lugar, y muy devoto suyo), para que él hablase y apaciguase á los del Consejo; él lo hizo con la prudencia que sus partes prometian, y dió tan buena razon de lo que la Santa Madre hacia, que cesó el fuego que se comenzaba á encender.

Vivian á los principios en este Monasterio con harta necesidad, así de sustento como de ropa, porque no tenian mas que los dos jergones y la manta, y era de suerte, que estando una noche la Santa Madre con frio (que como era tan enferma, nunca le faltaban mil accidentes), pidió que le echasen alguna ropa; sus compañeras, con mucha gracia, le respondieron que no pidiese mas ropa, pues tenia toda la que habia en casa, que era la manta y sus capas, lo cual despues la Santa Madre contaba con mucha alegría. La comida era conforme á las alhajas y ropa; pero la alegría interior y exterior que el Señor les daba, era tan grande, que no cabian en sí de contento. La Santa Madre andaba con la devocion y consuelo que aquella pobreza le causaba fuera de sí; tanta es la suavidad de la santa pobreza, que quien la experimenta con espíritu, no puede dejar de sentirla mucho mayor, que con todas las riquezas y deleites del mundo. Era en tanto extremo este gozo, que viéndose despues con alguna hacienda, andaban las compañeras de la Santa faltas de esta alegría y suavidad, que antes les acarreaaba aquella dichosa pobreza, tanto, que echándolo de ver la Santa, y queriendo saber la causa de esto, ellas respondieron, ¿qué habemos de hacer, Madre, que ya parece no somos pobres?

En esta Fundacion recibió la Santa Madre algunas novicias sin dote ninguno, porque era tan desinteresada, que miraba

mas las virtudes y el talento natural, y la vocacion que las novicias traian, que no los dotes, deseando dar con esto ejemplo y Regla á las Prioras de sus Monasterios, para que hiciesen lo mismo; y esto no solo le sucedió en Toledo, sino casi en todas las fundaciones que hacia, porque nunca jamás llegó á ella persona alguna de quien entendiase y estuviese satisfecha que venia de veras á buscar á Dios, que por no tener dinero le cerrase la puerta de sus Monasterios. El hacer ella estas limosnas, y recoger á personas honradas y pobres, lo tenia por premio que el Señor le daba en esta vida de los trabajos que pasaba en sus fundaciones.

Por el tiempo que allí estuvo la Santa Madre, procuró plantar grande fervor y espíritu, y las novicias mostraban con las obras la Maestra que tenian, y las mercedes que por su medio el Señor les hacia, como ella escribe en el libro de sus Fundaciones (*Cap. 16*), diciendo: «Era mucho lo que en este Monasterio se ejercitaban en mortificacion y obediencia; de manera, que algun tiempo que estuve en él en veces, habia de mirar lo que hablaba la Perlada, que aunque fuese con descuido, ellas lo ponian luego por obra. Estaban una vez mirando una balsa de agua que habia en el huerto, y dijo la Priora á una Monja que estaba allí junto: «Mas ¿qué seria si dijese que se echase aquí?» No se le hubo dicho, cuando la Monja estaba dentro, que segun se paró, fué menester vestirse de nuevo. Otra vez (estando yo presente) estábanse confesando, y la que esperaba á otra que estaba allá, llegó á hablar á la Perlada, y díjola: «Que cómo hacia aquello, si era buena manera de recogerse, que metiese la cabeza en un pozo que estaba allí, y pensase allí sus pecados.» La otra entendió que se echase en el pozo, y fué con tanta priesa á hacerlo, que si no acudieran presto, se echara, pensando hacia á Dios el mayor servicio del mundo, y otras cosas semejantes y de gran mortificacion, tanto, que ha sido menester irlas á la mano, porque hacian algunas cosas bien ricias, y esto no es en solo este Monasterio (sino que se me ofreció decirlo aquí), sino en todos hay tantas cosas, que quisiera yo no ser parte para decir algunas, para que se alabe á Nuestro Señor en sus siervas.» Muchas otras cosas de grande ejemplo y edificacion dejó de escribir la Santa Madre, temiendo con su gran modestia no pareciese que alababa las obras de sus manos, y así dejando estas en el mismo capítulo,

prosigue otras mercedes particulares que el Señor hizo en aquella casa, diciendo (*Fundaciones, cap. 16*):

«Acaeció (estando yo aquí) darla el mal de la muerte á una Hermana, recibidos los Sacramentos, y despues de dada la Estremauncion, era tanta su alegría y contento, que así se le podia hablar, en como nos encomendase en el Cielo á Dios y á los Santos que tenemos devoeion, como si fuera á otra tierra. Poco antes que espirase, entré yo á estar allí, que me habia ido delante del Santísimo Sacramento á suplicar al Señor le diese buena muerte, y así como entré, ví á su Magestad á su cabecera; en mitad de la cabecera de la cama tenia abiertos los brazos como que la estaba amparando, y díjome: «Que tuviese por cierto que todas las Monjas que muriesen en estos Monasterios, que él las ampararia así, y que no hubiesen miedo de tentaciones á la hora de la muerte. «Yo quedé harto consolada y recogida. Dende á un poquito lleguéla á hablar, y díjome: «¡Oh Madre, y qué grandes cosas tengo de ver!»

Así murió como un Angel. Y algunas que mueren despues acá, he advertido que es con una quietud y sosiego, como si les diera un arrobamiento ó quietud de oracion, sin haber habido muestra de tentacion ninguna. Así espero en la bondad de Dios, que nós ha de hacer esta merced por los méritos de su Hijo y de la gloriosa Madre suya, cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mias, esforcémonos á ser verdaderas Carmelitas, que presto se acabará la jornada; y si entendiésemos la afliccion que muchos tienen en aquel tiempo, y las sutilezas y engaños con que los tienta el demonio, terníamos en mucho esta merced.» Esto que aquí dice la Santa Madre que le dijo Nuestro Señor, es un singular favor y privilegio que concedió Su Magestad á la Santa Madre, el cual se entiende de las Religiosas que guardaren con perfeccion su Instituto.

Estando la Santa Madre en la Fundacion de Toledo, sucedió que oyendo Misa en una Iglesia, antes que en la suya pusiese el Santísimo Sacramento, acaso se le habia perdido á una mujer un chapin, y andándole á buscar, púsole el demonio en la cabeza que le habia hurtado la Santa, que por no ser conocida estaba cubierta y tapada con un manto. La mujer tomó el otro chapin que le quedaba, y con grande cólera arremetió con ella, y comenzó á darla de chapinazos en la cabeza, que

por ser los golpes grandes, y la Madre muy flaca y enferma de ella, le dió mal rato; pero ella, con su humildad y paciencia, no le habló ni respondió palabra, y volviéndose á sus compañeras, las dijo: «Dios se lo pague á aquella buena mujer, que harto mala me tenia yo mi cabeza.»

Acaeció tambien en este tiempo, que habia en Toledo una doncella, que yo tambien conocí, muy amiga de sermones y estaciones, que quiso ser Monja en el Monasterio de las Descalzas. Habló á la Santa Madre, y ella á la primera vista pagóse de su entendimiento, salud y buena inclinacion, y así la quiso recibir, y estando ya concertada su entrada para un dia señalado, vino la víspera de él á hablar y tratar alguna cosa con la Santa Madre, y cuando se quiso despedir para ir á su casa, dijo la doncella: «Madre, tambien traeré una Biblia que tengo;» luego que oyó ella estas palabras, con gran determinacion la respondió: «Biblia! hija, no vengais acá, que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes y no sabemos mas que hilar y hacer lo que nos mandan», y así la despidió de ser Monja, porque entendió por aquella palabra que habia dicho, que no convenia para su Monasterio, porque le pareció ser mujer muy bachillera, curiosa, y que para Monjas Descalzas es vicio y falta notable. Sucedió despues, que esta doncella se allegó con otras mujeres beatas, las cuales dieron en tales disparates y desatinos, que las prendió y castigó la Santa Inquisicion, y á ella, con las demás, las sacó en un Auto, año de mil quinientos sesenta y nueve; por donde se echaba claramente de ver el dón que tenia esta Santa de conocer espíritus.

Y para dar fin á esta fundacion, quiero contar un caso que en ella sucedió, digno de temor y admiracion. Habia un vecino de las Religiosas hecho mucha contradiccion á la fundacion del Monasterio, por cierta obra que en él se hacia contra su voluntad y su gusto, y despues de haberles puesto algunos pleitos, comenzó sin freno ni temor de Dios á decir mal de ellas, y así permitió el Señor, por justo juicio suyo, que yendo con un pariente suyo por la puente de Alcántara de la misma ciudad, viniese un caballo corriendo sin freno ni silla, y le encontrase con tal fúria, que le hizo dar con la cabeza en una piedra de la puente, donde se la hizo pedazos, y murió sin decir Dios valme, ni saber jamás qué caballo fué este, ni

cuyo, ni de dónde venia, ni dónde fué á parar, y así es bien de creer que envió Dios aquel caballo sin freno, para que castigase al que no le tenia en la lengua, y para que entiendan los que persiguen los sucesores de Elías y Eliseo, que cuando ellos no se defiendan, que puede haber caballos que los despedacen, en lugar de los perros y osos que vengaron las injurias hechas á estos Profetas.

CAPITULO XXII.

Funda la Santa Madre el Monasterio de Nuestra Señora de la Concepcion, en la villa de Pastrana, y trae á la Religion al P. Mariano.

Habia poco mas de dos meses que la Santa Madre estaba en Toledo, y en este breve tiempo habia vencido valerosamente tantas dificultades como habemos contado en el capítulo pasado, y no habia mas de quince dias que habia puesto el Santísimo Sacramento en su nuevo Monasterio; y estos los habia pasado toda ocupada en andar con oficiales, acomodando la Iglesia, poniendo tornos, locutorios y rejas, y en otros mil embarazos que trae consigo asentar una casa de nuevo, y así de esto como de los trabajos pasados estaba bien causada. Sentándose á comer en refectorio, le dió un estraordinario consuelo, considerando como ya todo estaba acabado, y que aquella Pascua (porque era víspera de la del Espíritu Santo, del año mil quinientos sesenta y nueve, quince dias despues de la fundacion) podria gozar y descansar á su placer con Nuestro Señor, y regalábase tanto con este pensamiento, que casi no podia comer con el gozo de lo que esperaba.

Pero el Señor, que busca mas el provecho de sus amigos que su regalo y consuelo, trazó las cosas muy diferentemente de lo que ella pensaba, porque cuando estaba mas embebida y regalada en este pensamiento, con las esperanzas de su descanso, que era estarse mas tiempo á solas con Dios, sin miedo de quien la turbase su quietud y sosiego, llegó un criado de doña Ana de Mendoza, Princesa de Eboli, mujer del Príncipe Rui Gomez de Silva (que entonces era muy privado y favorecido del Rey). Enviábala á pedir con encarecimiento fuese á

fundar un Monasterio de Monjas en Pastrana, que así lo habian antes tratado y asentado entre las dos. La Santa Madre nunca habia entendido se ejecutaria tan presto su deseo, ni le parecia ocasion salir ella entonces de Toledo, donde el Monasterio estaba recién fundado, y viéndole tan en su niñez y principios, hacíasele récia cosa apartarle de sus pechos antes de darle leche. Consideraba la contradiccion que habia habido en la fundacion, lo mal que lo habia tomado el Consejo, y apenas le parecia estaba seguro lo hecho. Y así se determinó de dilatar su ida, aunque el criado hacia grande instancia, poniéndole delante como la Princesa, fiada de sus esperanzas, era ya partida de Madrid á Pastrana, y como la quedaba esperando por horas, y que no habiendo ido á otra cosa, era hacerle á una persona de tantas prendas, grande agravio y afrenta. No movieron estas razones á la Madre de su parecer, ni otras mas fuertes, que á ella se le representaron, como era la necesidad que tenia la Orden del favor de la Princesa y de Rui Gomez, su marido, para que el Rey la amparase, porque se comenzaban ya á descubrir las contradicciones de la Orden y enemigos de que adelante diremos, porque confiada de Dios, todo lo posponia por el bien de su Monasterio. Pero como se fuese delante del Santísimo Sacramento á pedir consejo al Señor, para escribir una carta despidiendo á la Princesa de suerte que no se enojase, sino que llevase en paciencia su dilacion, respondióle Nuestro Señor, no á lo que ella iba á pedir, sino á lo que convenia que se hiciese, diciéndola (*Fundaciones, cap. 17.*): «Hija, no dejes de ir, que á mas vas que á esa fundacion; llévate la Regla y las Constituciones.»

Lo que hizo la Santa Madre, oidas estas razones, me pareció poner aquí por sus mismas palabras, para que claramente se entienda cuán seguro camino llevan todos sus pasos: «(Allí yo (dice) como entendí esto de Nuestro Señor, aunque habia grandes razones para no ir, no osé sino hacer lo que solia en semejantes cosas, que era regirme por el consejo de mi Confesor, y ansí le envié á llamar sin decirle lo que habia entendido en la oracion, porque con esto quedó mas satisfecha siempre, sino suplicando al Señor les dé luz, conforme á lo que naturalmente pueden conocer, y Su Magestad, cuando quiere se haga una cosa, se la pone en el corazon. Esto me ha acaeci-

do muchas veces; así fué en esto, que mirándolo todo, le pareció fuése, y con esto me determiné á ir.»

Salió la Santa Madre de Toledo para Pastrana, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, que fué á treinta de Mayo de mil quinientos sesenta y nueve, dejando en Toledo por Priora á la Madre Isabel de Santo Domingo, y llevó en su compañía dos Monjas demás de la gente que solia acompañarla. Era el camino por Madrid, y fuese á posar en casa de una señora llamada doña Leonor Mascareñas, Aya que fué del Rey D. Felipe II, donde la Santa de ordinario solia estar cuando se le ofrecia ocasion de pasar por Madrid. Aquí fué donde conoció al P. Mariano de San Benito, que entonces andaba en hábito de Ermitaño. Era este Padre de nacion italiano, Doctor en Derechos, y en otros tiempos habia sido gran cortesano y Caballero muy privado del Rey; pero desengañado del mundo, lo habia dejado y retirádose á un yermo que llaman del Tardon en Andalucía, donde vivia con algunos otros Ermitaños, y ahora trazaba de ir á Roma á pedir á su Santidad le diese Regla y modo de vida, porque pretendia fundar una nueva Religion. Pagóse mucho la Santa Madre de su talento, porque le tenia muy grande, y parecióle seria á propósito para ayudar á la nueva Reformation de los Descalzos, y así le persuadió quisiese tomar el hábito y profesion de la Regla primera de Nuestra Señora del Cármen, y él, deseando saber mas de raiz la Regla y modo de vida de esta nueva Reformation, la Santa Madre hallóse con ellas apercibida, que solamente á este fin la habia prevenido el Señor, que llevase consigo la Regla y Constituciones, que para traer á la Religion de los Descalzos á este insigne varon, la habia sacado de Toledo, y dicho (como ya habemos visto) que iba á mas que la fundacion de Pastrana, y fué así, porque (como adelante veremos) la fundacion se deshizo, y de este camino solo sacó la Santa Madre lo que ella no estimaba en poco, que era el haber traído á la Orden al P. Mariano y á su compañero Fr. Juan de la Miseria, de los cuales habia mucho que escribir, si fuera esta la materia de este libro. Con esto se partió de Madrid la Santa Madre, que iba muy contenta con el buen suceso que habia tenido de los dos nuevos compañeros.

Llegó á Pastrana la Santa Madre dentro de dos dias, donde

fué bien recibida del Príncipe Rui Gomez y de la Princesa, y diéronle en su casa un aposento apartado, donde estuvo mas de lo que ella quisiera, porque la casa que la Princesa pensaba darles, era pequeña y desacomodada para Monasterio, y así fué necesario derribar mucha parte de ella, y trazarla de suerte que pudiese servir al intento que se pretendia. Y porque no le faltasen en esta fundacion (como en las demás) trabajos á la Santa Madre, túvolo muy grande en concertarse con la Princesa, porque le pedia condiciones muy graves y llenas de muchos inconvenientes, de tal manera, que la Santa Madre se determinó á romper, mirando mas por la gloria de Dios y por lo que convenia á su Religion, que por el gusto de la Princesa. Ella, como amaba tanto á la Santa Madre, y el Príncipe Rui Gomez, que estaba presente, era hombre de tan gran juicio y prudencia, allanáronse á lo que la Santa pedia, y con esto se fundó el Monasterio de Nuestra Señora de la Concepcion, á nueve de Julio, dia octavo de la Visitacion, de mil quinientos sesenta y nueve años.

Estando la Santa Madre en su fundacion, vino el P. Mariano, y recibió el hábito en Pastrana, y se fundó en aquella villa un Monasterio de Frailes, de los mas Religiosos y devotos que tiene la Orden, para el cual la Santa Madre ayudó mucho. Partióse dentro de breve tiempo á Toledo, dejando su Monasterio muy bien puesto. Eligió por Priora á la Madre Isabel de Santo Domingo, sacándola de Toledo, donde al presente estaba, y por Superiora á la Madre Isabel de San Pedro. Crecia la devocion en el pueblo con el Monasterio, y la aficion y limosnas de la Princesa. La Santa Madre, luego que vió su fundacion en buen punto, que fué á cabo de algunos dias, se fué á Toledo á perfeccionar lo que allí habia comenzado.

Pero como nuestro adversario, con apariencias de fines buenos y santos, hace guerra á todo lo bueno, sucedió que á cabo de algunos dias murió el Príncipe Rui Gomez; sintiólo mucho la Princesa (como era razon se sintiese pérdida de tan gran Señor), y con apresurada determinacion, y con el calor de la pena, que estaba reciente, se resolvió en entrarse Monja en el Monasterio que habia fundado, y lo hizo. Esta determinacion tan repentina (permitiéndolo así el Señor por los fines que Su Magestad sabe), fué la Madrastra de aquella fundacion,

porque á la Princesa, cuanto mas se le iba remitiendo el sentimiento y dolor (como de ordinario suele acaecer), tanto mas se iba olvidando de aquello á que habia venido. Y pensando juntar la autoridad de Princesa con la humildad del estado que habia tomado, no los podia hacer caber en el saco de sayal, y hacíase á sí notable daño, porque ni bien era Princesa, ni bien Monja; porque las libertades y exenciones que pretendia, y la magestad y señorío con que queria ser tratada (teniendo dentro una criada que la sirviese, y ocupándose muchas veces en lo mismo las demás Monjas), desdecia de la profesion que habia tomado, y hacia tambien daño á toda la Religion, dando principio á este abuso, que era un veneno bastante para emponzoñarla toda. Dejó el hábito dentro de poco tiempo, y no el disgusto que tenia con las Monjas y con toda la Orden. Con estas cosas andaban con grande inquietud las Religiosas, y estaban muy desconsoladas; escribieron á la Santa Madre, que entonces estaba en la fundacion de Segovia, avisándola de lo que pasaba; sintió mucho ella el desasosiego de sus Monjas, y despues de haberlo consultado con sus Perlados y otras personas doctas, envió con secreto por ellas, y á las doce de la noche, con gran silencio, salieron de Pastrana, y se fueron á la fundacion de Segovia, como contaremos en su lugar, habiendo estado allí el Monasterio por espacio de algunos meses.

Quedó la Santa Madre de este suceso y de otros algunos que le sucedieron, experimentada de no recibir grandes señoras, que como están hechas á mandar en sus casas, tarde se acomodan á obedecer, y raras veces dejan de querer algunas libertades y privilegios nocivos para estado de tanto encerramiento y humildad. Y así, escribiéndole yo una vez, recibiese una señora principal de estos Reinos, mujer de buena edad, con mucha hacienda y vasallos (la cual habia tratado conmigo de ser Monja suya, y pedíome que yo lo negociase con la Santa y diese orden, cómo se pudiesen ver, yo le encarecí mucho á la Santa la calidad de la persona y su buen entendimiento y deseos de servir á Nuestro Señor, pareciéndome que la servia mucho en encaminarle tan buen sugeto); ella me respondió que me agradecia mucho la voluntad y cuidado que tenia de aprovechar á su Orden y de procurarle todo bien, pero que en otra cosa le hiciese merced, y no en llevarle seño-

ras, que como están enseñadas siempre á hacer su voluntad, no sirven sino de estragar los Monasterios adonde entran. Y porque no hay regla tan general que no tenga escepcion, en otras ocasiones, conociendo la Santa Madre talento, partes y humildad en semejantes personas, las recibia con gran gusto, porque cuanto las que no prueban bien son dañosas, suelen ser de provecho y un espejo de la Comunidad y ejemplo de las demás, las que olvidándose de que eran señoras, procuran ser siervas y esclavas de Jesucristo, como con muchas se ha experimentado.

CAPITULO XXIII.

Funda la Santa Madre el Monasterio de San José de Salamanca; cuéntase un aparecimiento que hizo la Santa á una Religiosa de aquel Monasterio.

Estuvo la Santa Madre en Toledo, despues de la vuelta de Pastrana, algunos meses, donde le escribió el P. Martin Gutierrez, Rector del Colegio de la Compañía de Jesus de Salamanca, varon de muy gran santidad y prudencia, pidiéndole fuese á fundar en aquella ciudad tan insigne un Monasterio de Monjas; conocia este Padre á la Santa, y tenia mucha noticia de su buen espíritu, y del gran fruto que sus Monasterios hacian en todos los pueblos donde estaban fundados, y así con su mucho celo procuraba que aquella ciudad participase de aqúeste bien. La Madre reparó algo á los principios, considerando la pobreza de Salamanca; pero volvió presto la hoja, y mirando al Norte que ella solia, que era la gran providencia de Dios, y su palabra, que nunca falta á quien le sirve, y con la experiencia que ya tenia de que en otras ciudades mas pobres no le habia faltado, determinóse á hacer esta fundacion.

Hecha esta resolucion salió luego de Toledo y vino á Avila, y desde allí procuró la licencia, escribiendo al Obispo de Salamanca (que era entonces D. Pedro Gonzalez de Mendoza) y al P. Martin Gutierrez, para que él le informase, el cual dió tan buena relacion de la Orden y Religion á que habia dado principio la Santa Madre, que con ella y con la autoridad y crédito que él tenia con el Obispo, alcanzó fácilmente la licencia. En

sabiéndolo la Madre, luego le pareció que estaba hecho el Monasterio. Hizo alquilar luego una casa de un caballero llamado Gonzalo Yañez de Ovalle, en el arroyo de San Francisco, aunque hubo gran dificultad en desembarazarla por vivir en ella estudiantes, que la tenían tomada por todo el año. Al fin se acabó con ellos la diesen al tiempo que hubiese de venir la persona que habia de morar en ella, porque no sabia nadie era para Monasterio, que en esto (como la que por esperiencia sabia cuanto importaba) procuraba la Madre gran recato y secreto, por la gran diligencia que el demonio hacia en contradecirle.

Partió la Santa Madre de Avila para Salamanca, donde llegó vispera de todos Santos año de mil quinientos setenta y nueve, habiendo caminado toda la noche antes con mucho frio, y juntamente aquejada de sus indisposiciones, aunque ni por estos ni por otros trabajos mayores dejaba de poner en ejecucion lo que entendia era mas gloria de Dios. Fuése á apear á una posada, porque no tenia en Salamanca persona alguna conocida, donde pudiesen ella y sus Mónjas estar recogidas. Estos eran los arrimos y favores con que la Santa Madre fundaba una casa de posadas, una ciudad pobre donde ni la conocian á ella ni á su Orden ni á sus Monjas, con sola la licencia del Obispo; solo tenia gran fé y confianza en Dios de que no le habia de faltar, y con esto se animaba á empresas tan graves y dificultosas. Pareció harto en hacer que los estudiantes la desocupasen la casa, y con buena traza y diligencia, por medio de un mercader honrado y pobre, alcanzó que se desembarazase la casa de los inquietos moradores, lo cual hicieron, aunque á mucha costa de solicitud y cuidado. La Madre se fué luego casi de noche con su compañera á ella; hízola aderezar, ó por mejor decir, ella y su compañera trabajaron casi toda aquella noche en componerla, que habia harto que entender, segun salió maltratada del poder de los estudiantes.

Díjose la primera Misa dia de todos los Santos, año de mil quinientos sesenta y nueve, y púsole la Santa al nuevo Monasterio el nombre que á todos los demás que no tenían fundador, conviene á saber, de San José, Esposo de la Virgen. Envió luego á Medina por Monjas, porque escarmentada de lo que habia sucedido en la fundacion de Medina, habia determinado de no llevar consigo (principalmente cuando estuviese cerca)

mas que una compañera. Aquel día y otros les enviaron de comer de limosna las Monjas de Santa Isabel, que eran sus vecinas, y ayudaban con mucha caridad en sus necesidades. Llegada la noche, quedáronse las dos solas en una casa tan grande y desbaratada, que á cualquiera bastara á dar temor. La compañera de la Santa Madre, que se llamaba María del Sacramento, comenzó á tenerle muy grande, imaginando si alguno de aquellos estudiantes que habian salido con gran disgusto de la casa, por vengarse de ellas ó hacerles alguna burla, se habia quedado en algun desvan ó rincon (que por ser la casa tan grande habia muchos); recogióronse ambas á una pieza, donde no habia mas que una poca de paja, que era la que les servia de cama, y el ajuar de que proveia la Santa Madre en sus fundaciones. La compañera atrancó la puerta, y con esto le parecia estaba algo segura y sosegada del miedo de los estudiantes. Ningun temor de estos llegaba á la Santa, porque le habia dado Dios un ánimo tan esforzado, que no temia cosa alguna de este ni del otro mundo; pero la compañera no hacia sino mirar á una parte y á otra con mil pensamientos, todos de temor, á los cuales ayudaba el ser noche de las Animas, y así el ruido grande de las campanas despertaba mas su imaginacion y su miedo. Como la Santa Madre la vió tan inquieta y temerosa, díjole: ¿Qué está mirando, hermana? Respondió: estoy, Madre, pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué habia de hacer vuestra Reverencia sola? El caso puesto en ejecucion, diérale mucha pena á la Santa Madre, porque aunque ninguna cosa le causaba temor, la vista de cualquier cuerpo muerto le enflaquecia notablemente el corazón, y así se la dió tambien la pregunta de la compañera; pero entendiendo luego eran rodeos y niñerías del demonio (que á quien no le teme á él, procura causarle temor por otras mil partes, y hacerle perder tiempo con mil sombras vanas é imaginaciones de lo que nunca será), le respondió con mucha discrecion y gracia juntamente: «Hermana, cuando esto sea, pensaré lo que he de hacer, ahora déjeme dormir.» Con esto sosegó á su compañera, y el sueño (que habia dos noches que les faltaba) venció en ella el miedo, y reposaron toda aquella noche, que tenian harta necesidad.

Luego vinieron de Medina la Madre Ana de la Encarnacion, á quien la Santa hizo allí Priora, y María de Cristo, que fué

Superiora y Gerónima de Jesus, y de Avila vino la Madre Ana de Jesus, que despues fundó el Convento de Granada, y María de San Francisco, que ahora está en Alba, y Juana de Jesus, que vive en Salamanca, eran las tres novicias, y todas mujeres de mucha virtud y talento. Vivieron en aquella casa tres años, con grande descomodidad, trabajo y poca salud; porque era muy húmeda y muy fria, y el mayor que las siervas de Dios padecian, era no gozar allí de su Real presencia; porque no tenian puesto el Santísimo Sacramento, ni parte acomodada ni decente para poderle tener. La Santa Madre, desde pocos dias que se hizo esta fundacion, se partió para Avila, por ser así necesario y forzoso, por lo que adelante diremos. Desde allí, no solo consolaba y animaba á sus Religiosas con cartas, sino tambien les enviaba parte del sustento; porque aun no eran conocidas en Salamanca, y padecian gran necesidad y pobreza, sentia la Santa Madre los trabajos de sus hijas mucho mas que si ella los pasara, y así, por alcanzar parte de estos, como por remediar los que ellas padecian, determinó de volver á Salamanca al cabo de tres años, y en un poco de tiempo que estuvo allí, concertó una casa de un Caballero llamado Pedro de la Banda, que está entre las casas del Conde de Monterey y del Conde de Fuentes, y hubo en el concierto grandes dificultades, por ser casa de mayorazgo, y tener el vendedor condicion algo fuerte y rigurosa. Pasáronse á ella víspera de San Miguel del año de mil quinientos sesenta y tres, donde se padeció tambien su pedazo; y ya que estaban en la casa, resolvió el caballero con nuevas condiciones, apretando á la Santa Madre á lo que ella no habia prometido, y anduvieron algunos pleitos por algun tiempo.

Luego que las Religiosas se pasaron á las casas de este Caballero, comenzaron á ser conocidas en la ciudad, y con el trato de ellas, crecia la devocion y estima de su santidad y de su Orden; hacíanles mucha limosna, y señalábase entre todas la condesa de Monterey, doña María Pimentel, la cual las ayudaba y favorecia con gran cuidado. Fué Nuestro Señor despertando los ánimos y corazones de muchas señoras doncellas, hijas de lo mas ilustre y noble de aquella ciudad, las cuales, hollando las riquezas y tesoros que el mundo estima, se determinaron á buscar el que Dios tiene escondido en la humildad y pobreza del santo Evangelio, y así tomaron muchas el hábito.

Ha habido en esta casa siempre Religiosas muy santas, muchas de las cuales están ya gozando del premio de sus trabajos.

Al cabo de algunos años, despues de la muerte de la Santa Madre, no pudiendo convenirse con aquel Caballero, dejaron su casa y se pasaron á una que era Hospital del Rosario, que es junto á San Estéban, insigne Convento de la Orden del glorioso Santo Domingo, que es donde están ahora (1). No se puede decir los trabajos y dificultades que le sucedieron á la Santa Madre en toda esta jornada, desde que salió de Avila, así en el camino como en Salamanca, en el concierto de las casas, en el pasarse á ellas, en componerlas y acomodarlas, y en otras cosas que acompañaban á estas que voy diciendo; y así solia decir que una de las fundaciones que mas trabajo le habian costado era esta de Salamanca.

Antes de pasar de aquí contaré un caso muy raro y particular que sucedió en este Convento en el año de mil quinientos setenta y tres, y fué estando á la muerte una Religiosa. llamada Isabel de los Angeles, habiendo estado ocho meses acosada de una récia enfermedad y gravísimos dolores, y sobre todo apretadísima por todas partes, con escrúpulos y temores, y otros trabajos interiores que la tenian tan afligida, que no habia parte en su cuerpo y en su alma que no padeciese con tan grande esceso, que daba gran compasion á quien la miraba. Particularmente el dia de San Bernabé Apóstol estuvo en extremo fatigada, porque estaba para morirse; fuéronse las Religiosas á Misa, y ella quedó encomendándose á Nuestro Señor, pidiéndole la remediase y favoreciese en aquel paso, que con razon es el mas temido, por ser el mas peligroso de esta vida. Cuando la Priora (que entonces era la Madre Ana de la Encarnacion) y Religiosas, volvieron de Misa, halláronla con una estraordinaria alegría y contento, y díjole la Priora: «bendito sea Dios, hermana, que parece está mejor; ¿qué es lo que siente que tan alegre está?» Ella respondió: «la alegría es (Madre) que hoy se acabarán estos trabajos, y gozaré del bien que deseo tanto tiempo há;» la Madre Superiora, que estaba allí,

(1) Cuando se escribió esta vida por el P. Yepes, se hallaba el Monasterio junto al Convento de San Estéban, pero en el dia está fuera de los muros de la ciudad, que linda con el Colegio de PP. Bernardos.

preguntóla: «¿quién se lo ha dicho, hermana?» La enferma, sonriéndose, respondió: «¿qué cosa pregunta, Madre Superiora? El que puede me lo ha dicho.» No dijo mas por entonces; saliéronse las Monjas á fuera, y quedóse á solas con ella la Madre Ana de Jesus (de quien habemos hecho mencion arriba), que habia sido maestra en su Noviciado, y queriendo examinar de raiz la causa de este contento, le dijo: ¿qué tenemos? ¿qué tan cierta está hoy ha de salir de este destierro? Ella afirmó que mientras estaban en Misa, habia estado con ella la Santa Madre Teresa de Jesus bendiciéndola, y que llegándola las manos al rostro, le decia: «Hija mia, no sea boba, ni esté con esos temores, sino antes muy confiada en lo que hizo y padeció por ella su Esposo, que es grande la gloria que le tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.»

Estaba la enferma tan mudada con estas palabras, que le pareció la comenzaba ya á sentir en el alma, gozando de tanta paz y serenidad como si nunca hubiera tenido guerra, temor ni escrúpulos; y así pasó con aquellas vísperas y esperanza de gloria hasta las once de la noche. En aquella hora tuvo un sentimiento tan vivo de que era la última de su vida, y que era llegado ya el tiempo que Dios la queria llevar consigo, que no pudiendo dudar de esto lo decia con tantas veras, que se persuadió á lo mismo la Priora, y juntó todo el Convento, y diciendo el Credo, con la última palabra de él, conviene á saber: *Vitam æternam*, espiró aquel mismo dia que ella habia dicho. Quedó su cuerpo con tan grande hermosura y resplandor, que se echaba de ver claramente ser todo sobrenatural y divino, lo cual, no solo notaron todas las Religiosas, sino muchas personas seglares y Religiosas de otras Ordenes que se hallaron en su entierro, que por la estrechura de la casa se hizo en la Iglesia, y fué tanto el concurso de gente en esta nueva maravilla, que fué necesario que el Conde de Fuentes y el Comendador Paez, defendiesen el lecho de la difunta mientras se hacian los oficios.

Este mismo dia que la enferma dijo habia visto á la Santa Madre, estaba ella en la fundacion de Segovia, y las Religiosas de Salamanca, deseando certificarse mas de la verdad del caso, escribiéronlo á la Priora y Subpriora de Segovia, para que lo contasen á la Santa y procurasen entender de ella como habia pasado; ellas lo hicieron así, y cuanto la Santa Madre disimu-

laba mas, hacian ellas mas instancia, diciéndole que debia de tener gran fundamento. Aquella misma mañana, despues de haber comulgado, llegando dos veces á darle un recaudo, ninguna habia respondido, porque estaba como muerta, y esto decian que era á la misma hora que habia escrito de Salamanca, que estuvo allá. Viéndose la Santa Madre casi convencida, les dijo riéndose: «váyanse de ahí, ¿qué de cosas inventan?» estrañas son; con las cuales tuvieron por cierto haber sido así, y de ahí á un año se supo el caso mas claramente: porque enviando la Santa Madre por Ana de Jesus, para llevarla por Priora á la fundacion del Convento de Beas, quiso informarse mas en particular de la Santa misma, de lo que la enferma á ella le habia dicho, y con el amor que la Santa Madre le tenia, le respondió claramente, que así habia sido, y ella, deseando recibir otra semejante merced, le rogó á la Santa Madre le hiciese tanto bien á la hora de su muerte, que desde donde quiera que estuviese la visitase; prometióselo la Santa, diciéndole: «Yo se lo ofrezco si Dios me diere licencia, que eso no está en mi mano, ni puedo hacerlo, sino cuando él lo ordena.»

Preguntóle tambien si habia dicho aquella palabra á la difunta, que Dios la tenia aparejada mucha gloria. Respondió que sí, porque se la habia mostrado Su Magestad, y que era tanta la gloria que tenia en el Cielo por cinco años que habia sido Monja, como otras por cincuenta años de Religion, aunque hubiesen vivido en ella con mucha rectitud; y verdaderamente la vida de la Religiosa era tan ejemplar, que no se podia dudar de este premio, porque fué grande el fervor y las ánsias que tenia siempre de contentar á Dios. Todo cuanto hacia le parecia nada, y habiendo dejado mucho por Dios en el siglo, andaba en la Religion la mas abatida y humillada, teniéndose por la mas despreciada de todas; no habia ninguna que no le pareciese á ella le hacia grandes ventajas, y lo que mas es, que jamás se hallaba digna de ningun consuelo interior ni exterior, y no solo no lo deseaba, sino que lo huia; de manera, que rezando el Oficio Divino, le echaban muchas veces de ver, que en llegando á aquel verso de David: *¿Quando consolaberis me?* Pasaba tan aprieta por él, que disonaba de las demás, y preguntándole la causa de este apresuramiento, respondió (*Ps. 118. vers. 82.*): «Temo no me consuele Dios en esta vida.»

Cómo haya sucedido que estando la Santa Madre en Segovia haya venido personalmente á visitar tantas leguas á una enferma, estando juntamente en dos lugares, negocio es mas de disputa de Teólogos, que de exámen de historia, la cual solo atiende á contar la verdad del caso. Pudo suceder esta maravilla por muchos medios, ó estando el cuerpo de la Santa Madre por virtud divina en dos lugares, ó que en la una parte se estuviese realmente, y en la otra supliese algun Angel su figura, ó por otros modos que el Señor sabe y puede ordenar, á lo que yo mas me inclino, y lo que con mayor certidumbre he podido colegir de la averiguacion de este hecho, es que la Santa Madre viniese en persona á visitar y consolar aquella enferma, como ella misma lo confesó, y hubiese el Señor ordenado que en Segovia no la echasen menos, supliendo por algun medio natural ó sobrenatural su presencia; de suerte, que se viese como si allí entonces asistiese personalmente.

CAPITULO XXIV.

De la fundacion del octavo Monasterio, que fué en Alba de Tormes, donde se pone una vision particular que tuvo la fundadora de él.

Despues de algunos dias que la Santa Madre fundó el Convento de Salamanca, habiéndose vuelto á Avila, y acudiendo desde allí con su celo grande á otras necesidades que en otros Monasterios se ofrecian (que como hijos recién nacidos, padecian muchas), un Contador del Duque de Alba, D. Fernando, llamado Francisco Velazquez, y Teresa de Laiz su mujer, importunaron á la Madre, por medio de Juan de Ovalle y de doña Juana de Ahumada su mujer, y hermana de la Santa, para que fuese á fundar á Alba un Monasterio. No gustaba mucho la Santa de esta fundacion, por ser Alba pequeño lugar, y por esta razon era necesario que el Monasterio tuviese renta, que era lo que la Madre rehusaba mucho; pero el P. M. Fr. Domingo Bañes, confesor antiguo suyo, que entonces estaba en Salamanca, la persuadió que de ningun manera lo dejase de hacer, diciendo que aunque tuviese renta el Monasterio, no estorbaria nada para que las Monjas fue-

sen pobres y perfectas, y como la Santa era tan obediente, se determinó fundarle, viendo que no era posible sustentarse allí de limosnas.

Pero antes que vengamos á tratar en particular de esta Fundacion, será razon que digamos quiénes fueron los Fundadores, y las razones que los movieron para fundar, que verdaderamente son maravillosas y dignas de consideracion, y lo mas que aquí dijere, será sacado de lo que la Santa Madre escribe en el libro de sus fundaciones, tratando de este caso, del cual ella se informó y satisfizo enteramente, y así lo iré contando por sus mismas palabras (*Fundaciones, cap. 19.*)

Teresa de Laiz era hija de nobles padres, los cuales, por no ser tan poderosos como lo pedia la nobleza de su linaje, tenían su asiento en un lugar pequeño llamado Tordillos, que está dos leguas de la Villa de Alba. Fué gran sierva de Dios y gran cristiana, y de esto tuvo pronósticos desde su nacimiento; porque luego que nació en casa de sus padres causó grande sentimiento, porque estaban cargados de hijas, y deseaban grandemente un hijo, en quien se conservase su nombre y su casa; y así hicieron tan poco caso de ella, que aunque la bautizaron luego, pero á cabo de tres dias de su nacimiento, la dejaron olvidada y sola desde la mañana á la noche, sin que se acordasen que tenían hija mas que si no fuera suya. A la noche vino una mujer que tenia cuidado con ella (que habia estado hasta entonces fuera de casa); sabiendo lo que pasaba, fué corriendo á ver si era muerta, y con ella otras algunas personas (que habian ido á visitar á su madre) que fueron testigos de lo que ahora diré. La mujer tomó llorando en los brazos la niña, y le dijo con gran sentimiento: «Cómo, mi hija, ¿vos no sois cristiana?» Como quejándose de la crueldad que con ella habian usado sus padres, la niña alzó la cabeza, y dijo: «sí soy,» y no habló mas palabra hasta la edad en que los niños suelen hablar. Todos los que la oyeron quedaron espantados de aquel prodigio tan espantoso, y su madre, teniendo esto por presagio de algun gran bien de su hija, la comenzó á querer y regalar mas desde entonces, y decia muchas veces que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacia de aquella niña.

Viniendo el tiempo que la quisieron casar sus padres, ella

no queria tomar estado, ni le pasaba por el pensamiento el ser casada; pero en sabiendo que la pedia Francisco Velazquez, criado del Duque de Alba D. Fernando, luego se determinó de casarse con él, sin haberle visto en su vida, y por ventura sin tener otra razon para esto mas de que la movió á ello Dios, que tenia ordenado que por este camino se viniese á hacer este Monasterio. A cabo de algun tiempo que vivieron casados en Alba, por algunas razones que tuvieron para esto, se determinaron de irse á morar á Salamanca, donde vivieron de allí adelante en servicio de Dios, ricos y contentos, y solo les daba pena no tener hijo ninguno. Teresa de Laiz los pedia á Dios con grandes instancias, y hacia muchas devociones, y solo los deseaba tener (como ella decia) porque quedase cuando ella muriese, quien de su parte, y como en su lugar alabase á Dios Nuestro Señor, sin que jamás otra cosa tuviese por fin de este deseo. Pues como anduviese muchos años aquejada con esta ánsia, encomendólo al glorioso Apóstol San Andrés, que le dijeron era particular abogado para lo que ella deseaba. Despues de haber hecho muchas devociones á este Santo, oyóla el Señor por su intercesion, para que alcanzase lo que ella tanto pretendia, que era tener generacion, que despues de sus dias alabase continuamente al Señor, aunque no por los medios, ni como ella pensaba, que era teniendo hijos carnales, porque se hizo este Monasterio de Monjas (como luego veremos), donde ha habido y hay tantas siervas de Dios ocupadas de dia y de noche en oracion, vigiliias y alabanzas divinas. Estando, pues, ella una noche en la cama, oyó una voz que le dijo: «No quieras tener hijos, que te condenarás.» Quedó muy turbada y medrosa de esta voz, pero no desconfiada de alcanzar lo que pedia, pareciéndole que con el fin que ella tenia iba muy segura de no condenarse, y así proseguia con sus devociones, sin cansarse, y solicitaba al bienaventurado Apóstol con el mismo cuidado que antes.

Acaeció, pues, que estando una vez con este mismo afecto y solicitud, viese una vision, sin poderse ella determinar si estaba dormida ó despierta cuando le sucedió, pero por los efectos se vió haber sido de Dios. Parecíale que se hallaba en una casa, á donde en el patio de ella, debajo del corredor, estaba un pozo; y vió juntamente en aquel lugar un prado muy verde, sembrado con unas flores blancas de tanta hermosura, cual

nunca jamás ella habia visto, ni sabria tampoco imaginar; cerca del pozo vió al mismo Apóstol San Andrés, con una muy hermosa y venerable presencia, que daba gran recreacion el mirarle, y díjole él: «Otros hijos son estos que los que tú quieres.» Entendiéndolo por aquellas flores blancas y hermosas que habia visto. Causó tales efectos en ella esta vision, que luego borró de la memoria el deseo de hijos, como si jamás lo hubiera tenido, y entendió claramente ser voluntad de Nuestro Señor que hiciese un Monasterio, sin haber ella tenido jamás tal pensamiento, porque todo esto se le dió á entender en aquella vision, la cual hizo tal operacion en ella, que trocando su cuidado en otro mayor, de allí adelante comenzó á tratar de otros hijos, pensando de dia y de noche cómo pondria en ejecucion lo que el Señor le habia mandado. Tratólo con su marido, el cual, como era semejante á ella en la bondad y cristiandad, parecióle bien el acuerdo, aunque no la traza que daba de hacerlo en Tordillos, que era el Aldea donde ella habia nacido.

Estando ambos en esta determinacion, envió la Duquesa de Alba, doña María Enriquez, por Francisco Velazquez, para hacerle Contador del Duque D. Fernando su marido. Aceptó el oficio de buena gana, y compró luego casa en Alba, envió por Teresa de Laiz, que estaba en Salamanca. Ella vino á Alba con mucho disgusto suyo, y mucho mayor lo comenzó á mostrar cuando vió la casa que su marido habia comprado, que aunque estaba en buen puesto, y tenia gran capacidad y anchura, pero el edificio que estaba labrado y hecho era casi ninguno. Durmió con esta pena aquella noche, que habia llegado, y á la mañana, como entró en el patio, vió un corredor, y debajo de él un pozo, y luego se acordó que aquel pozo era el mismo que habia visto en la vision que habemos referido, y quedó espantada, considerando como sin saberlo su marido habia venido á comprar la casa que á ella tantos años antes se le habia representado, y quedando toda turbada, considerando cómo con la vision correspondia el hecho, se determinó luego de hacer en aquel sitio el Monasterio, y de vivir con mucho gusto de allí adelante en Alba. Compraron para este efecto otras casas que estaban allí junto, para que hubiese bastante anchura para lo que ellos pretendian. Andaba muy cuidadosa Teresa Laiz, qué Orden escogeria, porque deseaba

fuesen las Monjas pocas y muy encerradas, y gente de gran ejemplo y espíritu. Tratólo con dos Religiosos graves de diferentes Ordenes: ambos se convinieron en que sería mejor emplearlo en algunas obras pias, que no hacer ahora Monasterios de nuevo, y especialmente que sería muy dificultoso de hallar Monjas con tanta perfeccion como ella las pintaba. Pusiéronle delante algunas otras razones, á su parecer de ellos aparentes y buenas, con las cuales ella y su marido se resolvieron á mudar de intento, porque el demonio andaba de por medio, y temia grandemente ver allí un Monasterio tal cual ellos lo deseaban. Y así les pareció á los dos sería bien casar un sobrino de la Teresa Laiz, con una sobrina de su marido, y á ellos podrían dar la mayor parte de su hacienda, y lo demás emplearlo en hacer bien por sus almas.

Mas como Nuestro Señor tenia ordenada otra cosa, aprovechó poco su determinacion, porque dentro de quince dias le dió un mal tan récio al sobrino, que en muy breve tiempo le llevó el Señor consigo, y desbarató sus intentos. A la mujer se le asentó luego, que la causa de aquella muerte habia sido la falta de constancia que habia tenido en su propósito, y dábale gran temor, acordándose de lo que habia sucedido á Jonás Profeta, por no querer obedecer á Dios. Determinóse desde aquel dia de no dejar de hacer el Monasterio por ninguna cosa, y su marido hizo tambien lo mismo, aunque no sabian cómo ponerlo por obra, porque á ella parece le ponía Dios en corazon procurase Monjas encerradas, gente de oracion y de espíritu, y cuando lo comunicaba con alguno, le representaban cuáles queria que fuesen las Monjas de su Monasterio, refanse de ella, pareciéndoles no era tiempo de buscar aquellas Monjas tan afinadas como ella las pedia. Quien mas desconfianza le ponía era un Padre de San Francisco, su Confesor, hombre de prudencia y letras, pero permitió el Señor que él mismo le trujese las buenas nuevas de lo que ella buscaba, y de lo que antes él lo habia hallado por imposible; porque yendo fuera de aquel pueblo, le dieron noticia de los Monasterios que fundaba la Santa Madre, é informándose muy en particular del modo y forma de vida, halló cumplido todo cuanto los fundadores deseaban: en llegando á Alba muy contento, les dió las nuevas de lo que habia sabido, y les dijo que el medio

que habia para que esto se hiciese con brevedad, era escribir á la Madre Teresa de Jesus, que estaba en Avila, lo cual ellos hicieron, como al principio del capítulo comenzamos á decir.

Fué la Santa Madre dos veces á Alba para este intento, y hubo hartas demandas y respuestas para que viniese á efectuarse el Monasterio, porque los fundadores no daban todo lo que era necesario para la fábrica y sustento de las Religiosas, y la Santa (como tan cuerda y prudente) era siempre de opinion que, ó bien sus Monasterios fuesen sin renta, ó si bien los fundasen en pueblos pequeños, tuviesen la necesaria, sin que tuviesen la dependencia de deudos, parientes ni otras personas. En fin, vinieron á dar la renta que pareció seria bastante, y así, sin contradiccion alguna, se fundó en Alba el Monasterio de Nuestra Señora de la Anunciacion, que así quisieron los fundadores que se llamase, á veinticinco de Enero de mil quinientos sesenta y un años, dia de la Conversion del sagrado Apóstol San Pablo, y fundóse en sus mismas casas. Así se cumplió la vision de Teresa de Laiz, y lo que San Andrés le dijo, y conoció en el suceso, que este era el prado donde habian de nacer aquellas blancas y olorosas flores, como por la misericordia del Señor se ven ya muy crecidas de muy suave olor. Hizo Priora á Juana del Espíritu Santo, y Superiora á María del Sacramento, y dentro de pocos años se recibieron muchas Monjas de muchas partés; entre ellas fueron doña Beatriz de Toledo, hermana del Duque de Alba; D. Antonio Alvarez de Toledo, que ahora se llama Beatriz del Sacramento, y es Priora del Convento de Salamanca, y una sobrina de la Santa Madre é hija de su hermana doña Juana de Ahumada, la cual (como adelante escribiremos) vino á la Religion por medio de las oraciones de su santa tia, y es ahora Priora en Ocaña, llámase Beatriz de Jesus.

Despues de muerta la Santa Madre, enfermó gravemente Teresa de Laiz, Fundadora, y estando con alguna mejoría y sin pensamiento de morirse, le apareció la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, con su capa blanca, cual ella le habia conocido y tratado en esta vida, y le hizo señas llamándola que viniese con ella, con las cuales la enferma entendió que se moria, y que la Madre la llamaba para que se fuese á gozar de la gloria que sus buenas obras habian merecido, que

este es premio que dá el Señor y sus Santos á quien así se emplea en su santo servicio.

CAPITULOXXV.

Cómo la Santa Madre fué elegida por Priora del Monasterio de la Encarnacion de Avila, y de otras cosas notables que sucedieron en este tiempo.

Compuesta la fundacion de Alba, se partió la Santa Madre al Convento de Medina del Campo á componer unas grandes diferencias que habia sobre una novicia, entre las Monjas y los deudos de ellas, á los cuales contra razon favorecia el Provincial de los Padres Carmelitas calzados, y la Santa Madre, pareciéndole no la tenian, les era contraria; y así, por no haberle dado gusto en esto al Provincial, como por no haber hecho Priora á una Monja que él pretendia que lo fuese, enojado y sentido gravemente de este hecho, puso un precepto y excomunion, mandando á la Santa Madre que se saliese de Medina ella y la Priora que habia elegido dentro de aquel mismo dia; y aunque era ya tarde cuando le notificó este precepto, y el tiempo importuno y riguroso, por ser cerca de Navidad, sus enfermedades tantas y tan graves, y el sentimiento y lágrimas de las Monjas muy grande, y aunque ellas se ofrecian á aplacar al Provincial, ella se determinó de salir luego, y cumplir la obediencia, sin replicar ni discrepar un punto. Puso el Provincial por Priora á la Monja que pretendia, que se llamaba doña Teresa de Quesada, que era Monja de la mitigacion, y la Santa se partió para Avila con la Madre Inés de Jesus, que era la Priora que habia elegido antes en Medina del Campo, padeciendo hartos dolores y frios por los caminos.

Sucedió, pues, en este tiempo, que con el gran celo que el Santo Pontífice Pio V tenia de la gloria de Dios y aumento de las sagradas Religiones, determinó de señalar Visitadores para mayor reformation de algunas. Para la de Nuestra Señora del Cármen de la provincia de Castilla, fué señalado el P. M. Fr. Pedro Fernandez, de la Orden de Santo Domingo, varon Apostólico y de mucha prudencia y letras, el cual, ejercitando su oficio y visitando su provincia, llegó á Avila

con harto deseo de conocer la Madre Teresa de Jesus, de quien habia oido contar grandes cosas al P. M. Bañes, y á otros Maestros y personas graves de su Orden; pero siempre estaba poco satisfecho, oyendo cosas tan extraordinarias, y con gran temor y recelo de su santidad, y de las cosas que de ella decian, temiendo como prudente y experimentado todos los ardidés y engaños del demonio que en semejantes casos suele haber.

Visitó y habló á la Santa Madre, que era Priora entonces del Monasterio que habia fundado en Avila, y ella, como á Perlado, le dió cuenta de su vida y espíritu, y de todo el discurso de sus fundaciones, y él quedó tan satisfecho de su santidad, cuanto antes estaba dudoso de ella; y así decia de allí adelante, que la Madre Teresa de Jesus era gran mujer; y que habia mostrado al mundo, como era posible vivir mujeres guardando la perfeccion Evangélica; y pareciéndole que en Avila no haria mucha falta, dentro de pocos dias la mandó ir al Monasterio de Medina del Campo, de donde la habia echado el Provincial, eligiéndola allí por Priora con los votos de las mismas Religiosas, porque la Priora que antes era habia dejado el oficio y hábito de Descalza, y vuéltose á la Encarnacion, y así era muy necesaria la presencia de la Santa Madre en aquella casa. Vino luego á Medina, y comenzó á gobernar sus Monjas, y el Padre Visitador se partió tambien para Medina. Dentro de dos ó tres meses volvió á Avila á visitar el Monasterio de la Encarnacion, y lo que de la visita resultó, fué experimentar la grande necesidad que tenia aquel Monasterio de quien le amparase, así en lo temporal como en lo espiritual, porque en todo se iba acabando. La causa era, que á las Monjas no les daban el sustento necesario, ni tenian de qué, y ellas estaban ya determinadas de pedir licencia á sus superiores para irse á casa de sus deudos que las sustentasen, que por ser tanta la necesidad y el número de las Religiosas tan grande, que pasaban de ochenta, era mucha la costa; y de aquí nacia haber mucha ocasion para que se faltase el recogimiento y en otras observancias sustanciales de la Religion, y se siguiesen otros daños que suele acarrear en las Comunidades la falta de lo temporal. Parecíale al Visitador que ninguna persona se podria hallar que con tanta satisfaccion acudiese al remedio de todas estas necesidades, y llenase aquel vacío,

como la Madre Teresa de Jesus; y así, consultándolo primero con los Definidores del Capítulo de los Padres del Cármen Calzado con sus votos, y con la autoridad que él tenia, hizo á la Santa Madre Priora del Monasterio de la Encarnacion, para que con su presencia y ejemplo, y juntamente con su grande prudencia y espíritu, remediase aquella casa.

La Santa Madre sintió mucho esta eleccion, así por la gran quietud y sosiego que ella tenia en sus Monasterios de Descalzas, como por la gran necesidad que todos ellos tenian de ella; porque no solo dependian todos de sus consejos y cartas, sino que muchas veces clamaban por su presencia, y mas en tiempos de tantas contradicciones y persecuciones; y no le daba menos pena el amor que tenia á sus Monjas, las cuales, como las que tenian conocida tal Madre, habian de quedar huérfanas y desconsoladas. A todo esto se añadia la gran contradiccion que la Madre tenia con Oficios y Prelacias, y mas donde habia de templar tantas condiciones, y donde parece que las costumbres iban algo de rota, y estaban ya casi estragadas todas las buenas leyes que en su tiempo se guardaban. Estos temores la detenian, sin que se osase arrojar á tan evidente peligro, hasta que Nuestro Señor (como quien habia puesto las manos en este negocio) declaró su voluntad, y quitó las dificultades y temores, como ella dejó escrito por estas palabras (*Adiciones á la Vida.*):

«Estando yo un dia despues de la octava de la Visitacion encomendando á Dios un hermano mio en una Ermita del Monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento, porque está este mi hermano á donde tiene peligro su salvacion): Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame á mí no me quedara cosa que pudiera por hacer. Díjome el Señor: ¡Oh hija, hija! hermanas son mias estas de la Encarnacion, ¿y te detienes? Pues tén ánimo, mira que lo quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras cosas, ganarán lo uno y lo otro; no resistas, que es grande mi poder.»

Estas palabras que el Señor le dijo allanaron todas las dificultades que el negocio traia consigo; y así obedeció sin réplica á lo que el Visitador le mandaba, determinándose de morir

y rebentar antes de volver atrás, de lo que entendia era voluntad de Dios; y porque en su visita habia hecho un estatuto el Visitador, que cualquiera de las Monjas de la Regla mitigada que pretendiese quedar en el Monasterio de las Descalzas, hiciese públicamente renunciacion de los privilegios y exenciones de la mitigacion; aunque la Santa Madre, desde el principio, habia hecho esta renunciacion, teniendo para esto un Breve del Nuncio Apostólico Cribelo Cardenal, dado en Madrid á veintiuno de Agosto de mil quinientos sesenta y cuatro años, y tenia tambien profesion espresa de la Regla primera, para cumplir de nuevo con el mandato del Visitador, y para que no la obligasen siendo Priora á conformarse con la observancia de la mitigacion, hizo de nuevo esta renunciacion en manos del P. Fr. Pedro Fernandez, y delante de muchos y graves testigos, con las palabras y estilo siguiente:

«Digo yo, Teresa de Jesus, Monja de Nuestra Señora del Cármen, profesa en la Encarnacion de Avila, y ahora de presente en San José de Avila, donde se guarda la primera Regla (que hasta ahora yo la he guardado aquí, con licencia de nuestro Reverendísimo P. Fr. Juan Bautista Rubeo, que tambien me la dió, para que aunque me mandasen los Perlados tornar á la Encarnacion, allí la guardase), que es mi voluntad guardarla toda mi vida, y así lo prometo y renuncio todos los Breves que hayan dado los Pontífices para la mitigacion de la dicha primera Regla, y con el favor de Nuestro Señor la pienso y prometo guardar hasta la muerte. Y porque es verdad lo firmé de mi nombre. Fecha á 13 del mes de Julio de 1571.

*Teresa de Jesus,
Carmelita.»*

La eleccion de Priora que el Visitador habia hecho en la Santa Madre, causó en las Monjas de la Encarnacion grande inquietud y alboroto, así por haberse hecho sin sus votos y consentimiento, como porque ya les parecia que con la venida de la Madre se cerraban las puertas de los locutorios, conversaciones y de otras libertades que ellas temian mucho perder, y así se determinaron á no recibirla por Perlada, y hacer en este caso toda la resistencia que sus fuerzas bastasen, y para

salir mejor con su intento, habian convocado en su favor muchos Caballeros de la Ciudad de Avila. No se le escondia nada de esto á la Santa, ni otras cosas que despues sucedieron; pero como iba determinada á padecer, y esperaba (como el Señor se lo habia dicho) ver el fruto de sus trabajos, animóse varonilmente, fiada de Dios y de la obediencia para acometer esta empresa. Fué al Monasterio donde la estaban esperando, más con ánimo de injuriarla que de obedecerla, y así temiendo esto el Visitador, para que fuese recibida como convenia de las Monjas, ordenó que llevase en su compañía al P. Provincial de la Orden y á otro compañero suyo, y así se hizo.

Llegaron al Monasterio de la Encarnacion, y el Provincial juntó Capitulo en el Coro bajo del Convento, donde les leyó las patentes de la eleccion hecha en la Madre Teresa de Jesus por el Visitador, y Definitorio de su Capitulo. Levantáronse luego muchas, y con demasiada osadía, no solo no querian obedecer la patente, pero decian palabras contra la Santa Madre harto pesadas y descomedidas; pero las mas recogidas y devotas del Convento (que eran entonces las menos) tomaron luego la cruz para recibirla, y el P. Provincial, que era Fr. Angel de Salazar, y su compañero, la entraron por fuerza, resistiendo las demás. Levantáronse una grita y alboroto, cual se puede presumir de gente que estaba tan apasionada. Las unas cantaban *Te Deum laudamus*; otras maldecian á la Priora y á quien se la habia enviado. Estaba el Provincial enojadísimo; pero la Santa, mientras esto pasaba, estaba de rodillas delante del Santísimo Sacramento; y levantándose de allí mostró tener grande lástima de las Monjas de que las trajesen Priora contra su voluntad, y decia al Provincial que no se maravillase de cuanto decian, que tenian razon de no querer tan mala Priora.

Y viendo á algunas que (ó ya fuese por la grande pena, ó ya por ser enfermas del corazon) se habian desmayado de la alteracion y grita que habian pasado, movida de compasion se llegaba disimuladamente á ellas, y tocándoles con las manos, como apiadándose mucho de su enfermedad, volvian luego en sí, y quedaban libres y buenas; y cuando alguno notaba esta y otras semejantes maravillas, decia la Santa que traia consigo una gran reliquia del Lignum Crucis, que tenia grandes vir-

tudes, todo por disimular la que el Señor había puesto en sus manos.

Este era el recibimiento que hacían las Monjas á la nueva Priora, y no parara aquí si el Señor no lo remediara; porque se juntaron de gavilla algunas que estaban protervas y obstinadas en su parecer, para descomedirse contra ella en la primera ocasion. La Santa Madre mostró aquí su singular prudencia y espíritu, porque echando de ver cuán enconados estaban los corazones, determinó de grangearles las voluntades con halagos y blandura. Principalmente mostró esta admirable prudencia en el primer capítulo que celebró, donde todas las Monjas esperaban que había de desenvainar la espada, y comenzar á cortar brazos y piernas, y descabezar abusos, y por lo menos á sacar mucha sangre, y quitarles las libertades de que ellas gozaban con tanto gusto; y así entraron muchas conjuradas para resistir con palabras á sus mandatos, y aun si necesario fuera poner en ella las manos; pero la Santa Madre, que como sábio y experimentado médico entendía bien cuándo era el tiempo de regalos, y cuándo el de la purga, usó de este divino artificio, puso en la Silla Prioral (que era donde ella se había de asentar á presidir en el Capítulo) una muy hermosa imágen de Nuestra Señora, hecha de talla, y las llaves del Convento en sus manos, dando á entender como ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya era esta Religión, y Casa era la verdadera Priora que las había de gobernar, y ella se asentó á sus pies para hacer desde allí su Capítulo. Cuando entraban las Monjas y ponían los ojos en la Silla de la Priora, y veían en ella aquella novedad tan grande, comenzaban á temer y á refrenar con esto sus pensamientos, y á muchas les temblaban las carnes, como ellas muchas veces contaron. Asentadas las Monjas en el Capítulo, esperando que las palabras de la Santa Madre habían de ser algunos rayos ó relámpagos que las pusiesen turbacion y temor, la Santa no les dijo mas que las palabras siguientes (*Tomo I. de las Cartas, aviso 5.*)

«Señoras Madres y Hermanas mías; Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, y desto estaba yo descuidada, cuan lejos de merecerlo. Háme dado mucha pena esta eleccion, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como en que á vues-

tras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado Priora contra su voluntad y gusto, y Priora que haria harto si acertase á aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Solo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad. Hija soy desta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, ó de la mayor parte, conozco la condicion y las necesidades; no hay para que se estrañe de quien es tan propia suya. No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y he gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, como se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones, lo hagamos por amor de aquel Señor á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; qué piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras igualen con la intencion y deseo.

Con esta plática, y con la devocion y vista de la Imágen (que les habia hecho grande impresion aquel nuevo espectáculo), quedaron enternecidas todas y tan sujetas, que luego prostraron el corazon (que antes estaba tan rebelde) al servicio de Dios y obediencia de su Perlada, determinándose y ofreciéndose á cualquiera reformation que la Santa Madre ordenase, porque veian y tocaban con la esperiencia, por una parte su grande santidad, y por otra el grande amor que con palabras y obras les mostraba, y como todo su ejercicio y estudio lo ponía en buscar dineros para regalarlas. El Señor comenzó luego á proveer con larga mano aquella casa, porque desde entonces nunca faltó á las Monjas su racion con mas abundancia que nunca la habian tenido; y como Dios bendijo la casa y la hacienda de Laban, despues que entró en ella Job, así parecia que en lo espiritual y temporal habia echado la bendicion á aquel Monasterio, despues que la Santa Madre habia entrado en él. A unas daba el velo, á otras la túnica y el hábito, y acudia universalmente á las necesidades de todas, sin mostrar

particular amistad con ninguna, ejercitábase en hacerles fiestas de sus santos devotos, y darles recreaciones santas y honestas. Crecia con esto el amor de todas para ella, convirtiéndose la acedia y disgusto que antes habian mostrado en un entrañable amor y reverencia; ganóles en breve las voluntades, y luego puso grandes medios para ganarles las almas, porque puso en la portería y sacristía y en los demás oficios personas de confianza, y comenzó luego á quitar visitas, conversaciones y otras correspondencias, que son la ponzoña de los Monasterios.

Las Monjas, como se iban aficionando á la virtud y al trato de Dios en que la Santa Madre las iba poniendo, iban poco á poco olvidando aquello en que antes tenian librado su contento, y los devotos que el mundo llama, unos se retiraban y otros sentian mucho tanta estrechura y recogimiento de las Monjas. Particularmente un Caballero muy principal de aquella ciudad, que tenia allí una conversacion algo escandalosa, andaba muy ciego y apasionado, y como viniese muchas veces al Monasterio, y le respondiesen siempre de parte de la Priora que estaba la Monja que venia á buscar ocupada, encolerizóse mucho é hizo llamar á la Santa Madre á la reja, y dijola muchas palabras con gran descomedimiento y desenvoltura; ella las oyó con mucha humildad y paciencia, y acabándolas de oír con aquel celo de su casa que la comia las entrañas, con un brio y gravedad cual ella sabia tener cuando entendia convenia para la gloria de Dios, afeándole mucho el inquietar á las esposas de Jesucristo, le dió tal mano, y le trató y castigó su atrevimiento cual él merecia, y amenazóle, que si ásomaba á los umbrales de la Encarnacion, habia de hacer con el Rey le cortase la cabeza. Fueron las palabras que la Santa le dijo de tanta fuerza y eficacia, que no vió la hora de irse de allí, temblando del rigor con que la Madre le habia tratado, y determinado de dejar del todo la conversacion que en el Monasterio tenia trabada; comenzó luego á echar voz entre los demás que solian ir al Monasterio, que buscasen ya otros entretenimientos, que los de la Encarnacion, mientras allí estuviese Teresa de Jesus, eran ya acabados. Esta amenaza, con las demás diligencias que hacia la Santa Madre, fué bastante para que se acabasen de despedir los demás, y las Monjas viviesen con descanso y religion.

Ya que la Madre tenia bien pertrechada su casa por de fuera, y cerradas las puertas y locutorios por donde entran de ordinario los ladrones que roban las almas y quietud de las pobres Religiosas, acordó para remediar mas de raiz lo interior y mas secreto del alma, que viniesen á la Encarnacion Confesores Descalzos de la nueva Reformation, que ya se habia fundado; porque algunas, deseando comenzar nueva vida, querian hacer confesiones generales, y estaban con grande ánsia de tener personas que les tratasen de espíritu y oracion. La Santa pidió al Visitador dos Religiosos Descalzos para Confesores de su Convento; y él señaló al P. Fr. Juan de la Cruz y á otro Padre llamado Fr. German, ambos de singular virtud y religion.

Con estos medios, y principalmente con sus oraciones, tenia la bienaventurada Madre Teresa de Jesus tan reformado su Monasterio, como si fuera de Descalzas, que casi no se diferenciaban sino en el vestido y calzado, porque habia gran penitencia y oracion, ejercitábanse en la mortificacion interior y exteriormente, vivian con gran pureza y recogimiento, estaban tan mudadas en todo, que no solo parecian otras, sino que tambien lo eran. Fué tal esta semilla, que por medio de la Santa Madre el Señor plantó en aquella casa, que no solo la renovó y reformó por entonces, sino que hasta hoy dia permanece mucha parte de aquel buen espíritu y religion que ella dejó asentado, y quedaron las Monjas tan aficionadas á su trato y conversacion, tan pagadas de su prudencia, tan satisfechas de su santidad, que habiendo acabado la Madre su oficio, volviendo ellas á hacer eleccion, con grande conformidad y gusto, la eligieron por Priora, y no queriendo confirmar esta eleccion los Superiores (que entonces era el Provincial del paño), fué tanta la instancia que las Monjas hicieron por volverla á su casa, que escedió con gran ventaja á la contradiccion que antes le habian hecho para que no entrase; porque pusieron pleito á sus Superiores, y le siguieron hasta ponerle en Consejo Real, y muchas de ellas en tan justa demanda, estuvieron presas y maltratadas por el Provincial, pero en fin, como el Señor habia conseguido ya lo que pretendia en aquella casa, y tenia guardada á la Santa Madre para renovar y santificar otras muchas, no dió lugar para que los deseos de las Monjas llegasen á ejecucion.

Con la grande afición que las Monjas habían cobrado á la Santa, y con la mucha estima que tenían de su santidad, ya que no la pudieron tener por Priora en su casa, determinaron de irse muchas en su seguimiento, unas para ayudarle en sus Monasterios, otras á vestirse de su hábito y profesion de la Regla primitiva. Fueron entre todas las Monjas que salieron de la Encarnacion desde el principio que se comenzó la nueva Reformation, veinte y dos, que fueron las cuatro primeras: Ana de los Angeles, María Isabel, Ana de San Juan, Isabel de San Pablo, María de la Magdalena, María Suarez, doña Inés de Cepeda, doña Ana de Tapia, María Vela, doña Beatriz Suarez, doña Juana Yera, Juliana de la Magdalena, Isabel de Jesus, Ana de San Juan, doña Teresa de Quesada, Isabel Lopez, Isabel de San José, Catalina Yera, Gerónima de San Agustin, doña Isabel Arias, doña Antonia del Aguila, doña María de Cepeda. De estas algunas por sus enfermedades se volvieron á la Encarnacion, y las mas perseveraron con gran fruto suyo y de la Religion, de las cuales aun hay vivas algunas.

A los principios que la Santa Madre vino á la Encarnacion, despues de haber hecho el primer Capitulo, estando rogando al Señor por el aumento espiritual de aquella casa, vió á la Virgen Nuestra Señora, la cual la consoló y dió esperanza de lo que le pedia, como se dice en las Adiciones á la vida de la Santa: «La víspera de San Sebastian, el primer año que vine á la Encarnacion á ser Priora, comenzando la Salve, ví en la silla Prioral (adonde está puesta Nuestra Señora) bajar con gran multitud de Angeles á la Madre de Dios, y ponerse allí; parecíanme encima de las coronas de las sillas, y sobre los antepechos, muchos Angeles, aunque no con forma corporal, que era vision intelectual. Estuve así toda la Salve, y djome: «Bien acertaste en ponerme aquí, yo estaré presente á las alabanzas que hicieren á mi hijo, y se las presentaré.» Y en otra parte dice: «Octava de Espíritu Santo me hizo el Señor una merced, y me dió esperanza que esta casa se iria mejorando, digo, las almas della.» Y así se cumplia la palabra que el Señor le habia dado, como se puede ver claramente de lo que hasta aquí habemos escrito.

CAPITULO XXVI.

Cómo la Santa Madre, siendo Priora de la Encarnacion, por mandado de Nuestro Señor, fundó el Monasterio de San José del Cármen de Segovia, y de dos visiones muy particulares que allí tuvo.

Estuvo la Santa Madre en el Monasterio de la Encarnacion, sin salir de él por espacio de dos años, atendiendo á la reformation de sus Monjas, y al gobierno de todos sus Monasterios Descalzos y Descalzas que habia fundado, porque desde allí (como otro San Pablo desde las cárceles) acudia á las necesidades y consuelo de sus hijas, y ofreciéndose (como arriba comenzamos á decir) una muy grave en el Convento de Salamanca (acerca de una mudanza que querian hacer del sitio donde estaban), pidieron las Monjas al Visitador Fr. Pedro Fernandez, que entonces estaba allí, diese licencia para que la Santa Madre viniese á Salamanca, porque estando ella presente, les parecia (como así era verdad) que luego se allanarian las dificultades. El Visitador condescendió con sus ruegos, y la Santa volvió á Salamanca, como sus Monjas y necesidad pedian. Estando allí un dia en oracion, la mandó Nuestro Señor que fuese á Segovia, cosa á su parecer imposible, porque ella no habia de ir sin que el Padre Visitador se lo mandase, y él no tenia gana que fundase mas Conventos por entonces, sino que asistiese al gobierno de aquel Monasterio de la Encarnacion, donde se experimentaba y cogia tan grande fruto. Estando pensando en esto, díjola Nuestro Señor que se lo dijese al Visitador, y que él lo haria.

Estaba á la sazón en Salamanca el P. Visitador, y luego la Madre le escribió un billete diciéndole que ya sabia que ella tenia precepto de su General de fundar, donde quiera que hubiese para ello comodidad, que de presente la habia en Segovia, porque el Obispo y la Ciudad habian dado su consentimiento para ello, y que esto le escribia por cumplir con su conciencia, y que con lo que él mandase quedaria muy segura y contenta. Bien parece que lo queria Dios, pues luego que el Padre Visitador vió el billete, mudó de parecer, y dió la licencia que la Madre pedia. La de la ciudad de Segovia, y del

Obispo D. Diego de Covarrubias, habia alcanzado un Caballero de la misma ciudad, llamado Andrés de Ximena, hermano de la Madre Isabel de Jesus, Monja de la misma Orden, la cual dieron con mucho gusto y contento. Como la Ciudad y el Obispo dieron su consentimiento con tanta demostracion de contento, parecióle á este Caballero que bastaba haber dado la licencia de palabra, y así no curó de mas diligencia. La Santa Madre, antes de ir á Segovia, hizo alquilar una casa para fundar, y hecho esto se partió luego con calentura, y bien apretada de otras enfermedades (de tal manera que lo riguroso de ellas le duró mas de tres meses, y mucho mas lo estaba en lo interior de su alma de Nuestro Señor), con unas sequedades y oscuridad terrible. Pero como no habia cosa que bastase á espantarla para dejar de hacer lo que entendia era mas gloria de Dios, partió de Salamanca entrado Marzo, año de mil quinientos setenta y tres, llevó consigo á la Madre Isabel de Jesus, fuése por Alba y por Avila, y sacó otras Religiosas de estos dos Conventos.

Llegó á Segovia víspera del glorioso San José, y fuése á posar en casa de una señora viuda llamada doña Ana de Ximena, que era la que le tenia alquilada la casa, y acomodadas otras cosas para la fundacion. Tomó el dia siguiente, que era dia del glorioso Patriarca San José, la posesion con gran contento de la Santa, por haber sido en dia de este Santo, á quien ella tenia por Padre en todas sus necesidades. Dijose la primera Misa por la mañana, y púsose el Santísimo Sacramento, año de mil quinientos setenta y tres, y el nombre y vocacion del Monasterio, fué de San José del Cármen.

Y porque en esta fundacion no le faltase algun ágrío de pena y trabajo, como en las demás, permitió el Señor que luego se le ofreciese á la Madre uno, y bien grande, y fué que el Obispo (que era el que habia dado la licencia) no estaba entonces allí, y el Provisor, á quien no se habia dado cuenta del hecho, luego que lo supo, vino la misma mañana con grande enojo al Monasterio, y anduvo inquiriendo quién habia hecho aquel Altar y puesto el Santísimo Sacramento; las Monjas estaban encerradas y no respondian nada. Hizo luego descomponer el Altar y descolgar todo lo que se habia puesto en la Iglesia, y puso un alguacil de guarda á la puerta de ella, para

que nadie entrase á decir Misa, y envió un Clérigo para que consumiese el Santísimo Sacramento, y andaba á buscar al que habia dicho la Misa para prenderle. A la Santa Madre y á las demás, les daban poca pena estos alborotos, que como ya habian tomado la posesion, tenian por cierto la perseverancia. Luego se metieron de por medio algunas personas graves, que hablaron al Provisor, el cual no ignoraba que el Obispo habia dado licencia, pero tenia gran sentimiento de que se hubiese hecho sin haberle á él dado de nuevo parte, y así se aplacó y dió su licencia para que se dijese Misa, aunque no para que se pusiese el Santísimo Sacramento.

Detúvose en esta casa la Santa medio año, porque como buen Capitan se ofrecia siempre á los primeros encuentros y trabajos que hay en el principio de las fundaciones, y procuraba siempre asistir, hasta sosegados los pleitos y borrascas y acomodadas las cosas. En este tiempo que aquí estuvo, dió orden para que se hiciese la fundacion de Pastrana, la cual fué una como traslacion á esta de Segovia, donde llegaron las Monjas pocos dias despues que se habia tomado aquella fundacion. Tomaron luego el hábito dos señoras, madre é hija, la una llamada doña Ana de Ximena, que ahora se llama Ana de Jesus, y la otra doña María de Bracamonte, su hija, llámase ahora María de la Encarnacion, y de presente es Priora del mismo Convento de Segovia. Con la entrada de estas dos señoras y de otras que entraron despues, y particularmente de la Madre Inés de Jesus, que en el siglo se llamaba doña Inés de Guevara, que ha sido Priora de aquel Convento, se compró casa, y quedó el Convento muy acomodado en lo temporal. Con la compra de la casa se acrecentaron nuevos pleitos, así con el Cabildo como con los Padres de la Merced, porque era cerca de su casa, y lo uno y lo otro apaciguó y compuso la Madre, parte con dineros, y parte con su buena traza. Pasáronse á la casa nueva al cabo de seis meses, y pasó en todo este tiempo hartos trabajos y contradicciones la Santa; pero todo lo llevaba con gran gusto, porque la dijo nuestro Señor que se le habia de hacer mucho servicio en aquella casa. Y lo que mas sentia de todos estos pleitos, era que no le faltaban sino siete ú ocho dias para cumplir los tres años del oficio de Priora, y habia de asistir necesariamente en la Encarnacion á este tiempo.

En fin, dispuso el Señor las cosas como ella pudiese cumplir en Avila con las obligaciones de su oficio, porque con esta mudanza quedaron concluidas y sosegadas las de esta fundacion.

Estando la Santa Madre en Segovia en su nuevo Monasterio, recibió dos particulares y señaladas mercedes de Nuestro Señor, las cuales refiere en la informacion de Piedrahita el Padre Mro. F. Diego de Yangués, que entonces se halló en Segovia, y era Confesor de la Santa. La una fué que llegándose á comulgar dia de San Alberto, Santo de su Orden, á siete de Agosto de mil quinientos setenta y tres, vió á Cristo Nuestro Redentor á su mano derecha, y á San Alberto á la izquierda, y Nuestro Señor Jesucristo se desapareció y quedó la Madre con su Padre San Alberto, encomendándole los negocios de sus Conventos de Descalzos y Descalzas; el Santo la dijo ciertas palabras; la sustancia de ellas era que para el buen suceso y aumento de la nueva Reformation, era necesario que los Descalzos y Descalzas se apartasen de los Padres de la mitigacion, y tuviesen Perlados propios de su misma Orden y Reformation; y desde entonces la Madre puso los ojos en esta separacion, y fué disponiendo las cosas de suerte, que á cabo de pocos años, aunque con muchas dificultades y trabajo (como adelante diremos), vió cumplido su deseo, y lo que San Alberto la habia profetizado.

Saliendo la Santa en este mismo año, dia de San Gerónimo, de su Convento de Segovia, para volver á la Encarnacion de Avila, donde era Priora, vino de camino á hacer oracion á la capilla del glorioso Santo Domingo del Convento de Santa Cruz, donde el Santo estuvo, é hizo grandes penitencias. Entró dentro, y acompañándola el Prior de aquel Convento, y el P. M. Fr. Diego de Yangués su Confesor y otros Padres, hizo allí oracion, detúvose por espacio como de media hora; los que la acompañaban esperaban á ver en qué paraba tan larga oracion. Cuando hubo orado, se despidieron el Prior y los demás Religiosos, y se llegó á ella el P. M. Fr. Diego de Yangués, como mas familiar y Confesor suyo, y vióla el rostro todo encendido y bañado en lágrimas, y muy alegre, y él la preguntó qué habia habido que tanto le habia hecho esperar; ella le respondió, que luego que entró y se puso de rodillas, se le habia aparecido Santo Domingo con mucho resplandor y gloria,

y entre otras mercedes y regalos que la habia hecho, le habia dado su palabra de favorecerla y ayudarla en las cosas tocantes á la nueva Reformation de Descalzos y Descalzas, como despues lo vió cumplido, porque á los principios de esta Religion, así la separacion como todas las demás cosas graves y de importancia, fueron por medio de los Padres de su Orden, y con su ayuda y favor.

No paró aquí la merced y regalo que Santo Domingo hizo á la Santa en aquella misma Capilla; porque al cabo de una hora, estándose confesando con el P. M. Yangués, le dijo la Madre como este bienaventurado Santo la estaba allí acompañando á su mano izquierda. Y despues, al tiempo de la Comunión, vió á Cristo Nuestro Señor á su mano derecha y á Santo Domingo á la izquierda como antes, y volviéndose la Santa á hacer reverencia á Nuestro Señor, se desapareció, quedando en su compañía Santo Domingo. Acabada la Misa, la dijo su Confesor que si queria gozar de aquella compañía, se fuese á tener oracion á la capillita mas pequeña, donde estaba un Santo Domingo de bulto; hizolo así la Madre, y despues de haber estado allí postrada un cuarto de hora, se levantó y dijo á su Confesor como Santo Domingo habia estado grande rato con ella, y que le dijo: «Gran gozo ha sido para mí que tú hayas venido á esta capilla, y tú no has perdido nada.» Y luego le comunicó los grandes trabajos que en su vida pasó allí con los demonios, y las grandes mercedes que de Dios habia allí recibido en la oracion. Y preguntándole la Madre «¿por que se le aparecia siempre á la mano izquierda?» Respondió el Santo: «Porque la mano derecha es de mi Señor,» y dijo tambien la Santa Madre (como testigo de su vista) á su Confesor, que aquella imagen de bulto que estaba en aquella capillita, era el verdadero retrato del glorioso Santo Domingo.

Con estos favores se volvió la Santa Madre á Avila, dejando en Segovia por Priora á la Madre Isabel de Santo Domingo, y por Subpriora á la Madre Isabel de Jesus, y llegó á su Monasterio de la Encarnacion, donde era Priora, á tiempo que se hizo eleccion en una persona de quien ella tenia mucha satisfaccion, aunque las Monjas (como arriba digimos) hicieron gran fuerza en querer elegir á la Madre; pero no lo permitió el Provincial, y ella lo resistió tambien de su parte;

pero las Monjas de San José de Avila la eligieron luego por Priora, y la volvieron á su casa con grande consuelo y gusto de todas.

CAPITULO XXVII.

De la fundacion del glorioso San José en Veas; socorre este Santo á la Madre en el camino en un gran peligro; cuéntase el principio que tuvo esta fundacion, que es maravilloso.

Estaba la Santa Madre contentísima entre sus Monjas de San José de Avila; pero aun no habia comenzado á descansar entre ellas, cuando de una villa llamada Veas, que está en la raya de Andalucía, la escribieron dos Señoras doncellas muy principales de aquel lugar, ofreciéndole toda su hacienda para hacer un Monasterio, y sus personas para ser Monjas. Y para que el Señor sea alabado en sus obras, y se entiendan mas de raiz los principios de esta fundacion, que fueron mucho de notar, tomaré de mas atrás la corriente, y aunque habia que decir mucho, segun la materia se ofrece, iré abreviando lo mas que pudiere.

Habia en la villa de Veas un caballero que se llamaba Sancho Rodriguez de Sandoval, y su mujer doña Catalina Rodriguez. Entre otros hijos que Nuestro Señor les dió, fueron dos hijas, la mayor se llamaba doña Catalina Godinez, y la menor doña María de Sandoval, que son las dos señoras que pedian la fundacion del Monasterio. Habia la mayor catorce años, cuando el Señor la llamó para que le sirviese, porque hasta esta edad estaba muy fuera de dejar el mundo, antes tenia una estima tan grande de sí, que todo cuanto él tiene le parecia poco segun era la altivez de sus pensamientos. Desestimaba todos los casamientos que su padre le traia, porque nada cuadraba con la grandeza que ella habia concebido de sí. Estando una mañana en una recámara que estaba detrás de un aposento en que su padre dormia, revolvía en su pensamiento un casamiento que le traian, con que su padre estaba satisfecho, y á ella segun su estado y calidad, le venia muy bien; pero no á la altivez de su corazon, y así, decia entre sí: ¿con qué poco se contenta mi padre, con que

tenga un mayorazgo, y pienso yo que ha de comenzar mi linaje en mí?

Metida estaba en estos razonamientos y otros semejantes, cuando levantando acaso la cabeza, llegó á leer en un Crucifijo que allí estaba el título que de ordinario se pone sobre la cruz, conviene á saber: «Jesus Nazareno, Rey de los Judíos.» Así como leyó el título, súbitamente la mudó toda el Señor, y le pareció habia venido una gran luz á su alma para entender y conocer la verdad, á la manera que si de repente entrara en una pieza el sol en medio del dia, y con esta luz, mirando el mismo Crucifijo, que estaba muy ensangrentado, consideraba qué maltratado y humillado estaba el Criador del Cielo y de la tierra, y cuán diferente era el camino que ella llevaba, yendo por el de su vanidad y soberbia. Quedó con esto en un punto trocada y como hecha de nuevo, dióle allí Dios un gran conocimiento de su bajeza y miseria, un deseo de padecer grandísimo, una profunda humildad y aborrecimiento de sí, juntamente con unos encendidos deseos de hacer penitencia de sus pecados. Vióse bien ser de Dios esta mudanza, lo uno por las obras que adelante diremos, y lo otro, porque los primeros pasos y escalones en que Dios pone á las almas que quiere para sí, son conocimiento y aborrecimiento de sí mismas, á los cuales se sigue luego el mal tratamiento del cuerpo. Estaba con estos sentimientos de rodillas delante del Cristo, deshaciéndose en lágrimas, y antes de salir de allí prometió luego castidad y pobreza, y hallóse en un punto tan enemiga de su voluntad propia, que por estar sujeta á la agena, quisiera, por solo esto, ser llevada á tierra de moros.

No gustaba el demonio de ver tan grandes principios y determinaciones en una tierna doncella, que suelen ser para él pronóstico de mucho daño, y así estando ella toda ocupada y embebida en estos sentimientos, suspiros y lágrimas, oyó antes de acabar su oracion un ruido grande sobre la pieza donde oraba, y parecíale que por un rincon de su aposento bajaba aquel estruendo y baraunda á donde ella estaba, y juntamente oia unos grandes bramidos, que duraron por algun espacio. No fué este ruido imaginacion ni pensamiento suyo; porque fué tan grande, que su padre, que estaba durmiendo, despertó del sueño, y con gran temor comenzó á temblar, y como desatinado, tomó una ropa y su espada, y entró donde

su hija estaba muy demudada, y preguntándola ¿qué era aquello? Ella le dijo que no habia visto nada. El miró otra pieza mas adentro y no halló cosa alguna, y díjole á su hija que se fuese con su madre. Daba muestras con estos bramidos el demonio del descontento que tenia de su mudanza; porque entendia habia de ser ilustre ejemplo y espejo para otras, y estaba como espantado de ver al Señor hacer á una alma tantas mercedes y en tan breve tiempo.

De estas que habia recibido esta doncella de la poderosa mano del Altísimo, quedó con grande deseo de entrarse en Religion, y aunque anduvo tres años peleando con sus padres, nunca los pudo inclinar á esto. Tenia en este tiempo mucha oracion, y mortificábase en todo cuanto podia, y para deslustrar el rostro y criar pafio en él, se entraba en un corral y lavábase con agua, y poníase luego al sol, para afearse de suerte que nadie se quisiese casar con ella, ni aun mirarla á la cara. Y como vió que no podia alcanzar ser Religiosa (que era lo que pretendia) púsose en hábito honesto, y porque su padre no se lo pudiese impedir, salió públicamente dia del glorioso San José á la Iglesia, antes de decirle nada, vestida de un hábito pardo y grosero, pareciéndole que habiéndola visto en aquel traje el pueblo, no se atreveria su padre á quitárselo, y fué así como lo pensó. En este tiempo pasó cuatro años, haciendo estrañas penitencias, y acaeció una Cuaresma traer una cota de malla de su padre junto á las carnes; la oracion era muy larga y de noche, porque de dia la traian muy ocupada sus padres, y acaecíale desde las diez de la noche perseverar orando hasta la mañana. Con la continua penitencia y mal tratamiento, comenzó á padecer grandes enfermedades, porque tenia una calentura continua é hidropesía, mal de corazon y un zaratan, que despues le sacaron; y estuvo y pasó con esta dolencia diez y siete años; murió su padre á los cinco de su enfermedad, quedando ella y su hermana debajo del amparo de su madre.

Su hermana doña María, viendo tan raro ejemplo, un año despues que ella hizo mudanza de vida, procuró seguirla, y con ser muy amiga de galas, lo renunció todo y comenzó á tratar de oracion. Muerto su padre, la madre, que era muy sierva de Dios, dióles larga licencia para de veras entregarse á Su Magestad; no mirando á los pundonores y vanidad del

mundo, se la concedió para que tomasen oficio de enseñar niñas á labrar, lo cual ellas hacian con mucho gusto, y de balde, con deseo de doctrinarlas y ponerlas en servicio de Dios. Murió luego la madre, y doña Catalina, que era la mayor, trató con muchas veras de ser Monja Carmelita Descalza, por particular instinto y revelacion divina; porque como al principio de su conversion, y casi veinte años antes de la nueva Re-formacion, se acostase una noche con gran deseo de hallar la Religion mas perfecta que hubiese en la tierra, para ser en ella Religiosa, y queriéndole el Señor mostrar lo que mas á ella le convenia, y para lo que la tenia guardada, representósele en sueños que iba por un camino muy angosto, en que habia peligro de caer en unos grandes barrancos, y vió un Fraile del hábito de los Carmelitas Descalzos, que la dijo: «Ven conmigo, hermana.» Y la llevó á una casa de gran número de Monjas, donde no habia otra luz, sino la de unas velas encendidas que e las tras traian en las manos. Ella le preguntó ¿de qué Orden eran? Y todas callaron, y alzaron los velos y los rostros alegres, riéndose, y la Priora la tomó de la mano, y le dijo: «Hija, para aquí te quiero yo», y mostróle la Regla y las Con-stituciones. Ella despertó con un contento grande que le parecia haber estado en el Cielo, y pasó mucho tiempo que no lo dijo á persona alguna, y aunque en general procuraba informarse, por ver si hallaba algun rastro de lo que habia visto, nadie le sabia decir de esta Religion; ella escribió lo que se pudo acordar de la Regla que le habian leído, y lo procuró tener guardado para su tiempo.

Vino allí despues á cabo de muchos años un Padre de la Compañía, que sabia sus deseos, y ella mostróle lo que habia escrito, diciendo, que si hallase aquella Religion estaria muy contenta, porque entraria luego en ella; pues de esa Orden son, le respondió el Padre, los Monasterios que funda ahora la Madre Teresa de Jesus, mujer de admirable espíritu y santidad. Consoló-e mucho con esta nueva, y como por entonces se vió libre y algo mejor de sus enfermedades, determinó de ser Monja Descalza fuera de su lugar. Sus parientes le dijeron, seria más servicio de Nuestro Señor, que pues tenia con qué, hiciese un Monasterio en Veas. Parecióle bien el consejo, é informándose dónde estaba la Santa Madre, le hizo un propio, y escribió ella, y el Vicario del lugar y otras personas, pi-

diéndole fuese á fundar un Monasterio en aquella villa. Estaba la Santa Madre en esta ocasion (que era el año de mil quinientos setenta y dos) en Salamanca, á donde volvió siendo Priora de la Encarnacion, á dar asiento á aquella fundacion, como arriba habemos contado. Luego que recibió las cartas, aunque se pagó de los deseos y disposicion que habia para la fundacion, por otra parte le parecia que era imposible, por estar el Visitador Apostólico Fr. Pedro Fernandez, de parecer de que no hiciese por entonces mas fundaciones, y así estuvo por despedir al mensajero. Pero por cumplir con lo que el P. General le habia mandado que no dejase de hacer ninguna fundacion que se le ofreciese, le envió las mismas cartas que habia recibido. El respondió que se habia edificado de la devocion de aquellas personas, y que no las desconsolase, sino antes les escribiese, que en teniendo la licencia del Ordinario, que era necesaria, iria luego, y que estuviese segura y cierta que no la podrian alcanzar, porque era aquella villa de la Encomienda de Santiago, y habíase de sacar la licencia del Consejo de Ordenes, y que él sabia por esperiencia de otros casos que en muchos años no se habian podido alcanzar semejantes licencias. Esto dijo, más con intento de despedir la fundacion (pidiendo condiciones imposibles), que con ánimo ni esperanza de que se hiciese. Escribió la Santa Madre lo que el Visitador le habia mandado, y con esta respuesta procuró luego la Fundadora licencia del Consejo de Ordenes, y en cuatro años no pudo alcanzarla.

Viendo esto sus dandos, le aconsejaron que cesase de esta pretension, pues no era posible haber la licencia, y ella estaba tal en sus enfermedades, que mas estaba para la sepultura, que para que la recibiesen en Monasterio ninguno. Su Confesor tambien la decia se sosegase, pues sus enfermedades eran tales, que cuando la hubieran recibido por Monja, la volvieran á echar. Lo mismo le dijera cualquiera que mirara este caso con ojos de humana razon, porque habia mas de ocho años que no se levantaba de la cama con calentura continúa, ética y tísica, hidrópica, y con un fuego en el hígado tan encendido, que se sentia sobre la ropa y le quemaba la camisa. y sobre todo, tenia gota artética y era tentada de ceática. Ella, con estos dichos, y juntamente viéndose cercada de tantas enfermedades, y casi imposibilitada de conseguir sus deseos, afligía-

se mucho, y volviéndose á Nuestro Señor, le dijo, ó que le quitase estos deseos, ó le diese cómo se cumpliesen. Entonces oyó una voz dentro de su alma que le dijo: «Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo; tú tendrás salud, porque el que tuvo poder para que tantas enfermedades, todas mortales, de suyo no hiciesen su efecto, mas fácilmente podrá quitarlas.»

Pues estando fiada de estas palabras que el Señor le habia dicho, respondió á sus deudos que si dentro de un mes el Señor la daba salud, entenderia que era voluntad suya que se hiciese el Monasterio, que ella misma iria á la Corte por la licencia, y si no, desistiria de sus intentos. Cuando dió esta respuesta, la habia ya tenido interiormente de Nuestro Señor, de que estaria buena á tiempo de que pudiese ir á la Cuaresma por la licencia. Esto pasó como á diez y nueve de Diciembre, y dentro de un mes, víspera del glorioso Mártir San Sebastian, le sobrevino un temblor interior tan grande, que bien pensó su hermana que se le acababa la vida, y en un punto se vió sana y buena en el cuerpo, y el alma notablemente mejorada. Deseó mucho encubrir esto, diciendo que la mudasen á otro lugar, para que se entendiese que esta mejoría no habia venido por milagro, sino, ó por el buen temple ó mudanza de aires, ó por otros medios; pero ni su Confesor, ni el Médico, dieron lugar á esto, ni era posible encubrirse ser aquella obra de Dios, y así lo entendieron sus deudos, y juntamente que era voluntad divina se hiciese el Monasterio. Luego, á la Cuaresma, se partió á procurar la licencia á la Corte del Rey, donde estuvo tres meses sin poder alcanzar nada, hasta que echó una peticion al Rey mismo, suplicándole la diese esta licencia; y él, como supo que era el Monasterio de Descalzas Carmelitas, sin remitirlo á Consejo, se la concedió luego.

Volvió muy contenta esta Señora á su tierra con la licencia, y escribió luego á la Santa Madre, la cual estaba ya en San José de Avila. Y habiendo pasado primero algun tiempo en demandas y respuestas sobre este negocio, salió por principio de Cuaresma del año de mil quinientos setenta y cuatro á la fundacion de Veas; pasó por Toledo, de donde llevó consigo á la Madre María de San José, y á la Madre Isabel de San Francisco, y envió por la Madre Ana de Jesus, y por otras tres Monjas, todas para la fundacion de Veas.

A la postrera jornada, pasando por Sierra-Morena, perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabian por dónde iban, y por ser la tierra tan fragosa, era mucho el peligro en que estaban. La Santa Madre dijo á las Monjas que iban en su compañía pidiesen á Dios y al glorioso Padre San José las encaminase, porque los carreteros decian iban perdidos, y que no hallaban remedio para salir de unos riscos altísimos, donde se hallaban metidas, y que si adelante pasaban, se habian de hacer pedazos, y el volver atrás era imposible. Pusiéronse todas en oracion, y luego desde la hondura de un profundo valle (que con harta dificultad se divisaba de lo alto de aquellos riscos) comenzó á dar grandes voces un hombre, que en la voz parecia anciano, diciendo: «Teneos, que vais perdidos, y os despeñareis si pasais adelante.» Pararon los carros á estas voces, y las personas que iban en compañía de la Santa Madre, comenzaron á gritos á preguntar al que les avisaba, ¿qué remedio tendrian para salir del estrecho y peligro en que estaban? El les respondió que echasen todos hácia una parte, para la cual habia tan mal paso que no fué menor milagro atravesar por él, que salir del peligro en que estaban. Como se vió este caso tan maravilloso, quisieron algunos ir á buscar al que les habia avisado. Mientras ellos fueron á buscarle, dijo la Santa Madre á todas las Religiosas, con mucha devocion y lágrimas: «No sé para qué los dejamos ir, que era mi Padre San José, y no le han de hallar.» Y así fué, que no hallaron rastro de él, aunque llegaron á la hondura del valle, y desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza, que afirmaban los carreteros con juramento, que parecia que volaban, y todo era necesario para llegar aquel dia á buen tiempo á Veas.

Salieron á recibir á la Santa Madre y á sus compañeras muchos de á caballo que las estaban esperando, y con el contento grande que tenian, hacian muchas gentilezas y alegrías delante de los carros, y acompañáronlas hasta llegar cerca de la Iglesia, donde estaba mucha gente esperando, y los Clérigos con sus sobrepellices y cruz las llevaron en procesion á la casa de las dos hermanas, que tantos años las habian deseado, que era donde tambien se habia de hacer el Monasterio. Fué grande el placer que las unas y las otras tuvieron con verse, y doña Catalina, viendo los rostros de las

Monjas, conoció ser aquellas las que se le habian representado en la vision, y así lo decia despues. Acaeció tambien que estando allí la Santa Madre, la vino á ver un Fraile lego Carmelita Descalzo, llamado Fr Juan de la Miseria, y en viéndolo, afirmó doña Catalina que le parecia el mismo que habia visto antes en aquel sueño profético y maravilloso que tuvo.

Fundóse el Monasterio con gran contento y regocijo de todos, dia del glorioso Santo Matia, año de mil quinientos setenta y cuatro; llamóse San José del Salvador. Las dos hermanas le dieron su hacienda enteramente, y tan sin condicion, que si despues no las quisieran recibir, no tenian por dónde pedirlo. El mismo dia se les dió el hábito, y la mayor se llamó Catalina de Jesus, y la menor María de Jesus. Ya en este tiempo estaba buena doña Catalina, como el Señor se lo habia prometido, é iba adelante su salud y sus virtudes, y particularmente en la humildad y obediencia fué aventajadísima. Procuró mucho ser Freila de las que llaman Legas, hasta que la Santa Madre la escribió, mandando fuese del Coro, y riñéndola mucho porque en aquello no se rendia. Murió siendo Priora del mismo Monasterio, pocos dias despues de la muerte de la Santa Madre; y como estuviése allí el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios (Provincial que era entonces de los Religiosos Descalzos) al tiempo de su enfermedad, y tuviese nueva de la muerte de la Santa Madre, procuró que no lo entendiese la enferma, temiendo que la pena no le acabase la vida; ella, como viese al Provincial y á los demás algo tristes, preguntóles que ¿por qué estaban con tanta pena? que si era de la muerte de la Santa Madre, que ya ella lo sabia, porque ella le habia aparecido estando comulgando un dia despues del glorioso San Francisco (que fué el dia que la Madre murió), y le habia dicho que se iba á gozar de Dios, y otras cosas que diremos adelante en su lugar. Con esto se fué tambien ella (como se puede esperar en sus grandes virtudes) á acompañar á su Madre en el Cielo. Quedó su hermana María de Jesus, la cual fué Priora despues en Córdoba. La Santa Madre fué desde aquí á fundar el Convento de Sevilla, como ahora diremos, dejando allí por Priora á la Madre Ana de Jesus, y por Subpriora á la Madre María de la Visitacion.

CAPITULO XXVIII.

De la fundacion que hizo la Santa Madre del Monasterio de San José en Sevilla, y los grandes trabajos que allí padeció.

Estaba la bienaventurada Madre en Veas con intencion de volver á Caravaca á hacer otra fundacion que en aquella villa le ofrecian, y antes de salir de allí llegó el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, Fraile Descalzo de su Orden (que entonces era Comisario y Visitador Apostólico, así de los Padres Calzados como de los Descalzos de la Andalucía, por orden del Nuncio, y en Castilla lo era el P. Fr. Pedro Fernandez, de quien arriba habemos hecho mencion), y teniendo noticia que la Santa estaba en Veas, la fué á visitar, porque tenia gran deseo de conocerla. Holgóse mucho la Madre con su presencia y trato, pareciéndole que tenia ya hombre que pudiese ayudar á la nueva Reformacion. No habia aun bien llegado á Veas, cuando le envió á llamar el Nuncio Hormaneto, y le hizo tambien Visitador de la Provincia de Castilla, como lo era del Andalucía.

Antes de salir de Veas comenzó á tratar la Madre con él, como con su Perlado, que ya lo era, que seria bien volverse á Castilla, y de camino concluir la fundacion de Caravaca. El P. Visitador la dijo (más con intencion de probar su espíritu y obediencia, que con otros fines) que tratase con Nuestro Señor le declarase cuál seria mejor, ir desde allí á fundar á Madrid, que se ofrecia entonces ocasion, ó á Sevilla, donde importaba tanto un Monasterio de Monjas reformadas. Ella, despues de haber tenido oracion sobre esto, respondióle, que Nuestro Señor la habia dado á entender era voluntad suya fuése á fundar á Madrid, porque teniendo allí casas de Monjas, se harian mejor todos los negocios de la Orden. Entonces le dijo el Padre, que á él le parecia que fuesen á Sevilla; la Santa, sin replicar palabra ninguna, comenzó luego á disponer su viaje y á señalar Monjas, y acomodar todas las demás cosas para la fundacion de Sevilla. A cabo de dos ó tres dias, le dijo el P. Visitador, que pues tenia voto hecho de hacer en todo lo mas perfecto, y en negocios graves y de su espíritu, la habian asegurado los hombres mas doctos y mas santos de toda España,

que era bueno y de Dios, y habiéndola el mismo Señor hablado de la manera que solia otras veces, y dicho que fuese á fundar á Madrid, y él para mandarle ir á Sevilla se habia guiado solamente por lo que dicta la razon y prudencia, ¿qué era la causa porque no le habia replicado? Respondióle la Madre, que ni aquella revelacion, ni todas cuantas hay en el mundo que tuviera, le aseguraba tanto de la voluntad de Dios, como lo que el Perlado decia, porque la obediencia tenia ella por expresa voluntad de Dios, y en las revelaciones se podria engañar. Volvióle á decir que tornase á consultar con Dios este negocio; ella lo hizo, y respondióle Nuestro Señor que habia hecho muy bien en obedecer, y que fuese á Sevilla, que aunque se habia de hacer la fundacion, les costaria muchos trabajos, y que por el medio que la obediencia le decia, se haria mejor la fundacion de Madrid.

Partióse luego la Santa Madre para Sevilla, llevando para aquella fundacion á la Madre María de San José y á Isabel de San Francisco, María del Espíritu Santo é Isabel de San Gerónimo, Leonor de San Gabriel y Ana de San Alberto, que fueron las primeras piedras y madres de aquella Provincia; llevaba tambien en su compañía al P. Fr. Gregorio Nacianceno, á quien el P. Visitador dió el hábito en Veas, que despues fué Provincial en la Orden, y un hombre de gran juicio y talento y de singular prudencia y virtudes. Iba juntamente el P. Julian de Avila y Antonio Gaitan. Y porque se cumpliese bien la profecía que el Señor le habia dicho de los grandes trabajos que habian de pasar en esta fundacion, fué Dios servido que comenzasen esos desde el camino, porque como ya era fin de Mayo, eran tambien los calores muy grandes, que como la tierra de la Andalucía es tan cálida, en este tiempo son ya insufribles los soles para los caminantes. Sobre todo le dió á la Santa una calentura tan récia, que decia ella que en su vida la habia tenido mayor. Llegaron á una posada, y para alivio de su enfermedad, no habia mas que una camarilla á teja vana, y una cama tal, que por estar con mas regalo se salió de ella y se acostó en el suelo; pero el fuego que estaba recogido dentro de aquel aposentillo era tan grande, que tuvo por mejor partido caminar la siesta con la furia del sol, que perseverar en aquel calor con temor de ahogarse. Caminó con el rigor del sol y de la calentura; sentian sus compañeras, como era razon,

su enfermedad, y temiendo algun mal suceso de su salud, hacian grande instancia al Señor con sus oraciones se la diese; alcanzaron con ellas que la calentura no durase mas de un dia.

Pasando mas adelante pasaron tambien con ellas los peligros y trabajos, porque llegando al rio de Guadalquivir, entraron en una barca, donde los barqueros perdieron la maroma, y la barca, suelta, sin remos ni maroma, iba á toda furia el rio abajo; todos daban voces como quien veia ya el peligro y la muerte al ojo. La Santa Madre las daba de su corazon á Dios, y á todos ponía buen ánimo y confianza. Quiso Dios oír las oraciones de su sierva, y la barca, fuera de lo que se podia esperar del curso y camino que antes llevaba, encalló en un arnal. En esta sazon oía los gritos que daban los barqueros un caballero desde un castillo donde estaba, y como sospechó el peligro de la barca, envió luego quien les socorriese, y aunque ya habia salido de lo mas peligroso, habian dado en otro no pequeño, que como era entonces de noche, no sabian dónde estaban, ni menos del camino que habian de tomar, sino les guiara aquel hombre que de parte del caballero habia venido á favorecerles, el cual les sirvió de guia y les puso en el camino.

Llegaron á Córdoba, y al pasar de la puente tuvieron grandes dificultades, porque no podian pasar sin licencia del Corregidor, y cuando esta se alcanzó á cabo de muchas diligencias que se hicieron con él, no cabian los carros por la puente, y fué necesario aserrarlos y achicarlos, en que se pasó harto tiempo y mayores pesadumbres; y porque no diesen paso sin algun trabajo, era esto primero dia de Pascua de Espíritu Santo por la mañana, y habiendo de oír Misa en una Ermita que estaba de la otra parte de la puente, llegaron á ella, y por ser fiesta de la vocacion de ella, hallaron gran concurso de gente, y habia muchas danzas y otros regocijos en demostracion de la gran solemnidad de aquel dia. Sintió mucho la Madre el haber de apearse y salir en público ella y sus Monjas delante de aquella gente; pero no pudiéndolo excusar, apeáronse todas de sus carros, y comenzando á entrar por la Iglesia, echados los velos sobre el rostro, y con sus capas blancas, fué tan grande el alboroto y concurso de gente á ver aquel espectáculo como si fuera el mas nuevo disfraz del mundo, y tanta

la alteracion que la Santa tenia, que solia decir que se le habia quitado con esto la calentura.

Llegaron á Sevilla el jueves primero despues de la Pascua del Espíritu Santo; tenia el P. Fr. Ambrosio Mariano de San Benito alquilada la casa. Pensó la Madre que en llegando á Sevilla haria luego su fundacion, como en otras partes lo habia hecho, pareciéndole que el Arzobispo (que entonces era don Cristóbal de Rojas), como era muy amigo de los Padres Descalzos (que por su parte iban tambien con grande prisa, estendiéndose por España, con gran devocion de toda ella, y tenian ya Convento en Sevilla, y por la mucha santidad que en ellos resplandecia les era muy devoto el Arzobispo) le daria luego licencia. Pero no sucedió como ella pensaba, porque queria el Señor le costase trabajo esta fundacion como todas las demás. El Arzobispo era muy enemigo de Monasterios de Monjas que no tuviesen renta, y aunque él deseaba que las Monjas Descalzas viniesen á Sevilla, pero no para hacer Convento de su Orden, sino para repartirlas en los demás Monasterios que estaban á su cargo, para que con su ejemplo y buena vida los reformasen. El P. Mariano pedia á la Santa Madre fundase con renta, porque de otra manera le parecia no daria el Arzobispo licencia. Ella de ninguna manera quiso venir en este concierto, pareciéndola que en una ciudad como Sevilla, no era bien que su Monasterio tuviese renta. En fin, el Arzobispo, como era tan amigo del P. Mariano y tan devoto de la Religion, dió licencia para que se dijese la primera Misa, que fué á veinte y nueve de Mayo de mil quinientos setenta y cinco, pero mandó que no se pusiese el Santísimo Sacramento, ni se tañese campanilla, y con esto se tomó la posesion, y comenzaron á decir los Oficios divinos, y llamóse el Monasterio de San José del Cármen.

Estuvo el Arzobispo por muchos dias muy fuerte en no dar licencia para que se pusiese el Santísimo Sacramento, y así de esto, como de la poca comodidad que hallaba la Santa Madre en Sevilla, no estaba muy contenta de aquella Fundacion, y si no fuera por no dar disgusto al P. Visitador Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, y al P. Mariano, se volviera de muy buena gana sin hacerla. En el entretanto el P. Mariano iba poco á poco ganando la voluntad del Arzobispo, el cual, como tuviese ya noticia de las grandes prendas de santidad de la

Madre, á cabo de algunos dias la fué á visitar, y ella le habló de tal manera y con tanta eficacia, que hizo de él lo que de los demás á quien hablaba, porque no pudiendo resistir el Arzobispo á Dios, que hablaba en ella, le dijo que se hiciese todo como ella quisiese, y de allí adelante fué gran devoto suyo, y la favoreció en todo lo que pudo. Acordaron entre los dos que el poner el Santísimo Sacramento se dilatase hasta que tuviesen casa propia.

En este tiempo, con ser Sevilla lugar tan rico, y donde de ordinario se hacen tan gruesas limosnas, para mayor prueba de sus siervas, ordenó el Señor que allí padeciesen mayor necesidad que en parte ninguna. La casa estaba toda desacomodada y desproveida; no tenian en qué dormir ni qué comer; nadie las conocia ni las visitaba, y sobre todo la Santa enferma y casi todas las compañeras, á las cuales la tierra las habia probado mal, y los muchos calores (como gente no acostumbrada á ellos) las apretaban demasiado, ayudando para esto las túnicas y hábito de sayal de que andan vestidas, que cuanto son de invierno frias, de verano calientes. No habia quien entrase ni les pidiese el hábito, porque las que antes de venir la Santa Madre estaban esperándola con este deseo, pareciéndoles mucho el rigor de la Religion, desistian de estos propósitos. A cabo de algun tiempo entraron algunas que ayudaban bien con sus limosnas.

Pero entre estas novicias hubo una que ayudó mas que todas para probar la paciencia y virtud de la Santa Madre y de sus compañeras. Los que trataban de que esta se recibiese, decian de ella cosas tan grandes, que oyéndolas dijo la Madre, que si aquella Monja no hacia milagros, no saldrian ellos con su honra. Entró en la Religion, y en ella estuvo algunos meses. Era esta novicia una buena mujer, pero muy tocada y apretada de melancolía, y como la Madre la comenzase á mortificar y á quitarle sus devociones y ejercicios amoldados con su voluntad, comenzó á sentirse, y con la melancolía á torcer todo cuanto veia en las Monjas en mal sentido. Púsole el demonio en la cabeza que las Monjas tenian cosas de que estaba ella obligada á dar noticia á la santa Inquisicion; echáronla del Convento por melancólica y luego fué á denunciar al santo Oficio, diciendo que se confesaban las Monjas unas con otras, tomando motivo de lo que sus Constituciones santamente orde-

nan que den cuenta á la Perlada de su espíritu cada mes, y con esto juntó otras invenciones semejantes, afirmando que estaban engañadas del demonio y con grandes ilusiones en el espíritu. Ayudó á esto un Clérigo que confesó algun tiempo á las Religiosas (aunque buen hombre, muy escrupuloso y melancólico), el cual, como fuese ignorante y de pocas letras, de todas estas cosas que la novicia le decia hacia tal concepto, que le parecia seria el mayor servicio que á Dios podia hacer negociar que á todas las llevasen á la Inquisicion. Andaba este Clérigo de unos Religiosos en otros, y no dejando hombre grave en Sevilla que no hablase con título de preguntar el caso, infamaba la virtud de la Santa Madre y de sus Monjas, y para acabar de enconar mas el negocio, vino á juntarse con cierta Religion que tenia grande emulacion con la Madre y su nueva Reformacion de los Descalzos, y dieron parte al Santo Oficio de sus imaginaciones y antojos. En fin, andaba el negocio de manera que casi todo lo más principal de Sevilla estaba con grandes preñeces, esperando que cada dia habian de llevar á las pobres Monjas á la Inquisicion.

Viniendo un dia el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios (que ya estaba en Sevilla) á visitar á la Santa Madre, vió en la calle muchos caballos y mulas, y sabiendo que eran de los Señores Inquisidores y sus Ministros (que estaban en el Monasterio para averiguar la verdad de este caso, y el Clérigo á una esquina, esperando cuándo las habian de llevar presas); dióle gran miedo y turbacion, y llegando á hablar con la Madre, hallóla tan alegre y contenta esperando si por ventura se le ofreceria alguna afrenta que padecer (que de cualquier trabajo é infamia, como ella no tuviese culpa, gustaba como si fuera la cosa mas dulce y sabrosa del mundo); pero viendo tan afligido y turbado al Padre, díjole que no tuviese pena, que Dios queria mucho la honra de sus siervas y no consentiria en ella tal mancha ni afrenta, que ya Nuestro Señor le habia dicho en la oracion que no temiese, que todo seria nada, y que los que pretendian oscurecer la verdad, no saldrian con su intento; y así fué, porque aclararon los señores Inquisidores la verdad, y dieron muy gran reprehension al Clérigo, y para certificarse mas del espíritu y manera de proceder en la Santa Madre, acudieron al P. Rodrigo Alvarez, varon muy espiritual de la Compañía de Jesus (de quien arriba hici-

mos mencion) á quien la Madre dió una relacion por escrito de su vida, y él la aprobó y mostró á los Inquisidores, y con esto cesó el alboroto, y por este medio vino á ser conocida y estimada la virtud y santidad de la Madre y sus Monjas.

Con este trabajo se juntaron otros muchos, de suerte que solia decir la Santa Madre, que despues de la Fundacion de San José de Avila, en ninguna habia padecido tanto como en la de Sevilla, porque no solamente eran los trabajos de los hombres y tales cuales habemos contado, sino que el mismo Dios, por otra parte, parece se ausentaba y escondia para que su sierva, estando falta de este arrimo, estuviese sobrada de trabajos, y para que por esperiencia probase que la fortaleza de su brazo no era suya, sino del Señor, y así confesaba ella que en estos tiempos se halló tan cobarde y de tan poco ánimo, que á sí misma no se conocia, y echaba de ver que el Señor en alguna manera habia apartado la mano de ella, para que viese que el ánimo que en semejantes ocasiones solia tener, no era suyo, sino del mismo Dios.

Habia ya ca-i cerca de un año que la Madre estaba en Sevilla, y en todo este tiempo no habia memoria de comprar casa, ni dineros para ella, ni esperanza alguna para adelante; por otra parte, los negocios de la Orden y fundaciones que tenia hechas en la Provincia de Castilla, pedian necesariamente su presencia, y ella en ninguna manera quisiera salir de allí hasta dejar las Monjas en casa propia. Acudió á Nuestro Señor y al glorioso San José, que era el ordinario refugio de sus trabajos, suplicándole le deparase alguna casa acomodada para su Monasterio. Pues como un dia estuviese haciendo oracion, respondióle Nuestro Señor: «Ya os he oido, déjame á mí.» Luego que entendió estas palabras, hizo cuenta que ya tenia casa y fué así, porque luego compró una que le costó seis mil ducados, y en este tiempo, cuando la Madre no tenia quien le fiase, ni aun conociese en Sevilla, vino un hermano suyo de las Indias, llamado Lorenzo de Cepeda, el cual ayudó mucho á la compra de la casa, é hizo grandes gastos en acomodarla, y en sustentar las Monjas por algun tiempo. Pasáronse las Religiosas de secreto á la casa nueva, y queriendo poner en ella con silencio y sin ruido el Santísimo Sacramento, pareció lo contrario á algunas personas graves, y

así concertaron con el Arzobispo se hiciese la fiesta con mucha solemnidad. El mandó aderezar las calles, juntar toda la Clerecía y algunas Cofradías, y con una muy solemne procesion, y con mucha música de voces é instrumentos trajeron de una Parroquia el Santísimo Sacramento, y púsolo el Arzobispo mismo un Domingo antes de Páscoa del Espíritu Santo, que fué á tres de Junio de mil quinientos setenta y seis.

Estando la Madre en Sevilla con aquel celo grande que tenia de las almas, trajo á la Religion un sugeto de la mayor importancia que en ella ha habido, que fué aquel gran Padre Fr. Nicolás de Jesus María, primer General de esta Orden, y piedra fundamental del espíritu de rigor y observancia que en ella florece. Llamábase en el siglo Nicolao de Oria, de la antigua y noble familia, y casa de este apellido en la ciudad de Génova. Tuvo ventura de tratar en Sevilla con la Santa Madre y ayudarle en sus negocios, y ella á su aprovechamiento, y así la Santa solia decir despues: «El se encargó de mis negocios, y yo de su alma, y dentro de un año le tenia Fraile.» Vivió este varon santísimamente, y murió habiendo acabado el oficio de General, y no habiendo querido aceptar el Arzobispado de Génova, que le ofreció el Papa Sixto V, dejando grande semilla de su espíritu y celo en su Religion.

CAPITULO XXIX.

Cómo estando la Santa Madre en Sevilla, envió á fundar el Monasterio de Caravaca, cómo el General la mandó salir de Sevilla y encerrar en un monasterio y por esta causa cesaron las fundaciones, y padeció la Orden grandes trabajos.

Antes que la Santa Madre Teresa de Jesus saliese de Sevilla, envió á fundar un Monasterio en la Villa de Caravaca, y fué por Priora y fundadora de él la Madre Ana de San Alberto, que entonces estaba en Sevilla, la cual llevó consigo del Convento de Malagon cuatro Monjas, y fundóse este Monasterio año de mil quinientos setenta y seis, víspera de la Circuncision del Señor. Fueron las fundadoras tres doncellas nobles

y principales de aquel lugar, llamadas doña Francisca de Saososa, doña Francisca de Moya y doña Francisca de Tauste. Estas señoras tuvieron noticia de la Madre, y antes que saliese de Avila á la Fundacion de Veas y Sevilla, la escribieron, pidiéndola fuese servida de fundar en aquella villa un Monasterio. No pudo por entonces la Santa corresponder á tan justa y piadosa peticion, envióles á decir que alcanzasen licencia del Consejo de Ordenes, y que alcanzada esta acudiria á su consuelo. Mientras las Fundadoras la procuraban, andaba la Santa Madre ocupada en la fundacion de Veas y de Sevilla; y no pudieron alcanzar la licencia, y entonces escribió la Madre al Rey D. Felipe II pidiéndosela, el cual, con la noticia de su Religion y del mucho fruto que hacian sus Monasterios, se la concedió luego.

No pudo la Madre salir de Sevilla para ir personalmente á hacer esta fundacion, y así se determinó de enviar primero al P. Julian de Avila y á Antonio Gaitan (que eran las dos personas que de ordinario la acompañaban y trataban sus negocios) para que viesen la tierra y se informasen de las comodidades del Monasterio, é hiciesen las escrituras y conciertos (si algunos habia de haber) con los Fundadores, y esto hecho, teniendo la Madre muy buena relacion de lo que deseaba saber, envió á fundar las Monjas que arriba dijimos.

Acabada esta Fundacion, y en la de Sevilla puesto el Santísimo Sacramento con tanta fiesta y solemnidad como arriba contamos, cuando ya parece la Santa Madre Teresa daba fin á sus trabajos, y se habian acabado las persecuciones y nublados de Sevilla, comenzaron otros mayores, que por ser mas universales, y que amenazaban mas al bien comun y quietud y paz universal de la Religion, eran mas de temer; porque el demonio, envidioso de tanto bien, no pudiendo sufrir la prosperidad y bonanza con que esta nueva planta iba caminando, y el gran fruto que por aquí se hacia en las almas, urdió (como él tiene de costumbre) mil invenciones y marañas, levantando testimonios graves á la Santa Madre Teresa de Jesus, é infamándola á ella y á los Padres Descalzos con el General de la Orden, de tal suerte, que mudó el amor y benevolencia que á la Santa Madre tenia en ódio y desabrimiento, y así lo mostró luego por la obra, enviándole á mandar saliese de Sevilla y

escogiese un Monasterio de los de Castilla, donde viviese, sin que de allí se menease mas, ni saliese á otro Monasterio ni Fundacion alguna. No le turbó á la Madre esta nueva, que como tenia tan gran pecho y confianza en Dios, de allí esperaba mas bonanza donde otros temieran mayores daños. Ella cumplió con gran presteza lo que el General le mandaba, y dejando en Sevilla por Priora á la Madre María de San José, se partió otro dia despues de puesto el Santísimo Sacramento con grande alegría, como ella cuenta en el libro de sus Fundaciones (*Fundaciones, cap. 27.*), por estas palabras: «Antes que me viniese de Sevilla de un Capitulo General que se hizo, adonde parece se habia de tener en servicio lo que se habia acrecentado la Orden, tráenme un mandamiento del Definitorio, no solo para que no fundase mas, sino para que por ninguna via saliese de la casa que eligiese para estar, que es como manera de cárcel; porque no hay Monjas que para cosas necesarias al bien de la Orden no las pueda mandar ir el Provincial de un Monasterio á otro, y lo peor era estar disgustado conmigo nuestro P. General, que era lo que á mi me daba pena harto sin causa. Con esto me dijeron otras cosas de testimonios bien graves que me levantaban. Yo os digo, Hermanas (para que veais la misericordia de Nuestro Señor, y cómo no desampara Su Magestad á quien desea servirle), que no solo no me dió pena, sino un gozo tan accidental que no cabia en mí; de manera que no me espanto de lo que hacia el Rey David, cuando iba delante del Arca del Señor, porque no quisiera yo entonces hacer otra cosa, segun el gozo, que no sabia cómo le encubrir. No sé la causa, porque en otras grandes murmuraciones y contradicciones en que me he visto, no me ha acaecido tal, mas al menos, la una cosa de estas que me dijeron, era gravísima. Que esto de fundar, si no era por el gusto del Reverendísimo General, era gran descanso para mí, y cosa que yo deseaba muchas veces acabar la vida en sosiego, aunque no pensaban en esto los que lo procuraban, sino que me hacian el mayor pesar del mundo (y otros buenos intentos ternian quizá.) Tambien algunas veces me daban contento las grandes contradicciones y dichos que en este andar á fundar ha habido, con buena intencion unos, otros con otros fines; mas tan gran alegría como de esto sentí, no me acuerdo por trabajo que me venga haberla sentido. Que yo confieso que en

otro tiempo cualquiera cosa de las tres que me vinieron juntas, fuera harto trabajo para mí. Creo fué mi gozo principal parecerme, que pues las criaturas me pagaban así, que tenía contento al Criador; porque tengo entendido que el que le tomare por cosas de la tierra y dichos de alabanzas de los hombres, está muy engañado, dejado de la poca ganancia que en esto hay; una cosa les parece hoy, otra mañana; de lo que una vez dicen bien tornarán presto á decir mal. Bendito seais vos, Dios y Señor mio, que sois inmutable por siempre jamás. Amen. Quien os sirviere hasta la fin, vivirá sin fin en vuestra eternidad.»

Partióse la Santa Madre de Sevilla para Toledo, escogiendo aquel Monasterio por cárcel, como el General se lo había mandado. Fueron tan grandes las persecuciones que se levantaron así contra la Santa Madre y sus Monjas como contra los Frailes Descalzos, que casi estuvo la Orden en extremo de perderse y deshacerse todo lo hecho, si el Señor no proveyera volviendo por la justicia, apoyando la virtud y sacando á luz la verdad. Juntáronse muchas cosas, que todas parece las habia trabado el demonio, y puesto como en escuadron para acometer á una, y dar tan de golpe en la Religion, que la acabase y arruinase del todo; porque por una parte el General, que era la cabeza, y á cuya sombra y favor se habia hasta entonces fundado la nueva Reformation (pareciéndole á él iba acertado), se mudó en el declarado enemigo y contrario á los Descalzos, que esto bastara para que no estando de por medio la divina Providencia los asolase á todos.

Faltó en este tiempo el Nuncio Hormaneto, que en el tiempo que gobernó fué muy propicio y favorable á la Religion, y hacia espaldas á las contradicciones que los Padres Calzados (que tan opuestos estaban á la nueva Reformation, á su parecer con bueno y santo celo) levantaban cada momento. Por muerte del Nuncio Hormaneto sucedió en su oficio (aunque no en la afición que tenía á la Religion) el Nuncio Segá, el cual no parece sino que Dios le habia tomado por instrumento para ejercitar la paciencia y santidad, así de la Madre como de aquellos primeros Padres Fundadores y columnas de la nueva Reformation. Venia desde Roma con siniestra informacion de la verdad, y así por esto como por ser grande amigo del General, traia gran deseo de deshacer y aniquilar esta nueva Re-

formacion de Descalzos. Y así comenzó á ponerlo por obra con grandísimo rigor, desterrando á unos, encarcelando á otros, sentenciando y condenándolos generalmente á todos como si fuera gente de alguna nueva secta de errores, ó de tan mala vida, que fuese necesario atajarles los pasos para que no destruyesen é inficionasen el mundo. Los que tenian emulacion con la Religion, que eran ciertos Religiosos, viendo en el Nuncio tan buena disposicion para todo lo que ellos deseaban, juntaban procesos, acumulaban calumnias sobre la Santa Madre, y sobre los pobres Frailes inocentes de todo mal. Quitó luego el oficio de Visitador Apostólico que tenia al P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, y nombró al P. Fr. Angel de Salazar, Provincial que habia sido de los Padres del paño (Carmelitas Descalzos), para que fuese Visitador y Perlado de los Descalzos y Descalzas, estando siempre con determinacion de acabar y destruir todos los Monasterios, especialmente los de los Frailes.

A la Santa Madre tambien le alcanzó gran parte de estos trabajos, si ya no fueron los mayores, porque á ella la miraban como á malhechora (como ellos decian) y autora de tantos daños. Y así el Nuncio con la poca satisfaccion que tenia de ella, y las siniestras informaciones de los contrarios, la mandó que no saliese de un Monasterio, llamándola femina inquieta y andariega, y que por holgarse andaba en devaneos, so color de Religion. Ella se encerró en su Monasterio en Toledo, y estuvo allí mas de tres años, mientras andaban las olas de las contradicciones, que eran tan grandes, que parecia se habian de tragar á ella y á toda su Religion, y en todo este tiempo no se hizo Fundacion, ni se trató de otra cosa mas que de padecer y sufrir tan terribles golpes, comò el Nuncio y los demás contrarios les daban. ¿Qué haria entonces la bienaventurada Madre? ¿Qué sentiria de ver tales trabajos y persecuciones en sus hijos é hijas? Hacia cuenta que por ella se habia levantado aquella tempestad, y que si á ella le echasen en el mar como á otro Jonás, cesaria, bien se holgara que todas estas persecuciones descargaran sobre ella sola, y que no padecieran aquellos Padres sin culpa. Con esto padecia ella por todos, y aunque sabia que decian de sí cosas muy graves, no las sentia tanto como la afliccion de sus hijos, y las cárceles y trabajos que padecian. Hacia qué hubiese en todos los Monasterios continua

oracion, ayunos y disciplinas, y así Frailes como Monjas levantaban todos los ojos al Cielo, de donde solo esperaban el remedio. Procuraba la Madre favor de los grandes del Reino y de los Religiosos de mas autoridad de él. Escribia al Rey Filipo cartas en favor de sus Frailes con palabras tan eficaces, que le movieron mas que ninguno de los otros medios que para este fin se pusieron. Esperaba de la mano de Dios con gran paciencia todo lo que viniese, y aunque veia que á un suceso malo se seguia otro peor, y cuando parecia que se acababa y deshacia todo lo hecho, entonces tenia ella mas firme la confianza en Dios.

En este tiempo me hallé yo presente con la bienaventurada Madre en Toledo, y estando un dia el P. Mariano con ella, recibieron unas cartas del P. Er. Gerónimo de la Madre de Dios, casi desesperadas de todo buen suceso en sus negocios. Perdió con ellas el P. Mariano los estribos de la confianza, y los perdiera cualquiera que no estuviera tan puesto en ellos, como lo estaba la Santa Madre, porque los Frailes eran cuatro ó cinco, y esos pobres, conocidos de pocos, y desfavorecidos y perseguidos de muchos, y sin arrimo ni autoridad; la Madre, que era la fundadora, arrinconada y maltratada de palabras que de ella decian, pero cuando todos estábamos mas desanimados, y teníamos mas cerradas las puertas de la esperanza, ella estaba con mas serenidad y confianza, como suele acontecer en una grave tempestad, donde con la furia de los vientos y oscuridad de la noche, perdiendo el tiento los marineros, pierden tambien la esperanza, si acaso alguno al amanecer se sube en el árbol y descubre de lejos el puerto, cesa la pena con la buena nueva de la esperada seguridad y bonanza, y así parece que aquella alma santa se subió sobre todas las tempestades y nublados, y con los resplandores del Cielo que la alumbraban, vió que no estaba muy lejos el puerto y fin de tan peligrosa y terrible tormenta, y luego nos dijo: «Trabajo hemos de padecer, pero no se desharrá la Religion», porque como yo supe despues, estando ella pensando si querian deshacer esta nueva Reformacion de los Descalzos, le respondió Nuestro Señor: «Algunos querian eso, pero no será así, sino todo lo contrario.» Y así yo, de allí adelante, aunque ví la Orden en grandes aprietos, jamás perdí la confianza, ni temí mal suceso, teniendo por cierto desde aquel punto que habia de suceder todo como

decia la Santa, como despues por esperiencia se vió, convirtiéndose todas aquellas tempestades en bonanza, porque el Rey D. Felipe II, que siempre fué Padre de la verdad y justicia, y amparador de la Reformation y virtud, entró de por medio é informó al nuncio de lo que él sabia, porque se habia certificado del Visitador F. Pedro Fernandez, de la gran perfeccion que habia en esta Santa Religion, y como todas aquellas contradicciones eran claras envidias, y manifiestos engaños, y pasiones nacidas de pechos enconados, y cobró tan grande estima y afición á los Frailes Descalzos, que de allí adelante (como yo soy buen testigo) fué perpétuo patron y favorecedor de esta nueva Reformation, y el que ayudó para que llegase á tan buen punto como hoy tiene; pero aunque el Rey y otros Obispos de España informaron al Nuncio de la verdad, él estaba tan casado con su parecer, que no bastaron para mudarle de su intento, si el Rey no diera traza para que con cuatro acompañados viese y sentenciase todos los negocios de Frailes Descalzos. Con esto se fué mitigando la ira del Nuncio y aclarando la verdad, y fué la Religion levantando cabeza, que habia estado casi por espacio de cuatro años debajo de los pies de estas y de otras graves persecuciones, y fué creciendo como ahora la vemos, y la Santa Madre prosiguió con sus fundaciones, como se dirá en los Capítulos siguientes.

En este tiempo que la Santa estaba en Toledo, mudaron al Obispo D. Alvaro de Mendoza (á quien el primer Monasterio de Ávila habia dado la obediencia) al Obispado de Palencia. Dióle á la Santa Madre mucho cuidado ver aquel Monasterio que estaba dividido de los demás sujetos á Prelados que no fuesen de la Orden, y estando un dia en oracion, le dijo Nuestro Señor que procurase que las Monjas de San José diesen la obediencia á la Orden, porque á no ser esto, presto se relajaria la Religion de aquella casa. Ella lo trató con el Obispo antes que saliese del Obispado, y con las Monjas, y con beneplácito de ambas partes, dieron la obediencia á la Orden, habiendo estado debajo de la obediencia del Obispo por espacio de diez y siete años.

CAPITULO XXX.

Cómo la Santa Madre por mandado de Nuestro Señor fundó el Monasterio de Villanueva de la Xara, y cómo le apareció en el camino la bienaventurada Madre Catalina de Cardona, y de otros grandes milagros que el Señor obró en esta casa por intercesion de la Santa.

Luego que llegó la Santa Madre á Toledo, que fué en el mes de Junio del año de mil quinientos setenta y seis, la vinieron cartas del Regimiento de Villanueva de la Xara (que es un lugar que está en la Mancha, en el Reino de Toledo), donde estaban en una Ermita recogidas nueve mujeres, que vivian con mucha perfeccion y santidad; tuvieron estas siervas de Dios noticia de la Santa Madre por relacion de los Religiosos Descalzos Carmelitas, que habian fundado un Convento en un desierto, riberas del rio Júcar, en término de un lugar que se llama la Roda, que está cuatro leguas de Villanueva de la Xara, y como ácudian allí á predicar, dieron nueva á estas buenas mujeres de los Monasterios que fundaba la Santa, y de la perfeccion con que en ellos se vivia. Estaban todas con deseos de vivir debajo de obediencia, y profesar la regla é instituto que la Santa y sus Monjas guardaban. Los del Pueblo, que estaban muy edificados de su buena vida y costumbres, procuraron luego ayudar á sus piadosos deseos, y así, en nombre del Regimiento y del Cura del lugar (llamado el Doctor Hervias, hombre muy grave y docto), enviaron un Clérigo con cartas á la Madre, pidiéndole fundase allí un Monasterio. Llegó este mensajero á tiempo que las cosas de la Orden estaban tan revueltas, que habia mas fundamento para temer se quitasen los ya hechos, que esperanza ni camino de fundar otros de nuevo; y así los despidió la Santa, diciéndoles no tenia entonces órden para acudir á su consuelo.

A cabo de cuatro años, que fué el año de mil quinientos ochenta, estando ya las cosas de la Religion en sosiego y quietud, volvieron de nuevo de parte de aquellas siervas de Dios á hacer instancias sobre la misma fundacion, y para obligar mas á la Madre, vino el Prior de los Descalzos del Convento de

Nuestra Señora del Socorro (llamado por otro nombre la Roda, que era Fr. Gabriel de la Asuncion, Religioso de gran virtud y espíritu) á San José de Malagon, adonde estaba ella entonces con gran deseo de favorecer esta causa, y de persuadirle que admitiese aquella fundacion; la Santa estaba de muy contraria opinion, y se le ofrecian graves razones é inconvenientes, pareciéndole que por ventura aquellas buenas mujeres, como gente hecha á su propia voluntad y ejercicio, se acomodarian mal á los de la Religion y obediencia (cosa que ordinariamente se experimenta en personas semejantes), porque como tienen ya canonizadas sus costumbres y modo, y tomada por regla de su vida su propia voluntad, luego se vuelven á su corriente, y se van por la misma madre, que es la madrastra de su aprovechamiento, y así tarde se amoldan con la obediencia y voluntad ajena, las que están tan casadas con la propia. Temia esto la Santa, y juntamente el ser tantas y poderse hacer todas á una, y con el tiempo banderizar despues el Monasterio, y tambien se le ponía delante la gran pobreza que tenían, y las pocas esperanzas de tener mas por ser el lugar pequeño y no muy rico, y haber en él otros Conventos.

Estas razones la hacian fuerza y movian á no aceptar esta fundacion, aunque por otra parte no se acababa de determinar á despedirla del todo. Hizo hartas diligencias para no ir, y para que el Visitador (que entonces era el P. Fr. Angel de Salazar) no se lo mandase (*Fundacion de Villanueva*); pero aprovechó poco, porque las oraciones de aquellas devotas mujeres habian alcanzado ya el sí de Nuestro Señor, como la misma Santa Madre Teresa lo cuenta por estas palabras: «Acabando de comulgar y estándolo encomendando á Dios, temiendo si estorbaba algun aprovechamiento de algunas almas, que siempre mi deseo es de ser algun medio para que se alabase Nuestro Señor y hubiese mas quien le sirviese, me hizo Su Magestad una reprehension bien grande, diciéndome: Que con qué tesoro se habia hecho hasta aquí; que no dudase de admitir esta casa, que seria para mucho servicio suyo y aprovechamiento de las almas. «Como son tan poderosas estas palabras de Dios, que no solo las entiende el entendimiento, sino que le alumbra para entender la verdad, y dispone la voluntad para querer obrarlo, así me acaeció á mí, que no solo gusté de admitirlo, sino que me pareció habia sido culpa tanto de detener-

me y estar tan asida á razones humanas, pues tan sobre razon he visto lo que Su Magestad ha obrado por esta Sagrada Religion.» (*Fundaciones cap. 28.*)

Luego se determinó (aunque estaba harto agravada de sus enfermedades) de ir personalmente á cumplir la voluntad del Señor. Dió cuenta de todo á su Perlado, el cual no solo le dió licencia, sino que le mandó con un precepto se hallase presente en aquella fundacion, y llevase las Monjas que mejor le pareciese. Fueron en su compañía el P. Fr. Antonio de Jesus y el P. Fr. Gabriel de la Asuncion, y salieron de Malagon á trece de Febrero del año de mil quinientos ochenta. Y aunque estaba tan enferma que le parecia no estaba para ponerse en camino, luego en el primer dia que caminó cobró milagrosamente la salud; como ella escribe tratando de esta fundacion en el mismo capítulo veinte y ocho, que por ser palabras que animan mucho nuestra flaqueza para servir mas á Nuestro Señor, me pareció ponerlas aquí: «Partimos (dice) de Malagon, y parecíame nunca habia tenido mal; que yo me espantaba y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca disposicion, cuando entendemos se sirve el Señor por contradiccion que se nos ponga delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes y de los enfermos sanos, y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos á nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud, sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Creedme, hermanas, que jamás os irá mal en ir por aquí. Yo confieso que mi ruindad y flaqueza muchas veces me ha hecho temer y dudar; mas no me acuerdo despues que el Señor me dió hábito de Descalza, ni algunos años antes, que no me hiciese merced (por sola su misericordia) de vencer estas tentaciones, y arrojarme á lo que entendia era mas servicio suyo, por dificultoso que fuese. Bien claro entiendo era poco lo que hacia de mi parte, mas no quiere mas Dios desta determinacion para hacerlo todo de la suya. Sea por siempre bendito y alabado. Amen.

Por todos los lugares por donde pasaba era tanta la gente que acudia á verla, que los que la acompañaban no se podian defender, particularmente en uno llamado Villarrobledo, donde la Santa fué hospedada en casa de una buena mujer, y cargó tanta muchedumbre de hombres y de mujeres que acu-

dieron á ver la Madre, que fué necesario poner dos alguaciles á la puerta para que la dejasen comer; y aun esto no era remedio bastante, porque se subian y entraban por las paredes de los corrales; y así fué tan grande el concurso á la salida del pueblo, que en la mayor fiesta y procesion del año no podia ser mayor. Llegaron á otro pueblo, donde le sucedió lo mismo, y fué necesario partirse tres horas antes del dia, temiendo mas el alboroto y bullicio de la gente, que la oscuridad y frio de la noche. Así corria la fama de un lugar á otro, llegando antes que el carro ó coche en que la Santa Madre iba, y procuraban algunos bienhechores aderezarles la comida y posada; particularmente un labrador rico y devoto de la Orden, sabiendo que la Santa habia de pasar por su lugar, compuso su casa, aparejó muy buena comida, juntó toda su familia (que la tenia muy grande), haciendo venir á todos sus yernos de otros lugares donde eran moradores, y recogió tambien en su casa todo su ganado para que la Madre les echase á todos la bendicion, así á los hombres como al ganado. Cuando la Madre llegó al pueblo, no quiso ni pudo detenerse, y así el devoto labrador salió con toda su gente fuera del pueblo, para alcanzar allí la bendicion que habia deseado en su casa. La Santa se movió á devocion, y encomendándolos á Dios, pasó adelante, y llegó en compañía de los Padres al Monasterio de Nuestra Señora del Socorro, y antes que entrase en el Convento salieron todos los Frailes á recibirla, que la causaron grande devocion y ternura, como ella escribe (*Fundaciones*, cap. 28.): «Parecióme estar en aquel florido tiempo de nuestros Santos Padres; los Religiosos en aquel campo, con sus capas pobres de sayal y descalzos, parecian unas flores blancas y olorosas; y ansí creo yo lo son á Dios, porque á mi parecer es allí muy servido á las veras. Entraron á la iglesia con un *Te Deum* y voces muy mortificadas. La entrada della es debajo de tierra como por una cueva, que representaba la de nuestro P. Elías; cierto yo iba con tanto gozo interior, que diera por bien empleado mas largo camino.» Todas estas son palabras de la Santa Madre, la cual se regaló y enterneció grandemente con la vista de este Monasterio, y mucho mas con la memoria de la gran santidad y penitencia de la bienaventurada Madre doña Catalina de Cardona, que fué de la nobilísima casa de los Duques de Cardona, criada y estimada

en Palacio, y dejando el bullicio de la Corte (como otro Arsenio), por revelacion particular de Dios, se fué á un desierto, donde dejando atrás las grandes penitencias y rigores de los Antonios, Macarios y otros Padres del yermo, vivió muchos años en aquel desierto en hábito de Fraile Carmelita, y por revelacion divina fundó aquella casa y Monasterio; y despues de tan áspera vida, tuvo dichosa muerte en aquel yermo, y estaba enterrada en el Monasterio que ella habia fundado. De esta Santa se podia hacer un gran libro; escribe parte de su vida la misma Madre en sus Fundaciones capítulo veintiocho, que es un testimonio y aprobacion muy bastante para hacer estima de su grande santidad; yo solo diré, como llegando aquí, la Santa estaba considerando la gran penitencia que allí habia hecho la Madre Cardona, y confundíase, pareciéndole que siendo mayores sus pecados, habia sido menor el castigo que habia tomado de ellos; informóse allí de su vida, y con la mucha noticia que antes tenia de ella, la escribió. Teníala en gran estima y devocion á esta Santa, y así ella se lo quiso pagar, apareciéndole allí en su Iglesia, y ofreciéndole su ayuda, como la misma Madre escribe por estas palabras: «Acabando de comulgar un dia en aquella Santa Iglesia me dió un recogimiento muy grande, con una suspension, que me enagenó; en ella se me representó esta santa mujer (por vision intelectual) como cuerpo glorificado, y algunos Angeles con ella, díjome: «Que no me cansase, sino que procurase ir adelante en estas fundaciones;» entiendo yo (aunque no lo señalé) que ella me ayudaba delante de Dios. Tambien me dijo otra cosa, que no hay para qué la escribir. Yo quedé harto consolada y con deseo de trabajar, y espero en la bondad del Señor, que con tan buena ayuda como estas oraciones, podré servirle en algo.»

Muy consolada quedó la Santa con haber visto la religion de aquel santo desierto (que sus paredes publican la perfeccion de sus hijos), y con esta vision, por haber visto en su vida á la que tanto habia conocido antes por su fama, y amaba tiernamente por sus grandes virtudes, se partió luego á Villanueva de la Xara, á donde llegaron primer domingo de Cuaresma, que fué á 21 de Febrero, año de 1580. Un poco antes que llegase al pueblo, repicaron las campanas, salió el Cura y todo el Ayuntamiento á recibirla, con toda la demás gente del pueblo,

que estaba en grande manera regocijado con el nuevo Monasterio. En llegando al carro donde la Santa Madre venia, se arrodillaron todos; llevaron á las Monjas á la Iglesia principal del pueblo, donde salió toda la Clerecia á recibirla, cantando el *Te Deum*. Despues de haber hecho oracion, tomaron el Santísimo Sacramento, que le tenian ya puesto en unas andas, y las cruces y pendones y otras insignias de devocion, é hicieron una procesion muy solemne como el dia del Corpus Christi, con muchos altares por las calles, cantando muchos villancicos á propósito de la venida tan deseada de las Religiosas. Llegaron á la Ermita de Santa Ana, donde se habia de fundar el Monasterio; iba en medio de la procesion, junto al Santísimo Sacramento, la Santa Madre y sus Monjas, con sus capas blancas y los velos delante del rostro, y junto á ellas muchos Frailes Descalzos (que habian venido para esta fiesta) de Nuestra Señora del Socorro. Llegaron á la Ermita, y pusieron el Santísimo Sacramento con grande solemnidad, y tomaron la posesion del nuevo Monasterio, quedándose con el nombre de Santa Ana, que antes tenia. Estaban todas aquellas siervás de Dios á la puerta de adentro, esperando tan buen dia, y recibieron á la Santa Madre y á sus Monjas con muchas lágrimas de alegría y de contento.

Luego les dieron á todas nueve el hábito, y asentóseles tambien la Religion y observancia de ella, que la Santa Madre y sus compañeras se admiraban, y daban muchas gracias á Dios, y cuanto mas las trataban, mas blandas las hallaban para las cosas de la Religion. Hallóse consoladísima la bienaventurada Madre con tales compañeras, y solia decir que por grandes trabajos que pasara, los diera por bien empleados, á trueco de haber consolado estas almas. Y tenia por mayor tesoro haber encontrado con almas tan santas, que si tuviera grandes rentas; porque eran gente de virtudes sólidas y macizas, hechas á la penitencia, al trabajo de manos con que se habian sustentado por espacio de seis años, dadas á la oracion, amigas del encerramiento, porque lo guardaban como si fueran Monjas y bien ejercitadas en la mortificacion; de suerte que el hábito y ejercicios de la Religion, se les asentó tan bien, como esmalte sobre oro.

CAPITULO XXXI.

Prosigue la fundacion de Villanueva de la Xara, y cuéntanse algunos milagros que han sucedido en esta casa.

Estuvo la Santa Madre en esta fundacion por espacio de dos meses, que era el tiempo para que le habia dado licencia su Perlado, y habiendo acomodado la casa, dejando por Priora de ella á la Madre María de los Mártires, se partió para Valladolid (como diremos en el capítulo siguiente). Quedaron las Monjas muy contentas de verse con el hábito; pero muy necesitadas y pobres, tanto, que al tiempo de la Profesion de las nueve novicias, considerando la Priora la gran pobreza de aquella casa y el grande aprieto en que se ponía en dar la Profesion á nueve Monjas sin dote, comenzó á dudar si seria acertado admitirlas todas á la Profesion, viendo la necesidad evidente en que se ponía. Escribió á la Santa Madre, significándole el estado de aquella casa, y pidiéndole el órden de lo que habia de hacer, porque ella no lo hallaba para remediar aquella necesidad. Respondióle la Santa que les diese luego la Profesion á todas, y que no dudasen, sino que tuviesen mucha confianza en Nuestro Señor, en cuyo nombre y por quien les aseguraba y daba palabra, que si eran las que debían, jamás les faltaria nada. Leyó la carta la Priora en comunidad, y quedaron todas tan contentas como si ya vieran cumplido con los ojos lo que leían en la carta. Y así se aparejaron luego para la Profesion, y la recibieron todas con gran contento y confianza en el Señor. Y desde aquel dia en adelante confirmó Dios la palabra que habia dado por boca de su sierva, con milagros claros y manifiestos que despues se vieron en aquella casa, de los cuales tengo yo há muchos años entera noticia y certidumbre, y son notorios á todas las Monjas que entonces estaban en aquel Monasterio, y casi todas lo testifican en la informacion de la Canonizacion de la Santa Madre.

Uno de ellos fué, que como al primer año de la fundacion, que era el de mil quinientos ochenta, habia precedido el de setenta y nueve (que en aquella tierra habia sido esterilísimo),

el lugar estaba notablemente pobre y necesitado. Tenian entonces las Monjas para provision de su año un escriño de harina, en el cual habria sobre seis hanegas, sin tener dineros para comprar mas, ni remedio alguno para juntar algo del mucho trigo que les faltaba; porque aunque la Perlada hizo mucha diligencia, pidiendo limesna y poniendo otros medios humanos, despues de su mucha solicitud, pudo llegar hasta dos reales. Viendo cuán poco aprovechaba su trabajo, acordándose de lo que la Santa Madre les habia ofrecido de parte del Señor, puso su confianza en Dios, y comenzó á gastar de la harina que en casa tenia, de la cual comian entre Monjas y demandadera y otras personas, hasta diez y seis ó diez y siete; y fué el Señor servido, que la harina fuese como la de la Viuda de Elfas, que no se disminuyese ni faltase hasta que Dios dió abundancia de trigo nuevo, que seria por espacio de seis meses, y para lo que, segun el gasto ordinario, apenas bastaran sesenta hanegas de trigo, lo suplió y abasteció Dios con seis hanegas de harina.

Acabada la necesidad del trigo, púsolas el Señor para mayor demostracion de su gloria y providencia, en otra nueva, y por ventura mayor que la pasada, y fué que luego el Setiembre del mismo año sucedió aquella enfermedad universal del catarro, y así por estar toda la gente enferma, y ser el lugar pobre y necesitado, y no venderse la labor de manos que las Monjas hacian, y estar tambien muchas de ellas enfermas para hacerla, vino el Monasterio á cargarse de enfermas y de necesidades. La Priora, que en el pueblo no hallaba remedio, escribió á una persona eclesiástica, rica y poderosa, representándole su grave necesidad y pobreza, y quiso el Señor que jamás le respondiese cosa alguna, y así se vieron destituidas de todo favor humano, y lo que mas era, cerradas las puertas para buscarle; pero el Señor fué servido de proveerlas de las suyas adentro, por el medio que ahora diré. Habia en el Convento un peral solo, y no muy grande, y en este les libró el Señor su comida y sustento; porque cargó de tal manera de peras, que cogian cada dia todas las que eran necesarias para la comunidad, de las cuales comian unas veces cocidas, otras asadas, y cogian cargas para vender en el lugar, y con el dinero que sacaban de las peras, compraban todo lo necesario para el Convento; y era tanta la abundancia, que acudien muchas

personas del pueblo de ordinario por peras para los enfermos y á todos daban. Perseveró el peral en dar abundante fruto por espacio de mas de dos meses, y con disfrutarle cada dia con tan grande exceso, parecia que no se tocaba á él. Este fué el árbol de la vida, con cuyo fruto se curaban las enfermas, remediaba el Monasterio sus necesidades y las de los enfermos, y honraba el Señor su palabra, que en su nombre habia dado la bienaventurada Madre Teresa á sus siervas. Y casi lo mismo se vió en siete manzanitos (que comunmente llamamos enanos) que por espacio de tres meses les duró coger cada dia dos arrobas para vender, sin las que reservaban para las Religiosas y para los enfermos del lugar.

No es de menos admiración que los pasados, otra milagrosa providencia de que el Señor usó en aquel Monasterio, en el cual, como eran tan ordinarias las necesidades, lo era tambien el mostrar el Señor maravillosamente el cuidado que tenia de las que todo su negocio habian puesto en servirle. Faltábales el dinero, que no tenian un real, ni sabian de dónde sacarlo. Estaba la Provisora algo afligida, y acaso estando pensativa comenzó á escavar en el cimientto de un corral de la casa, y halló sesenta reales, donde no se podia esperar que persona humana los hubiese puesto; porque las que hasta allí habian vivido en la casa, habian sido tan pobres, que para su comida no alcanzaban. Guardólos, y comenzó á gastar de ellos; multiplicó el Señor de tal suerte aquel dinero, que en mas de un año se proveyó el Monasterio de todo lo necesario, no mas de con echar mano la Provisora á la faltriguera, donde parece que tenia una mina de reales acuñados, sin que en todo este tiempo le faltase.

En otras ocasiones les acudió Nuestro Señor á sus necesidades; por otros medios muy semejantes á los pasados, como se verá por el ejemplo que ahora diré. Cuando se hizo la procesion desde la iglesia parroquial de Villanueva, para el nuevo Monasterio que se habia de fundar, venia la Santa Madre detrás del Santísimo Sacramento, que llevaban para poner en el nuevo Monasterio, y una Monja de las que venian en su campaña muy sierva de Dios (que por ser viva no digo quién era), vió un niño Jesus que hablaba con la Santa Madre, muy parecido á uno que le dió el P. Fr. Gabriel de la Asuncion, Prior del Convento de la Roda; contó lo que habia visto

á la Madre, y ella le mandó no lo dijese á nadie, pero que cuando hubiese menester alguna cosa, acudiese á aquel Niño que á ella le habian dado, y con esta fé y palabra, mucho tiempo que fué portera y sacristana esta Religiosa, pedia al Niño les socorriese en sus necesidades, y segun era la calidad y materia de ellas, luego hallaba á donde quiera que le daba el ánimo, que estaba lo que habia menester; y vez hubo, que halló trescientos reales en parte donde jamás tal imaginara, de donde vino, que llamaban al Niño el Fundador, y con muy justo título, pues él era el que con tanto cuidado les proveia de todo lo necesario.

No solo les acudia el Señor en unas necesidades tan precisas y graves, como habemos dicho, sino tambien aun en otras mucho menores, como se verá por el caso que ahora diré, que no es menos de notar que los pasados. Como una vez en el Monasterio faltasen las ollas en que aderezar la comida, y no hubiese en el lugar de dónde poderlas comprar, vió la cocinera cuatro pedazos de una olla que se habia quebrado, y considerando que no tenia otro remedio, acordó de fregarlos, y juntólos lo mejor que pudo, y con grande confianza en Dios, puso en ellos la comida que habia de guisar para la Comunidad. Hizo la olla su oficio como si fuera de hierro, ó del todo estuviera sana, y despues de comer, la volvió á fregar la cocinera cada pedazo de por sí, y los juntaba de nuevo cada vez que queria poner la olla, y perseveró en hacer esto mismo por espacio de un mes, hasta que hubo ocasion de comprar nuevas ollas. En estas y en otras muchas ocasiones resplandeció milagrosamente en esta santa casa la providencia del Señor. Y siempre que experimentaban estos y otros semejantes acaecimientos, se acordaban de la carta que la Santa les habia escrito, y echaban claramente de ver que eran mercedes que el Señor hacia á aquella casa, por la intercesion y ruegos de su sierva, y en confirmacion de la promesa y palabra que ella, en nombre del Señor, les habia dado.

Han sucedido en este Monasterio otros grandes milagros y maravillas, que por no tocar á la Santa Madre dejo de referirlas, porque ha habido en él Monjas de señalada virtud y perfeccion, y tales, que han hecho milagros. El ejercicio comun de todas, despues del tiempo de oracion, ha sido hilar continuamente á la rueca, y esta ha sido su renta con que han vivido

por muchos años, y de solo el trabajo de sus manos han hecho dos cuartos en aquel Convento, de los mejores de la Orden, y una cerca muy buena, y el edificio es de manera, que pasando por allí personas discretas, sabiendo su pobreza y flacos principios, y que se han sustentado á hilar, y proveido su sacristía de ornamentos, sus dormitorios y enfermería de ropa, y las demás oficinas de suficientes alhajas, no saben qué decir, sino que ó es encantamiento, ó que fingen la pobreza que dicen.

CAPITULO XXXII.

Cómo la Santa Madre fundó por espreso mandamiento de Dios el Monasterio de San José de Palencia.

De Villanueva de la Xara vino la Santa Madre á Valladolid, porque D. Alvaro de Mendoza, Obispo que habia sido de Avila, fué promovido para Palencia, y como el que amaba y reverenciaba tanto las cosas de la Santa, y sabia por esperiencia la virtud y religion que habia en sus Monasterios, por haber sido Perlado muchos años del que se hizo en Avila, deseó fundar otro en la cabeza de su Obispado, que era Palencia, y á petición suya el Visitador, que era el P. Fr. Angel de Salazar, hizo venir á la bienaventurada Madre de Villanueva de la Xara á Valladolid, para que tratase de las comodidades y asiento de este Monasterio.

En llegando á Valladolid le dió á la Madre una grave enfermedad, de que entendieron todos no escaparia; mejoróse de ella, y comenzando á tratar de su fundacion, tomando lengua de la ciudad, de la devocion y posibilidad de la gente, como ella tenia siempre puestos los ojos en que sus Monasterios viviesen de limosna, no le parecia era pueblo donde pudiesen vivir sus Monjas sin renta, y así reparaba y rehusaba mucho aceptar aquella fundacion. Consultó el caso con un Padre de la Compañía, que era su Confesor, con el cual trató tambien si seria bien ir á fundar á Búrgos, y aunque á él le parecian bien estas fundaciones, todavía la Madre no se acababa de determinar del todo. Y así, estando un dia despues de haber comulgado encomendando este negocio al Señor, y pi-

diéndole luz para acertar á hacer en esto su santísima voluntad, le respondió Su Magestad, como reprehendiéndola, y la dijo: «¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mesmo que he sido soy; no dejes de hacer estas fundaciones.»

Con estas palabras quedó con tan grande ánimo y determinacion, que aunque le decian no era posible sustentarse el Monasterio sin renta, y aunque todo el mundo se le pusiera delante, no bastara para impedir ó entibiar su resolucion, porque confiada en el poder de aquel que le mandaba fundar, no habia cosa que bastase á hacerle contradiccion que ella temiese; y así, aun no bien convalecida de su enfermedad, salió de Valladolid dia de los Inocentes del año de mil quinientos ochenta, habiendo prevenido primero por cartas al Canónigo Reinoso, que era una persona muy principal y muy cristiana de aquel lugar, para que con mucho secreto les tuviese alquilada una casa; él hizo lo que la Madre le encargaba, y la acomodó muy bien para cuando la Santa llegase con sus Monjas. Llegó ella bien fatigada del camino, y otro dia en amaneciendo, se tomó la posesion y puso el Santísimo Sacramento; llamóse el Monasterio de San José. Avisó luego al Obispo don Alvaro de Mendoza, el cual vino con grande contento y alegría, y le proveyó de muchas cosas de que tenian necesidad para acomodar su casa, y les ofreció dar el pan que fuese necesario para el sustento del Monasterio. Tambien les favoreció mucho Suero de Vega, hijo de Juan de Vega, Presidente de Castilla, y su mujer doña Elvira Manrique, hija del Conde de Osorno, los cuales, por su grande cristiandad y virtud, eran llamados Padres de los pobres, y lo fueron desde entonces de la Religion, haciéndole obras de tales, ayudando así á las Religiosas como á los Religiosos con su favor y limosnas.

La Santa Madre luego comenzó á tratar de buscar casa propia donde se hiciese y edificase el Monasterio. Al Obispo le pareció que seria muy á propósito una Iglesia que habia en la ciudad de mucha devocion, llamada Nuestra Señora de la Calle; porque aunque no tenia casa propia, habia dos junto á ella que se podian unir y hacer una bastante para Monasterio. De la Iglesia hizo donacion luego el Obispo y Cabildo; las casas queríanlas vender los dueños en precios muy subidos, y los que trataban de la compra en nombre de la Santa, parecióles mu-

dar y buscar otras mas baratas, y así, habiendo dejado las primeras, trataban de comprar unas casas principales y buenas. La Santa Madre tenia no sé qué espina en el corazon, que aunque no contradecia el dejar aquella Iglesia de Nuestra Señora, que les habian ya dado, no se le acababa de asentar el buscar otro sitio para su Monasterio, é inquietábala este cuidado de manera, que casi no la dejaba estar atenta á la Misa. Fué á recibir el Santísimo Sacramento como ella lo hacia cada dia, y en recibiéndole entendió esta palabra: «Esta te conviene,» y decíalo Nuestro Señor por la Iglesia de Nuestra Señora y las casas que estaban juntas con ella. Turbóse algo con estas palabras, porque le parecia cosa récia haber de deshacer el concierto que ya tenian asentado de la otra casa los compradores, que eran dos Canónigos principales, que en nombre de la Madre, y por devocion suya, solicitaban este negocio; y entonces le volvió Nuestro Señor á decir: «No entienden ellos lo mucho que yo soy ofendido allí, y esto será gran remedio;» dijo esto el Señor porque á aquella Iglesia de Nuestra Señora concurría mucha gente de toda la comarca, y velaban allí algunas noches, donde se hacian graves ofensas á Su Magestad. Estaba la Santa dudosa de esta habla, y aun no se aseguraba si era de Dios, cuando el mismo Señor le volvió á decir: «Yo soy;» con que quedó sosegada y certificada de lo que habia entendido. Confesóse luego con el Canónigo Reinoso, que era uno de los que compraban la casa, y dióle cuenta de lo que habia pasado. Y así por esta causa, como porque el vendedor de la casa volvió á pedir de nuevo mas precio de lo que se habia concertado, se deshizo la venta, y se concertó la de las casas que estaban junto á la Iglesia; y habiéndolas acomodado lo mejor que se pudo, trató el Obispo que la Santa y las Monjas se pasasen á su casa é Iglesia, lo cual se hizo con mucha solemnidad, porque el Obispo hizo juntar el Cabildo y las Ordenes y Ciudad, y con mucha música, y con una Procesion muy solemne, se pasaron las Monjas, las cuales iban todas cubiertas con sus velos delante del rostro, y púsose el Santísimo Sacramento con gran devocion y alegría de todo el pueblo, y porque antes el Monasterio se llamaba de San José, juntó los dos nombres la Santa Madre, é hizo que se llamase de allí adelante San José de Nuestra Señora de la Calle.

Estando la Santa Madre en esta fundacion de Palencia, tuvo

nueva como habia venido el Breve de la separacion, para que así Frailes como Monjas de la nueva Reformation de los Descalzos tuviesen Provincial de su misma profesion, á quien obedeciesen como á Perlado, sin que se entrometiesen mas en su gobierno los Padres de la mitigacion, y asimismo supo como ya el Breve estaba puesto en ejecucion, y habia sido elegido por Provincial el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios. Fué este un dia para la Santa de grande contento, por ser una cosa que ella deseaba y esperaba ver cumplida, como su glorioso Padre San Alberto se lo habia dicho en Segovia. Estuvo en Palencia algunos dias; dejó por Priora á la Madre Isabel de Jesus, y por Subpriora á la Madre Beatriz de Jesus, y de allí dió traza cómo ir á la fundacion de Soria, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXIII.

Cómo la Santa Madre fué á fundar á la ciudad de Soria, y de lo demás que sucedió en esta fundacion.

Antes que la Santa Madre saliese de Palencia, recibió una carta del Dr. Velazquez, Obispo de Osma, y Confesor que habia sido suyo, siendo Canónigo de Toledo (á quien ella habia elegido para este ministerio por particular revelacion de Dios, porque tenia puestos los ojos el Señor en el talento de este gran varon, para que aprovechase á su Iglesia, porque fué despues no solo Obispo de Osma, sino tambien Arzobispo de Santiago, con grande ejemplo y aprovechamiento de estas Iglesias), y queria Su Magestad que primero tratase y comunicase á la Santa Madre, para que por este medio él se aprovechase de lo que en ella experimentaba, y se aficionase mas al ejercicio y trato de oracion. Pues como el Obispo tuviese tanta noticia de la santidad de la Madre, luego pretendió que viniese á fundar á su Obispado; y para que esto se hiciese con comodidad, trató con una señora principal y rica de Soria, llamada doña Beatriz de Viamonte, que hiciese allí un Monasterio de Descalzas, y ella ofreció luego una casa muy buena, y el Obispo una Iglesia de la ciudad llamada la Trinidad. Escribieron á la Santa Madre, rogándole hiciese allí una fun-

dacion. Ella comunicó luego esta carta con el nuevo Provincial y Perlado de su Orden; y habiéndoles parecido bien á ambos la comodidad que aquella Señora y el Obispo ofrecian, partió la Madre al principio de Junio para la ciudad de Soria.

Fué en su compañía aquel gran P. Fr. Nicolás de Jesus María, que despues fué primer General de los Descalzos, á quien ella amaba mucho, y estimaba grandemente su talento, santidad y virtud, y mirábale con ojos de padre y de columna de su Religion, como despues lo fué. Llevó tambien en su compañía siete Monjas, entre las cuales iba la Madre Catalina de Cristo, mujer santa y de heróicas virtudes, las cuales en vida fueron bien conocidas en toda su Orden, y despues de muerte las declara mas Dios Nuestro Señor con muchos milagros, y con la incorrupcion del cuerpo de esta venerable vírgen. Llegaron á Soria á trece del mes de Junio, y en el camino, para su gasto y regalo, envió el Obispo un alguacil que las acompañase y regalase á la Madre y á todos los que venian con ella. Otro dia siguiente, que fué el de la fiesta del Santo Profeta Eliseo, se dijo la primera Misa en una sala de la casa, que por estar la Iglesia apartada de ella, fué necesario hacer un pasadizo, y en el entre tanto se decia Misa en aquella sala, y el Obispo venia algunos dias á decirla, y confesaba y daba la comunión á la Santa y á las Religiosas, á las cuales solia decir, alabando á la Madre, que entendia era la mayor Santa que Dios tenia en la tierra.

Estuvo allí la Santa un poco de tiempo, hasta que se hizo un pasadizo desde la casa que aquella señora les habia dado, hasta la Iglesia; en lo cual se tardaron algunos dias, y se pasó algun trabajo, y acabóse para el dia de la Transfiguracion, y entonces se puso el Santísimo Sacramento en la Iglesia, con grande fiesta y solemnidad del pueblo. Fué la vocacion del Monasterio de la Santísima Trinidad, por haberlo pedido así la fundadora, la cual estaba contentísima con su Monasterio. Pagóle Nuestro Señor esta buena obra que hizo, y otras muchas buenas, en que tomase el hábito de Monja y muriese en la Religion, en la manera que ahora diré. Era esta señora natural de Pamplona, hija de D. Francés de Viamonte, Capitan General de la guarda del Emperador; habíase casado en la ciudad de Soria con un hombre muy poderoso y rico, llamado Juan

de Vinuesa; murió el marido, quedando ella sin hijos, y de los bienes gananciales le cupieron en su parte cincuenta mil ducados, y todos los distribuyó en obras del servicio de Dios. Despues de haber hecho este Monasterio de Soria, á cabo de algunos años, ayudó á fundar otro en Pamplona, donde ella tomó el hábito; y habiendo vivido con gran Religion, murió en el año de mil seiscientos dos, llena de años y de virtudes, dejando fundados dos Monasterios.

La Santa Madre se partió á diez y seis de Agosto de Soria para el Convento de San José de Avila, dejando por Priora á la Madre Catalina de Cristo, verdadera hija é imitadora de su espíritu, y llevó consigo á su fiel compañera Ana de San Bartolomé, á quien la Madre amaba y estimaba en mucho. Pasó en el camino grandes trabajos, porque muchas veces estuvo en peligro de trastornarse y despeñarse el carro, que por no saber el carretero el camino, descarriado y perdido, venia á dar en pasos muy peligrosos. Llegó al fin la Madre á Avila bien fatigada y cansada del camino.

En este tiempo que la Santa estaba en Soria, acabando yo de ser Prior de Zamora, enviáronme mis Perlados á morar á la Rioja, y pasando por Osma, supe del Obispo (que ya habia vuelto de Soria, que era muy grande amigo y conocido mio) que la Madre estaba haciendo una fundacion en aquella ciudad, y que habia de venir presto allí. Fué para mí una nueva de grande alegría y contento. Llegó aquel dia á las ocho de la noche; yo la fuí á recibir á la puerta, y al bajar del carro saludéla, y preguntándome que quién era (porque como tenia el rostro cubierto con el velo, y era de noche, aun no me habia conocido), y diciéndole yo que Fr. Diego de Yepes, ella calló, y yo me encogí, temiendo si me tenia olvidado, ó no le era agradable mi presencia. Estando despues á solas, le pregunté qué habia significado aquel silencio cuando le dije quién era, que me habia dado mucha pena y admiracion juntamente. Ella me respondió: «Turbéme un poco, porque se me representaron dos cosas que, ó debeis de ir penitenciado de vuestra Orden, ó que quiere Nuestro Señor pagarme el trabajo de esta fundacion con toparos aquí.» Yo me consolé con este favor, y le dije que lo primero era verdad, mas que lo segundo no queria Dios que lo fuese. Dijo el tiempo que me habia de durar la penitencia, y disimuladamente me respondió, diciéndome: «Que

me corriese cuando se me acabase, que bien mostraba no estar bien determinado á padecer, pues hacia caso de tan pocas cosas.» Y así se cumplió, como ella se lo dijo á Ana de San Bartolomé su compañera, señalándole el tiempo que me habia de durar mi trabajo.

CAPITULO XXXIV.

Cómo la Santa Madre fué elegida en Avila por Priora, y desde allí envió á fundar el Monasterio de San José de Granada.

Llegó la Santa Madre á San José de Avila al principio de Setiembre del mismo año de mil quinientos ochenta y uno. Vino á verla luego el P. Provincial Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, que entonces estaba en Salamanca en la fundacion del Colegio de Frailes Descalzos de aquella ciudad. Y como las Monjas de Avila viesen á la Madre tan cansada de los trabajos que habia padecido en las fundaciones, trataron con el P. Provincial la hiciese Priora de aquel Convento, con lo cual se remediaria tambien la necesidad del que la padecia muy grande en lo temporal, porque ya tenian por esperiencia que donde estaba la Santa Madre nunca faltaba nada. Dieron traza que la Priora (que entonces era la Madre María de Cristo) renunciase el oficio, y ella lo hizo con mucho gusto; y el Provincial, con votos de las Monjas, hizo Priora á la Santa, declarando, que aunque fuese á Búrgos (que se trataba entonces de aquella fundacion) no dejase de ser Priora, como lo habia hecho otras veces, sino antes quedando la Subpriora por Vicaria, gobernase la Madre en ausencia por cartas.

Comunicó la Santa con el P. Provincial, que convenia efectuar la fundacion de Burgos, de la cual habia muchos dias que trataba, y Nuestro Señor la daba mucha prisa á que la hiciese. Quisiera el P. Provincial tuviera primero la licencia del Arzobispo de Búrgos. A la Madre le parecia que bastaran las cartas que tenia suyas, en que le pedia que fuese á fundar, y que no seria necesaria mas licencia. Con todo insistia el P. Provincial en que alcanzase primero la licencia, temiendo no se viese despues en algun trabajo y afrenta. La Santa Madre le dijo estas palabras: «Ahora mire, Padre, las cosas

de Dios no han menester tanta prudencia, ni se hacen cosas graves de su servicio, buscando todas las comodidades que habemos menester; aquella fundacion ha de ser de gran servicio de Dios, y si mas se dilata, no se hará; aventurémonos y calle, que mientras mas padeciéremos, mejor será; y sepa, Padre, que el demonio pone gran fuerza para que no se trate de ella; pero no obstante esto, mire vuestra Reverencia lo que manda, que eso será lo mas acertado.» Con esta determinacion que vió en la Santa, se resolvió el P. Provincial en el mismo parecer que ella tenia. Determinó de acompañarla, cuando fuese á esta fundacion, y en el entretanto, se volvió á Salamanca á concluir la de aquel Colegio.

En este tiempo estaba en el Convento de los Mártires de Granada por Prior el P. Fr. Juan de la Cruz, hombre muy espiritual y muy Santo (de quien ya hicimos mencion), y era Vicario Provincial de la Provincia de Andalucia el P. Fr. Diego de la Trinidad. A ambos les pareció seria una obra de gran servicio de Nuestro Señor, y de mucha reformation de las costumbres de aquella ciudad, que la Madre viniese allí á fundar un Monasterio de Monjas. Tratáronlo con la Madre Ana de Jesus, que entonces habia acabado de ser Priora de Veas. Aunque las comodidades de la ciudad eran pocas é inciertas, acordaron de escribir á la Santa Madre y al P. Provincial, para que la hiciese venir á aquella fundacion. El P. Provincial remitió este negocio al parecer y arbitrio de la Santa, á la cual le tenia ya dadas sus veces, para que ella hiciese y ordenase en los Monasterios de Monjas, como si fuera Provincial de ellas, porque tenia mandado que como á tal la obedeciesen. La Madre, que tenia puestos los ojos y el corazon en la fundacion de Búrgos, respondió á la Madre Ana de Jesus: «Que no podía ir á la fundacion de Granada, porque Nuestro gran Dios mandaba otra cosa; que ella quedaba muy cierta se habia de hacer todo muy bien en Granada, y que entendia queria Dios la hiciese ella, y que esperaba la habia de ayudar mucho Su Magestad.» Ya que la Santa Madre no pudo ir allí, envió desde Avila dos Monjas para que acompañasen á la Madre Ana de Jesus: la una fué la Madre María de Cristo, que habia sido allí Priora, y la otra Antonia del Espíritu Santo, que era una de las cuatro primeras; y de Toledo tambien envió á la Madre Beatriz de Jesus, sobrina de la Santa Madre.

Escogió la Santa á la Madre Ana de Jesus para esta fundacion, porque tenia mucha satisfaccion de su talento y espíritu, y de otras buenas partes que el Señor le ha dado (que por ser viva y tratar yo aquí solamente de las que están ya muertas), las dejaré de escribir, y juntamente otras particularidades que en esta fundacion le pasaron.

Detuviéronse las Religiosas en Veas, hasta que en Granada el P. Vicario Provincial tuviese licencia del Arzobispo, y alquilada casa para la fundacion, porque todas las demás comodidades, que parece al principio se habian ofrecido, se habian desaparecido y vuelto en nada; y así quedaban fiados solo de la Providencia divina. Ya se contentara por entonces el P. Vicario si tuviera la licencia del Arzobispo, que estaba muy récio en no querer admitir nuevo Monasterio; porque en aquella tierra habian precedido años de grande esterilidad, y se habia padecido tanta hambre, cuanta muchos años antes no se habia visto. Pues como al Arzobispo le tratasen de fundar Monasterio pobre y sin renta, cuyo sustento habian de ser las limosnas del pueblo, cuando mas lo consideraba, mas resistia á la fundacion, pareciéndole á él que era mas tiempo aquel de deshacer, si pudiera, los Monasterios hechos, que de fundarlos de nuevo. Apretábasele con esta consideracion el corazon, y cerrábasele las puertas de la voluntad; de manera, que aunque dos Oidores, los mas graves y antiguos de aquella Audiencia, que eran el Lic. Laguna, que ahora es Obispo de Córdoba, y D. Luis de Mercado, le importunaron sobre esto muchas veces, jamás pudieron alcanzar de él que diese la licencia, ni aun esperanzas de ella. Acordó el P. Vicario Provincial, juntamente con la Madre Ana de Jesus, que era la que iba nombrada por Priora, seria bien alquilar una casa, y venirse de secreto á ella, y desde allí pedir la licencia al Arzobispo, creyendo le moveria á darla ver las Monjas dentro de la ciudad. Costó harto trabajo el buscar casa acomodada, y al fin, con el favor de los Oidores, se halló tal cual les parecia convenia para el propósito.

Salieron las Monjas de Veas, con grande contento y prisa para su fundacion, y á la primera jornada llegaron á un lugar llamado Daifuentes, y estando tratando la Madre Ana de Jesus con el P. Fr. Juan de la Cruz (varon verdaderamente Santo), qué medio tendrian para que el Arzobispo quisiese admitir

aquel Monasterio, dábales cuidado á los dos el suceso; pero no perdian la esperanza de que el Señor (en cuya mano están los corazones de los hombres) habia de inclinar el suyo á una causa tan piadosa y tan justa. ¡Oh gran bondad del Señor, y qué maravillosas son sus trazas y los medios que escoge para los fines que pretende! Aquella misma noche que estaban las Monjas en Daifuentes, con temor si el Arzobispo las habia de admitir en su tierra, oyeron un trueno espantoso y terrible, que, como despues se supo, despidió de sí un rayo que cayó en Granada, en la propia casa del Arzobispo, cerca de donde dormia. Hizo mucho estrago en su palacio, porque le quemó parte de su librería, y mató algunas bestias de su caballeriza; y le atemorizó tanto, que con la turbacion cayó enfermo, y con el temor se ablandó para dar luego la licencia que antes con tantos ruegos no se habia alcanzado. Las Monjas prosiguieron su camino ignorantes del suceso, y antes de llegar á Granada, supieron cómo el dueño de la casa que habian concertado se habia salido fuera del concierto, porque como entendió que era Monasterio, aunque hubo muchos favores y le ofrecian grandes fianzas, jamás quiso consentir en que allí se fundase Convento. Llegaron las Religiosas á Granada, dia de San Sebastian, á las tres de la mañana, año de mil quinientos ochenta y dos, y fuéronse á apear en casa del Oidor D. Luis de Mercado, y él les señaló un cuarto de ella mas acomodado para estar con recogimiento; fueron muy bien recibidas de doña Ana de Peñalosa, su hermana, señora viuda muy principal y virtuosa, que les ayudó mucho en aquella fundacion.

Luego que amaneció, envió la Madre Ana de Jesus á suplicar al Arzobispo les viniese á dar su bendicion, y á decir la primera Misa, porque no la oirian hasta que, ó su señoría se la viniese á decir, ó les ordenase lo que habian de hacer. El Arzobispo viniera segun estaba ya de trocado y gustoso con el nuevo Monasterio, y así lo envió á decir; pero por estar todavía en la cama del asombro que le habia causado el rayo, envió en su lugar al Provisor para que dijese la primera Misa y pusiese el Santísimo Sacramento, y él lo hizo como el Arzobispo se lo mandó. Acudió mucha gente de toda la ciudad, todos muy gozosos de ver una Religion tan santa en su tierra; y aunque la devocion de la ciudad y el gusto que

mostraban de que hubiesen venido á ella Monjas Descalzas era muy grande, ellas padecian gran necesidad y pobreza; porque como estaban en una casa tan principal y tan rica, todos se descuidaban pareciéndoles sobrarian sus limosnas, estando en parte donde se hacian tantas á pobres, y era la causa que aquella señora pensaba que las Monjas eran proveidas de las limosnas del pueblo; y así era limitada la que les hacia, y mucho lo que ellas padecian por esta causa. De suerte, que era necesario que los Padres Descalzos partiesen con ellas de la pobreza que tenian y comida que Dios les daba.

Con el ejemplo y encerramiento del nuevo Monasterio se movieron muchas doncellas de la ciudad á pedir el hábito, y entre muchas apenas se hallaba quien tuviese talento y partes para profesion tan estrecha y perfecta, y así las iba despidiendo buenamente la Madre Priora, con ocasion que no tenian casa ni comodidad. Andaban con mucho cuidado buscando alguna donde se pudiesen pasar; hallaron una alquilada donde se mudaron al cabo de siete meses que habian estado en casa de aquella señora. Luego comenzaron á dar el hábito á algunas novicias, y recibieron de una vez seis doncellas de las mas nobles y principales de aquella ciudad, las cuales, por órden de sus Confesores, y sin licencia de sus Padres, movidas de nuestro Señor, hollaron el mundo, poniendo debajo de los piés los deleites y gloria que él estima; y á todas juntas les dieron el hábito con mucha solemnidad y harta turbacion de sus dodos y admiracion de toda la ciudad, que les parecia cosa récia que personas tan delicadas hubiesen de emprender vida tan áspera y penitente. Pasados algunos dias, con los dotes de estas personas y de otras que se fueron recibiendo, compraron unas casas del Duque de Sesa, que estaban en un muy buen sitio de la ciudad; y aunque hubo muchas dificultades, por ser de mayorazgo, pero todas las allanó Nuestro Señor, hasta que se vino á efectuar la venta, y con esto quedaron las Religiosas muy bien acomodadas en lo temporal, y mucho mas en lo espiritual, porque desde el principio de aquella fundacion hubo en aquella casa mucho espíritu de oracion, mucho recogimiento y religion.

CAPITULO XXXV.

Cómo Nuestro Señor mandó á la Santa Madre fundase un Monasterio en Búrgos.

Estando la Santa Madre ya cercana á su muerte, y en vísperas de gozar de aquella gloria y descanso que el Señor en su reino le tenia guardada, para que esta fuese mayor, disponia Nuestro Señor las cosas como ella padeciese mayores trabajos, que son á los que en la otra vida corresponde mayor premio, y así le mandó ir á esta fundacion de Búrgos, donde como los que habian de ser remate de los muchos que antes habia padecido, fueron grandísimos, como ahora contaremos.

Habia seis años que algunos Padres graves de espíritu y letras de la Compañía de Jesus, persuadian á la Santa sería servicio de Nuestro Señor hiciese una fundacion en Búrgos; y por otra parte, estando ella en Valladolid (como arriba referimos, tratando de la fundacion de Palencia y Búrgos), le mandó Nuestro Señor las hiciese y procurase entrambas, diciéndole: «Que de qué temia, que cuándo le habia faltado. El mismo soy, no dejes de hacer estas dos fundaciones.» Pasando, pues, entonces por Valladolid el Arzobispo de Búrgos, D. Cristóbal Vela, que venia nuevamente electo á tomar la posesion de su Arzobispado, hablóle á instancia de la Madre D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Palencia, pidiéndole licencia para fundar un Monasterio en Búrgos. El respondió que la daria de muy buena gana, porque como era natural de Avila, conocia muy bien á la Santa, y tenia muy entera satisfaccion del grande fruto que hacian sus Monasterios donde quiera que estaban. Trató otra vez, estando la Madre en la fundacion de Palencia, con el Obispo, que volviese á escribir de nuevo al Arzobispo sobre la fundacion del Monasterio; y él respondió, que de su parte estaba llana y cierta la licencia, pero antes que fuese, procurase la de la ciudad, porque ó habia de ser el Monasterio de renta, ó si era fundado con pobreza, habia de ser con consentimiento del Regimiento de la ciudad.

Estando la Santa Madre en Palencia, estaba allí una señora de Búrgos, llamada Catalina de Tolosa, muy sierva de Dios y

de mucha caridad; tenia cuatro hijas Descalzas en la Orden, dos se habian recibido en Valladolid, y otras dos en la fundacion de Palencia, y fué el Señor servido que ella tambien, despues de haber enviado á la Religion de los Descalzos otros dos hijos y otra hija que le quedaban (como otra Santa Felicitas los suyos al martirio), ella vino despues á hacer el mismo sacrificio de sí á Dios. Trató, pues, con esta señora la Madre le buscase en Búrgos una casa alquilada, y le comprase rejas y torno, pareciéndole que no haria mas de llegar y tomar la posesion. Ella se dió tan buena maña, que no solo hizo esto, sino que procuró la licencia de la ciudad, obligándose á dar casa para el Monasterio, y la comida y sustento, y todo lo demás que les faltase á las Monjas, con un ánimo muy liberal y generoso. La Santa Madre (como ya habemos contado) fué desde Palencia á Soria, y desde allí volvió á Avila, de donde envió á fundar la casa de Granada, y estaba con grande deseo de ir á Búrgos; pero con mucho miedo de ponerse en camino, porque esto era al fin de Diciembre de mil quientos ochenta y uno, y con sus enfermedades (de las cuales estaba ya muy acosada) temia mucho el rigor del invierno, y los frios que suelen ser recísimos en aquella ciudad. Pensaba entre sí seria bueno enviar á la Priora de Palencia; pero Nuestro Señor, que tenia guardados para ella estos trabajos, como tambien la corona de ellos, le habló entonces y dijo: «No hagas caso de los frios, que yo soy el verdadero calor; el demonio pone todas sus fuerzas para impedir aquella fundacion; pónlas tú de mi parte para que se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.

Por estas palabras que le dijo el Señor, entendió que estaba ya dada la licencia de la ciudad, lo cual ella hasta entonces no habia sabido, y probóse bien con la esperiencia eran palabras de Dios, porque (como ella escribe) le dió tan poca pena el frio con haber estado todo aquel invierno en Búrgos, que con estar tan flaca y enferma decia lo habia sentido tan poco como si estuviera en Toledo; ni menos se hubiera hecho la fundacion, si ella no hubiera ido por su persona, porque otro que su ánimo invencible no esperara ni sufriera tan contrarios golpes, ni contrastara tantas dificultades como en esta fundacion se ofrecieron, como se echará de ver por lo que adelante diremos. Determinóse luego á ir á Búrgos, y así se partió

de Avila otro dia despues de año nuevo de mil quinientos ochenta y dos.

Llevó con sigo por su compañera á Ana de San Bartolomé y de Alba, y de Palencia sacó seis Monjas; de suerte que por todas eran ocho. Tambien la fué á acompañar el Padre Provincial de los Descalzos, con otros dos compañeros suyos, que fué una compañía de harto consuelo para la Santa Madre, y de harta ayuda y alivio para los trabajos de su camino.

Desde que salió de Avila comenzó á experimentar los trabajos de la fundacion; porque fué mucha el agua y la nieve, y á ella le comenzó á cargar la perlesia de que era mucho tocada. Llegó á Valladolid, donde el mal le apretó tanto, que dijeron los médicos, que si no salia presto de allí le cargaria la enfermedad de suerte que no le fuese posible ponerse en camino tan presto. Con esto pasó luego á Palencia, donde acudió tanta gente al tiempo que la Madre se habia de apeaar para verla y oirla hablar, y para que les echase su bendicion, que apenas podia salir del coche. Las Monjas la recibieron con grande contento, cantando un *Te-Deum laudamus*, como lo hacian en los demás Monasterios; y en señal de la grande fiesta que con su Madre tenian, aderezaron muy bien el cláustro, pusieron muchos altares, como si ya fuera canonizada, y la hubieran de poner en alguno. Rogáronle mucho se detuviese allí algunos dias, y parecia forzoso el condescender con su petición, porque el tiempo estaba tan metido en agua, y los caminos con tantos lodos y arroyos, que serian mas á propósito barcos para vadearlos, que carros para andar por ellos.

La Santa Madre insistia en que se habia de partir, y por no parecer temeraria en su resolucion, envió primero un hombre que tomase esperiencia de los caminos y avisase si era posible el caminar por ellos. El hombre trajo muy malas nuevas, y estando la Madre pensativa, díjole Nuestro Señor: «Bien podeis ir; no temas, que yo seré con vosotros.» Con estas palabras se atrevió á salir, aunque á los ojos humanos parecia temeridad y locura; pero el Señor, que habia dado la palabra, no faltó en la obra y ejecucion de ella, porque aunque tuvieron muchos peligros y trabajos, de todos salieron muy bien. A veces eran tan grandes los lodos y atolladeros, que no siendo posible salir de ellos los carros, era necesario algunos ratos de apearse la Santa

y sus compañeras, y no era este el peor partido, segun el peligro grande que llevaban los carros de trastornarse. Vió la Madre subiendo por una cuesta el carro de sus compañeras trastornarse, de suerte que sin remedio iban todas á caer en el rio, si un mozo de los que llevaban, que lo vió, no se hubiera asido de la rueda alta, porque de la parte baja no fuera posible (por ser tan ágría la cuesta) muchos hombres juntos ser parte para detenerlo, y fuera imposible que uno solo tirando de la rueda de arriba la detuviera, si no pusiera el Señor su mano para quererlas librar de aquel peligro. Dióle grande pena á la Madre este suceso, y desde entonces ordenó que siempre el carro donde ella iba fuese delante, para que en los malos pasos y peligros que se ofreciesen fuese ella la primera.

Llegaron aquella noche á una venta tan desacomodada que una cama no habia para la Santa, que segun iba de enferma tenia harta necesidad de ella. Pero dábanles tales nuevas del camino que quedaba de allí á Búrgos, que les parecia acertado detenerse allí algun dia; porque habian de pasar por unos pontones (que así los llaman) que están cerca de Búrgos, y era tan grande la inundacion de las aguas que subia media vara encima de ellos, y de una y de otra parte estaban todos cubiertos, y no se veia por mucho espacio sino agua y Cielo, y si no tomaban por medio de lo alto de los pontones eran perdidos y anegados; de suerte que parecia gran temeridad entrar por ellos, particularmente con carros. Las Monjas se confesaron para pasar, y pidieron á la Santa Madre su bendicion, y decian el Credo; ella, aunque no dejó de temer, pero con grande ánimo y alegría, y sin turbacion ninguna, hizo que su carro pasase adelante, y animó á sus Monjas diciéndolas: «Ea, mis hijas, ¿qué mas quieren ellas que si fuere menester ser aquí mártires por amor de Nuestro Señor? déjenme, que yo quiero pasar primero, y si me ahogare, ruégoles mucho que no pasen.» Pero no era mucho tuviese este ánimo, porque á la entrada del agua le dijo el Señor: «No temas, hija mia, que aquí voy.» Vieron algunos de los que iban allí ir las ruedas del carro de la Santa Madre por encima del agua. Como la Madre pasó delante aseguró el paso á los demás, y todos pasaron sin ningun peligro, y con mucha alegría de verse libres de tantos trabajos.

Llegaron á Búrgos á veinte y seis de Enero, donde fueron

muy bien recibidas y hospedadas de Catalina de Tolosa. Venía la Madre con calentura, que no se le había quitado en todo el camino, y una enfermedad en la garganta, que le apretaba de manera que no podía comer sino con mucho dolor, de que se le hizo una llaga que escupía sangre; diéronla aquella noche unos vómitos, y unos vahidos y flaqueza de la cabeza tan fuertes, que no le dieron lugar para levantarse otro día á negociar, y así fué necesario ponerla en una camilla, en un aposento que tenía una ventana con reja, la cual salía á un corredor, y puesto un velo en la reja, los que venían á visitarla estaban por de fuera, y negociaban y trataban lo que se ofrecía. Vinieron luego de parte de la ciudad á visitarla, mostrando el gran contento que tenían de su venida, y el gusto de haber dado ellos su licencia para que fundase allí un Monasterio de su Orden. Parecióle á la Santa Madre estando la ciudad tan bien puesta estaba todo su negocio llano; pero fué muy diferente de lo que ella pensaba, porque le faltaba mucho mas por parecer, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXVI.

De la gran contradiccion que hubo para fundarse el Monasterio, y cómo despues de algunos dias y trabajos grandes de la Santa Madre se fundó, y ella se partió para Alba.

Luego otro dia de mañana que llegó la Santa Madre á Burgos, el Padre Provincial, que venia en su compañía, fué á visitar al Arzobispo, á pedirle bendiccion para tomar la posesion, pensando que como antes lo había ofrecido, no reparara en dar la licencia luego. Hallóle tan alterado y enojado de que la Madre se hubiese venido sin su licencia, como si él no lo hubiera mandado ni se hubiera tratado con él cosa alguna en este negocio. Y al fin, despues de haber dado y tomado, se resolvió con el Padre Provincial en que no daría la licencia si no había renta y casa propia, y que la renta no había de ser de lo que trajesen las Monjas de dote, y que no habiendo esto se podrían volver, porque de otra suerte no se fundaría el Monasterio. Todo era traza y ardid del demonio, para hacer imposible el negocio, y que se volviesen sin efectuar nada. Pidiéronle li-

cencia para que en una pieza de la casa donde estaban les dijese Misa, y menos la quiso dar; de suerte que las pobres Monjas no oían Misa sino los dias de fiesta, y entonces iban muy de mañana á una Iglesia con hartos lodos y aguas, que los habia muy grandes entonces en Búrgos.

A cabo de tres semanas que anduvieron con el Arzobispo en demandas y respuestas sobre el modo que habia de haber en la renta, y viendo que estaba tan fuerte como al principio la Santa Madre, se determinó de ir ella en persona á hablarle, pareciéndole le rendiria como habia hecho á otros en semejantes ocasiones. Quiso Dios que negociase tan mal en él como otras personas que le habian hablado y pedido este negocio, aunque quien la viera con el alegría que venia despues de haberla despedido el Arzobispo con mucha desgracia, pensara que habia negociado todo cuanto queria. Lo que mas pena le daba á la Madre era ver que el Padre Provincial andaba muy disgustado, y casi con determinacion de que se volviesen todos, pareciéndole no habia esperanza de que el Arzobispo mudara de parecer, y que no era bien estuviesen tantas Monjas fuera de su Monasterio, y tambien se le ponía delante la grande falta que la Santa hacia para otras fundaciones. La Madre, como sabia de cierto era voluntad de Nuestro Señor se hiciese aquella fundacion, no le parecia era conveniente dejarla de la mano, y estaba harto afligida por ver la pena que su Provincial tenia, y entonces le dijo el Señor: «Ahora, Teresa, ten fuerte.» Con esto procuró con mas ánimo persuadir al Padre Provincial que se fuese, porque habia de predicar aquella Cuaresma en Valladolid, y que la dejase á ella en Búrgos. Hízolo así el P. Provincial, dejando en su compañía á uno de sus compañeros llamado Fr. Pedro de la Purificacion, y luego dió orden la Santa Madre, viendo que aquel negocio iba á la larga, que le diesen unas piezas en el Hospital de la Concepcion, y pasarse á estar en él, por haber allí Sacramento y decirse Misa cada dia, y aun en esto hubo harta contradiccion y dilacion de parte de los Cofrades, que sospechaban se habian de alzar con el Hospital, y hacer en él Monasterio. Entraron en el Hospital víspera de San Matías Apóstol, la Madre y sus compañeras, y era la casa tan pobre y llena de enfermos, que de los quejidos y malos olores, y muchos ratones, y otras sabandijas asquerosas no se podian valer; pero lo que mas sentia la Ma-

dre era ver lo que padecian sus compañeras, porque ella ya tenia por gloria el padecer, y por deleite verse en aquella pobreza.

Andaban á buscar casa con mucho cuidado para que el Arzobispo diese licencia, porque ya aquella señora Catalina de Tolosa salia á darles renta despues de su muerte. Habiendo buscado la casa muchos dias, no la hallaban que les contentase, hasta que la Santa descubrió una que le pareció conveniente para su propósito. Pedíanle por ella al parecer de algunos mas precio de lo que era su valor, y aunque estaba determinada de comprarla, reparaba en los dineros, y entonces le dijo Nuestro Señor: «¿En dineros te detienes?» Con estas palabras entendió era voluntad de Dios la comprase; concluyó luego la venta, víspera del glorioso San José, á quien habian rogado mucho la Madre y sus compañeras les diese casa para su día, y luego se hicieron las escrituras. El Arzobispo (que con el trato de la Santa Madre estaba mas blando) mostró holgarse mucho cuando supo que tenian casa, y vino dos veces á ver á la Santa al Hospital, y una á la casa que habia comprado, pero nunca quiso dar su licencia, ni aun para que les dijese una Misa en ella los dias de fiesta hasta que tuviese la renta cierta y asegurada.

Habia ya cerca de cuatro meses que estaban en Búrgos, y no habia aun esperanza cierta de la licencia del Arzobispo. Y viendo la Santa que no se reparaba en cosas de sustancia, y que todos eran palillos é invenciones del demonio, y que al cabo le habian de aprovechar muy poco, solia decir con mucha gracia «que era diablo necio el que allí les hacia la guerra.» Esperaba el suceso con grande ánimo y longanimidad, y aunque todos perdian la esperanza, considerando la entereza del Arzobispo, jamás ella desmayaba un punto; y así sucedió que en este tiempo el compañero que el Padre Provincial le habia dejado, estaba tan cansado de las largas del Arzobispo, que desesperado del buen suceso, persuadia de nuevo á la Santa que que se fuese ó le diese á él licencia para venirse. Ella que sabia ya bien el término que tenia Dios señalado para dar fin á aquel trabajo, le dijo: «Mire, Padre, no tenga pena, que el Santísimo Sacramento estará puesto antes de ocho dias.» Y fué así porque el Obispo de Palencia, á quien el Arzobispo habia dado palabra de dar la licencia, sabiendo lo que allí padecia la

Madre (á quien él amaba tiernamente), le volvió á escribir de nuevo, y entonces el Arzobispo la dió, y se puso el Santísimo Sacramento con grande solemnidad á nueve de Abril de mil quinientos ochenta y dos años; llamóse el Monasterio San José de Santa Ana, dijo la primera Misa el Sr. Doctor Manso, que luego fué Obispo de Calahorra, que por aquel tiempo fué Confesor de la Madre, y ella le profetizó habia de venir á la dignidad que despues tuvo. Predicó el Arzobispo, y dió á entender la gran satisfaccion que tenia de la Santa y su Religion, mostrando grande pesar de la dilacion que habia habido en la fundacion.

Estando en este tiempo la Madre y sus Monjas muy contentas de verse ya en su casa y clausura, el dia de la Ascension, creció tanto el rio, y fué tanta el agua que entró por la ciudad, que se comenzaban á despoblar los Monasterios por no perecer en ellos, y se hundian casas, y se desenterraban los muertos, y el nuevo Monasterio tenia mas peligro por estar en un llano y mas cerca del rio que otros; aconsejaban á la Madre que hiciesen ellas lo que otras Religiosas, que era salir de la casa, pero nunca quiso sino poner el Santísimo Sacramento en una pieza alta, y que las Monjas se recogiesen en ella y dijesen Letanías, hasta que cesó aquel trabajo. Decia el Arzobispo, y decíanlo tambien muchos en la ciudad, que por haber estado allí la Santa Madre habia dejado Dios de hundir aquel lugar. Nombró por Priora de esta fundacion á la Madre Tomasina Bautista, que lo habia sido primero en Alba, y por Subpriora á Catalina de Jesus, que la habia traído de Valladolid.

No quisiera la Madre salir de Búrgos antes de ver alguna comodidad temporal en el Monasterio, y que algunas tomaran el hábito con que se fuese acomodando la casa, y estando ella en este deseo y cuidado, le apareció Nuestro Señor, y le dijo: «En qué dudas? que ya esto está acabado, bien te puedes ir.» Entendió la Santa por estas palabras que el Señor tomaba á su cargo el sustento del Monasterio, y así, pareciéndole que ya estaba allí de balde, se determinó partir luego para Avila, donde era Priora y habia harta necesidad de su presencia; pero por la ocasion que adelante diremos, le fué forzoso el ir primero á Alba, donde acabó sus dias, como se verá en los Capítulos siguientes.

CAPITULO XXXVII.

Del modo y religion con que caminaba la Santa Madre Teresa de Jesus en todas estas fundaciones.

Ya que habemos dicho de las fundaciones que esta bienaventurada Madre hizo, será bien, para que mas claramente se vea el espíritu de Dios que en ella vivia antes que contemos su muerte, que digamos el modo y traza que la Santa guardaba, no solo en el camino, sino tambien cuando pasaba por algun Monasterio, así de su Religion como de otras, y del gobierno y constituciones que ordenó tan avisado y prudente para los Conventos de Monjas.

Primeramente, cuando la Santa Madre caminaba, procuraba llevar consigo algunos Religiosos de la Orden, cuando los habia, y juntamente algun Clérigo que fuese persona de buena vida y fama. De ordinario la acompañaban el Padre Julian de Avila, persona de mucha virtud y cristiandad, como arriba habemos dicho. La primera hacienda, en llegando al lugar, era oír Misa, y ella comulgaba cada dia, y esto por mas negocios y prisa que tuviese, nunca se habia de dejar. Llevaba siempre algunas compañeras, unas para dejar en la fundacion, y otras para traerlas de ordinario consigo; entre las demás escogió para oficio de compañera á la Madre Ana de San Bartolomé, que fué Priora en Paris, religiosa tal cual habia de ser la que la Madre eligió entre tantas, y en la que puso los ojos para su compañía y consuelo. Caminaban la Santa y sus compañeras de ordinario en carros, por parecerle que era caballería mas pobre y mas llana que la de los coches. Iban dentro las Religiosas con gran recogimiento, porque aun en el camino, estando donde pudiesen ser vistas de personas seglares (aunque fuesen mujeres), jamás quitaban los velos, y si alguna se descuidaba en esto, la reprendia la Santa, y eso mismo guardaba ella con mucha puntualidad y rigor.

Quando llegaban á las posadas procuraba un aposento muy retirado y cerrado, donde las Religiosas descansasen, y quando no habia comodidad para esto (como suele acaecer en algunas ventas), servian las mantas de jerga, de paredes, y hacia sus

apartamientos recogidos y honestos, para que así ni viesen ni fuesen vistas sus Monjas, y tuviesen menos trato y conversacion con nadie, que en esto tenia gran recato, como la que tan entrañablemente amaba toda honestidad y pureza, y así ponía Tornera en una venta como si estuviera en un Monasterio, para que de allá dentro tomase recados; finalmente, caminaba con tanta religion y encerramiento, como si estuviera en su casa.

Y porque los Santos son de la condicion de las piedras preciosas y resplandecientes, que un mismo precio y resplandor tienen en el arca y en la calle, la Santa Madre y su compañía, en quien resplandecian tantas virtudes, estando en sus Monasterios no se oscurecian ni anublaban en los caminos; porque entre los golpes del carro, molestia y cansancio de él, tenian su oracion como en el coro, y para esto habia sus horas señaladas y las median con un reloj de arena, como si estuvieran en el Convento, y muchas veces en los caminos á la Santa y á sus compañeras se les pasaba toda la noche en oracion vocal y mental. Tañian con una campanilla á las horas de silencio que su regla ordena, y lo guardaban tanto como si allí les obligara la regla. Y lo que mas es de maravillar, que era tan grande el respeto y veneracion que tenian á la santidad de la Madre los que allí venian, que no solo los Clérigos y la demás gente de su compañía, pero los mozos y carreteros (fuera de su natural condicion) guardaban silencio, mientras las Monjas callaban. Despues, cuando tañian haciendo señal, que era acabado el tiempo del silencio, era grande el contento de ellas. Iban todos de buena gana con la Santa; ni se causaban de los trabajos, ni se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran sobre toda manera apacibles y alegres para todos. Sacaba de lo que se ofrecia por el camino pláticas de Dios con que entretenia y compungia mucho á los que la acompañaban, y los que solian ir otras veces jurando y jugando, gustaban mas de oirla que de cuantos placeres entonces podian tener, como lo confesaban muchas veces.

Procuraba la Santa Madre Teresa que todas las que iban en su compañía diesen la obediencia (que á ella le era tan debida por su oficio y por su persona) á algun Religioso, si allí venia, y si no al Sacerdote que las acompañaba, y ella era la primera que le obedecia. Y era tanto el amor que tenia á esta virtud,

que en haciendo en cualquiera fundacion Priora (la cual ella con su autoridad la puso y eligió por muchos años), luego le daba la obediencia, y se sujetaba á ella, no como Fundadora, sino como una de las menores súbditas del Convento, pidiendo licencia para todo cuanto habia de hacer. Lo mismo guardaba cuando llegaba á cualquier Monasterio de Monjas de otra Orden, que luego se ofrecia á la obediencia de la Perlada como si lo fuera suya.

En la pobreza era estremada (si extremo puede haber en esta virtud tan escelente); muchas veces salia del Monasterio sin llevar cosa ninguna para su camino, y con esto jamás le faltó lo necesario, como ni tampoco la confianza en Dios. Aquella fundacion le daba mas gusto que se hacia con mas pobreza, y así solia la Santa decir, que para fundar un Monasterio no habia ella menester mas que una campanilla y una casa alquilada. Estando en una fundacion no quiso recibir un repostero ni un brasero que le ofrecian, pareciéndole que ni lo uno ni lo otro podia servir para Monjas descalzas. Y no solo estas cosas, pero otras de mucha estima no las queria admitir; porque así huia de las riquezas como otros las buscaban, y así acaeció, como lo testifica en su dicho la Duquesa de Alba doña María Enriquez, que dándole ella (por saber su necesidad y pobreza) unas joyas de mucho precio y valor, la Santa Madre las recibió, agradeciéndoselo mucho, porque no pareciese que despreciaba sus dones; pero en despidiéndose de ella, llamó secretamente á la Camarera, y le dió las joyas para que se las volviese á la Duquesa, y ella quedó tan edificada y admirada de esto, quanto estaba no acostumbrada á ver semejante desprecio de lo que el mundo precia y adora. Habia procurado la Duquesa con gran instancia del Provincial de la Orden licencia para que la Santa Madre, cuando viniese al Monasterio de Alba, la viese primero, y se apease en su casa antes de entrar en el Monasterio, que está en la misma Villa, y como la Madre lo cumpliese así, como la obediencia se lo habia ordenado, fué tan bien recibida de la Duquesa quanto habia sido deseada. Rogóle que cenase con ella (porque habia llegado de noche á su casa), pero la Santa en ninguna manera, con venir cansada y necesitada (cual se puede presumir de una mujer cargada de tantas enfermedades y trabajos), no quiso condescender con su petition, pareciéndole no era justo estando su Monasterio en

el mismo pueblo comer un bocado fuera de él, y por esta ocasión, y por gozar mas de la Santa Madre, mandó la Duquesa á todos los de su casa que cenasen, y ella se estuvo sin cenar hasta la media noche, que fué la hora en que la Santa Madre, rompiendo con las importunaciones de la Duquesa para detenerla allí mas, se recogió á su Monasterio, de que quedó la Duquesa no menos admirada que edificada.

Era tambien muy puntual (como la que habia puesto Dios por Maestra, y dechado de otras) en la observancia regular, porque además de lo que habemos dicho del silencio y de la oracion, de la obediencia y recogimiento, y de las demás virtudes, yendo de camino tan bien guardaba los ayunos de la Orden, tanto como si á ella con su poca salud y fuerzas la obligaran; y cuando llegaba á los Conventos, no admitia, así en la comida como en otras cosas, mas regalo que las Constituciones señalan para toda la comunidad. Llegó una vez bien fatigada, y con calentura del camino, á un Convento; la Priora de él, conociendo su condicion, y que no habia de admitir un colchon para descanso, no solo del trabajo del camino, sino de sus enfermedades, quiso disimuladamente ponerle debajo del jergon, que es la cama de las Descalzas (como si aquello le hubiera de dar gran descanso); echólo luego de ver la Santa Madre, y haciéndolo quitar, reprendió mucho á la enfermera que lo habia puesto.

En los caminos, mientras su salud lo permitia, guisaba la comida á las demás, como tambien lo hacia en los Monasterios, y de esto se preciaba mas que de Fundadora; porque con serlo de tantos Monasterios no gustaba que se lo llamasen. Esto es lo que se puede decir del modo que en lo exterior guardaba la Santa cuando caminaba; pero lo que no se puede decir es lo interior y la oracion altísima en que aquella alma Santa iba toda empapada (si así si se sufre decir) y anegada en Dios la caridad y celo de las almas que en su pecho ardia, el deseo tan grande de padecer por de Dios, las cuales cosas obligaban á Nuestro Señor para que la ayudase y esforzase mucho, y le diese una gran corona, y le hiciese merced que vieso en sus dias, y comiese del fruto del árbol que habia plantado por sus manos, como el Señor se lo prometió en una revelacion que tuvo en el año de mil quinientos setenta y uno, donde le dijo estas palabras: (*Adiciones á la vida núm. 19.*) «Esfuér-

zate, pues ves lo que te ayudo; he querido que ganes tú esta corona; en tus dias verás muy adelante la Orden de la Virgen.»

CAPITULO XXXVIII.

Donde se ponen las principales Constituciones que la Santa Madre hizo para el gobierno de sus Monasterios de Monjas.

El que dió valor y esfuerzo mas que humano para que una mujer pobre y desnuda de favores de la tierra, fundase en toda España con tantos trabajos y contradicciones, tantos y tan ilustres Monasterios, el mismo Señor le pudo dar, como le dió luz y prudencia divina para que los gobernase y diese reglas, y modo de vida acomodada para alcanzar tan alta perfeccion, como en ellos se profesa. Más son que humanas las Constituciones que son instrumentos para labrar tales piedras, y más que de hombre ni de mujer, ni de criatura humana ni Angélica, los consejos que descubren caminos tan divinos, tan seguros y tan llanos para ir al Cielo. No aprendió la Santa Madre las Constituciones que dió á sus Monjas en la tierra; doctrina fué sin duda revelada y aprendida en el Cielo; porque si Dios mostró tanto amor y prudencia con esta Santa, que no solo las cosas que tocaban á un Monasterio y Fundacion se las descubria con el amor é igualdad que un amigo descubre y derrama todo su pecho en el de otro amigo y compañero suyo, sino tambien le decia y declaraba otras muy particulares y mas menudas las que eran tan universales y de tanta importancia, y las que habian de ser permanentes y perpétuas, y como unos moldes de almas santas, bien cierto es, que todas ellas, con particular providencia, se las inspiró y reveló el Señor, y así es razon que se miren, que se veneren, y mucho mas que se guarden como Reglas divinas y celestiales, y no es mucho que creamos ciertamente haber hecho esto Dios con la Santa Madre, y que Su Magessad se haya humanado á tanta menudencia como en las Constituciones muchas veces (como es necesario) se manda; pues sabemos que el mismo Señor, habiéndole dado por medio de un Angel al Abad Pacomio la Regla que él y sus sucesores habian de guardar, descendiendo á

cosas tan pequeñas, que parece se desdeñara un hombre grave (que no entendiera la importancia de estas) ocuparse en referirlas. Pondré aquí algunas de las mas principales que hizo la Santa Madre, porque como deseo mucho que estas se guarden, holgaria en extremo que cuando se perdiesen otros originales, se hallasen en este, y fuesen freno para los siglos venideros, y confusion para si de presente se olvidan algunas de su observancia. Las que aquí pusiere serán por las mismas palabras que la Santa las escribió, aunque no por el mismo orden, porque solo pretendo poner las mas principales. Saqué estas Constituciones de las antiguas que se imprimieron y observaron viviendo la Santa Madre.

§. 1.

De lo que la Santa ordenó acerca de recibir novicias.

«Mírese mucho que las que se hubieren de recibir sean personas de oracion, y que pretendan toda perfeccion y menosprecio del mundo, porque si no vienen desasidas de él, podrán llevar mal lo que aquí se lleva, y vale mas mirallo antes que echarlas despues. Y que no sean de menos de diez y siete años, y tengan salud, entendimiento y habilidad para rezar el Oficio divino, y ayudar en el coro; y no se dé profesion si no se entendiere en el año del noviciado tener condicion, y las demás cosas que son menester para lo que aquí se ha de guardar. Y si alguna cosa de estas le faltare, no se reciba.

Contentas de la persona, si no tiene que dar ninguna limosna á la casa, no por eso se deje de recibir, como hasta aquí se ha hecho. Téngase grande aviso que el recibir novicias no vaya por intereses, porque poco á poco podia entrar la codicia de manera que miren mas á la limosna que á la bondad y calidad de la persona; esto no se haga en ninguna manera, que será gran mal. Siempre tengan delante la pobreza que profesan, para dar en todo olor de ella, y miren que no es esto lo que las ha de sustentar, sino la fé y perfeccion, y fiar en solo Dios. Esta Constitucion se mire mucho y se cumpla, que conviene y se lea á las hermanas. Para recibir alguna el hábito, hagan mucha diligencia en las partes que tiene de la

salud é ingenio para poder llevar esta santa observancia, porque despues de recibidas, es dificultoso el remedio; pero no por eso hecha la diligencia que conviene en el año de la aprobacion, se admitan á la profesion de quien no se tuviere la esperanza que conviene para la observancia y bien de la Religion, y en esto encargamos la conciencia á la Priora y Maestra de novicias y á las demás Religiosas.»

Del modo y estilo que ha de tener la Maestra de novicias en su educacion y ensenanza, trata la Madre con la misma prudencia y discrecion que las demás cosas, diciendo así:

«La Maestra de novicias sea de muha prudencia, oracion y espíritu, y tenga mucho cuidado de leer las Constituciones á las novicias, y enseñarles todo lo que han de hacer, así de ceremonias como de mortificacion, y ponga mas en lo interior que en lo exterior, tomándoles cuenta cada dia cómo aprovechan en la oracion, y cómo se han en el misterio que han de meditar, y qué provecho sacan; y enséñelas cómo se han de haber en tiempo de gustos y de sequedades, y en ir quebrando ellas mismas su voluntad, aun en cosas menudas. Mire la que tiene este oficio que no se descuide en nada, porque es criar almas en que more el Señor. Trátelas con piedad y amor, no se maravillando de sus culpas, porque ha de ir mortificando poco á poco á cada una, segun lo que viere que puede sufrir su espíritu; haga mas caso de que no haya falta en las virtudes que en el rigor de la penitencia, y mande la Priora que la ayuden á enseñarlas á leer.

Cuando la Priora viere que no tiene persona que sea bastante para Maestra de novicias, séalo ella, y tome este trabajo por cosa tan importante, y mande á alguna de las hermanas que la ayude.»

Todas estas son palabras que el Espíritu Santo dijo por boca de la Santa Madre; porque lo que aquí encarga de mirar mas en el talento que en el dote quedase mas estampado en sus corazones, lo repitió muchas veces, en lo que dejó escrito en el camino de perfeccion, pero mas en particular en el cap. 26 de las Fundaciones, donde dice así: «Si teneis confianza en el Señor y ánimos animosos, que es muy amigo Su Magestad de esto, no hayais miedo que os falte nada. Nunca dejéis de recibir las que vinieren á querer ser Monjas, como os

contenten sus deseos y talentos, y que no sea por solo remediarse, sino por servir á Dios con mas perfeccion, porque no tengan bienes de fortuna, si los tienen de virtudes, que por otra parte remediará Dios lo que por esta os habíades de remediar, con el doble. Gran esperiencia tengo dello, bien sabe Su Magestad que á cuanto me puedo acordar, jamás he dejado de recibir á ninguna por esta falta, como me contentase lo demás. Testigos son las muchas que están recibidas solo por Dios, como vosotras sabeis. Y puédoos certificar que no me daba tan gran contento cuando recibia á las que traian mucho, como á las que tomaba por solo Dios; antes las habia miedo, y las pobres me dilataban el espíritu, y me daba un gozo tan grande, que me hacia llorar de alegría, esto es verdad. Pues si cuando estaban las casas por comprar y por hacer, nos ha ido tan bien con esto, despues de tener adonde vivir, ¿por qué no se ha de hacer? Creedme, hijas, que por donde pensais acertar, perdeis. Cuando la que viene lo tuviere, no teniendo otras obligaciones, como lo ha de dar á otros que no lo han por ventura menester, bien es que os lo dé en limosna, que yo confieso que me pareceria desamor si esto no hicieran, mas siempre tened delante á que la que entrare haga de lo que tuviere, conforme la aconsejaren Letrados que es mas servicio de Dios. Porque harto mal seria que pretendiésemos bien de ninguna que entrase, sino yendo por este fin. Mucho mas ganamos en que ella haga lo que debe á Dios (digo con mas perfeccion) que en cuanto puede traer, pues no pretendemos otra cosa, ni Dios nos dé lugar, sino que sea Su Magestad servido en todo y por todo.»

En tres cosas hace grande instancia la Santa Madre en esta Constitucion: la una, en que las que se recibieren tengan vocacion de Dios y buen natural y entendimiento; la segunda, que no se mire á interés, y la última (que no es de menos importancia), que en el año de probacion y noviciado, la que no tuviere espíritu y talento para la Orden, en ninguna manera sea recibida; porque la principal causa de la relajacion de las Religiones, es admitir en ellas gente á quien Dios no llama para aquel instituto; porque no solo no guardan la Regla, pero son impedimento y estorbo para que otros la guarden.

Por donde el bien de las Religiones está en no recibir al

hábito sino solamente á aquellas personas de quien no se puede dudar que vienen llamadas de Dios, y en examinar despues mucho en el tiempo de la probacion si se engañaron en la primera eleccion; y esto no pide mas prueba que la esperiencia larga de las Religiones, en las cuales ha hecho mas daño la lástima y compasion de algunos, cubierta con velo de piedad y caridad (que suele ser muy propia de mujeres), que hiciera un cuchillo en manos de un loco, porque no solo esta compasion indiscreta es veneno y ponzoña en la Religion, y peso grande para la conciencia propia, sino que tambien para el que se recibe, en vez de hacerle beneficio, se le hace el mayor agravio que puede haber recibido; y como tal de allí adelante, viéndose preso con las cadenas de los votos y profesion, llora su desventura, y se queja de favores tan en su daño, y lo que antes pudiera hacer (salvo su honor y conciencia), viene despues (haciéndosele yugo de hierro la suavidad y dulzura de la Religion) á saltar las paredes y á romper con lo uno y con lo otro, y á quedar en un estado el mas miserable que puede haber entre cristianos. Este es el fruto de la caridad desordenada y compasion mujeril que se usa con los novicios; y para llorar á una Religion, y tener por cierta su ruina y relajacion, no hallo yo señal mas cierta que ver que todos los que toman el hábito profesan; pues no son todos para la Religion (que á ser esto así, no hubieran dado los sagrados Concilios año de probacion); y así es conjetura (al parecer evidente) que se carga la Religion de mas lastre del que puede sufrir, y que al fin, al fin la han de venir á hundir las olas de la relajacion, y que en lugar de hijos que la sustenten, recibe basiliscos y vivoreznos que la emponzoñen y maten. Por donde en ninguna cosa han puésto mas cuidado que en esta los Fundadores de las Religiones, y lo quiso poner tambien la Santa, como la que tenia bien entendidos y penetrados todos estos inconvenientes y daños.

§. II.

Del hábito y vestidos de las Religiosas

En el capítulo octavo de las Constituciones, tratando del hábito de las Religiosas, dice de esta manera: «El vestido sea

de jerga ó de sayal de color burielado sin tintura, y échesele el menos sayal que ser pueda para hábito; tenga la manga angosta, no mas ancha en la boca que en el principio, sin pliegues; sea redondo, no mas largo atrás que adelante, y que llegue hasta los piés. El escapulario de lo mismo, cuatro dedos mas alto que el hábito. La capa de coro, de la misma jerga blanca, en igual del escapulario, que lleve siempre la menos jerga que ser pueda, atento lo necesario, no supérfluo. El escapulario traigan sobre las tocas. Sean las tocas de sedefia ó lino grueso, no plegadas. Túnicas de estameña y sábanas de lo mismo. El calzado alpargatas, y por la honestidad, calzas de sayal, ó de estopa, ó cosa semejante. Almohadas de estameña, salvo con necesidad, que podrán traer lienzo. Las camas sin ningun colchon, sino con jergon de paja, que probado está por personas flacas y no sanas, que se puede pasar, no colgada cosa alguna, si no fuere á necesidad, alguna estera de esparto, ó ante puerta de alfamar, ó sayal, ó cosa semejante que sea pobre. Traerán cortado el cabello, por no gastar tiempo en peinarlo; jamás ha de haber espejo, ni cosa curiosa, sino todo descuido de sí.»

§. III.

De la pobreza y trabajo de manos.

De la pobreza y trabajo de manos, fué en extremo la Santa Madre muy amiga, porque conocia bien cuánto importaba para el aumento del espíritu; y porque lo uno se ayuda á lo otro, pondremos aquí las Constituciones que ordenó acerca de lo uno y de lo otro. De la pobreza, que era lo que tanto le habia costado plantar en su Religion, dice así:

«Háse de vivir de limosna, sin ninguna renta en los Conventos que estuvieren en pueblos ricos y caudalosos, donde esto se pudiere llevar, y en los pueblos donde no se pudieren sustentar de solas las limosnas, puedan tener renta en comun, pero en todo lo demás no haya alguna diferencia de los Monasterios de renta á los de pobreza. Y mientras se pudieren sufrir, no haya demanda; mucha sea la necesidad que les haga traer demanda, sino ayúdense con la labor de sus manos, como hacia San Pablo, que el Señor las proveerá de lo necé-

sario. Como no quieran mas, y se contenten sin regalo, no les faltará para poder sustentar la vida; si con todas sus fuerzas procuran contentar al Señor, Su Magestad tendrá cuidado que no les falte su ganancia. En ninguna manera posean las hermanas cosa en particular, ni se les consienta, ni para el comer, ni para el vestir, ni tengan arca, ni arquilla, ni alacena, si no fuere las que tienen los oficios de la Comunidad, ni ninguna otra cosa en particular, sino que todo sea comun. Esto importa mucho, porque en pocas cosas puede el demonio ir relajando la perfeccion de la pobreza, y por esto tenga mucho cuidado la Priora en que cuando viere alguna hermana aficionada á alguna cosa, ora sea libro ó celda, de quitárselo, y que esto se guarde en todos los Monasterios, ora tengan renta, ora no; y sea con mucho rigor, y la Perlada lo ejecute, y no consienta que se quebrante, y que el Provincial la castigue con mucho rigor si se quebrantare.»

Acerca del trabajo de manos, ordena lo siguiente: «No se haga labor curiosa; sea la labor hilar ó otras cosas que no sean tan primorosas que ocupen el pensamiento, para no le tener en el Señor. No cosa de oro, ni plata, ni se porfie en lo que han de dar por ello, sino que buenamente tomen lo que se les diere, y si vieren que no les conviene, no hagan aquella labor.

Tarea no se dé jamás á las hermanas, cada una procure trabajar para que coman las demás. Téngase mucha cuenta en lo que manda la Regla, que quien quisiere comer, que ha de trabajar, así lo hacia San Pablo, y si alguna vez por su voluntad quisiere tomar labor tasada para acabarla cada dia que lo puedan hacer; mas no se les dé penitencia, aunque no la acaben.»

En esta Constitucion del trabajo de manos, hizo la Santa Madre mucha fuerza, y siempre que se le ofrece, la encarga con mucho encarecimiento: lo uno, porque como ella deseaba que sus Monasterios estuviesen sin renta, y que no fuesen sus Monjas con las demandas pesadas á los pueblos donde viviesen, no hallaba otro medio (ni lo habia mejor) que procurasen con su trabajo ganar la comida, y evitar á otros la molestia; pero el principal intento era el huir la ociosidad y regalo, que es puerta de todos los vicios. Este era el fin que Dios le habia enseñado, y el que en su Regla la Santa habia leído donde se

encarga gravemente el trabajo de manos, dando por razon: «porque no halle el demonio por vuestra ociosidad entrada para vuestras almas.»

Sabia bien la Santa que á la ociosidad se seguia el tedio y hastío del encerramiento y guarda de la celda, el andar vagueando por el Monasterio, el quebrantamiento del silencio, la inquietud de las demás Religiosas, y el perdimiento de tiempo y oracion, y así una de las causas por que temia la renta, es porque á esta se suele seguir la hartura; á la hartura el ócio; al ócio la parlaria, las redes, los mensajes, billetes y toda la distraccion que hoy vemos en muchos Monasterios.

Tenia tambien el trabajo de manos por un grande medio del aprovechamiento y perfeccion de las Monjas, porque con él se castiga el cuerpo, se guarda recogimiento en la celda, se cierran las puertas á pensamientos vagos y peregrinos, y se guarda el alma pura para la oracion (*Casian. lib. 10 cap. 22*). Y así leemos de aquellos antiguos Padres del yermo, que median el aprovechamiento espiritual de los Monjes por el fervor y diligencia que tenian en el trabajo de manos, y muchos de ellos trabajaban, no tanto para sustentarse, quanto para perficionarse en la virtud; porque como Casiano refiere (*Casian. lib. 10 cap. 24*), era entre ellos muy recibida esta sentencia, que el Monge ocupado no era tentado mas que de un demonio, y el ocioso era combatido de muchos. Bien entendido tenia esto aquel gran Pablo, primer Ermitaño, que con no poder vender, ni aprovecharse de su trabajo, puestos los ojos, no en la ganancia temporal, sino en el fruto espiritual, trabajaba de continuo, y henchia su cueva de cestillas y espuertas, las cuales quemaba al cabo del año. Deseaba la Santa que en sus Monasterios no se hiciesen delicadas sus Monjas, teniendo por honra el ócio, por devocion el descuido, y el demasiado sueño por necesidad; sino que se enseñasen á trabajar y no se desdeñasen de poner las manos en lo que es tan propio de mujeres; porque como acabamos de decir, el trabajo corporal es la sal que preserva de corrupcion nuestra vida y nuestra alma, particularmente la castidad en las mujeres, que quanto de suyo son mas inclinadas al regalo, tanto mas fácilmente se les pega el ócio y se pierden con él. Que si los hombres que son varoniles, con el regalo conciben ánimo y condicion de muje-

res, las mujeres ¿qué será? Y ¿en qué vendrán á parar, sino en lo que hoy dia vemos en algunos Monasterios, que es lo que no acabaremos de llorar? Pues como á los que están de su naturaleza ocasionados á algunas enfermedades y males, los médicos los guardan con recato de lo que puede ser principio de aquel daño; así la Santa Madre, como la que entendia la disposicion que en esta parte hay en las mujeres, y por otra tenia esperiencia de lo que habia visto en otros Monasterios, quiso prevenir esta dolencia, con quitar las ocasiones de ella, que es el ócio. Verdad sea que este trabajo (como la Santa Madre advierte) no ha de ser por via de tarea, apremiándose á acabar la obra y haciendo en tiempo determinado, que esto quiere decir tarea; porque esta ánsia y codicia, cuando es sin discrecion, ahoga y apaga el espíritu, y le quita la libertad, y le sujeta, y lleva en pos de sí, sino que trabaje lo que pudiere cada una, segun sus fuerzas, como hijas y siervas de Dios, deseando hacer todo lo que fuere en sí por su gusto, y hágase lo que se hiciese, y llegue á donde llegare, porque la intencion de la Santa Madre esta fué, que el trabajo sirva al espíritu, y no que el espíritu sea esclavo del trabajo.

No solo encargaba la Santa Madre el trabajo de manos, sino que era la primera en ellos; porque con estar tan cargada de enfermedades, siempre que las ocupaciones forzosas la dejaban, se ocupaba en hilar, ó coser, ó en otra cosa semejante, de suerte que un punto no estaba ociosa. Cuando iba á la red á negociar con personas muy graves, llevaba consigo alguna obra de manos con que ocuparse, de que no se edificaban pocos que allí estaban, si alguna vez lo sentian. Y así solia decir era gran ventaja hablar estando las rejas cerradas, porque podian negociar y trabajar juntamente. Era tan amiga del trabajo de manos, que cuando le mandaban escribir algun libro, lo sentia mucho; porque le impedia hilar y otros trabajos de manos, propios de mujeres, y de su gusto y condicion, por ser tan humilde.

Quando la Santa Madre fundó el primer Convento de San José de Avila, tomó por modelo y forma de su vida y de su Monasterio la primera Regla de Nuestra Señora del Cármen, y añadió algunas otras observancias, así en el vestido, comida, coro, como en todas las demás cosas de Religion, breves, pero sustanciales y de importancia. Estas aprobó el Obispo de

Avila, á quien entonces estaba sujeto el Monasterio, y con estas ordenaciones vivió, no solo el primer Monasterio de Monjas, sino tambien á su imitacion se gobernaron los demás que iba fundando, hasta que vino el año de mil quinientos ochenta, en el cual, como los Padres Descalzos, con el favor y proteccion del Rey D. Felipe II, saliesen de la obediencia y sujecion de los Padres del paño (Carmelitas Calzados), hicieron su Capítulo Provincial en Alcalá de Henares, donde presidió como Legado Apostólico, el P. Mro. Fr. Juan de las Cuevas, de la Orden de Santo Domingo, Obispo que fué despues de Avila, y con autoridad Apostólica hicieron los Padres Constituciones para su Orden, y con la misma aprobaron las que la Santa Madre hizo y ordenó para sus Monjas. Tambien las confirmó el Papa Sixto V, en el año de mil quinientos noventa, donde dice que aprueba las Constituciones hechas por mano de esta Santa vírgen; despues las han venerado y confirmado todos los Capítulos generales de su Orden, y los demás Sumos Pontífices que han sucedido. He reservado este capítulo para este lugar, porque como la Madre no perfeccionó ni autorizó sus Constituciones hasta estar casi acabadas las fundaciones, no venia bien el tratar de esto antes de ahora.

§. IV.

De las Comuniones.

La Comunion sea cada domingo y dias de fiesta de Nuestro Señor, y de Nuestra Señora, y de nuestro Padre San Alberto, y de San José, y de la advocacion de la casa, y el Jueves Santo, y el Jueves del Santísimo Sacramento, y el Jueves de la Ascension, y los demás dias que al Confesor le pareciere conforme á la devocion y espíritu de las hermanas, con licencia de la Madre Priora, sin la cual las hermanas, fuera de los dias que aquí van señalados, no puedan comulgar, aunque el Confesor se lo diga.

Estos son los dias que la Santa Madre señala para que sus Religiosas comulguen, donde se echará bien de ver el recato que la bienaventurada Madre tenia en el conceder Comuniones á sus Religiosas, que con haber tenido en aquellos principios

almas tan puras y santas, como ella muchas veces refiere, y todos lo palpamos con la esperiencia, y por otra parte, comulgando la Madre cada dia (que esto parece habia de facilitar y abrir la puerta para conceder á sus hijas mayor frecuencia de este Santísimo Sacramento), como tenia bien entendido la pureza y preparacion tan grande que se requiere, siempre iba con mucho tiento, deseando que sus Religiosas pusiesen mas su aprovechamiento en ejercitar mas las virtudes de caridad, humildad, paciencia y otras semejantes, que en frecuentar Comuniones, que cuanto suele ser de fruto á quien llega con la debida disposicion, tanto suele ser de juicio, á quien esta le falta; pero si alguna frecuencia ha de haber mas que la ordinaria, quiere la Santa Madre que sea con acuerdo del Confesor y consentimiento de la Prelada, para que así se haga con mas madurez y consejo.

§. V.

De los Confesores.

La Priora, con el Provincial ó Visitador, busque Clérigo de cuya edad, vida y costumbres haya la satisfaccion que conviene, y siendo persona tal, con parecer del Provincial, podrá tambien ser confesor de las Religiosas; pero no obstante el tal Confesor ordinario, podrá la Priora no solo las tres veces que el santo Concilio de Trento permite, pero tambien otras, admitir para confesar las tales Religiosas, algunas personas Religiosas de los mismos Descalzos y otros Religiosos de cualquier Orden que sean, siendo personas de cuyas letras y virtud tenga la Priora la satisfaccion que conviene; y lo mismo podrá hacer para los sermones, y que ni el Provincial que ahora es, ó por tiempo fuere, no les pueda quitar esta libertad, y á los tales Confesores, así Descalzos como los demás, por causa de las confesar, les puedan aplicar cualquiera limosna ó frutos de Capellanía.

La libertad para confesiones deseó mucho la Santa Madre la tuviesen sus Monjas, y así lo procuró mientras vivió, y encargó y pidió con grande encarecimiento á los Prelados que entonces eran, que les concediesen esta santa libertad para que buscasen gente letrada y sierva de Dios que las ayudasen

á mayor perfeccion, porque sentia la Santa Madre que mientras esto se conservase, se conservaria tambien la perfeccion. Pero como no hay cosa, por buena que sea, que no esté espuesta á muchos males, con el tiempo descubrió la Santa Madre que lo que habia ordenado para medicina de sus Monjas, se les podia convertir en ponzoña, porque como con el tiempo se menoscaba el espíritu, como tambien las demás cosas, comenzó á temer en su vida que dejaba una puerta abierta, para que con título de comunicacion espiritual, se entrase la parlería y entretenimiento. Consideraba tambien otras razones, y todas juntas le hacian temer no fuese esta Constitucion ocasion de alguna relajacion en sus Monasterios, y así lo dijo ella á una Priora que hoy vive, y de las mas santas de sus Monasterios, por estas palabras: «Muy confusa estoy en este punto que puse en las Constituciones, porque aunque cuando se hizo esta Constitucion habia mucho espíritu y sinceridad, temo adelante no se aprovechen della, para andar visitadas y tratar melancolías, que valdria mas no las supiesen sino los de la Orden.» Por donde los Perlados de la misma Religion limitaron esta Constitucion conforme á la intencion de la Santa Madre, quitando á las Prioras esta licencia, y mandando á los Provinciales provean á los Monasterios de Monjas, conforme al Decreto del Concilio Tridentino. Y así lo que se usó en tiempos de la Santa Madre, y ha usado en la Religion, es nombrar el Perlado, tomando primero el parecer de la Priora, en los pueblos donde hay Convento, demás de los Confesores ordinarios, tres ó cuatro personas de las mas graves, letrados y santos de aquel lugar, para que las confiesen y acudan á ellas cuando alguna Monja tuviere necesidad, y esto parece que no puede tener inconveniente; pero importa mucho que los Confesores sean tales, que tengan letras para saber y entender lo que es pecado, y para dar luz á una alma en la verdad; que sean experimentados en cosas espirituales; porque faltando la experiencia, muchas veces se engañan las letras y especulacion; y aunque letrados sin experiencia puedan dar mucha luz en las verdades especulativas, como si es ó no es esto pecado, si hay que tener escrúpulo en esta ó en aquella materia, con lo cual se puede asegurar y quietar mucho la conciencia de una persona ignorante; pero lo que es encaminar una alma por los medios necesarios á la perfeccion, enseñarle á resistir una ten-

tacion, el cómo ha de aprovechar en la oracion y mortificacion; esto es mas propio de quien lo experimenta, y ha pasado por ello, y es algarabía y lenguaje de allende para quien no lo ha gustado; y no bastan letras y experiencia de cosas espirituales, sino tambien es necesario que el que confesare á las Religiosas tenga noticia de su Instituto y Constituciones, y sea persona inclinada á oracion, rigor y penitencia, porque no teniendo esto, fácilmente puede dañar y destruir en un dia quanto la Madre plantó y trabajó en muchos años. Pero en caso que no se halle una persona con todas estas partes, se ha de preferir (como la Santa Madre enseña) la experimentada al que es letrado sin experiencia, porque si aquella es humilde, si ignorare algo, lo podrá preguntar y saber de personas doctas, á lo cual raras veces se humillará un letrado.

§. VI.

De la Oracion mental y Horas Canónicas.

Los Maitines sedigan despues de las nueve, y no antes, ni tan despues, que no puedan estar luego de acabados un cuarto de hora haciendo exámen en lo que han gastado aquel dia; á este exámen se tañerá, y á quien la Priora mandare lea un poco en romance del misterio que se ha de pensar otro dia. El tiempo que en esto se gastare, sea de manera que á las once, poco mas ó menos, hagan señal con la campanilla y se recojan á dormir. Este tiempo de examinacion y leccion tengan todas juntas en el coro, y ninguna hermana salga del coro sin licencia despues de comenzados los officios.

En verano se levanten á las cinco, y estén en oracion hasta las seis, y en invierno se levanten á las seis, y estén hasta las siete en oracion; acabada la oracion se digan las horas, y si á la Priora le pareciere, las digan todas juntas, y si no, deje para antes de Misa una ó dos, de suerte que todas estén acabadas antes de Misa. Los domingos y dias de fiesta se cante Misa, Vísperas y Maitines. Los dias primeros de Pascua y otros dias de solemnidad, podrán cantar los Laudes, en especial el dia del glorioso San José. Jamás sea el canto por punto

sino en tono, las voces iguales. Lo ordinario sea todo rezado, y cada dia haya Misa conventual, á la cual se hallen las hermanas donde cómodamente se puede hacer, procuren no faltar ninguna al coro por liviana causa, y acabadas las Horas se vayan á sus oficios; á las ocho en verano y á las nueve en invierno se dirá Misa, y las que comulgan se queden un poco en el coro.

Un poco antes de comer se taña la campanilla, y se junten todas á hacer exámen de lo que han hecho hasta aquella hora, y la mayor falta que vieren en sí, propongan de enmendarse de ella, y decir un *Pater noster*, para que Dios les dé gracia para ello, cada una donde estuviere se hinque de rodillas, y haga su exámen con brevedad.

A las gracias despues de comer en todo tiempo se vayan al coro con el Salmo de Miserere, y despues de cenar desde Pascua de Resurreccion hasta la Exaltacion de la Cruz, lo mismo.

En dando las dos digan Vísperas, y despues de dichas, se tenga la leccion: de suerte, que en Vísperas y leccion se gaste sola una hora, ahora sean las Vísperas solemnes, ahora no. Esto no se entiende en Cuaresma que se dicen las Vísperas antes de comer, y entonces la leccion se podrá tener de dos á tres, gastando toda la hora en ella, y si se hallaren con espíritu para tenerla de oracion, hágase conforme mas les ayudare al recogimiento y provecho de su alma.

Las Completas se digan por todo el año despues de cena ó colacion, para que acabadas Completas se guarde silencio, conforme la Regla y Constituciones.

En esta Constitucion trata de la oracion mental y vocal, en la cual, como en principal fundamento, estriban todos los Monasterios que la Santa Madre fundó, por ser esta la profesion y fin particular de la Regla primitiva, cuya observancia la Santa Madre Teresa renovó, teniendo esto por principal instituto, y á esto ordenó todas sus Constituciones, para criar gente de oracion, y así las que no venian con esta vocacion, solia decir que no las traia Dios á su Religion, y las que estando en ella la perdian, las tenia luego la Santa Madre por perdidas, como gente que habiendo perdido el norte de su navegacion, no podian dejar de padecer tormenta y naufragio en la vida espiritual.

§. VII.

De la clausura y locutorio.

A nadie se vea sin velo, si no fuere á padre ó Madre, ó hermana, salvo en caso que pareciere tan justo como los dichos, para algun fin, y esto con personas que antes se edifique, y ayuden á nuestros ejercicios de oracion y consolacion espiritual, y no para recreacion, siempre con una tercera, como no sea negocio del alma. La llave de la reja tenga la Priora y la de la portería. Cuando entrare médico ó cirujano, ó las demás personas necesarias, ó Confesor, siempre lleven dos terceras, y cuando se confesare alguna enferma, desviadas como puedan ver al Confesor, con el cual no hable sino la misma enferma, si no fuere alguna palabra, y una de ellas vaya tañendo una campanilla, para que el Convento entienda que hay en casa gente de fuera. Las novicias no dejen de visitar, así como las profesas, porque si tuvieren algun descontento, se entienda que no se pretende sino que estén muy de su voluntad, y darles lugar que la manifiesten si no la tuvieren de quedar.

De negocios de mundo no tengan cuenta, ni traten de ellos, si no fueren cosas que puedan dar remedio á los que las dicen, y ponerlas en la verdad, y consolarlas de algun trabajo, y si no se pretende sacar fruto, concluyan presto, como queda dicho, porque importa que vaya con alguna ganancia quien nos visitare, y no con pérdida de tiempo, y que nos quede á nosotras. Tenga mucha cuenta la tercera con que se guarde esto, y esté obligada á avisar á la Priora si no se guardare, y cuando no lo hiciere, caiga en la misma pena de la que lo quebrantare, esto sea habiéndola avisado dos veces, la tercera esté nueve dias recogida en la celda, y el tercero de los nueve le dén una disciplina en el refectorio, porque es cosa que importa mucho á la Religion.

De tratar mucho con deudos se desvien lo mas que pudieren, porque dejado que se pegan mucho sus cosas, será dificultoso dejar de tratar con ellas algunas cosas del siglo, y téngase gran cuenta en el hablar con los de fuera, aunque sean deudos muy cercanos, si no son personas que han de holgar de

tratar cosas de Dios, véanlos muy pocas veces, y estas concluyan presto.

En esta Constitucion es mucho de considerar el recato que la Santa ordena que tengan sus Monjas en el hablar, determinando las personas con quien se ha de hablar y de las cosas que han de tratar; porque no siendo espiritual la materia ú ordenada á este fin, no da lugar la Constitucion á que se pueda tratar de ella y con cualquiera persona que sea, y si no fuere con padre, ó madre, ó hermano, no quiere que se haga sin velo; porque en descubrir el velo quiere que haya mucho recato.

§. VIII.

De otras cosas que ordenó la Santa Madre en sus Constituciones.

Estas son las Constituciones principales, sin otras muchas de grande perfeccion y espíritu; y si bien se consideran todas ellas, veremos que á lo que principalmente atendió la Santa en estas Constituciones, fué á plantar en su Religion cuatro cosas: la primera (que es como fin y blanco de todas las demás) fué la oracion mental, el trato y lenguaje de espíritu. La segunda, encerramiento y clausura, como cosa tan necesaria é importante para la oracion, no sólo en el Monasterio, sino dentro de la celda de cada una, como lo manda la Regla, y para esto encarga tanto que huyan de locutorios y trato con seglares. La tercera, penitencia y aspereza, como se vé en los ayunos de la Regla y asperezas, que sobre esto añadió la Santa Madre, así en comida, cama, vestido, disciplinas y otras penalidades que hay en las Constituciones, que para doncellas delicadas son bien grandes. La cuarta, la pobreza y trabajo de manos de que arriba hemos tratado. Además de esto ordenó un Instituto todo lleno de humildad y caridad; porque la humildad quiso que se mostrase en que ninguna se llamase don, ni hubiese renombre de mundo, como en otros Monasterios se acostumbra, ni hubiese otro lenguaje mas que de caridad entre las súbditas y Reverencia para las Perladas. A todas las hizo iguales en el acudir á los oficios comunes y humildes, como son barrer, fregar y otros semejantes, y esos ordenó que comenzasen desde la Priora. La caridad y humildad entre sus hijas procuró fuese

siempre mucha; y por esta causa instituyó fuesen pocas, y que en sus necesidades se les acudiese con cuidado y para que esta mas se fomentase, manda que salidas las Religiosas de comer ó cenar, puedan todas juntas hablar en lo que mas gusto les diere, como sean las pláticas religiosas, y conformes á su profesion, y que juntamente estén hilando ó haciendo su labor; pero prohíbe con grande rigor que en otros tiempos pueda hablar una Monja con otra, si no fuere con particular licencia de la Prelada, y esto para cosas espirituales ordenadas al aprovechamiento y consolacion de alguna; y así abomina como de muerte de amistades particulares entre Monjas, sino que todas se amen en general, como lo manda Cristo á sus Apóstoles, y mucho mas prohíbe y veda entre sí otros ademanes, regalos y ternuras de mujeres, aunque sean lícitos, como son el abrazarse una á otra, el llegarse al rostro, el tomarse las manos, todas las cuales cosas han de estar muy lejos de gente que vive y trata de espíritu. Encomienda mucho el desasimiento, no solo entre ellas mismas, sino tambien de deudos, parientes y todas las demás cosas que huelen á carne y sangre. Y porque las Religiosas no vengan á tiempo tan miserable y á tan desdichada suerte, que se hagan tributarias de devotos, dando regalos, y esperando de ellos su comodidad temporal, y porque no tengan dependencia de sus deudos, ni de otra ninguna persona de las puertas á fuera, y así estén obligadas á sustentarles pláticas y locutorio cuando les vienen á visitar; hizo Constitucion que las Prioras tengan obligacion á dar todo lo necesario en comida, vestido, en salud y enfermedad á todas las Religiosas; y así se cumple hoy en sus Monasterios con la misma puntualidad y amor, que una madre de familias pudiera proveer á tantas hijas si las tuviera. Ordenó tambien que en los Conventos no se hagan regalos ningunos de azúcar ni de otras cosas semejantes, para que estando mas lejos de las ocasiones lo estén del pecado.

Quando me paro á considerar la perfeccion de esta primera Regla y Constituciones que (para mayor guarda de ella) hizo la bienaventurada Madre Teresa con tanta prudencia y espíritu, y miro los muchos caminos y trabajos, y aflicciones que á la Santa costaron estos Monasterios, de que soy yo buen testigo, no puedo dejar de encenderme en un gran deseo, que esta Regla y Constituciones se guarden con grande puntualidad y

perfeccion, y que agradezcan mucho á Dios la merced que Su Magestad ha hecho á las almas que están en estos Monasterios en haberlas traído (como á pié enjuto) sin trabajo alguno á gozar de los frutos de una Orden tan perfecta y santa, que con tanta fatiga se renovó y fundó. Deseo grandemente que á estas Constituciones se les tenga veneracion y respeto que es razon, así de parte de las Monjas como de los Perlados de la Orden; las Monjas, guardándolas con religion y observancia, que en esto han de mostrar el amor y reverencia que tienen á la Santa Madre, y principalmente á Dios, cuya voluntad está espresada en estas leyes, en cuyo perfecto cumplimiento está todo su aprovechamiento, y aquella será Monja mas santa, no la que tuviere mas revelaciones, sino la que guardare mejor la ley de Dios, su Regla y sus Constituciones, y aquella será mas hija de la Santa Madre que le pareciere en esto; porque ella mientras vivió no puso tanto su perfeccion en las visiones ni sentimientos espirituales y divinos (de los cuales antes huia como verdaderamente humilde), quanto en el padecer por amor de Dios, y cumplir su santísima voluntad. Los Perlados deben tambien reverenciar estas santas Constituciones, no mudando ni alterando cosa de ellas, que pues hasta aquí la esperiencia ha mostrado el fruto y provecho de ellas, así en el aumento espiritual de las almas, como en el gran consuelo que todas tienen con ellas, y en el grande acrecentamiento que vemos que cada dia se hace de Monasterios, no solo en España, sino fuera de ella, así, aunque perezcan otras cosas mejores, no se deben mudar ni dejar las experimentadas, que la mudanza, aunque sea en mejor (sino es con urgentísima causa), es madrastra de la observancia, despreciadora de las leyes, y aun de quien las hace y basta ser opuesta á la estabilidad y permanencia de las cosas para ser pronóstico de malos sucesos. Este mismo respeto á las Constituciones de la Santa Madre, será razon guarden los Confesores, enseñándoles siempre doctrina que apoye la observancia de ellas, ponderándoles mucho su quebrantamiento, y animándolas siempre á su profesion, que pues este es el medio y camino por donde han de llegar á la perfeccion religiosa, en esto han de poner su principal estudio, esta ha de ser la medida y la Regla que han de seguir, y el dechado que han de mirar, y el blanco donde las han de encaminar todos los que las pretenden ayudar.

CAPITULO XXXIX.

Cómo la Santa Madre vino al Convento de Carmelitas Descalzas de Alba, donde murió, y de algunas señales que precedieron y acompañaron su glorioso tránsito.

Venia la Santa Madre de Búrgos con gran deseo de llegar á su Monasterio de Avila; mas la obediencia de su Perlado le atajó los pasos y le hizo torcer el camino á la Villa de Alba, donde estaba la Duquesa doña María Enriquez; que como amaba y estimaba tanto á la Santa, la mayor gloria que podia tener en la tierra, así para el consuelo y remedio de sus trabajos, como para luz y guia de su vida (porque era una persona muy cristiana y de mucha virtud), era su presencia y su vista. Y así habia pedido al P. Fr. Antonio de Jesus, que entonces era Vicario Provincial y Perlado suyo, que se la trajese por Alba. Estaba el Padre Vicario Provincial en Medina del Campo, esperando que llegase la Madre para cumplir la palabra que él habia dado á la Duquesa, y acompañarla en este camino. Díjole á la Madre era gusto suyo fuese á Alba, y la Madre obedeció luego este mandato, que fué harto riguroso para ella; porque venia con gran deseo de llegar á su Convento de Avila, y descansar algun tanto de los grandes trabajos que habia padecido en Búrgos, pero aceptando la obediencia partió para Alba, donde llegó dia de San Mateo Apóstol, á las seis de la tarde, del año de mil quinientos ochenta y dos. Recibiéronla sus hijas con gran reverencia y devocion, tomando su bendicion, y besándole la mano, la cual ella daba entonces con alegría y apacibilidad (cosa que solia hacer pocas veces), diciéndoles palabras muy amorosas.

Venia muy cansada y fatigada del camino, porque habia dos dias que con venir enferma y con calentura, no se habia hallado que comiese, sino eran unos higos, y otro dia unas berzas mal aderezadas. Y así se acostó luego importunada de sus hijas, diciendo: «Oh váleme Dios, hijas, y qué cansada me siento, mas há de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora; bendito sea Dios que he caido mala entre ellas.» Levantóse otro dia á la mañana, anduvo mirando

la casa, oyó Misa y comulgó con mucho espíritu y devocion. Y de esta manera, cayendo y levantando, anduvo ocho dias, en los cuales, con andar con notable flaqueza, rezaba el Oficio divino y comulgaba cada dia, que era el sustento y virtud que le daba fuerzas, no solo al alma, sino tambien al cuerpo. Y aunque esforzaba para disimular la enfermedad; pero ella se comenzó á descubrir conocidamente, y así el dia de San Miguel, despues de haber oido Misa y comulgado, apretada de las congojas y dolores que padecia, se rindió á mas no poder y acostó en la cama, y pidió la subiesen á una enfermería alta, por haber en ella una reja que sale al altar mayor, por donde podia oir Misa. Estuvo todo un dia y una noche embebida toda y trasportada en oracion, donde entendió de Nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso. Que aunque habia mas de ocho años le habia revelado el Señor el año en que habia de morir y lo traia escrito en cifra en su breviario, y se lo habia dicho así al Padre Mariano, y de algunas hijas suyas en Segovia se habia despedido, diciendo no las veria mas en esta vida, y que se acercaba su partida, y así lo tenian entendido casi todas las Monjas de aquella casa; pero no consta que supiese el dia hasta este punto, que sin duda fué para ella la mejor nueva que en su vida tuvo por ser lo que mas tenia en ella deseado. Que si la vida trabajada de los justos no tuviese el bien escondido en la muerte, no podria tolerarse, por ser esta no muerte, sino vida, donde toman puerto en aquella patria de eterna felicidad y descanso. Y le dijo á la Madre Ana de San Bartolomé, su compañera, como ya era llegada su partida, y que no se lo habia dicho antes por no darle pena. Desde entonces no hizo ningun caso de las esperanzas que los médicos daban de su salud. Comenzaron tambien á temer las Monjas, acordándose de algunos pronósticos y señales que antes que la Madre viniese y en su misma enfermedad habian entendido. Porque algunas Religiosas de aquel Monasterio habian visto algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la Iglesia, otra vió entre las ocho y nueve de la mañana pasar junto á la ventana de la celda, donde despues murió la Santa Madre, un rayo de color de cristal muy hermoso; otra, dos luces muy resplandecientes en la ventana de la misma celda, y aquel mismo verano, antes que la Madre viniese á Alba, estando las Religiosas en oracion, oian

un gemido muy pequeño y agradable cabe sí, y eran tantas las cosas y señales que se veían, que las Monjas andaban con grande temor de algun prodigioso suceso en la Orden.

Tres dias antes de su muerte envió á llamar la Santa Madre al Padre Fr. Antonio de Jesus, Vicario Provincial, que habia venido con ella para que la entrase á confesar, y despues de haberla confesado, en presencia de otras hermanas, la rogó que no los dejase, sino que pidiese á Dios muchos años de vida, pues era tan necesaria. Ella respondió que no se causasen en esto, que ya tenia cerca su partida, y ya ella no era menester en el mundo. Estando en estas pláticas le dió una grande congoja, de manera que parecia se le comenzaba á levantar el pecho; acudieron los médicos con grande prisa y mandáronla bajar á donde antes estaba, por ser muy fria aquella pieza, y con grande cuidado comenzaron á aplicarle medicinas; ella se sonreia, dando á entender el poco fruto que de ellas esperaba. Echáronla unas ventosas sajudas, las cuales admitió de buena gana, por ser medicina penosa; que la que en vida tuvo por gloria el padecer, no lo pudo perder en esta hora, que como uno vive muere. Ibase ya acercando por la posta la última de su vida, y así, víspera de San Francisco, á las cinco de la tarde, pidió el Santísimo Sacramento; mientras se lo traian, estaban juntas las Monjas del Monasterio en su presencia con gran sentimiento y tristeza cuanta merecia el caso presente, temiendo verse desamparadas y huérfanas de tal Madre. Ella, las manos puestas, comenzó á decirles las palabras siguientes: «Hijas mias, y señoras mias, perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que mas mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfeccion y obedezcan á sus superiores.» Esto repetia muchas veces con gran fervor de espíritu, enterneciáanse sus hijas como era razon, lloraban unas, gemian y suspiraban otras, y todas se compungian de ver la humildad de la Santa, y de oir las palabras que les decia.

Así como llegó el Santísimo Sacramento, con estar en este tiempo tan caida y mortal, que no se podia rodear en la cama sino era ayudada de dos Religiosas, se sentó con mucha lige-

reza y fervor sobre ella sin ayuda de nadie. Y eran tan grandes los ímpetus que el amor le causaba, que parecia se queria echar de la cama á recibir á tal Magestad. Púsosele el rostro tan grave, tan encendido y resplandeciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa muy desemejante á la edad que tenia y como si fuera mucho mas moza. Puestas las manos, y abrasado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquel blanquísimo Cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo habia hecho. Porque hablando con su esposo, que tenia delante, decia muchos requiebros, y tan amorosas y dulces razones, que á todos ponian gran devocion, entre otras decia así: «Oh Señor mio y Esposo mio, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mio, ya es tiempo de caminar, sea muy en hora buena, y cúmplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno con vos de lo que tanto ha deseado.» Y como la que en vida habia sido tan celosa de la Iglesia, y por el aumento de ella habia trabajado en fundar tantos Monasterios, daba en la muerte muchas gracias á Dios porque le habia hecho hija de la Iglesia, y porque moria en el gremio de ella, y muchas veces repetia estas palabras: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.» Y ese era uno de los mayores consuelos que entonces sentia su alma.

Pedia con mucha devocion á Nuestro Señor perdon de sus pecados, y decia que por los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor esperaba ser salva; y á las Religiosas pedia rogasen esto á Dios. En todo este tiempo repetia muchas veces estos versos: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum, et humiliatum Deus non despiciet; Ne projicias me á facie tua; et Spiritum sanctum tuum ne auferas á me. Cor mundum crea in me Deus.* Y particularmente y mas de ordinario, no se le caia de la boca aquel medio verso: *Corcontritum, et humiliatum Deus non despiciet.* Que son versos de David, que quieren decir: Sacrificio agradable es para Dios el espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado. No me eches de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu. Cria en mí, Señor, un corazón limpio y puro; todas palabras de un corazón humilde y penitente.

Después de haber recibido el Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor (que con tan grande razón la Iglesia llama Viático, que quiere decir, comida y mantenimiento para el camino), pidió el Sacramento de la Última-Unción, con que el alma se acaba de fortalecer, y dar un baño en la Sangre del Cordero, para con más libertad juntarse con él y gozarle enteramente. Recibió este Sacramento con gran reverencia á las nueve de la noche el mismo día (que era víspera de San Francisco), mientras le ungió su cuerpo en la forma que la Iglesia tiene de costumbre, y ella ayudaba á decir los salmos, y respondía á las oraciones y preces que allí se dicen.

En recibiendo este beneficio (que lo es muy grande este Sacramento para aquella hora) volvió á dar gracias de nuevo á Nuestro Señor, porque la había hecho hija de la Iglesia, casi con las mismas palabras y gozo que antes; llegóse entonces el Padre Vicario Provincial, y preguntóle que si Dios la llevaba de esta enfermedad, si gustaría llevasen su cuerpo á Avila, ó se quedase en Alba. A esto respondió, como que le daba pesadumbre aquella pregunta, y dijo: «¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿aquí no me darán un poco de tierra?» Mostrando entonces la que siempre había sido Maestra de la pobreza, cuán desapropiada y desasida estaba de todo en aquella hora. En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados, y á las siete de la mañana del día siguiente (que fué á los cuatro de Octubre) se echó de un lado á la manera que pintan á la Magdalena, con un Crucifijo en la mano (que tuvo siempre hasta que se le quitaron para enterrarla), el rostro muy encendido, con grandísimo sosiego y quietud, se quedó absorta toda en Dios, y enagenada toda con la novedad de lo que se le comenzaba á descubrir, y alegre con la posesión que casi comenzaba ya á gozar de lo que tanto tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pié ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.

En este tiempo, ¿quién podrá contar lo que aquella alma santa pasaba entre ella y su dulce Esposo? ¿Las visiones, las hablas y los coloquios de amor? Como la que ya se acercaba al tálamo tan deseado, y al lecho florido de su amado. Que si en vida el Señor tantas veces la visitó, y tantas se le mostró con tantos géneros de visiones, y algunas tan continuas que

duraron por algunos años, ahora que era el tiempo de la necesidad y trabajo, quién puede dudar sino que le veía y asistía allí el Rey de la gloria, dándole mil nuevas de alegría, y llamándola para sí con aquellas dulces palabras: Ven, amada mia, paloma mia, date prisa, amiga mia, que ya ha pasado el invierno de esta vida, y comienzan á aparecer las hermosas flores de la Primavera de mi eternidad y mi gloria. ¿Quién duda que le haría compañía la Virgen Santísima y su glorioso Esposo San José, que tantas veces se le mostraron y favorecieron en vida, la acompañaron en sus trabajos, y dieron muchas prendas del amor que le tenían? Hubo algunos testigos de esta buena compañía, porque la Madre Ana de San Bartolomé, compañera perpétua de la Santa, y muy parecida á ella en las virtudes y espíritu (que ahora es Priora en Paris), vió en esta ocasion, antes que la Madre espirase (como ella confiesa en su dicho), á los piés de la cama á Cristo Nuestro Redentor con gran resplandor, acompañado de infinitos Angeles, que aguardaban el alma de la Santa Madre para llevarla á su gloria. Tambien asistieron á su cabecera los diez mil Mártires; porque ellos se lo habian ofrecido muchos años habia, en un arrobamiento que tuvo, despues de haberles celebrado su fiesta, y volviendo de él, como le preguntase la Condesa de Osorno, que era una señora muy devota y grande amiga suya, que habia sentido, le dijo le habian aparecido los diez mil Mártires, y le habian prometido de acompañarla á la hora de su muerte y llevarla á gozar de Dios. Y así, la enfermera que curaba á la Santa, que se llamaba Catalina de la Concepcion (que murió cumplido un año que la Santa Madre salió de este mundo, que era una Monja de singular caridad y espíritu), estando sentada en una ventana baja, que salia al claustro en la misma celda de la Santa Madre, aquella noche que espiró, oyó un gran ruido, como de gente que venia muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por la clausura muchas personas resplandecientes, vestidas todas de blanco, y entraron todas en la misma celda donde estaba la Santa Madre enferma, con grandes demostraciones de contento; era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las Religiosas de aquel Convento en la celda, no se parecia ninguna. Llegaron todas á la cama donde estaba la Santa, y á este punto dice que espiró, que fué á las nueve de la noche.

Esta fué la hora en que salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo. Y estos sagrados Santos, en compañía de los Angeles, hicieron su oficio de llevarla honrada, y acompañada al descanso eterno del Cielo, que con tantos trabajos tenia merecido, viviendo acá en el suelo. A la hora que la Santa Madre espiró, vió una Religiosa salir por su boca una como paloma blanca, y otra á este mismo tiempo una estrella sobre la torre y campanario de la Iglesia, y otras vieron cosas muy maravillosas; con las cuales daba el Señor por mil resquicios muestras de la gloria y felicidad de que gozaba aquella alma.

La causa y ocasion de su muerte atribuián los médicos al gran cansancio y molimiento del camino, á un flujo de sangre que le sobrevino, y así le fué faltando la virtud y la vida. Pero lo cierto es, que aunque no se puede negar, sino que ayudarian mucho estos accidentes para cortarle el hilo de la vida; pero el cuchillo que le dió muerte fué un tan grande ímpetu de amor de Dios, tan poderoso y tan fuerte, que le arrancó y dividió, no solo el espíritu del alma, sino tambien al alma del cuerpo, porque en todo aquel tiempo que estuvo absorta y arrebatada (que fué por espacio de catorce horas, como habemos dicho), de tal manera se fué encendiendo y abrasando en amor con las cosas que veia, con el gozo de lo que esperaba, que sin ser mas en su mano, como otra ave Fénix, murió en aquel dichoso fuego en que siempre habia vivido. Esto reveló la Santa Madre otro dia despues de su muerte á una Monja de grande santidad y perfeccion que ella tenia en su Orden, que era la Madre Catalina de Jesus, Fundadora y Priora del Convento de Veas, cuyas virtudes y la vida contamos tratando de aquella fundacion, donde tambien dijimos, como estando con una gravísima enfermedad, queriéndole encubrir las Monjas la muerte de la Santa Madre, por no darle pena, ella la supo y dijo al P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, Provincial de los Descalzos, le habia aparecido la Madre muy gloriosa, y dijo que iba á gozar de Dios, y que en su muerte habia tenido un grande ímpetu de amor de Dios con que se le salió el alma, y otras cosas que referiremos en el capítulo siguiente. Lo mismo reveló la Santa Madre á un Perlado grave de su Religion, diciendo que estos grandes ímpetus habian sido causa de su muerte, porque habian sido tan fuertes, que no lo habia podido sufrir su natural.

enY no es mucho de espantar que un impetu de esta manera sea tan fuerte que pueda apartar el alma del cuerpo; pues cuenta de sí la Santa, que de solo oír una vez cantar una copla que trataba de cuán penosa cosa era vivir sin ver á Dios, le vino un impetu semejante con tan grande violencia, que si nos proveyera q Dios que cesara la música fuera imposible poder tener el alma en el cuerpo. Esto lo tenía ella antes profetizado; por que tratando en su vida de estos grandes impetus y desepes de Dios, dió así (*Vida cap. 20. Morad. 6, cap. 10.*) «Yo bien pienso alguna vez que ha de ser el Señor servido, que si va adelante como va ahora, que se acabará con acabar la vida.» Y en otra parte, dice hablando de sí: «Yo sé de una persona, que estando en oración semejante, oyó cantar una vez, y certifica, que á su parecer, si el canto no cesara, iba ya á salirse le el alma del cuerpo; y así proveyó Su Magestad que cesase el canto, que la que estaba en esta suspensión bien podría morirse; mas no dejó que callase.» Y fué claro indicio de haber sido esta la ocasión de su muerte, porque quedó tan sosegada luego que murió, que já las que muchas veces la habian visto arrebatada en oración, no les parecía sino que estaba todavía en ella. Pues de este violencia grande e impetu de amor, fué su alma tan fuertemente arrebatada, que no solo se enagenó de los sentidos, sino tambien del cuerpo, porque de la mucha fuerza con que estaba abrazada, unida con su divino y celestial Esposo, le provino un gran flujo de sangre, y de él la muerte. O no se sinte este en pñeccion y habitus de un
 - Fué el día de su glorioso tránsito Jueves, entre las nueve y las diez de la noche, á las cuatro del mes de Octubre del año de mil quinientos ochenta y dos, día del glorioso y bienaventurado San Francisco, de quien la Santa era muy devota. Fué el año, en que se emmendaron los tiempos, quitando los diez días que andaban de sobra e adelantados, y el día siguiente se contaron, quince de Octubre, siendo Pontífice Gregorio decimo tercero, de gloriosa memoria, y reinando en España el Rey Católico y Prudente Don Felipe II de este nombre.
 - Murió de sesenta y siete años, seis meses, y siete días, habiendo vivido en la Religión cuarenta y siete años, los veinte y siete en la Encarnación, y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primera Regla que ella restituyó. La cual

fué el Señor servido que viese antes que muriese muy acrecentada y con Perlados propios. Y vió cumplida la profecía que el Señor antes le habia profetizado.

Era la Santa Madre de muy buena estatura, en su mocedad hermosa, y despues de vieja de muy buen parecer. El cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción. La color blanca y encarnada, y cuando estaba en oracion se encendia y ponía hermosísima, en todo el demás tiempo la tenia muy apacible. El cabello negro y crespo, la frente ancha y hermosa, los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves. Las cejas algo gruesas y llenas, la nariz pequeña, la punta algo redonda y un poco inclinada para abajo. La boca de buen tamaño y bien proporcionada con el rostro. Tenia en él tres lunares que caian al lado izquierdo, que le daban mucha gracia, uno mas abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y otro debajo de la boca. En todo su semblante era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecia algunas veces que le salian como rayos de resplandor y luz, que le hacian respetar á los que la miraban. Este era el retrato de la Madre siendo viva, la cual, ahora despues de amortajada y tendida en el suelo, daba muestras en la hermosura exterior (como se escribe del glorioso San Martin y San Francisco) de la gloria de que gozaba su alma. Porque en acabando de espirar, quedó su rostro hermoso en gran manera, blanco como el alabastro, sin ruga ninguna, aunque solia tener hartas por ser ya vieja; las manos y los piés con la misma blancura, todas transparentes, que se podian mirar en ellas como en un espejo; y tan tratables y tan suaves al tacto, como si estuviera viva. Todos sus miembros quedaron hermoseedos con manifiestas señales de la inocencia y santidad que en ellos habia conservado.

Fué tan grande la fragancia del olor que salia de su santo cuerpo al tiempo que le vestian y aderezaban para enterrarle, que trascendia por toda la casa, y era de suerte que las Religiosas no podian discernir á qué olor de los de acá de la tierra se pareciese, porque verdaderamente era olor del Cielo. Y de rato en rato parece que venian nuevas olas con nueva suavidad y fragancia de olor. Y era tanta la fuerza y demasia

de él, que fué necesario abrir las ventanas para poderlo sufrir. Quedó este olor no solo en toda la enfermería, cama, ropa y vestiduras de la Santa Madre, sino en todas las demás cosas que ella estando enferma tocó, como en los platos y aun en el agua con que los lavaban. Y así una hermana, en acabando de amortajar á la Santa Madre, fuese á lavar las manos descuidadamente, y sintió salir luego de ellas tan grande y tan suave olor, que le parecia cosa del Cielo, por no haber visto cosa semejante en la tierra. Y fué en tanto extremo, que de ahí á muchos dias una Religiosa que hacia la cocina, sentia en ella esta especie y diferencia de olor, y buscando de dónde pudiese salir, halló debajo de un arca una salserilla de sal que habia servido en la enfermedad de la Santa; y estaban sus dedos señalados en ella, quedando allí impresas las señales de cuando tomaba sal, y en ellas la fragancia de su cuerpo.

Viviendo la Santa esperiménté yo que le salia de la boca notable olor y fragancia, y comencé entonces á reparar un poco, y pareciéndome poca mortificacion, sentia mal de esto, porque me vino sospecha si acaso tomaba algunas pastillas de alcorzas confeccionadas con olores, que suelen llamar pastillas de boca. Y queriéndome informar de su compañera Ana de San Bartolomé, me dijo que eran tan contrarios los buenos olores á su condicion y enfermedad, que la noche antes, habiéndola dado un bizcocho, porque no habia podido cenar por sus enfermedades, dejó de comerlo solamente porque debia llevar algun poco de olor, y tambien me dijo que despues que la Santa Madre habia quedado manca del brazo, cuando la ayudaba á vestir, sentia esta misma suavidad y fragancia de olor, y así la conservaba despues de muerta, y esto es mayor maravilla que de un cuerpo muerto (que de suyo no es mas que un muladar, y la cosa que mas asco causa en esta vida, por despedir de ordinario de sí un hedor tan insufrible, que inficiona de tal manera el aire, que suele causar pestes y otras enfermedades contagiosas), salga un olor tan escesivamente suave, que, como adelante diremos, dura hasta hoy en su cuerpo y reliquias, de que hay muchos testigos, con haber tantos años que murió.

Muerta la Madre, fué grande el sentimiento que hicieron sus hijas y toda la Orden, como la que quedaba huérfana sin

ella; por haber sido Padre, Madre, Maestra y Fundadora, y tan amada, sin embargo que todos entendian la mucha razon que habia para holgarse; entendiendo la gloria y felicidad que gozaba.

Las Religiosas todas del Monasterio de Alba, comenzaron luego á venerar su cuerpo y reliquias; porque no solo la besaban los piés y manos como á Santa, sino tambien por santo todo lo que ella habia tocado, lo guardaban y reverenciaban como á instrumentos en quien esperaban que Dios habia de mostrar su virtud obrando cosas maravillosas para honrar á su sierva. Y así repartian de sus vestiduras con grande devocion por los Monasterios de Monjas y Padres graves de la Religion. Tomó el P. Vicario Provincial el hábito, con el cual hizo el Señor un milagro luego que se partió á Medina. Y el P. Fr. Agustin de los Reyes, Rector que entonces era del Colegio de Salamanca de los Descalzos, llevó un pedazo de su túnica interior. Y así se fue repartiendo lo demás entre algunas personas graves y devotas, por algunos Monasterios de Frailes y de Monjas de la Orden, y otras graves personas de fuera de ella.

CAPITULO XL.

Cómo se hizo el entierro de la Santa 'Madre, y los milagros que el Señor obró al tiempo de su muerte, en testimonio de su santidad, y cómo la Santa se ha aparecido muchas veces despues de muerta.

Estuvo el cuerpo de la bienaventurada Madre desde las nueve de la noche que murió, hasta el dia siguiente á la hora de Misa mayor, que la enterraron, acompañada de sus Religiosas, las cuales muchas veces con devocion y ternura le besaban los piés y las manos; y para confirmar mas el Señor la santidad de su sierva, no solo en su vida, como habemos ya visto y contaremos adelante, sino tambien en su muerte obró muchos milagros, de los cuales referiré aquí algunos.

Habia entonces allí una hermana gran sierva de Dios, que carecia del sentido del olfato, estaba desconsolada porque no podia participar de aquella suavidad de olor, que las demás decian que sentian, y llegó á besar sus santos piés, y

abrazada con ellos, comenzó á sentir su olor, y cobró desde entonces el sentido del olfato, y duróle en las manos la misma fragancia mucho tiempo, de suerte, que aunque se lavaba muchas veces, no la perdía.

Habia otra Religiosa que habia mucho tiempo que tenia un grande dolor en un ojo, y llegándose á los piés de la Santa Madre, al punto sanó, y dando voces publicó la misericordia que el Señor le habia hecho. Otra Religiosa llamada Isabel de la Cruz, traía de ordinario gran dolor de cabeza, que habia mas de cuatro años que le tenia, y los ojos tan malos, que si no los apretaba con la mano, no podia andar ni ver la luz, y cuando la Santa Madre quiso espirar, tomó sus manos, y metió los dedos de ella en sus ojos, y púsolas tambien sobre su cabeza, y nunca mas de allí adelante sintió dolores de cabeza, y quedó con clara vista en los ojos.

Al tiempo que la bienaventurada Madre Teresa de Jesus espiró, estaba muy enferma doña Bernardina de Toledo y Enriquez, hermana de la Duquesa de Alba, y envió á pedir á doña María de Fonseca, Monja de la Orden de San Francisco (que estaba entonces en el entierro de la Santa Madre), alguna reliquia suya; y ella le envió un jubon de lienzo de que habia usado la Madre en su enfermedad; recibiólo con grande reverencia y besó con gran devocion, y se lo vistió esperando por este medio su salud; no fueron frustradas sus esperanzas, que al punto le dió tan terrible sudor, que con haber dos meses que estaba muy enferma de una gran calentura, quedó luego sin ninguna y libre de toda enfermedad. Dentro de pocos dias en el mismo lugar de Alba, la Abadesa del Convento de la Madre de Dios de Monjas Franciscas de la tercera Regla, llamada doña Magdalena de Toledo, fué á visitar á doña Juana de Ahumada, hermana legitima y natural de la Santa Madre. Estaba la Abadesa ciega mas habia de tres años, y sabiendo tenia doña Juana una Cruz que habia sido de la Santa Madre, de que tratamos en el primer libro de esta historia, pidióle pudiese en los ojos aquella santa cruz, y dentro de tres horas veia la calle, y poco á poco cobró la vista; de suerte que dentro de breve tiempo con grande admiracion de los que antes la conocian, veia y escribia, cosa que antes era imposible hacer.

Concurrió al entierro de la Santa Madre toda la gente de

aquella Villa, é hizose con toda la solemnidad que en aquel lugar se podia esperar, besándola sus santos pies y hábito toda la gente con mucha devocion, teniéndose por dichoso el que podia llegar á tocar aquel cuerpo santo. Estaba puesto en unas andas cubiertas con un paño de brocado, como ella habia visto en una vision muchos años antes quando estuvo unos dias como muerta, como ya contamos al principio de la historia. Trazóse la sepultura en el hueco de una pared que estaba debajo de un arco, donde estaban unas rejas del Coro bajo del Convento que sale á la Iglesia, para que los de dentro y los de fuera pudiesen gozar de ella. Quitáronle de las andas, y pusieron el cuerpo santo vestido con su hábito en un ataúd, y enterráronle en la sepultura que tenian hecha, y cargaron mucha cantidad de tierra y piedra y ladrillo; de tal manera que se quebró el ataúd, y se entró dentro mucha tierra, como despues se vió. Esto hizo Teresa Laiz, Fundadora de aquella casa, ayudándole todas las Monjas de aquel Convento, porque se recataban no les hurtasen el cuerpo para el Monasterio de Avila, prenda que ellas estimaban en lo que era razon; y por tenerle mas seguro le tapiaron no como quiera, sino con piedra, tierra, cal y ladrillo. Y este pensamiento no fué suyo, sino de Dios que las guiaba y las movia á esto, como se verá por lo que despues sucedió, para honrar por todas las vías y maneras posibles á los suyos, y mostrar el cuidado que tiene de ellos en la vida y en la muerte, pues sirvió esta diligencia de que campease mas la incorrupcion de su cuerpo.

Despues que la Santa Madre partió de este mundo ha aparecido á algunos Religiosos y á muchas Religiosas de sus Monasterios, y á otras personas seglares con gran resplandor y hermosura, en demostracion de la mucha gloria que goza. Las personas á quien la Santa Madre se ha mostrado han sido muchas, y todas muy espirituales, y las mas de las que aquí referiré, lo testifican en sus dichos, compelidas del juramento en la informacion de su canonizacion. Son ó han sido casi todas Perladas y compañeras de la Santa Madre, y de las primeras Fundadoras de la Religion y verdaderas hijas é imitadoras de su espíritu. Y así se puede muy bien creer que Dios le hiciese esta merced, que despues de su muerte, para consuelo suyo, unas viesen la gloria de que gozaba su Madre, otras fuesen avisadas de ella de lo que debian hacer, y socor-

ridas en muchas dudas y trabajos espirituales. Y no es de creer que el demonio nuestro adversario, vistiéndose de la vestidura de luz, quisiese contrahacer el espíritu de Dios, y engañar á tantas almas con semejantes apariciones; porque lo uno no es estilo suyo acreditar y honrar los Santos, queriendo fingir acá la grande gloria que tienen; lo otro porque aunque en una ó en otra se pudiese temer algun engaño, pero en tantas tan siervas de Dios, de tan aprobado espíritu, de tantos años de oracion y de otras mercedes y favores del Cielo, temeridad seria no creer haber sido estas revelaciones de Dios ordenadas para muchos fines, y el principal para acreditar su sierva y darnos noticia de la felicidad que ahora goza. No parecerán nuevas estas apariciones á quien hubiere leído las historias y vidas de los Santos, como la de San Benito, San Francisco, Santo Domingo, San Martin y otros Santos, que apenas se hallará ninguno que lo haya sido de veras, de quien Dios no haya dado testimonio en la tierra con milagros, y desde el Cielo con algunas señales y manifestacion de su gloria, ó apariciones despues de su muerte.

La primera vez que la Santa apareció fué el mismo dia de su entierro, en el cual se mostró á la Madre Catalina de Jesus, Fundadora del Convento de Veas, mujer de grande santidad y virtudes heróicas (cuya vida por ser tan admirable escribió la Santa Madre en el libro de sus Fundaciones), la cual, yendo á comulgar aquel mismo dia, le apareció y le dijo que se iba á gozar de Dios, que no tuviese pena, que mas ayudaria á la Orden desde la otra vida que en esta. Cayó luego muy enferma esta Religiosa; y estando allí el Padre Provincial Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, les vino la nueva de la muerte de la Santa Madre, la cual no se la quisieron decir á ella por no darle pena; pero como advirtió que estaban todas muy tristes, dijo al P. Provincial (sin que ellos le dijesen la causa de su tristeza) están tristes por la muerte de nuestra Madre Fundadora Teresa de Jesus, pues ya yo la sabia, y no tengan pena de nada; y entonces contó al Perlado todo lo que habia pasado.

A esta misma sierva de Dios se le apareció la Santa Madre visiblemente muchas veces, unas consolándola, otras animándola, otras reprendiéndola una falta particular, otras enseñándola y dándola doctrinas de mucho provecho; de las cuales pu-

diera yo aquí decir mucho si no temiera alargar esta historia. Particularmente una vez le apareció la Santa y le llegó con la mano á un lado, donde tenia esta Madre una postema, que dentro del cuerpo le reventaba materia, y era enfermedad incurable en ella, de la cual padecia grandes dolores y trabajos, y tomóle juntamente la mano, en la cual tenia un empeine ó lunar negro que la tomaba casi toda, y al punto que llegó quedó sana y sin dolores de la postema, y la mano tan blanca como si nunca hubiera tenido nada de aquel empeine ó lunar, habiéndole tenido desde que nació, y estando como desahuciada de la vida, quedó sana desde entonces.

Entre otras cosas de importancia que la Santa Madre enseñó á esta su hija que tanto amaba, fué una en que con mucha eficacia le dijo que avisase al Provincial que en ninguna manera se haga caso en estas casas de visiones ni revelaciones, porque aunque hay algunas verdaderas, hay muchas falsas y mentirosas, y es trabajosísima y peligrosa cosa sacar verdades inciertas de entre las mentiras. Y cuanto mas caso se hace de esto, tanto mas se va desviando de la fé, que es la virtud cierta y segura. Y los hombres son tan amigos de ellas, que santifican el alma que las tiene, lo cual es negar el orden que Dios tiene puesto para la justificacion de una alma, que es por medio de las virtudes y cumplimiento de su ley y mandamientos. Que como las mujeres son muy fáciles y de poco entendimiento, fácilmente se engañan. Y acudiendo á los que ni son tan letrados, ni tienen tanta prudencia para poner las cosas en su punto, se pueden seguir muchos inconvenientes. Y que el premio que ella tenia en el Cielo, no se le habia dado por sus revelaciones, sino por sus virtudes.

Estaba una Priora de la Orden (que no digo quién es) á quien la Santa Madre habia amado mucho en su vida, así por merecerlo su virtud, como por haber sido compañera suya en sus fundaciones y trabajos, algo desconsolada de no haber visto á la Santa Madre despues de su muerte; porque como habia oido decir que tantas veces se habia aparecido á sus Religiosas, parecióle la tenia olvidada en no haberle hecho á ella este favor. Pues como estuviese con esta pena, y la hubiese tambien tratado con otra Religiosa de su Convento, y ella la consolase, diciendo que la Santa la trataba como á hija fuerte, que no tenia necesidad de estos consuelos, fué el Señor

servido que la Santa Madre se les apareciese estando en los Maitines de los Inocentes á entrambas. Vió á la Madre primero la Religiosa con los ojos corporales, junto á la reja del coro, con su mismo hábito, como las demás Monjas, y con mucha gloria. Quedó muy turbada con esta vista, y entendiendo que todas las demás Religiosas la habian visto como ella, se admiraba que no hiciesen novedad. Por donde echó de ver que aquella vision no habia sido general y comun á todas, y así se detuvo y compuso lo mejor que pudo, sin hacer mudanza alguna, y luego vió como la Santa Madre se fué al lugar de la Priora, y la abrazó, y sintió que le decia estas palabras con mucho regalo: «Hija, no pienses que es desamor el no haberte visitado; antes eres de las mas queridas.» Y habiendo echado la bendicion á las Monjas se desapareció. Despues de los Maitines fué la Religiosa á comunicar con su Perlada lo que habia visto, y hallóla con notable gozo y alegría, y habiéndole contado su vision, confesó la Perlada haber pasado todo de la misma manera como ella lo decia. Esta misma vision vió entonces otra Religiosa muy espiritual y muy cuerda, la cual (como ella afirma en su dicho) vió aquella misma noche á la Santa Madre junto á la Priora, aunque ella entonces no lo quiso manifestar. Y esta misma Religiosa la vió otras muchas veces, en particular una con una corona de mucho resplandor y gloria. De suerte, que en una misma noche en Maitines, la vieron tres, y todas tres personas de mucho crédito y religion, y todas han sido Perladas de la Orden.

A esta misma Perlada que entonces era de Segovia apareció la Santa Madre otras veces, particularmente un dia de los bienaventurados Apóstoles San Simon y Judas, porque como estuviese pensando sobre estas palabras: «Yo soy Dios escondido,» tuvo una gran suspension con tal fuerza, que se arrebató el espíritu y la sacó de sí, y se vió metida en tan grande bien y gloria que la parecia imposible poderlo significar. Donde vió á la Santa Madre con grande gloria, y que le salia de la boca, del corazon y los ojos unos rayos de luz muy grandes que llegaban hasta Dios, y particularmente con una cinta que le ceñia y trababa con Dios. Y parecióle que le dijo la Madre, que aquella cinta significaba el premio que el Señor le habia dado por la pureza y deseo del aprovechamiento de las almas.

A un Religioso de su Orden de los Descalzos, muy siervo de Nuestro Señor, poro que se calla aquí su nombre (como lo haremos tambien con el de otras Religiosas y demás personas) apareció la Santa muy linda y hermosa, llena de luz y claridad, y le dijo (*Tom. 1. de Cartas. Aviso 15.*): «Los del Cielo y los de la tierra seamos una misma cosa en pureza y en amor: los del Cielo gozando; los de la tierra padeciendo; nosotros, adorando la Esencia divina; vosotros el Santísimo Sacramento; y dí esto á mis Hijas.» Quedóle á esta persona impreso en el alma, «Sacramento y trabajos.»

A otras muchas personas se apareció en Segovia, Alba, Avila y Granada, donde la Madre Antonia del Espíritu Santo, que ya es muerta, y fué una de las cuatro primeras que tomaron el hábito, la mostró la gloria grande de que gozaba, y las particulares escelencias que se le habian concedido por haber tenido mientras vivió en la tierra celo grande de la honra de Dios, y aquel sentimiento grande de las almas de los herejes é infieles que se condenaban, á cuyo fin enderezó sus Monasterios para que rogasen á Dios por la reduccion de ellos, y por esta causa le habia concedido Nuestro Señor este dón, que fué ella en el Cielo particularmente patrona y abogada de esta causa. Y le habia dado en pago de lo que en el mundo habia trabajado por ella muchos grados de gloria.

Otra Religiosa la vió con grandísima gloria, muy adornada de piedras y perlas muy ricas, y le fué diciendo lo que significaba cada ornato de aquellos de que venia vestidá. Lo cual ella comunicó con el P. M. Fr. Diego de Yangués, que tambien habia sido Confesor de la Santa Madre, y aprobó esta vision.

Ha mostrado bien la Santa Madre con las obras lo que en su vida prometió muchas veces, que despues de muerta habia de ayudar mucho mas á la Religion; porque en vida solamente estaba en un Monasterio, pero despues de muerta acudia á las necesidades espirituales de muchos, ya aconsejando á las Perladas, ya reprendiendo las súbditas y atajando principios de relajacion como se ha visto y se vé cada dia en sus Monasterios. Y así acaeció en el Convento de Villanueva de la Xara á una Religiosa que comia carne por ciertos achaques de una enfermedad que tenia, pero no suficientes para comerla, segun la

Regla de su Orden; estando cenando una noche de una ave, oyó una voz que la llamó por su nombre, y le dijo: «Conóceme?» Alzó ella entonces los ojos y vió á la Santa Madre, la cual con grande severidad la reprendió, y le dijo: «¿Qué modo de relajacion es esta? Que lo que yo con tanto trabajo fundé, lo relajés tú ahora?» (Tanto es lo que los Santos sienten cualquiera demasia ó relajacion en su Orden.) Fué tanta la pena y el sentimiento que tuvo, que arrojó luego en el suelo lo que tenia en el plato, y nunca mas comió carne, sino fué en enfermedad grave, y entonces constreñida por obediencia, y tuvo salud y mejoría de sus achaques.

Otras veces ha aparecido apoyando la pobreza, otras donde veia se resfriaba la caridad, persuadia la union de unas con otras; donde hallaba trabadas amistades particulares, las deshacia, y así como verdadera Madre ha acudido siempre á las necesidades y aumento de sus Monasterios. Y con esto daremos fin á las apariciones que la Santa Madre hizo á sus hijas, dejando de referir otras muchas que el P. Dr. Francisco de Rivera escribe en su vida, y constan de las informaciones hechas para su Canonizacion.

No solo ha aparecido la Santa Madre á sus hijos é hijas, sino tambien á otras muchas personas. El Conde Triburcio, Caballerizo de la Emperatriz, hermana del Rey D. Felipe II, estando oprimido de una grave enfermedad, vió á la Santa Madre acompañada de muchas Religiosas, y quedó sano de aquella enfermedad; y fué al Convento de las Carmelitas Descalzas de Madrid á decir una Misa en hacimiento de gracias, por la merced que el Señor le habia hecho por intercesion de la Santa Madre.

Vino la Condesa de Osorno, que en vida habia sido muy devota de la Santa Madre, á Alba á visitar su sepulcro; salió al cabo de un gran rato con mucha alegría, diciendo que la Santa Madre le habia aparecido y consolado mucho con su olor, el cual le duró tres dias. Y tambien se apareció á la hora de su muerte á Teresa Laiz, fundadora del Convento de Alba, como mas largamente dijimos, tratando de aquella fundacion. Y en Zaragoza, á Pedro Juan Casa de Monte, Mercader, el cual habia sido muy devoto de la Madre, y la habia acompañado y favorecido á ella y á sus Monasterios mientras vivió, el cual, como estuviese algo apretado de una enfermedad,

dándole esperanza los Médicos de salud, le apareció la Santa Madre, y le dijo se moriría aquel día. Fué á confesar un Religioso Carmelita Descalzo, y diciéndole lo que los Médicos prometían de salud, no haciendo caso de esto le contó con mucha alegría lo que había visto, diciéndole se había de morir aquel día. Y en pago de la merced que había recibido de la Santa, dejó su hacienda al Monasterio de las Monjas Descalzas de aquella ciudad.

A todas estas y otras muchas que aquí pudiera decir, añadiré sola una aparición, no por relacion, sino por vista de ojos, hecha á mí, indigno, como á hijo necesitado de la Santa Madre, y fué que habiéndome librado de un gran peligro de mi alma, por un medio harto extraordinario y maravilloso, me apareció aquella noche en sueños, dándome á entender había sido ella autora de aquel bien y merced que yo había recibido.

Otra vez antes que muriese la Santa, apareció á un padre de la Compañía (como afirma el Dr. Enrique Enriquez en su dicho) que había sido Confesor de la Santa Madre y Perlado en su Religión, el cual cerrado en su aposento, entró la Santa dentro y le dijo ciertos avisos y amonestaciones, y como lo refiriese esta persona al Padre Enriquez, tuvo curiosidad de informarse de la Santa Madre si había sido así, y ella con una humilde modestia, confesó que aquello era la verdad, lo cual había ordenado Nuestro Señor para ciertos efectos de su alma. Asimismo en vida apareció á otra Monja en Salamanca, como referimos en la fundación de aquel Convento. Y á un hermano suyo estando en las Indias.

CAPITULO XLI.

Cómo á cabo de algun tiempo fué hallado el cuerpo de la Santa Madre Teresa de Jesus sin corrupcion ninguna; y cómo fué llevado á San José de Avila.

Ya había casi nueve meses que el cuerpo de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus estaba enterrado en el lugar que arriba dijimos, y en todo este tiempo parece que las Religiosas se reprendían de no haber puesto desde el principio aquel

santo cuerpo con la veneracion y reverencia debida á tan esclarecida Santa, acordándose de las admirables y escelentes virtudes que en su vida tuvo, y veian despues de su muerte que los milagros eran muchos y muy grandes, porque demás de los que habemos referido, sucedieron otros muchos de que haremos mencion en su propio lugar. Y lo que mas solicitaba sus ánimos para enmendar el yerro pasado (que mirado en órden á los fines que Dios tenia, habia sido muy grande acierto), era primeramente oir algunas veces golpes dentro del mismo sepulcro, que parece que el cuerpo santo no se podia contener sin dar muestras del milagro que Dios allí tenia encerrado. Pero la principal razon que avivaba en las Monjas este deseo de descubrir y desenterrar el cuerpo, era que sentian muchas veces muy grande olor y fragancia que salia del Sepulcro, y eso mismo sentian muchas personas seglares que venian á hacer oracion á la Santa y muy de ordinario. Y aunque era siempre muy suave, pero unas veces era menos y otras mas, y cuanto á la diferencia del olor, no siempre de una manera, porque unas era como de azucenas, otras como de jazmines y violetas, y otras no sabian á qué compararlo. Tenian esto por cierto pronóstico de su incorrupcion, pareciéndoles no era posible que cuerpo humano despidiese de sí tal fragancia, si no fuese estando sobrenaturalmente incorrupto y preservado.

Vino á visitar aquel Monasterio el P. Provincial de los Descalzos, Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, é informándole las Religiosas de lo que pasaba, pidiéronle con encarecimiento que desenterrase el santo cuerpo. Parecióle buen acuerdo, y comenzaron él y su compañero con gran secreto y recato á quitar las piedras, temiendo no se alterasen los Duques de Alba, que estimaban el cuerpo por la mejor joya de su Estado. Eran las piedras tantas, que tardaron él y su compañero cuatro dias en quitarlas, con ayudarles á esto tambien algunas Religiosas. Olian las piedras, por lo que se les habia pegado de la vecindad del santo cuerpo, al cual, mientras mas se iban acercando, crecia mas la suavidad.

Llegaron al ataud á cuatro de Julio de mil quinientos ochenta y tres, á cabo de nueve meses que habian pasado despues de la muerte de la Santa. Estaba el ataud quebrado por encima, y para mayor confirmacion del milagro que ahora diré,

todo podrido y lleno de moho y de humedad, que tenia mucha; porque para asentar las piedras al tiempo que la enterraron, habian echado primero cal, tierra y agua sobre él. Estaba el hábito de la Santa tambien todo podrido, y con el mismo olor de humedad. Hallaron el santo cuerpo lleno de la tierra que habia entrado por lo quebrado del ataud; tanto, que fueron necesarios cuchillos para despegarla de él, y tambien estaba lleno de moho. Pero ni la tierra, ni el agua que por el ataud habian entrado, ni la humedad de la sepultura (y lo que mas es, ni el ser cuerpo humano) que despues de muerto no es mas que corrupcion), habian sido parte para que el cuerpo santo tuviese alguna, porque estaba sin que faltase un cabello, todo entero, como si entonces le acabaran de enterrar; salia de él un olor suavísimo y maravillosísimo, bien desemejante de todos los que hay en la tierra, con tan notable fragancia y suavidad, que parece daba vida, nuevo regalo y consuelo á todos los que allí estaban. Hincáronse todos de rodillas, y con mucha devocion y lágrimas le reverenciaron, y bendecian al Señor, que tan maravilloso es en todas sus obras; que no es pequeña maravilla ver un cuerpo enterrado con sus intestinos, y particularmente de mujeres (y mas de la Santa, que era de suyo gruesa y carnosa), que por su mucha humedad son mas aptas para la corrupcion, por tanto tiempo y en lugar tan húmedo, tan sano y tan incorrupto, con tan buen olor y tan tratable y apacible al tacto, como si estuviera vivo. Y por ventura lo es mucho mayor, mirando las leyes de la naturaleza, el olor tan notablemente maravilloso que de él salia y sale hasta hoy.

Grandes maravillas son estas; pero miradas en sí, muy convenientes, porque lo era mucho, segun las leyes de la divina justicia, que la carne que viviendo entre tantos peligros del mundo, habia conservado su entereza y limpieza, estuviese tan entera en la sepultura, que mostrase que su muerte no habia sido para corrupcion, sino para cobrar nueva vida. Y no era menos conveniente, que la que habia corrido con tanta ligereza tras del olor de los unguentos de su Esposo, y á la que tanto se le habia pegado de esta fragancia, no la perdiese en la muerte, sino antes, pues el alma estaba bienaventurada, y gozaba de tanta gloria; saliese de la carne un olor parecido al de los cuerpos bienaventurados. Pusieronle otros vestidos nuevos,

y envolviéronla en una sábana, rayéndole la tierra que tenia pegada, que conservó el olor bueno que se le habia pegado, por muchos años, y se hicieron algunos milagros con ella, como adelante se dirá; y no hay que espantarse que la tierra oliese, pues hasta las mismas piedras que estaban en el sepulcro participaban de este olor; de tal suerte, que echando algunas á acaso sobre una poca de paja, que despues sirvió para un jergon, cuando lo estaban llenando de ella, advirtieron las Religiosas que olia la paja, y echaron luego de ver que era la causa el haber estado entre las piedras del santo sepulcro.

Con la turbacion y gezo que tenian de estos dos milagros de la incorrupcion del cuerpo, y del grande olor que de él salia, no advirtieron otro, no menos admirable que los pasados, y fué el ólio que en tanta abundancia salia de él, que toda la tierra que tenia pegada estaba empapada, y las vestiduras de la misma manera, pareciéndoles que debia de ser alguna humedad de la misma tierra. Y si el Señor no lo declarara despues por mil caminos, ellos estaban tan ciegos con el contento, que no lo echaran de ver; pero dentro de poco quiso Dios que advirtiesen cómo la tierra, el hábito y todas las demás cosas que quitaron de junto á su cuerpo, manaban ólio suavísimo de sí, comunicándolo á cualquiera cosa en que estaban envueltas y guardadas estas reliquias, y esto no por un dia, ni por un año, sino por muchos. Hoy se vé (con haber tantos años que la Santa murió) en el Convento de las Carmelitas Descalzas de Zaragoza, la correa con qué fué enterrada, de la cual desde entonces hasta ahora se ven salir gotas de ólio; yo la he visto, y tambien la han visto otras muchas personas, porque por su medio ha obrado el Señor muchos milagros, como se dirá en su lugar.

Estos fueron los tres milagros que se descubrieron con el cuerpo, que son su incorrupcion, el ólio y suavísimo olor que de él sale; los cuales son notorios en toda España, por ser milagros permanentes desde que se desenterró su cuerpo hasta el dia de hoy.

Hecho esto, metieron el santo cuerpo en un arca, y la pusieron encima del sepulcro que tenia antes, con toda la mayor decencia que pudieron, pero cubierta y secreta; de suerte que pareciese que no se habia llegado á él. Teniendo consideracion

el P. Provincial á que si los Duques de Alba entendian aquella nueva maravilla, no habian de dar lugar á sus intentos, que eran llevar el cuerpo á Avila, como él lo tenia prometido al Obispo D. Alvaro de Mendoza, como abajo diremos. Y parecióle antes de hacer novedad alguna, dar cuenta de este milagro y de lo demás que debia hacer al Capítulo de la Religión.

Antes de poner el cuerpo en el arca, el P. Provincial le quitó la mano izquierda, y la llevó á la ciudad de Avila, metida en una arquilla muy cerrada y cubierta, y la dió á las Monjas de aquella ciudad, dándoles á entender que era un recaudo de mucha importancia que á él tocaba, procurando por todas vias que ellas no lo entendiesen; porque iba con lectura, de que si el cuerpo se quedaba en Alba, tuviesen en el Monasterio de Avila aquella santa mano para su consuelo; y si acaso el cuerpo se llevase á Avila (como él pretendia), traerse él la mano consigo. Y así no les queria descubrir la prenda que depositaba, porque no se alzasen con ella. Tomaron las Monjas el cofrecillo, y pusieronle en un rincon del coro. Entró un dia la Priora en el coro, que entonces era la Madre Ana de San Pedro, que es ya difunta, y vió que estaba todo el coro muy resplandeciente y visiblemente á la Santa Madre Teresa, que le dijo, señalando el cofrecito donde estaba la mano: «Tengan cuenta con aquel cofrecito, que en él está una mano de mi cuerpo.» Escribió muchas veces la Madre Priora al P. Provincial si estaba allí la mano de la Santa; pero él disimulaba lo que podia porque no se supiese, y pasando al cabo de algun tiempo por aquel Convento, procuró sacarla disimuladamente, dando á entender que sacaba otra cosa, porque las Monjas no se afligiesen; que aunque él no se lo habia dicho, tenian ya todas por cierto el negocio. Estaban todos los paños de seda en que estaba envuelta la mano calados de aceite olorosísimo.

Llevó la mano el P. Provincial á Lisboa, y dióla á las Monjas Descalzas de aquel lugar, donde ha estado hasta hoy, y por su medio ha obrado el Señor muchos milagros; particularmente luego que llegó al Monasterio, como todas las Monjas comenzaron á sentir el grande olor que de ella salia, estaba allí una hermana, llamada Inés de la Madre de Dios, que no percibia olor ninguno, ni le habia percibido en toda su vida;

affigíase de no oler como las demás aquella santa reliquia, y puesta de rodillas, llegó la mano á las narices, y dijo con grande fé: «Ciertamente que no me tengo de quitar de aquí, hasta oler lo que mis hermanas huelen, para que yo alabe con ellas al Señor.» Luego se le puso el rostro muy colorado, y comenzó á llorar, diciendo que le subia por las narices un humo caliente que salia de la mano, con el cual le parece se le iba abriendo el sentido del olfato; y fué así como lo pensaba, porque luego olió la santa mano, y desde entonces quedó con el sentido del olfato tan perfecto como las demás.

Estuvo dos años secreta la incorrupcion del santo cuerpo, aunque con los muchos milagros que cada dia la Santa Madre hacia, iba creciendo la fama de su santidad. Pero el Señor, que habia obrado tantas maravillas en su cuerpo, para honrar su Santa y manifestar su gloria, dió orden cómo se descubriese; porque en el año de mil quinientos ochenta y cinco hicieron el segundo Capítulo en Pastrana, donde informados del Padre Provincial pasado (porque ya habia habido nueva eleccion en el Padre Fr. Nicolás de Jesus María, varon de grandes prendas de santidad y virtud, y á quien la Religion debe la mayor parte de la perfeccion que hoy guarda), determinaron que el santo cuerpo se sacase secretamente de Alba y se llevase á San José de Avila. Moviéronse á esto por parecerles que la Santa seria allí mas honrada, donde era mas conocida, y asimismo por ser natural de aquella ciudad y haber dado principio á su Orden en ella, y ser Priora de aquel Monasterio cuando murió. Ayudó tambien mucho á esta determinacion el haber dado el Padre Provincial pasado palabra y cédula firmada de su nombre á D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Palencia, y que antes lo habia sido de Avila, el cual, con la gran devocion y amor que tenia á la Santa Madre, habia hecho la capilla mayor en el Monasterio de las Descalzas de Avila, y en ella, al lado izquierdo, puso un sepulcro muy suntuoso para él, con el fin de que el cuerpo de la Santa Madre, cuando muriese, se pusiese en el otro lado derecho, teniendo por gran felicidad que su sepulcro estuviese junto á tan gran Santa; y así, para asegurar mas lo que tanto deseaba, viviendo la Santa Madre, como ella andaba en tantas fundaciones (temiendo lo que sucedió), habia pedido una cédula firmada del P. Provincial, en que le asegu-

raba que donde quiera que muriese la Santa traeria su cuerpo á Avila.

Sabiendo, pues, que se juntaba Capitulo, envió el Obispo de Palencia á D. Juan Carrillo, Tesorero que era entonces de la Iglesia de Avila, y luego Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, para que de su parte pidiese á la Religion el cuerpo de la Santa Madre, y la palabra que á él se le habia dado. El Capitulo condescendió con su peticion y despachó luego sus patentes, para que el santo cuerpo se trasladase á Avila, mandando con censuras á las Monjas de Alba lo diesen luego que les fuese notificado su mandato; dieron cargo de esto al Padre Fr. Gregorio Nacienceno, Vicario Provincial de Castilla la Vieja, para que él lo pusiese en ejecucion con todo secreto y silencio posible. Al mismo tiempo que se le dió la Patente, oyeron las Monjas de Alba tres golpes dentro del mismo sepulcro. Turbáronse todas entonces; pero no sabian qué pudiese significar aquella novedad, hasta que despues vino el P. Fr. Gregorio Nacienceno, y contándole ellas lo que habian sentido, dijo, que el mismo día y á la misma hora que oyeron los golpes, se habia firmado la Patente. Y así entendieron las Religiosas que habia sido como aviso de la Santa Madre de su despedida. Llegó el P. Vicario Provincial á veinte y cuatro de Noviembre (y en aquel mismo dia llegó tambien el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, Provincial pasado, que era el que antes habia desenterrado el santo cuerpo), y con todo el secreto que pudo, notificó á la Priora y á tres Monjas de las mas ancianas la Patente del Capitulo; y á las nueve de la noche entraron ambos en la Iglesia y sacaron el cuerpo tan entero como al principio, y con el mismo olor que arriba habemos referido. Estaban los vestidos casi podridos; pero el cuerpo intacto, aunque algo mas enjuto que la primera vez que le desenterraron. Estaba la sábana en que le habian envuelto toda tan empapada en el olio que salia del cuerpo, como si hubiera estado en aceite.

Honró tambien Nuestro Señor á su sierva con otros dos nuevos milagros en esta ocasion. El uno fué, que como á la Madre le salia tanta sangre cuando murió, le habian puesto para mayor limpieza un pequeño manteo de estameña blanca nueva, el cual se hinchó todo de sangre, y habiéndola enterrado con él, hallaron entences á cabo de tres años y dos meses la

sangre en el manteo con un color muy vivo, tan fresca como si aquel día le hubiera salido de las venas; y con ser la sangre de tal condicion que estando dos horas fuera del cuerpo le acaece lo que al pez fuera del agua, que luego pierde la vida y virtud, y se cuaja y corrompe, esta no lo estaba despues de tanto tiempo; antes tenia dos estraordinarias propiedades: la una un olor suavísimo, la otra que todos los paños que se llegaban á ella y en que se envolvia, los dejaba teñidos en sangre, y yo ví parte de este paño (y pienso que dara hasta hoy en el Convento de Avila) y otros muchos, que de haberse tocado á él, participan la misma sangre y olor.

El otro milagro que sucedió, fué, que como el P. Vicario Provincial, en cumplimiento de su Patente, cortase el brazo para dejarlo en el Convento de Alba, puso el cuchillo debajo del brazo izquierdo, no sin grande dolor y sentimiento de su alma, porque se le enternecieron de tal manera las entrañas (que como él me contaba despues), era el mayor sacrificio que á Dios habia hecho. Fué cosa maravillosa, que sin poner mas fuerza que si cortara un melon ó un poco de queso fresco (como él decia), partió el brazo con tanta destreza por sus coyunturas, como si hubiera estado grande rato mirando para acertarlas, y quedó el cuerpo á una parte y el brazo á otra. Y aunque parece no fué acertado cortárselo, fué manifiesta prueba de esta milagrosa incorrupcion, porque se descubrió el hueso blanco y la carne blanda, colorada y blanca, quedando el hombro cerrado y macizo, como si entonces acabara de morir.

Luego tomó el santo cuerpo, y envuelto con la mayor decencia que pudo, se salió del Monasterio; estaban en este tiempo las demás Monjas rezando Maitines, bien ignorantes de lo que pasaba; pero dióles la nueva el grande olor que sentian en el coro, de donde comenzaron á sospechar si acaso les llevaban el santo cuerpo, que era la prenda de mayor estima que tenian en la tierra, y dejando los Maitines comenzados, bajaron corriendo, pero ya el P. Fr. Gregorio habia salido, y la puerta estaba cerrada, y así se hubieron de volver harto tristes, quedándose con el brazo y con una parte del paño de la sangre, y con increíble pena por lo que habia pasado. El Padre, luego, sin detenerse, en compañía del Tesorero D. Juan Carrillo y del P. Julian de Avila, compañero y Confesor de la Santa Madre,

que habian venido de parte del Obispo D. Alvaro á acompañar al santo cuerpo, se partieron otro día muy de mañana á Avila, donde el santo cuerpo fué recibido con grande fiesta y alegría de todas las Monjas (porque entonces no querian lo supiese ninguna persona de la ciudad, por el temor que entonces no lo viniesen á entender los Duques de Alba), y puesto muy decentemente donde todas le gozasen.

Tuvieron de prestado el santo cuerpo al principio, en el Capítulo en unas andas, con sus cortinas muy bien puestas, mientras se hacia un arca á manera de tumba, en que despues se puso; era toda aforrada por de fuera en terciopelo negro, con pasamanos de oro y seda, y la clavazon dorada, como lo era tambien la cerradura, Haves y aldabas; y á los dos lados dos escudos de oro y de plata, uno de la Orden, otro del Santísimo nombre de Jesus, y encima de esta arca estaba un letrero de tela de oro bordado, que decia: «Madre Teresa de Jesus;» por de dentro estaba el arca aforrada de tafetan morado, con pasamanos de plata y seda.

CAPITULO XLII.

Cómo se comenzó á publicar el milagro del santo cuerpo, y cómo por mandado de Su Santidad, á instancia del Prior de San Juan, D. Fernando de Toledo, se volvió á Alba.

Pretendia la Religion despues de haber llevado el cuerpo á Avila, que estoviese con gran secreto, por el sentimiento que habian de tener los Duques de Alba, y temiendo (como de tan grandes Señores) las diligencias que podian hacer para volverlo á Alba; pero el Señor, que no habia obrado aquellas maravillas para que estoviesen secretas y escondidas, fué servido se manifestasen para mayor gloria suya y de su sierva; porque en este mismo tiempo, estando yo en Madrid, supe, aunque en secreto, el milagro, y con el mayor silencio y prisa que fué posible, partimos de Madrid el Señor Lic. Laguna, Obispo de Córdoba, que entonces era Presidente del Consejo de Indias de S. M., y el Señor Lic. D. Francisco de Contreras, Oidor del Consejo Real, y yo en su compañía, con devocion de visitar el santo cuerpo y ver aquella nueva maravilla; llegamos á Avila

víspera de año nuevo, habiendo pedido primero licencia al Padre Fr. Nicolás de Jesus María, Provincial de los Carmelitas Descalzos, para ver el santo cuerpo, con el fin de hacer relacion á S. M. el Rey D. Felipe II, como testigos de vista de lo que habia pasado; comunicamos el caso con el Obispo de Avila, D. Pedro Treviño, donde nos habíamos apeado; y á él le pareció que lo viesen juntamente otras personas principales y Médicos los mas famosos de aquella ciudad, y Notarios que diesen fé de lo que pasaba. Quiso él tambien ir en nuestra compañía para ver y gozar de aquel tesoro escondido, que estaba en su ciudad.

Dia de año nuevo de mil quinientos ochenta y ocho, fuimos al Monasterio de Carmelitas Descalzas hasta veinte personas, siguiendo el órden que el Obispo nos habia dado. Sacaron luego las Monjas el cuerpo á la portería, y el Obispo y todos nos hincamos de rodillas, adorándole y reverenciándole como era razon. Levantámonos luego, y estando todos descubiertas las cabezas, lo miramos muy atentamente, no sin grande admiracion y lágrimas. Estaba entero, sin corrupcion alguna, y con muy buen olor, y tan asidos los huesos y nervios unos con otros, que cuando le sacaron del arca, se tenia en pié con muy poca ayuda. Los pechos estaban levantados y llenos de carne, el vientre tan lleno como cuando espiró, la carne tan tratable, que llegando con el dedo se hundia y levantaba como si estuviera viva; y con ser una mujer tan corpulenta, no pesaba el cuerpo mas que si fuera un niño de dos años, que parecia que estaba ya vestido, no solo de la incorrupcion y fragancia, sino tambien de la agilidad de los cuerpos bienaventurados. Los Médicos, que miraron estas y otras circunstancias con mas curiosidad, como quien entiende tambien la raiz y principios naturales de la corrupcion de un cuerpo muerto, hallaron mas ocasion de admirarse, y dieron muchas razones confirmando ser aquella incorrupcion divina y milagrosa. No menos nos admiramos todos ver el paño ensangrentado de que habemos hecho mencion en el capítulo pasado. El Obispo de Avila, despues de haber visto el santo cuerpo, encargó mucho á las Religiosas la veneracion de aquella santa reliquia, y les advirtió no se tornasen á servir de aquella alfombra sobre que habia estado mientras le habian visto, por la reverencia que se debia á tan santa reliquia.

No pudo ser este negocio tan secreto que no se supiese luego en Alba, y por no ser venido el Duque D. Antonio Alvarez de Toledo, su tío el Prior D. Fernando, hombre de gran prudencia y valor, tenía á su cargo todas las cosas de aquel Estado, y por otra parte era singularmente devoto de la Santa Madre, como lo mostró en su muerte; y así tomó grande enojo, pareciéndole habia perdido aquella villa un gran tesoro. Despachó luego á Roma con grande diligencia por un Breve para volver el cuerpo á Alba, y negoció tan bien, que su Santidad, que entonces era el Papa Sixto V, mandó á los Padres Descalzos que luego volviesen el cuerpo á donde le habian sacado, y se lo entregasen á la Madre Priora y Convento de las Monjas; y si algo tuviesen que alegar por su parte, pareciesen por sí ó por Procurador ante Su Santidad. Vino este mandato dirigido al Nuncio, el cual lo notificó luego al P. Fr. Nicolás de Jesus María, que entonces era Provincial, y él obedeció sin dilacion ninguna, y fué á Avila, y desde allí envió con mucho secreto al P. Fr. Juan Bautista, Prior de Pastrana, y al Padre Fr. Nicolás de San Cirilo, Prior del Monasterio de Mancera, para que sacasen el cuerpo de Avila, y ellos lo hicieron así y partieron luego, acompañando el santo cuerpo para Alba. Venian de noche por el camino, y aunque traian con secreto aquella prenda del Cielo, ella se manifestaba por los caminos de tal manera, que pasando por la Bóveda, que es un lugar junto á Peñaranda, era tanta la fragancia, que los labradores, con el nuevo y desusado olor, salian de noche de las eras y corrian en pos de los que llevaban el santo cuerpo, con deseo de saber el origen y causa de aquella maravilla, como lo refiere en su dicho el Conde de Peñaranda. Llegaron á Alba á veinte y tres de Agosto, víspera de San Bartolomé del mismo año de 1586.

Como se supo en Alba una nueva tan deseada, vino la Clerecía con deseo de hacer mucha fiesta con procesion y con música; pero los Padres que llevaban allí el cuerpo para que se quedase como de prestado, más por violencia que por el gusto, y solo por cumplir el mandato del Papa, no permitieron que se hiciese fiesta alguna, y así entregaron el santo cuerpo á las Monjas, y estando el Duque á la reja, y la Condesa de Lerin su madre, y toda la Iglesia llena de gente, le descubrieron y mostraron á todos. Y el P. Fr. Juan Bautista preguntó

á las Monjas si conocian ser aquel el cuerpo de la Santa Madre Teresa de Jesus, y si se daban por entregadas de él, respondieron que sí, y los de afuera dijeron tambien que conocian ser aquel el cuerpo de la Santa. Desde entonces hasta ahora ha estado siempre el santo cuerpo en Alba, juntamente con el brazo, donde concurre mucha gente de muchas partes con gran devocion, y se hacen muchas novenas para verle y encomendarse á la Santa, por cuya intercesion ha hecho y hace el Señor muchos milagros, de los cuales diremos en el libro cuarto de esta historia.

Está hoy el cuerpo con gran decencia y autoridad al lado derecho del Altar mayor del Monasterio que allí fundó la Santa Madre, en un sepulcro muy suntuoso, labrado todo de piedra de sillería con grande perfeccion, segun el arte. En lo mas alto de él está una capilla pequeña, que estará levantada de la tierra mas de treinta piés, con una reja dorada donde ahora está el arca con el santo cuerpo, el cual, así por haberse de poner en lugar tan alto, como por quitar la ocasion de que no fuesen tomando pedazos de su carne (como lo hacian algunas personas graves y devotas, no reparando en las excomuniones que para impedir esto habia de su Su Santidad el Papa Sixto V), mandó el P. General Fr. Francisco de la Madre de Dios, al P. Fr. Tomás de Jesus, Definidor General (que entonces era) de la Orden, y Procurador de la Canonizacion de esta Santa, que hiciese enclavar fuertemente el arca en que estaba el santo cuerpo, de tal manera, que no se pudiese mas abrir. El hizo esto, mostrando primero el cuerpo en presencia del Duque de Alba D. Antonio de Toledo, y de la duquesa doña Mencía de Mendoza, y de otros señores deudos suyos, y de un Notario, ante quien testificaron todos estar el cuerpo santo con la incorrupcion y entereza que siempre habia tenido.

Está á los dos lados del sepulcro puesto un epitafio que dice de esta manera:

RIGIDIS CARMELI PATRUM RESTITUTIS
REGULIS,
PLURIMIS VIROR. FŒMINAR. Q. ERECTIS
CLAUSTRIS,
MULTIS VERAM VIRTUTEM DOCENTIBUS
LIBRIS EDITIS,

FUTURI PRÆSCIA SIGNIS CLARA,
CŒLESTE SIDUS AD SÏDERA ADVOLAVIT
B. VIRGO TERESA.

IV. NON. OCTOB. CIO. IO. XXC. II.
MANET SUB MARMORE NON CINIS, SED
MADIDUM CORPUS
INCORRUPTUM SUAVISS. PROPRIO ODORE
OSTENTUM GLORIÆ.

Quiere decir en Romance el epitafio:

Restituida á su aspereza la Regla de los Padres del Carmelo,

Fundados muchos Conventos de Frailes, y Monjas, Escritos muchos libros que enseñan la perfeccion de la virtud.

Profetizadas cosas futuras y resplandecido en milagros.

Como celestial estrella voló á las estrellas la B. Virgen Teresa.

A cuatro del mes de Octubre del año de mil quinientos ochenta y dos.

Ha quedado en su sepultura, no su ceniza, sino su cuerpo fresco y sin corrupcion, con propio olor suavissimo por señal de su gloria.

Está la capilla en lo alto del sepulcro con una reja dorada muy rica, toda colgada de colgaduras de tela de plata, que dió la Duquesa de Alba doña Mencía de Mendoza. Dentro de la capilla está una arca de mucho precio y estima, aferrada en terciopelo carmesí, tachonada con clavos y chapas doradas: esta dió doña María de Toledo y Enriquez, Duquesa que fué de Alba: está cubierta el arca con un dosel de brocado, el cual, por órden del Rey D. Felipe II, envió la Señora Infanta su hija doña Isabel Clara Eugenia, mujer del Archiduque de Austria. Tiene delante una lámpara de plata muy grande y muy labrada, que dió el Duque de Alba D. Antonio Alvarez de Toledo. Dentro del arca, en unas planchas doradas, se pusieron unos versos que compuso el P. M. Fr. Diego de Yangües, de la Orden de Santo Domingo, hombre muy docto y muy grave, y que antes habia sido Confesor de la Santa Ma-

dre; son muy á propósito de lo que de ella sabia, y así me pareció ponerlos en este lugar.

Arca Dñi. in cua erat manna, et virga quae fronduerat, et tabulae testamenti. Hebr. 9.

Non estinguetur in nocte lucerna ejus. Proverb. cap. 31.

En esta arca de la Ley
Se encierra por cosa rara
Las tablas, maná y la vara
Con que Cristo nuestro Rey
Hace á su vírgen mas clara.

Las tablas de su obediencia,
El maná de su oracion,
La vara de perfeccion
Con vara de penitencia
Y carne sin corrupcion.

Aquí yace recogida
La mujer dichosa y fuerte,
Que en la noche de la muerte
Quedó con mas luz y vida
Y con mas felice suerte.

El alma pura y sincera,
Llena de lumbre de gloria;
Y para eterna memoria,
La carne sana y entera.
¿Dó está, muerte, tu victoria?

Viendo la frecuencia de sus milagros, la santidad de su vida, la devocion universal de España, los frutos de sus manos, así de libros como de Monasterios tan reformados y santos, el Obispo de Salamanca D. Gerónimo Manrique, fué en persona á Alba en el año de mil quinientos noventa y uno, que es Villa de su Obispado, y tomó testimonio de la incorrupcion del santo cuerpo, é hizo una informacion de la vida, costumbres y milagros de la Santa Madre en Alba y Salamanca, hallándose él presente á todos los dichos de los testigos, y sacó en limpio una informacion gravísima, autorizada con los testigos de la gente mas grave y letrada de toda España, por ser todos Maestros de aquella Universidad, y que tenian gran noticia de la admirable santidad de la Santa Madre Teresa.

En el año de mil quinientos noventa y cinco, como se fuesen continuando las obras maravillosas que el Señor obraba en esta Santa, á petición del Rey D. Felipe II, el Nuncio don Camilo Gaetano mandó hacer informacion en toda España, enviando comision á las personas mas graves de los lugares donde había estado la Santa, ó donde habia noticia de ella, para que la hiciesen. En Madrid hizo la informacion el Doctor Mármol Zapata; en Valladolid, el Dr. Sobrino, Catedrático de Prima de Teología y Canónigo de aquella Iglesia, y Consultor del Santo Oficio; en Zaragoza, el Dr. Gabriel Sora, Canónigo de aquella Iglesia y Consultor de la Santa Inquisicion; en Avila, el Dr. D. Pedro Tablares, Arcediano de Avila; en Toledo, el Dr. Armunia, capellan de la Capilla de los Reyes; en Palencia, el Dr. Castillo, Canónigo de aquella Iglesia; y en Salamanca, demás de la que hizo el Obispo, hizo otra el Maestro Curiel, Catedrático de Vísperas; en Sevilla, el Doctor Juan Hurtado, Canónigo de aquella Iglesia; en Valencia, el Dr. Alonso de Abalos, Visitador de aquel Arzobispado; en Segovia, el Dr. Luis Cabeza de Villegas, Canónigo de la Catedral; en Medina del Campo, el Dr. Bernardo Velez, Canónigo de aquella Iglesia; en Huete, el Lic. Rodrigo de Castillo y Arcas, Vicario de aquel Arciprestazgo; en Piedrahita, el Arcipreste Pedro Rengifo; en Villanueva de la Xara, el Lic. Pedro de Vilches; en Malagon, el Lic. Frey Fernando Gonzalez, Freile de la Orden de San Juan; en Cuerba, el Dr. Alonso de Alcocer.

Lleváronse todas estas informaciones (ó por mejor decir, estos tesoros de virtudes y milagros) á Roma en el año de mil quinientos noventa y siete, á presentar á Su Santidad, acompañadas de cartas del Rey nuestro señor D. Felipe II, donde con gran encarecimiento pedia á Su Santidad la Canonizacion de esta Santa; lo mismo pedia la Emperatriz (que esté en gloria) y toda la Congregacion de las Iglesias de España, y el Reino todo junto en las Córtes; y deteniéndose Su Santidad, para ir con el peso que cosas tan graves piden, en el año de mil seiscientos y dos volvieron á escribir con gran instancia sus Magestades del Rey Felipe III, y la Reina doña Margarita, la Congregacion de las Iglesias, el Concilio Provincial de Tarragona, y casi todos los Arzobispos y Obispos de España; los Reinos de Aragon, de Valencia, de Cataluña, y, finalmente,

hizo de nuevo grande instancia en nombre del Rey nuestro señor, el Marqués de Villena, Embajador de España y muy devoto de la Santa Madre, y juntando Su Santidad la Congregacion de los Cardenales, como la gravedad del caso lo pedia, dió sus Remisoriales, año de mil seiscientos y cuatro, cometidos al Sr. D. Lorenzo de Otaduy y Avendaño, Obispo de Avila, y al Sr. D. Luis de Córdoba, Obispo de Salamanca, para que hiciesen las informaciones de la fama de la santidad y milagros de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, de gloriosa memoria. Hízose con testigos muy calificados, como la causa pedia, y envióse luego á Roma, de donde se esperan cada dia los segundos Remisoriales, para que hechas las informaciones, y concluido este negocio, segun acostumbra la Santa Iglesia Romana, declare el Sumo Pontifice en la tierra por Santa, á la que piadosamente no podemos dudar, sino que reina en el Cielo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Pág.

Prólogo de la presente edicion.	5
Prólogo del autor.	17

LIBRO PRIMERO.

Del nacimiento, crianza y de todo el demás discurso de la vida de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus.

Cap. I.—De los altos y admirables fines que Dios tuvo en darnos en nuestros tiempos una tan grande Santa.	21
---	----

Cap. II.—Del nacimiento, crianza y buen natural de la bienaventurada virgen Teresa de Jesus.	27
--	----

Cap. III.—Cómo se fueron perdiendo estas virtudes y buenos principios.	32
--	----

Cap. IV.—Del camino por donde el Señor sacó á su sierva de estos peligros, y vino á ser Monja de Nuestra Señora del Cármen.	35
---	----

Cap. V.—Cómo la Santa Virgen Teresa de Jesus comenzó con grande espíritu los ejercicios de la Religion, y habiendo enfermado, salió fuera del Monasterio á curarse.	39
---	----

Cap. VI.—Cómo con la cura crecieron las enfermedades de la Santa Virgen y por su medio sacó Dios á un Sacerdote de pecado.	44
--	----

Cap. VII.—Cómo el Señor sanó á la Santa Madre Teresa de Jesus por la intercesion del glorioso San José.	49
---	----

Cap. VIII.—Cómo el Señor tuvo de su poderosa mano en todo este tiempo á la Santa Madre para que no cayese en culpa mortal.	56
--	----

Cap. IX.—Vuelve la Santa Madre á la oracion.	62
--	----

Cap. X.—Cómo el Señor comunicó á esta Santa Virgen una oracion altísima.	69
--	----

Cap. XI.—Trata la Santa Madre Teresa de Jesus con los padres de la Compañía.	75
--	----

Cap. XII.—Cómo fueron creciendo estas hablas y mercedes de Dios.	82
--	----

Cap. XIII.—En medio de estos trabajos habla Dios á la Santa Madre y la asegura y quieta.	87
--	----

Cap. XIV.—Por obedecer á sus confesores la bienaventurada Virgen Teresa de Jesus, resistia con extraordinario modo á estas mercedes de Dios.	97
--	----

Cap. XV.—Cómo la Santa Virgen tenía grandes arrobamientos, que muchas veces era levantado su cuerpo en el aire.	103
Cap. XVI.—De los grandes efectos que causaban en el alma de la Santa Virgen estos arrobamientos.	109
Cap. XVII.—De unas grandes penas interiores que tuvo la Santa Virgen despues de estos arrobamientos.	113
Cap. XVIII.—De las visiones maravillosas y hablas particulares.	119
Cap. XIX.—De un espiritual desposorio entre Cristo Nuestro Redentor y el alma de esta Santa Virgen	131
Cap. XX.—Cómo Jesucristo revelaba á su Esposa el conocimiento de verdades muy altas.	137
Cap. XXI.—Comunica la Santa Virgen su espíritu y mercedes que el Señor le hace con el P. Mro. Avila, y con el P. Fray Pedro de Alcántara.	145
Carta de la Madre Teresa de Jesus al P. Mro. Fray Garcia de Toledo, de la Orden del glorioso Santo Domingo.	149
Relacion del espíritu y modo de oracion de la Santa Madre, que hizo un Confesor suyo.	153

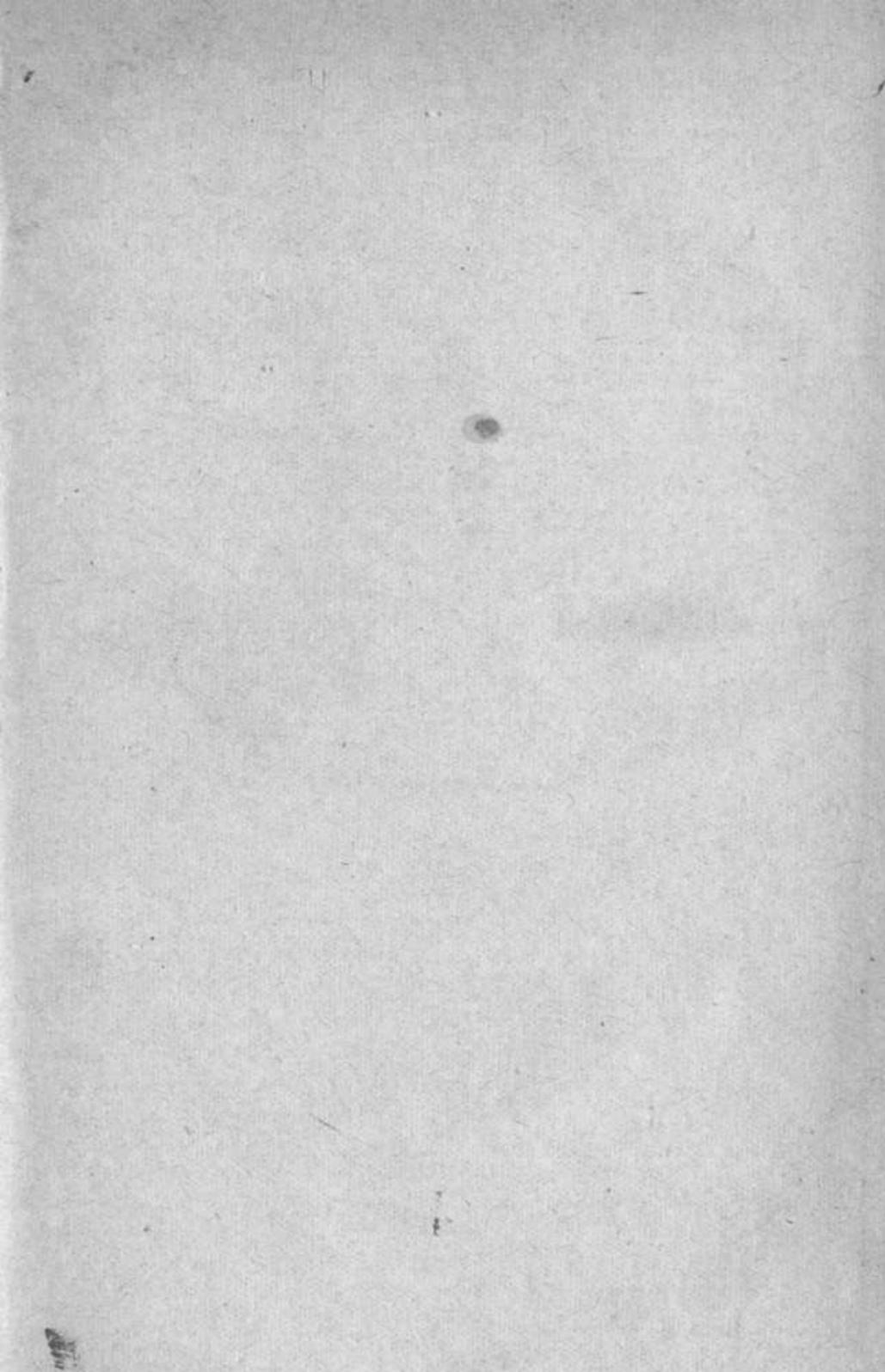
LIBRO SEGUNDO.

De los Monasterios de la nueva reformation de los Descalzos y Descalzasde Ntra. Sra. del Cármen, á que dió principio la Santa Madre Teresa de Jesus.

Cap. I.—Cómo Nuestro Señor inspiró á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus que hiciese una nueva reformation de su Orden.	157
Carta del P. Fray Luis Beltran, para la Madre Teresa de Jesus.	163
Cap. II.—De las contradicciones que se levantaron contra la Santa Madre en la fundacion del primer Monasterio.	164
Cap. III.—Deja la Santa Madre de tratar de la fundacion del Monasterio por algun tiempo.	167
Cap. IV.—Compra la Santa Madre una casa; comiéndala á labrar.	173
Cap. V.—Cómo mientras se labraba la casa, cayó un pedazo de pared y mató á un sobrino de la Santa, el cual resucitó por medio de sus oraciones.	177
Cap. VI.—Manda Nuestro Señor á la Santa Madre que se ausente de Avila, por ser así necesario para la fundacion de su Monasterio.	180
Cap. VII.—Cómo la Santa Madre se vió en Toledo con una Beata sierva de Dios, que queria fundar Monasterio.	185

Carta del P. Fr. Pedro de Alcántara para la Madre Teresa de Jesus.	188
Cap VIII.—Habla Nuestro Señor á la Santa Madre, y mándala que funde.	190
Cap. IX.—Del grande alboroto y persecucion que se levantó despues de fundado el Monasterio.	197
Cap. X.—Cómo, sosegadas ya las contradicciones, la Santa, etc.	205
Cap. XI.—Donde se poné la Regla primitiva de la Orden de Ntra. Sra. del Cármen.	207
Cap. XII.—Cómo la Santa Madre estuvo por algun tiempo en el Monasterio de San José de Avila.	215
Cap. XIII.—La Santa Madre, por revelacion Divina, trata de fundar otros nuevos Monasterios de Frailes y Monjas.	219
Cap. XIV.—Donde se trata de los motivos que la Santa Madre Teresa de Jesus tuvo para fundar esta nueva Reformacion de Frailes y Monjas.	226
Cap. XV.—Sale la Santa Madre á fundar otro Monasterio de Monjas en Medina del Campo, y alcanza tambien licencia.	236
Cap. XVII.—Comienza la Santa Madre á tratar de la fundacion de Monasterios de Frailes Descalzos.	247
Cap. XVIII.—De cómo la Santa Madre Teresa de Jesus fundó un Monasterio en la villa de Magalon.	250
Cap. XIX.—Vuelve la Santa Madre á tratar de nuevo de hacer el primer Monasterio de Descalzos.	255
Cap. XX.—Cómo la Santa Madre dió orden para que se fundase el primer Monasterio de Frailes Descalzos.	261
Cap. XXI.—Sale la Santa Madre Teresa de Jesus de Valladolid, á la fundacion dei Monasterio de San José de Toledo.	265
Cap. XXII.—Fundó la Santa Madre el Monasterio de Ntra. Sra. de la Concepcion en la villa de Pastrana.	273
Cap. XXIII.—Fundó la Santa Madre el Monasterio de San José de Salamanca.	278
Cap. XXIV.—De la fundacion del octavo Monasterio, que fué en Alba de Tormes.	285
Cap. XXV.—Cómo la Santa Madre fué elegida Priora del Monasterio de la Encarnacion de Avila.	291
Cap. XXVI.—Cómo la Santa Madre, siendo Priora del Monasterio de la Encarnacion, por mandado de Nuestro Señor, fundó el Monasterio de San José del Cármen de Segovia.	301
Cap. XXVII.—De la fundacion del glorioso San José de Veas.	306

Cap. XXVIII.—De la fundacion que hizo la Santa Madre del Monasterio de San José en Sevilla.	314
Cap. XXIX.—Cómo estando la Santa Madre en Sevilla, envió á fundar el Monasterio de Caravaca.	321
Cap. XXX.—Cómo la Santa Madre, por mandado de Nuestro Señor, fundó el Monasterio de Villanueva de la Xara.	328
Cap. XXXI.—Prosigue la fundacion de Villanueva de la Xara.	334
Cap. XXXII.—Cómo la Santa Madre fundó por espreso mandamiento de Dios, el monasterio de San José de Palencia.	338
Cap. XXXIII.—Cómo la Santa Madre fué á fundar á la ciudad de Soria.	341
Cap. XXXIV.—Cómo la Santa Madre fué elegida en Avila por Priora.	344
Cap. XXXV.—Cómo Nuestro Señor mandó á la Santa Madre fundase un Monasterio en Búrgos.	349
Cap. XXXVI.—De la gran contradiccion que hubo para fundarse el Monasterio.	353
Cap. XXXVII.—Del modo y religion con que caminaba la Santa Madre Teresa de Jesus en todas estas fundaciones.	357
Cap. XXXVIII.—Donde se ponen las principales Constituciones que la Santa Madre hizo.	361
§. I.—De lo que la Santa ordenó acerca de recibir novicias.	362
§. II.—Del hábito y vestido de las Religiosas.	365
§. III.—De la pobreza y trabajo de manos.	366
§. IV.—De las Comuniones.	370
§. V.—De los Confesores.	371
§. VI.—De la Oracion mental y de las Horas Canónicas.	373
§. VII.—De la clausura y locutorio.	375
§. VIII.—De otras cosas que ordenó la Santa Madre en sus Constituciones.	376
Cap. XXXIX.—Cómo la Santa Madre vino al Convento de Carmelitas Descalzas de Alba, donde murió.	379
Cap. XL.—Cómo se hizo el entierro de la Santa Madre.	389
Cap. XLI.—Cómo á cabo de algun tiempo fué hallado el cuerpo de la Santa Madre Teresa de Jesus sin corrupcion ninguna.	397
Cap. XLII.—Cómo se comenzó á publicar el milagro del santo cuerpo.	



... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

Cap. LXIII - ...
... de la ...
... de la ...

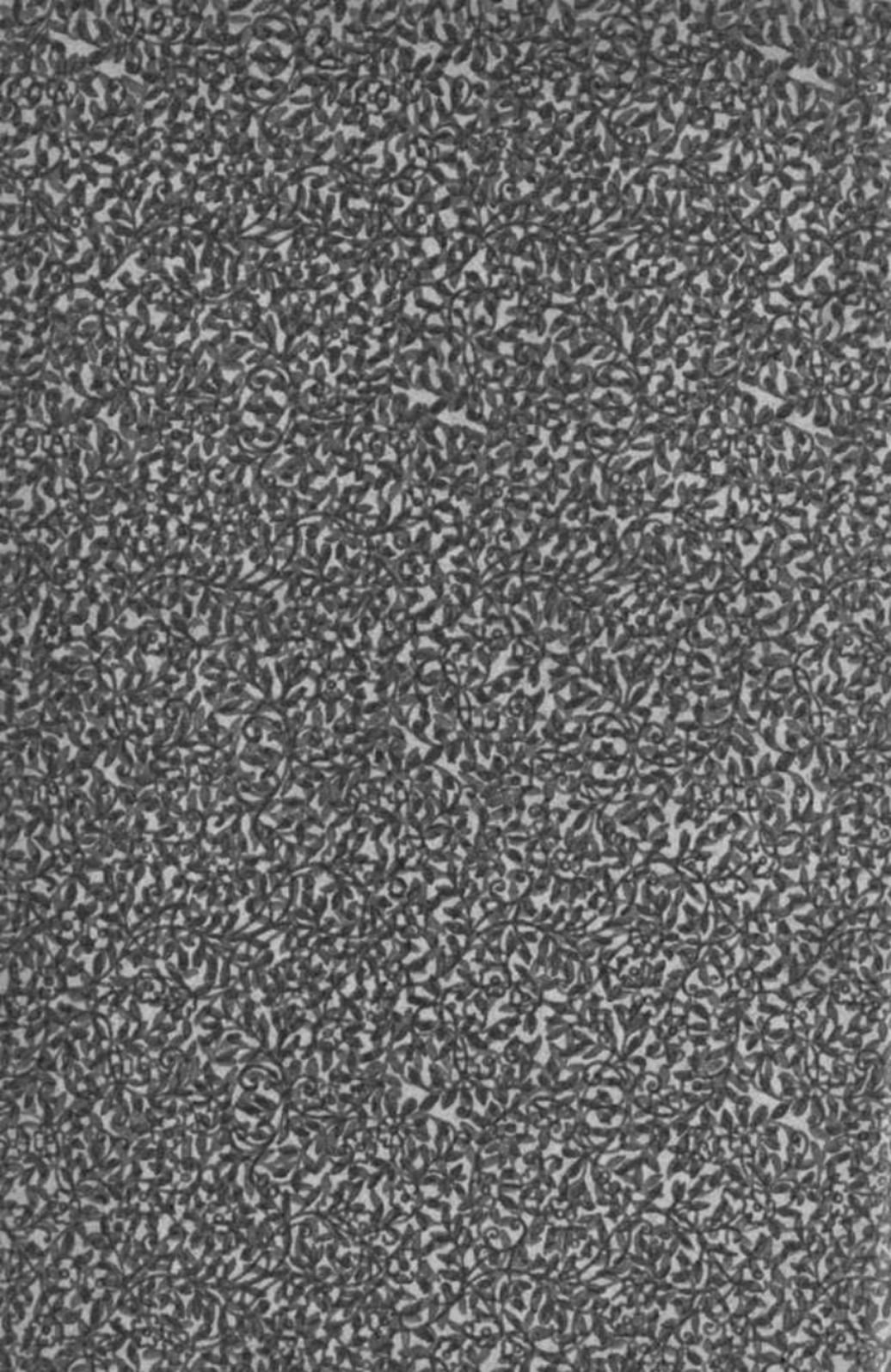
... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...



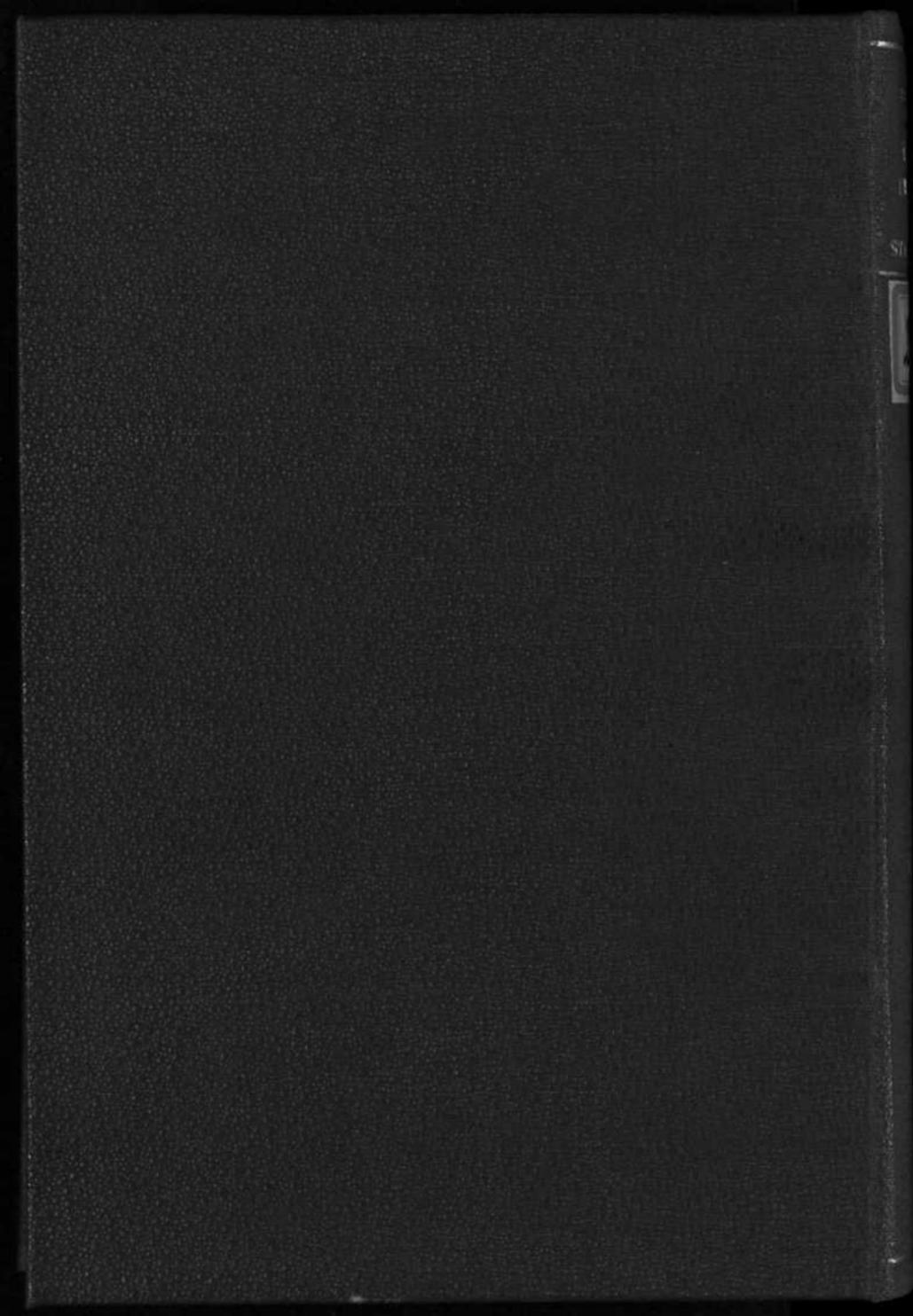
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	202	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	1	Precio de adquisición. »
Tabla.....	5	Valoración actual.....	»



YERBAS

VIDA
Y MILAGROS
DE
STA. TERESA

202.

1